

Fernando Claudín

La crisis del movimiento comunista

1. De la Komintern al Kominform

Nota editorial

El libro *La crisis del movimiento comunista – de Komintern a Kominform* fué en el tiempo que se publicó (1970) la obra que minuciosamente y de mejor manera describe la base histórica del movimiento comunista.

La primera parte del libro trata de la disolución de la Internacional Comunista en 1943 durante la segunda guerra mundial e investiga las causas políticas, las condiciones de trabajo político y las derrotas sufridas por el Komintern antes de su disolución. Claudín, en su obra, plantea las grandes derrotas de la clase obrera en Alemania durante las décadas de los 20 y 30, y durante la guerra civil española. El inicio de la lucha en las países colonizados y las dificultades de la revolución en China son temas que también son planteados.

La segunda parte del libro describe de una manera competente las actividades de los diferentes movimientos de resistencia durante la segunda guerra mundial, la victoria de la revolución en Yugoslavia, como también las posibilidades revolucionarias que fueron destruidas en Francia, Italia y otros países de Europa occidental. Otros temas que Claudín aborda son la ruptura de relaciones entre Moscú y Tito, la Unión Soviética y la guerra fría, la revolución en China y el nuevo balance de poder en el mundo.

Las análisis de Claudín naturalmente dan lugar a argumentos en contra y nosotros vamos a publicar reseñas críticas¹, pero la obra es seria y toma el tema de la historia del Komintern de una manera honesta y objetiva.

Fernando Claudín, durante la guerra civil española fué líder del movimiento juvenil del partido comunista, fué miembro de la dirección del partido y también miembro del comité central y buró político hasta su expulsión al inicio de los años 60. Después de la guerra civil española Claudín vivió en exilio en Méjico y la Unión Soviética.

Febrero de 2008

¹ Vease por ejemplo el [artículo sobre La crisis...](#) escrito por Juan Andrade (ex-militante del partido español POUM).

Índice

| | |
|---|-----|
| Prefacio..... | 1 |
| Introducción | 5 |
| I. La crisis de la Internacional Comunista..... | 7 |
| 1. La disolución | 7 |
| Último episodio de una larga crisis | 7 |
| Ironía de la historia..... | 10 |
| Certificado de quiebra | 15 |
| 2. La crisis teórica | 19 |
| El esquema teórico de Lenin | 19 |
| ¿Capitalismo agonizante?..... | 24 |
| Últimos interrogantes de Lenin | 28 |
| Stalin revisionista, o el socialismo integral en un solo país | 32 |
| Causas de la parálisis teórica..... | 42 |
| 3. El monolitismo | 47 |
| Transplantación del modelo soviético..... | 47 |
| Ultracentralismo y rusificación | 52 |
| Itinerario del monolitismo | 54 |
| 4. La crisis política | 58 |
| La experiencia alemana | 59 |
| El mayor desastre de la Internacional Comunista | 59 |
| Insurrecciones prematuras y expulsiones premonitorias..... | 61 |
| Cambio de óptica: la revolución alemana se hace peligrosa para la Rusia de la NEP..... | 63 |
| ¿Para qué una teoría de la revolución alemana si existe Stalin y la "política leninista"? | 66 |
| Frente único en el capitalismo y partido único en el socialismo..... | 68 |
| Socialdemocracia = socialfascismo = enemigo principal | 71 |
| El camino de la catástrofe | 75 |
| La experiencia frentista | 79 |
| Recuperación capitalista y contraofensiva obrera..... | 79 |
| El viraje de 1934 | 81 |
| VII Congreso de la Internacional Comunista..... | 87 |
| "Hay que saber terminar una huelga" (el 36 francés) | 95 |
| La revolución inoportuna (España 1936-1939)..... | 101 |
| La experiencia colonial | 118 |
| Movimiento de liberación nacional y política de la IC | 118 |
| Revolución china..... | 133 |
| Último acto..... | 144 |
| 5. Notas finales..... | 149 |
| Notas..... | 164 |
| Primera parte | 164 |
| Capítulo 1 | 164 |
| Capítulo 2 | 169 |
| Capítulo 3 | 179 |
| Capítulo 4..... | 182 |
| Capítulo 5 | 221 |

Prefacio

Aquí nos encontramos, sin duda, con un libro importante. O mucho me equivoco – o me equivoca y confunde la amistad, la coincidencia de opiniones en cuanto a lo esencial y el interés mismo por el tema – o La crisis del movimiento comunista de Fernando Claudín, cuyo primer tomo lanzamos ahora, con Ruedo Ibérico, a la luz pública, será por muchos años una obra de consulta, de referencia, indispensable, y para muchos, ejemplar, en cuanto a su método y a la elaboración del material histórico conseguida. Libro importante, pues, pero no sólo desde el punto de vista de la mera erudición, de la racionalización de una experiencia social y política de medio siglo, sino también desde otro, más práctico y urgente: el de la elaboración de una nueva estrategia de lucha por el socialismo.

Tres razones principales confluyen para darle a este libro la importancia que no tardará en reconocérsele. En primer lugar, el tema mismo. La investigación crítica de la historia del movimiento comunista no es, en efecto, problema de poca monta. En realidad, sin una clara comprensión de las razones o sinrazones históricas que han llevado a la involución, primero, y a la descomposición burocrática, muy poco después, del proyecto revolucionario mundial fundado en octubre de 1917, no es ni siquiera posible plantearse un esquema estratégico de intervención en los procesos reales de la actual crisis social del capitalismo europeo.

Tal vez se nos diga que dicho objeto del ensayo de Claudín no es excepcional. Y no lo es, ciertamente. Sobre la historia de la Internacional Comunista, ya sea en su conjunto, ya en relación con aspectos parciales de la misma, podrían citarse decenas de títulos. Pero lo que es excepcional en el trabajo de Claudín es el método puesto en práctica, y que actúa no sólo a nivel de la estructura formal de la obra, sino que informa asimismo la visión estratégica subyacente, transformando así la investigación del pasado en esclarecimiento crítico de los caminos posibles del porvenir.

Lo excepcional del método de Claudín – y estoy enunciando, sin duda, una paradójica verdad de Perogrullo – es que es marxista. Aquí, a lo largo de varios centenares de apretadas páginas, siguiendo los vericuetos de un análisis complejo, porque la realidad también lo era, lo que recobra frescor, eficacia, brillantez, fuerza de convicción: vigencia, en una palabra, es el método marxista de análisis histórico. Aquí, lo que se ha puesto en marcha, paciente, tercamente, con fuerza demolidora, es el "viejo topo" de Marx, el "viejo topo" de la implacable crítica de la historia misma, cuando se transforma de mera objetividad en conciencia revolucionaria.

Demostración esta de la vigencia del método marxista de análisis histórico que cobra aún mayor fuerza porque el objeto de la investigación – la historia del movimiento comunista – el producto – todo lo aberrante que se quiera, pero producto, en fin de cuentas – de la acción misma del marxismo, o, para ser más preciso, de la corriente hegemónica – rusa – del marxismo oficial e institucionalizado. Ahora bien, que el marxismo comience a aplicar, como en este ensayo de Claudín, a los resultados imprevistos de su propia acción, las armas de la crítica – en espera de la tal vez inevitable crítica de las armas, de la violencia revolucionaria de las masas – constituye un hecho eminentemente positivo.

Pero, a estas alturas, más de un lector se habrá propuesto ya intervenir airadamente en este prólogo, poniendo el grito en el cielo. ¿Cómo es posible afirmar que lo excepcional del ensayo de Claudín sea su método marxista? ¿No ha habido otros trabajos críticos sobre la historia del movimiento comunista, inspirados en las fuentes del pensamiento marxista? Sin ir más lejos, ¿no tenemos ya en la obra de Trotski, desde 1924-1926, un conjunto coherente, macizo, de análisis críticos de la realidad rusa, del estalinismo, de los errores de la Internacional Comunista? Sin duda, lo tenemos. No es casual que en este primer tomo del ensayo de Claudín haya tantas referencias al pensamiento crítico-teórico de Trotski.

Y es que no es posible plantearse la reconstrucción teórica, el análisis interno, del itinerario de la Internacional Comunista y del Estado ruso, en el periodo estaliniano, sin recurrir a los aportes y elaboraciones de Trotski. Pero no es menos cierto que dicho recurso, si pretende ser fecundo, si se

propone rebasar la fase arqueológica (reconstrucción teórica de la verdad del pasado) para desembocar en una visión estratégica (organización de los instrumentos teórico-prácticos de transformación de la realidad actual), tiene que poner de manifiesto las limitaciones intrínsecas de la obra de Trotski.

Entre esas limitaciones, y para el caso que nos ocupa concretamente, conviene destacar una fundamental. Se deriva esa limitación de lo que no hay más remedio que llamar idealismo subjetivo y voluntarista de Trotski (de sus epígonos, mejor no hablar, por respeto a la obra de Lev Davidovitch; y no es tampoco casual que el pensamiento político de Trotski no tenga herederos; no es casual que lo único válido que se haya producido, inspirándose en los trabajos del gran revolucionario ruso, sea la obra histórico-biográfica de Isaac Deutscher, en algunos aspectos magistral, pero que no rebasa, ni puede proponérselo, los marcos de la arqueología).

De hecho, todos los análisis críticos de Trotski, a menudo certeros, a veces proféticos, en relación con los errores de la Internacional Comunista estaliniana en China, en Alemania, en España, en la Francia del frente popular, acaban esterilizándose, convirtiéndose en planteamientos que flotan en los limbos de la abstracción y del irrealismo, porque Trotski nunca somete a la crítica los fundamentos mismos de la estrategia denunciada por él. Taxativamente, en más de una ocasión, Trotski afirma que la crisis de la Internacional Comunista, del partido ruso, es una crisis de dirección: bastaría con desalojar de los puestos que han usurpado a los "malos pastores", a Stalin y su grupo, para que esa misma Internacional, ese mismo partido ruso, volviesen por sus fueros internaciona- listas y revolucionarios, para que volviesen a desplegarse las triunfantes banderas de la revolución mundial. Subjetivismo típico, sin duda, que pone entre paréntesis, fuera del alcance de los mili- tantes, la reflexión más necesaria y urgente, ya en aquellos tiempos: la reflexión sobre las verdaderas raíces de clase del reformismo burocrático estalinista, sobre el reflujo de la revolución en Europa, sobre los cambios profundos producidos en el seno mismo del capitalismo mundial, etc. En suma, el marxismo no le sirve a Trotski para indagar el contenido concreto de la nueva realidad, sino para buscar en ésta los elementos que confirmen una visión apriorística. Con lo cual se confirma que no sólo la Iglesia es ortodoxa, sino que también pueden ser ortodoxas las sectas y las capillas.

El marxismo de Fernando Claudín rompe resueltamente con toda ortodoxia y al hacer así no es flaco servicio el que nos presta. Es un marxismo laico ¡enhorabuena! No se proyecta sobre la realidad histórica del movimiento comunista para encontrar en ella la confirmación de intuiciones, rencores o anatemas personales. Se proyecta sobre la realidad para que ésta se proyecte ante nosotros, en su objetividad significativa, en su despliegue dialéctico. De ahí la estructura formal del libro que el lector tiene en sus manos. Estructura original, porque viene impuesta por ese desple- garse de la realidad histórica misma. Así, comenzando por el análisis de un hecho concreto – la significación real de la disolución de la Komintern, en 1943 – y una vez establecida rigurosamente dicha significación, el primer núcleo racional de conclusiones provisionales se proyecta hacia el pasado de la Internacional Comunista, con fines de verificación teórica. De esa inmersión en el pasado, el núcleo original de tesis histórico-políticas sale confirmado, precisado, refinado, con lo cual podemos abordar la segunda fase del análisis, dotados de instrumentos críticos suficientes para comprender la época del apogeo del estalinismo y de la política del Estado ruso después de la segunda guerra mundial.

Estructura original – he estado a punto de decir: novelesca – que rompe con los marcos estrechos del orden cronológico, para restablecer un orden dialéctico, a dos niveles complementarios y contradictorios: el nivel de la reconstrucción lógica indispensable y el nivel diacrónico-sincrónico de la historia misma. Pero, ¿no es precisamente ése el rasgo esencial de la metodología de Marx, en sus grandes obras teóricas?

Tres razones principales, habíase dicho, concurren para dar a *La crisis del movimiento comunista* de Fernando Claudín toda la importancia que se merece. A las dos primeras acabamos de aludir, someramente: la gravedad del tema mismo y el acierto metodológico de su tratamiento, de su

estructuración. No pienso sorprender a nadie afirmando que la tercera razón se deriva de la personalidad misma del autor.

Dirigente de la Juventud Comunista en Madrid, estudiante de Arquitectura, Fernando Claudín abandona hacia 1933 toda vocación individual, todo proyecto personal, para convertirse en un *funcionario de la revolución*. Su vida, hasta su expulsión del Partido Comunista de España, en febrero de 1965, se confunde desde entonces con la vida del movimiento comunista, con la historia de la revolución española. Los años de la república, la guerra civil, la derrota y la emigración, la clandestinidad: episodios vividos muy pronto desde los más altos cargos de dirección política. Del Madrid de la junta de Casado a la América del exilio – La Habana y Nueva York, México y Buenos Aires –, de la Tolosa de Francia y de la liberación al Moscú de los años siniestros del apogeo del estalinismo, Fernando Claudín habrá estado en todos los lugares, en todos los puestos de trabajo, cualesquiera que fuesen los riesgos y las dificultades, a los cuales le haya destinado el Partido (así, con mayúscula, naturalmente: el Partido, cuyas decisiones nunca se discuten, porque "encarna la marcha de la Historia", porque "fuera del Partido no hay salvación", porque "más vale equivocarse dentro del Partido que tener razón fuera de él"). Todo lector atento del libro de Claudín podrá ver, en filigrana soterrada del análisis histórico a que se procede, la sistemática, dolorosa y alegre destrucción de esa vivencia religiosa – alienante ¿cómo no decirlo? – de los valores comunistas que ha constituido la trama de treinta años de nuestra vida.

Los azares de esa vida me han permitido seguir, a veces muy de cerca: día por día, casi hora por hora; a veces con mayor distanciación temporal o geográfica, la evolución psicológica, moral y política de Fernando Claudín, desde los momentos del XX Congreso del PCUS, en 1956. Momentos en los que comenzó a ponerse en marcha – mediante la subversión progresiva, pero radical, de todos los valores y principios petrificados, dogmatizados por el estalinismo – el "viejo topo" marxista del espíritu crítico, de la investigación histórica.

Quede para otra ocasión más propicia la reconstitución pormenorizada de esa evolución política, que no fue sólo personal de Fernando Claudín, que constituyó un fenómeno de relativa envergadura – sobre todo entre los cuadros más jóvenes, intelectuales y obreros, de las organizaciones del partido comunista en el país mismo – y cuyos frutos o resultados están todavía por recoger, puesto que aún no ha cristalizado una corriente orgánica de la izquierda marxista española. Baste por ahora destacar el momento final de dicha evolución.

A finales de 1963 comienza en el Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España una discusión (de alguna forma hay que calificar el estéril y repetitivo afrontarse de un doble monólogo, de un doble discurso, que las estructuras mismas del "centralismo democrático" producidas por treinta años de práctica estalinista condenaban irremediablemente a la alternativa, igualmente inoperante, aunque por razones diversas, de la sumisión mecánica de la minoría a la mayoría o del fraccionismo). Discusión que se prolonga hasta la primavera de 1964 y que se termina con la expulsión, primero de dicho Comité Ejecutivo y muy poco después del partido mismo, de Fernando Claudín y Federico Sánchez. Los temas esenciales de esa discusión habían ido madurando a lo largo de los años, desde 1956; podían haber hecho crisis un poco antes o un poco después.

Sin embargo, no son casuales las fechas que determinan y enmarcan el comienzo y la conclusión de este proceso. 1956 no es sólo el año del XX Congreso, del "informe secreto" de Jrushev; es el año también en que estallan en el bloque de países sometidos a la hegemonía rusa todas las tendencias centrífugas: las unas de carácter nacionalista, esencialmente negativas, pero inevitables, puesto que son – y éste es uno de los problemas históricos luminosamente desentrañados por el análisis de Claudín – el precio a pagar por tantos años de bárbaro sometimiento de los intereses revolucionarios nacionales a la exclusiva razón de Estado rusa. (Supongo que a estas alturas el lector ya se habrá percatado de la negativa del autor de este prefacio a seguir calificando de "soviéticas" las razones de Estado del nacionalismo ruso de gran potencia.) Pero las otras tendencias centrífugas son de carácter social; eminentemente positivas, puesto que, a lo largo de los años, de Polonia a Hungría y de Hungría a Checoslovaquia, y pese a su derrota sucesiva a manos de la intervención militar del

Estado ruso, lo que plantean dichas tendencias – a menudo confusamente, ya que las fuerzas politicosociales que las protagonizan emergen de decenios de opacidad histórica, de destrucción burocrática de toda iniciativa de las masas, de despolitización y desmoralización colectivas, que sólo dejan abiertos los cauces de la "solución" individual de las contradicciones sociales: carrerismo, cinismo tecnocrático, religiosidad, etc. – lo que plantean, decíamos, es la necesidad de nuevos instrumentos de la democracia socialista. La necesidad de la revolución, en suma.

Por otra parte, 1956 fue también en España un año crucial. Un año de grandes luchas de masas, obreras y estudiantiles, en el curso de las cuales comienza a perfilarse una nueva correlación de las fuerzas de clase, parcialmente despojada de los oropos de la guerra civil. Un año en el curso del cual comienza a hacer crisis el sistema de dirección heredado de la época de autarquía – y la entrada de los primeros ministros tecnócratas del Opus Dei en el gobierno es el reflejo político de una exigencia objetiva –, en que se modifican los objetivos mismos de la economía capitalista española, que necesita pasar de la fase de la acumulación extensiva a la del aumento de la productividad del trabajo, de la competitividad en el mercado mundial. Con otras palabras: el objetivo de la economía capitalista española no podía ser ya la obtención de plusvalía absoluta sino la producción de plusvalía relativa. Signo evidente de que el capitalismo español abordaba la etapa de su "modernidad".

Ahora bien, en 1963-1964, cuando la crisis que ha ido lentamente madurando en la dirección del Partido Comunista de España alcanza su punto de ruptura, ninguno de los problemas objetivamente planteados al movimiento comunista, por una parte, y a la estrategia de la lucha en España, por otra, ninguno de dichos problemas ha sido resuelto. Más bien al contrario: la brecha abierta entre una visión ideológica, subjetivista, triunfalista, de la realidad y la realidad misma no ha cesado de profundizarse. Es un periodo de involución, a todos los niveles. En la URSS, la "desestalinización" no ha rebasado los límites de un ajuste de cuentas entre grupos dirigentes de la burocracia política central; de una redistribución de papeles dentro de un sistema que permanece intacto, en cuanto a lo esencial. Lo único que han progresado en el llamado campo socialista son las fuerzas centrífugas. Lo único que se ha profundizado es la crisis del movimiento comunista neoestaliniano o subestaliniano, su bancarrota teórica, política y moral.

Simultáneamente, en España, la amplitud misma de las luchas obreras del año 1962 ha venido a demostrar el fracaso definitivo de la estrategia de la "huelga nacional pacífica"; ha venido a plantear con urgencia la necesidad de una elaboración radicalmente nueva de los problemas de la revolución en España: su carácter, sus objetivos inmediatos y lejanos, sus alianzas de clase. A esa elaboración, que se hizo imposible en el seno mismo del Partido Comunista de España, al cerrarse mediante medidas burocráticas de expulsión la discusión esbozada, Fernando Claudín aportó en aquellos años dos trabajos fundamentales: Las divergencias en el Partido, folleto sin pie de imprenta ni fecha, que circuló a partir del verano de 1965, y el ensayo publicado en Horizonte español 1966 (suplemento de Cuadernos de Ruedo ibérico, tomo 2) con el título Dos concepciones de la vía española al socialismo.

Desde entonces, no habíamos tenido la oportunidad de leer ningún trabajo de Claudín. Pero es que, superando la tentación de las polémicas parciales, evitando las trampas y los cepos de la amargura, del "ya veis que yo tenía razón", sorteando los escollos de la justificación personal, Fernando Claudín había acometido una empresa de largo alcance y de alto vuelo: el análisis crítico del pasado del movimiento comunista en que nos hemos formado y deformado; que nos ha hecho vivir y en el cual nos hemos desvivido; que ha sido nuestro instrumento de acción sobre la realidad y la raíz de nuestra alienación de esa realidad. Análisis lúcido, a veces despiadado, pero nunca desmovilizador. En fin de cuentas, no se trata de mesarse el cabello ni de rasgarse las vestiduras; se trata de plantear las bases de una nueva lucha por el socialismo.

O sea, como se decía para empezar: aquí nos encontramos con un libro importante.

Jorge Semprún

Introducción

El año 56 fue para mí, como para tantos otros comunistas, el comienzo de la ruptura con una confortable y optimista representación del estado y las perspectivas de nuestro movimiento. Hasta entonces su pasado y presente – e incluso su futuro – no eran problema. Marx y Engels, Lenin y Stalin, los supergenios de la humanidad, habían despejado todas las incógnitas fundamentales. Ciertamente, el camino de la revolución resultaba más largo y espinoso de lo que supusimos en nuestra juventud, describía una gran curva – por los países atrasados – no prevista por Marx, pero seguía pareciéndonos diáfano y seguro. Instaurado definitivamente en la sexta parte del globo habitado, el socialismo empezaba a ser construido con el mismo éxito en nuevos países, mientras que el capitalismo se debatía agónicamente en la "segunda etapa" de su "crisis general". La victoria de la gran revolución china anunciaba el derrumbamiento de la "retaguardia colonial" del imperialismo. En el resto del planeta nosotros, los comunistas, gentes de un "temple especial", constituíamos la única fuerza revolucionaria consciente y organizada. Dotados de una teoría científica, archicomprobada en la práctica, y respaldados por la formidable superpotencia que había aplastado a los ejércitos hitlerianos, el porvenir nos pertenecía indiscutiblemente. Las derrotas pasadas se explicaban por las "condiciones objetivas" y las "traiciones de la socialdemocracia": nuestra política siempre había sido justa en lo esencial. Desaparecida la Internacional Comunista, seguíamos contando con un guía tan sabio y experto como el partido de Lenin y Stalin, cuya ayuda en todos los órdenes compensaba las insuficiencias de los otros partidos comunistas, sus discípulos. En una palabra, el triunfo final, a escala planetaria, estaba asegurado. Era cuestión de tiempo, perseverancia y esfuerzo.

Las revelaciones del "informe secreto" de Jruschev y las sublevaciones de los proletarios e intelectuales húngaros y polacos contra el sistema estaliniano destruyeron de golpe esa representación confortable y optimista. Y sobre sus ruinas se alzaron inquietantes signos de interrogación. Entre ellos, uno que englobaba todos los demás: ¿Qué marxismo era el nuestro – en su doble vertiente teórica y práctica – que en lugar de servirnos para descifrar la realidad nos la ocultaba y mistificaba? En mi caso, la respuesta a este interrogante capital fue abriéndose paso a través de un largo y penoso ajuste de cuentas con veinticinco años de educación estaliniana, y de sucesivos conflictos en el seno de la dirección del Partido Comunista de España (a la cual pertenecía desde 1947). Junto con Federico Sánchez – el más joven de la dirección, cuya evolución había sido similar a la mía – fui expulsado del partido en 1965. Como según la sabiduría popular no hay mal que por bien no venga, este inevitable acontecimiento me dejó tiempo libre y libertad de espíritu para darme hasta el fin, en el límite de mis conocimientos y experiencias, la respuesta que buscaba al interrogante más arriba formulado. Tal es el origen de este libro.

En el curso de la investigación emprendida llegué a una conclusión que inicialmente no era evidente para mí: el movimiento comunista – el partido estaliniano, tanto en sus dimensiones nacionales como internacionales, lo mismo en el ejercicio del poder que como instrumento de lucha por el poder – había entrado en los años cincuenta en una crisis general, irreversible. Y por su propia naturaleza no tiene posibilidad de autotransformarse, de "negarse" en el sentido hegeliano. Lo que no excluye, naturalmente, que fracciones más o menos importantes de ese movimiento contribuyan a crear la nueva vanguardia revolucionaria marxista, cuya necesidad en los tiempos que corren ofrece pocas dudas. Es preciso distinguir entre la subjetividad revolucionaria de innumerables comunistas y el sistema ideológico-organizacional que la esteriliza.

Digo nueva vanguardia revolucionaria marxista, porque a mi juicio – el trabajo sobre el tema de este libro disipó las dudas que me habían asaltado al respecto – lo que ha fracasado históricamente no es el marxismo, sino determinada dogmatización y perversión del pensamiento marxiano. Su esencia crítica-revolucionaria, no pocas de sus principales concepciones y tesis, siguen vivas, actuales. A condición, claro está, de que nos decidamos resueltamente a situar Marx en su tiempo histórico, y a continuarlo de acuerdo con el nuestro. O en otros términos: a considerar y utilizar el marxismo de manera marxista. Lo que implica, entre otras cosas, no perder de vista que en la propia función que desempeña de *ideología* del movimiento revolucionario existen las premisas de su

dogmatización y perversión. Por algo la estaliniana no ha sido la primera, y quién sabe si será la última, de esas deformaciones. Mi investigación de la crisis del movimiento comunista es un intento de utilizar el marxismo, así concebido, para la crítica del marxismo mismo, tanto en sus formas muertas como vivas.

El problema que abordo es tan vasto y complejo que su esclarecimiento sólo puede resultar de múltiples contribuciones en todas las ramas de las ciencias sociales. No pocas existen ya, pero el grueso de la tarea está por delante. La mía es una contribución más, circunscrita en lo esencial a la esfera política. No es una historia del movimiento, sino un análisis de los principales factores y procesos que han determinado su crisis. Lo que acentúa, indudablemente, su aspecto "negativo". Pero si esta negatividad ayuda en algo a desbrozar el camino hacia nuevas formas del movimiento revolucionario, liberadas en la medida de lo posible de los mitos, las ataduras y los errores del pasado, será – como es mi intención – una negatividad dialéctica, marxista.

No hace falta decir que este libro no es sólo una crítica del movimiento comunista sino una autocrítica del autor. Pero este último aspecto no tiene la más mínima importancia.

Fernando Claudín

En las luchas históricas es necesario distinguir entre la fraseología y las pretensiones de los partidos y su constitución e intereses verdaderos, entre los que ellos se imaginan ser y lo que son en realidad. *Marx*.
Nosotros no debemos disimular nuestros errores ante el enemigo. El que tema eso no es un revolucionario. *Lenin*.

I. La crisis de la Internacional Comunista

1. La disolución

Al dejarnos, el camarada Lenin nos legó que permaneciésemos fieles a los principios de la Internacional Comunista. ¡Te juramos, camarada Lenin, que no regatearemos nuestra vida para fortalecer y extender la unión de los trabajadores del mundo entero: ¡la Internacional Comunista! *Stalin*, 1924.

Ultimo episodio de una larga crisis

El 10 de junio de 1943 dejó de existir la Internacional Comunista* "como centro dirigente del movimiento obrero internacional". Esta fórmula significaba que las secciones nacionales de la IC subsistían, pero transformadas en partidos comunistas independientes, "libres de las obligaciones derivadas de los estatutos y resoluciones de los congresos de la IC"(1). En la resolución del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC que anunciaba la histórica decisión no se estatúa ninguna otra forma de vinculación internacional entre los partidos comunistas. Tampoco se hacía la menor alusión a la posibilidad de establecerla en el futuro. De "secciones" de un "partido comunista mundial único", dirigido por un Comité Ejecutivo cuyas decisiones "son obligatorias para todas las secciones y deben ser inmediatamente aplicadas por éstas"(2), los partidos comunistas pasaban a ser, de la noche a la mañana, partidos nacionales totalmente independientes y desvinculados entre sí. Al menos, si nos atenemos a la letra del documento oficial que ponía fin a la existencia de la IC.

Semejante independencia absoluta de los partidos comunistas se conciliaba difícilmente con el internacionalismo marxista. La creación de la III Internacional, como la de sus dos predecesoras, había sido una consecuencia lógica, a nivel de la praxis política, del principio teórico formulado por Marx en los estatutos de la I Internacional: "La emancipación de los trabajadores no es una tarea local ni nacional, sino social e internacional"(3). Del carácter internacional de la tarea se derivaba la necesidad de una organización del mismo tipo. Sus estructuras, funcionamiento, programa, etc., debían modificarse, indudablemente, al cambiar las condiciones históricas, pero los marxistas nunca habían puesto en entredicho la necesidad misma de que el internacionalismo proletario se objetivara en una forma concreta de organización.

Cuando la guerra francoprusiana y la derrota de la Comuna, más la lucha intestina entre marxistas y bakuninistas, provocan la crisis de la I Internacional, Marx y Engels consideran su desaparición como un fenómeno pasajero(4). Cuando la mayoría de los dirigentes de la II Internacional abandonan las posiciones internacionalistas para realizar la "unión sagrada" con las respectivas burguesías nacionales en la guerra del catorce, Lenin califica su conducta de traición y proclama inmediatamente la necesidad urgente de crear una nueva Internacional. Uno de los rasgos que distingue más radicalmente a ésta de sus predecesoras es la primacía absoluta que da a lo "internacional" sobre lo "nacional". Desde el primer momento erige en principio "la subordinación de los intereses del movimiento en cada país a los intereses comunes de la revolución a escala internacional"(5), y reafirma ese principio en cada uno de sus congresos. El triunfo de la "revolución proletaria mundial" – se dice en el programa de la IC aprobado por el VI Congreso (1928) – exige "la estrecha cohesión de los obreros en un ejército internacional único de proletarios de todos los países, formado independientemente de las fronteras estatales, de las diferencias de nacionalidad, de cultura, de lengua, de raza, etc."(6) La Komintern es el organizador y dirigente de ese "ejército", su "Estado Mayor", cuya misión histórica es elaborar y aplicar la estrategia global

* En lo sucesivo la Internacional Comunista [la Komintern] será designada, generalmente, por la sigla IC. NDE.

que defina y articule la acción de los diversos "destacamentos" nacionales del ejército mundial proletario(7).

Por otra parte, Lenin y sus discípulos consideraron que la necesidad de una organización revolucionaria internacional, severamente centralizada y disciplinada, era particularmente imperiosa en tiempos de guerra, cuando las contradicciones sociales se exacerban y la posibilidad de la salida revolucionaria puede ponerse al orden del día. Las estructuras que se dio la IC fueron concebidas, precisamente, para que no se repitiera lo de 1914: la tercera Internacional no se derrumbaría como la segunda a la hora de la verdad. Por eso el VI Congreso de la IC "invita a todas las secciones a tomar las medidas preparatorias para la coordinación internacional de las intervenciones revolucionarias, a fin de encontrarse en condiciones, llegado el momento, de oponer a la guerra grandes acciones internacionales de masas". Y advierte: "El contacto más estrecho debe ser establecido entre todas las secciones antes del comienzo de la guerra; este contacto debe mantenerse por todos los medios durante la guerra"(8). El VII y último Congreso de la IC (1935) confirma las decisiones del VI en relación con la guerra, y renueva la tesis de Lenin y Rosa Luxemburgo aprobada en el Congreso de Stuttgart de la II Internacional: "Si pese a todo la guerra estalla, el deber [de la clase obrera] es actuar para que cese inmediatamente y utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para despertar la conciencia política de las masas populares y precipitar la caída de la dominación capitalista"(9).

La guerra llega. El proletariado internacional afronta un combate cuyas dimensiones mundiales no tenían precedentes en la historia del movimiento obrero. Por otra parte la guerra – sobre todo a partir del ataque alemán contra la URSS – no se ajusta a ninguno de los modelos meticulosamente elaborados por la IC; presenta rasgos nuevos, originales(10). Vista desde el ángulo de los principios y postulados tradicionales de la IC, esta circunstancia parece acentuar la necesidad de un centro que asegure la dirección estratégica y táctica del proletariado mundial, tanto durante la guerra misma como a la hora de la victoria. Y es en esta situación, cuando el "ejército del proletariado internacional" está empeñado en lo más duro del combate contra el imperialismo fascista, y le acechan las segundas intenciones del otro sector del imperialismo, aliado temporal de la URSS, cuando el "Estado Mayor" de la revolución mundial decide... *disolverse*.

¿Qué ha ocurrido? ¿Traición, como dicen inmediatamente los trotskistas? ¿Medida "acertada y oportuna porque facilita la organización del asalto común de todos los pueblos amantes de la paz contra el enemigo común", como declara Stalin? ¿Resolución dictada por la experiencia histórica de la IC, que ha revelado la inadecuación de sus estructuras, según explica el Comité Ejecutivo de la Internacional?

Las causas de la disolución de la Komintern han sido objeto de escasa atención hasta hoy. Para los principales críticos comunistas de la IC (los incluidos en la corriente trotskista) la cosa estaba demasiado clara: era el final lógico de la instrumentalización de la IC al servicio de la política exterior de la URSS. Deutscher, en su *Stalin*, se atiene a ese punto de vista que, aun conteniendo un elemento real y de primera magnitud, simplifica el problema. Otros especialistas en "comunismo", así como tratadistas de la segunda guerra mundial, han reproducido la explicación, que casi se ha convertido en lugar común. En cuanto a los historiadores y dirigentes de los partidos comunistas su aportación se ha limitado a repetir la versión oficial de 1943, según la cual la razón básica de la disolución de la IC era que la experiencia de la propia Internacional había demostrado la imposibilidad de dirigir el movimiento obrero de cada país desde un centro internacional.(11)

En nuestro estudio del problema hemos llegado a la conclusión de que existen ambas motivaciones, pero dentro de un conjunto más complejo de factores. La liquidación de la IC en 1943 recubre, en realidad, la llegada a un punto crítico, en un momento de viraje de la historia mundial – la disolución coincide con el viraje decisivo de la guerra a favor de la coalición antihitleriana y está en íntima conexión con él –, de procesos teóricos, políticos y estructurales que venían de lejos, del nacimiento mismo de la III Internacional. Es el último episodio de una larga crisis, iniciada en 1921, cuando el curso real del mundo capitalista entró en contradicción con los fundamentos

teóricos y organizacionales de la IC. La historia de la III Internacional es la historia de la impotencia para superar esa contradicción mediante una autorreforma que la hiciera capaz de interpretar justamente la realidad y de actuar con eficacia sobre ella para lograr su transformación revolucionaria.

Pero el interés que ofrece la disolución no reside sólo en presentar de manera concentrada la fase extrema a que había llegado la crisis de la IC. Al mismo tiempo encierra las premisas de la ulterior crisis del movimiento comunista, del movimiento cuya acta natalicia está escrita en el acta de defunción de la IC. La disolución de ésta, en efecto, no elimina los factores que han determinado su crisis; los traspasa bajo otras formas, o sin modificación alguna, a la nueva etapa del movimiento comunista. La crisis de éste – objeto principal de nuestra investigación – no puede entenderse sin proceder al examen fundamental de dichos factores. Con otras palabras: el análisis de la crisis de la IC es absolutamente indispensable para hacer inteligible el análisis de la crisis del actual movimiento comunista. De ahí que hayamos dedicado la primera parte de este libro al examen de la crisis de la Internacional Comunista. Lo iniciamos con el análisis de la disolución porque el conocimiento previo del punto de llegada facilita la inteligibilidad del proceso. A su vez, el análisis de éste nos permitirá llegar de nuevo a la disolución de la IC abarcando todas las implicaciones que encierra para el curso ulterior del movimiento comunista.

La versión oficial de la disolución de la IC está contenida en tres documentos, que dada su relativa brevedad y las repetidas referencias que hacemos a casi todas sus partes reproducimos íntegramente en la nota 12. Estos documentos, únicas fuentes disponibles, son: la resolución del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC del 15 de mayo de 1943(12); el comunicado del mismo organismo fechado el 9 de junio; y la declaración de Stalin del 28 de mayo del mismo año. Las discusiones en el seno del Presidium, las opiniones de otros dirigentes comunistas, los términos concretos de la intervención de Stalin en el asunto (que, obvio es decirlo, no se reduce a la declaración citada), los datos exactos relativos a la conexión interna entre la disolución de la IC y los problemas estratégicos y diplomáticos planteados en ese momento ante el gobierno de la URSS, permanecen hasta hoy en el secreto de los archivos soviéticos. En la investigación de este problema, como de muchos otros de la IC, se tropieza con la dificultad que señalaba Togliatti en 1959: las fuentes "son hoy día de acceso difícil, se encuentran dispersas en lugares diferentes, en publicaciones que es casi imposible localizar en los países de Occidente. Incluso en la Unión Soviética la reedición de los documentos indispensables para un examen histórico serio apenas se ha iniciado. ¿Y por qué no añadir que a las dificultades materiales se añaden otras, concernientes a la *sustancia* de los temas que una historia de la IC debería tratar?"(13). El "incluso" de esta discreta crítica togliatiana a los responsables soviéticos habría que reemplazarlo por un "sobre todo" para que se ajustara más a la realidad. Ya para las fechas en que escribe Togliatti, y particularmente en años posteriores, se han reeditado en Occidente bastantes más documentos de la IC que en la Unión Soviética(14). Por otra parte, lo que necesita la investigación marxista no es sólo la reedición de los materiales que en su día fueron públicos, sino el acceso a los documentos internos de la IC. Naturalmente, en la historia de una organización revolucionaria, gran parte de cuya actividad fue clandestina, hay aspectos que no pueden hacerse públicos incluso mucho tiempo después de los acontecimientos. Pero la actividad de la IC cuenta ya con una antigüedad que oscila entre los cincuenta y los veinticinco años. Por otra parte, la "sustancia" aludida por Togliatti no se nutre principalmente de materias "tecnicoconspirativas"; es, ante todo, "sustancia" política. Conciérne a la lucha interna en el Partido Comunista soviético y en la IC, a los métodos que se utilizaron en esa lucha, a las conexiones entre las actividades de la IC y la política exterior soviética, etc. Es evidente que este estado de cosas constituye un verdadero escándalo desde el punto de vista de los intereses teóricos y políticos de la lucha revolucionaria. Concretamente, es una barrera para el aprovechamiento crítico de la rica experiencia que encierran los veinticinco años de existencia de la IC. En el manifiesto inaugural de la I Internacional, Marx llamaba a los obreros a "iniciarse en los misterios de la política internacional". No sospechaba lo difícil que sería para los marxistas, andando el tiempo, iniciarse en

los "misterios" de su propia organización. En la medida que esta dificultad lo permite trataremos de penetrar en el "misterio" de la disolución de la IC.

Ironía de la historia

Como es sabido, las cuestiones de "procedimiento" son con frecuencia reveladoras, particularmente en política. A primera vista el procedimiento seguido para la disolución de la IC (véase resolución, punto 7, y comunicado) es todo lo democrático que puede ser dadas las circunstancias. Es imposible, evidentemente, convocar el Congreso – que sería lo obligado en asunto de tal importancia – pero el Presidium, cuidadoso de no decidir por sí solo, somete el problema a la consideración de las secciones. Llegan veintiocho respuestas afirmativas, entre las cuales figuran, como subraya el comunicado, "todas las secciones más importantes". No llega ninguna objeción. ¿Qué más se puede pedir en tiempos de guerra?

Sin embargo, examinando más de cerca la consulta la cosa cambia de aspecto. En primer lugar, los datos que proporciona el comunicado del Presidium implican que la disolución fue aprobada por una minoría de secciones. En efecto, según el último congreso de la IC ésta contaba con setenta y seis secciones(15). Por tanto, cuarenta y ocho partidos, casi los dos tercios de los partidos de la IC, "no pudieron opinar". Entre esos partidos figura la totalidad, excepción hecha del sirio, de los partidos de los países coloniales y dependientes de Asia y África. Como según el comunicado del Presidium, entre las secciones que han hecho llegar su opinión figuran "todas las más importantes", quiere decirse que para los dirigentes de la Internacional ninguno de los partidos comunistas de Asia, incluido el Partido Comunista de China, entraba en esa categoría. Dato significativo que, por el momento, nos limitamos a registrar.

Por otra parte, entre los veintiocho partidos que han opinado hay catorce (en los que están incluidos todos los "más importantes", menos el soviético) que en ese momento se encuentran en la clandestinidad, en los países fascistas u ocupados por éstos, separados de Moscú por los frentes de guerra. ¿Es concebible que en unos cuantos días esos partidos pudieran responder a la consulta del Presidium? La "respuesta" se explica, en casi todos los casos, porque algunos cuadros dirigentes de esas secciones de la IC estaban refugiados en Moscú. Ellos fueron, sin duda, los que aprobaron la disolución en nombre de sus partidos.

Otro hecho significativo es el siguiente: la resolución del 15 de mayo se hizo pública inmediatamente (por eso el corresponsal de la agencia Reuter en Moscú puede referirse en su pregunta a Stalin a los "muy favorables" comentarios británicos); el 28 aparecía la declaración de Stalin, en la que se habla de la disolución como de algo que no ofrece la menor duda. Es decir, antes de que el Presidium hubiera podido cosechar un número decente de aprobaciones de calidad la disolución de la IC era presentada al mundo entero como un hecho consumado. La consulta a las secciones era un simple artificio para cubrir las formas.

Evidentemente, la liquidación de la IC era asunto *urgente*. Existían razones poderosas que impedían esperar. Pero al mismo tiempo disolver la IC por un simple decreto del Presidium resultaba excesivo. La solución fue enmascarar el decreto con la parodia de la consulta.

¿Por qué era tan urgente que la IC desapareciese? Después de la victoria soviética en Stalingrado y de la derrota del Eje en el norte de África, la perspectiva del triunfo antifascista se perfilaba claramente en el horizonte. ¿Qué razones impedían esperar al fin de la guerra para que los partidos pudieran examinar en sus congresos problema tan importante como la disolución de su organización internacional? La resolución del Presidium no las explica. Su argumento básico es que la experiencia de la IC había demostrado la imposibilidad de dirigir el movimiento desde un centro internacional. Admitiendo como válido el argumento (más adelante examinaremos este problema), no justifica, sin embargo, la urgencia de la disolución. Si la citada imposibilidad existía bastaba con "congelar" la actividad de los órganos dirigentes de la IC hasta que un congreso resolviera qué hacer.

La clave de la urgencia se transparenta, en cambio, en la declaración de Stalin: "La disolución de la IC es acertada y oportuna porque facilita la organización del asalto común [...]", "es perfectamente oportuna porque precisamente ahora [...] es necesario organizar el asalto común [...]", porque dará como resultado "el fortalecimiento ulterior del Frente Único de los Aliados [...]". Y el significado exacto de estas fórmulas queda perfectamente explicitado en el libro de Willian Foster, *Historia de las tres Internacionales*. Willian Foster, presidente del Partido Comunista de los Estados Unidos hasta su muerte, fue desde 1935 miembro del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC y se distinguió siempre por su identificación con las posiciones de los dirigentes soviéticos. Su libro se ajusta en todo al patrón de la historiografía estaliniana, pero precisamente por ello el pasaje que reproducimos a continuación tiene mayor interés:

"Es *significativo* – dice Foster – que la decisión histórica sobre la disolución de la Komintern fue adoptada *en el momento más agudo* de la lucha por la creación de un segundo frente en Europa. Este frente era completamente necesario para alcanzar la victoria rápida y decisiva. Pero los elementos reaccionarios occidentales lo obstaculizaban utilizando las especulaciones de Goebels sobre la Komintern. *No hay duda alguna que la impresión favorable producida en la burguesía mundial por la disolución de la Komintern desempeñó un papel decisivo en la superación del círculo vicioso creado*. Poco después (en noviembre-diciembre de 1943), tuvo lugar la famosa conferencia de Teherán, en la que por fin se fijó la fecha de apertura del segundo frente"(16).

El "círculo vicioso" al que alude Foster era el siguiente. La IC no había abolido formalmente su programa de "revolución mundial". "Durmiente" en los años del Frente Popular, fue agitado de nuevo por la IC en el periodo del pacto germanosoviético, enfilándolo precisamente contra los Estados capitalistas que poco después habrían de convertirse en aliados de la Unión Soviética. La "burguesía mundial" seguía tomando en serio ese programa. El *New York Times*, por ejemplo, escribía el 14 de febrero de 1943:

"Lenta, inexorablemente los ejércitos rusos continúan avanzando hacia el oeste [...] Estos ejércitos suscitan en no pocos espíritus interrogantes que proporcionan terreno fértil para la propaganda nazi de última hora, la cual agita el espantajo de la dominación bolchevique en Europa".

Por otro lado, Stalin temía que Inglaterra y Estados Unidos se orientasen a una paz separada con Alemania. Consideraba, al parecer, que un viraje de los aliados capitalistas en 1943 podía cambiar todavía el curso de la guerra. Para vencer, el ejército soviético tenía que avanzar y derrotar al ejército hitleriano. Pero el temor a las consecuencias revolucionarias de la derrota alemana podía quebrantar la coalición antihitleriana. Había que romper el "círculo vicioso" fijando claramente, de manera aceptable para todos los interesados, los objetivos de la victoria. Y, desde luego, la perspectiva de la revolución en Europa no era aceptable para los aliados capitalistas de la URSS.

Las razones de la urgencia aparecen, por consiguiente, bastante claras. Independientemente de que hubiera – que los había – otros motivos serios para la disolución de la IC, el *momento* escogido para llevar a la práctica la medida estuvo plenamente determinado por la urgente necesidad de dar "garantías" a los Estados capitalistas acerca de los objetivos políticos de la URSS. Planteado el problema en estos términos es comprensible que no pudiera esperarse a un congreso de la IC; ni siquiera a consultar el núcleo comunista dirigente de cada país (lo que no era imposible, dados los medios "técnicos" de que disponía la IC, pero hubiera exigido un plazo de varios meses). Y a fin de cuentas, para resolver lo que se pretendía resolver lo *decisivo* no era lo que pensasen los comunistas; lo decisivo era lo que pensasen Roosevelt y Churchill, la "burguesía mundial" como dice Foster.

Registremos de paso – sin extendernos en detalles que nos alejarían de nuestro tema – que la disolución de la IC aparece sincronizada con un conjunto de medidas que van todas en la misma dirección. Poco tiempo después Stalin recibe al metropolitano Sergius, jefe de la iglesia ortodoxa rusa, y al cabo de una larga y amistosa entrevista resuelve restaurar el Santo Sínodo. En el mismo periodo, la "Internacional" es suprimida como himno oficial del Estado soviético y reemplazada por un canto a la Gran Rusia(17). Y el 10 de mayo, cinco días antes de la fecha que figura al pie de la

resolución disolviendo la IC, se celebra en Moscú un congreso paneslavo presidido por Dimítrov. ¡Simbólico relevo!

Ahora bien, ¿podía ser la disolución de la IC un acto suficiente para desvanecer en los aliados de la URSS el temor a la revolución? Según el razonamiento de Stalin, la medida fortalece el "frente único de los Aliados" y facilita la organización "inmediata" del "asalto común", porque pone fin a la "calumnia" de que Moscú se inmiscuye en la vida de otras naciones para bolchevizarlas, así como a la "calumnia" de que los partidos comunistas no actúan en interés de sus pueblos sino bajo órdenes exteriores. Los nazis y los "adversarios del comunismo dentro del movimiento obrero" – argumenta Stalin – presentan a la IC como el instrumento de esa ingerencia. Por tanto, la disolución de la IC pone fin a la calumnia. (La resolución del Presidium, aunque en forma menos desarrollada, utiliza este mismo recurso polémico; véase resolución, punto 2.)

Calumnia, según el diccionario, significa "acusación falsa, hecha maliciosamente para hacer daño". Si acusar a la IC de ingerencia era una calumnia quiere decirse que la IC no se inmiscuía realmente en los problemas de los diversos países, no daba órdenes a los partidos comunistas. Pero si tal era la realidad la disolución de la IC no cambiaba nada sustancial, al menos para los bien informados. El acto sólo podía tener un efecto psicológico, propagandístico, en los ignorantes que tomaban la calumnia por verdad. ¿Podía incluirse a los dirigentes del capitalismo mundial, a los Roosevelt y Churchill, en esa categoría? Y de lo que se trataba era de sentar las premisas políticas para un acuerdo con esos señores, un acuerdo que debía fijar los destinos del mundo por toda una época. ¿Podía la disolución de la IC ejercer una influencia importante – decisiva, según Foster – en la gran negociación diplomática si no modificaba realmente el estado de cosas, si sólo "suprimía" algo inexistente?

Stalin reducía tranquilamente a "calumnia" veinticinco años de historia. Los estatutos, el programa, las resoluciones de la IC proclamaban que la IC existía, y su Comité Ejecutivo funcionaba en permanencia, con un fin muy concreto: dirigir la lucha revolucionaria en cada país a través de la sección nacional correspondiente, coordinar esas luchas nacionales a escala internacional dentro de una concepción estratégica mundial de la revolución socialista. La burguesía de cada país y el capitalismo internacional especularon siempre con la teoría y la práctica revolucionarias de la IC para acusar a los comunistas de estar a las órdenes de Moscú, etc. Lenin y los comunistas no respondían a esas acusaciones negando los hechos, sino refutando la interpretación reaccionaria de los mismos. La innegable intervención de la IC en los problemas internos de cada país – argumentaban – correspondía a los intereses de su proletariado, lo "nacional" debía estar supeditado a lo "internacional", el Estado soviético tenía el deber de ayudar a la lucha revolucionaria en cada país – evidente ingerencia en los "asuntos internos" –, etc. Los diversos partidos comunistas y la IC reconocían abiertamente que el Partido Comunista de la URSS era el "partido dirigente" de la IC. Por lo demás, la misma resolución del Presidium disolviendo la IC equivalía a un desmentido rotundo de la tesis de la "calumnia". Al declarar que la IC se disolvía para poner fin al método de "solucionar los problemas del movimiento obrero de cada país desde un centro internacional", estaba reconociendo la ingerencia de la IC en los asuntos internos de todos los países.

En suma, la disolución de la IC no ponía fin a una "calumnia" sino a una *realidad*, a lo que la IC había sido realmente, con sus aciertos y sus errores. Por eso podía facilitar las negociaciones Stalin-Roosevelt-Churchill. ¿Por qué recurre Stalin al subterfugio de la "calumnia"? Tal vez como un medio de disimular ante los comunistas y las masas trabajadoras la significación profunda de la concesión que hace a los jefes del capitalismo mundial. Presentada así podía interpretarse – y así lo entendieron generalmente los comunistas – como un ardid de guerra. La sacralización de Stalin – aureolado ya con la gloria de la batalla de Stalingrado – que la IC había cultivado sistemáticamente en sus últimos quince años, hacía muy difícil, por otra parte, que los comunistas pudiesen leer críticamente la declaración del 28 de mayo' (18).

Stalin no sólo entierra la "calumnia": procura tranquilizar a los Aliados sobre su eventual resurrección. Los partidos comunistas dejan de ser una fuerza organizada internacionalmente. En lo

sucesivo se limitarán a actuar estrictamente en el marco nacional. Tal es, probablemente, el significado de que la resolución del Presidium guarde el extraño silencio que antes hemos subrayado sobre cualquier otro tipo de vinculaciones internacionales entre los partidos comunistas. Pero ni la disolución de la IC, ni la promesa tácita de no restaurarla bajo otras formas, podían ser suficientes para los experimentados políticos del imperialismo. Para ellos era evidente que por lo menos una vinculación quedaba en pie, por muy subterráneamente que operase: la vinculación entre cada partido comunista y el centro soviético. A menos de disolver también los partidos comunistas – pretensión excesiva, por mucha que fuera la buena voluntad de Stalin – lo esencial para los gobernantes burgueses era en qué sentido influiría la vinculación subsistente. En una palabra: ¿Cuál iba a ser la política de los partidos comunistas en la fase final de la guerra y en la postguerra? ¿Iban a ”utilizar con todas sus fuerzas la crisis económica y política creada por la guerra para despertar la conciencia política de las masas populares y precipitar la caída de la dominación capitalista”, como preconizaba el último congreso de la Internacional? En la respuesta a este interrogante reside la concesión fundamental que Stalin hace a los Aliados. La resolución del Presidium no se limita, en efecto, a disolver la Internacional: formula al mismo tiempo una orientación susceptible de satisfacer a los Estados capitalistas participantes en la coalición antihitleriana. No porque represente una garantía infalible contra la revolución – ni siquiera los partidos comunistas podían ofrecer, aunque lo quisieran, tal garantía –, sino porque dejaba a los partidos de la burguesía un amplio margen de maniobra para prevenir el peligro. Los acontecimientos demostraron que supieron utilizarlo inteligentemente.

Unión antifascista ”sin distinción de partidos ni creencias religiosas” (resolución, punto 4): tal es la expresión genérica de la táctica que la IC, al desaparecer, prescribe a los partidos comunistas y al proletariado en general. Ahora bien, bajo esa formulación general podían cobijarse contenidos muy diversos. Como es bien sabido, la primera formalización de la política de unidad antifascista fue el frente popular. Pero entonces incluyó explícitamente una perspectiva de profundización revolucionaria, inspirada en la estrategia leninista de transformación de la revolución democrático burguesa en revolución socialista. Al mismo tiempo el VII Congreso, como vimos anteriormente (véase p. 4-5), reafirmó la orientación tradicional de la IC: aprovechar la crisis que habría de crear una nueva guerra mundial para atacar los fundamentos mismos del capitalismo. En la resolución del Presidium no sólo se guarda silencio sobre ambas perspectivas, sino que se introducen directivas tácticas destinadas, según toda evidencia, a contener la lucha antifascista en los límites de la democracia burguesa. En relación con los Estados aliados de la URSS se indica que el ”deber sagrado” de los comunistas es ”apoyar por todos los medios los esfuerzos militares de los gobiernos de estos países” y actuar ”dentro de los marcos de su Estado”. Ni siquiera hay la recomendación de observar una actitud crítica hacia esos ”esfuerzos militares” que, en no pocos casos, dejaban bastante que desear. Respecto a los países del bloque hitleriano la tarea de los comunistas, dice la resolución, es contribuir a la derrota y el derrocamiento de ”los gobiernos culpables” de la guerra. Ninguna alusión al capitalismo monopolista alemán e italiano, principal promotor de la política agresiva de ambos países. (Véase resolución, punto 4.) En una palabra, la perspectiva de transformar la lucha antifascista en revolución socialista era tácitamente eliminada. Cabe objetar que esa perspectiva podía seguir existiendo en la intención oculta de los partidos comunistas. Pero aunque así fuera el problema no cambia sustancialmente. La revolución no se prepara más que mediante una acción ideológica y política abierta, que formule claramente, a la luz del día, sus objetivos, métodos, etc.

La rigurosa sincronización del testamento político de la IC con las exigencias de la negociación entre la URSS y sus Aliados (tal como las entendían los dirigentes soviéticos) se revela en otra particularidad de la resolución del Presidium: no contiene una sola referencia a la lucha de liberación nacional de los pueblos de las colonias y semicolonias. Parte de ellos trataba en ese momento de utilizar las dificultades del imperialismo anglofrancés (así como del holandés, etc.) para romper las cadenas colonialistas. La IC silencia prudentemente este combate para no inquietar a los aliados de la URSS. Otros, como el pueblo revolucionario de China, están empeñados en la

guerra de liberación contra el imperialismo japonés, con el cual están en guerra los Estados Unidos, aliados de la URSS. La consideración anterior no juega, pues, en relación con los Estados Unidos. Pero la Unión Soviética ha firmado en 1941 un pacto de neutralidad y no agresión con el Japón, cuya vigencia durará hasta el momento en que, virtualmente vencido el imperialismo japonés, la URSS le declare la guerra con el fin de asegurarse posiciones estratégicas en el Extremo Oriente. Para no perturbar el pacto soviético-nipón la resolución del 43 guarda silencio sobre la gran lucha revolucionaria dirigida por el Partido Comunista de China. Este ni siquiera figura, como vimos, entre las "secciones más importantes de la IC" (véase p. 8). El europeocentrismo que había caracterizado toda la actividad de la IC – pese al progreso radical que en este aspecto existía entre ella y la II Internacional – se reveló de la manera más descarnada a la hora de su disolución.

Y toda esta orientación que la IC prescribe a los partidos comunistas en el momento de desaparecer de la escena histórica – orientación en la que está inscrita, no sólo como realidad admitida sino como realidad respetada, la subsistencia en la postguerra del núcleo principal del capitalismo imperialista – es presentada en la resolución del Presidium y en la declaración de Stalin como susceptible de "garantizar la amistad recíproca de las naciones sobre la base de la *igualdad de derechos*"; como capaz de desbrozar "el camino hacia la futura organización de la colaboración *fraternal* de las naciones, basada en la *igualdad*". Así era fomentada en las masas, por los máximos dirigentes del movimiento comunista, la ilusión de que la igualdad y fraternidad entre las naciones es compatible con la subsistencia de los principales Estados imperialistas; la ilusión de que estos Estados, por la sola virtud de hacer la guerra contra sus rivales capitalistas al lado del Estado soviético, se proponían instaurar un mundo ideal. Los jefes del capitalismo sabrán aprovechar este suplemento de crédito moral que les concedían los jefes del comunismo, lo mismo que aprovecharán hábilmente el margen de maniobra que les proporcionaba la limitación de los objetivos de los partidos comunistas a los marcos de la democracia burguesa.

No huelga insistir en que el llamamiento explícito-implícito contenido en la resolución de 1943, a que la lucha antifascista no rebase los límites admisibles para las potencias capitalistas, tiene lugar en el momento en que se ha iniciado ya la fase ofensiva de la guerra (por parte de la coalición antihitleriana). Esta fase no se caracteriza sólo por la ofensiva en los frentes militares, sino por la potente progresión de la Resistencia en los países ocupados y el fortalecimiento dentro de ella de las tendencias más radicales. Es la fase en la que subsiste aún el peligro de una inversión de las alianzas – aunque todo el contexto político hace cada vez más difícil esa eventualidad – pero en la que al mismo tiempo crece una fuerza nueva llena de potencialidades revolucionarias.

Sobre esta cuestión volveremos en otro lugar. Aquí nos limitaremos a la siguiente observación. No existe todavía una investigación objetiva de la segunda guerra mundial que dé cuenta, en toda su complejidad, de la correlación y la dinámica de los factores militares, sociales y políticos en esta fase del gran drama; no puede descartarse, por tanto, la hipótesis de que la resolución de 1943 respondiese a una apreciación realista de dicha correlación de fuerzas, de los peligros existentes, de las posibilidades reales que se abrían ante las vanguardias revolucionarias. Pero aún en ese caso subsistiría el carácter netamente oportunista de dicha resolución, debido a la manera mistificada como presenta las concesiones que hace al imperialismo "antihitleriano", a las ilusiones que la política de los partidos comunistas, inspirada en esa línea, sembró en las masas populares. Mistificación e ilusiones que no podían por menos de facilitar el engaño de los pueblos por los líderes del "mundo libre".

Ciertamente, los "aliados capitalistas" pagaron su tributo. Para asegurar la victoria sobre sus competidores en la explotación mundial tuvieron que contribuir a la victoria del Estado nacido de la revolución de octubre. El segundo gran reparto de las "esferas de influencia" en el siglo XX – iniciado en la conferencia de Teherán con la decisión sobre el escenario del segundo frente, precisado en la entrevista Stalin-Churchill de octubre de 1944, consagrado en Yalta y Potsdam – implicó el reconocimiento por los Estados capitalistas vencedores del glacis europeo de la URSS(19). Este glacis entrañaba la instauración en el este y sudeste europeos de regímenes que ofrecieran plenas garantías al Estado soviético, lo que era difícilmente compatible con el

mantenimiento de las estructuras capitalistas. (Más adelante se revelaría que no bastaba con la liquidación del capitalismo para garantizar la "seguridad" de la URSS tal como la entendían los jefes soviéticos; se requería también que los dirigentes de los nuevos Estados obedecieran incondicionalmente al centro soviético.) La perspectiva de revolución socialista, excluida del testamento de la IC, se reintroduciría en esos países al amparo de la razón de Estado(20).

Bien miradas las cosas, hay que convenir que el tributo pagado por los Estados imperialistas a su circunstancial aliado "obrero" aunque no era despreciable desde el punto de vista del proceso histórico de la revolución mundial, tampoco era exorbitante desde el punto de vista de los intereses de dichos Estados. A cambio de aplastar a sus rivales capitalistas y de obtener garantías contra la revolución en el Occidente europeo industrialmente desarrollado, así como en la estratégica zona mediterránea, "aceptaban" la consolidación del Estado soviético y la liquidación del capitalismo en la zona más atrasada de Europa. Lo primero era, sin duda, la parte más "gravosa" del tributo. Pero no hay que perder de vista que el sistema capitalista salía de una etapa en la que había conocido la más grave crisis económica de su historia y el más terrible conflicto bélico interimperialista. No hay que olvidar tampoco que además de salvar el Occidente europeo y el gran Estado capitalista del Oriente, el capitalismo acrecienta de manera gigantesca su potencia en los Estados Unidos.

Los acontecimientos se encargaron de demostrar que las garantías contra el desbordamiento revolucionario de la lucha antifascista dadas por Stalin a sus aliados, actuaron eficazmente allí donde debían actuar. En Francia e Italia la situación interior, durante la fase última de la guerra y al terminar ésta, era sin duda más desfavorable para la burguesía – en el plano de las fuerzas politicosociales internas – que en la mayoría de los países del este. Los partidos comunistas disponían de enorme influencia y dentro de la socialdemocracia existía una importante ala izquierda. Pero esos partidos supieron tener prudentemente en cuenta el "factor exterior". En Grecia, donde la situación interior era francamente revolucionaria, el partido comunista no observó la misma prudencia y fue aplastado. Ahora bien, el "factor exterior" no era sólo la disposición a *intervenir* de las fuerzas angloamericanas, como suele presentarse en la historiografía comunista oficial; se componía, asimismo, de la disposición a *no intervenir* de las fuerzas soviéticas. (E inversamente, cuando se trataba de los países del glacis soviético.) El "factor exterior" era un compromiso con tres artífices principales – Stalin, Roosevelt, Churchill – y un solo dios verdadero: la razón de Estado. En virtud de ese compromiso la revolución no pasó del estado potencial en Francia e Italia, fue aplastada en Grecia, no pudo levantar cabeza en España, pero acabó imponiéndose en los países del este de Europa.

En aras de ese compromiso fue liquidada y utilizada la IC. *Liquidada*, para mostrar con gesto tan espectacular que los dirigentes soviéticos renunciaban a "estimular" la revolución en los centros vitales de sus aliados; *utilizada*, para dar forma positiva a esa renuncia, para preparar política e ideológicamente a los comunistas y al proletariado europeo a la aceptación de ese compromiso. La resolución de mayo de 1943 fue, en una sola pieza, el acta de defunción del pasado y el documento guía del presente y del futuro inmediato.

Tal es la ironía de la historia. Creada en 1919 "con el fin de organizar la *acción conjunta* del proletariado de los diversos países tendente a un mismo fin: derrocamiento del capitalismo, instauración de la dictadura del proletariado y de la república internacional de los soviets [...]"(21), la IC se autodisolvió en 1943 para facilitar la *acción conjunta* de la primera república soviética con los Estados capitalistas que habían organizado la intervención armada para aplastarla en la cuna. Nacida con un programa de revolución mundial a corto plazo, moría veinticinco años después postulando un horizonte de fraternal colaboración del Estado soviético con los Estados capitalistas.

Certificado de quiebra

Como es natural, dado el estilo que se había instalado en la IC desde muchos años antes de su disolución, el documento del Presidium elude cuidadosamente todo reconocimiento explícito de que la medida obedece a exigencias perentorias de las negociaciones entre Stalin y los Aliados. Toda su

argumentación está construida sobre la tesis de que la disolución viene dictada por la experiencia histórica de la Internacional. El hecho de que esta argumentación sirva para velar ante los comunistas el aspecto que hemos analizado en las páginas anteriores, no quiere decir que sea falsa ni secundaria. Al contrario, tiene enorme relevancia. Su fondo, como ya sabemos, consiste en que la actividad misma de la IC había ido demostrando la imposibilidad de dirigir el movimiento obrero de cada país desde un centro internacional. La resolución nos describe un proceso según el cual fue produciéndose una inadecuación cada vez mayor entre la IC – en tanto que *forma* de organización internacional, que *método* de dirección – y las necesidades del movimiento obrero (véase resolución, punto 3). El esquema del proceso es el siguiente:

Un "periodo inicial", cuya duración no es precisada, en el que la IC ha sido la forma de organización adecuada a dichas necesidades. En ese periodo fue posible, al parecer, "la solución de los problemas de movimiento obrero de cada país por un centro internacional".

Un "periodo final" en el que dicho método tropieza con "dificultades insuperables", y la IC llega "incluso a ser un obstáculo para el fortalecimiento ulterior de los partidos obreros nacionales". No se dice cuándo comienza exactamente ese "periodo final", pero sí que las "dificultades insuperables" eran "patentes", desde "mucho antes de la guerra". Togliatti, firmante de la resolución de 1943, afirmó en 1959 que a partir de 1934, por lo menos, "se hacía imposible y hasta absurdo pensar que podía ejercerse desde un centro único una verdadera labor de dirección"(22)

A menos de admitir que la metamorfosis de la IC – de organización apropiada a las necesidades del movimiento obrero en obstáculo para éste – sobreviniera mágicamente, de la noche a la mañana, hay que suponer que entre el "periodo inicial" y el "periodo final" se extendió un "periodo intermedio", durante el cual la inadecuación existía ya aunque no hubiera cobrado todavía las dimensiones de lo absurdo. En una palabra, la resolución de 1943 reconoce de hecho, aunque no lo diga explícitamente, *que durante la mayor parte de su historia la IC no fue el tipo de organización internacional que necesitaba el movimiento obrero.*

Cierto, ese certificado de quiebra se refiere exclusivamente a la IC en tanto que método de dirección, que estructura internacional; en la resolución de 1943 no hay la menor referencia crítica a la obra teórica y política de la Internacional. Pero enfocada la cuestión con criterio marxista, ¿puede concebirse que la inadecuación del método y de las estructuras organizacionales no incidiera negativamente en el plano de las resoluciones políticas y de las elaboraciones teóricas?

La argumentación que sirve al Presidium del Comité Central de la IC para fundamentar la quiebra del mecanismo basado en la centralización internacional del movimiento, es consistente y coherente. Parte, en efecto, de un hecho indiscutible, cuyas principales facetas enumera: la "profunda diversidad de caminos históricos en el desarrollo de los diferentes países"; el "distinto e incluso contradictorio carácter de sus regímenes sociales"; la "diferencia de nivel y ritmo de desarrollo social y político"; la "diversidad del grado de conciencia y organización de los obreros". De este hecho indiscutible deduce otro que no lo es menos: la existencia de "tareas diferentes" para la clase obrera de cada país. Y de estos dos hechos indiscutibles deduce un corolario: la imposibilidad de "solución de los problemas del movimiento obrero de cada país por cualquier centro internacional". La validez de este corolario es confirmada – viene a decir la resolución – por toda la experiencia práctica de la IC (véase resolución, punto 3).

Sin embargo, esa experiencia demostró "de manera convincente que la forma de organización para agrupar a los obreros elegida por el primer Congreso de la IC era una forma que correspondía a las necesidades del periodo inicial del renacimiento del movimiento obrero" (*Ibid.*). ¿Cómo compaginar esta tesis con la argumentación precedente? ¿Acaso en ese "periodo inicial" no se daban la profunda diversidad de caminos históricos, de regímenes sociales y políticos, de ritmos de desarrollo, de contrastes en el nivel de conciencia y organización del movimiento obrero? Basta con detenerse un momento a evocar el panorama que ofrecía Europa y el mundo al terminar la guerra del catorce, para convenir que todos esos rasgos se daban en grado superlativo, no menor que en los periodos posteriores de la IC. En realidad, se trata de rasgos genéricos, que se encuentran en

cualquier periodo histórico del movimiento obrero, y cuya base común es bien conocida: la nación. Toda la argumentación utilizada por el Presidium para justificar la disolución equivale a reconocer que la IC se estrelló contra el hecho nacional. Y en efecto, esa es una de las claves esenciales de su crisis. Desde su fundación, con sus 21 condiciones(23), con su ultracentralismo, con la subordinación draconiana de la periferia al centro, de la base a la cúspide, la IC borraba de sí misma, en la práctica, el "hecho nacional". Y con ello se cerraba la vía para asumirlo en su exterioridad. ¡Tremenda paradoja! El partido que más había trabajado sobre el "problema nacional", que había llegado más lejos en la comprensión del fenómeno nacional, europeo y colonial, en lúcido contraste con la "ortodoxia" de la II Internacional (recordemos las elaboraciones de Lenin y Stalin, las polémicas de Lenin con Rosa Luxemburgo, sus últimos anatemas contra el nacionalismo granruso pisoteador del derecho de las naciones más débiles a autodeterminarse); este partido, ignora el "hecho nacional" como *componente* del movimiento revolucionario mismo, de su organización internacional. Los últimos veinte años del movimiento comunista, desde la "crisis yugoslava" hasta la "crisis checoslovaca" – pasando por las crisis húngara, polaca, rumana, albanesa, china, etc. – forman la historia de la revancha abierta del "hecho nacional" en el movimiento revolucionario. Pero antes hubo la etapa de la revancha subterránea, que va minando a la Internacional Comunista. Sobre este factor fundamental de la crisis de la IC, que se manifiesta a todos los niveles de su actividad – teórico, político, organizacional –, volveremos repetidamente a lo largo de nuestro análisis.

La tesis de que en su "periodo inicial" la forma de organización de la IC *correspondía* a las necesidades del movimiento revolucionario, no va acompañada en la resolución de 1943 de demostración alguna. En cambio, toda la argumentación destinada a probar que en los restantes periodos existió contradicción creciente entre esa forma de organización y las necesidades del movimiento puede aplicarse perfectamente, como ya hemos dicho, al "periodo inicial". Es inevitable pensar que en el intento de excluir este último actuaba un móvil subjetivo: salvar ante la historia la creación de la IC, indisolublemente ligada al nombre de Lenin.

En el "periodo inicial" existe, efectivamente, una "correspondencia", pero no la que indica la resolución. La estructura ultracentralizada de la IC, sus métodos de dirección, "corresponden", no a las necesidades reales del movimiento obrero, sino a una determinada concepción teórica del curso de la revolución mundial, de sus exigencias tácticas y organizacionales: la concepción de Lenin y su grupo bolchevique (que en el último periodo de su vida Lenin comienza a revisar). La contradicción entre las estructuras organizacionales de la IC y las "necesidades del movimiento obrero" es una contradicción derivada, resultante de la contradicción fundamental entre la citada concepción teórica del curso de la revolución mundial y la marcha real del mundo. En resumen, la crisis de la IC no nace sólo de sus estructuras organizacionales: es también una crisis teórica y política.

Ya es significativo, a este respecto, que en el momento de disolverla y caracterizar su balance histórico, los dirigentes de la IC no puedan inscribir en él una sola victoria revolucionaria. Se limitan a cuatro generalidades de signo "positivo", cada una de las cuales disimula la alarmante faceta negativa del balance. "El papel histórico de la IC – resume la resolución de 1943 – ha consistido en defender la doctrina del marxismo contra su vulneración y falsificación por los elementos oportunistas del movimiento obrero; en haber contribuido a agrupar en una serie de países la vanguardia de los obreros avanzados en auténticos partidos; en ayudar a éstos a movilizar a las masas trabajadoras para defender sus intereses económicos y políticos, para luchar contra el fascismo y contra la guerra que éste preparaba, así como para apoyar a la Unión Soviética, baluarte fundamental contra el fascismo(24). Se pasa por alto que la gran mayoría de la clase obrera en los países capitalistas seguía – a los veinticinco años de existir la IC – bajo la influencia del reformismo, y que en la principal fortaleza del capitalismo la gravitación del marxismo en el proletariado era prácticamente nula(25); se silencia que en la mayoría de los países capitalistas desarrollados los partidos comunistas eran factor político de escaso peso, cuando no nulo; que allí donde desempeñaban un papel importante sufrieron duras derrotas y el más poderoso de ellos, el partido "modelo" dentro del mundo capitalista, no fue capaz de ofrecer resistencia eficaz al

fascismo alemán. Se soslaya un hecho fundamental: en el cuarto de siglo cubierto por la existencia de la IC el capitalismo atravesó la crisis económica más grave de su historia, seguida pocos años después del segundo gran conflicto bélico interimperialista, pero la Komintern no fue capaz de dar una salida revolucionaria a esta crisis en ningún país, y a la hora de disolverse, cuando ya la guerra se inclina hacia la derrota del fascismo, lega como perspectiva a los partidos comunistas el restablecimiento o la defensa de la democracia burguesa. Se silencia la derrota de la revolución china en 1926-1927 y la debilidad general de la IC en los países coloniales, la derrota de la revolución española y la frustración del Frente Popular francés, etc.

Ningún partido comunista puede asegurar al proletariado un camino garantizado contra las derrotas y los fracasos, pero, ¿qué pensar del partido "marxista" que enjuicia su historia como si no hubiesen existido las derrotas y los fracasos en los que ha sido protagonista principal? El sombrío cuadro que hemos bosquejado, en contrapunto a la nota de autosatisfacción que exhibe la resolución de 1943, no se explica únicamente por razones subjetivas, por las deficiencias y los errores de la IC. Existieron poderosos factores objetivos que contribuyen a explicar en gran medida por qué el capitalismo no sólo pudo sobrevivir a esas difíciles pruebas sino fortalecerse en una serie de aspectos y sectores vitales. Pero no hay que olvidar, en primer lugar, que en la dialéctica de lo objetivo-subjetivo, lo subjetivo se objetiviza y recíprocamente; y, en segundo lugar, una de las debilidades principales de la IC consistió, precisamente, en su incapacidad para dar cuenta teórica de esos factores objetivos y elaborar sobre esa base las formas y métodos de acción adecuados. (Limitémonos a señalar aquí, para tratarlos más extensamente en otros lugares, dos problemas estrechamente ligados: la influencia de la socialdemocracia en el movimiento obrero, sus raíces objetivas, etc., y el problema del capitalismo en su fase monopolista, o más exactamente, en su transición al capitalismo de Estado, que se inicia entre las dos guerras.)

Las derrotas y los fracasos es un tributo inevitable que la lucha revolucionaria debe pagar para alcanzar la victoria, pero ese tributo es fecundo únicamente si el partido revolucionario es capaz de asimilar críticamente la experiencia de las derrotas y los fracasos. Lo más grave de la forma en que desaparece la IC es que vuelve la página de su historia sin someter la experiencia acumulada a una crítica rigurosa de los comunistas. Y hace esto en el momento en que se abre una nueva época de radical mutación mundial en todos los órdenes. Cuando nuevos millones de revolucionarios se incorporan a la acción, y el éxito de esta acción depende vitalmente de la asimilación marxista de la experiencia pasada.

La situación de guerra no podía ser una justificación para dejar de abordar esta tarea, al menos en sus aspectos más urgentes (sin hablar ya de que, cuando la guerra cesó, tampoco se abordó). Si los partidos comunistas eran efectivamente la vanguardia revolucionaria, los comunistas no podían ser considerados como simples soldados u oficiales antifascistas; tenían que ser los encargados de elaborar, sobre la marcha misma del combate, una estrategia y una táctica revolucionarias, susceptibles de aprovechar al máximo, en cada país e internacionalmente, las posibilidades que ofrecía la profunda crisis del sistema capitalista y el auge revolucionario que se perfilaba. En este sentido, experiencias como la guerra civil española y el Frente Popular francés, que habían mostrado los atolladeros a donde podía conducir la táctica de unidad antifascista, eran de valor inestimable para la situación que habían de abordar los partidos comunistas en la última fase de la guerra y ulteriormente. Por otra parte, en las condiciones de la guerra antifascista a escala europea, cuando el desenlace de la lucha en cada país dependía menos que nunca de la sola correlación interior de fuerzas, la coordinación de la acción entre los diversos partidos comunistas era una necesidad evidente. La resolución de 1943 va a contrapelo de esas dos exigencias.

En primer lugar dicta una línea uniforme a todos los partidos, en lugar de llamarles a elaborar con toda iniciativa la política que mejor respondiese a las peculiaridades concretas de la lucha en cada país. Es decir, la resolución disuelve la Internacional basándose en que el método de dirección del movimiento revolucionario de cada país desde un centro internacional ha fallado históricamente, y en el mismo acto utiliza este método.

En segundo lugar, esa línea parte, ante todo, de las exigencias que presenta la negociación entre los "tres grandes" de la coalición antihitleriana, lo que no podía por menos de acentuar al extremo las tendencias "derechistas" aparecidas en el periodo del frente popular.

En tercer lugar, la IC es disuelta sin plantear el problema de nuevos tipos de vinculación entre los partidos comunistas. El fracaso de la forma de organización internacional representada por la IC es tácitamente presentada como la prueba de que no debe existir ninguna forma de organización internacional del movimiento revolucionario. En una situación que evidentemente exigía la estrecha coordinación de la acción de los partidos comunistas, la resolución de 1943 impone que cada uno se limite estrictamente a actuar en el marco de su país.

En la práctica, como es bien sabido, cada partido debía limitarse al marco de su país... pero en estrecha relación con la alta dirección soviética. La perpetuación del método de la IC no se traducían simplemente en dictar, a la hora de morir, una línea uniforme a todos los partidos comunistas: se traducían en que el papel del Comité Ejecutivo de la IC (servir de intermediario a la dirección de la IC por el Partido Comunista de la URSS) pasaba a ser cumplido directamente, pero no abiertamente, por el Buró Político del partido soviético. En estas condiciones, no sólo la formulación general de la línea dictada por la resolución de 1943, sino su aplicación concreta, se ajustaría en todo momento a las necesidades de la alta estrategia politicomilitar de la URSS. En la segunda parte de este ensayo veremos en detalle los efectos de esa supeditación sobre el movimiento comunista heredero de la IC.

En los capítulos de la primera parte que siguen nos proponemos fundamentar el juicio formulado páginas atrás: la liquidación de la IC recubre la llegada a un punto crítico, en un momento de viraje de la historia mundial, de una larga crisis, iniciada en los primeros años de la Internacional. Y comenzaremos por examinar la génesis y el proceso de esa crisis en el plano de las concepciones que sirven de fundamento teórico a la acción política y a las estructuras orgánicas de la IC.

2. La crisis teórica

Ninguna formación social desaparece antes de que se desarrollen todas las fuerzas productivas que caben dentro de ella, y jamás aparecen nuevas y más altas relaciones de producción antes de que las condiciones materiales para su existencia hayan madurado en el seno de la propia sociedad antigua. *Marx.*

El esquema teórico de Lenin

Para Lenin, como para Marx y Engels, la revolución socialista es, por esencia, *mundial*, aunque la toma del poder por la clase obrera no pueda realizarse simultáneamente en todos los países, ni siquiera en varios a la vez, salvo rara coyuntura(1). Este carácter mundial de la revolución socialista deriva, en Marx, de la naturaleza misma de las modernas fuerzas productivas, en virtud de la cual el capitalismo es un sistema mundial, un mecanismo económico que tiende a la integración de la sociedad humana a escala planetaria. Producto, en última instancia, del paso a un nivel aún más elevado de las fuerzas productivas, el socialismo no puede cobrar existencia real, con mayor razón que el capitalismo, más que como sistema mundial. Lo cual implica, como condición necesaria, que la revolución triunfe en los países económicamente desarrollados. Sólo cuando la "gran revolución social – dice Marx – haya dominado esas realizaciones de la época burguesa que son el mercado mundial y las modernas fuerzas productivas, sometiénolas al control común de los pueblos más avanzados, sólo entonces el progreso humano dejará de parecerse a ese odioso ídolo pagano que no quería beber el néctar más que en el cráneo de las víctimas"(2).

La versión de que Lenin revisó a Marx en este aspecto, y fundamentó teóricamente la posibilidad de construir plenamente el socialismo en un país aislado, no responde a la verdad histórica; fue fabricada por Stalin para respaldar con argumentos de autoridad su propia tesis al respecto, tesis que los actuales dirigentes soviéticos han "desarrollado", hasta proclamar la posibilidad de construir el

comunismo en la URSS aunque el capitalismo siga dominando sobre una parte considerable de las fuerzas productivas mundiales(3).

La especulación estaliniana sobre el pensamiento de Lenin en este problema, ha sido facilitada por la confusión, muy difundida, entre dos conceptos que suelen formularse en términos idénticos: el concepto de revolución socialista como revolución *social*, como transformación *socialista* de las estructuras economicosociales, de las superestructuras políticas y de la cultura; y el concepto de revolución socialista como revolución *política*, cuyo rasgo definitorio es la toma del poder por la clase obrera. El primer contenido del concepto "revolución socialista" incluye *plenamente* el segundo: toda revolución social, tanto socialista como burguesa, comprende como momento necesario la revolución política, el paso del poder a una nueva clase. El segundo contenido del concepto, en cambio, no incluye más que *parcialmente* el primero: toda revolución política, salvo si se reduce a un golpe por arriba que traspasa el poder de unas manos a otras dentro del mismo grupo dirigente, tiene un contenido social más o menos desarrollado; con mayor razón lo tiene la revolución política que entraña la toma del poder por la clase obrera. Pero este contenido políticosocial no es más que la primera piedra de un edificio cuya construcción está sujeta a leyes y condiciones distintas de las que han hecho posible la colocación de esa primera piedra. Para diferenciar esos dos contenidos en el concepto "revolución", Lenin introdujo las expresiones "revolución en sentido amplio" y "revolución en sentido estricto", de las que nos serviremos en lo sucesivo(4).

La diferencia de contenido entre revolución socialista en sentido amplio y revolución socialista en sentido estricto encierra, entre otros aspectos fundamentales, una diferencia de espacio y tiempo. En el primer caso, el espacio es mundial y el tiempo comprende toda una época histórica; en el segundo caso, el espacio es nacional, o más exactamente, estatal, y el tiempo se reduce a un periodo históricamente breve. Cuando Marx y Lenin hablan de posibilidad de victoria de la revolución socialista en tal o cual país, aisladamente considerado, utilizan el concepto en el sentido estrecho. No se plantearon el problema de que esa victoria quedara aislada en el espacio nacional, por un tiempo prolongado. Este problema lo puso sobre el tapete la práctica, al ser derrotada la revolución proletaria fuera de Rusia en los años siguientes a la guerra del catorce y consolidarse, al mismo tiempo, el poder soviético. La no consideración de esa eventualidad por los marxistas, de Marx a Lenin, se explica porque su concepción teórica de la revolución socialista como revolución necesariamente mundial inducía a la exclusión de tal eventualidad(5).

Partiendo de esa concepción la hipótesis de Marx y Engels sobre el desarrollo concreto de la revolución socialista era la siguiente: habría de cubrir toda una época histórica, sería un largo proceso, no un acto, en el que se sucederían articuladamente las transformaciones estructurales, políticas, culturales, etc., a escala planetaria; pero en el comienzo de ese proceso, como condición esencial de su apertura, se situaba la victoria de la revolución (en sentido estricto) en los países más desarrollados económicamente. Y aunque Marx y Engels no concibieron en ningún momento que esta victoria fuera a producirse simultáneamente, si la veían como una sucesión de revoluciones políticas socialistas muy próximas entre sí, estrechamente interdependientes. Lenin, como vamos a ver, no se apartó, en lo esencial, de esta concepción global.

En función de los cambios que fue experimentando la situación europea en la segunda mitad del siglo XIX, Marx y Engels hicieron una serie de pronósticos más precisos sobre la apertura del proceso revolucionario. Y aunque en todos se conservaba como tesis central que la revolución *socialista* comenzaría en los países más desarrollados, incluían la posibilidad de que revoluciones de otro tipo – democrático-burguesas, de liberación nacional, etc. – en países europeos atrasados sirvieran de prólogo a las revoluciones socialistas en los países avanzados y se fundieran con éstas en un único proceso revolucionario. En la década del cuarenta pensaron que tal papel podría desempeñarlo la revolución alemana, y en el último cuarto del siglo pusieron análoga esperanza en Rusia(6). Haciendo eco a Marx, Kautski escribe en 1902 que "el centro de gravedad del pensamiento y la obra revolucionarios se desplaza cada día más hacia los eslavos", y ve en la revolución rusa, cuyos signos anunciadores son ya incontestables, "la tormenta que rompa el hielo

de la reacción [europea] y traiga consigo irresistiblemente una nueva y feliz primavera para los pueblos”(7).

En el curso de la revolución de 1905-1907, Lenin reflexiona sobre la interdependencia dialéctica entre la revolución rusa y la revolución socialista que a juicio suyo – y de los teóricos de izquierda de la II Internacional – ha madurado en Europa. La manera como Lenin ve esa interdependencia es de importancia capital para explicarse sus posiciones de 1917 y después de Octubre. No sólo considera que ”la revolución política rusa será el prólogo de la revolución socialista europea”(8); considera al mismo tiempo que el destino de la revolución rusa depende de que sea efectivamente ”prólogo”, es decir, de que sea seguida, en realidad, por la revolución socialista en Occidente. A esta conclusión llega Lenin partiendo del análisis del proceso revolucionario ruso. A medida que éste se profundice – dice a finales de 1905 – la burguesía liberal y el sector acomodado del campesinado, e incluso parte de los campesinos medios, pasarán a posiciones contrarrevolucionarias. Se abrirá una nueva crisis, en la que el proletariado defenderá las conquistas democráticas adquiridas en la primera fase de la revolución, pero ahora teniendo como meta directa la revolución socialista. En esta nueva fase, ”la derrota será inevitable – dice Lenin – como la del partido revolucionario alemán en 1849-1850, o como la derrota del proletariado francés en 1871, si en ayuda del proletariado ruso no acude el proletariado socialista europeo”. Con esta ayuda ”el proletariado ruso puede alcanzar una segunda victoria. La cosa ya no es desesperada. La segunda victoria sería la revolución socialista en Europa. Los obreros europeos nos mostrarán ”cómo se hace”, y nosotros, junto con ellos, haremos la revolución socialista”(9). Para ver con confianza la perspectiva de la revolución rusa Lenin necesita tener confianza en la madurez revolucionaria del proletariado de Occidente. Esta predisposición explica, tal vez, el optimismo que rebosa en sus juicios de esos años: ”Las masas obreras, en Alemania y en otros países, se agrupan más y más en el ejército de la revolución, y este ejército desplegará sus fuerzas en un futuro próximo, pues la revolución crece en Alemania y en otros países”(10); ”sólo los ciegos pueden no ver que el socialismo se desarrolla ahora rápidamente entre la clase obrera de Inglaterra, que el socialismo se convierte de nuevo allí en un movimiento de masas, que la revolución social avanza en Gran Bretaña”(11); ”la revolución se avecina en Norteamérica”(12).

Desde 1905, Lenin integra también en su visión global de la revolución el ”despertar de Asia”.

”Tras el movimiento revolucionario de 1905 – escribe – la revolución democrática se ha propagado a toda Asia, a Turquía, Persia y China. Aumenta la efervescencia en la India inglesa [...] el movimiento democrático revolucionario se ha extendido ahora a la India holandesa [...] El capitalismo mundial y el movimiento ruso de 1905 han despertado definitivamente a Asia”; ”El despertar de Asia y el comienzo de la lucha que empeña el proletariado avanzado de Europa por el poder, implican la inauguración de un nuevo periodo de la historia universal a principios del siglo XX”(13).

La revolución rusa ya no es sólo el ”prólogo” de la revolución en Occidente, lo es también de la revolución en Oriente.

Lenin, como líder revolucionario en un Estado que es ”en muchísimos y esencialísimos aspectos un Estado asiático, uno de los Estados asiáticos más salvajes, medievales y vergonzosamente atrasados”, comprende mejor que los marxistas de la Europa capitalista avanzada el sentido y el alcance del ”despertar de Asia”, pero no escapa al punto de vista europeocentrista característico de la II Internacional, lo mismo que de Marx y Engels. Refiriéndose a la revolución china dirigida por Sun Yat-sen, se pregunta:

”¿No significará esto que se ha podrido el Occidente materialista y que la luz alumbra únicamente desde el Oriente místico y religioso? No, precisamente al revés. Eso significa que el Oriente ha emprendido de manera definitiva la senda del Occidente, que nuevos centenares y centenares de millones de seres tomarán parte desde hoy en la lucha por los ideales que llegó a formular el Occidente. Se ha podrido la burguesía occidental, ante la que se alza ya su sepulturero: el proletariado. Pero en Asia existe aún una burguesía sincera, combativa y consecuente, capaz de representar a la democracia, digna compañera de los grandes predicadores y grandes hombres de finales del siglo XVIII en Francia.”

Lenin considera "completamente reaccionario el sueño de que en China se pueda "conjurar" el capitalismo, de que en China, a consecuencia de su atraso, sea más fácil la "revolución social", y asimila el programa de Sun Yat-sen al del populismo ruso. La revolución china, piensa Lenin, será de tipo agrario-burgués, y antes de poder plantearse la liquidación de las relaciones de producción burguesas deberá recorrer una larga etapa(14).

Así, antes de que estalle la guerra del catorce, Lenin ha elaborado su esquema estratégico de la revolución mundial, en el que la revolución rusa es el prólogo y el nexo de la revolución socialista en Occidente y de la revolución democrático-burguesa en Oriente. En esta construcción teórica se articulan tres tipos de revoluciones: las revoluciones directamente socialistas en los países capitalistas avanzados (Europa occidental y Estados Unidos); la revolución democrático-burguesa rusa, que por realizarse cuando ya existe un proletariado relativamente importante y concentrado podrá desembocar sin solución de continuidad, con ayuda del proletariado occidental victorioso, en revolución socialista; y las revoluciones del Oriente, en las que por no existir apenas proletariado será forzosa una larga etapa capitalista *sui generis*. El agente clave en la grandiosa combinación de fuerzas revolucionarias que prevé Lenin, es el proletariado de los países capitalistas desarrollados. Este enseñará a los demás "cómo se hace". De él depende que la revolución rusa pueda llegar hasta sus últimas consecuencias, y que las revoluciones orientales, una vez que se haya desarrollado el proletariado, puedan, a su vez, pasar al socialismo. Y Lenin no duda de esa capacidad revolucionaria del proletariado occidental. Su concepción de la revolución mundial sigue siendo esencialmente, como vemos, la de Marx y Engels, pero vista y articulada desde el ángulo de la revolución rusa(15).

Hasta las famosas "tesis de abril" Lenin no postula que la clase obrera rusa tome el poder antes que en Occidente. Este cambio de orientación encuentra el apoyo de Trotski y tropieza con la resistencia de algunos dirigentes bolcheviques de abolengo que se aferran a la línea tradicional del partido, según la cual no es posible iniciar en las condiciones rusas la revolución proletaria sin que haya comenzado en la Europa capitalista. La posición de Lenin no está motivada únicamente por la original combinación de dualidad de poderes creada después de febrero; se asienta también en la convicción de que la revolución a escala europea y mundial es inminente, y la toma del poder por el proletariado ruso no será más que el primer acto de aquélla. "Con la revolución rusa de febrero-marzo – argumenta Lenin frente a sus contradictores – la guerra imperialista comenzó a transformarse en guerra civil. Esta revolución ha dado el primer paso hacia el término de la guerra. Pero sólo el segundo paso puede asegurar el fin de la guerra, a saber: el paso del poder del Estado a manos del proletariado. Esto será el comienzo de la "ruptura del frente" en todo el mundo, del frente de los intereses del capital"(16); "la revolución obrera universal crece manifiestamente ante nosotros, madura también entre los alemanes, y es cada vez más próxima en otros países"; "la situación mundial es cada vez más embrollada, no tiene salida fuera de la revolución obrera mundial"(17). Cuando el 23 de octubre de 1917 se reúne el Comité Central de los bolcheviques y adopta la histórica decisión de preparar la insurrección armada, la resolución que fundamenta su oportunidad comienza por señalar la maduración de la revolución mundial socialista en toda Europa, y el peligro de que sobrevenga una paz por separado entre los imperialistas para ahogar la revolución rusa antes de que la revolución socialista europea entre en liza(18).

La seguridad de Lenin en la inminencia de la revolución mundial está orgánicamente ligada al análisis que hace del imperialismo en los años 1915-1916, basándose en los estudios de Hobson, Hilferding y otros. Su conclusión, en lo que se refiere a la conexión entre el imperialismo y la revolución queda resumida en estos términos: "El imperialismo es la antesala de la revolución socialista", es el "capitalismo agonizante"(19). Actualmente, a los cincuenta años de "agonía", algunos teóricos soviéticos – movidos, al parecer, por el piadoso deseo de salvar la infalibilidad de Lenin – dicen que con el vocablo "agonizante" Lenin significaba, únicamente, que el imperialismo es el capitalismo de "transición"(20). Pero todos los trabajos e intervenciones de Lenin en esos años demuestran que utiliza esa palabra en su sentido más literal y corriente.

La victoria de octubre aparece como la primera gran comprobación del esquema de Lenin: el frente mundial ha sido roto, y roto por donde habían previsto las "tesis de abril". Al mismo tiempo, la angustiosa situación de la revolución rusa en 1918, que le impone la humillante paz de Brest-Litovsk, parece confirmar otra de las previsiones de Lenin: la revolución rusa está condenada si no se extiende al oeste(21). En noviembre del mismo año la revolución alemana (que a primera vista ofrece un sugestivo paralelismo con la revolución rusa de febrero: derrocamiento de la monarquía, consejos obreros, hegemonía reformista en el gobierno, oposición en la base) entra en escena como para completar la impresionante ratificación de las hipótesis de Lenin. El mundo real parece ajustarse al mundo pensado con rigor *quasi* hegeliano.

En cuanto recibe las primeras noticias de la crisis alemana, Lenin envía instrucciones a Svérldlov, presidente del comité ejecutivo de los soviets: "La revolución internacional – escribe Lenin – se ha aproximado de tal manera en una semana que hay que tomarla en cuenta como acontecimiento de los próximos días", y apremia a organizar la ayuda a los obreros alemanes, "incluida la ayuda militar"; "para la primavera debemos tener un ejército de tres millones de hombres dispuestos a ayudar a la revolución obrera internacional"(22). Lenin está más convencido que nunca de que ha llegado la hora de "la lucha final", pero una nube ensombrece el cuadro: "La mayor desgracia para Europa, el mayor peligro que corre – escribe en esos mismos días – es que no existe partido revolucionario"(23). Y sin partido revolucionario no es posible la victoria de la revolución.

Esa posición de Lenin puede parecer incongruente si se considera bajo el prisma de una versión muy difundida por algunos "marxólogos" y "leninólogos", según la cual el leninismo tendría más de Blanqui que de Marx. Si la revolución es obra de una minoría consciente, organizada y decidida – como según esa versión es la teoría de Lenin –, ¿cómo puede Lenin ver la revolución en acto y al mismo tiempo constatar que *no existe* el partido revolucionario?

Quién ha "organizado" esa revolución? En realidad, los planteamientos de Lenin, sumariamente expuestos en las páginas precedentes, revelan su identificación básica con la concepción marciana de la revolución: la revolución como fenómeno social que puede compararse a los fenómenos naturales, en tanto que no depende de la voluntad de los individuos, las clases y los partidos, sino que es un resultante independiente de cada una de esas voluntades particulares, un producto de su interacción contradictoria, de la articulación extremadamente compleja de factores económicos, sociales, políticos, culturales, etc., aunque en "última instancia" el elemento determinante de esa totalidad diacrónica-sincrónica sea la dialéctica de las estructuras económicas. Esta es la razón esencial de que hasta hoy todas las grandes revoluciones hayan comenzado de manera aparentemente fortuita, y su desarrollo revistiese rasgos extremadamente originales respecto a las revoluciones precedentes. Exagerando *ad libitum* la comparación entre la revolución y los fenómenos naturales, Engels decía en una carta a Marx del 13 de febrero de 1851 (después, por tanto, de que la concepción marxiana de la revolución había alcanzado la madurez del *Manifiesto* y conocido la prueba del cuarenta y ocho): "La revolución es un puro fenómeno de la naturaleza, el cual se realiza más bajo la influencia de las leyes físicas que a base de las reglas determinantes del desarrollo de la sociedad en tiempos normales. O, más exactamente, estas reglas adquieren durante la revolución un carácter mucho más físico, revelándose con más intensidad la fuerza material de la necesidad. Y sólo entonces interviene en calidad de representante algún partido, que se inserta en este remolino de la irresistible necesidad natural"(24). En 1918, Lenin considera que el "remolino" *está ahí*, arrastrando al mundo entero, y sólo falta que surga el partido capaz de insertarse en él, como representante consciente de la "irresistible necesidad natural".

La visión que Lenin tiene, a la hora de la revolución alemana de noviembre, de la marcha de la revolución mundial, puede sintetizarse en el siguiente esquema:

– Las contradicciones del sistema imperialista han determinado – a través de su producto, la guerra – la plena maduración de las premisas objetivas, tanto a nivel de las estructuras económicas como de las fuerzas sociales, de la revolución socialista internacional;

- La revolución se ha iniciado allí donde el nudo de esas contradicciones adquirió el más alto coeficiente de explosividad (al combinarse con la opresión de la autocracia zarista, con las contradicciones entre estructuras capitalistas y pre-capitalistas, con la ruina creada por la guerra, la opresión de las nacionalidades no rusas, etc.), y donde, al mismo tiempo, existía el agente político entrenado, preparado en el triple nivel teórico, político y organizativo: el partido bolchevique;
- Obedeciendo inexorablemente al carácter internacional de las contradicciones que la han engendrado, la revolución comienza a extenderse a la Europa capitalista desarrollada. La victoria en este nuevo terreno será el paso decisivo de la revolución mundial. La revolución rusa se consolidará, el proletariado norteamericano seguirá el ejemplo de Europa, y el movimiento de liberación iniciado en las colonias tendrá asegurado el triunfo;
- Pero en Europa falta el agente consciente y preparado, el partido revolucionario de tipo bolchevique. Sin la creación de este partido toda la suerte de la revolución mundial está en peligro.

La conclusión operacional que se desprendía de ese esquema era clara: había que crear a toda costa, a escala europea y mundial, antes de que la favorable situación objetiva se modificara, el partido revolucionario. Los dirigentes bolcheviques entablaron una carrera dramática con el tiempo. En una reunión poco representativa, desoyendo la opinión de los espartaquistas alemanes (el grupo revolucionario más importante, en aquel momento, después de los bolcheviques), que desaconsejaban la decisión, la Internacional Comunista, el "partido mundial de la revolución", quedaba fundada en marzo de 1919(25).

Al clausurar este primer congreso de la IC, Lenin declara: "La victoria de la revolución proletaria está asegurada en el mundo entero; la constitución de la república soviética internacional está en marcha". Y el mismo día, en una reunión de los delegados extranjeros y de la plana mayor del partido bolchevique, Lenin asegura a los asistentes que serán testigos de la victoria: "Los camaradas presentes en esta sala han visto cómo se ha fundado la primera república soviética, ven ahora cómo se funda la III Internacional, la Internacional comunista, y todos verán cómo se funda la república federativa mundial de los soviets"(26). Año y medio después, al reunirse el II Congreso de la IC, las previsiones de Lenin han sufrido un rudo golpe, pero aún puede pensarse que la revolución mundial "está ahí". Ciertamente que la revolución soviética húngara ha sido aplastada, lo mismo que la fugaz república obrera de Baviera, y que la revolución alemana ha entrado por los carriles de la muy burguesamente democrática constitución de Weimar, pero la situación sigue siendo muy inestable en Alemania y en todo el centro de Europa, así como en los Balcanes, Italia, España... Y, sobre todo, el ejército rojo está a las puertas de Varsovia(27). Estas últimas esperanzas se derrumban rápidamente. Cuando en el verano de 1921 se reúne el III Congreso de la IC, comienza a estar claro que la "lucha final" queda para otra ocasión. El mundo real se aleja del mundo pensado. Algo había fallado en el esquema teórico de Lenin, y ese "algo" no podía por menos de tener graves consecuencias para el instrumento concebido en función directa de dicho esquema: la Internacional Comunista(28).

¿Capitalismo agonizante?

La derrota de los ensayos de revolución proletaria en la Europa occidental de la primera postguerra obedece a un conjunto muy complejo de factores y circunstancias, pero de esa diversidad puede extraerse un hecho incontestable de primera magnitud: la mayoría de la clase obrera europea, incluso allí donde la crisis llegó más lejos, como en Alemania, siguió a las organizaciones políticas y sindicales tradicionales y no al nuevo partido revolucionario(29). De uno u otro modo, el hecho es reconocido en todos los análisis de Lenin y de la IC, al indicar como causa fundamental de la derrota la "traición" de los jefes reformistas. Pero esta explicación reclama otra: ¿Por qué los obreros secundaron a los jefes "traidores"?

La confianza que Lenin manifiesta en el curso victorioso de la revolución mundial contiene un presupuesto implícito, cuando no claramente formulado: el proletariado de Occidente volverá rápidamente las espaldas a los dirigentes oportunistas y pasará al lado del partido revolucionario, en

cuanto éste entre en escena. Tal es el sentido de sus declaraciones en la clausura del congreso fundacional de la IC, más arriba citadas. Es obvio que sin partir de esa premisa las tesis de Lenin sobre la revolución internacional a corto plazo resultarían pura fraseología, y nadie era más enemigo que Lenin de la "frase revolucionaria". Naturalmente, Lenin no suponía que el paso de la clase obrera a posiciones revolucionarias se produjera automáticamente, bajo el único efecto de las condiciones objetivas. Pero consideraba que una vez creado el partido de tipo bolchevique, aunque en un principio fuera muy minoritario, las masas trabajadoras serían ganadas prontamente a las posiciones de este partido(30). Ocurriría el mismo fenómeno que de febrero a octubre en Rusia.

En éste y en otros aspectos, Lenin proyecta sobre el proceso europeo – e incluso mundial – el modelo del proceso febrero-octubre en Rusia. Refiriéndose a la revolución alemana dice: "Aquí se revela una vez más que el curso de la revolución proletaria es idéntico en todo el mundo. Primero se forman espontáneamente los soviets, luego se propagan y desarrollan, después surge en la práctica la cuestión: soviets o asamblea nacional, o asamblea constituyente [...] El desconcierto más completo se apodera de los cabecillas y, finalmente, la revolución proletaria". Lenin equipara los "independientes" alemanes a los mencheviques rusos, y la lucha por la dirección de los consejos obreros en Alemania a la que tuvo lugar por la dirección de los soviets en Rusia(31). Establece un paralelo entre la represión contra los espartaquistas en enero de 1919 y las "jornadas de julio" en el diez y siete ruso: "Nosotros sabemos por propia experiencia con qué rapidez estas "victorias" de la burguesía y de sus lacayos curan a las masas de sus ilusiones sobre la democracia burguesa, sobre el "sufragio universal"..."(32). En una palabra, el noviembre alemán es asimilado al febrero ruso, y lo mismo que los bolcheviques, muy minoritarios en febrero, conquistaron en unos meses de revolución el apoyo del proletariado y los campesinos, los espartaquistas, muy minoritarios en noviembre de 1918, ganarían el apoyo de las masas y las conducirían al octubre alemán, incluso más rápidamente que en Rusia: "La revolución alemana se desarrolla como la nuestra, pero a un ritmo más acelerado"(33). El genio de Lenin no escapa a la tentación que acecha a todo jefe revolucionario victorioso: hacer de su revolución el modelo al que deben conformarse las nuevas revoluciones. Pero lo que ahora nos interesa retener de esa trasposición del modelo ruso es la prueba que aporta de cómo Lenin subestimaba gravemente la profundidad de la influencia de la política y la mentalidad reformista en el proletariado de los países capitalistas avanzados. No queremos decir que Lenin subestimara la dimensión masiva del fenómeno reformista, sino precisamente su *profundidad*, es decir la solidez de su arraigo en las masas obreras de Occidente.

Esta infravaloración de la penetración del reformismo en el proletariado occidental es síntoma de insuficiencias teóricas, que abrían de repercutir a nivel político en la manera de crear el nuevo partido revolucionario, en la concepción de sus estructuras y funcionamiento, en el planteamiento de sus tareas. La raíz de dichas insuficiencias se localiza, a nuestro parecer, en el análisis leninista del capitalismo llegado a su fase monopolista. Como ya hemos indicado (véase p. 30), Lenin – lo mismo que Rosa Luxemburgo y el Kautski de los primeros tiempos – ve el capitalismo mundial en su fase monopolista, imperialista, abocado a una situación límite(34) La guerra mundial, que determina en Kautski una revisión politicodoctrinal – donde la comprensión valiosa de nuevos fenómenos estructurales del capitalismo sirve de fundamento a conclusiones políticas oportunistas – afirma a Lenin, por el contrario, en su convicción. Al analizar las contradicciones del sistema, Lenin tiende a hiperbolizar su faceta destructiva y a minimizar su aspecto motor, la función que esas contradicciones cumplen como elemento de dinamización y adaptación del mecanismo capitalista, de transformación de sus estructuras. Aprecia en toda su magnitud el proceso de concentración capitalista, el peso específico que adquiere el capitalismo monopolista de Estado en el conjunto del sistema, la aceleración de este proceso por la guerra, pero todas esas transformaciones estructurales desembocan invariablemente, en el análisis de Lenin, en una agravación lineal de las contradicciones, una agravación acumulativa, que lleva a la conclusión forzosa – pese a que Lenin diga en otros momentos que no hay situación sin salida para la burguesía – de su insolubilidad. Señala justamente que el grado avanzado del proceso de socialización de la producción crea las bases materiales óptimas para el paso al socialismo, comprueba que ese proceso proporciona al

capitalismo ciertos mecanismos de regulación y planificación, pero subestima el efecto que estos nuevos instrumentos pueden tener en reducir, dentro de ciertos límites, y en determinadas fases, el papel destructivo que desempeñan las contradicciones del sistema. Las conquistas económicas y sindicales de la clase obrera en los decenios que preceden a la guerra son vistas por Lenin, casi exclusivamente, como conquistas que empujan inexorablemente al capitalismo hacia su tumba, subestimando que al mismo tiempo revelan la capacidad del capitalismo avanzado para absorber una serie de ellas y utilizarlas como factor que impulse la "racionalización" de su mecanismo económico y aumente su poder alienante. Este tipo de análisis es el que lleva, en conclusión, a caracterizar el capitalismo monopolista no sólo como capitalismo de *transición* – con lo que Lenin alude al grado elevado de socialización de la producción –, sino como capitalismo *agonizante*. Es el tipo de análisis que induce a considerar que en el proletariado europeo se opera un proceso de rápida radicalización, el cual mina subterráneamente la influencia de los jefes reformistas. La "traición" de estos jefes en la guerra, y las calamidades que ésta acarrea a las masas, deben consumir, a poco que contribuya la acción esclarecedora del grupo revolucionario de tipo bolchevique, a la ruptura entre los jefes y las masas.

La base económica del reformismo en el movimiento obrero Lenin la ve casi exclusivamente en la explotación colonial. Como señalan H.C. d'Encause y S. Schram, el "que la política colonial permitía mejorar la suerte de los obreros europeos y retardar así la revolución social en Europa era, desde comienzos del siglo XX, un lugar común de todos los que habían reflexionado sobre el problema, se tratara de socialistas como Kautski, Hilferding o Rosa Luxemburgo, de un liberal como Hobson, o de un protagonista del imperialismo como Cecil Rhodes, que veía en las colonias un medio de evitar la guerra civil"(35). Lenin comparte esta explicación del oportunismo en el movimiento obrero, pero considera que en lo que se refiere a los países continentales llegados más tarde al reparto colonial, la "corrupción" de la clase obrera afecta sólo a una pequeña minoría, la llamada "aristocracia obrera", y en lo que se refiere a Inglaterra es un fenómeno en retroceso a partir de la pérdida del monopolio colonial. La explotación colonial era indudablemente (y sigue siéndolo bajo la forma neocolonialista), una base económica, y también ideológica, del reformismo. Pero hoy está claro que el reformismo se alimenta asimismo de las transformaciones estructurales del capitalismo ligadas al desarrollo de las fuerzas productivas. En tiempos de Lenin este aspecto lo vieron sobre todo los revisionistas bernsteinianos, interesados en encontrar todas las razones, reales o imaginarias, que justificasen su renuncia a la revolución(36).

En el subjetivismo de Lenin al apreciar el grado de revolucionarización del proletariado occidental interviene también un problema de óptica sociológica. Mientras que las mediaciones dialécticas entre las contradicciones a nivel de las estructuras económicas y a nivel de las fuerzas sociales y políticas son perfectamente claras para Lenin cuando se trata de la sociedad rusa, en la que está profundamente enraizado, que ha investigado a fondo en un largo proceso práctico-teórico, ve dichas mediaciones de manera un tanto abstracta y simplificada cuando se trata de la sociedad occidental, la cual sólo conoce como observador exterior, pese a sus periodos de exilio. Le escapa, sobre todo, el universo cultural en el que está inmerso el proletariado occidental; su profunda afección, por ejemplo – tomando dos aspectos que condicionan profundamente su comportamiento político –, a los valores nacionales y democráticos. La nación y la democracia eran productos históricos del capitalismo, pero eran al mismo tiempo conquistas de las masas trabajadoras. La "traición" de los líderes socialdemócratas al principio internacionalista expresaba perfectamente, al mismo tiempo que la acrecentaba, la gravitación de lo nacional en la conciencia de los trabajadores. Análogamente, cuando los socialdemócratas alemanes invocaban la "defensa" de la democracia parlamentaria contra la autocracia zarista, o los socialistas franceses la "defensa" de las conquistas de la gran revolución contra el militarismo alemán, hacían eco a sentimientos hondamente arraigados en las masas. La gran tradición sindicalista del proletariado europeo, inexistente en Rusia, es otro elemento que los análisis de Lenin no tienen suficientemente en cuenta cuando afirma la universalidad de los soviets rusos como forma del movimiento de masas.

Hay que tener presente, por último, el particular estado psicológico de Lenin, como de los demás dirigentes bolcheviques, derivado de su concepción teórica sobre la interdependencia entre la revolución rusa y la revolución en Occidente. La *necesidad* de que la revolución europea no faltara a la cita de la revolución rusa, no podía por menos de incidir negativamente sobre el rigor científico a la hora de apreciar el potencial revolucionario del proletariado europeo. Tal predisposición psicológica explica, posiblemente, que al analizar la coyuntura revolucionaria europea después de noviembre de 1918, Lenin no concediera la enorme importancia que tenía al hecho de que el problema de la paz había cambiado de signo. En Rusia había sido la cuestión clave para agrupar en torno a los bolcheviques a la mayoría del pueblo: la revolución que propugnaba Lenin significa firmar la paz. En Alemania y los demás países europeos, una vez firmado el armisticio, la revolución aparecía ante las masas como un regreso a la guerra – guerra civil, intervención extranjera –, y las masas anhelaban, ante todo, la paz.

Resumiendo, la divergencia que la práctica pone de manifiesto entre la representación que Lenin se hace del proletariado en los países capitalistas industrializados, y el comportamiento real de ese proletariado, es reveladora – aparte del factor psicológico señalado – de que los problemas teóricos y políticos de la revolución en ese tipo de sociedades aún no habían encontrado respuesta satisfactoria en la teoría marxista. Cosa perfectamente explicable si se tiene en cuenta un hecho fundamental: no existían precedentes de tal género de revoluciones.

Si Lenin puede elaborar la teoría de la revolución rusa, con su original combinación de las tareas democrático-burguesas y socialistas, con su riguroso análisis del comportamiento de las clases y grupos sociales, de los partidos e instituciones políticas, de las formas de lucha, etc., es porque la revolución rusa como "fenómeno natural", según la expresión de Engels, es un *hecho* a partir de 1905. Es ella la que proporciona los materiales que permiten la elaboración teórica. Sin tal género de "materiales" toda la obra de Marx y Engels es insuficiente para construir la teoría de la revolución de una sociedad concreta.

Al construir su teoría global de la revolución socialista como revolución mundial, Lenin paga tributo a esa carencia de "materiales" en lo que se refiere al capitalismo avanzado y, en menor grado, al movimiento de liberación colonial. (Aquí cuenta con la experiencia de las primeras revoluciones de ese tipo, iniciadas después de 1905, pero es una experiencia vista de lejos, sin conocimiento directo de su extrema originalidad.) En la práctica, Lenin toma sin revisión crítica, de los teóricos de izquierda u ortodoxos-centristas de la II Internacional, la apreciación de la "madurez" de la revolución en los países capitalistas avanzados. Pero este certificado de madurez estaba en contradicción con la realidad del proceso reformista – proceso de "integración", diríamos hoy – que tenía lugar en dichos países. La supuesta "madurez" se fundamentaba en fórmulas marxistas generales, y no en una investigación concreta del proceso real. De ahí que la lucha contra el reformismo tuviera un contenido abstracto y se revelara ineficaz en el plano político e ideológico. Partía de una concepción metafísica de la disponibilidad revolucionaria del proletariado, aunque el comportamiento real de éste pareciera desmentirla. La burocracia reformista, sindical y política, que dominaba el movimiento obrero, era vista por la izquierda como un cuerpo extraño al proletariado. A la primera crisis económica importante, y con mayor razón en una crisis como la guerra, se produciría la ruptura, y la "esencia" revolucionaria del proletariado se manifestaría en toda su pujanza. Pero la guerra demuestra justamente lo contrario: pone de manifiesto la consistencia, la profundidad del fenómeno reformista. Lo que a su vez no era más que un aspecto, si bien fundamental, de una realidad global: la revolución no había "madurado" aún en las entrañas de la sociedad capitalista avanzada. Sólo comenzaba a llamar a sus puertas. Se iniciaba la "crisis general" del capitalismo, pero iba a ser mucho más dilatada y compleja de lo que sospechaba Lenin. Era muy difícil imaginar que transcurrirían aún varios decenios sin que la revolución socialista hiciera acto de presencia en los principales países capitalistas. Menos podía imaginarse Lenin, aunque en sus últimos escritos la duda está latente, que la "crisis general" del capitalismo sería acompañada de la "crisis general" del pensamiento marxista. Sin embargo, las premisas que hacían posible esta segunda crisis – aunque no inevitable – estaban dadas.

Últimos interrogantes de Lenin

El derrocamiento del poder burgués en un Estado que ocupaba la sexta parte del mundo era, en efecto, una victoria histórica, internacional, del movimiento revolucionario inspirado en el marxismo. Pero el contexto mundial en que esa victoria se producía, la "resistencia" del capitalismo en los países capitalistas avanzados, el notable fortalecimiento del mismo en zonas clave (Norteamérica, Japón), el marco *nacional* en que quedaba encerrada la revolución socialista – por añadidura en un país atrasado – ponían en entredicho aspectos esenciales de la concepción teórica del proceso de la revolución mundial elaborada por Marx, Engels y Lenin. Ahora bien, situados en la óptica de 1921 – en la hora en que para Lenin era clara la derrota del ensayo de revolución en Europa – no era fácil percibir la significación profunda de esa nueva realidad. Por un lado, la magnitud de la victoria revolucionaria alcanzada en Rusia, la impresión producida por la realidad del primer poder proletario de la historia, eran suficientemente deslumbradoras como para velar las contradicciones entre la nueva situación y los esquemas teóricos tradicionales. Por otra parte, era fácil, en un primer momento, conciliar la nueva situación con los viejos esquemas. Bastaba considerar lo sucedido como una interrupción breve del proceso previsto de la revolución mundial. Sin tardar mucho se levantaría el telón para el segundo acto. Tal fue la solución que dio al problema la dirección del partido bolchevique y de la IC. Trotski, que hace el informe principal en el III Congreso de la IC, lo formula con toda claridad: "Ahora vemos y sentimos que – no estamos tan cerca de la meta, de la conquista del poder, de la revolución mundial. Antes, en 1919, creímos que no era cuestión más que de meses, y ahora decimos que puede ser cuestión de años. No sabemos exactamente cuándo, pero sabemos muy bien que el desarrollo va en ese sentido y que nos hemos hecho más fuertes durante este periodo en el mundo entero"(37). Las "tesis sobre táctica" aprobadas por el congreso plantean que "la revolución mundial [...] exigirá un periodo bastante prolongado de combates revolucionarios", pero considera que "lo que hay que esperar no es un apaciguamiento de la revolución mundial, ni el reflujo de sus olas, sino todo lo contrario: en las circunstancias dadas una exasperación inmediata de los antagonismos y de los combates sociales es lo más verosímil"(38).

En estas tesis se hace un reconocimiento de primer orden: "La diversa tensión de los antagonismos, la diferencia de estructura social y de obstáculos a superar, según los países, el alto grado de organización de la burguesía en los países de alto desarrollo capitalista de la Europa occidental y de América del Norte, eran razones *suficientes* para que la guerra mundial no condujera inmediatamente a la victoria de la revolución mundial"(39). Pero el congreso no se plantea investigar por qué, si existían esas razones suficientes, se consideraba posible en 1919, e incluso en 1920, la victoria inmediata. Las mismas tesis explican el comportamiento del proletariado por la actitud de las "potentes organizaciones y partidos obreros socialdemócratas", pero en el momento de celebrarse el congreso esos partidos y organizaciones sindicales han recuperado, y aún acrecentado, su fuerza anterior. ¿Cómo conciliar este hecho, unido al de la alta organización del capitalismo, con la perspectiva que las mismas tesis dan como probable, de exasperación inmediata de los combates sociales? Estas ambigüedades – reveladoras de las incertidumbres teóricas – impregnan todos los documentos del congreso. Se conserva el esquema anterior de la marcha de la revolución mundial, injertándole los nuevos hechos:

– El sistema imperialista va hacia una nueva guerra mundial, que determinará una nueva gran crisis revolucionaria. Las contradicciones principales que la provocarán esta vez son las existentes entre Estados Unidos e Inglaterra, por un lado, Estados Unidos y el Japón, por otro;

– La ruptura revolucionaria inicial del sistema se producirá, lo mismo que la vez anterior, en el país donde el nudo de contradicciones interiores y exteriores adquiera el más alto coeficiente de explosividad. Alemania, derrotada en la primera guerra, muy quebrantada económicamente, oprimida por el tratado de Versalles, con un partido comunista que era la sección más fuerte de la IC después del partido ruso, era vista como el candidato probable a desempeñar el papel que en el primer acto había desempeñado Rusia;

– A partir de esta ruptura la revolución se extendería a los otros eslabones del sistema capitalista: países desarrollados y colonias.

Esta vez la ola revolucionaria contaría desde el primer momento con lo que no había tenido la vez anterior: un Estado proletario, una fuerza militar dispuesta a acudir en ayuda del proletariado internacional. Conservar y fortalecer esa ciudadela era, por tanto, una cuestión fundamental para la revolución mundial, y así lo planteaba el congreso. Pero el factor principal de la revolución mundial seguía siendo el proletariado de los países capitalistas avanzados.

Para asegurar la coherencia del esquema era necesario despejar dos incógnitas de máxima importancia. La primera concerniente al comportamiento del proletariado europeo, teniendo en cuenta lo sucedido la vez anterior. Las tesis del III Congreso admiten una posibilidad de restablecimiento del capitalismo del capitalismo europeo: que la clase obrera se resigne a trabajar en condiciones inferiores a las de antes de la guerra. Los sindicatos y partidos reformistas tratan de inducirla en ese sentido, "pero el proletariado de Europa no está dispuesto a ese sacrificio, reclama una mejoría de sus condiciones de existencia, lo que actualmente está en contradicción absoluta con las posibilidades objetivas del capitalismo"(40). Al chocar con esa "contradicción absoluta", la lucha económica de la clase obrera se transformará en lucha revolucionaria y encontrará en las secciones de la IC la dirección apropiada. Esta hipótesis descansaba en dos supuestos: el primero, una nueva situación límite del capitalismo europeo, incapaz de encajar reivindicaciones económicas que implicasen un mejoramiento real de la situación material de la clase obrera respecto a la antes-guerra; el segundo, ligado al anterior, que las organizaciones reformistas no asumirían la lucha por ese nivel de mejoras económicas, con lo que perderían su influencia en la clase obrera. Ambos supuestos se revelaron muy pronto infundados.

La segunda incógnita no era de menos importancia. El III Congreso admite que si bien el capitalismo europeo ha salido quebrantado de la guerra, el capitalismo norteamericano ha resultado extraordinariamente fortalecido, y "el centro de gravedad de la economía mundial pasa de Europa a América"(41) Por tanto, la revolución no puede triunfar a escala internacional sin extenderse a los Estados Unidos. Las tesis del congreso despejan esta incógnita con el siguiente planteamiento:

"Mientras en Europa la concentración de la producción se realiza sobre la base de la ruina, en los Estados Unidos esta concentración y los antagonismos de clase alcanzan un grado extremo, sobre el fondo de un enriquecimiento febril. Los bruscos cambios de la situación, como consecuencia de la incertidumbre general del mercado mundial, dan a la lucha de clases en el suelo americano un carácter extremadamente tenso y revolucionario. A un apogeo capitalista, sin precedentes en la historia, debe suceder un apogeo de lucha revolucionaria"(42).

En cuanto al movimiento de liberación nacional en las colonias la perspectiva parecía clara. Desde la revolución de octubre la importancia de este "frente" de la revolución mundial no hacía más que crecer, confirmando enteramente las previsiones de Lenin. Los documentos y la acción práctica de la IC le conceden bastante atención, pero viéndolo siempre como un "frente" subordinado al "frente principal": el de los países capitalistas desarrollados.

El IV y el V Congreso de la IC (1922 y 1924) no cambian nada importante en el esquema global de la marcha de la revolución mundial concebido en el III Congreso. Poco después del V se introduce la constatación de que se ha iniciado una fase de "estabilización relativa" del capitalismo, cuya duración se piensa breve, y al final de la cual puede situarse la nueva gran ruptura revolucionaria.

Los primeros interrogantes sobre la pertinencia de este esquema, ya clásico, de la revolución mundial, y del optimismo que lo impregna, vienen de su principal autor. En los últimos trabajos de Lenin, particularmente en su último artículo (febrero 1923) se transparenta la duda y la preocupación por la suerte de la revolución rusa y de la revolución mundial. Por primera vez se insinúan notas pesimistas sobre las posibilidades revolucionarias en los países capitalistas avanzados. Lenin busca la salida en tres direcciones fundamentales: la lucha de los pueblos oprimidos de Asia, la explotación de las contradicciones interimperialistas, y la industrialización a

ritmo forzado de la Rusia soviética. La perspectiva del triunfo de la revolución mundial se difumina en una borrosa lejanía. Los planteamientos de ese artículo pueden sintetizarse así(43):

– Lenin ve todo el mundo envuelto en la órbita de la revolución mundial y dividido en dos campos: a un lado los países capitalistas vencedores y prósperos del Occidente y del Oriente (Japón); en el otro, los países coloniales y semi-coloniales, más los países europeos vencidos en la guerra. El eje magistral del desarrollo de la revolución mundial pasa por la lucha entre esos dos campos.

– El panorama en el campo de los países oprimidos no es halagüeño. En Rusia ha vencido la revolución, pero el país está en ruinas y predomina en él la pequeña producción. A Alemania le es muy difícil enfrentarse con los vencedores, porque "todas las potencias capitalistas del llamado Occidente clavan en ella sus garras y no le permiten levantarse". Por otra parte, "todo el Oriente, con sus centenares de millones de trabajadores explotados, llevados al extremo de la miseria, ha sido puesto en condiciones tales que sus fuerzas físicas y materiales no pueden ni compararse, en manera alguna, con las fuerzas físicas, materiales y militares de cualquiera de los Estados de Europa occidental, pese a ser éstos mucho más pequeños".

– En cuanto a los Estados capitalistas vencedores, Lenin considera que están en condiciones, gracias a la explotación de las colonias y de los Estados europeos vencidos, de hacer concesiones a las clases oprimidas que retarden el movimiento revolucionario en ellos.

– Ante este cuadro de la revolución mundial, Lenin se vuelve extremadamente prudente en cuanto a las perspectivas: "Sólo se puede prever el desenlace de la lucha en su conjunto basándose en que el propio capitalismo, a fin de cuentas, enseña y educa a la inmensa mayoría de la población del mundo". "El *desenlace de la lucha* – agrega – depende, en definitiva, del hecho que Rusia, la India, China, etc., constituyen la inmensa mayoría de la población. Y precisamente esta mayoría de la población es la que se incorpora en los últimos años, con inusitada rapidez, a la lucha por su liberación [...]". En el horizonte de la evolución mundial Lenin ve "la colisión militar entre el Occidente imperialista contrarrevolucionario y nacionalista, entre los Estados más civilizados del mundo, y los Estados atrasados al modo oriental, los cuales, sin embargo, constituyen la mayoría". (Como se ve, Lenin incluye entre esos Estados la Rusia soviética.) Pero para que esta mayoría pueda vencer "es preciso que tenga tiempo para civilizarse". Y refiriéndose concretamente a Rusia, dice: "A nosotros nos hace falta civilización para pasar directamente al socialismo, aunque tengamos para ello las premisas políticas". (En estos planteamientos de Lenin, "civilización" quiere decir, sobre todo, industrialización y desarrollo cultural de tipo occidental. Por eso habla en otro lugar del mismo artículo de que los pueblos de Oriente han entrado definitivamente en la vía general del capitalismo europeo.)

Como se ve, hay un neto desplazamiento en la articulación y el papel de las fuerzas revolucionarias mundiales, si comparamos ese esquema con los anteriores de Lenin. El proletariado occidental pasa a un segundo plano como fuerza revolucionaria durante un cierto periodo. Las masas oprimidas de lo que hoy se llama "tercer mundo", más el Estado "oriental" soviético, pasan al primer plano. Al mismo tiempo, para que esta nueva fuerza, que se levanta con "inusitada rapidez" a la lucha por su liberación, pueda imponerse, necesita tiempo, bastante tiempo. El problema de "ganar tiempo" se sitúa en el primer plano de las preocupaciones de Lenin.

Extrayendo las conclusiones de ese análisis para la revolución rusa, Lenin plantea que el problema central es asegurar su existencia hasta la colisión militar entre el Occidente imperialista y el Oriente revolucionario y nacionalista. La orientación que preconiza para conseguirlo se articula en torno a los siguientes principios: en el orden interno, asegurar la dirección de la clase obrera sobre las masas campesinas, y aplicar una política de máximas economías para concentrar los recursos en acelerar la industrialización del país; en política internacional, aprovechar las contradicciones entre los Estados imperialistas para evitar una colisión con ellos. En una palabra, ganar tiempo, preparándose activamente, hasta que los conflictos entre los Estados imperialistas más la agravación de sus "contradicciones internas", por un lado, y el fortalecimiento de la república soviética, más el

del movimiento de liberación nacional en los pueblos oprimidos, por otro, produzca una correlación internacional de fuerzas favorable a la revolución mundial.

Es inútil especular con las prolongaciones teóricas y políticas que este germen de revisión hubiera podido tener en la obra de Lenin si la muerte no se cruza prematuramente en su camino. Algunas de las ideas que ahí quedan esbozadas han pasado a las concepciones maoístas y, en general, a las estrategias que ponen como protagonista principal de la revolución mundial a las masas del "tercer mundo". Otras han servido de norte a la estrategia estaliniana, sobre todo el principio de mantener al Estado soviético al margen de los conflictos militares entre las potencias imperialistas, explotando con ese fin las contradicciones entre ellas; la idea, también, de dar primacía en el desarrollo de las fuerzas mundiales revolucionarias al fortalecimiento económico y militar del Estado soviético, idea que no es claramente formulada por Lenin pero puede deducirse fácilmente de sus últimos planteamientos.

Diversos analistas del leninismo han concluido un poco precipitadamente que esas ideas de Lenin significaban la revisión radical de la concepción de la revolución socialista en Marx. Mientras para éste el resorte fundamental de la revolución socialista son las contradicciones específicamente capitalistas, y la "madurez" óptima para esa revolución se alberga en el capitalismo avanzado, para Lenin la condición óptima de la revolución socialista sería el "retraso". Según la expresión de Alfred G. Meyer, Lenin sustituía la "dialéctica del retraso", como motor de la revolución, a la dialéctica marxiana, concebida en función del alto desarrollo de las fuerzas productivas(44). Esta conclusión de Meyer y de otros reposa en dos confusiones. La primera, entre dos tipos de revoluciones. Cuando Lenin se refiere a las revoluciones del Oriente, no piensa en revoluciones socialistas, sino en revoluciones de carácter democrático-burgués, que habrán de recorrer un largo camino para poder transformarse en socialistas. La segunda confusión es la ya indicada anteriormente (véase p. 25); la confusión entre revolución en sentido amplio y revolución en sentido estricto. Desde antes de la revolución de octubre y hasta el fin de sus días Lenin mantiene invariablemente la tesis de que la revolución en sentido estricto, y con el carácter antedicho, es más fácil en los países menos desarrollados, pero el paso al socialismo ofrece grandes dificultades. Mientras que en los países capitalistas desarrollados es más difícil la revolución en sentido estricto (la toma del poder), pero la construcción del socialismo es más fácil. Lenin no revisa en ningún momento la tesis esencial de Marx: "Nosotros siempre hemos profesado y repetido esta verdad elemental del marxismo: la victoria del socialismo necesita los esfuerzos conjugados de los obreros de varios países avanzados", escribe en febrero de 1922(45) Lo que Lenin comienza a revisar efectivamente en los planteamientos más arriba sintetizados es su concepción del curso concreto de la revolución mundial: en primer lugar, dilatándolo en el tiempo, sustituyendo la perspectiva corta por la perspectiva a muy largo plazo; en segundo lugar, viendo la necesidad de un nuevo "prólogo" al paso decisivo (el cual sigue siendo para Lenin la revolución en los países capitalistas avanzados): la revolución democrático-burguesa en los países del Oriente oprimido.

Puede suponerse que en una mente teórica como la de Lenin las dudas e inquietudes que afloran en sus últimos trabajos habrían conducido a profundizar en los nuevos fenómenos del capitalismo y del imperialismo, del despertar revolucionario de los pueblos "atrasados", del comportamiento del proletariado en los "avanzados", etc., que le hubieran conducido a revisar la estrategia y la táctica de la IC y, posiblemente, hasta la concepción misma de sus estructuras y funcionamiento. No fue casual, sin duda, que en el IV Congreso de la IC (noviembre de 1922), refiriéndose a la resolución sobre la estructura, los métodos y la acción de los partidos comunistas, aprobada en el III Congreso, Lenin objetara: "La resolución es magnífica, pero es rusa hasta la médula, está basada en las condiciones rusas [...] Tengo la impresión de que hemos cometido un gran error con esta resolución, que nosotros mismos hemos levantado una barrera en el camino de nuestro éxito ulterior"(46). No deja de ser significativo, asimismo, que la principal recomendación de Lenin, en ese congreso, a los comunistas extranjeros y soviéticos, sea la de estudiar: "Opino que lo más importante para nosotros, tanto para los rusos como para los camaradas extranjeros, después de cinco años de revolución rusa, es estudiar"(47). Evidentemente, cuestiones muy importantes no estaban claras. Por eso Lenin

recomienda también no adoptar decisiones sobre el proyecto de programa de la IC y estudiarlo mejor, entre otras cosas "porque no hemos analizado en absoluto la cuestión de un posible repliegue y la manera de asegurarlo"(48).

Stalin revisionista, o el socialismo integral en un solo país

El problema de la revolución mundial – su marcha, su articulación, el papel de la revolución rusa, la fijación de la estrategia correspondiente – había constituido el fondo teórico de la lucha interna en el núcleo dirigente bolchevique cuando las "tesis de abril", en el momento de la insurrección de octubre, a la hora de Brest-Litovsk. Volvía a serlo cuando la derrota de los intentos revolucionarios en Europa occidental crea una situación mundial nueva que exige objetivamente la revisión de los viejos esquemas.

En los años que siguen a la muerte de Lenin, el problema se presenta bajo la forma de discusión acerca de la posibilidad o imposibilidad de la plena victoria del socialismo en un sólo país. En el IV Congreso de la IC, el último en el que participa Lenin, se había aprobado una resolución "sobre la revolución rusa" en la que se reafirmaba la tesis marxista tradicional:

"El IV Congreso recuerda a los trabajadores de todos los países que la revolución proletaria no podrá vencer jamás en el interior de un solo país, sino en el marco internacional, como revolución proletaria mundial"(49).

En mayo de 1924, Stalin se atiene rigurosamente a esa tesis:

"Para derribar a la burguesía – escribe – bastan los esfuerzos de un sólo país, como lo indica la historia de nuestra revolución. Para el triunfo definitivo del socialismo, *para la organización de la producción socialista*, ya no bastan los esfuerzos de un solo país, sobre todo en un país tan campesino como Rusia; para esto hacen falta los esfuerzos de los proletarios de unos cuantos países adelantados"(50)

Pero ya a finales de ese mismo año, en el contexto de la lucha contra la oposición trotskista, Stalin comienza a revisar la teoría del carácter internacional de la revolución socialista, y a postular la posibilidad de la realización plena del socialismo en el marco nacional. En el artículo "Octubre y la táctica de los comunistas rusos" (diciembre de 1924), Stalin comienza por atribuir a "los oportunistas de todos los países" la tesis de que "la revolución *proletaria* sólo puede comenzar en los países industrialmente desarrollados", incluyendo en esos "oportunistas", naturalmente, a Trotski(51). Pero ésta había sido la tesis de Marx y Engels, así como de Lenin hasta las tesis de abril de 1917. A menos de considerar como oportunistas a Marx, Engels y Lenin, Stalin falsifica groseramente la historia. Más adelante, Stalin atribuye a Trotski la tesis de que ese comienzo de la revolución en los países desarrollados tiene que ser "simultáneo", pero no puede citar una sola línea de Trotski que lo demuestre. Y una vez fabricado el maniqueo, con la finalidad no sólo de facilitar el ataque polémico contra Trotski, sino de ocultar que la polémica va dirigida, en realidad, contra Marx, Engels y Lenin, Stalin concluye:

"Es indudable que la teoría universal del triunfo simultáneo de la revolución en los principales países de Europa, la teoría de la imposibilidad de la victoria del socialismo en un solo país, ha resultado ser una teoría artificial, una teoría no viable. La historia de siete años de revolución proletaria en Rusia no habla en favor, sino en contra de esa teoría"(52).

Después de fabricar una teoría absurda *prima facie* (la del comienzo simultáneo), Stalin la destruye brillantemente... con la historia de los siete años soviéticos. Pero esta historia no habla ni a favor ni en contra de la nueva tesis estaliniana; es la constatación de un hecho empírico – que el poder proletario en Rusia se ha mantenido siete años pese a la derrota de los intentos revolucionarios en Occidente – lo cual no demuestra ni la posibilidad de la plena realización de la revolución socialista en Rusia, ni la invulnerabilidad del Estado soviético frente a una nueva intervención del capitalismo. Para afirmar lo primero Stalin no tiene más asidero que algunas líneas entresacadas de la obra de Lenin (cuya última edición suma 45 tomos) e interpretadas muy libremente(53). Para lo segundo no cuenta ni con ese mínimo argumento de autoridad, por lo que Stalin se ve obligado a hacer una sutilísima distinción entre "la posibilidad de edificar la sociedad socialista completa en un

solo país” y ”la garantía completa contra la restauración del régimen burgués”. Lo primero es una ”verdad indiscutible” lo segundo exige la victoria de la revolución en unos cuantos países avanzados, es decir, la victoria de la revolución a escala mundial.(54)

Stalin no se molesta en fundamentar la ”verdad indiscutible” ni empírica, ni teóricamente. Para darle un fundamento empírico hubiera tenido que presentar el hecho consumado de un socialismo integralmente realizado en el marco nacional, cosa que desde luego no existía en 1924; para fundamentarla teóricamente hubiera tenido que demostrar la falsedad de la tesis de Marx: las fuerzas productivas sobre las que es posible construir el socialismo tienen que dominar la economía mundial, implican la división internacional *socialista* del trabajo a escala mundial. Stalin no refuta esa tesis, que Lenin no había puesto nunca en duda. Se limita a ”ignorarla”.

En cuanto al problema de la ”garantía completa contra la restauración”, Trotski replica muy justamente: si se admite lo primero (la posibilidad de la edificación completa del socialismo en la URSS) lo segundo (la ”garantía completa contra la restauración del régimen burgués” exige la victoria de la revolución en unos cuantos países avanzados) es falso, puesto que entonces la potencia económica y militar de la Unión Soviética sería tal que la hipótesis de la restauración quedaría prácticamente descartada. La intervención concebible, en ese caso, sería la de la URSS contra el mundo capitalista; pero, ¿sería necesaria? La *realidad* de semejante sociedad socialista asestaría el golpe de gracia al capitalismo mundial y casi permitiría hacer la economía de la revolución proletaria mundial.

”He aquí por qué – agrega proféticamente Trotski – toda la concepción de Stalin lleva, en el fondo, a la liquidación de la Internacional Comunista. ¿Qué papel histórico le quedaría, en efecto, si el destino del socialismo dependiese en última instancia del ”plan de Estado” de la URSS? En ese caso la Internacional Comunista [...] no tendría otro objeto que proteger la construcción del socialismo contra una intervención; en otros términos, quedaría reducida a un papel de guardafrontera”.(55)

El *deus ex machina* de la teoría del socialismo nacional de Stalin es la famosa ”ley del desarrollo desigual del capitalismo”. La lógica que pone en marcha es simple: puesto que el capitalismo se desarrolla desigualmente, la revolución se producirá desigualmente, primero en un país, más tarde en otro, u otros, etc.; en cada caso la ”ruptura” de la ”cadena imperialista” se producirá por el eslabón más débil (cosa natural, no va a romperse por el más fuerte); una vez que la revolución ha triunfado en un país, el desarrollo desigual le permite mantenerse frente a los Estados capitalistas – gracias a que el desarrollo desigual agrava cada vez más las contradicciones entre éstos –, y llevar a término la edificación del socialismo, etc. El desarrollo desigual resuelve todas las dificultades teóricas. Lo malo para la lógica estaliniana es que el desarrollo desigual es también una de las fuentes de las crisis generales del sistema capitalista, guerras mundiales, etc., que tienden a ”igualizar” hasta cierto punto, en determinadas fases, el movimiento revolucionario; a articular más estrechamente entre sí los movimientos revolucionarios de una serie de países (como sucedió durante la primera y segunda guerra mundiales, y en el periodo culminante de la crisis del sistema colonial). Por lo tanto, sobre la simple constatación empírica del desarrollo desigual no puede descartarse la perspectiva de una coyuntura en la que la revolución socialista se produzca en cadena en una serie de países capitalistas avanzados, de acuerdo con la hipótesis de Marx. Por otra parte, la ley del desarrollo desigual no nos dice nada acerca de por qué la ”ruptura revolucionaria” no se ha producido hasta hoy en los países capitalistas desarrollados, que es el máximo interrogante para la teoría marxista de la revolución. Y, finalmente, la famosa ”ley” no invalida en absoluto el necesario carácter mundial – según Marx – de las fuerzas productivas del socialismo, y por tanto no puede fundamentar teóricamente la posibilidad de la ”edificación completa” del socialismo en un solo país. El error metodológico de Stalin es tomar esa ”ley” metafísicamente, aislada de las otras tendencias de la economía y la política mundiales, como por ejemplo la aceleración geométrica de la internacionalización económica, técnica, social, etc. En la forma metafísica en que es utilizada por Stalin sirve para todo y no sirve para nada.

La teoría del socialismo en un solo país se convierte en la doctrina oficial de la IC (una vez que el trotsquismo ha sido puesto fuera de la ley en la Unión Soviética y en los partidos comunistas de

todos los países) y pasa a ser el principio directriz de la concepción de la revolución mundial que formula el programa aprobado en el VI Congreso (1928).

”La desigualdad del desarrollo económico y político es una ley absoluta del capitalismo. Esta desigualdad se acentúa y agrava en la época imperialista. De ello resulta que la revolución proletaria internacional no puede ser considerada como una acción única, simultánea y universal. La victoria del socialismo es posible, por tanto, al comienzo, en algunos países capitalistas, incluso en uno solo tomado aisladamente”(56).

Y la marcha de la revolución internacional será, la siguiente:

”La transición de la dictadura mundial del imperialismo a la dictadura mundial del proletariado engloba un largo periodo de luchas, de reveses y victorias del proletariado, un periodo de crisis continua del sistema capitalista y de crecimiento de las revoluciones socialistas [...] de guerras nacionales y de sublevaciones coloniales [...]; un periodo que comprende la coexistencia, en el seno de la economía mundial, de los sistemas sociales y económicos capitalista y socialista, con sus relaciones ”pacíficas” y sus luchas armadas, periodo de formación de uniones de Estados soviéticos socialistas y periodo de guerras de los Estados imperialistas entre ellos; periodo de ligazón cada vez más estrecha entre los Estados soviéticos y los pueblos coloniales, etc.”.

Esta marcha de la revolución mundial está dominada por la ”nueva contradicción fundamental, de envergadura y significación históricas mundiales, surgida a continuación del primer ciclo de guerras mundiales: la contradicción entre la URSS y el mundo capitalista”(57). La URSS se convierte en el ”motor internacional de la revolución proletaria”, en ”la base del movimiento universal de las clases oprimidas, el hogar de la revolución internacional, el factor más grande de la historia del mundo”. En consecuencia, ”el proletariado internacional, del que la URSS es la única patria, la ciudadela de sus conquistas, el factor esencial de su liberación internacional, tiene el deber de contribuir al éxito del socialismo en la URSS y de defenderla por todos los medios contra los ataques de las potencias capitalistas”. La lucha de clases en cada país y la lucha de liberación nacional de los pueblos oprimidos por el imperialismo, siguen siendo factores importantes de la revolución mundial, pero el factor *esencial* es la construcción del socialismo en la URSS. De ahí que ”la dictadura del proletariado en la URSS detenta la hegemonía del movimiento revolucionario mundial”(58).

En esta serie de fórmulas aparece toda la significación político-práctica para el movimiento revolucionario mundial de la concepción estaliniana. Hasta la muerte de Lenin, e incluso en el V Congreso de la IC realizado poco después, a la consolidación de la dictadura del proletariado en la URSS se le reservaba un papel de gran importancia como primera base estatal, económica y militar de la revolución mundial, pero subordinado, de todas maneras, a la lucha del proletariado en los países desarrollados. Era la conclusión lógica de la concepción de Marx y Lenin, según la cual la sociedad socialista no podía ser construida plenamente más que a partir de la victoria de la revolución en las zonas económicamente más desarrolladas del planeta. Tanto la revolución rusa, como las revoluciones en los pueblos oprimidos por el imperialismo, pese a su inmensa importancia, no podían ser más que el ”prólogo” al paso decisivo de la revolución mundial: su triunfo en los centros decisivos del imperialismo. Desde el momento que se admite la posibilidad de la edificación integral del socialismo en un país de la extensión, la demografía y los recursos potenciales de la URSS. toda la perspectiva de la revolución mundial quedaba modificada. No hay que olvidar, en efecto, que al mismo tiempo estaba en plena vigencia la tesis de que el capitalismo había entrado en su agonía, era incapaz de pasar a una fase nueva, más alta, de desarrollo de las fuerzas productivas (aunque se admitiese la posibilidad de periodos de estabilización o auge ”relativos”). La dirección recíprocamente inversa de ambos procesos tenía que traducirse al cabo de un cierto periodo – concebido más bien como breve: Stalin habla en 1931 de alcanzar a los países capitalistas avanzados en diez años – en la modificación radical de panorama de la economía mundial. La zona desarrollada pasaría a ser, cada vez más, la zona soviética, y la zona capitalista quedaría atrás, abocada a una continua decadencia, ”putrefacción”, hasta la hora de la revolución. El desenvolvimiento de este doble proceso llevaría forzosamente a que la ”nueva contradicción fundamental” se resolviese a favor de la URSS. Sería la victoria decisiva del socialismo a escala mundial. Naturalmente, todas las

revoluciones que en el curso de ese proceso resultaran triunfantes en otros países contribuirían a favorecerlo, debilitando al capitalismo y aproximando el desenlace final. Pero ya no eran una condición absolutamente necesaria del desenlace.

Desde el momento que la construcción del socialismo en la URSS era considerada como el factor esencial, determinante, de la revolución mundial, todos los otros movimientos revolucionarios pasaban objetivamente a tener un papel subordinado. Bajo ese ángulo tenían que ser enfocados en la estrategia y la táctica de la IC. No huelga recordar que el principio de la "subordinación" de los intereses parciales del movimiento revolucionario a sus intereses generales es adoptado por la IC desde que nace (véase nota 5, cap. I). El VI Congreso lo reafirma vigorosamente: "La coordinación de las acciones revolucionarias y su buena dirección imponen al proletariado una disciplina internacional de clase [...], que debe traducirse por *la subordinación de los intereses parciales y locales del movimiento a sus intereses generales y permanentes*"(59). Lo que equivale a reconocer que pese a la comunidad esencial de intereses entre todos los Componentes del movimiento revolucionario mundial pueden aparecer contradicciones transitorias que exijan una jerarquización de intereses, prioridades, opciones, etc. Desde el momento que la construcción del socialismo en la URSS era definida como el factor esencial, determinante, de la revolución mundial, pasaba a ser también el representante por excelencia de los "intereses generales y permanentes" del movimiento revolucionario. Todos los demás – "parciales y locales" – debían subordinársele. Pero como la expresión franca de esta subordinación se prestaba al ataque fácil del enemigo – a sus "calumnias", como diría Stalin en 1943 – era conveniente negarla. Se proclamó la identificación absoluta y permanente de todos los pasos de la política interior o exterior de la URSS con los intereses de la lucha revolucionaria en cualquier punto del globo, o internacionalmente considerada. No podía existir contradicciones entre unos y otros. Decir lo contrario pasó a ser un sacrilegio para los comunistas. Había que negar la subordinación para que pudiera ser efectiva.

La teoría del socialismo en un solo país, convertida en fundamento teórico de la estrategia de la Internacional Comunista significaba, en resumen, subordinar la revolución mundial – cada una de sus fases y episodios – a las exigencias de la construcción del socialismo en la URSS. Entendámonos. La revolución, allí donde realmente hace acto de presencia, no se somete a ninguna autoridad ni teoría. Lo que quedaba sometido era la acción política y teórica de la IC, de sus secciones nacionales. Las estructuras ultracentralizadas de la IC, con el todopoderoso Comité Ejecutivo en la cúspide de la pirámide, controlado a su vez por la dirección del partido soviético, constituían el mecanismo idóneo para asegurar la subordinación en la práctica.

Como es bien sabido, Trotski fue el principal contradictor teórico de Stalin en el problema que nos ocupa. La importancia de Trotski en la crítica de los fenómenos de degeneración burocrática y nacionalista de la revolución rusa es hoy evidente para todo el que no cierre los ojos a la verdad histórica. Es muy valiosa, asimismo, su aportación al análisis de una serie de problemas del movimiento revolucionario en diferentes países (sobre todo los relativos a Alemania en el periodo que precede a la victoria del fascismo). Pero en lo referente al concepto de revolución mundial, Trotski no va más allá de los viejos esquemas de Marx y Lenin, poniéndolos bajo la etiqueta "revolución permanente". En el trabajo fundamental que dedica a este tema, se distinguen tres aspectos principales de su problemática: "La cuestión del paso de la revolución democrática a la revolución socialista" (origen histórico de la teoría, donde se localizan sus principales divergencias con Lenin); "la caracterización de la revolución socialista en sí misma" (que no contiene innovaciones respecto a Marx y Lenin); y "el carácter. internacional de la revolución socialista"(60). La tesis principal de este tercer punto es formulada de la siguiente manera: "La revolución socialista no puede llevarse a término en los límites nacionales [...] comienza sobre el terreno nacional, se desarrolla sobre la arena internacional, y se concluye en la arena mundial. Así la revolución socialista se hace permanente en el sentido nuevo y más amplio del término: no termina más que con el triunfo definitivo de la nueva sociedad sobre nuestro planeta"(61). Trotski no resuelve el problema que verdaderamente está planteado: el problema de la *discontinuidad* en ese proceso "permanente", el de la articulación dentro de él de las revoluciones en sentido estricto

con las fases no revolucionarias, evolutivas. La práctica histórica había comenzado a poner de manifiesto que la "permanencia" del proceso revolucionario a lo largo de la gran "época de revolución social" se verificaba... negándose. Como dice Gramsci, la teoría de la revolución permanente "no es otra cosa que una previsión genérica que se presenta como un dogma y se destruye a sí misma por el hecho de no manifestarse en los hechos"(62).

Cuando la concepción trotskiana de la revolución mundial pasa de ese nivel abstracto a los análisis concretos de la situación y perspectivas mundiales aparece la repetición dogmática de los esquemas contruidos por Lenin, y el mismo Trotski, en el periodo de la primera guerra mundial. Las derrotas de los años que siguen a esa primera gran crisis del capitalismo, la fidelidad de la mayoría del proletariado a la socialdemocracia, la demostración que hace el capitalismo de su capacidad de recuperación (o lo que es lo mismo, pero revela mejor el fondo del fenómeno, la potencialidad reestructuradora del capitalismo – potencialidad económica y política – que contienen sus grandes crisis) han enseñado poco a Trotski. Todo lo explica por el viejo dato de la "traición" de la socialdemocracia, al que suma ahora la "traición" de la IC. En su "programa de transición" (1938)(63) escribe: "Las fuerzas productivas de la humanidad *han cesado de crecer*"; incluso "los países históricamente privilegiados" [Estados Unidos, Inglaterra, Francia, etc.] si "pueden permitirse aún, durante cierto tiempo, el lujo de la democracia, es a cuenta de la acumulación nacional *anterior*"; en este "capitalismo en putrefacción", ya "no puede hablarse de reformas sociales sistemáticas, ni de elevación del nivel de vida de las masas"; el *New Deal*

"no representa más que una forma particular de desbarajuste...Las premisas objetivas de la revolución proletaria no sólo están maduras sino que incluso comienzan a pudrirse...Todo depende del proletariado, es decir, *ante todo*, de su vanguardia revolucionaria. La crisis histórica de la humanidad se *reduce* a la crisis de la dirección revolucionaria."

La salida es... la IV Internacional.

"La orientación de las masas está determinada, de un lado, por las condiciones objetivas del capitalismo en putrefacción; de otro lado, por la política de traición de las viejas organizaciones obreras. De estos dos factores, el factor decisivo es, bien entendido, el primero: las leyes de la historia son más poderosas que los aparatos burocráticos. Cualquiera que sea la diversidad de métodos de los socialtraidores – de la legislación "social" de León Blum a las falsificaciones judiciales de Stalin – no conseguirán romper la voluntad revolucionaria del proletariado. De más en más sus esfuerzos desesperados por detener la rueda de la historia demostrarán a las masas que la crisis de la dirección del proletariado, convertida en crisis de la civilización humana, no puede ser resuelta más que por la IV Internacional."

Por eso Trotski es resueltamente optimista no ya a largo plazo, sino en lo más inmediato.

"El peligro de guerra y de derrota de la URSS – escribe poco antes de lo anterior – es real. Pero si la revolución no impide la guerra, la guerra podrá ayudar a la revolución. Un segundo parto es generalmente más fácil que el primero. ¡La primera revuelta no se hará esperar dos años y medio en la próxima guerra! Y una vez comenzadas las revoluciones no se detendrán a mitad de camino."(64).

Parece escucharse el eco del Lenin de 1914-1919, con la "pequeña" diferencia de que ahora ya son dos las Internacionales traidoras, y el problema lo va a resolver la IV. Pero en 1938 la experiencia histórica se había ampliado considerablemente, y sin tenerla en cuenta, sin dar respuesta adecuada a los nuevos problemas que planteaba, era vana toda tentativa de reconstrucción de la dirección revolucionaria. ¿Por qué esa siniestra reincidencia histórica de las Internacionales en la "traición"? ¿Podía explicarse porque los jefes de la II se habían "vendido" a la burguesía y los de la III a Stalin? ¿Cómo explicarse el ascendiente de esos jefes sobre todas las fracciones del proletariado si en éste existe una "voluntad revolucionaria", como afirma Trotski? ¿Por qué si las "leyes de la historia" son más poderosas que los aparatos burocráticos no habían roto el de la II Internacional, que contaba con medio siglo de existencia, ni impedido que se crease el de la III? ¿Pueden explicarse todos esos fenómenos fijando la atención únicamente en los niveles más altos de las superestructuras políticas? ¿No era necesario plantearse de nuevo el problema de la investigación de todo el cuerpo social como condición *sine qua non* de la elaboración de la estrategia y la táctica revolucionarias? ¿No era necesario preguntarse qué era, en realidad, el capitalismo salido de la primera guerra mundial? ¿Qué

era el proletariado? Hoy sabemos que, efectivamente, ese era el problema, o al menos un aspecto esencial del problema; que en el New Deal, y también en la reestructuración del capitalismo monopolista al amparo del fascismo, se contenían ya los primeros pasos hacia una nueva fase del capitalismo, el capitalismo monopolista de Estado; que ese proceso implicaba cambios estructurales fundamentales en el proletariado, los cuales se iniciaron en aquel periodo. Y habría que añadir los nuevos problemas suscitados por la construcción del socialismo en la URSS y el movimiento de liberación nacional en las colonias y países dependientes, a los cuales no se encuentra respuesta en los documentos comunistas de la época más que a un nivel empírico, y casi exclusivamente en la esfera de la táctica a aplicar. Se planteaba, por ejemplo, la cuestión de la alianza con el campesinado, problema central de la construcción del socialismo en la URSS y del movimiento liberador en los países oprimidos por el imperialismo, pero es raro encontrar estudios sociológicos de qué es ese campesinado, sus estructuras reales, su universo cultural.

En una palabra, lo que estaba en crisis no era sólo la dirección revolucionaria en un sentido reducido, de dirección estratégica y táctica, sino la teoría revolucionaria, su capacidad de investigación de la realidad para poder transformarla. Lo importante, naturalmente, no es registrar este fenómeno – cosa fácil desde nuestra perspectiva histórica – sino explicárselo. ¿Por qué el marxismo se había paralizado? No pretendemos, obvio es decirlo, dar aquí una respuesta satisfactoria a este interrogante, que sin duda concierne de manera directa al objeto de nuestro estudio – la crisis de la IC – pero lo rebasa considerablemente. En la parte que dedicamos, más adelante, al análisis de la crisis de la IC en el plano de las estructuras organizacionales y de la acción política, encontraremos elementos fragmentarios que contribuyen a explicar la parálisis teórica, que a su vez, a medida que se acentúa, repercute negativamente sobre la acción política y facilita el anquilosamiento organizacional. Al final de este capítulo aventuraremos algunas hipótesis sobre las causas más generales, y a nuestro juicio más fundamentales, de la crisis teórica en la IC. Pero antes vamos a terminar con el análisis de la controversia Stalin-Trotsky sobre el problema de la revolución mundial, y de las consecuencias que la concepción estaliniana tiene para la IC.

Como se desprende de lo anteriormente expuesto, mientras Stalin ve subordinado todo el proceso de la revolución mundial a la construcción completa del socialismo en la URSS, Trotsky lo ve subordinado a la victoria de la revolución socialista europea en el periodo inmediato. De esta victoria depende la suerte misma de la Unión Soviética (“sólo el proletariado europeo, irreductiblemente levantado contra su burguesía, podrá impedir la derrota de la URSS”(65)). El “europeocentrismo” extremo de Trotsky se enfrenta irreductiblemente con el “rusocentrismo” no menos extremo de Stalin.

En el fuego de la polémica con el “rusocentrismo” estaliniano, Trotsky incurre en una contradicción de bulto. Mientras por un lado ve el capitalismo en crisis extremadamente aguda, económicamente impotente y desgarrado por contradicciones interimperialistas insuperables, por otro lado considera que en caso de guerra mundial la derrota de la URSS es inevitable, de no intervenir la revolución europea, tanto si se encuentra sola frente a los Estados capitalistas, como si la estrategia estaliniana de llegar a la alianza con uno de los bloques imperialistas logra materializarse. En el primer caso, la derrota de la URSS sería inevitable, dice Trotsky en 1936, porque “en la técnica, la economía, el arte militar, el imperialismo es infinitamente más poderoso que la URSS”(66). En el segundo caso, porque llegada la guerra a un determinado punto, “los antagonismos imperialistas se resolverán siempre por un compromiso para impedir la victoria militar de la URSS”(67). La única manera de impedir dicho compromiso sería que la Unión Soviética hiciera concesiones decisivas en cuanto al régimen social, o sea, que aceptara la restauración capitalista(68). Por tanto, concluye Trotsky: “Sin intervención de la revolución [europea] las bases sociales de la URSS se derrumbarían, tanto en caso de victoria como en caso de derrota”(69).

Trotsky incurre aquí en un error metodológico que es frecuente en él: la absolutización de los antagonismos de clase – a escala nacional o internacional – subestimando las mediaciones, a veces extremadamente complejas, que intervienen. En el presente caso considera inevitable que los antagonismos de clase entre los Estados capitalistas y el Estado obrero predominen sobre los

antagonismos intercapitalistas, a partir del momento en que el juego de estos últimos puede facilitar la victoria del Estado obrero en una guerra. La práctica demostró que en la situación histórica concreta de la segunda guerra mundial las rivalidades interimperialistas podían predominar, dentro de ciertos límites, sobre las contradicciones de clase en el plano nacional e internacional. El acierto de Stalin consistió en moverse dentro de esos límites, sin hacer las concesiones absolutas que según Trotski eran ineluctables. En lugar de hacer concesiones sobre los fundamentos del régimen social soviético, Stalin las hizo a costa de la lucha revolucionaria en los países del capital. En el periodo del pacto germanosoviético, ese crudo realismo imprimió un siniestro perfil a la política soviética. En la segunda fase de la guerra, abierta con el histórico error de Hitler de atacar a la Unión Soviética, la política de Stalin coincidió con intereses reales y vitales de grandes masas, de pueblos enteros. Pero la lucha revolucionaria por el socialismo en los países capitalistas quedó relegada a un segundo o tercer plano. No fue la revolución europea la que dijo la última palabra sobre la Unión Soviética, sino la Unión Soviética la que dijo la última palabra sobre la revolución europea.

Este resultado no probaba que el socialismo podía edificarse integralmente en la URSS, sin que la revolución hubiese triunfado en los centros vitales del imperialismo, pero sí ponía de relieve con gran vigor cual era la base real en que se sustentaba la concepción estaliniana: la autonomía relativa de la revolución soviética respecto de la revolución mundial. El periodo entre las dos guerras había aportado ya una cierta demostración empírica de esa autonomía. La segunda guerra mundial dio a la demostración gran consistencia.

La teoría de la revolución socialista de Marx y Engels no reconocía análoga autonomía más que desde el punto de vista de la improbabilidad de una conquista simultánea del poder por la clase obrera en los países capitalistas desarrollados (por donde obligatoriamente debía iniciarse dicha conquista). Si la revolución comenzaba en uno de los centros vitales del sistema capitalista no podía por menos de extenderse sin solución de continuidad a los otros centros vitales, o perecer. La revolución rusa puso sobre el tapete dos hechos nuevos: que la conquista del poder podía no comenzar por los centros vitales del capitalismo (cosa que Lenin ve desde abril de 1917); y que esta revolución podía mantenerse, consolidarse, aunque la revolución socialista se retrasara en los países capitalistas desarrollados, durante un periodo de tiempo cuyos límites era difícil precisar (al principio, los dirigentes bolcheviques piensan que será breve, luego – últimas reflexiones de Lenin – consideran que puede ser prolongado).

La concepción del "socialismo en un solo país" no es más que la generalización empírica del segundo hecho, pero dándole una significación absoluta, como prueba suficiente de que el socialismo puede construirse integralmente en la URSS, independientemente de que la revolución haya triunfado o no en el área capitalista desarrollada. Pero el "segundo hecho" lo único que "demostraba" es que la edificación socialista podía iniciarse y era posible progresar en esa dirección. La fundamentación teórica del "salto" que daba Stalin (secundado por Bujarin) exigía, como ya dijimos, demostrar a nivel teórico que la formación economicosocial socialista plenamente desarrollada era compatible con un marco regional, no requería como condición necesaria la estructura mundial, supuesta por Marx, cosa que Stalin y Bujarin no hicieron. Todos sus razonamientos se concentran en demostrar que la reconstrucción socialista de la agricultura es compatible con el mantenimiento de la alianza obrera-campesina, base política del régimen soviético(70). Trotski no niega esta posibilidad, pero argumenta, con toda razón, que ello no resuelve el otro problema. Este es el punto fuerte de la posición de Trotski. Su punto débil es que subestima la autonomía relativa de la revolución rusa en relación con el proceso de la revolución mundial. Mientras Stalin lleva esa autonomía a lo absoluto, Trotski la reduce a su mínima expresión.

La autonomía relativa de la revolución rusa respecto al proceso revolucionario mundial fuera de la URSS, implicaba la autonomía relativa de las revoluciones pendientes – revoluciones en los países del Occidente y del Oriente – respecto a la revolución rusa. El reconocimiento consciente, teóricamente fundamentado, de esta autonomía recíproca y de su carácter relativo, de sus límites, determinados en cada caso por la situación concreta, hubiera sido extraordinariamente fecundo para

el movimiento revolucionario, para la IC. Hubiera despejado la vía para la autonomía teórica, política y organizacional de los partidos comunistas, y para una nueva estructura de su organización internacional. Hubiera permitido plantear el problema capital de la defensa de la URSS, no en términos de incondicionalidad respecto al modelo soviético – tanto en lo relativo a la vía revolucionaria seguida para llegar al poder, como en cuanto al modelo de construcción socialista –, ni hacia la política exterior del partido soviético, sino en términos de colaboración y apoyo mutuos que no excluyeran la crítica recíproca; en términos que correspondieran, además, a las condiciones específicas de la acción de cada partido comunista.

Pero en la concepción estaliniana se alojaba la siguiente paradoja. Mientras en cierta forma – ”objetivamente”, como dice Magri(71) – reconocía la existencia de esa autonomía, al mismo tiempo la contradice en un doble sentido: llevándola al extremo – es decir, desconociendo su carácter relativo – en lo que concierne a la autonomía del socialismo soviético respecto a la revolución mundial, y reduciéndola a una dimensión desdeñable, negándola en la práctica, cuando se trata de la autonomía del movimiento revolucionario en el mundo capitalista respecto a la revolución rusa.

Magri tiene razón, sin duda, al decir que la ”paradoja” no se explica únicamente por errores o deficiencias teóricas del grupo dirigente bolchevique; hay que contabilizar también las condiciones objetivas extremadamente difíciles en que se realiza el experimento ruso. Ambos lados del problema se interfieren y condicionan recíprocamente, y sólo una investigación histórica minuciosa y objetiva, hasta hoy inexistente, podrá delimitar la gravitación relativa de cada componente en las sucesivas fases del régimen soviético. Por ahora sólo pueden formularse hipótesis globales aproximativas. La intensa lucha política que se desarrolla en el partido, en los soviets y los sindicatos, durante los primeros años del régimen soviético; la posición en flecha contra el burocratismo, el nacionalismo granruso, la autosatisfacción teórica, que adopta Lenin en vísperas de su muerte, indican claramente que la vía y los métodos adoptados por Stalin no eran una opción ineluctable: fueron el resultado de la derrota de otras tendencias y opciones. Derrota no a nivel teórico – la fracción de Stalin no pudo nunca dar un fundamento teórico marxista a sus opciones – sino a nivel de la acción política y organizacional. La perspectiva de la construcción integral del socialismo no fue una meta científicamente elaborada sino el mito que se agitó ante el pueblo soviético para dar una justificación a los inmensos sacrificios que se le demandaban. Y por eso no sirvió para formar a las masas como sujeto consciente, exigente y crítico, de su propia obra, sino al contrario, para cultivar en ellas una actitud acrítica, conformista; para convertirlas en objeto de fácil manipulación. Como todos los mitos que responden a exigencias de la realidad no resueltas científicamente, el mito de la construcción integral del socialismo a la postre de unos cuantos planes quinquenales, cumplió un papel instrumental eficaz, despertó ilusiones, encendió la fe, facilitó la movilización de las masas y el aplastamiento de toda posición crítica. Pero cuando los plazos se cumplieron y hubo que declarar: éste es el socialismo, ya está construido, el mito comenzó a derrumbarse. La fe empezó a dejar paso al escepticismo, los sentimientos generosos al cinismo, la ebullición política al apoliticismo. Para apuntalar el mito hubo que recurrir al terror. Los problemas eran cada vez más complejos, sus dimensiones cuantitativas dejaban paso a las cualitativas, pero el nivel teórico para abordarlos era cada vez más bajo, las ideas en circulación más escasas, los cerebros más atrofiados por el terror y, sobre todo, por el hábito de no pensar por cuenta propia. La guerra llegó cuando este proceso apenas se iniciaba, cuando sólo una minoría había comenzado a tomar conciencia de la existencia del mito, y había pagado caro su lucidez. Los sentimientos Patrióticos vinieron en ayuda del mito, y la gran victoria le comunicó nueva savia, pero por poco tiempo. El gigantesco ”salto” industrial, técnico, cultural de Rusia (salto, en este último aspecto, a una cultura de masas conformista, instrumental), era indiscutible, pero ¿era eso el socialismo? El XX Congreso dio la respuesta: en la URSS no existía aún el socialismo. Durante treinta años había existido una autocracia burocrática, no una democracia proletaria. Y sin democracia proletaria no hay propiedad social de los medios de producción. En la Unión Soviética existían – y siguen existiendo – unas relaciones de producción no capitalistas y no socialistas, cuya caracterización

teórica está aún por hacer desde el punto de vista marxista. Por el momento, lo más seguro es definir las por lo que no son.

Pero, volvamos a la IC. A la altura del VI Congreso el mito estaliniano entraba en su época de esplendor. Muy pocos fueron los comunistas no soviéticos que pusieron en duda la concepción de Stalin sobre el "socialismo en un solo país" y la prioridad absoluta de la revolución soviética en el proceso de la revolución mundial(72). La oposición bolchevique al estalinismo dentro de la URSS se encontró trágicamente aislada en el movimiento comunista internacional. Este no reclamó la autonomía que se expresaba objetivamente, aunque de manera deformada, en la idea del "socialismo en un solo país", y aceptó la sumisión incondicional a la interpretación que en cada caso daba Stalin de los intereses supremos de la URSS. Lo que no excluía, naturalmente, la posibilidad de que esa interpretación coincidiera, en uno u otro momento y en mayor o menor grado, con los intereses del movimiento revolucionario mundial. Pero esta posibilidad quedaba a extramuros del movimiento comunista éste no tenía medios efectivos de someter a análisis y control las decisiones de la dirección soviética. Y sin embargo tenía la obligación de ajustarse a ellas, desde el momento que la salvaguardia de la construcción del socialismo en la URSS era el cuestión clave de la revolución mundial. La IC y los partidos comunistas debían enfocar su estrategia y táctica en función, ante todo, de la política soviética. Si el Kuomintang era considerado por Moscú como un aliado seguro de la URSS, los comunistas chinos tenían que plantearse, por encima de toda otra consideración, el entendimiento con el Kuomintang; si la socialdemocracia alemana se alejaba del espíritu de Rapallo, los comunistas alemanes debían "concentrar el fuego" contra la socialdemocracia; si León Blum observaba una actitud positiva respecto a la URSS, los comunistas franceses debían cuidar de no enfrentarse con él, aunque Blum sacrificara a la república española y estrangulara las grandes luchas del proletariado francés en 1936; si Largo Caballero no aceptaba dócilmente los "consejos" soviéticos, los comunistas españoles debían sacrificarlo a Negrín, que comprendía mejor las exigencias de la política exterior soviética; si la salvaguardia del pacto con la Alemania hitleriana en 1939-1941 exigía que los comunistas de todos los países cesaran de considerar el fascismo como el enemigo principal, los comunistas no debían vacilar en decir negro donde la víspera decían blanco. Y si la IC era un estorbo para el mejor entendimiento con Roosevelt y Churchill, los comunistas de todo el mundo debían saludar la disolución de la IC, el momento y la forma de llevarla a cabo, como la solución ideal, única, a la imposibilidad revelada por la experiencia histórica de la IC de dirigir el movimiento obrero de cada país desde un centro internacional. La historia ha confirmado la caracterización que hacía Trotski en 1936:

"Actualmente la Internacional Comunista no es más que un aparato dócil, presto a todos los zig-zags, al servicio de la política exterior soviética"(73).

La eventualidad de que ese "aparato dócil" se convirtiera en un estorbo para la política exterior soviética quedaba objetivamente planteada desde el momento que la finalidad suprema de la IC consistía en salvaguardar la construcción del socialismo en la URSS. En la medida, en efecto, que los principales Estados capitalistas aceptasen el "hecho consumado" de la revolución rusa, y concentrasen su acción política en impedir "nuevos hechos" de esa naturaleza, se acrecentaban las posibilidades de "coexistencia pacífica" con el mundo capitalista o, en el peor de los casos, de alianza con una fracción de él contra la otra. Pero la burguesía es una clase de espíritu práctico, prosaico, educada en el "toma y daca". Es natural que a cambio de "ayudar a la construcción del socialismo – comerciando, renunciando (nunca definitivamente) a la intervención armada, etc: – pidiera "algo". Bujarin lo expresa muy bien en su informe ante el XV Congreso del Partido Comunista de la URSS (finales de 1927): el lenguaje de Chamberlain – dice – es el siguiente: "No tenemos ningún inconveniente en comerciar con ustedes, pero tengan la amabilidad de acabar con la IC". Y Bujarin añade: ahora es difícil atacar directamente a la Unión Soviética. Se le guiña el ojo. Pero se le pide liquidar la IC. Y revela que el Partido Laborista independiente ha enviado una carta planteando si no sería posible que la II y la III Internacional se fusionaran(74).

En el periodo del VI Congreso de la IC, esos cantos de sirena son desoídos. Después de haber derrotado a la oposición trotskista, Stalin se encuentra de golpe ante una grave situación

económica y social en la URSS. La construcción del socialismo a "paso de tortuga" – según la expresión bujariniana – a base de dejar excesiva libertad al kulak, ha conducido a una dramática crisis de abastecimiento en los primeros meses de 1928. Stalin hace un viraje de 180°, aplastando la oposición del ala bujarinista, con los métodos ya experimentados en el aplastamiento del trotsquismo. Del "paso de tortuga" se pasa al galope tendido. De los miramientos excesivos con el kulak a su liquidación implacable de la noche a la mañana, pero como gran parte de los campesinos medios – que constituyen la gran masa – e incluso ciertas fracciones de los pobres, están bajo la influencia del kulak, la represión contra éste se convierte en represión – sin escatimar violencia alguna – contra decenas de millones de campesinos. La colectivización forzada va paralela con el primer plan quinquenal, que exige de la masa obrera un verdadero heroísmo en el trabajo. En la práctica, Stalin adopta en parte el programa de la oposición trotsquista y el esquema de "acumulación primitiva socialista" de Preobrajenski, pero forzando los ritmos, pagando tributo al retraso y al empirismo con que se efectúa el "viraje". Todo lo cual crea una grave tensión interna en el partido y en la sociedad soviética. Al mismo tiempo, Stalin ve con inquietud la política anglofrancesa, en particular la de la pérfida Albión. Piensa que se urde una nueva intervención antisoviética. Este conjunto de circunstancias determina el rumbo ultra-izquierdista que toma la política estaliniana, tanto en el plano interior, como en la táctica que dicta a la IC. No es la hora de liquidar la IC sino de utilizarla para el ataque furioso contra la socialdemocracia y el partido católico del centro en Alemania, contra los socialistas y radical-socialistas en Francia, contra los laboristas ingleses, considerados todos ellos como los cómplices más peligrosos de la eventual intervención contra la URSS. Es el periodo del "social-fascismo" y de "clase contra clase".

El triunfo de Hitler cambia el panorama europeo. La política soviética se orienta a la alianza con los Estados capitalistas "democráticos". Y éstos no desdeñan esa combinación, aunque vayan a ella con segundas intenciones. Pero es en estos países precisamente donde se encuentran, después del hundimiento del partido alemán, las secciones más importantes de la IC (Francia y Checoslovaquia, sobre todo, y desde 1934 el Partido Comunista español empieza a ser un factor político importante de la flamante República nacida en 1931). Se entra en un periodo en que la IC, y el programa aprobado en el VI Congreso, se convierten cada vez más en un estorbo para la política exterior soviética. Ante, la burguesía internacional la IC encarna la revolución mundial. El que ésta aparezca en el programa del VI Congreso teniendo como centro la construcción del socialismo en la URSS no hace más que reafirmar a los dirigentes del capitalismo en la idea de que la IC está bajo el control y la dirección de Moscú. Es el instrumento de que se sirve Stalin para intervenir en los asuntos interiores de los otros países. El "lenguaje" de Chamberlain se hace más apremiante. Ya es significativo que el VII y último Congreso de la IC no se reúna hasta siete años después del VI, pese a que los estatutos fijaban la celebración de los congresos cada dos años. Y también es sintomático que el término mismo "Internacional Comunista" desaparezca casi por completo de los discursos, artículos e informes públicos de Stalin a partir de 1933. Salvo error del inventario que hemos hecho en la edición soviética de las obras de Stalin, no se alude a la IC más que dos veces: la primera en su informe ante el XVIII Congreso del Partido Comunista de la URSS (marzo de 1939) para ironizar acerca de los que "buscan "focos" de la Internacional Comunista en los desiertos de Mongolia, en las montañas de Abisinia y en los desolados campos del Marruecos español"; la segunda en 1943 para decir que con su disolución se ha puesto fin a la "calumnia".

En julio de 1935 se reúne el VII Congreso. La primera novedad notable que presenta es que sus principales figuras, a diferencia de los anteriores congresos, ya no son rusas(75). Dimítrov hace el informe principal, Ercoli [Togliatti] el segundo en importancia. El partido soviético está representado por Manuilski, figura de segunda categoría dentro de la constelación de dirigentes soviéticos. Thorez aparece en primer plano. Stalin se mantiene entre bastidores. El congreso se concentra en las cuestiones de la lucha contra el fascismo y la guerra. La política de frente único proletario y de frente popular se orienta decididamente a lograr la alianza con los partidos socialistas (calificados de "social-fascistas" hasta poco antes), y con la fracción democrática y liberal de la burguesía. Formalmente, esta estrategia aparece inserta en una perspectiva de lucha

contra el capitalismo, pero el acento es puesto en los objetivos inmediatos: defensa o reconquista de las libertades democrático-burguesas frente a la amenaza fascista, lucha contra el peligro de guerra, apoyo a la política de seguridad colectiva de la URSS. Es sintomático que el concepto mismo de "revolución mundial" no figure ni una sola vez en el largo informe de Dimítrov.

Este último congreso de la IC reflejó que en los partidos comunistas pugnaban por abrirse paso tendencias renovadoras, que deseaban liberarse de esquemas vacíos, de tradiciones sectarias, pero el mismo tiempo fue el congreso menos teórico de la IC. El paso a lo que Dimítrov llama la "nueva orientación táctica" de la Internacional Comunista(76) se realiza sin una reevaluación crítica del pasado. La crisis de la teoría marxista de la revolución mundial se "resuelve" renunciando, en la práctica, a toda teoría explícita de la revolución mundial.

Causas de la parálisis teórica

Hemos visto que la concepción de Lenin acerca del curso de la revolución mundial determinaba la necesidad de un "partido mundial" de tipo bolchevique; que la urgencia de su creación derivaba de que, en opinión de Lenin, el proceso revolucionario internacional estaba en marcha, las condiciones objetivas de su victoria reunidas, y sólo faltaba el partido capaz de tomar su dirección. Vimos que esa concepción, en su doble aspecto – teórico general y coyuntural – fue desmentida por el curso real de la historia. Hemos examinado después cómo Stalin "resuelve" la crisis teórica, revisando pragmáticamente a Marx y Lenin, haciendo de la construcción del socialismo en Rusia el factor clave de la revolución mundial, lo que convierte a la IC en un instrumento de la política soviética. Finalmente vimos que todo planteamiento teórico de la revolución mundial es arrinconado, y la seguridad de la URSS, vista bajo la óptica de Stalin, pone objetivamente al orden del día la conveniencia de liquidar la IC.

En el tercer capítulo examinaremos más de cerca cómo la concepción leniniana de la revolución mundial determina concretamente las estructuras y el funcionamiento de la IC, y de qué manera el centralismo burocrático resultante es un obstáculo creciente a la acción teórica y política de la IC. Por último, en el capítulo cuarto analizaremos la acción política de la Komintern. Pero antes de pasar a esos temas cerraremos el presente capítulo con algunas rápidas reflexiones sobre las causas más generales de que el pensamiento teórico marxista se fuera progresivamente paralizando en la etapa de la IC.

Los bolcheviques – dice Rosa Luxemburgo en su ensayo sobre la revolución rusa – "con su actitud resueltamente revolucionaria, su fuerza de acción ejemplar, y su inviolable fidelidad al socialismo internacional, han hecho verdaderamente todo lo que podía hacerse en condiciones difíciles". Pero, agrega proféticamente, "el peligro comienza en el punto en que, haciendo de necesidad virtud, cristalizan en teoría perfecta la táctica a la cual se han visto obligados por condiciones fatales, y quieren recomendar su imitación al proletariado internacional como modelo de táctica socialista"(77). En efecto, el peligro comenzaba ahí. No sólo porque los teóricos revolucionarios rusos cedieran a la tentación de trascender la necesidad en virtud, sino porque la admiración y el entusiasmo que la revolución rusa despertaba en los revolucionarios de todos los países, predisponía a éstos a la aceptación acrítica del mensaje. A ello contribuía, asimismo, que las "fuerzas teóricas" formadas en la II Internacional – salvo raras excepciones como Rosa Luxemburgo, Mehring, y algunos otros nombres de menor importancia – habían desertado el campo de la revolución. Su crítica de la revolución rusa desde posiciones reformistas o liberales contribuía a elevar aún más, ante los revolucionarios del mundo capitalista, la autoridad de las concepciones bolcheviques(78).

En el momento en que más necesaria era la reflexión crítica, la revolución de Octubre introduce la *seguridad teórica*. Todo parecía resuelto en principio – las vías de la revolución, la táctica, el modelo de partido – cuando en realidad todo se volvía más problemático que en ningún periodo precedente del movimiento obrero: en Occidente, donde la revolución había sido derrotada y la gran masa del proletariado hacía oídos sordos al marxismo revolucionario; en Oriente, donde la revolución despertaba en un medio casi inexplorado por el marxismo; en Rusia, donde la revolución

proletaria quedaba aislada, cercada internacionalmente por el mundo capitalista, e interiormente por el océano campesino y pequeño burgués. Pero a diferencia de Marx los heraldos de la revolución de Octubre proclamaban ante los revolucionarios de todos los países: "He aquí la verdad, ¡arrojadlos ante ella!" Esta actitud doctrinaria no podía por menos de ser un fermento de sectarismo y autoritarismo, de propiciar la dogmatización del marxismo bajo su versión bolchevique, de llevar a la subestimación de la originalidad nacional en los otros países, tanto en los del capitalismo avanzado como en los oprimidos por el imperialismo.

Lenin mismo, que insiste en muchas ocasiones sobre la necesidad de no copiar mecánicamente la experiencia rusa, plantea en *La enfermedad infantil...* (y lo repite en otros trabajos): "No son sólo algunos, sino *todos los rasgos fundamentales, y muchos secundarios*, de nuestra revolución, los que tienen importancia internacional". Y si bien a renglón seguido hace la salvedad de que cuando triunfe la revolución en uno de los países avanzados Rusia pasará a ser un país atrasado (en el sentido socialista), agrega: "Pero en el presente momento histórico se trata precisamente de que el ejemplo ruso muestra *a todos los países algo, y algo muy sustancial*, de su futuro próximo e inevitable". En las conclusiones de esta famosa lección de táctica, Lenin reitera el imperativo de tener en cuenta "las particularidades concretas que la lucha adquiere, y debe adquirir inevitablemente en cada país conforme a los rasgos originales de su economía, de su política, de su cultura, de su composición nacional, de la diversidad religiosa, etc."(79). Pero se trata de tener en cuenta esas "particularidades" para *aplicar* un cuerpo teórico y político considerado como ya elaborado – y comprobado por la práctica histórica – en sus componentes esenciales, en sus "principios" (a los heredados de Marx se suman los nuevos: los soviets representan la forma universal de la dictadura del proletariado, el tipo bolchevique de partido el modelo universal de partido revolucionario marxista, etc.). En ningún momento se suscita siquiera el problema de que las diversas realidades nacionales y la nueva realidad mundial puedan exigir una nueva investigación marxista en profundidad, susceptible de alumbrar teorías revolucionarias inéditas; no se sospecha que los acontecimientos, en lugar de confirmar *plenamente* la teoría de la revolución heredada de Marx y Engels, y las aportaciones de Lenin, han puesto en entredicho aspectos esenciales de las mismas.

La actitud mental de los bolcheviques, comunicada a través de la IC a los comunistas no rusos, podría resumirse así: con la revolución de octubre la teoría marxista de la revolución quedaba *completada* en aquellas cuestiones sobre las cuales, por falta de experiencias concretas, los dos grandes maestros no habían podido llegar suficientemente lejos: contradicciones del imperialismo, forma de la dictadura del proletariado, cuestiones estratégicas y tácticas, tipo de partido, etc. Lo problemático, en adelante, no era ya la teoría de la revolución como tal, sino su interpretación particular de acuerdo con las condiciones específicas de cada país. En un plano teórico más general, la victoria de octubre era interpretada como prueba inapelable de la cientificidad absoluta del marxismo. "Nosotros marxistas – escribe Bujarin en su *Materialismo histórico* – estamos autorizados a considerar la ciencia proletaria como la ciencia verdadera, y a exigir que sea generalmente reconocida como tal."

El depositario de esta "ciencia verdadera" en el mundo no soviético pasa a ser la Komintern. Pero la Komintern concentra su atención – puesto que las cuestiones básicas de la teoría de la revolución se dan por resueltas – en las modalidades estratégicas y tácticas, u organizacionales. Las investigaciones filosóficas, económicas, históricas, sociológicas, pasan a un segundo o tercer plano. Las elaboraciones políticas se separan cada vez más de las ciencias sociales y, en general, del medio cultural donde están llamadas a operar. En las discusiones de la IC sobre el problema colonial, por ejemplo, se opera con las categorías de "proletariado", "campesinado", "burguesía nacional", etc., sin tener en cuenta, más que muy raramente, el universo cultural propio a esos países, tan radicalmente distinto del occidental.

La contradicción entre los planteamientos teóricos y el desarrollo real comenzó a reflejarse sintomáticamente a través de las apasionadas discusiones sobre los problemas tácticos que dominan los primeros congresos de la IC. Nadie formula explícitamente la idea de que se estaba ante una crisis teórica. (A nivel filosófico debe citarse, sin embargo, el libro de Korsch, *Marxismo v filosofía*

(1923) – inmediatamente condenado por la IC – como una primera toma de conciencia teórica de la crisis(80).)

Después de la muerte de Lenin, como si se quisiera con ello hacer frente a todas las dudas e inquietudes, la tendencia a la "seguridad teórica", a la dogmatización del marxismo, se acentúa rápidamente. No debe vacilarse en defender el "dogma" marxista, dice *Bolchevik*, revista teórica del partido soviético: "Sólo resolviendo sin tergiversación este problema podrá conservarse toda su pureza a la bandera de la revolución proletaria, a la bandera del "dogma" marxista. Es absurdo tener miedo de esa palabra. La lucha contra el marxismo "dogmático" ha sido siempre la obra de los reformistas más alejados del marxismo, tipo Bernstein. Todo lo que había de mejor en el movimiento obrero ha luchado siempre por el "dogma" de Marx [...]"(81). El dogma, sin comillas, se precisa y bautiza: leninismo. La historia se repite. Apenas nacida, la III Internacional reincide después de la muerte de Lenin en el mismo pecado que la II después de la muerte de Marx y Engels: la canonización de su pensamiento.

A finales de 1924, Zinoviev recuerda que los primeros en hablar de "leninismo" fueron los adversarios del bolchevismo. en 1903, "a fin de contraponer las ideas de Lenin a los principios de Marx". "Lenin – agrega Zinoviev – se opondría, sin duda alguna, al uso de ese término, por razones evidentes a todos los que conocen su modestia. Pero nosotros, sus contemporáneos y discípulos, *necesitamos* [es Zinoviev el que subraya. FC] hablar ahora de leninismo, como los continuadores de la obra de Marx han hablado de marxismo [...] y los partidarios de Darwin de darwinismo"(82). El leninismo, dice Zinoviev, "es la comprensión, la explicación marxistas, de las *nuevas fases históricas* de la evolución de la sociedad, de la *nueva experiencia* del movimiento obrero mundial (y del movimiento revolucionario en general), de *todo* lo que ha surgido después de Marx [...]". Lenin, admite Zinoviev, no ha podido existir sin Marx, pero es necesario declarar que "ahora, fuera del leninismo, no puede existir marxismo revolucionario"(83). Zinoviev repite lo que ya Stalin, anticipándose a todos, ha proclamado desde abril de 1924 en sus conferencias sobre el leninismo. De momento las fórmulas de Stalin coexisten con las de Zinoviev, Bujarin, etc. Pocos años después serán las únicas definiciones ortodoxas del leninismo. Cada militante de la IC deberá conocerlas de memoria. En el curso de la lucha contra las oposiciones trotskista y bujarinista se va pasando, en efecto, del *leninismo*, como único marxismo válido en "la época del imperialismo y de la revolución proletaria", al *estalinismo*, como único *leninismo* válido en la época del imperialismo, de la revolución proletaria y... del "socialismo en un solo país". De un *Marx ad usum Lenini*, se pasa a un *Lenin ad usum Stalini*. Las oposiciones que se levantan contra este segundo paso cometen el error de quedar encerradas en el primero.

Este proceso de dogmatización y estrechamiento cada vez más acentuado de los fundamentos teóricos de la IC se refleja acusadamente en los partidos comunistas. Aquellos que al constituirse carecían de toda herencia teórica nacional (como, por ejemplo, el Partido Comunista español) vegetan en el practicismo más rutinario; los que contaban con esa herencia (como el alemán o el italiano) no pueden cultivarla: la obra teórica de Rosa Luxemburgo y de Gramsci permanece en el ostracismo esperando mejores tiempos. En su informe sobre la IC ante el XV Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (diciembre de 1927), Bujarin se refiere a la debilidad teórica de los partidos comunistas en su conjunto, y de sus núcleos dirigentes en particular, como una de las principales deficiencias de la IC. Señala que apenas hay intelectuales en esos núcleos dirigentes. Inicialmente eran pocos, y "las crisis que se ha producido entre nosotros desde que hubo el reflujó de la primera ola revolucionaria, han afectado sensiblemente, sobre todo, a nuestras altas esferas intelectuales". Con ciertas precauciones de lenguaje muestra que la enfermedad afecta también al partido soviético: los dirigentes de la URSS, dice, "se ven constantemente distraídos del trabajo teórico y concentrados en el trabajo práctico". Y esta debilitación del trabajo teórico en toda la IC se produce al mismo tiempo que "la situación se ha hecho mucho más compleja y exige de los dirigentes un esfuerzo [teórico] mayor"(84).

Bujarin es uno de los raros dirigentes de la IC que en este periodo de finales de los años veinte comienza a interrogarse sobre problemas de fondo relativos a la estructura del capitalismo, los

cambios en la clase obrera, la cuestión colonial, etc. "La concentración y la centralización de la vida económica – dice en el informe citado – avanzan a paso de gigante". "Podría decirse que se opera un *proceso de integración* del mismo poder del Estado" (en el mecanismo capitalista); no se trata de algo completamente nuevo, "pero este proceso jamás se había desarrollado, desde que el capitalismo existe, con tanta fuerza como ahora; es un hecho que, a mi parecer, no hay que perder de vista". Después de analizar diferentes tipos de ese proceso (Alemania, Italia, Japón, Austria), concluye: "Es así que tenemos, por un acrecentamiento de las contradicciones entre los diferentes Estados capitalistas; por otro, un proceso de *organización* de las fuerzas capitalistas en el interior de los países, que se manifiesta en la tendencia al capitalismo de Estado". Al examinar la situación de la clase obrera se detiene, por ejemplo, en los cambios de estructura que se observan en Alemania en la masa asalariada industrial: de 1907 a 1925-1926, el porcentaje de empleados ha pasado de 11,1 % a 36,5 %. Y observa que estas modificaciones facilitan la integración de una parte de la clase obrera a través de los empleados. Señala el papel creciente de los sindicatos en esa integración, sin que ello signifique la renuncia a las huelgas(85). Todos estos planteamientos, y en particular los referentes al proceso de "organización" del capitalismo, irán a parar al *dossier* que servirá para condenar a Bujarin unos meses después (en realidad Stalin había iniciado ya los preparativos en el periodo del XV Congreso). Se le acusará de adoptar la tesis de Hilferding, pese a que Bujarin critica expresamente las deducciones políticas reformistas que Hilferding extrae de sus constataciones científicas. En el mismo informe Bujarin plantea que la IC no tiene más que una visión muy general de la cuestión colonial. La revolución china permite tomar conciencia de su extrema complicación: "La complejidad extrema del agregado social, del conjunto de las fuerzas de clase, y de la dificultad del problema cuando se trata de dirigir una revolución colonial de esta envergadura no nos ha aparecido en todas sus dimensiones más que en el último periodo". En cada caso, dice Bujarin, hay que investigar las estructuras de clase. Nuestras tesis sobre la cuestión colonial no proporcionan más que una base general(86).

Todas esas incitaciones a abordar la nueva problemática que presentaba el desarrollo mundial serán barridas en el curso de la lucha contra la "desviación de derecha = enemigo principal". Ahora bien, ni el aval prestigioso que la revolución de Octubre proporciona a la dogmatización del leninismo como última palabra del marxismo, ni el papel represivo del pensamiento que en medida creciente cumple el mecanismo ideológico y administrativo de la IC, explican suficientemente la progresiva parálisis del pensamiento marxista revolucionario en el mundo capitalista de entre las dos guerras. En ese mismo periodo, en el marco de la IC, la *intelligentsia* revolucionaria china empieza a desprenderse de los esquemas fabricados en el centro moscovita de la Komintern y a seguir de verdad el ejemplo bolchevique elaborar una teoría original de la revolución china, como la *intelligentsia* bolchevique había elaborado una teoría original de la revolución rusa(87). Pero los comunistas chinos no tenían sólo la Komintern; tenían, además, una *revolución en marcha*. Como los bolcheviques no tenían sólo a Marx o a la II Internacional; tenían la revolución rusa en acto. La parálisis del pensamiento teórico en los marxistas revolucionarios de Occidente, aunque los factores que más arriba hemos analizado contribuyesen no poco en agravarla – e incluso puedan explicarla suficientemente en tanto que "parálisis" –, ¿no está condicionada por una realidad más profunda, por la inmadurez objetiva de la revolución socialista en el capitalismo desarrollado?

No se trata, naturalmente, de que las fuerzas productivas del capitalismo avanzado no ofrecieran ya – en el periodo que estamos considerando – una base material más que suficiente para la transformación socialista de la sociedad. Hablamos de la inmadurez objetiva de la *revolución*, cosa muy distinta, aunque con frecuencia se confunda. Si enfocamos el problema desde las tesis teóricas de Marx, para la madurez objetiva de la revolución socialista (en el sentido amplio, no en el sentido estricto de toma del poder por la clase obrera, o por un partido que se diga su representante, cosa que depende de un concurso coyuntural de circunstancias y factores) no basta con que existan fuerzas productivas capaces de sustentar el nuevo régimen social; hace falta que el capitalismo no sea capaz ya de desarrollar nuevas fuerzas productivas. Si en varios momentos de su existencia Marx y Engels prevén la victoria de la revolución socialista en Europa, y por tanto a escala mundial,

es porque consideran que el capitalismo ha llegado a esa *situación límite*. Tal creencia está presente desde el Manifiesto. Lenin comete el mismo error en relación con el capitalismo transformado en sistema imperialista. Los dirigentes de la IC lo conservan intangible, construyen sobre él todos sus dispositivos estratégicos y tácticos. Como hemos visto, la misma concepción del "socialismo en un solo país" se justifica como nueva teoría de la revolución mundial en la medida en que junto a la *perspectiva* de la próxima construcción del socialismo en la URSS alinea la *realidad* del estancamiento y putrefacción del capitalismo, incapaz como dice Trotski – coincidiendo en esto plenamente con su implacable adversario – de contener ningún crecimiento de las fuerzas productivas. Sin embargo, las dos guerras mundiales y la crisis económica mundial intermedia han resultado no ser expresiones de la llegada del capitalismo a la situación límite (en el sentido que venimos considerando), sino formas monstruosas – pero lo monstruoso es una categoría moral, no económica – de su transformación estructural, de adquisición de un nuevo poder expansivo de las fuerzas productivas. Han sido la ilustración más infernal de que el "progreso", mientras "el mercado mundial y las modernas fuerzas productivas" no hayan sido sometidas por la "gran revolución social" se parecerá al "ídolo pagano que no quería beber el néctar más que en el cráneo de sus víctimas". Si el problema se enfoca bajo un ángulo "moral", el capitalismo debería estar hace mucho tiempo cien metros bajo tierra, pero sería olvidar que el sistema capaz de desarrollar las fuerzas productivas "desarrolla" también sus justificaciones "morales" (en el caso del capitalismo, el patriotismo, el nacionalismo, el racismo, el individualismo, y otros muchos "ismos"). La ideología reformista, orgánicamente secretada por la capacidad del sistema de desarrollar las fuerzas productivas, figura en lugar de honor entre sus justificaciones morales y políticas. La atracción del fascismo sobre millones de pequeños burgueses, campesinos y obreros entre las dos guerras mundiales – una de las formas más monstruosas que ha tenido la justificación del capitalismo –, ¿hubiera sido posible si bajo la demagogia mussoliniana o hitleriana no hubiera estado la capacidad del capital monopolista italiano y alemán de reestructurar el sistema en la dirección de un nuevo desarrollo de las fuerzas productivas?

Hasta ahora no parece haber existido "situación límite" del capitalismo en el sentido que venimos hablando – como incapacidad para desarrollar las fuerzas productivas –, y está abierto el problema teórico de si esa situación es previsible actualmente y qué procesos pueden determinarla. Pero la inmadurez objetiva de la revolución (en sentido amplio) bajo el presente capitalismo avanzado, no quiere decir, ni mucho menos, que entre las dos guerras mundiales – y a la salida de la segunda – no se hayan presentado coyunturas propicias para un "golpe de audacia" (así llamó Lenin en algunas ocasiones al asalto de octubre) del partido revolucionario, capaz de poner fin a la lógica monstruosa del desarrollo capitalista en uno u otro país industrial.

Ahora bien, existe indudablemente una conexión profunda entre la inmadurez objetiva precitada y la inmadurez teórica y política que hasta ahora han revelado las vanguardias revolucionarias formadas en el capitalismo avanzado para aprovechar coyunturas propicias a la revolución (en sentido estricto). La primera "inmadurez" representa una barrera Considerable – que opera a través de una serie muy compleja de justificantes, como los antes apuntados y otros muchos en la vía por la que la conciencia social corriente puede llegar a la condenación radical del sistema. A la conciencia teórica – que no puede nacer más que en las capas intelectuales – le falta ese estímulo apremiante. Cuando la sociedad se encuentra realmente en situación de *crisis general* (incluimos entre los componentes de esta "situación" la incapacidad del mecanismo economicosocial, sin cambiar de naturaleza, para seguir desarrollando las fuerzas productivas), tal estado no sólo se refleja más o menos confusamente en la conciencia social ordinaria; la capa "productora de teoría" es afectada en su propia existencia social, así como en los valores y las concepciones que constituían hasta entonces su universo cultural. No sólo la experiencia del conjunto de la sociedad, sino su propia experiencia más inmediata le apremia a la búsqueda de una teoría revolucionaria apropiada a la crisis existente. Así sucedió en las sociedades rusa y china, lo mismo que en la alemana de mediados del XIX por no remontarnos más atrás. (No olvidemos que Marx y Engels, en tanto que teóricos *revolucionarios*, son ante todo el producto de la crisis general de la sociedad

alemana y de su conciencia teórica. Habría que investigar hasta qué punto la "óptica alemana" no interfirió los análisis científicos de *El Capital*, induciendo a conclusiones apresuradas sobre la maduración de la revolución en los países capitalistas avanzados del XIX, como la "óptica rusa" indujo a Lenin a conclusiones semejantes en relación con el capitalismo de las primeras décadas del siglo XX.) Pero la "situación límite" en esas sociedades no derivaba, como es bien sabido, de las contradicciones inherentes a las estructuras capitalistas, sino de las resultantes entre éstas y las estructuras precapitalistas. Sobre esta base se creó la premisa teorizada por Marx: la incapacidad del sistema economicosocial para contener nuevas fuerzas productivas.

A los efectos del problema que nos planteamos aquí no necesitamos detenernos en las causas, bien conocidas, de que en los casos ruso y chino la revolución no se detuviera en el "marco burgués" y se transformara en revolución proletaria. Lo que nos interesa poner de manifiesto a través de este rápido análisis comparativo es que a la elaboración de la teoría de la revolución en el capitalismo desarrollado le ha faltado hasta ahora el poderoso "estimulante" que tuvo la elaboración de la teoría de la revolución rusa o de la revolución china. Le faltó la "crisis general", que el marxismo oficial da por existente en el capitalismo desde la primera guerra mundial – e incluso la considera ya en su "tercera etapa" –, sin que se exprese hasta ahora en lo que tenía que ser su componente esencial: la incapacidad del mecanismo capitalista para desarrollar las fuerzas productivas. Este desarrollo es un hecho, y se produce con ritmos sin precedentes.

Pero la constatación de ese *handicap* a la elaboración de la teoría de la revolución en los países capitalistas desarrollados no es una constatación de imposibilidad. Puede ser el primer paso para un esfuerzo teórico que abra nuevas vías a la transformación revolucionaria de las sociedades de capitalismo avanzado, partiendo de un conocimiento más riguroso de las mismas. Ahora bien, la primera condición para ello es destruir los esquemas y los "principios" que la práctica social ha revelado erróneos, así como los métodos y estructuras institucionales que contribuyeron a impedir el descubrimiento del error. La parálisis teórica de la IC puede explicarse en "última instancia" por la inmadurez objetiva de la revolución en el capitalismo avanzado, pero una vez establecido este dato nos deben interesar sobre todo las otras "instancias" que contribuyeron a acentuar y agravar los efectos de la primigenia.

3. El monolitismo

[...] el funcionamiento de un partido proporciona un criterio para diferenciar: cuando el partido es progresivo funciona "democráticamente" (en el sentido del centralismo democrático), cuando el partido es regresivo funciona "burocráticamente" (en el sentido del centralismo burocrático). En este segundo caso el partido es simple ejecutor, no deliberante: técnicamente se convierte en un órgano de policía y su nombre de "partido político" es una pura metáfora de carácter mitológico. *Gramsci.*

Transplantación del modelo soviético

El triunfo del reformismo en casi todos los partidos de la II Internacional, ponía sin duda sobre el tapete, en el periodo de la primera guerra mundial, la necesidad de crear un partido marxista de nuevo tipo. Pero no había una manera única de abordar esa tarea, y los marxistas contemporáneos de Lenin fueron conscientes de las diversas opciones. Muchos elementos de izquierda de los partidos socialistas consideraban que no era obligatorio – e incluso que sería gravemente perjudicial – poner desde el principio, como condición necesaria, la escisión del movimiento obrero, sobre todo a nivel sindical. Cabía la posibilidad de iniciar dentro del movimiento obrero organizado la lucha política e ideológica contra el reformismo, apoyándose en las experiencias de la guerra y de la revolución de octubre, así como de las luchas revolucionarias de la postguerra. Otros marxistas revolucionarios, aun coincidiendo con Lenin en ir directamente a la creación de nuevos partidos, opinaban que la Internacional Comunista no debía organizarse hasta que dichos partidos cristalizaran realmente en el marco nacional. Tal fue la posición de Eberlein, representante de los

espartaquistas alemanes, cuando el problema se discutió en la reunión que acabó transformándose en I Congreso de la IC:

”La fundación de la IC – declaró – es una evidencia absoluta, pero es prematura. La Internacional Comunista debe crearse definitivamente cuando en el curso del movimiento revolucionario de masas que se apodera de casi todos los países de Europa hayan surgido partidos comunistas [...]”(1).

Eberlein transmitía la opinión de Rosa Luxemburgo, a la que movía no sólo una preocupación de realismo sino el temor a que la IC se ajustara rigidamente al modelo bolchevique de partido. Pero la inmensa autoridad adquirida por Lenin con la victoria de octubre venció las objeciones de unos y de otros.

En definitiva la IC y sus secciones nacionales se ajustaron en todo a la idea que los dirigentes bolcheviques tenían, tanto de la marcha de la revolución mundial como del tipo de partido necesario. Respecto al primer aspecto ya hemos examinado en el capítulo anterior los rasgos generales de la concepción de Lenin, de la que derivaba lógicamente la urgencia de la creación de la IC, del ”partido mundial” de la revolución. Pero para comprender cómo esa concepción determina las estructuras y el funcionamiento de la IC, no basta con tener en cuenta esos rasgos generales. Hay que descender a niveles más concretos. Para los bolcheviques, como para muchos revolucionarios de otros países, la revolución rusa mostraba en forma detallada, precisa, lo que la teoría marxista de la revolución no había podido prever más que a grandes rasgos: el mecanismo interno del proceso revolucionario, las formas de lucha, su articulación, etc. En la revolución rusa se habían combinado casi todas las formas de lucha imaginables: desde la propaganda y la agitación políticas, hasta la insurrección armada y la guerra civil, pasando por las huelgas políticas y manifestaciones, más las guerras del nuevo Estado revolucionario con los Estados burgueses, etc. La acción parlamentaria y sindical tuvo su papel también en esa multifacética experiencia, pero en pequeña proporción. Las formas de lucha decisivas de la revolución rusa fueron las extraparlamentarias, y el papel de los sindicatos fue muy modesto. Una de las características más importantes de la *combinación* de todas esas formas de lucha durante doce años (1905-1917) fue el paso brusco, rápido, de unas formas a otras, así como el entrelazamiento de toda una serie de ellas, lo que planteaba objetivamente la necesidad de que el partido revolucionario fuera capaz de modificar su táctica con rapidez, de pasar ágilmente de una a otras formas de acción.

En el escenario ruso se había ensayado, incluso, la combinación del ejército del Estado revolucionario con la acción de las fuerzas revolucionarias internas – grupos políticos, guerrillas – de los Estados contrarrevolucionarios. No hay que olvidar que a favor de la invasión alemana (antes de firmarse la paz de Brest-Litovsk), y a favor luego de la intervención de la Entente, surgieron en el gran espacio del eximperio una serie de Estados nacionales dirigidos por partidos burgueses, o por los mencheviques, socialrevolucionarios, etc. (en Ucrania, el Cáucaso, los países bálticos, etc.). Subyacente a la orden que Lenin da en octubre de 1918 de formar un ejército de tres millones para acudir en ayuda de la revolución internacional, o de la ofensiva del ejército rojo sobre Varsovia en el verano de 1920, estaba la experiencia de dicha combinación de formas de lucha, gracias a la cual triunfa la revolución proletaria en los Estados citados. (No hay que olvidar que antes de ser una ”Unión”, en la que desaparece, de hecho, la independencia nacional, la revolución rusa se constituye estatalmente como una ”federación” de Estados soviéticos nacionales, en la que Lenin y la IC ven el prototipo de la república federativa mundial de los soviets.)

El partido bolchevique se había formado en las condiciones de un inmenso Estado multinacional. Era el partido internacional único de los revolucionarios rusos, ucranianos, georgianos, polacos, finlandeses, etc. De hecho, una pequeña ”Internacional”. Dentro de ella la nacionalidad no contaba formalmente, pero en la práctica las contradicciones entre lo ”nacional” y lo ”internacional” se manifestaron más de una vez, y la hegemonía rusa estaba latente. Las condiciones en que este tipo de partido tuvo que mantener su cohesión y eficacia combativa – clandestinidad, represión, situación extremadamente minoritaria del proletariado en un medio campesino y pequeño burgués, tendencias centrifugas derivadas de la opresión nacional, etc. – explican en gran medida los rasgos

semimilitares de sus estructuras y funcionamiento. Los años de guerra civil contribuyeron a extremarlos, fomentando hábitos y métodos que marcarán profundamente el funcionamiento ulterior del partido. (La implantación posterior del mecanismo estaliniano no puede entenderse sin tener en cuenta estas premisas.)

La generalización empírica del modelo ruso llevaba a concebir la revolución mundial como una grandiosa guerra revolucionaria, que incluiría toda la combinación de formas de lucha antes indicadas; como una acción conjunta de los diversos destacamentos nacionales del ejército internacional del proletariado, necesitada de un Estado Mayor central, análogo al que la revolución rusa había tenido en los bolcheviques. El lenguaje militar que encontramos en los documentos de la IC no es más que la expresión lingüística de esa concepción de la revolución mundial, de las formas de organizarla y dirigirla, de sus exigencias estratégicas y tácticas.

Lo mismo que el partido bolchevique había organizado la *acción conjunta* de los proletarios de las diversas nacionalidades del imperio ruso para instaurar la república federativa rusa de los soviets, la IC nace, como declara el artículo primero de sus estatutos, para "organizar la *acción conjunta* del proletariado de los diferentes países" tendente a instaurar la república federativa mundial de los soviets. No como un objetivo lejano, sino como la tarea práctica del día, según vimos en el capítulo anterior.

Lo mismo que el partido bolchevique era el partido único de los revolucionarios de todas las nacionalidades del imperio ruso, la IC es organizada como el "partido único mundial" de los revolucionarios de todos los países. Su organismo permanente de dirección, el Comité Ejecutivo, es dotado de poderes extraordinarios. Sus directivas tienen "fuerza de ley" inmediata para todas las secciones nacionales. Lo mismo puede expulsar a militantes o grupos de militantes de cualquier país, que a secciones enteras, modificar los organismos de dirección de las secciones nacionales, incluso contra la voluntad mayoritaria de sus afiliados, etc. En estas condiciones, las direcciones nacionales no son otra cosa, en la práctica, que delegaciones de poder del Comité Ejecutivo de la IC. De arriba a abajo, se instaura una disciplina de hierro y la centralización más rigurosa, porque "en la época actual de guerra civil encarnizada, el partido comunista no puede cumplir su papel más que si está organizado de la manera más centralizada, si posee una disciplina de hierro, confinando con la disciplina militar, y si su organismo central está dotado de amplios poderes y ejerce una autoridad indiscutible"(2). Los "amplios poderes" son siempre entendidos en sentido descendente. Cada comité es omnipotente respecto a los comités inferiores, e impotente frente a los comités superiores.

En las características que adquiere la IC desde el primer momento ejerce notable influencia la *manera* como es creada. Partiendo de que la revolución mundial está en marcha irresistiblemente, que las grandes masas están en movimiento y todo depende de que haya una vanguardia intransigente frente al reformismo y el centrismo, se toman desde el principio medidas drásticas para asegurar la pureza de los nuevos partidos. Tal es la finalidad de las llamadas "21 condiciones", modelo de sectarismo de método burocrático en la historia movimiento obrero(3). Como se declara en su introducción, el objetivo de las "21 condiciones" es impedir que entren en la IC los grupos y partidos que "no se han hecho verdaderamente comunistas". El criterio para reconocer los que ya son "verdaderamente comunistas" es la aceptación integral, incondicional, de las "21 condiciones". En éstas se sintetiza la concepción del partido que hemos descrito más arriba, y se exige la depuración inmediata de los grupos y partidos deseosos de ingresar en la IC, de manera que todos los puestos en los órganos de prensa, sindicatos, fracciones parlamentarias, cooperativas, municipalidades, sin hablar de los órganos dirigentes del partido, sean ocupados por "comunistas seguros y probados", eliminando a los "reformistas" y "centristas", cualquiera que sea su matiz; se exige la ruptura inmediata y total con todas las organizaciones centristas y reformistas, políticas y sindicales. La Internacional sindical reformista, que agrupa en ese momento a la mayoría de la clase obrera occidental sindicada (cerca de veinte millones de adherentes), es calificada de organización de esquirolas, que los partidos miembros de la IC deben "combatir con tenacidad y energía", propagando dentro de los sindicatos la ruptura con ella.

Las "21 condiciones" significaban, en la práctica, que los comunistas organizaban la escisión del movimiento obrero, en toda la línea, y que la organizaban, además, mecánicamente, no a través de un proceso político e ideológico que permitiera a los trabajadores convencerse de su necesidad. Significaban, por otra parte, desencadenar en las secciones de la IC, o en los nuevos partidos que ingresasen, un mecanismo de depuración interna basado en distinguir los comunistas "firmes y probados" de los contaminados por el virus reformista o centrista, ¡cuando casi todos acababan de dar el primer paso hacia el comunismo!

Gran número de socialistas y sindicalistas que deseaban ingresar en la IC porque simpatizaban con la revolución rusa y compartían, en general, los objetivos revolucionarios de la nueva Internacional, discrepaban, sin embargo, en aspectos parciales – particularmente en lo que se refiere a las estructuras y métodos internos –, y, sobre todo, consideraban errónea la política de escisión del movimiento obrero, especialmente en el terreno sindical. Las "21 condiciones" cerraron las puertas de la IC a esas fuerzas, en las que figuraban muchos de los mejores cuadros del movimiento obrero, animados de sincero espíritu revolucionario. En cambio, muchos elementos desligados de las masas, a los que era más fácil declarar la guerra a las organizaciones tradicionales, pudieron acreditarse como "buenos comunistas" sin más que mostrar su fervor de novicios por el nuevo catecismo. Bajo la influencia de las "21 condiciones" y, en general, de todo el método adoptado por la IC en la lucha contra el reformismo y el centrismo, en los partidos comunistas se implantó fuertemente desde el primer día un espíritu sectario y dogmatizante, envuelto en un verbalismo revolucionario que disimulaba la pérdida de pie en la realidad. Se creía aplicar el modelo bolchevique, pero en la práctica se falseaba totalmente su espíritu.

El partido bolchevique se habrá constituido en el curso de un largo y complejo proceso, a través de una lucha política e ideológica con mencheviques y socialrevolucionarios llevada en conexión íntima con los problemas vivos del mundo social y político ruso. Se había formado pasando por la experiencia de la revolución de 1905, de la contrarrevolución, del nuevo auge revolucionario; actuando en la clandestinidad y en la Duma, en los soviets mencheviques y socialrevolucionarios y en los soviets bolcheviques; en el fuego de la huelga política, la insurrección, la guerra civil... En esta experiencia sin igual en la historia del movimiento revolucionario se había operado la selección del núcleo intelectual y obrero que supo aprovechar una coyuntura excepcional para tomar el poder.

Ahora se pretendía crear partidos bolcheviques químicamente puros de la noche a la mañana. A partir de una clase obrera que durante decenios se había educado en el espíritu reformista, en la acción sindical y parlamentaria; de una clase obrera que en su gran mayoría había secundado a los jefes "traidores" para realizar la "unión sagrada" con las respectivas burguesías. En la medida en que esta clase obrera contaba con algunas experiencias revolucionarias recientes – fundamentalmente luchas huelguísticas –, presentaban rasgos distintos a los del movimiento revolucionario ruso. Los sindicatos, por ejemplo, desempeñaban un papel incomparablemente mayor en Occidente que en la Rusia zarista. ¿Cómo explicarse que Lenin, plenamente consciente de la complejidad del proceso que había forjado al partido bolchevique – según él mismo explica en *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo* – adoptara el método simbolizado en las "21 condiciones"? No podríamos dar otra respuesta que la que ensayamos en el capítulo anterior para explicarnos el optimismo de Lenin sobre el curso de la revolución mundial.

Hasta el III Congreso, las "21 condiciones" parecían como el "sésamo ábrete" de la IC para ganar a las masas trabajadoras y formar partidos comunistas ejemplares. Expulsad inmediatamente de vuestro partido al ala reformista – les decía Lenin a los delegados italianos en el III Congreso – y "toda la masa se inclinará al comunismo"(4). La práctica demostró inmediatamente que esa previsión no respondía a la realidad de los países europeos, ni siquiera en aquellos – donde la crisis revolucionaria había llegado más lejos. La ruptura con el reformismo, realizada de esa manera, se tradujo en ruptura con las masas obreras. Los partidos comunistas; salvo pocas excepciones, quedaron confinados a sectores minoritarios, cuando no minúsculos, del proletariado(5). Y lo que es peor, aparecieron ante los trabajadores que seguían fieles a sus organizaciones tradicionales como escisionistas, responsables de la división de la clase obrera. Su misión histórica era – dicho

con la terminología militar al uso – conquistar a las ideas de la IC al ejército internacional del proletariado y transformarlo en el ejército de la revolución, pero comenzaban por ponerse al margen del grueso de ese ejército, dejándolo en manos de los jefes reformistas, suministrando a éstos magníficos argumentos para acusar a los comunistas de escisionismo, sectarismo, sometimiento incondicional a un centro extranjero que no tenía en cuenta la realidad nacional, etc. Sólo la profunda simpatía que la revolución rusa inspiraba a la misma masa obrera agrupada en las organizaciones reformistas pudo paliar un tanto los efectos negativos que esa forma de "romper con el reformismo" tuvo para los partidos comunistas y para la IC.

Derrotados los intentos revolucionarios fuera de Rusia, el lenguaje y las posiciones de los dirigentes socialistas y sindicalistas resultaba particularmente convincente para la mayoría de los trabajadores: lo importante ahora es mejorar nuestra situación económica, imponer la jornada de ocho horas, conseguir reformas... Los trabajadores sabían, por experiencia, que en ese terreno sus organizaciones tradicionales no habían dado mal resultado.

La IC trató de enderezar la situación con la táctica de "frente aleo" inspirada fundamentalmente en *La enfermedad infantil...*, pero como este viraje se operaba en el plano puramente táctico – sin más consideración estratégica que la de una modificación de la coyuntura, el reflujo revolucionario – no acompañándolo de un reexamen fundamental de los problemas del capitalismo, de las razones del reformismo etc.. tropezó con la incomprensión – de un sector considerable de la IC. Los partidos comunistas, que acababan de constituirse en el espíritu de la ruptura a ultranza con los reformistas tenían ahora que hacer frente común con ellos(6). Este primer gran "viraje" de la IC multiplicó inmediatamente los conflictos internos, y provocó la aparición generalizada de los "comunistas de "izquierda", para los cuales la táctica de "frente único", junto con la puesta en primer plano de objetivos parciales en lugar del derrocamiento directo del capitalismo, la utilización del parlamento, etc., aparecía como una vuelta al reformismo, una traición a la revolución y a los principios de la IC.

Por otra parte, si bien el reflujo revolucionario no ofrecía dudas considerando globalmente el panorama europeo, presentaba gran diversidad según los países. En Alemania, por ejemplo, la situación seguía siendo muy incierta. El intento de insurrección organizado en marzo de 1921 por el partido comunista había sido, desde luego, una aventura, pero no podían descartarse crisis políticas en breve plazo, como demostraron los acontecimientos de 1923. Lo mismo sucedía en otros países (Polonia, Bulgaria). Al prescribir a todas las secciones nacionales la "retirada general", la política de la IC entraba en conflicto con la diversidad nacional, lo mismo que había sucedido con la línea de "ofensiva general" de 1919-1920. Sobre todo tratándose de partidos recién formados, sin experiencia. Al contrario de lo que dice la resolución de 1943, en este "periodo inicial" el método de dirigir la política de los comunistas de cada país desde un centro internacional dotado de plenos poderes – lo mismo que el método seguido para la creación misma de los partidos – entraba en conflicto agudo con las exigencias de la lucha revolucionaria en cada país.

También en este periodo pesa ya gravemente en la política de la IC la óptica rusa, aunque ésta no se imponga por los métodos que luego utilizará Stalin. Lo mismo que en la línea de ofensiva a todo trance en 1919-1920 está presente la idea de que la salvación de la revolución de octubre depende de su extensión al Occidente, la retirada general que la IC prescribe a finales de 1921 está fuertemente influida por la aparición en la situación internacional de la revolución rusa de una posibilidad nueva, inesperada: la coexistencia pacífica y las relaciones económicas con los Estados capitalistas. Y al mismo tiempo la situación interior rusa se ha deteriorado gravemente, la crisis económico-social que reflejan las huelgas obreras, el boicot campesino y, sobre todo, la insurrección de Cronstadt, exige un repliegue que permita al partido evitar la ruptura con las masas: es el paso a la NEP. Es indudable que las dos circunstancias mencionadas, internacional la una, interior la otra, influyen considerablemente en la óptica con que los dirigentes bolcheviques enfocan los problemas del movimiento revolucionario fuera de Rusia. Y ellos son los verdaderos dirigentes de la IC, no tanto porque el mecanismo de ésta lo facilite como por el enorme prestigio de que gozan ante el proletariado internacional.

Ultracentralismo y rusificación

Apenas montado, el mecanismo concebido para dirigir y coordinar los grandes combates revolucionarios a escala mundial tuvo que aplicarse a dirigir una acción de carácter tanto más nacional y local, tanto más ligada a la situación del día, y de carácter tanto más reformista, cuanto más se esfumaban las grandes perspectivas revolucionarias. Desde un centro lejano, instalado en la fortaleza asediada del "socialismo en un solo país", se dictaminaba tajantemente sobre todos los detalles de la situación política en cada país, se dictaba la táctica a seguir, se cambiaban los dirigentes de los partidos según su mejor o peor disposición a aplicar la política establecida por el Comité Ejecutivo de la IC.

La contradicción entre ese sistema de dirección y las exigencias de la realidad nacional en cada país se refleja en los constantes conflictos que surgen entre el omnipotente Comité Ejecutivo y las planas mayores de las secciones nacionales, en las crisis internas de estas secciones, en el estancamiento, cuando no franco retroceso de la mayor parte de los partidos. De 1921 a 1931 los efectivos de la IC (excluido el partido soviético) van en constante descenso:

| | | | | |
|---------|---------|---------|---------|---------|
| 1921 | 1922 | 1924 | 1928 | 1931 |
| 887 745 | 779 102 | 648 090 | 445 300 | 328 716 |

A escala mundial, la IC es una organización esencialmente europea. En 1924, la repartición de sus efectivos por continentes es la siguiente: Europa: 619 090; América: 19 500; Asia: 6 350; Oceanía: 2 250; África: 1 100. En Europa, los 4/5 de la cifra indicada se concentran en cuatro países: Alemania, Checoslovaquia, Francia y Yugoslavia (datos de 1924). Lo que quiere decir que en la gran mayoría de los países europeos los partidos comunistas eran muy pequeños y con escasísima influencia. Lo mismo sucedía en los Estados Unidos(7).

Cierto que ese retroceso tan marcado no es atribuible únicamente a los efectos políticos y orgánicos de la contradicción entre el sistema de dirección de la IC y las exigencias de la realidad nacional de cada país; está determinado en parte por condiciones objetivas. A la ola revolucionaria de la post-guerra sigue en una serie de países la implantación de dictaduras reaccionarias y los partidos comunistas son duramente perseguidos. Pero sería totalmente erróneo subestimar el primer factor. Las dictaduras reaccionarias se instauran, además, en los países europeos más atrasados del sur y sudeste, más Polonia: En los países capitalistas desarrollados los partidos comunistas son legales pero se estancan en efectivos reducidísimos, con la excepción de Alemania, Checoslovaquia y Francia.

Teóricamente, la necesidad de que la política y las formas de acción de cada partido se ajusten a las características nacionales es evidente para los dirigentes de la IC y se inscribe en todos sus documentos. La campaña de "bolchevización" de los partidos, realizada en los años que siguen a la muerte de Lenin, tiene entre sus principales motivaciones esa exigencia. Pero uno de los obstáculos principales para realizar el ajuste – como acabará por reconocerse en la resolución de disolución de la IC – es el mecanismo mismo de la IC, el método de dirección que encarna.

Y sin embargo, desde el II Congreso hasta el VI, los estatutos de la IC van modificándose en el sentido siempre de acentuar la centralización y los poderes del Comité Ejecutivo. Los aprobados en el II Congreso determinan que las instrucciones del Comité Ejecutivo tienen "fuerza de ley" para todas las secciones nacionales. "El Comité Ejecutivo tiene el derecho de exigir a los partidos afiliados que sean excluidos los grupos o individuos que infringan la disciplina proletaria; puede exigir la exclusión de los partidos que hayan violado las decisiones del congreso mundial". El V Congreso precisa que las directivas del Comité Ejecutivo son "imperativas" y tienen que ser "inmediatamente aplicadas"; el Comité Ejecutivo tiene poderes para "anular o enmendar las decisiones de los órganos centrales y de los congresos de las secciones y tomar decisiones obligatorias para los órganos centrales"; puede excluir de la Internacional a los partidos, grupos o individuos, no sólo por infringir las decisiones de los congresos sino también en caso de que

infrinjan las decisiones del Comité Ejecutivo. Pero además el Comité Ejecutivo y su Presidium "pueden enviar representantes suyos a las secciones", los cuales "reciben instrucciones del Comité Ejecutivo y dan cuenta a éste", teniendo que "ser admitidos a todas las reuniones y sesiones de los órganos centrales y de las organizaciones locales de la sección nacional a la que hayan sido enviados por el Comité Ejecutivo". En los congresos, conferencias o deliberaciones de la sección nacional tienen derecho a "defender opiniones diferentes de la del comité central [de la sección] si las directivas del Comité Ejecutivo lo exigen". En el VI Congreso, el informe de la comisión de estatutos plantea que "al Comité Ejecutivo de la IC le es totalmente imposible dirigir desde Moscú". Sin embargo el congreso no da pasos hacia la descentralización, sino que crea en el propio centro dirigente una serie de "burós" para ayudar al Comité Ejecutivo a dirigir ámbitos regionales (Europa Occidental, África del Sur, Oriente, etc.). Es decir, aumenta frondosamente el aparato burocrático del Comité ejecutivo. Además concede éste el derecho no sólo de enviar "representantes" a las secciones nacionales, sino "instructores". El nudo gordiano de las estructuras ultra-centralistas de la IC se apretaba cada vez más en lugar de aflojarse.

Cada vez es más difícil, por otra parte, que la iniciativa para la corrección de este vicio constitucional venga de los eslabones inferiores, en contacto directo con las realidades nacionales. A medida, en efecto, que el mecanismo de la IC prolonga su funcionamiento, va operándose en el núcleo activo de cada sección nacional una selección a favor de los que observan actitudes más incondicionales hacia el centro que dirige desde Moscú. Los que revelan excesivo espíritu crítico son desplazados de los puestos de responsabilidad. Las iniciativas innovadoras no tienen posibilidad de éxito más que si vienen de la cúspide. Pero, a su vez, la docilidad de los eslabones inferiores dificulta la posibilidad de que arriba puedan verse los nuevos problemas, captar a tiempo los cambios en gestación. A medida, en efecto, que el conformismo se acentúa en los organismos nacionales y locales, las informaciones y análisis que envían al Comité Ejecutivo tienden a devolver a éste su propio punto de vista. Lo mismo sucede con los congresos, cuyos delegados reflejan el proceso de selección más arriba indicado. El "monolitismo" va implantándose en la práctica antes ser proclamado como principio, y una vez consagrado como tal acentúa á la praxis "monolitizante". Poco a poco, en todos los eslabones de la IC, desde las células hasta el Comité Ejecutivo, pasando por las direcciones de las secciones nacionales, la discusión política y teórica – esta última cada vez más rara – va convirtiéndose en una especie de rito, por el que se transmite la verdad que emana de lo alto, del depositario supremo. En la medida en que puede seguirse llamando discusión ese acto ritual, su finalidad es puramente operativa; se trata de encontrar la mejor manera de aplicar la orientación recibida en una situación dada.

El efecto deformante de este mecanismo va siendo acentuado por la creciente gravitación de los intereses del Estado soviético en la política de la IC. Sin repetir lo ya dicho a este propósito, y lo que veremos más en detalle al tratar algunas de las principales experiencias de la IC, es conveniente insistir en que las premisas de la transformación de la IC en apéndice del Estado soviético existían desde "el primer día de la Internacional, aunque esa transformación no fuera ineluctable. Por su inmensa autoridad teórica y política ante los comunistas de otros países, los dirigentes bolcheviques ocupan los principales puestos rectores del Comité Ejecutivo de la IC y disponen, por tanto, de los poderes extraordinarios de que éste estaba revestido. El Comité Ejecutivo residí en Moscú y los recursos técnicos y financieros de su aparato mundial dependían, esencialmente, del Estado soviético. Se ha comparado, con frecuencia, el papel del partido ruso en la III Internacional al del partido alemán en la II. Pero la analogía no es válida más que en un plano muy general. La socialdemocracia alemana fue el "centro" del movimiento socialista internacional en un sentido teórico y político, pero sin poder efectivo de decisión. Ningún dirigente socialista de aquel tiempo hubiera tolerado, por lo demás, semejante poder. En 1906, Kautski escribió un artículo sobre las fuerzas motrices de la revolución rusa con el que Lenin se mostró plenamente de acuerdo. En un prefacio escrito para la edición rusa de ese artículo, Lenin valora los méritos de Kautski y dice que los revolucionarios de cada país necesitan de la ayuda de las "autoridades" del movimiento, pero a renglón seguido añade: "En la misma medida que [esa ayuda] es importante para ampliar el

horizonte de los combatientes, sería inadmisibles en el partido obrero la pretensión de resolver desde fuera, de lejos, las cuestiones concretas y prácticas de la política inmediata. La autoridad máxima en todas estas cuestiones será siempre el conjunto de los obreros conscientes, avanzados, de cada país, que sostienen la lucha directa”(8).

El Comité Ejecutivo de la IC asumió, sin embargo, esa ”pretensión inadmisibles”, y a través de él el partido soviético. Mientras los dirigentes bolcheviques se atuvieron al esquema teórico de la revolución mundial de Marx y Lenin, la revolución rusa era considerada como un factor subordinado de aquélla, lo que no podía por menos de contribuir a un enfoque internacionalista de la política de la IC. (Independientemente de que la ”pretensión inadmisibles” tuviera efectos negativos en toda una serie de aspectos de la actividad política y de la vida interna de las secciones nacionales.) Pero la teoría del ”socialismo en un solo país” condujo, como vimos, a identificar absolutamente la seguridad del Estado soviético con los intereses supremos de la revolución mundial, y por tanto a supeditar los intereses del movimiento en cada país a la razón de Estado de la Unión Soviética. A partir de ese momento las exigencias de la política exterior del gobierno soviético pesan cada vez más sobre las opciones estratégicas y tácticas de la IC y sobre su vida interna. Lo mismo sucede con los problemas internos del partido ruso. La lucha contra el trotskismo, el bujarinismo, etc., envenena toda la vida de la IC, provoca crisis y desgarramientos en las diferentes secciones, no justificadas por las realidades nacionales, debilita el movimiento revolucionario en cada país e internacionalmente. En 1926, Gramsci escribe una carta al Comité Central del Partido Comunista de la URSS que resultó profética. En ella les decía a los dirigentes bolcheviques: ”Estáis en camino de destruir vuestra obra, degradáis y corréis el riesgo de anular el papel dirigente que el Partido Comunista de la URSS conquistó bajo el impulso de Lenin; nos parece que la pasión violenta de las cuestiones rusas os hace perder de vista los aspectos internacionales de esas mismas cuestiones, os lleva a olvidar que vuestros deberes de militantes rusos no pueden y no deben ser cumplidos más que en el cuadro de los intereses del proletariado internacional”(9) Stalin siguió exactamente el camino opuesto. Encerró los intereses del proletariado internacional en el cuadro de las cuestiones rusas.

Itinerario del monolitismo

Como ya hemos dicho, la concepción leninista de las estructuras y el funcionamiento del partido revolucionario que sirvió de modelo a la IC fue un producto muy original de la revolución rusa, correspondió al tipo de dificultades que la revolución proletaria había de vencer en un país atrasado, con abrumador predominio de la masa campesina, huérfano de tradiciones e instituciones democráticas. Pero esa concepción – como lo vio con clarividencia Rosa Luxemburgo – llevaba consigo la tendencia al autoritarismo, a la dictadura del jefe, a la uniformización burocrática, a lo que, en una palabra, puede resumirse en el concepto de ”monolitismo”(10) Sin embargo, esa tendencia era contrarrestada, hasta los últimos años de la vida de Lenin, por otros factores poderosos. En primer lugar, el vigor, la profundidad, la riqueza del proceso revolucionario ruso, en conexión íntima con el cual se forjó el partido bolchevique. Este proceso engendró intelectuales revolucionarios de gran carácter, de agudo espíritu crítico, y herederos de una tradición filosófica y política que les preparó para asimilar el marxismo de manera apropiada a la realidad rusa. La historia del grupo bolchevique registra continuos conflictos, controversias y debates, reveladores de la permanente tensión entre las tendencias al ultracentrismo y la disciplina militar, por un lado, y la intensa vida teórica y política del partido, por otro. La excepcional personalidad de Lenin, en la que se conjugan tan singularmente la voluntad de rigor científico con la voluntad de eficacia combativa, contribuye no poco a conservar unitariamente esa tensión dinámica. La libertad de discusión, de tendencias, e incluso fracciones, se conserva en el periodo de la guerra civil, que es el momento de la fundación de la IC. También en ella los riesgos de ”monolitismo”, inherentes a su mecanismo, son contrarrestados por el espíritu de crítica y libre discusión que fluye del partido bolchevique y era propio asimismo de los núcleos de izquierda en los partidos socialistas europeos que pasan a la IC. Las tendencias al ”monolitismo” empiezan a imponerse en el partido bolchevique, y de ahí van pasando a la IC, con el comienzo de la fase constructiva de la revolución rusa. Bajo la presión de

tremendos problemas sociales Y económicos, la lucha interna en el partido alcanza una intensidad sin precedentes. Lenin trata de resolverla siguiendo, en lo fundamental, el método marxista: la discusión abierta, sin limitaciones, en el partido y en los soviets. Pero esta vez, inducido sin duda por la gravedad excepcional de la situación, recurre complementariamente a una medida inédita en la historia del partido: la prohibición formal de las fracciones. Las intervenciones de Lenin en el congreso donde se adopta esa medida (X Congreso, 1921) demuestran que para él tienen un significado coyuntural, no el carácter de principio que adquirió posteriormente, bajo Stalin(11). Pero el prime paso para llegar al "principio" estaba dado. Los pasos siguientes fueron recorridos en el curso de la lucha contra la oposición trotskista. A la prohibición de las fracciones, siguió la condena de las tendencias, y por fin llegó su turno a las ideas, por muy individuales que fuesen, cuando ponían en duda la política o las concepciones de Stalin. "Como es sabido – escribe Trotski en 1930, comentando con amarga ironía la situación a la que se ha llegado en la IC – hoy día todos los pensamientos y todas las acciones humanas se dividen en dos categorías: las indiscutiblemente justas, que están en la "línea general del partido", y las "indiscutiblemente erróneas", que se desvían de la "línea general". Lo que no impide, bien entendido, declarar erróneo hoy lo que ayer se proclamó absolutamente justo"(12)

Una de las manifestaciones más graves de ese curso fue la eliminación de toda opinión divergente de los criterios oficiales en las publicaciones de los partidos. En el periodo precedente, pese al régimen centralista y autoritario de la IC, era posible exponer tes. en la prensa y ediciones de la Internacional. Después del VI Congreso la cosa es cada vez rara. En la IC (lo mismo que en el Estado soviético) va instaurándose un régimen de censura, al que le vienen como anillo al dedo las penetrantes críticas de Marx a la censura prusiana. En 1891, cuando algunos jefes del partido socialista alemán intentan censurar *Neue Zeit* (revista teórica de la socialdemocracia alemana, dirigida por Kautski), Engels se escandaliza: "Es, en verdad, una idea genial pensar en someter la ciencia socialista alemana, después de haberla liberado de la ley de Bismark contra los socialistas, a una nueva ley antisocialista que habrían de fabricar y poner en ejecución las propias autoridades del partido socialdemócrata"(13). La "idea genial" de los burócratas socialdemócratas alemanes es puesta en práctica con suma perfección por la burocracia estaliniana, lo mismo en la sociedad soviética que en la organización internacional comunista.

En la historiografía soviética es tópicamente considerar la III Internacional como la expresión más ajustada a la concepción que tenía Marx de lo que debía ser la Internacional revolucionaria. Nada más lejos de la verdad. En lo que se refiere, por ejemplo, al método por el cual la Internacional que él dirigía podía llegar a elaborar una plataforma teórica común, Marx decía:

"Estando las fracciones de la clase obrera en los diferentes países colocadas en diversidad de condiciones de desarrollo es natural que sus opiniones teóricas, reflejo del movimiento real, sean también divergentes. La comunidad de acción establecida por la Asociación Internacional de Trabajadores, el intercambio de ideas facilitado por las publicaciones que, como órganos suyos, editan las diferentes secciones nacionales, y, en fin, las discusiones directas en los congresos generales, irán engendrando gradualmente un programa teórico común. Excepción hecha de los casos en que exista contradicción con la tendencia general de nuestra Asociación [la "tendencia general", como se deduce del contexto, consiste en la aceptación del principio de la lucha de clases. FC], ésta, de acuerdo con sus principios, deja a cada sección en libertad para formular libremente su programa teórico".

Y en otro lugar dice:

"El programa [de la Internacional] se limita a trazar los rasgos generales del movimiento proletario y deja su elaboración teórica a cargo de las secciones, que aprovecharán para ello el impulso dado por las necesidades de la lucha práctica y el intercambio de ideas que se efectúa. En los órganos de las secciones y en sus congresos se admiten indistintamente todas las convicciones socialistas"(14)

Puede objetarse – es la objeción habitual de la historiografía antes aludida a fin de justificar la continuidad en la diferencia – que las condiciones en que se constituye y actúa la III Internacional eran otras. Y efectivamente lo eran. Pero no en cuanto a las razones profundas que determinan los métodos preconizados por Marx. La diversidad de condiciones en que se encontraban las diferentes

fracciones de la clase obrera, la necesidad de que la elaboración teórica parta de las exigencias de la lucha práctica y tenga por cauce el intercambio de ideas, su libre contraste en la prensa y organismos de las secciones, eran imperativos tan absolutos – metodológicamente hablando – en la época de la III Internacional, que en la de la II o la I. En realidad son condiciones básicas de la elaboración de una teoría o política revolucionaria que no sea dogmática y responda a las exigencias del movimiento real.

En contradicción radical con la concepción que Marx y Engels tenían de lo que debía ser el partido revolucionario, tanto a escala nacional como a escala internacional, la IC entroniza cada vez más – siguiendo la inspiración de Stalin – una concepción burocrática del funcionamiento y de la unidad del partido, no sólo de su unidad política y organizacional sino de su unidad teórica. La unidad es identificada con la unanimidad, con el monolitismo.

”Esta unanimidad – dice Trotski – es presentada como un signo particular de fuerza del partido. ¿Dónde y cuándo hubo en la historia del movimiento revolucionario parecido ‘monolitismo’ absurdo? [...] Toda la historia del bolchevismo es la historia de luchas internas intensas, en las cuales el partido adquiere sus opiniones y forja sus métodos. Las crónicas del año 1917, el más importante en la historia del partido, están repletas de intensas luchas internas, como lo está igualmente el periodo de los cinco primeros años que han seguido a la toma del poder. Y esto sin escisión, sin una sólo exclusión importante por motivos políticos [...] ¿De dónde proviene, pues, ese horripilante ‘monolitismo’ de hoy, esa unanimidad funesta que transforma cada viraje de los lamentables jefes en una ley absoluta para un partido gigantesco? ‘¡Ninguna discusión!’ Porque, según explica *Rote Fahne*, ‘en semejante situación se necesitan actos y no discursos’. ¡Repugnante hipocresía! El partido debe realizar ‘actos’ renunciando a examinarlos previamente”.(15)

Trotski está refiriéndose al partido alemán, pero su argumentación es válida para cualquier otra sección de la IC y para ésta en su conjunto. Tiene razón al decir que en el pasado del partido bolchevique, hasta la muerte de Lenin, no existía el ”horripilante monolitismo”. Lo que Trotski no ve es que existían algunas de sus premisas, y por ello se aferra dogmáticamente a la concepción de lo que debe ser el partido, encarnada en ese pasado.

”La discordia nacida en un partido y que parece una desgracia, demuestra más bien su fortuna”, decía Hegel. Pero para entender esto había que partir de una concepción dialéctica de lo que es el partido, y el vicio fundamental de la concepción estaliniana consistía, precisamente, en el abandono de la dialéctica. Las contradicciones inherentes al desarrollo del partido deben resolverse con medidas administrativas, burocráticas. Y para que estas soluciones puedan imponerse hay que convertir la ”unidad del partido” en mito. El mito, en este caso, consiste en hacer de la ”unidad del partido” el bien supremo, el cual hay que cuidar como ”las niñas de nuestros ojos”. La justificación ideológica es simple y de gran efecto porque apela al sentido común: el partido está enfrascado en una lucha difícil, contra un enemigo poderoso, ¿puede vencer si no está ”férreamente” unido? Por lo tanto hay que supeditar a la unidad cualquier discusión política o teórica que suscite divergencias, porque las divergencias pueden convertirse en tendencias, las tendencias en fracciones, las fracciones en escisión... El mal hay que prevenirlo en su origen. No basta que la minoría acate la ley de la mayoría. Hace falta que no haya minoría. Si por azar aparecen discrepantes no es suficiente con que acepten la opinión de la mayoría (que una vez puesto en marcha este mecanismo es siempre eco devoto de la dirección), es necesario que *piensen* como la mayoría. Así se logra la perfección monolítica. Toda divergencia desaparece no sólo como acto sino como pensamiento. Tal es, en sustancia, el esquema ideológico-organizacional que entró en vigencia en la IC en los años treinta. Su lógica llevaba a considerar que la virtud principal del revolucionario, llamado a transformar el mundo, supuesto portador de la ideología social más avanzada, consistía en... *no pensar*.

Después de la subida de Hitler al poder, la amenaza del fascismo y de la guerra, el peligro de agresión a la Unión Soviética, proporcionan a la metafísica del ”monolitismo” poderosos argumentos. ”Quiquiera que intente violar la unidad de hierro de nuestras filas por una acción fraccional cualquiera, aprenderá por sí mismo lo que significa la disciplina bolchevique que nos han enseñado Lenin y Stalin – advierte severamente Dimítrov, en su discurso de conclusión, ante el VII

Congreso de la IC. ¡Que esto sirva de aviso a los pocos elementos que en ciertos partidos piensan poder aprovechar las dificultades sufridas, las heridas, las derrotas y los golpes asestados por el enemigo desencadenado, para realizar sus planes fraccionales o proseguir sus intereses de grupo! ¡El partido por encima de todo! ¡Guardar la unidad bolchevique del partido como la niña de nuestros ojos, tal es la ley primera, la *ley suprema del bolchevismo!*”(16) La advertencia, los métodos que presupone su ejecución, cobran todo su sentido, si se tiene en cuenta que el mismo Dimítrov presenta como ejemplo de la manera como debe defenderse la unidad – no sólo para el partido sino ¡para el movimiento obrero en general! –, ”la lucha implacable contra los enemigos del pueblo, contra los espías trotsquistas y bujarinistas, y los agentes de diversión, los agentes del fascismo”, que en ese mismo periodo se lleva a cabo en la Unión Soviética(17). El terror y la mentira pasan a ser el método ejemplar en la defensa de la ”unidad monolítica” de los comunistas, e incluso de la unidad del movimiento obrero en general.

La dialéctica del movimiento real se vengará cada vez más cruelmente de la metafísica del monolitismo. Su primera víctima será la misma IC. El periodo de plena entronización del monolitismo coincide paradójicamente, en efecto, con el momento en que la Komintern se convierte en un obstáculo para Stalin y para los partidos comunistas. En primer lugar, como ya vimos, porque dificulta diplomáticamente el entendimiento urgente entre el Estado soviético y las potencias capitalistas ”democráticas” frente al peligro de agresión hitleriana. En segundo lugar, porque dificulta políticamente, a escala nacional, la alianza de los partidos comunistas con 1 la socialdemocracia y las fracciones antifascistas de la burguesía. En tercer lugar, porque la entrada en escena de las dos razones precedentes elimina los postulados ideológicos que hasta entonces habían impedido *reconocer* la tercera razón – la que históricamente era primera –: la imposibilidad de dirigir el movimiento revolucionario de cada país mediante un sistema ultracentralizado a escala mundial. Por eso – y no porque antes no existiera – se hace patente esa imposibilidad a los dirigentes de la IC (según reconocerá Togliatti más tarde) en los primeros años de la década del treinta. Con otras palabras: quiebra una determinada forma institucional, estructural, del monolitismo; aquella que entraba en contradicción más aguda con el factor nacional, con el *factor nacional* ruso, y con el factor nacional de cada país. Pero, como se desprende de todo lo anteriormente expuesto, esa contradicción tenía diferente carácter según se tratara del factor nacional ruso, al que la IC estaba subordinada, que tratándose de los otros factores nacionales, respecto a los cuales la IC era un instrumento subordinador. Es el primer aspecto el que actúa como determinante en la supresión de la IC. El segundo influye complementariamente. Por eso la liquidación de la IC no dará satisfacción plena a los factores nacionales no rusos en el movimiento revolucionario. Estos seguirán subordinados a los intereses del Estado soviético mediante la conservación de otras formas del monolitismo estaliniano.

Si la imposibilidad de dirigir el movimiento comunista en cada país desde un centro internacional se hizo patente para los dirigentes de la IC desde los primeros años de la década del treinta; si, por otra parte, la existencia misma de la IC se convertía, después de la subida de Hitler al poder, en un estorbo para la nueva política exterior soviética, ¿por qué la disolución de la Komintern no se abordó ya en ese momento? Según testimonio de Willian Foster, la medida fue considerada en los medios dirigentes de la Internacional en vísperas del VII Congreso.

”A mediados de los años treinta – dice Foster en su *Historia de las tres Internacionales* – la Unión Soviética comenzó a intervenir activamente en el papel de defensor de los pueblos de todo el mundo. Pero la terrible amenaza del fascismo y de la guerra, contra la cual la Unión Soviética intervino en la arena mundial como fuerza fundamental, facilitaba la promoción de este país como dirigente también del movimiento antifascista internacional. Esto fue expresado claramente por Manuilski en el VII Congreso. Manuilski dijo, en particular, que dada la victoria del socialismo en la URSS y su lucha contra el fascismo y la guerra, la Unión Soviética se ”había transformado en centro aglutinante de todos los pueblos, Estados e incluso gobiernos, interesados en la conservación de la paz entre los pueblos”. De ahí que ya *en vísperas del VII Congreso*, momento de la mayor actividad de la Komintern, *tuvieron lugar discusiones en las que se planteaba que el nuevo papel internacional de la URSS, como gran*

adaliid de la paz y de la democracia, daba fundamento a pensar que era innecesaria la dirección política de la Internacional Comunista a escala mundial”(18)

Este texto nos revela, no sólo que en 1935 la disolución de la Internacional estaba al orden del día, sino que el fondo de la disolución – aparte de responder a las necesidades coyunturales de la política exterior soviética – no era suprimir todo centro internacional del movimiento comunista, sino dejar en pie, liberado de la institución mediadora que lo comprometía, el centro que desde hacía bastantes años constituía la dirección real del movimiento comunista: el *centro soviético*.

Sin embargo, Stalin y los dirigentes de la IC no se deciden aún, en 1935, por la disolución. Algún día los archivos soviéticos proporcionarán las razones exactas que determinaron el aplazamiento de la operación. Entre tanto hay que limitarse a conjeturas. Es posible que se considerase conveniente una fase preparatoria, dentro de la “nueva orientación táctica”, utilizando el aparato de la IC para vencer las resistencias que pudiesen surgir en algunas secciones nacionales. Ciertos pasajes del informe de Dimítrov, como el antes citado, inducen a esa hipótesis. Posiblemente los dirigentes soviéticos temieron que el abandono de posiciones programáticas fuertemente ancladas en los partidos comunistas, más el efecto de las terribles purgas y procesos de Moscú contra la vieja guardia bolchevique, llevara a que muchos comunistas interpretasen la disolución de la IC en ese momento como la liquidación total de todo lo que había significado el movimiento revolucionario internacional creado a iniciativa de Lenin; temieron, tal vez, provocar una crisis que facilitase los esfuerzos de Trotski y sus partidarios por crear la IV Internacional(19).

Otra hipótesis plausible es la siguiente. Frente a la tempestad que se avecinaba, Stalin no juega a una sola carta en su política exterior. En ningún momento descarta la posibilidad de llegar a un *modus vivendi* con la Alemania hitleriana, como había llegado con la Italia mussoliniana. La alianza con los Estados capitalistas rivales del III Reich era una de las alternativas posibles, pero nada más. En las intervenciones públicas de Stalin durante el periodo que va de la ascensión de Hitler a la segunda guerra mundial se refleja perfectamente la extrema prudencia con que baraja ambas cartas. Mientras una de las dos alternativas no se precisase, la IC podía seguir siendo un instrumento útil de “presión” en el tablero internacional. En una palabra, a la hora del VII Congreso la IC era ya un obstáculo para la política exterior soviética, sin dejar de conservar un cierto valor instrumental; no era aún un obstáculo definitivo. A eso se llegaría en 1943.

4. La crisis política

No creáis nunca exageradamente en la tontería de vuestros adversarios.

Talleyrand.

Nuestros procedimientos tácticos y estratégicos están, aún atrasados (juzgando a escala internacional) de la magnífica estrategia de la burguesía, que ha aprendido en el ejemplo de Rusia y no dejará que la “tomen por sorpresa”...

Lenin.

Las contradicciones que aparecen desde el nacimiento de (la IC entre la teoría de la revolución mundial que le sirve de fundamento teórico y el desarrollo histórico real, entre la estructura ultracentralizada de la Internacional y la diversidad nacional, entre la subordinación creciente de la IC a la política soviética y las necesidades del movimiento revolucionario, tanto a escala nacional como internacional; estas contradicciones – que hemos examinado en los capítulos precedentes –, combinándose de manera diversa según la situación concreta, no podían por menos de incidir negativamente en la actuación política de la Komintern y de cada una de sus secciones. Es a nivel político donde la crisis de la IC toma su expresión global.

El análisis de este aspecto de la actividad de la IC lo vamos a abordar concentrando la atención en unas cuantas experiencias que, a nuestro parecer, han tenido un peso decisivo en los destinos de la Internacional, y, al mismo tiempo, se han proyectado sobre el curso ulterior del movimiento comunista. Lo que perdamos en extensión con este enfoque, lo ganaremos, probablemente, en profundidad.

La política de la IC desde su creación hasta comienzos de los años treinta, la estudiaremos a través de la experiencia alemana. Pasaremos después al análisis de la política de frente popular, centrándolo en sus dos principales experiencias: la francesa y la española. En tercer lugar examinaremos, aunque de manera muy somera, la política colonial de la IC y, en particular, su política en la revolución china. Por último, nos referiremos al periodo final de la IC, el periodo de pacto germanosoviético y de la constitución inicial de la coalición antihitleriana.

La experiencia alemana

El mayor desastre de la Internacional Comunista

”Entre las secciones de la IC en los países capitalistas, el primer puesto ha pertenecido y pertenece al Partido Comunista alemán. Es el mejor organizado, el más fuerte numéricamente. Ha echado profundas raíces en la clase obrera y tiene detrás de él a las grandes masas”.(1)

Tal era la opinión de los jefes de la Komintern en 1930, cuando el Partido Comunista alemán [PCA] contaba con 124 000 miembros y cuatro millones y medio de electores. Desde entonces hasta la subida de Hitler al poder sus fuerzas progresan constantemente. A finales de 1932 tiene 360 000 miembros y seis millones de electores, que sumados a los de la socialdemocracia rebasan en millón y medio los electores del partido nazi. La influencia de éste había comenzado visiblemente a descender en los últimos meses de 1932(2). Pero en enero de 1933, Hindenburg entrega el poder a los nazis. En marzo, Hitler disuelve por decreto el Partido Comunista, confisca sus bienes, ocupa sus locales, expulsa del parlamento a sus cien diputados y comienza el encarcelamiento masivo de sus miembros. Poco después hace lo mismo con el Partido Socialdemócrata. La clase obrera no ofrece resistencia. El partido modelo de la IC desaparece de la escena histórica como fuerza política efectiva. Es el mayor desastre de la historia de la Internacional Comunista, el de consecuencias más graves y duraderas sobre el curso ulterior del movimiento revolucionario en Europa.

El hundimiento del Partido Comunista alemán, en efecto, no sólo deja libre el camino al imperialismo hitleriano para desencadenar la segunda guerra mundial; influye también en grado considerable en que la segunda gran crisis global del capitalismo no tenga como desenlace la revolución socialista a escala europea. Cuando en 1943 se perfila la derrota del nazismo y en todos los países de Europa, incluida la Italia fascista, se inicia el auge de las fuerzas populares y revolucionarias, el comunismo alemán sigue siendo prácticamente inexistente como factor político. Sin embargo ha dispuesto de diez años para reorganizar sus fuerzas, y aún dispondrá de dos más para actuar en la fase de la retirada y el derrumbamiento final del III Reich. Pero no levantará cabeza. A los treinta y cinco años de su hundimiento el Partido Comunista alemán no ha logrado aún reconquistar una influencia importante en el proletariado de la Alemania capitalista. Esto dice bastante sobre la significación de la derrota de 1933.

Mes y medio después de la subida de Hitler al poder, Trotski dictamina:

”El papel criminal de la socialdemocracia no necesita comentario. La Internacional Comunista fue creada catorce años atrás precisamente para arrancar al proletariado de la influencia desmoralizadora de la socialdemocracia. Si no se ha logrado hasta el presente; si el proletariado alemán se ha encontrado impotente, desarmado, paralizado, en el momento de la gran prueba histórica, la responsabilidad directa e inmediata recae sobre la dirección de la Internacional Comunista postleniniana. Es la primera conclusión que hay que extraer inmediatamente”(3).

Juicio excesivamente tajante y simplificador – defecto habitual en Trotski – pero con una gran dosis de verdad.

Dos años y medio después, Dimítrov da la razón implícitamente a Trotski, pero sin exponer la grave responsabilidad del Comité Ejecutivo de la IC, que implicaba la responsabilidad muy directa de Stalin. En su informe ante el VII Congreso de la Internacional, Dimítrov no plantea explícitamente otros errores que los del partido-alemán. Esencialmente, los siguientes:

”Subestimó de manera inadmisibile el peligro fascista...subestimó durante largo tiempo la herida del sentimiento nacional y la indignación de las masas contra Versalles; adoptó una actitud desdeñosa ante las vacilaciones de los campesinos y de la pequeña burguesía; tardó en formular un programa de emancipación social y nacional, y cuando lo hubo formulado no supo adaptarlo a las necesidades concretas y al nivel de las masas”; actuó con ”sectarismo en lo que concierne a la manera de plantear y resolver las tareas políticas de actualidad”; siguió ”concentrando el fuego” contra la república de Weimar cuando ya ”los fascistas organizaban y armaban sus tropas de asalto por centenas de miles de hombres contra la clase obrera”.(4)

Pero este enunciado de errores – que está lejos de ser exhaustivo – dejaba en pie la cuestión principal desde el punto de vista de un análisis marxista: ¿Por qué el Partido Comunista alemán cometió errores de esa talla? La victoria del fascismo, dice Dimítrov, no era inevitable en Alemania, la clase obrera podía conjurarla, pero para ello ”hubiera debido realizar el frente único proletario antifascista, obligando a los jefes de la socialdemocracia a cesar en su campaña contra los comunistas y a aceptar las repetidas proposiciones del Partido Comunista sobre la unidad de acción contra el fascismo(5). En realidad – cosa que Dimítrov silencia – el Partido Comunista no se dirigió a la dirección nacional del Partido Socialdemócrata y de los sindicatos, proponiendo la acción común más que en los últimos meses que precedieron a la toma del poder por Hitler, y en forma tal que difícilmente podía propiciar el entendimiento. Se trataba, sobre todo, de ”desenmascarar” a los jefes socialdemócratas, lo que en definitiva facilitaba las maniobras de éstos(6). Hasta el verano de 1932, como señala un historiador comunista francés, ”la unidad de acción preconizada por los comunistas parecía implicar que los obreros abandonasen el partido socialdemócrata y adhirieran al PCA”(7). Y lo que era más grave, desde hacía años los jefes del Partido Comunista alemán venían calificando de ”socialfascista a la socialdemocracia en tanto que partido”(8). ¿Cómo podían los obreros socialdemócratas ”obligar a sus jefes a cesar en la campaña contra los comunistas”, si los comunistas no cesaban su campaña contra los jefes ”socialfascistas”? ¿Cómo podían obligar a sus jefes a aceptar proposiciones que no existieron hasta las vísperas de la catástrofe, y que los propios obreros socialdemócratas no consideraban aceptables? ¿Podía la clase obrera alemana dar pruebas de madurez cuando su mismo partido de vanguardia daba la prueba de inmadurez que revela Dimítrov? ”En ningún caso – decía Lenin en 1922 – haremos recaer los errores de los comunistas sobre las masas del proletariado”(9).

Como veremos más adelante, en el apartado de este capítulo dedicado al frente popular, el VII Congreso de la IC pasó a formular la nueva táctica sin realizar un verdadero examen crítico de la experiencia anterior. Y no lo realizó – entre otras razones – porque semejante examen implicaba llegar a la misma conclusión de Trotski: ”la responsabilidad directa e inmediata” de la dirección de la Komintern, y en particular de Stalin, en el desastre del Partido Comunista alemán.

Desde hacía muchos años, en efecto, el PCA no daba un solo paso que no obedeciera estrictamente a las directivas del Comité Ejecutivo de la IC. El PCA no era únicamente la sección más importante de la Komintern, después del partido soviético; era, además, la sección más directa y estrechamente subordinada a la ”ayuda” del Comité Ejecutivo de la IC, o más exactamente, de los dirigentes soviéticos de la Internacional. Este estatuto ”privilegiado” de la sección alemana dentro de la IC se explica por la singularísima plaza que Alemania ocupaba tanto en la estrategia general de la IC como en la política exterior de la Unión Soviética.

Hasta la toma del poder por el fascismo, Alemania figuraba en la estrategia de la IC cómo el escenario más probable de la nueva ruptura revolucionar del sistema imperialista. Para los destinos de la revolución de octubre era vital que tal hipótesis se confirmara. Pero Alemania era también, desde Rapallo, el Estado capitalista con el que la república soviética mantiene relaciones verdaderamente preferenciales. La mitad del comercio exterior soviético se realiza con Alemania; la industria y los técnicos alemanes (calculados en cinco mil) contribuyen a la industrialización, e incluso al armamento directo, de la joven república obrera. En contrapartida – aparte de los consiguientes beneficios económicos que obtienen los capitalistas alemanes – el gobierno soviético permite a los constructores militares del Reich poner a punto en su territorio tipos de armamento prohibidos por

el tratado de Versalles. Se establece, de hecho, una colaboración fructífera entre la Reichswehr y el ejército rojo(10) No sólo las economías se complementan; los intereses militares y diplomáticos de la Rusia soviética y de la Alemania vencida se conjugan admirablemente en ese periodo.

Los jefes bolcheviques de la nueva Internacional y del nuevo Estado se encontraban, por consiguiente, ante dos tareas difícilmente conciliables: por un lado, debían organizar la revolución contra el Estado alemán en tanto que objetivo prioritario de la estrategia de la revolución mundial; por otro, debían preservar la alianza con el Estado alemán (puesto que de alianza se trataba en la práctica, aunque la letra del tratado de Rapallo no la explicitase), como objetivo prioritario de la política exterior de la república soviética. Cada una de esas tareas era de suficiente monta como para que la dirección del partido soviético controlara muy de cerca al partido alemán; y la difícil conciliabilidad de ambas lo reclamaba doblemente.

Insurrecciones prematuras y expulsiones premonitorias

En 1919-1920, el problema no se presentaba con esa complejidad ante los dirigentes soviéticos. Toda su voluntad política se tensa en una sola dirección: la victoria de la revolución alemana. De ella depende – piensan – la suerte de la revolución rusa. Ya vimos las razones de orden teórico, informativo (insuficiente conocimiento de la realidad occidental) y psicológico, que explican la optimista visión de Lenin respecto al curso de la revolución alemana, lo que puede explicar también que no extrajera inmediatamente todas las conclusiones debidas de los prematuros intentos insurreccionales del grupo espartaquista (convertido ya en partido comunista) en enero-mayo de 1919. Y sin embargo la gravitación de esta trágica experiencia sobre el desarrollo ulterior del partido y de la situación alemana fue considerable. El partido sale desangrado y decapitado, pierde lo mejor de su núcleo dirigente: un teórico de la talla internacional de Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht, su líder más popular, otros cuadros de valía, como Leo Jogisches y E. Levine, centenares de cuadros medios. No menos grave es lo que esta experiencia pone de manifiesto: la gran mayoría del proletariado alemán está firmemente encuadrado y dominado, política e ideológicamente, por la socialdemocracia. Sin modificar este dato capital, ¿qué posibilidad existía de revolución proletaria en Alemania?

No es superfluo señalar un hecho poco conocido. Liebknecht y Luxemburgo consideraban prematura la insurrección berlinesa de enero; y Levine la instauración de la república soviética de Baviera en abril. Son conscientes de que la vanguardia revolucionaria no cuenta con el apoyo de las grandes masas, y de que la burguesía, auxiliada por la dirección socialdemócrata, está provocando a los comunistas y obreros revolucionarios para que se lancen a la lucha armada en condiciones desfavorables(11). Pero son desbordados por el núcleo más radical del proletariado y del propio partido, cuya entusiasta resolución de seguir el "camino ruso" y su indignación por la política de los jefes socialdemócratas van a la par de su inexperiencia en la lucha revolucionaria. Los decenios de confortable práctica reformista dan este doble fruto: la fidelidad de la gran masa al partido bajo cuya dirección fueron conquistadas sustanciales reformas económicas y políticas, al partido que ahora promete desde el poder la "socialización" dentro de la democracia y la legalidad; y el extremismo de una minoría que no se contenta con las reformas – república, asamblea constituyente, jornada de ocho horas, reconocimiento de los consejos obreros en las empresas – y aspira a la toma inmediata del poder "como en Rusia".

La nueva dirección del partido que se forma en el segundo semestre de 1919, encabezada por Paul Lévi, intenta elaborar una política que parta de esa realidad, pero a la vez procede sectariamente contra la "ultraizquierda" – irreductiblemente – hostil a toda participación en elecciones y a actuar en el seno de los sindicatos reformistas. Los principales líderes de esta tendencia son expulsados en febrero de 1920 y forman el partido comunista obrero, arrastrando a casi la mitad de los efectivos del partido inicial. La dirección Paul Lévi, a la que se incorpora Clara Zetkin, rompiendo con los "independientes"(12), se esfuerza en asimilar la lección de táctica contenida en *El extremismo...* de Lenin, pero la idea que los dirigentes soviéticos de la IC se hacen todavía en ese momento de la madurez de la revolución mundial – lo que quiere decir, ante todo, madurez de la revolución

alemana – no facilita precisamente el esfuerzo de la dirección del PCA por corregir el "izquierdismo" dentro del partido. El II Congreso de la IC considera, como ya vimos (véase p. 33) que "la hora decisiva se aproxima", y que "muy pronto la clase obrera tendrá que librar combate con las armas en la mano". En marzo de 1921, los delegados de la Komintern en Alemania empujan la dirección del PCA – en la que ya no figura el grupo Lévi-Zetkin, por las razones que veremos a continuación – a responder con la insurrección armada a una nueva provocación gubernamental(13). El fracaso es total y las consecuencias graves. De 360 000 miembros que el partido tenía a finales de 1920 (después de su fusión con la mayoría de los "independientes") le queda la mitad a finales de 1921. Una vez más queda demostrado que la gran mayoría de la clase obrera sigue disciplinadamente a la socialdemocracia. El hecho nuevo es que un sector considerable del partido no ha secundado esta vez la línea aventurera de la dirección nacional y de la Komintern (el Comité Ejecutivo de ésta aprueba la "acción de marzo", aunque más tarde, bajo la influencia de Lenin, la criticará).

Poco antes de la "acción de marzo –" – como en adelante será llamada en los documentos de la IC – Lévi, Clara Zetkin, y otros de los principales dirigentes del partido, se habían enfrentado con la Komintern en el problema de las "21 condiciones". Habiendo quedado en minoría en el comité central del partido alemán dimiten de sus cargos. La nueva dirección – cuyas principales figuras son Brandler y Thalheimer –, aunque no pertenece en su mayoría al ala "izquierdista", es más dócil a los delegados de la Komintern y se lanza al movimiento insurreccional de marzo. El grupo Lévi-Zetkin expresa su desacuerdo con esta acción y Lévi publica un folleto haciendo la crítica a fondo no sólo de la táctica de la dirección del partido alemán sino también de los métodos de la Komintern. Inmediatamente es expulsado con los epítetos de "renegado", "traidor", etc.

Después de la pasividad del proletariado polaco ante la ofensiva del ejército rojo sobre Varsovia, en el verano de 1920, y del repliegue del movimiento obrero italiano ante la espectacular ofensiva del fascismo mussoliniano en el invierno 1920-1921, la actitud del proletariado alemán ante la intentona insurreccional de marzo, ponía en evidencia el retroceso general del movimiento revolucionario en Europa. Así lo reconoce el III Congreso de la IC modificando su diagnóstico sobre las perspectivas inmediatas de la revolución mundial. Como dice Lenin, hay que terminar con los "asaltos" y pasar al "asedio". En este contexto el III Congreso llega a la conclusión de que la "acción de marzo" ha sido un error, y su análisis de la misma coincide, en lo esencial, con la crítica de Lévi. Sin embargo, el congreso ratifica la expulsión de Lévi, justificándola con razones de disciplina (la publicación del folleto sin autorización de la dirección del partido) y en que la crítica debía hacerse internamente y no ante la vista del enemigo. Al mismo tiempo exige de la "oposición" en el partido alemán (es decir, de los partidarios de Lévi, Clara Zetkin y otros muchos) "disolver inmediatamente toda organización fraccional", basándose en que "cualquier formación de fracciones es el mayor peligro para el partido"(14).

En el curso de la agitada historia del partido bolchevique, Lenin, Trotski, Zinóviev, y los otros marxistas rusos que ahora estaban al frente de la IC, habían procedido no pocas veces de manera análoga a la de Lévi y la "oposición" alemana de 1921(15). Lenin había dicho en más de una ocasión que los revolucionarios no deben disimular sus errores ante el enemigo. Pero ahora aplicaban un rasero distinto: el rasero de la situación que en ese momento atravesaba el partido ruso. Estaba reciente la aprobación, en el X Congreso, de la famosa resolución prohibiendo las fracciones, y el partido se encontraba en plena "retirada" (el paso a la NEP). En la "retirada" – diría más tarde Lenin, refiriéndose precisamente al periodo que se inicia con el X Congreso – "la disciplina es cien veces más necesaria"; "el que vierta la más leve nota de pánico o infrinja la disciplina hará perecer la revolución"(16). Lo que podía estar justificado en la dramática coyuntura que atraviesa la revolución rusa es trasladado al partido alemán – como a otras secciones de la IC – que se encuentra en una situación totalmente distinta: fuera del poder, recién constituido, buscando su camino, lo que exige ante todo libertad de discusión, lucha interna, etc. La imposición del modelo bolchevique 1921 se convierte en negación del modelo bolchevique 1903-1921.

El "caso Lévi", el primero de este tipo en la historia de la IC, adquiere en vista de todas esas circunstancias, y al considerarlo desde nuestra perspectiva histórica, una relevancia premonitoria. Mientras viva Lenin el método no se convertirá aún en sistema, pero bajo Stalin llegará a sus últimas consecuencias.

Cambio de óptica: la revolución alemana se hace peligrosa para la Rusia de la NEP

En 1923 se presenta en Alemania una situación particularmente favorable para ensayar la posibilidad táctica formulada recientemente por el IV Congreso de la IC (diciembre de 1922) de participar en "gobiernos obreros" junto con la ala izquierda de la socialdemocracia. La ocupación del Ruhr por las tropas francesas y la política de resistencia nacional "pasiva" con que responde el gobierno Cuno, el hundimiento catastrófico del marco, provocado por esa política, provocan una crisis económica y política que tiende a transformarse en crisis revolucionaria (17).

En los primeros meses de 1923, los dirigentes soviéticos no dramatizan la situación alemana, más bien al contrario. Un periodista inglés le pregunta a Trotski: si los franceses hubieran entrado en el Ruhr en 1919, Moscú habría visto en el acontecimiento el preludio de una situación revolucionaria, ¿por qué ahora ven las cosas de otra manera? La respuesta de Trotski refleja elocuentemente la nueva óptica de la dirección bolchevique después de Rapallo y en las condiciones de la NEP. Desencadenar en Europa una nueva guerra – replica Trotski – sería ir contra los fines del socialismo. Una Europa agotada económicamente no puede por menos de debilitar las fuerzas productivas y relegar la victoria del socialismo para un porvenir lejano(18). En el pleno ampliado del Comité Ejecutivo de la IC, de junio de 1923, la política del partido alemán – que se orientaba a la unidad de acción con la izquierda socialdemócrata y a preparar las condiciones de una posible salida revolucionaria, pero sin considerar que la revolución "está ahí" – fue examinada y aprobada sin introducir ninguna corrección esencial. Pero ante la huelga general berlinesa de agosto, Zinóviev, presidente de la IC, que en octubre de 1917 consideraba que la situación no estaba madura en Rusia para la insurrección armada, juzga ahora, a través de las informaciones de prensa que llegan a Moscú, que la toma del poder está al alcance de la mano en Alemania. Trotski se deja ganar también por la fiebre. Lenin está ya fuera de combate, y Stalin no controla aún la IC. Envía una carta a Zinóviev y Bujarin fijando su posición:

"¿Deben los comunistas alemanes [en la fase actual] encaminarse hacia la toma del poder sin la socialdemocracia? ¿Están ya maduros para eso? He aquí, a mi juicio, el problema. Cuando nosotros hemos tomado el poder contábamos con reservas como: a) la paz; b) la tierra para los campesinos; c) el apoyo de la enorme mayoría de la clase obrera; d) la simpatía de los campesinos. Los comunistas alemanes no tienen nada de eso. Bien entendido, tienen en su vecindad el país de los soviets, cosa que nosotros no teníamos; pero, ¿qué podemos darles en este momento? Si hoy, supongamos, el poder se hunde por sí solo en Alemania, y si los comunistas se apoderan de él, fracasarán estrepitosamente. Esto, en el "mejor de los casos". En el peor, serán aplastados. Opino que hay que retener a los alemanes y no empujarlos".(19)

Es la misma óptica de Trotski en su respuesta al periodista inglés, pero más consistente: Stalin no se deja impresionar por la huelga general de Berlín.

La crisis alemana colocaba, sin duda, a la república soviética ante una alternativa dramática. Si desembocaba en guerra civil era seguro que las potencias de la Entente iban a intervenir con todos sus recursos en socorro de la burguesía y los generales alemanes. El Estado soviético no podía por menos de ayudar militarmente al proletariado hermano. Era de nuevo la guerra, y la guerra con la economía en ruinas, con las masas campesinas vacilantes, cuando no hostiles, ante el poder soviético. Unos meses atrás, Lenin había planteado ante el IX Congreso de los soviets: "Ante nosotros aparece un cierto equilibrio, inseguro en sumo grado, pero indudable. No sé si será para mucho tiempo y creo que no es posible saberlo. Por eso necesitamos dar pruebas de la mayor cautela"; "siempre estamos al borde de una agresión militar", pero "haremos todo lo que esté a nuestro alcance para evitar tamaño infortunio". Y después de extenderse sobre los sufrimientos que la guerra mundial y luego la guerra civil han reportado a los obreros y campesinos rusos, los

”desastres increíbles” que ha causado, declara: ”Estamos dispuestos a hacer las mayores concesiones y los mayores sacrificios, estamos dispuestos a ello, con tal de conservar la paz que hemos conseguido a tan alto precio”(20)

Pero, por otro lado, la victoria de la revolución proletaria en Alemania era el gran sueño de Lenin y de todos los bolcheviques desde 1917, la verdadera consagración del triunfo de la revolución rusa, su consolidación definitiva, el camino hacia la victoria de la revolución en escala europea, en escala mundial... De improviso, a los dos años de haber visto alejarse esa gran esperanza, parecía presentarse de nuevo. ¿Qué hacer? ¿Refrenar a los comunistas alemanes o empujarlos? Es vano conjeturar sobre lo que hubiera sido la posición de Lenin ante la situación creada. Si se juzga a través de sus últimos análisis es evidente que la posición de Stalin está mucho más cerca de la ”cautela” que recomendaba Lenin, que la fiebre que se apodera de Zinóviev y Trotski. Es probable, sin embargo, que el espíritu y el curso de su razonamiento hubiera diferido sensiblemente de los de Stalin. La carta de éste revela, en efecto, un tipo de enfoque en el que aparecen ya algunas de las motivaciones que habrán de inspirar su ulterior forma de ver el movimiento revolucionario fuera de la URSS.

a) Trasposición mecánica de las premisas que hicieron posible la toma del poder por los bolcheviques, como criterio para juzgar sobre la posibilidad o no de tomarlo en otras partes. Era indudable que los comunistas alemanes no ”disponían” de la bandera de la paz, pero la invasión del Ruhr les proporciona la bandera de la emancipación nacional contra la opresión de Versalles, y la posibilidad de volverla contra las clases dominantes que se orientaban a la capitulación. Era cierto que los campesinos alemanes no eran revolucionarios, pero en ese momento sufrían una crisis intensa, y por lo demás el factor campesino no tenía, ni de lejos, la misma significación en la Alemania industrial que en la Rusia agraria. Era verdad que la mayoría de la clase obrera seguía bajo la influencia de la socialdemocracia, pero precisamente en esos meses tenía lugar un notable desplazamiento hacia el Partido Comunista entre los obreros socialdemócratas. Probablemente Stalin tenía razón en que la situación no estaba madura para proponerse la toma inmediata del poder. (La misma opinión tenían Radek y la mayoría de los dirigentes alemanes(21).) Pero no podía negarse la posibilidad de que la profundización de la crisis, acompañada de una táctica inteligente del partido, pudieran crear las condiciones para una salida revolucionaria. (Según vimos en otro lugar, Lenin también se dejó llevar por el mimetismo del modelo ruso cuando analizaba la revolución alemana de noviembre de 1918, pero fue en cuanto a las formas y fases de su desarrollo; no asimiló el papel de los campesinos en la Alemania industrial al que tenían en la Rusia agraria. De todas maneras, ya el precedente de Lenin puso de relieve uno de los principales peligros que corría la IC, debido a la hegemonía decisiva que los bolcheviques tenían en su dirección: el enfoque de los problemas del movimiento revolucionario, tanto en Occidente como en Oriente, bajo la óptica rusa.)

b) Desconfianza en la capacidad revolucionaria de los comunistas no rusos. Al situarse en la hipótesis de que el poder burgués se ”hunda” y caiga en manos de los comunistas alemanes, Stalin no les reconoce la capacidad de hacer lo que hicieron los bolcheviques: utilizar el poder para dominar los factores adversos implícitos en la coyuntura excepcional que les permitió conquistarlo. Considera inevitable su ”fracaso estrepitoso”.

c) Subordinación total del problema a la situación del Estado soviético. ”¿Qué podemos darles?”, y no: ¿Qué puede dar la revolución alemana a la lucha revolucionaria en Europa, y viceversa? ¿En qué medida la revolución alemana puede trastocar toda la situación europea, y la misma situación interior rusa? Aunque la ola revolucionaria de 1919-1920 había remitido, la situación era muy inestable en una serie de países: Bulgaria se encontraba prácticamente en estado de guerra civil, y en septiembre el Partido Comunista se lanzó a la insurrección armada; en octubre fue la huelga general de Polonia, con la insurrección de Cracovia; el movimiento obrero italiano no había sido aplastado aun por el fascismo; en numerosos países se manifestaba la solidaridad con los trabajadores alemanes frente a la intervención del imperialismo francés. Por toda la significación histórica del movimiento obrero alemán, y por la importancia económica y política del país, la revolución

socialista en Alemania podía encontrar en el proletariado europeo y americano un eco mucho mayor que la revolución rusa. Toda la situación podía cambiar. Pero Stalin se fía más del adagio campesino: más vale pájaro en mano que ciento volando.

Trotsky comparte la preocupación de Stalin en cuanto a los riesgos que la profundización de la crisis alemana implica para el Estado soviético, pero en él vence finalmente una visión más amplia. Su error, como el de Zinóviev y otros dirigentes de la Komintern consistió posiblemente en dar ya por creadas unas condiciones que solo eran potenciales, y en imponer su punto de vista a los dirigentes comunistas alemanes. A mediados de septiembre el Comité Ejecutivo de la Komintern los llamó a Moscú, tomándose el acuerdo de pasar a la preparación inmediata de la insurrección armada. Se decidió también que el partido entrara en los gobiernos socialdemócratas de izquierda en Sajonia y Turingia, considerando – que ello facilitaría la preparación de la insurrección a escala alemana. (Los dirigentes de la organización comunista de Sajonia eran contrarios a la participación gubernamental, y Brandler principal dirigente del PCA tenía dudas, pero se plegó a Comité Ejecutivo de la IC(22).) Trotsky, siempre sensible a los grandes efectos históricos, propuso fijar la fecha de la insurrección entre el 7 y el 9 de noviembre, aniversarios respectivos de la revolución rusa del 17 y de la revolución alemana del 18. Finalmente se convino en que era más sensato dejar a los alemanes, por lo menos, determinar la fecha exacta de la insurrección(23).

La insurrección es prevista, finalmente, para la última semana de octubre. Pero el gobierno central toma la iniciativa; envía 60 000 hombres de la Reichswehr a Sajonia. Brandler propone la aceptación del plan del partido (declarar la huelga general y organizar la resistencia armada) en la conferencia de los consejos obreros de fábrica de toda Sajonia, pero la mayoría de los delegados obreros, que son socialistas de izquierda, rechazan las propuestas comunistas. En vista de ello la dirección del PCA suspende la orden de insurrección, la cual, sin embargo, se intenta en Hamburgo, donde no llega a tiempo la contraorden. Unos centenares de comunistas luchan valerosamente durante tres días contra la policía y el ejército, sin que la masa del proletariado de Hamburgo les apoye activamente. La Reichswehr desarma las milicias obreras que el partido había organizado en Sajonia y Turingia, y los comunistas son excluidos de los respectivos gobiernos.

Los acontecimientos de octubre son calificados por la Komintern de derrota del Partido Comunista alemán. Juicio muy discutible, puesto que en realidad la influencia del partido crece en las masas, como demostrarán los resultados electorales de mayo de 1924 (casi cuatro millones de electores votan por los comunistas). Y lo que era más importante, por primera vez desde su nacimiento, el partido había logrado establecer relaciones unitarias con el ala izquierda de la socialdemocracia. El resultado no podía calificarse de "derrota" más que bajo el supuesto de que estaban creadas todas las condiciones para la toma del poder, hipótesis que no es abonada, ni muchos menos, por las investigaciones históricas(24). La misma insurrección de Hamburgo demostró que sí, efectivamente, había una cierta radicalización del proletariado alemán, no había llegado, ni mucho menos al punto de estar dispuesto a la lucha armada. En realidad, la decisión de Brandler-Thalheimer, que en la historiografía oficial de la IC es calificada de "traición", salvó probablemente al partido alemán de ser aplastado, como en marzo de 1921.

La "derrota de octubre" será objeto de acerbadas discusiones en el Partido Comunista alemán y en la IC durante los meses siguientes. Siguiendo un método que empieza a constituir tradición, el Comité Ejecutivo de la Komintern descarga toda la responsabilidad sobre los dirigentes nacionales, achacando a la política seguida por ellos en el periodo precedente el supuesto aborto de la revolución alemana. En realidad, desde la expulsión de Lévi la dirección del PCA se había ajustado estrictamente a las directivas de la Komintern(25). Su primer (y último) acto de independencia fue suspender la orden de insurrección al darse cuenta de que el partido iba a quedar de nuevo aislado, como en 1919 y en 1921. En el V Congreso de la IC (junio-julio de 1924), Clara. Zetkin declara, sin que nadie pueda probar lo contrario: "Se ha hablado aquí de brandlerismo y de radekismo. Pero hasta la derrota de octubre la dirección del partido alemán ha sido aprobada por el Comité Ejecutivo de la IC. Por tanto, si el partido es culpable, el Ejecutivo lo es tanto como él". Y añade que

Brandler, al no aceptar el combate en las condiciones creadas, ha rendido un gran servicio al partido(26).

¿Para qué una teoría de la revolución alemana si existe Stalin y la "política leninista"?

La supuesta "derrota de octubre" era en el fondo, el pretexto para liquidar una de las tendencias del Partido Comunista alemán, la cual, a los ojos del Comité Ejecutivo de la IC, pecaba gravemente en dos aspectos: en primer lugar, porque si bien era cierto que en el periodo 1921-1923 había aplicado fielmente la política de frente único de la Komintern, la lógica de esta política llevaba a tomar en consideración, cada vez con más rigor, la realidad de la situación alemana, lo que entraba en conflicto con el sistema de dirección de la IC; en segundo lugar, la dirección Brandler-Thalheimer había mostrado excesiva simpatía por los grupos que dentro del partido ruso defendían la democracia interna(27).

En la llamada "izquierda" del partido alemán existía también una fuerte corriente contra la subordinación incondicional a las directivas de Moscú, pero los líderes de esa tendencia aprovechan la condena del "brandlerismo" para llegar a un compromiso con el Comité Ejecutivo de la IC. A cambio de cooperar con el todopoderoso Ejecutivo en la lucha contra el grupo Brandler-Thalheimer (del que la "izquierda" discrepaba en la línea táctica, es decir, en la política del frente único, lo que la había valido severas críticas de Lenin en el III Congreso de la IC), los líderes de la "izquierda" obtuvieron la ayuda del Ejecutivo para conquistar la mayoría en la dirección del PCA. La campaña de "bolchevización" de los partidos comunistas, iniciada en 1924 se traduce en el partido alemán, como en los otros, en un reforzamiento del centralismo burocrático y del divorcio con las realidades nacionales. Este proceso se opera en una primera fase, bajo el signo de la lucha contra los "derechistas" que en ese momento son los principales propugnadores de una mayor autonomía respecto al Ejecutivo de la Komintern, así como del desarrollo de la democracia interna en el partido. En una declaración firmada por Brandler, Thalheimer y Radek en marzo de 1924, se plantea que la verdadera bolchevización

"exige la adaptación más escrupulosa a las particularidades de cada país, y no puede ser lograda más que por la libre discusión en las organizaciones del partido, por un régimen de democracia interna que permita la selección de una dirección formada por los comunistas más experimentados. La evolución del movimiento comunista occidental – agregan – necesita operar una síntesis de los dirigentes formados en la lucha de ideas contra la socialdemocracia, dentro de ésta – que después de romper con ella han fundado los partidos comunistas –, con los elementos jóvenes venidos al comunismo en los combates revolucionarios de 1919 y posteriores [...]"

Y por eso exigen "anular la exclusión de más de cincuenta cuadros obreros que han sido fundadores del Partido Comunista alemán, y reintegrarlos a sus filas"(28). En la misma reunión del Comité Ejecutivo de la IC donde tiene lugar esta declaración, Clara Zetkin "protesta resueltamente contra la tendencia que hay en el partido alemán de declarar "derechistas" todos los antiguos espartaquistas, y acusa al Comité Ejecutivo de la IC de no oponerse a ello". En el partido – dice Clara Zetkin – "no puede haber unidad de acción sin libertad de discusión y de crítica"; "el interés del partido exige que los militantes con espíritu crítico puedan expresarse en él"; "tenemos que preguntarnos si en el porvenir se va a seguir procediendo mecánicamente a exclusiones y represalias"(29).

El "porvenir" respondería afirmativamente al interrogante de la veterana luchadora. Las exclusiones represalias no sólo iban a proseguir sino a intensificarse, pero durante la fase siguiente serían dirigidas fundamentalmente contra la "izquierda". La victoria de ésta, en efecto, se reveló una victoria pírrica. Coincide con el comienzo del duelo Stalin-Trotsky, y la mayor parte del núcleo dirigente de la "izquierda" alemana apoyó las posiciones de Trotsky. En torno a Thaelmann (que había figurado en la "izquierda") se forma un grupo "centrista" – según la jerga de la época – que sostenido por Stalin pasa a controlar la dirección del partido alemán desde finales de 1925(30). La ofensiva contra la "izquierda" alemana es llevada a cateo en perfecta sincronización con la gran batalla contra la oposición trotskista-zinovievista en el partido ruso. Entre 1926 y 1928, centenares

de militantes obreros veteranos, valiosos intelectuales, son eliminados de los puestos dirigentes o expulsados del partido. A finales de 1928, sincronizada con la ofensiva de Stalin contra la "derecha" del partido ruso (Bujarin y sus partidarios), se inicia en el partido alemán la eliminación política de los supervivientes del brandlerismo, entre ellos sus jefes principales: Brandler, Thalheimer, etc. En este periodo, es decir, cuando se abre la fase decisiva de la evolución política alemana que desembocará en la victoria hitleriana, el Partido Comunista alemán ha sido amputado de casi todo el núcleo dirigente procedente del espartaquismo y de la izquierda del Partido Socialista Independiente. Desde 1928, Thaelmann será el jefe absoluto del partido, el ejecutor incondicional de la política de Stalin. En ese año la mayoría del Comité Central del Partido Comunista alemán había decidido quitar a Thaelmann de la secretaría general del partido, pero Stalin impone que el Presidium del Comité Ejecutivo de la Komintern anule la decisión(31).

Para percibir en todo su alcance las consecuencias de esa amputación, hay que tener en cuenta que la "derecha" y la "izquierda" del partido alemán, pese a sus divergencias tácticas y estratégicas, tenían desde el nacimiento del partido un elemento común: la aspiración, más o menos explícita, a la elaboración y dirección autónomas de la política del partido; la resistencia a ser simples ejecutores de las directivas del centro internacional colocado bajo el control soviético. El informe de Rosa Luxemburgo sobre el programa, en el congreso fundacional del partido, postula ya una concepción estratégica del curso de la revolución alemana que difiere sustancialmente de la concepción bolchevique. Y en documentos de los años 1919 y 1920 se encuentra la huella de esa diferenciación(32). Las divergencias conciernen asimismo al funcionamiento interno del partido, a la concepción de la relación entre el partido y las masas, tanto en la fase de la lucha bajo el capitalismo como después de la toma del poder. Rosa Luxemburgo propugna un auténtico democratismo, lo mismo en la vida interna del partido que en el nuevo régimen social. La herencia teórica luxemburguesa influye en todo el núcleo inicial del partido, independientemente de las divergencias tácticas. Y es tanto más valorizada cuanto que la experiencia práctica de la evolución del régimen soviético y del propio partido alemán viene a confirmar algunas de las críticas y previsiones de Rosa Luxemburgo. No es casual que uno de los primeros pasos de Lévi, después de su expulsión, sea la reedición de las obras de aquélla.

Independientemente de que en la obra teórica y política de Rosa Luxemburgo – como en la de Marx, Engels y Lenin – hubiera aspectos que la práctica social pondría en entredicho, es evidente que esa obra, nacida en conexión viva con la realidad alemana, con su movimiento obrero, representaba una contribución valiosa a la elaboración de una teoría original de la revolución alemana. Como también era necesario tener en cuenta críticamente las aportaciones de los teóricos del "centro" y la "derecha" socialdemócrata, de los Kautski, Hilferding, Bernstein, etc., aunque sólo fuera para investigar mejor las raíces del reformismo en el proletariado alemán, y las características específicas del capitalismo germano. Pero toda esta herencia teórica es arrojada por la borda en los primeros años de la formación del partido alemán, imponiéndose cada vez más rígidamente la trasplatación del modelo soviético de socialismo y de partido, la aplicación incondicional de las tesis estratégicas y tácticas del Ejecutivo de la Komintern.

El partido comunista del país natal del marxismo, el partido revolucionario de los obreros alemanes, que tienen la ventaja, según decía Engels, de "pertenecer al pueblo más teórico de Europa y conservar ese sentido teórico"(33), presenta a la altura de 1928, cuando Stalin ultima la implantación de su control sobre los comunistas alemanes, el espectáculo de la más lamentable esterilidad teórica. Su núcleo intelectual ha sido diezmado prácticamente–liquidado. En 1926, Stalin da la señal para acabar con los sobrevivientes. En un discurso ante la comisión alemana del VI Pleno ampliado del Comité Ejecutivo de la IC, hace las siguientes consideraciones:

"Se oye decir a algunos intelectuales que el Comité Central del PCA es débil, que dirige deficientemente, que la falta de intelectuales en el Comité Central repercute desfavorablemente en el trabajo, que el Comité Central no existe, etc. Todo eso es falso, camaradas. Esas habladurías constituyen, a mi juicio, una salida de tono propia de intelectuales e indigna de comunistas[...]se dice que el actual Comité Central no brilla por sus conocimientos teóricos. ¿Y qué? Con tal de que la política sea acertada, por los conocimientos

teóricos la cosa no quedará. Los conocimientos teóricos son cosa que se adquiere; si no se tienen hoy se tendrán mañana, en tanto que para algunos intelectuales presuntuosos no es muy fácil asimilar la acertada política que practica hoy el Comité Central del PCA. Y la fuerza del actual Comité Central consiste en que aplica una acertada política leninista, cosa que no quieren comprender los intelectualillos que presumen de ‘conocimientos’ [...] Camarada Thaelmann: acepte usted los servicios de esos intelectuales, si es que quieren servir a la causa obrera; o puede usted enviarlos a paseo, si es que quieren mandar a toda costa [...].”(34)

Efectivamente, los intelectuales que aún quedaban en el Partido Comunista alemán fueron enviados a paseo, no precisamente porque quisieran “mandar a toda costa”, o dejar de “servir la causa obrera”, sino porque se empeñaron en no renunciar a la “funesta manía de pensar”. Liberado por el jefe infalible de la engorrosa necesidad de fundar su acción en “conocimientos teóricos”, el Comité Central del Partido Comunista alemán siguió aplicando su “acertada política leninista” que le llevó a la catástrofe de 1933. El punto de arranque de esta política se encuentra en la revisión que hace el V Congreso de la IC de la táctica seguida en el periodo anterior.

Al condenar la política de Brandler, el Comité Ejecutivo de la IC impugnaba de hecho, en electo, la política de frente único proletario, tal como había sido concebida por Lenin y formulada por la misma IC en los plenos ampliados del Comité Ejecutivo (diciembre de 1921 y febrero de 1922) y en el IV Congreso (diciembre de 1922). Imprimía a esa política una inflexión sectaria, que quedaría formalizada en el V Congreso (junio-julio de 1924) e iría acentuándose en los años siguientes. A fin de apreciar el alcance de esa revisión, en particular para el partido alemán, y teniendo en cuenta también que la política de frente único proletario, versión 1921-1923, servirá de antecedente cuando la Komintern realice su viraje de 1934-1935, es necesario que nos detengamos, aunque sea muy sumariamente, a examinar el significado de dicha política.

Frente único en el capitalismo y partido único en el socialismo

Inicialmente, la táctica de frente único es concebida como una política defensiva, partiendo de los siguientes datos: reflujo del movimiento revolucionario en la generalidad de los países capitalistas; contraofensiva capitalista contra el nivel de vida de las masas y sus conquistas sindicales y políticas; escisión de la clase obrera, cuya mayoría seguía encuadrada en los partidos y sindicatos reformistas. En estas condiciones, la lucha por el poder se alejaba, y en cambio ante la clase obrera se planteaba como cuestión urgente oponer un frente unido a la ofensiva, patronal y estatal. Incluso La llamada Internacional II y ½, donde se agrupaban partidos socialistas con fracciones de otros que rehusaban optar entre la II y la III, se había asignado como tarea principal propiciar el restablecimiento de la unidad obrera(35).

En sus primeras tesis sobre el frente único proletario, aprobadas por el pleno del Comité Ejecutivo de diciembre de 1921, la IC propugna acuerdos entre las organizaciones políticas y sindicales de todas las tendencias del movimiento obrero, acuerdos incluso a nivel internacional: “Aceptando la consigna de unidad del frente proletario, y admitiendo acuerdos entre sus diversas secciones y los partidos y sindicatos de la II Internacional y de la Internacional II y ½ la Internacional Comunista – se declaraba en las tesis mencionadas – no puede evidentemente renunciar ella misma a concluir acuerdos análogos a escala internacional”(36). A comienzos de 1922 la Internacional II y ½ se dirigió a las otras dos proponiendo la celebración de una conferencia al más alto nivel para discutir las bases de la eventual acción común. La propuesta fue aceptada, y la conferencia tuvo lugar en Berlín del 2 al 5 de abril de 1922.

La Conferencia de las Tres Internacionales, como en lo sucesivo se la llamó, fue uno de los acontecimientos importantes del año 1922. Por primera vez desde 1914 (y por última) los máximos representantes de las tres grandes fracciones en que se había escindido la vieja socialdemocracia, se encontraron frente a frente para examinar la posibilidad de rehacer un mínimo de unidad de acción. En esta confrontación se revelan muy nítidamente algunas de las principales ambigüedades y contradicciones que encerraba la táctica de frente único proletario adoptada por la IC, las cuales habrían de manifestarse en todas sus dimensiones durante el periodo que se inició en 1934(37).

Para la IC la política de "frente único" no era sólo el medio de resistir más eficazmente a la ofensiva capitalista. Consideraba que esa política permitiría a los partidos comunistas estrechar sus relaciones con las masas, influirlas en sentido revolucionario, arrancarlas al influjo del reformismo, y prepararlas para futuros combates ofensivos. En las tesis aprobadas por el IV Congreso se previa la posibilidad de que en una situación revolucionaria, o prerevolucionaria, el frente único proletario pudiera desembocar en la formación de "gobiernos obreros" – con participación de comunistas, socialistas de izquierda y otros grupos avanzados –, o "gobiernos obreros y campesinos", en los que junto con los representantes de la clase obrera figuraran los de las capas medias radicalizadas, particularmente del campesinado. Este tipo de gobiernos, según las tesis, no serían aún expresión de la dictadura del proletariado, pero podían preparar su advenimiento, cubrir una cierta etapa de transición entre la dictadura de la burguesía y la dictadura del proletariado. Al mismo tiempo se declaraba rotundamente que "la dictadura completa del proletariado no puede ser realizada más que por un gobierno obrero compuesto de comunistas"(38). Es decir, toda otra tendencia del movimiento obrero, por muy radical que fuese, podía recorrer junto con los comunistas un trozo del camino que llevaba a "la dictadura completa del proletariado", pero finalmente habría de dejar el sitio a la dirección exclusiva del partido comunista. Era la proyección del camino que efectivamente se había recorrido en Rusia. - A los eventuales aliados de hoy se les proponía colaborar en la creación de las condiciones que permitiesen eliminarlos, en tanto que fuerza política, el día de mañana.

Las proposiciones que los partidos comunistas y la IC hiciesen a los partidos y sindicatos reformistas, a fin de llegar a acuerdos para la acción común, serían "útiles" en la perspectiva más arriba expuesta, tanto si eran rechazadas como si eran aceptadas. En el primer caso, servirían para "desenmascarar" *ipso facto* a los líderes reformistas. En el segundo, conducirían al mismo resultado en una u otra fase del movimiento, puesto que dichos líderes no estaban dispuestos realmente a defender de manera consecuente los intereses obreros. En el curso de la acción los comunistas denunciarían sus vacilaciones o traiciones. Estas previsiones descansaban en dos supuestos, a los que ya nos hemos referido en otros momentos, pero no huelga repetir aquí con las mismas formulaciones de la IC: a) el capitalismo "ya no es capaz de asegurar a los obreros condiciones de existencia un poco humanas", y por eso "los obreros que luchan por sus reivindicaciones parciales son arrastrados *automáticamente* a combatir a toda la burguesía y a su aparato estatal"; b) los jefes reformistas, dado que son los agentes de la burguesía y están obligados a defender los intereses de ésta, "no tienen la menor intención de entablar combate por *la más modesta* de las reivindicaciones contenidas en su programa"(39). Si a pesar de ello aceptan en ocasiones las propuestas comunistas de acción común, lo hacen forzados, bajo la presión de las masas, en las cuales la ofensiva capitalista ha suscitado "una tendencia espontánea a la unidad que nada puede contener"; forzados, porque "las ilusiones democráticas y reformistas que después de la guerra habían ganado terreno en la categoría de trabajadores privilegiados, así como entre los obreros más atrasados políticamente, se han disipado antes, incluso, de florecer"(40).

Esos supuestos se revelaron erróneos rápidamente: poco tiempo después de formulada la táctica de frente único se iniciaba la fase de auge económico en el mundo capitalista, bautizada por la IC de "estabilización relativa". Los partidos y sindicatos reformistas sirvieron de nuevo a la clase obrera para obtener algunas satisfacciones económicas compatibles con el mecanismo del sistema. Salvo en casos particulares, las reivindicaciones "mínimas" no se revelaron como la palanca ideal para apartar a las masas de los reformistas. Su concepción del estado del capitalismo le impedía a la IC ver qué el reformismo no estaba sólo en la política de los líderes reformistas; se alojaba también en la naturaleza misma de reivindicaciones que eran susceptibles, en definitiva, de ser "encajadas" por el capital y servir de "estimulante" a su desarrollo técnico.

Las gruesas acusaciones que los comunistas lanzaban contra los jefes reformistas no contribuían mucho a la explicación racional de los problemas planteados, ni a convencer, por tanto, a los trabajadores imbuidos de "ilusiones democráticas y socialistas". Pero en cambio proporcionaban a los jefes reformistas excelentes argumentos polémicos.

”Se nos llama a la unidad – diría Vandervelde en la Conferencia de las Tres Internacionales –, se nos propone realizar el frente único, pero no se disimula la segunda intención: asfixiarnos o envenenarnos después de habernos abrazado”; cuando se afirma que Henderson, Vandervelde, Longuet, etc., ”sirven los intereses de la burguesía, es por lo menos extraño que se proponga a esos mismos hombres concurrir a la defensa de los intereses proletarios”; ”Nosotros somos socialtraidores, socialpatriotas, esquirols, soportes de la burguesía. Zinóviev ha dicho incluso que yo he cometido crímenes, y sin embargo, pese a esos crímenes, y pese a que somos socialpatriotas, sois de opinión que es útil que nos reunamos en conferencia”.

La lógica de este razonamiento era, evidentemente, mucho más comprensible para las masas de las organizaciones reformistas que la lógica de la IC sintetizada en la respuesta de Radek a Vandervelde:

”Vosotros habéis venido a esta conferencia porque habéis sido forzados: Habéis sido un instrumento de la reacción mundial y ahora estáis obligados, lo queráis o no, a ser un instrumento de la lucha por los intereses del proletariado”.

La respuesta de este proletariado fue la siguiente: de 1921 a 1928 el número de comunistas en los países capitalistas disminuye en la mitad (de cerca de 900 000 a unos 450 000), mientras que el de afiliados a la socialdemocracia aumenta en el doble (de unos tres millones a más de seis).

En la Conferencia de las Tres Internacionales se revelaría con especial acrimonia una de las principales contradicciones internas de la política de frente único proletario: la existente entre el contenido de dicha política en los países capitalistas y el proceso político que en el mismo periodo se desarrollaba en el país soviético. Los líderes socialistas explotan hábilmente, en efecto, la ”paradoja” de que mientras la IC, dirigida por los bolcheviques, llama al frente único de todas las tendencias socialistas en los países del capital – a fin de defender el nivel de vida de las masas, la democracia y la revolución rusa –, en el país de los soviets los bolcheviques persiguen a esas mismas tendencias, privándolas de toda clase de derechos políticos y sindicales(41). Explotan, asimismo, el hecho de que habiendo sido siempre el derecho de autodeterminación de los pueblos uno de los principales puntos del programa bolchevique, los pueblos de la periferia del ex-imperio ruso fueran privados, prácticamente, del ejercicio de ese derecho. Agitan, en particular, el caso de Georgia, que había sido invadida y ocupada recientemente por el ejército rojo, pese a que la gran mayoría de la población apoyaba el gobierno menchevique(42). Los representantes de la IC en la conferencia responden aplicando la conocida regla de que la mejor defensa es el ataque: exponen, una vez más, la larga lista de capitulaciones y traiciones de la socialdemocracia a la causa de la revolución, durante la guerra mundial y en la postguerra. Pero lo uno no justifica lo otro. Que los imperialistas, auxiliados más o menos directamente por la socialdemocracia, pisoteen la democracia y el derecho de autodeterminación de las naciones débiles corresponde a la naturaleza de esas fuerzas políticas, y al menos en lo que se refiere a los imperialistas era perfectamente lógico a los ojos de las masas trabajadoras. Pero que la revolución socialista atentase a la democracia proletaria y no respetase el derecho de autodeterminación de los pueblos estaba en contradicción con la naturaleza del partido bolchevique según era definida por él mismo. Sus representantes en la Conferencia de las Tres Internacionales se ponen totalmente a la defensiva en este punto. Radek, que es el que lleva la voz cantante, rehuye toda explicación, y Bujarin permanece silencioso(43). La conferencia pone en evidencia que el ”frente único” es una arma de dos filos: si en determinadas situaciones – cuando se exagera la lucha entre proletariado y burguesía – puede coadyuvar a enfrentar las masas con los jefes reformistas, al mismo tiempo puede facilitar a estos últimos el llevar a las masas influidas por los comunistas la crítica de aquellos aspectos de la revolución rusa que atentaban a la democracia obrera.

Extrayendo la lección que a su juicio se desprende de la conferencia, Lenin escribe: ”La burguesía, en la persona de sus diplomáticos, se ha mostrado más hábil, una vez más, que los delegados de la Internacional Comunista”. ”Nuestros delegados – dice en este mismo artículo – han cometido un error, a mi parecer, al aceptar las dos condiciones siguientes: primo, que el poder soviético no aplicará la pena de muerte en el asunto de los 47 socialrevolucionarios; segundo, que el poder

soviético autorizará a los representantes de las Tres Internacionales a asistir al proceso”. En efecto, la delegación de la IC había hecho estas dos concesiones y también una tercera a la cual Lenin no alude: la formación de una comisión de las Tres Internacionales para abrir una encuesta sobre el problema de Georgia. Silencio significativo, porque es en este periodo precisamente cuando Lenin empieza a inquietarse por los métodos chauvinistas granrusos que bajo la dirección de Stalin se están utilizando en Georgia. En una nota redactada en diciembre de ese año advertirá severamente a la dirección del partido sobre el peligro de ”incurrir en actitudes imperialistas hacia las nacionalidades oprimidas, poniendo en entredicho la sinceridad de nuestra posición de principio en la lucha contra el imperialismo”(44).

Lenin considera que la delegación de la IC ha cometido un error al hacer las dos concesiones mencionadas, porque ”a cambio no hemos obtenido ninguna concesión”. Sin embargo, gracias a esas concesiones la conferencia había podido llegar a un primer resultado positivo en lo que respecta a la acción unida del proletariado en el mundo capitalista. En primer lugar, se crea un comité permanente de las Tres Internacionales con la tarea de prepara una conferencia obrera internacional a la que serán invitadas también las organizaciones sindicales. En segundo lugar, se acuerda celebrar manifestaciones obreras el 20 de abril o el 1 de mayo bajo las siguientes consignas: por la jornada de ocho horas; contra el paro; por la unidad de acción del proletariado contra la ofensiva capitalista; por la revolución rusa, en ayuda de la Rusia hambrienta, por la reanudación de las relaciones políticas y económicas de todos los Estados con la Rusia de los soviets; por la reconstitución del frente único proletario en cada país y en la Internacional. Por eso, sin duda, Lenin dice que ”el error de los camaradas Radek, Bujarin y otros, no es grande”, ”sería un error incomparablemente más grande el rehusar todo precio y toda condición que permitiera penetrar en el local cerrado, protegido bastante sólidamente” [se trata del ”local” socialdemócrata, donde ”los representantes de la burguesía ejercen su influencia sobre los obreros”](45).

Teniendo en cuenta esta opinión de Lenin no es fácil explicarse por qué el Comité ejecutivo de la IC decide poco después retirarse del comité constituido en la conferencia e interrumpir el proceso iniciado. ¿Respondía a la preocupación de evitar nuevas discusiones abiertas, a nivel internacional, en las que se plantearan los problemas internos de la revolución rusa? La explicación oficial que da la IC es que los jefes de las otras Internacionales no se proponían sinceramente aplicar los acuerdos adoptados en Berlín. Pero ese juicio podía haberse hecho igualmente antes de la conferencia. ¿Para qué reunirla, entonces? Y si pese a todo se había llegado a ciertos acuerdos positivos, ¿por qué no poner a prueba la ”sinceridad” de los que se habían comprometido a aplicarlos? En todo caso, el IV Congreso de la IC reunido a finales de 1922 no insiste sobre la realización del frente único a escala internacional.

Excepto esta corrección implícita, la política de frente único proletario no sufre modificación hasta después de la ”derrota de octubre” en Alemania. El IV Congreso plantea con fuerza el peligro fascista, y declara en sus tesis que ”una de las tareas más importantes de los partidos comunistas es organizar la resistencia al fascismo internacional, ponerse a la cabeza de todo el proletariado en la lucha contra las bandas fascistas, y aplicar enérgicamente en este terreno también la táctica de frente único”. El peligro fascista, advierte, no está dirigido sólo contra el proletariado sino ”contra las bases mismas de la democracia burguesa”(46).

Socialdemocracia = socialfascismo = enemigo principal

Toda esta concepción táctica es revisada por el V Congreso de la IC, partiendo, como ya hemos dicho, del supuesto fracaso de la política de frente único proletario aplicada por Brandler durante los acontecimientos de 1923. En lugar de utilizar esa experiencia para un reexamen en profundidad de la problemática que planteaba el capitalismo y el movimiento obrero alemanes, la IC resuelve la cuestión poniendo la etiqueta de ”oportunismo de derecha” a la política de frente único en su versión leniniana, y procediendo a un repliegue sectario que tendrá nefastas consecuencias para todo el movimiento comunista y, en especial, para el partido alemán. Bien entendido, las motivaciones alemanes no son las únicas que determinan ese repliegue: las contradicciones de la

política de frente único, más arriba apuntadas, la imposibilidad de superarlas sin una revisión fundamental de la ecuación Komintern-política soviética, así como de las estructuras de la Internacional, influyen sin duda en el mismo sentido.

El V Congreso comienza por difuminar la contradicción que el IV había subrayado vigorosamente entre fascismo y democracia burguesa. En sus tesis se dice: "Cuanto más se descompone la sociedad burguesa tanto más todos los partidos burgueses, sobre todo la socialdemocracia, toman un carácter más o menos fascista. El fascismo y la socialdemocracia son dos caras de un solo y mismo instrumento de la dictadura del gran capitalismo. He aquí por qué la socialdemocracia no podrá ser jamás un aliado seguro del proletariado en la lucha contra el fascismo"(47). "Los fascistas – dice Zinóviev – son la mano derecha de la burguesía y los socialdemócratas la mano izquierda"; "el hecho *esencial* – agrega – es que la socialdemocracia se ha convertido en un ala del fascismo", y como prueba aduce que en Francia el partido socialista ha formado listas comunes para las elecciones con los partidos burgueses(48). Zinóviev mete todo en el mismo saco: fascismo, socialdemocracia, radicales franceses, centro católico alemán, etc.

Mientras el IV Congreso había dado el toque de alarma ante el peligro fascista, el V Congreso lo da casi por liquidado: en Italia, "el fascismo, después de su victoria, naufraga en la bancarrota política que conduce a su descomposición interior"; en Alemania, "cae en una crisis semejante sin haber obtenido su victoria formal"(49).

La táctica del frente único queda reducida en las resoluciones del V Congreso a "un simple medio de agitar y movilizar las masas. Se descarta prácticamente la posibilidad de acuerdos con los partidos socialistas. El frente único debe aplicarse casi exclusivamente "por abajo", y las "conversaciones" con los dirigentes socialistas no pueden ser útiles más que a fines de "desenmascaramiento". El congreso rechaza categóricamente la eventualidad de "gobiernos obreros" nacidos de un acuerdo entre el partido comunista y el partido socialista(50).

Después del V Congreso la política de frente único se convierte en un monótono requerimiento a los socialistas de base, invariablemente acompañado del "desenmascaramiento" – sin escatimar epítetos ofensivos – de los jefes social-demócratas. Pero este sectarismo inoperante no le impide al proverbial pragmatismo de Stalin, siempre que las conveniencias de la política soviética lo aconsejaban, llegar a aplicaciones sumamente "amplias" del frente único, como es la creación del comité sindical anglosoviético, inteligentemente utilizado por los líderes laboristas para realzar su autoridad frente a la radicalización del movimiento obrero inglés en 1925-1926(51).

Poco después del V Congreso, Stalin "profundiza" las fórmulas de Zinóviev acerca de la socialdemocracia y del fascismo:

"El fascismo, dice, es una organización de choque de la burguesía, que cuenta con el apoyo *activo* de la socialdemocracia. La socialdemocracia es objetivamente *el ala moderada del fascismo* [...] Estas organizaciones no se excluyen sino que se complementan. No son antípodas, sino gemelas. *El fascismo es el bloque político táctico de estas dos organizaciones fundamentales*, surgido en la situación creada por la crisis del imperialismo en la postguerra para luchar contra la revolución proletaria. Sin ese bloque la burguesía no puede mantenerse en el poder. Por eso sería erróneo pensar que el 'pacifismo' significa la liquidación del fascismo. En la situación actual *el 'pacifismo' es la afirmación del fascismo*, poniendo en primer plano a su ala moderada, a su ala socialdemócrata."

Por "pacifismo" se entiende aquí Stalin, como explica en el mismo texto, "la llegada directa o indirecta al poder de los partidos de la II Internacional, el "poder demopacifista de Herriot-Mac Donald"(52) (Poco después de escritas estas tesis los representantes de Stalin y los de MacDonald forman el comité sindical anglosoviético.)

Deformando burdamente la política de Lenin en las diferentes etapas de la revolución rusa, Stalin formula en 1924 "la regla estratégica fundamental del leninismo", según la cual el partido comunista debe dirigir siempre el golpe principal contra los partidos intermediarios. En realidad, la idea de Lenin era romper la resistencia del enemigo principal, y paralizar o neutralizar la

inestabilidad de las fuerzas vacilantes, intermedias(53). La "regla fundamental" estaliniana se convierte en un dogma de la estrategia de los partidos comunistas hasta el viraje de 1934-1935. Un ejemplo de la aplicación de esta "regla" es la táctica del Partido Comunista alemán en las elecciones presidenciales de 1925. Fischer y Maslov, representantes de la "izquierda" en la dirección del partido, propugnan presentar un candidato común con la socialdemocracia, frente a Hindenburg, representante típico del militarismo y el nacionalismo alemán. Pero Thaelmann, apoyado por Stalin, impone la presentación de un candidato comunista (el mismo Thaelmann). Hindenburg sale electo por un margen inferior al millón de sufragios, sobre el candidato de la socialdemocracia y el centro católico. Thaelmann obtiene cerca de dos millones(54)

No puede descartarse que la posición de Stalin en las elecciones presidenciales alemanas haya estado determinada también, o al menos grandemente influida, por razones más pragmáticas que el dogma de "la regla estratégica fundamental". En ese periodo, en efecto, Francia e Inglaterra inician bajo la égida de los "demopacifistas" (el bloque de izquierdas en Francia, los laboristas en Inglaterra) una política de aproximación con Alemania que llevará al tratado de Locarno (octubre de 1925). El centro católico, que dirige el gobierno central, y la socialdemocracia, formalmente en la oposición pero gobernando en Prusia, apoyan la idea de un pacto de seguridad con los enemigos de ayer, en el que Stalin ve un filo antisoviético evidente. La política exterior de Moscú está lógicamente interesada en que se ahonde el foso entre la república de Weimar y las potencias de la Entente, no en que se colme. Y no deja de ser significativo que Stalin interprete la elección del nacionalista Hindenburg como un signo de la voluntad de resistencia de Alemania a las potencias del tratado de Versalles(55). El interés de la política soviética en minar lo que se llamaría el "espíritu de Locarno" ¿influyó en la posición del partido alemán en las elecciones presidenciales de 1925? Será imposible aclarar la cuestión mientras los historiadores soviéticos no tengan libertad de investigación. Pero al menos "objetivamente" hubo coincidencia entre la táctica del PCA y el juego de la diplomacia soviética. Y es muy posible que en los años siguientes, hasta la subida de Hitler al poder, ese factor siguiera pesando en las posiciones tácticas de los dirigentes comunistas alemanes frente a la socialdemocracia y al partido de Bruning.

A fines de 1927, Stalin corona victoriosamente su laboriosa batalla de cuatro años contra la oposición trotsquista dentro del partido ruso y de la IC. Como ya vimos en el capítulo 2, esta victoria coincide con una grave situación económica en la URSS que obliga a Stalin a realizar un brusco viraje y a poner en práctica aspectos fundamentales del programa de la oposición. Entra en conflicto con Bujarin, que desde 1926 (después que Zinóviev hizo bloque con Trotski) está al frente de la Internacional Comunista. La nueva lucha que se abre en el partido ruso, tiene, como las anteriores, profundos efectos en la IC.

Uno de los argumentos que Stalin maneja en el XV Congreso del Partido Comunista de la URSS (diciembre de 1927) para justificar la necesidad de intensificar el ritmo de la industrialización consiste en que el mundo capitalista ha entrado en una nueva etapa, uno de cuyos principales rasgos es la agravación del peligro de intervención contra la Unión Soviética. A su vez, esta tesis la fundamenta en que la estabilización capitalista presenta graves signos de deterioración, y "Europa entra evidentemente en una nueva fase de auge revolucionario". Bujarin combate esta tesis, considerando que por el momento no hay nada nuevo en la estabilización capitalistas. El IX Pleno del Comité Ejecutivo de la IC (febrero de 1928) adopta las tesis de Stalin, aunque los datos concretos en que se basa el análisis de la situación económica y política del mundo capitalista no ofrecen ningún fundamento serio a tales conclusiones. El capitalismo, por el contrario, se encuentra en el cénit del auge económico iniciado en 1924. Es legítimo prever, sobre la base de un análisis marxista, que este auge desembocará en una nueva crisis cíclica, pero es evidente que por el momento no hay cambios. En cuanto al movimiento obrero, presenta dos rasgos esenciales: el aumento de las ilusiones reformistas al calor del auge económico, por un lado, y la debilidad de los partidos comunistas, por otro. En 1926 el movimiento obrero inglés había sufrido uno de los más duros golpes de su historia. En el mismo año había subido al poder Pilsudski, y en Italia son prohibidos los partidos y organizaciones no fascistas. Llegar a la conclusión en estas condiciones de

que "Europa entra *evidentemente* en una nueva fase de auge revolucionario", y que ha comenzado, como dice el Ejecutivo de la IC y revalidará el VI Congreso, un "tercer periodo", era una apreciación sumamente subjetiva(57).

Pero el subjetivismo de Stalin tenía sus razones. La línea de Bujarin en la IC difería sustancialmente, tanto del verbalismo revolucionario de Zinóviev como de los esquemas estalinianos antes expuestos. Ya nos hemos referido en el capítulo 2 a su análisis del estado del capitalismo. En lo que se refiere a la política de los partidos comunistas, Bujarin tendía a corregir la versión sectaria de la táctica de frente único vigente desde el V Congreso. Preconizaba una mayor participación de los comunistas no rusos en el Ejecutivo de la IC. Y estas posiciones encontraban apoyo en los núcleos dirigentes de algunos partidos (sobre todo en el italiano) y en fracciones de otros, como los brandleristas alemanes. La batalla contra los bujarinistas en el partido ruso corría el grave riesgo de encontrar resistencia en el seno de la IC. Stalin necesitaba, lo mismo que en la lucha contra el trotsquismo, llevar la ofensiva simultáneamente en el partido ruso y en la Internacional. Las tesis estalinianas más arriba enunciadas estaban destinadas a servir ese objetivo mediante un sencillo encadenamiento "lógico", que Stalin formula de la siguiente manera:

- a) "En los países capitalistas están madurando de modo indudable los elementos de un nuevo auge revolucionario";
- b) "De ahí la tarea de agudizar la lucha contra la socialdemocracia y, ante todo, contra su ala "izquierda", como soporte social del capitalismo";
- c) "De ahí la tarea de agudizar, en el seno de los partidos comunistas la lucha contra sus elementos de derecha, vehículos de la influencia socialdemócrata";
- d) "De ahí la tarea de agudizar la lucha contra las tendencias conciliadoras con la desviación derechista, tendencias que sirven de refugio al oportunismo en los partidos comunistas"(58).

Stalin formula esta retahila de "tareas" en abril de 1929. En julio, la X Sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la IC se pone aplicadamente a realizarlas. (Bujarin ha sido ya destituido como representante del partido ruso en la dirección de la Internacional.) El informe central presentado conjuntamente por Manuilski y Kusinen se esfuerza, en efecto, por "agudizar" las posiciones de la Internacional Comunista en todas las direcciones señaladas. La asimilación de la socialdemocracia al fascismo se lleva a la perfección, y la primera queda convertida en socialfascismo: "Los fines de los fascistas y de los socialdemócratas – se dice en el informe – son idénticos; la diferencia está en las consignas y, parcialmente [sic], en los métodos"; "hay, sin embargo, cierta diferencia, en el hecho de que el fascismo no tiene necesidad de un ala izquierda, mientras que para el social-fascismo es absolutamente necesaria"; "el ala izquierda del socialfascismo tiene como misión específica la manipulación de las consignas pacifistas, democráticas y "socialistas"". Pero incluso estas ligeras diferencias tienden a desaparecer: "Está claro – sigue diciendo el informe – que a medida que se desarrolla el socialfascismo se aproxima más al fascismo puro". Se trata de "un proceso ininterrumpido". Y los portavoces de Stalin clasifican a los partidos de la II Internacional, según el estadio que han alcanzado en ese biológico "proceso ininterrumpido", con la precisión de un zoo-técnico: "El laborismo inglés puede ser definido como socialfascismo en estado de capullo", mientras que "el partido socialdemócrata alemán se encuentra ya en estado de mariposa". Pero esta supuesta evolución de los partidos que tenían bajo su influencia a la mayoría de la clase obrera europea, no inquieta mayormente a Manuilski y Kusinen. Incluso la presentan como un fenómeno positivo, susceptible de facilitar la revolución: "En cuanto el social-fascismo alemán adhiera abiertamente a la dictadura de la burguesía, se presente abiertamente como fascismo, la conquista de la mayoría de la clase obrera alemana para la revolución será cosa fácil"(59).

Thaelmann y los otros representantes del partido alemán en esta reunión plenaria del Comité Ejecutivo de la IC, declaran su identificación total con las tesis de Manuilski y Kusinen. Desde hacía meses circulaba ya propaganda del PCA exponiendo que "el reformismo es socialismo en palabras pero fascismo en los hechos". No obstante, Thaelmann se auto-critica ante el Comité Ejecutivo porque sólo un mes antes (en el VII Congreso del PCA, junio de 1929) la dirección del

partido se había dado cuenta de que éste "no había comprendido inmediatamente el gran viraje político que se estaba operando en la socialdemocracia hacia al actual social-fascismo"(60). (Reconocimiento indirecto de la resistencia que este curso ultrasectario encontraba en ciertos sectores del partido.)

Al mismo tiempo que "agudiza" la lucha contra la socialdemocracia y sobre todo contra su ala izquierda, el X Pleno del Comité Ejecutivo de la IC "agudiza" la lucha contra la "desviación de derecha" en el seno de la Komintern. En esta tarea, los portavoces oficiales de Stalin dejan que los portavoces oficiosos asuman intrépidamente la iniciativa del ataque. La dirección alemana merece este honor porque desde finales de 1928 ha emprendido la gran purga de "derechistas bujarinistas" en el PCA, expulsando a Brandler, Thalheimer y otros herejes. Pero también en este aspecto Thaelmann se muestra autocrítico, y declara que no se ha hecho bastante. Anuncia que se va a proceder al reemplazamiento de numerosos cuadros, desde la dirección a la base, por otros que "estén a la altura de las tareas que plantea el "tercer periodo"", es decir, que comprendan el carácter fascista de la socialdemocracia y la necesidad de la lucha "implacable" contra la "desviación de derecha" en el partido. Con la autoridad que les da esta ejecutoria, los delegados alemanes despliegan en la sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la IC el ataque en regla contra Togliatti, sospechoso de veleidades bujarinistas, y acusado concretamente de dos pecados: haberse opuesto en el VI Congreso de la IC a la purga en el partido alemán, y mostrar excesivo liberalismo frente a los "derechistas" del partido italiano.

Thaelmann cita como pieza de convicción el siguiente planteamiento de Togliatti en el VI Congreso: "En lo que se refiere a las diversas corrientes que existen en el seno del Buró Político del partido [alemán], me parece que la diversidad de opiniones existentes sobre una serie de cuestiones son diferencias que pueden existir normalmente en un centro dirigente, sin que en el seno de éste deba desencadenarse una lucha de grupos o fracciones. Si sobre la base de esas divergencias se va a una lucha de grupos o a la adopción de medidas de organización por parte de la mayoría del Buró Político contra la minoría, la cosa sería muy peligrosa porque llevaría a una restricción de la base que sustenta al centro del partido, a una limitación de su vida política y de su democracia interna"(61).

La "cosa" se reveló, efectivamente, molto pericolosa para muchas secciones de la IC, pero donde tuvo efectos más graves fue en el partido alemán, que entraba en la etapa decisiva de la lucha contra el fascismo, cuando más necesario y urgente era realizar los máximos esfuerzos a fin de lograr la unidad de acción de la clase obrera y elevar la capacidad ideológica, política y organizacional del partido. Hay que tener en cuenta que los acusados de "derechismo" eran, por lo general, los partidarios más decididos de la política de frente único proletario contra la amenaza fascista que se cernía sobre Europa. En lo que se refiere a Alemania concretamente, el X Pleno del Comité Ejecutivo de la IC es el origen inmediato de los graves errores del PCA que ulteriormente, cuando la catástrofe ya se había consumado, serían criticados por el Ejecutivo de la Komintern, silenciando su propia responsabilidad y la de Stalin.

El camino de la catástrofe

El periodo impropriamente llamado de "estabilización relativa" del capitalismo – en realidad fue un periodo de acelerado crecimiento de las fuerzas productivas – bajo cuya "prosperidad", cantada por los corifeos de la burguesía y de la socialdemocracia, se gestaba la gran crisis económica mundial de 1929-1933, podía haber servido para la preparación teórica, política y organizacional de los partidos comunistas con la perspectiva de nuevas coyunturas revolucionarias. Pero el proceso que hemos analizado de parálisis teórica, sofocamiento de la vida política interna de los partidos comunistas, imposición cada vez más acentuada de un centralismo burocrático esterilizante, sucesivas purgas de la "derecha" y de la "izquierda", adaptación creciente a los vaivenes de la política interior y exterior del Estado soviético, liquidación de los elementos fecundos que contenía la política de frente único proletario elaborada en el periodo de Lenin, conducía inevitablemente los partidos comunistas a un divorcio cada vez mayor de las realidades nacionales, a que se

profundizase su aislamiento de las masas, a hacer el juego, en la práctica, a la política reformista de la socialdemocracia. Los partidos comunistas se recuecen en su propia salsa, en lugar de transformarse en auténticas vanguardias del proletariado. El proceso no se refleja de manera idéntica, como es natural, en todos los partidos. Según las condiciones objetivas en que se encuentran, las características del núcleo dirigente, etc., unos partidos resisten mejor que otros a la apisonadora que se ha puesto en marcha. Algunos quedan reducidos a grupos minúsculos, como el español. Otros como el italiano, logran preservar hasta cierto punto la conexión de su política con las realidades nacionales.

Los efectos de ese periodo en el partido alemán podrían resumirse con el término de estancamiento político y organizacional. A nivel teórico, como ya vimos, son francamente regresivos. Entre 1925 y 1930 los efectivos del partido permanecen prácticamente estacionarios: 1925: 122 755; 1926: 134 248; 1927: 124 729; 1930: 124 000. El porcentaje de sufragios sigue también una línea casi horizontal: 1924: 12,7 %; 1928: 10,2 %; 1930: 13,1 % (62).

En octubre de 1929, se inicia la crisis económica mundial. En Alemania – donde los efectos fueron más inmediatos y graves que en cualquier otro país – no se produce el auge revolucionario que Stalin da por existente desde 1927, sino el auge espectacular del fascismo. En las elecciones de 1930 el partido de Hitler obtiene 6 400 000 de votos, cinco millones y medio más que en 1928, mientras que el partido comunista no aumenta más que en un millón trescientos mil (4 590 000 contra 3 262 584 en 1928; en porcentaje de votantes pasa de 10,2 % a 13,1 %), y la socialdemocracia pierde medio millón. El progreso del partido es de cierta importancia, pero queda fuertemente relativizado ante el vertiginoso crecimiento del fascismo. Una parte no pequeña de los votos fascistas provienen de obreros, en especial de parados. Aún más inquietante que los índices electorales es la situación del partido en las fábricas. En enero de 1931 sólo el 4 % de los comités de fábrica tiene dirección comunista; el 84 % está controlado por la socialdemocracia. Hacia finales de 1932 sólo el 10 % -de los miembros del partido eran afiliados de los sindicatos. Una de las causas principales de esta situación era la orientación hacia la ruptura de los sindicatos reformistas y a la creación de organizaciones sindicales paralelas, preconizada por Stalin en la reunión del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC celebrada en diciembre de 1928. Stalin indica concretamente Alemania como uno de los países donde tal orientación debe aplicarse. En septiembre de 1930 el V Congreso de la Profintern tomó la decisión de que la Oposición sindical roja saliera de los sindicatos en una serie de países y formara organizaciones autónomas, que en la práctica resultaron duplicados de las organizaciones del partido. Toda esta línea sindical está ligada a la idea de que se ha iniciado el "tercer periodo", el auge revolucionario, y más vale contar con organizaciones pequeñas, pero bien controladas por el partido, que trabajar pacientemente por ganar a las masas dentro de las grandes organizaciones sindicales tradicionales. Las consecuencias de esa orientación para el partido alemán se reflejan en los datos indicados más arriba. Sus ganancias electorales entre la clase obrera se producen sobre todo entre los obreros parados (análogamente a como sucede con los progresos electorales fascistas dentro de la clase obrera). La gran mayoría de los obreros que están en las fábricas y en los sindicatos siguen bajo el control de la socialdemocracia, lo que explica el fracaso de todos los intentos del partido comunista por organizar huelgas políticas, sin tener una táctica de unidad obrera que le permitiera establecer conexiones reales con la masa proletaria socialdemócrata⁶³. Los resultados electorales demostraban, por otra parte, que las capas medias de la ciudad y del campo pasaban en masa a las filas fascistas.

En este contexto, preconizar como salida inmediata a la situación la dictadura del proletariado era tanto como cerrar el camino a la unidad de acción de la clase obrera y arrojar aún más a las capas medias en brazos del fascismo. Sin embargo, tal era el programa del partido comunista, su consigna política central. Muchos años después de la catástrofe, Wilhelm Pieck reconocerá que éste fue uno de los más graves errores del Partido Comunista alemán: preconizar la creación de una "república soviética alemana" y "no poner en primer plano la lucha por la defensa de la democracia y de los derechos políticos de las masas populares", "dirigir el ataque igualmente contra los nazis y contra la socialdemocracia", "no comprender la gravedad del peligro fascista". A esto podría agregarse que

el error se agravaba considerablemente al proponer como modelo de república socialista alemana el modelo soviético. Si en algún país la crítica de los aspectos antidemocráticos de este modelo había calado profundamente en la clase obrera, ese país era Alemania. De ello se había encargado el poderoso aparato propagandístico de la socialdemocracia. Con fines nada santos, naturalmente, pero la realidad era ésa. Si el Partido Comunista alemán hubiera asumido dicha crítica desde un ángulo revolucionario, marxista, uniéndola a la defensa de la revolución soviética y a la propuesta de un nuevo modelo de socialismo para Alemania, otro gallo le hubiera cantado. Pero para eso tenía que haber sido otro tipo de partido comunista, huelga decirlo.

Pieck dice en esencia lo mismo que Trotski, con la diferencia de que Trotski lo dice a partir de 1930, cuando aún existían algunas posibilidades de cambiar la situación. En oposición a la teoría del "socialfascismo", Trotski plantea la contradicción fundamental que existe entre fascismo y socialdemocracia. "Por muy cierta que sea la afirmación de que la socialdemocracia ha preparado con su política la expansión del fascismo, no es menos exacto – dice – que el fascismo aparece como una amenaza mortal para la misma socialdemocracia, cuya existencia entera está indisolublemente ligada a las formas de gobierno parlamentario-democrático-Pacifistas". "Rehusarse a utilizar metódica y sistemáticamente, en interés de la revolución proletaria, la contradicción grande y aguda que existe entre el fascismo y la socialdemocracia, es caer en la estupidez burocrática total". Partiendo de este postulado, Trotski preconiza una política consecuente de frente único, como solo camino posible para cerrar el paso al fascismo: "La política de frente único de los obreros contra el fascismo se deduce de toda la situación. Abre al partido comunista inmensas posibilidades. La condición del éxito depende, pues, del abandono de la teoría y la práctica del "socialfascismo", cuya nocividad se hace peligrosa en las condiciones actuales [...] Deberemos concluir acuerdos contra el fascismo con diversas organizaciones y fracciones socialdemócratas". "En la lucha contra el fascismo debemos estar dispuestos a concluir acuerdos prácticos de lucha con el diablo, con su suegra, e incluso con Noske y Zörgiebel"(65).

Pero el frente único, plantea Trotski, no puede hacerse, como propone Thaelmann, con la consigna de derrocamiento inmediato del capitalismo, porque "los obreros socialdemócratas siguen siendo socialdemócratas precisamente porque siguen creyendo en la vía gradual, reformista, de transformación del capitalismo en socialismo". Por eso debemos decirles: "Vosotros confiáis en la democracia, nosotros creemos que la salida está sólo en la revolución. Pero nosotros no podemos y no queremos hacer la revolución sin vosotros. Hitler es ahora el enemigo común. Después de haberlo vencido haremos junto con vosotros el balance y veremos cómo continuar el camino". En otro lugar leemos esta reflexión magistral: "La equivocación de la burocracia estaliniana no consiste en ser "intransigente" respecto a la socialdemocracia, sino en ser de una intransigencia políticamente impotente". Trotski tiene en cuenta, también, toda la importancia de la actitud de las capas medias, que momento tienden al fascismo: "Para que la crisis social pueda llevar a la revolución proletaria es indispensable que se produzca, entre otras condiciones, un desplazamiento decisivo de las clases pequeño burguesas hacia el proletariado"(66). Sin embargo, Trotski no aborda el problema de cómo atraer a estas capas al lado de la clase obrera al en la fase de la lucha antifascista.

La tesis del "socialfascismo" lleva al PCA hasta el extremo de participar, al lado de los nazis y de los "cascos de acero" en el referéndum del 9 de agosto de 1931 contra el gobierno socialdemócrata de Prusia. Muchos años después los dirigentes comunistas alemanes calificarán ese acto del partido como otro de sus más graves errores. Dio pie a que se pudiera presentar a los comunistas "como aliados de los fascistas a los ojos de una gran parte de la clase obrera", levantando una nueva barrera entre comunistas y socialdemócratas a la hora en que ya la amenaza fascista revestía suma gravedad y sólo podía ser detenida por la acción unida del proletariado(67). Pero *Pravda* del 12 de agosto de 1931 escribe que "los resultados del voto significan [...] el mayor golpe que la clase obrera haya asestado jamás a la socialdemocracia". Y la IC presenta el hecho como ejemplo de aplicación de la política de frente único! "Ninguna cabeza proletaria – comenta Trotski – podrá entender por qué la participación en el referéndum, al lado de los fascistas, contra los

socialdemócratas y el partido del centro, debe ser considerado como una política de frente único con los obreros socialdemócratas y católicos”. Y añade: ”Salir a la calle con la consigna: ”¡Abajo el gobierno Bruning-Braun!”, cuando, dada la relación de fuerzas, este gobierno no puede ser reemplazado más que por un gobierno Hitler-Hindenburg, es aventurerismo puro”(68).

En mayo de 1932, Trotski escribe proféticamente: ”Si las organizaciones más importantes de la clase obrera alemana prosiguen su actual política, la victoria del fascismo está casi automáticamente asegurada, y en plazo relativamente corto”. Apremia al Partido Comunista alemán a tomar iniciativas políticas, a ”proponer al Partido Socialdemócrata y a la dirección de los sindicatos la lucha común contra el fascismo, de la base a la cúspide”. ”No existe otra vía para la clase obrera alemana”, y ”el problema de la suerte de Alemania es el problema de la suerte de Europa, de la suerte de la Unión Soviética, y, en gran medida, de la suerte de toda la humanidad por un largo periodo histórico. Ningún revolucionario puede hacer otra cosa que subordinar sus fuerzas y su suerte a la resolución de este problema”(69).

Los acontecimientos demostraron bien pronto la clarividencia de los análisis y sugerencias de Trotski en sus escritos de 1930-1932 sobre Alemania. Pero la dirección de la IC y del PCA no los tuvieron en cuenta. La feroz persecución del ”trotsquismo” en todas las secciones de la Komintern, acompañada en esos mismos años de la no menos implacable lucha contra los ”derechistas” y los ”conciliadores”, se traducían en que toda propugnación del frente único con los partidos socialdemócratas y con fuerzas políticas democrata-burguesas para contener el avance fascista era considerada pura herejía oportunista. Cuando a finales de 1932, ante la extrema agravación del peligro, se inicia un cierto cambio en la política del PCA respecto a la socialdemocracia, era demasiado tarde.

Todo el proceso político de Alemania desde los primeros meses de 1930 – cuando la amenaza fascista se revela en toda su magnitud – permite suponer que si a partir de aquel momento la IC y los comunistas alemanes, corrigiendo la política anterior, aplican una táctica flexible de unidad antifascista, el curso de los acontecimientos hubiera podido cambiar radicalmente. Pese, en efecto, a la política ultrasectaria del Partido Comunista, una fracción creciente de obreros socialdemócratas fue tomando conciencia del peligro y pasando a posiciones de izquierda y unitarias. En las elecciones de noviembre de 1932, como ya hemos dicho, el retroceso de la influencia nazi es evidente (el partido hitleriano pierde dos millones de votos). Los dos partidos obreros totalizan 13 millones de votos, contra 11,7 millones a los fascistas. El Partido Comunista logra 6 millones, con un progreso de 1,3 millones sobre 1930. Una política inteligente de unidad antifascista iniciada a tiempo hubiera, evidentemente, extendido mucho más la influencia comunista en la masa socialdemócrata y en los obreros católicos del partido del centro, así como en las capas medias; hubiera facilitado la presión unitaria de la base en el Partido Socialdemócrata y el progreso de su ala izquierda. La significación histórica de los juicios de Trotski en ese periodo no deriva sólo de que los acontecimientos confirmaran su razón. Consiste también en que prueban la posibilidad de tales juicios. Prueban que el retraso de la IC en comprender el carácter y la gravedad del peligro fascista en Alemania, en elaborar una política adecuada para contrarrestarlo, no se explica por la situación objetiva, porque ésta no hubiera aportado aún datos suficientemente visibles, ni porque la experiencia del movimiento comunista a este respecto fuera insuficiente. La evidencia del peligro fascista en Alemania era cegadora desde las elecciones de 1930; lo que el fascismo significaba para el movimiento obrero era una realidad presente en Italia desde hacía años, había sido clarívidamente analizado por Gramsci desde su aparición, más adelante por Togliatti; la política de frente único proletario, incluyendo acuerdos con las direcciones socialdemócratas, había sido elaborada e incluso ensayada en vida de Lenin.

La impotencia política de la IC entre 1930 y 1933 se explica por el estado a que había llegado su propio organismo – sus facultades teóricas, sus articulaciones organizacionales, su metabolismo político – a través del proceso que hemos intentado desentrañar. Por eso es impotente para intervenir como fuerza revolucionaria decisoria en el tremendo duelo que se entabla entre la clase obrera y la burguesía sobre el fondo de la crisis económica mundial. La bancarrota histórica de la III

Internacional se consuma, como la de la II Internacional, en el escenario alemán. La IC se hunde allí donde sus primeros congresos habían situado el nuevo punto de arranque de la revolución mundial. El viraje del VII Congreso no la hará renacer: será su canto de cisne.

La experiencia frentista

Recuperación capitalista y contraofensiva obrera

En los tres años que mediaron entre la iniciación de la crisis económica y la subida de Hitler al poder un viento de pesimismo y alarma sacudió al mundo burgués. El 14 de noviembre de 1931 escribía el *New York Times* que el impacto de la crisis "no sólo sobrepasa episodios similares del pasado, sino amenaza mortalmente al sistema capitalista". Los acontecimientos, en efecto, no parecían presagiar nada de bueno al "sistema". La caída de la producción, el desbarajuste del comercio y de las finanzas, llegan a extremos sin precedentes en la historia de las crisis cíclicas del capitalismo. En el punto más bajo de la curva depresiva los parados totales se cifran entre los 25 y los 30 millones. Europa y los Estados Unidos se estremecen bajo una ola de huelgas, manifestaciones de masa, "marchas del hambre", choques entre los trabajadores y las fuerzas armadas del Estado. La agitación social y política alcanza un nivel desconocido desde los años 1919-1920. En algunos Estados europeos se inician procesos políticos en los que las clases dominantes ven posibles fases "kerensquianas": caída de la monarquía española en abril de 1931; gobierno del "bloque popular" en Bulgaria, en junio del mismo año; derrota de las derechas en las elecciones francesas de mayo de 1932. Los movimientos de liberación cobran nuevo vigor en Asia y América latina. Pero la medalla tiene su reverso. El fascismo y la reacción tradicional se activizan por doquier, no escatiman la violencia ni la demagogia, y encuentran eco en millones de desesperados de las capas medias – duramente afectadas por la crisis – y del mismo proletariado. Socialistas reformistas y liberales burgueses maniobran en dos frentes: contra la amenaza fascista y contra la amenaza revolucionaria. Los comunistas llaman incansablemente a la lucha por "el poder de los soviets".

La victoria de Hitler introduce una primera clarificación al descartar la amenaza revolucionaria en el país donde revestía características más graves para el capitalismo europeo. Después habría la explosión de junio de 1936 en Francia, pero el espectro de la revolución no toma cuerpo realmente más que en España. Y análogamente a como siglos atrás la Europa del capitalismo naciente se coaligó contra la España imperial, ahora la Europa del capitalismo adulto se coaliga para aplastar a la España revolucionaria.

Sin embargo, el hecho de que el capitalismo sobreviviese en Europa (sin hablar ya de los Estados Unidos) a la crisis del veintinueve, no se explica sólo por la victoria de las clases dominantes en la esfera política, mediante el recurso al fascismo o bajo formas más o menos tradicionales. La victoria a este nivel permite que jueguen plenamente – en el plano de las estructuras económicas – los mecanismos de recuperación implicados en la crisis misma. La tesis vigente por aquellos años en la IC, según la cual se estaba en presencia de la "crisis final" del sistema capitalista, derivaba precisamente de que se negaba dicha capacidad de recuperación(70). A través de la ruina de millones de pequeños productores urbanos y rurales, de la quiebra de cientos de miles de capitalistas medios y de no pocos tiburones del capital; mediante el expeditivo procedimiento de arrojar a la calle millones de trabajadores "sobrantes"; bajo el dictado, en una palabra, de sus "leyes naturales", las estructuras productivas del capitalismo se "autorracionalizaron" en los años que siguen a 1929, análogamente a como ocurrió en sus anteriores crisis cíclicas. Pero esta vez los prácticos, y algunos teóricos de la economía capitalista (la primera edición inglesa de la *Teoría general* de Keynes aparece en 1936), toman conciencia de la necesidad y de la posibilidad de regular en cierto modo las "leyes naturales", lanzando así el primer desafío a la tesis marxista que afirmaba la incorregibilidad de la anarquía propia a la producción capitalista. El alto grado de concentración monopolista a que había llevado la dinámica misma de esa anarquía en los países industrialmente desarrollados creaba las condiciones objetivas para refrenarla, desde el momento

que la masa de capitalistas privados se encontraba en estrecha dependencia de unos cuantos cientos o decenas de grandes unidades monopolísticas. La articulación del Estado con estas unidades proporcionaba un instrumento de incomparable poder coactivo a todos los niveles: económico, político, ideológico, científico, cultural, etc. El Estado deberá servir en adelante no sólo para mantener en obediencia a los explotados sino para subordinar el interés privado de cada capitalista al interés general del capitalismo. Por una de esas ironías de la historia, la primera revolución proletaria triunfante habría de contribuir no poco a que las clases capitalistas tomaran conciencia de la necesidad de disciplinar sus "leyes naturales" y concibieran cómo hacerlo. La revolución rusa, en efecto, les hizo comprender mejor los riesgos del *laissez faire, laissez passer*, y el gigantesco trust estatal creado por la revolución, su primer plan quinquenal, les ayudó a calibrar los servicios que podía rendir el Estado en la esfera económica. Marcando el paso a su enemigo, el Estado burgués hizo así su irrupción histórica en el sagrado recinto de la economía capitalista. Las guerras ya lo habían exigido más de una vez, pero como excepción de la regla; ahora la excepción se hacía regla.

El fascismo en Alemania y el *New Deal* en los Estados Unidos (simbólicamente, Hitler y Roosevelt llegan al poder casi simultáneamente) representarán los dos polos del cuerpo de soluciones políticas y económicas que sirven al capitalismo monopolista para reestructurar la sociedad industrial. Pero la polaridad es sobre todo política. La bárbara violencia nacionalista, racial y antiobrera del primero, y el idealismo paternalista del segundo, recubren un proceso económico análogo. Contra lo que muchos – en todos los horizontes políticos, incluido el marxista – creen en ese momento, la variante fascista no será más que una solución de emergencia (que se le impone al capital monopolista de la gran potencia industrial alemana, en virtud de su debilidad interior frente al movimiento obrero y de su debilidad exterior frente al "cerco" de sus rivales, detentadores del monopolio colonial), mientras que la variante americana se revelará como el primer ensayo del futuro "neocapitalismo". En resumen, la mayor crisis económica de la historia del capitalismo, en lugar de ser la "crisis final" y desembocar en revolución proletaria, como se creyó en la IC, resultó ser el parto doloroso de una nueva fase del desarrollo capitalista: el capitalismo monopolista de Estado. La preparación de la segunda guerra mundial y la guerra misma servirán para quemar las etapas de esta mutación, no sólo porque aceleran la transformación del Estado en la máxima potencia económica de cada país, sino porque imprimen un ritmo febril al progreso técnico y científico, intensifican la dinámica de la concentración económica y política, etc. Una vez más, la "lógica" monstruosa del mecanismo capitalista se revela más fuerte que la conciencia moral de la humanidad y que la conciencia de clase del proletariado; más astuta que los dispositivos estratégicos y tácticos del "partido mundial" de la revolución.

Sin embargo, entre la subida al poder de Hitler y el comienzo de la carnicería mundial surgieron en Europa nuevas oportunidades de oponerse a esa "lógica" y modificar el curso de los acontecimientos. En los países donde el movimiento obrero no había sido aplastado por las dictaduras fascistas o fascizantes, la terrible lección alemana provocó, en efecto, una reacción saludable en las masas populares, en los partidos y sindicatos obreros, e incluso en partidos políticos de la burguesía y pequeña burguesía cuya existencia estaba tradicionalmente ligada al régimen parlamentario y a las libertades legadas por las revoluciones burguesas. La agravación del peligro de guerra contribuyó también a la activización política de las masas populares, , aunque en una serie de casos el miedo a la guerra predisponía a las mayores capitulaciones.

En la clase obrera el reflejo antifascista va acompañado de una radicalización anticapitalista, estimulada por los penosos efectos de la crisis. La vía reformista se desacredita ante extensos sectores proletarios, y dentro de los partidos y sindicatos socialdemócratas ganan rápidamente terreno las tendencias de izquierda. El año 1934 es sintomático de esta radicalización. En febrero, las milicias obreras socialistas se baten valerosamente en Viena contra la dictadura de Dollfuss, y los trabajadores de París – comunistas y socialistas – salen a la calle contra las "ligas" fascizantes. En ese mismo mes tiene lugar la gran "marcha del hambre" sobre Londres, en cuya organización los comunistas participan junto con miembros del Partido Laborista, de las Trade Unions, y el Partido Laborista Independiente. Y 1934 es el año del octubre asturiano: el movimiento

insurreccional preparado contra la entrada en el gobierno de Madrid del partido fascizante de Acción Popular, no pasa, en la mayor parte de España, de la huelga general revolucionaria; pero en Asturias los mineros se apoderan del poder y lo defienden con heroísmo durante quince días contra fuerzas muy superiores del ejército enviadas por el gobierno para aplastar la insurrección. En la Comuna asturiana combaten unidos socialistas, comunistas y anarquistas.

Esta contraofensiva del movimiento obrero frente al avance fascista y la intensificación de la explotación capitalista, llega a su punto culminante en 1936. A la victoria electoral del Frente Popular en España y en Francia no sigue la espera pasiva de la clase obrera al cumplimiento de las promesas electorales. Y no tanto porque los programas de los Frentes Populares respectivos sean sumamente moderados y no contengan soluciones a los problemas de fondo planteados en ambos países, como porque los trabajadores no confían en los nuevos equipos gubernamentales. Toman conciencia de que la situación política creada gracias a su lucha les es favorable y deben aprovecharla sin pérdida de tiempo. Huelgas, manifestaciones, asalto de las cárceles para liberar a los presos políticos, ocupación de tierras, ajuste de cuentas a fascistas y reaccionarios, creación de grupos armados, se propagan por España como mancha de aceite entre febrero y julio. Y cuando los generales se sublevaron, los trabajadores responden con la lucha armada y la revolución. En Francia, sin esperar a que Blum forme gobierno, las masas obreras se lanzan a la huelga y ocupan las fábricas durante el mes de junio. La vecindad de ambos movimientos y su coincidencia en el tiempo crean una coyuntura única para poner en marcha un proceso que podía cambiar radicalmente el panorama europeo. Es indudable que la profundidad revolucionaria y el empuje combativo del movimiento español eran, en aquel momento, mayores que en el francés. Pero éste contenía un potencial revolucionario que fue deliberadamente frenado por los más llamados a impulsarlo. La frustración de las posibilidades contenidas en el junio francés dejó aislada la revolución española y fue una de las causas esenciales de su derrota militar. La vía quedó libre para la agresión hitleriana y la segunda guerra mundial.

La responsabilidad de la socialdemocracia internacional, y sobre todo del Partido Socialista francés, en que los acontecimientos tomaran el rumbo que tomaron, no es menor que la de la socialdemocracia alemana en la victoria de Hitler. Pero es muy improbable que el juicio de la historia absuelva de toda culpa a la Internacional Comunista.

El viraje de 1934

Inmediatamente después de la subida de Hitler al poder comienza a perfilarse un cambio en la posición de los líderes socialistas respecto al problema del frente único con los comunistas. En un llamamiento dirigido a los obreros de todos los países, con fecha de febrero de 1933, la dirección de la Internacional Obrera Socialista [IOS] declara estar dispuesta a entablar conversaciones con la IC, a fin de organizar acciones comunes contra el fascismo. Pone como única condición que cesen los ataques recíprocos(71). En la conferencia que la misma IOS celebra en agosto de ese año, la "izquierda" – representada en ese momento por Nenni, Grimm, Ziromski, Spaak, y otros – adopta una posición similar a la que en esa hora tiene la Komintern: frente al avance fascista la clase obrera no tiene más opción que la lucha directa por el poder. Adler y Blum, representantes del "centro", se atienen a las posiciones reformistas tradicionales, pero admiten la acción común con los comunistas, bajo la condición más arriba indicada(72). En los primeros meses de 1934, el Partido Socialista español se pronuncia por las Alianzas Obreras y propone al Partido Comunista ingresar en ellas(73). La SFIO² se declara dispuesta desde 1933 a concertarse con el Partido Comunista, siempre que cesen "las polémicas injuriosas de partido a partido". Con motivo de los acontecimientos del 6 de febrero de 1934, los dirigentes de la Federación del Sena de la SFIO proponen a la dirección del Partido Comunista reunirse para "fijar las bases de un acuerdo leal y realizar la unidad de acción de los trabajadores"(74). Posiciones análogas se registran en otros partidos socialistas.

² Sección Francesa de la Internacional Obrera (Partido Socialista francés). NDE.

Las motivaciones de esta evolución de un sector considerable de la socialdemocracia hacia las alianzas políticas con los partidos comunistas son complejas. Una de las más generales, sin duda, es el reflejo defensivo ante la evidencia de que el fascismo no dirigía sus golpes exclusivamente contra la extrema izquierda. La dramática, experiencia alemana confirmaba que el fascismo – como decía Trotski desde 1930 – “era una amenaza mortal para la misma socialdemocracia”. Por otra parte, el hundimiento del gran Partido Socialdemócrata alemán dio lugar a que la hegemonía dentro de la IOS pasara decisivamente a los partidos socialistas de las potencias de Versalles, amenazadas por el revanchismo hitleriano. Y estos Estados – en los que los partidos socialistas desempeñaban un papel relevante – comienzan a plantearse, como una alternativa posible, la alianza con la Unión Soviética. El mejoramiento de las relaciones de los partidos socialistas con la IC y sus secciones nacionales podía allanar el camino en esa dirección. La evolución viene dictada también, en una serie de casos, por consideraciones estrechamente partidistas: se trata de no chocar demasiado frontalmente con las tendencias unitarias y radicales que se extienden en las masas.

No todo es oportunismo, sin embargo. A algunos líderes socialdemócratas – no muy numerosos, ciertamente – la experiencia del fascismo los conduce a una revisión fundamental de las tesis reformistas. Uno de los ejemplos más característicos es el de Otto Bauer, figura destacada entre los teóricos del marxismo austriaco. Después de las elecciones austriacas de abril de 1927, Otto Bauer prevé casi matemáticamente el itinerario que le queda por recorrer al partido socialista, a caballo del sufragio universal, para llegar al poder e instaurar el socialismo: “En 1920 – dice – tuvimos el 36 % de los votos. En las penúltimas elecciones cerca del 40 %. Ahora, casi el 43 %. En seis años y medio nos hemos fortalecido aproximadamente en un 7 %. ¿Cuánto nos falta?”

El camino hacia el poder que necesitamos recorrer exige aproximadamente el mismo plazo que el transcurrido desde 1920 [...] Una o dos elecciones más y habremos terminado con el gobierno burgués”(75). Pero al cumplirse el plazo es el gobierno burgués quien termina con el Partido Socialista austriaco. En 1936, Otto Bauer escribe que la experiencia del fascismo “destruye la ilusión reformista según la cual la clase obrera puede llenar las formas de democracia [burguesa] de un contenido socialista y transformar el orden capitalista en un orden socialista sin salto revolucionario”(76). Conclusión muy generalizada en los socialistas de izquierda de aquellos años, entre los que es frecuente observar un interés por los problemas teóricos de la revolución que contrasta con el practicismo imperante en la IC. Al mismo tiempo que se condena al reformismo se postula en muchos casos la creación de un nuevo partido marxista que unifique a socialistas revolucionarios y comunistas, sin excluir a trotskistas (estos socialistas radicalizados de los años treinta no tienen prejuicios antitrotskistas, sino más bien lo contrario). Tales son las posiciones que se manifiestan en la izquierda del partido y de las juventudes socialistas en España, en las tendencias Ziromski y Marceau-Pivert dentro de la SFIO, en una fracción del Partido Laborista independiente, en un grupo de “socialistas revolucionarios” alemanes, que en septiembre de 1934 hace pública su plataforma bajo el título “Vía hacia una Alemania socialista”, etc.(77)

Por primera vez desde la escisión de 1919 se presentaba la posibilidad real no sólo de la unidad de acción entre socialdemócratas y comunistas, sino de llegar a la unificación en un solo partido de las diversas corrientes revolucionarias inspiradas en el marxismo. Pero transcurre todo 1933 y casi la mitad de 1934 sin que la IC modifique las posiciones ultra-sectarias que habían llevado a la catástrofe al partido alemán. No acepta la propuesta de conversaciones que le hace la IOS en febrero de 1933. No comprende la significación de la tendencia de izquierda que se manifiesta en la conferencia de la misma IOS en agosto de ese año. Y la XIII Sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la IC, celebrada cuatro meses después, sigue contraponiendo el frente único “por abajo” al frente único “por arriba”, persiste en ver a la socialdemocracia en bloque como la principal base social de la burguesía, y su ala izquierda como la fracción más peligrosa y solapada de la socialdemocracia(78). Ateniéndose a este criterio los partidos comunistas rechazan las propuestas unitarias que se les hacen. El Partido Comunista de España se niega a ingresar en las Alianzas Obreras. Y la dirección del partido francés responde en los siguientes términos a la proposición, más arriba citada, que le hacen los dirigentes socialistas de París: “Más que nunca fraternizaremos con los obreros

socialistas, más que nunca los llamaremos a la acción común con sus camaradas comunistas. Y más que nunca denunciaremos a los jefes socialistas, al partido socialista, servidores de la burguesía, último reducto de la sociedad capitalista [...]”(79) Unos días después, manifestaciones convocadas separadamente por el Partido Socialista y por el Partido Comunista convergen a un mismo lugar, y cien mil trabajadores parisinos aclaman la unidad de acción. Pero para la dirección del Partido Comunista francés el acontecimiento no es más que un acto de frente único ”por abajo”. La campaña contra el Partido Socialista se refuerza, si cabe, en los meses siguientes.(80)

De improviso, Moscú da la señal del ”viraje”. El 31 de mayo de 1934, *L’Humanité* reproduce un artículo de *Pravda* donde se argumenta que es perfectamente admisible proponer a los dirigentes socialistas franceses la unidad de acción. En el mismo número *L’Humanité* publica un llamamiento ”a los obreros y secciones socialistas, a la comisión administrativa del partido socialista”(81). A partir de ese momento los pactos de unidad de acción socialista-comunista se suceden en cadena. En julio se firma el francés, en agosto el italiano, en septiembre el Partido Comunista de España ingresa en las Alianzas Obreras, pese a la presencia en ellas de la organización trotskista, y entre las organizaciones juveniles comunista y socialista se entablan conversaciones para llegar a la fusión. De golpe se ponía de manifiesto que las iniciativas unitarias emanadas desde hacía más de un año de las filas socialistas no eran pura maniobra, y que la prolongación durante ese mismo periodo de la línea ultrasectaria de la IC había causado un grave perjuicio a la unidad obrera, con el agravante de que en la situación creada en Europa, desde la subida de Hitler al poder, la cuestión de ganar tiempo en la preparación de las fuerzas revolucionarias para los combates que se avecinaban era una cuestión vital.

¿Qué factores impidieron a la IC realizar antes el ”viraje”? ¿Y por qué se efectúa precisamente en mayo de 1934?

Es indudable que el estado en que se encontraba la Komintern a la altura de 1933 – cuestión sobre la que no vamos a volver después de todo lo dicho en la exposición precedente – bastaría para explicarse el retraso. La mentalidad y los hábitos políticos creados en diez años de rigidez sectaria, de depuraciones y acentuación continua del centralismo burocrático, se caracterizaban justamente por ser el polo opuesto de lo que exigía la nueva situación. Esos rasgos se daban, muy particularmente, en el grupo de funcionarios del partido soviético que después de la eliminación de Bujarin y de los bujarinistas constituía, bajo las órdenes de Stalin, la dirección efectiva de la IC (Manuilski, Kusinen, Piatniski, Losovski, etc.). Es verosímil que en su fuero interno algunos de los dirigentes comunistas europeos comprendiesen desde hacía tiempo la necesidad del cambio táctico – la presión de los acontecimientos, de las corrientes unitarias que cundían en las masas y en la misma socialdemocracia, la creciente gravedad de la amenaza fascista, no podían por menos de influirles –, pero revisar, en el sentido que exigía la situación, la política de la IC, implicaba impugnar conceptos (como el de ”socialfascismo”) y normas de acción (como la ”regla estratégica fundamental”), que eran creación muy directa de Stalin. Y enfrentarse con las concepciones de Stalin después de la eliminación de las oposiciones trotskista, bujarinista, etc., era prácticamente imposible. Se podía romper, pero no discutir. La ”luz verde” para el viraje tenía que venir de Stalin o no había viraje.

No se dispone de fuentes documentales suficientes para establecer con exactitud cómo y por qué el asunto se decide en mayo de 1934. Según los historiadores soviéticos B.M. Leibson y K.K. Shirinia, el viraje de la Komintern en los años 1934-1935 resultó de la iniciativa de sus propios dirigentes, y en especial de Dimítrov. Stalin no se opuso teniendo en cuenta el peligro que se cernía sobre la URSS, pero impuso que el viraje táctico se llevara a cabo sin criticar las concepciones anteriores (es decir, las concepciones de Stalin): había que fundarlo únicamente en el cambio de situación. Toda la línea general de los diez años anteriores debía seguir siendo considerada como justa, sólo que las direcciones de los partidos, entre ellas la alemana, habían cometido errores en su aplicación. Con ello la infalibilidad de Stalin quedaba a salvo(82). Sin embargo, Leibson y Shirinia no pueden aportar una sola prueba documental – pese al evidente interés que tienen en apuntalar su tesis, y a que han podido consultar las actas de las reuniones del Comité Ejecutivo de la IC en esos meses –

de que la cuestión del viraje se discutiera en el núcleo dirigente de la Komintern antes del mencionado artículo de *Pravda* (al cual, por lo demás, no se hace referencia alguna en la obra). Y en *Pravda* no podía publicarse semejante texto – que al recomendar los acuerdos “por arriba” entre partidos comunistas y socialistas modificaba radicalmente la norma seguida en los diez años precedentes – sin la aprobación expresa de Stalin. Los datos que aportan los dos historiadores soviéticos prueban, en cambio, que la discusión comienza en el Ejecutivo y en las comisiones preparatorias del VII Congreso *inmediatamente después* de que *Pravda* ha dado la “luz verde”. El viraje no es fruto de la discusión en la dirección de la IC, sino el contrario: los dirigentes de la IC pueden discutir porque Stalin ha iniciado el viraje. Lo que no es óbice para que la versión de Leibson y Shirinia no contenga una parte de verdad. Pero a este aspecto nos referiremos más adelante.

Ahora bien, ¿por qué Stalin da la señal del viraje precisamente en mayo de 1934? A juzgar por los datos disponibles la clave está, como en otros virajes de la IC, en la política soviética, concretamente en su política exterior. Ya hemos dicho en el capítulo 2 que a partir de la subida de Hitler al poder el gobierno soviético busca activamente alianzas entre los Estados capitalistas “democráticos”. Pero hay una fase, justamente entre la victoria hitleriana y comienzos de 1934, en que esa búsqueda va asociada al esfuerzo por salvaguardar el “espíritu de Rapallo”. Tres meses después de la llegada de Hitler a la Cancillería es ratificado el protocolo, de prórroga del pacto germano-soviético de 1926, que a su vez era prolongación y ampliación del acuerdo de Rapallo. Después de que el Japón y Alemania se han retirado de la Sociedad de las Naciones, el Comité Central del partido soviético se pronuncia (diciembre de 1933) por el ingreso en ella de la URSS, pero al mismo tiempo Mólotov declara que el gobierno soviético no tiene razones para modificar su política hacia Alemania⁽⁸³⁾. Durante todo un año – de enero de 1933 a enero de 1934 – Stalin observa prudente silencio sobre la situación internacional en sus escritos públicos. Al fin lo rompe en su informe ante el XVII Congreso del partido, el 26 de enero de 1934. Comienza por constatar que “las cosas marchan, evidentemente, hacia una nueva guerra”. Pasa revista a las variantes que ésta puede revestir, advirtiendo a los Estados capitalistas que en todos los casos la aventura podría terminar mal para ellos: correrían el riesgo de encontrarse con la revolución. Pero de todas las variantes posibles, subraya Stalin, “difícilmente puede dudarse que la más peligrosa para la burguesía sería la guerra contra la URSS”.

“La burguesía puede estar segura – añade – que los numerosos amigos de la clase obrera soviética en Europa y Asia procurarán asestar golpes en la retaguardia a sus opresores, si éstos se atreven a desencadenar una guerra criminal contra la patria de la clase obrera de todos los países [...]” Apenas puede dudarse de que una segunda guerra contra la URSS [antes ha aludido a la intervención de 1919-1920] conduciría a la completa derrota de los agresores, a la revolución en varios países de Europa y Asia [...]”

Luego se refiere concretamente a los nuevos gobernantes alemanes. Si no se apartan de “la vieja política, reflejada en los conocidos tratados entre la URSS y Alemania”, no hay motivo para que las relaciones empeoren: “Naturalmente, está muy lejos de entusiasmarlos el régimen fascista de Alemania. Pero no se trata aquí del fascismo, por la sencilla razón de que el fascismo en Italia, por ejemplo, no ha impedido a la URSS establecer las mejores relaciones con dicho país”. Otra cosa sería si Alemania emprende “una nueva política, que en lo fundamental recuerda la política del exkaiser alemán, el cual ocupó en tiempos Ucrania y emprendió una campaña contra Leningrado”. Stalin constata que esa “nueva política va prevaleciendo (de manera evidente sobre la vieja”. Y para que los jefes nazis no tengan dudas sobre la alternativa que se le ofrece a la URSS en caso de que insistan en la “nueva política”, Stalin subraya a renglón seguido “la gran importancia para todo el sistema de relaciones internacionales” que tiene el reciente restablecimiento de las relaciones normales entre la URSS y los Estados Unidos (noviembre de 1933). No sólo – agrega Stalin – porque contribuye al mantenimiento de la paz, sino porque “establece una divisoria entre la vieja situación, cuando los Estados Unidos eran considerados como el baluarte de las tendencias antisoviéticas de toda especie, y la nueva, en la que este baluarte es retirado voluntariamente del camino, en beneficio mutuo de ambos países”. Y Stalin termina: “La URSS no piensa amenazar ni,

menos aún, atacar a nadie. Estamos por la paz y defendemos la causa de la paz. Pero no tememos las amenazas y estamos dispuestos a devolver golpe por golpe a los provocadores de la guerra. Todo el que quiera la paz y procure establecer relaciones económicas con nosotros se encontrará siempre con nuestro apoyo”(84). En todo el informe no hay la más ligera insinuación de que en caso de conflicto entre Estados capitalistas, provocado por una agresión alemana, la Unión Soviética vaya a prestar asistencia a los agredidos. Hasta ese momento el Estado soviético no ha concluido ningún pacto de ayuda mutua con otros Estados; sólo tiene pactos de no agresión.

En este informe todo está sabiamente dosificado, medido. Se agita el espectro de la revolución en caso de guerra, como un argumento para retener a los Estados capitalistas en la pendiente hacia el conflicto armado, pero las referencias a la lucha de clase obrera en los países capitalistas son mucho más parcas que en congresos anteriores y, por primera vez en un informe ante el congreso del partido, no se menciona a la Internacional Comunista. En la definición de las relaciones de la Unión Soviética con los Estados capitalistas se observa un equilibrio ejemplar, y a Alemania se le dice que el régimen fascista no es un obstáculo de por sí para conservar las buenas relaciones. Todo depende de la actitud que observe *para con la Unión Soviética*.

A la luz de este informe puede comprenderse perfectamente por qué no había llegado aún la hora de las alianzas políticas entre los partidos comunistas y socialistas: en Berlín podían ser interpretadas como una orientación unilateral de la IC, y por lo tanto de Stalin, hacia los Estados rivales de Alemania. Pero el mismo 26 de enero de 1934, mientras Stalin pronuncia su bien dosificado discurso, Polonia y Alemania firman un pacto que, como dicen Leibson Shirinia, era ”un paso evidente hacia la agresión hitleriana contra la URSS”, y así fue interpretado en Moscú. Y en París se entiende como un grave quebranto del sistema de alianzas antialemanas pacientemente edificado por la diplomacia francesa. El Quai d’Orsay y los jefes del ejército francés concluyen que ha llegado el momento de considerar seriamente la vuelta a la estrategia tradicional de los gobiernos franceses anteriores a la primera guerra mundial: con el zar o con Stalin, Rusia no ha cambiado de sitio; sigue al este de Alemania. Y Francia tampoco se ha movido, piensan en Moscú. La geografía manda. En los primeros días de mayo, Barthou concreta la posición francesa: propone al gobierno de la URSS un pacto francosoviético de ayuda mutua en el marco más amplio de un ”pacto oriental”, insertado a su vez en el cuadro de la Sociedad de las Naciones. Como este proyecto implica la aceptación de Inglaterra, Barthou ha prevenido al gobierno de Londres que en caso de oposición por su parte Francia concluirá una alianza militar directa con la URSS. El 25 de mayo, Barthou declara en la Cámara de diputados que el ingreso de Rusia en la Sociedad de las Naciones sería un acontecimiento considerable, y como yo tengo la preocupación de la paz, digo que sería un acontecimiento considerable para la paz europea”(85). Cinco días después aparece en *Pravda* el artículo recomendando al Partido Comunista francés entenderse con la SFIO.

Pero el acuerdo con la SFIO no es sólo una meta sino una etapa. El 24 de octubre, en Nantes, donde al día siguiente comienza el congreso del Partido Radical, Thorez lanza la idea de un ”amplio frente popular” que incluya al partido de Herriot, ”el partido con ayuda del cual – como diría Trotski – la gran burguesía entretiene las esperanzas de la pequeña burguesía en una mejora gradual y pacífica de su situación”(86). En *Fils du peuple* Thorez dice que esa iniciativa fue emprendida contra la opinión de la IC, transmitida por Togliatti, y presenta la cosa como prueba de que ya entonces el partido francés no se sometía incondicionalmente a las directivas de la IC. Pero siendo lo que entonces eran las relaciones en la alta jerarquía de la Komintern, y a la luz del comportamiento posterior de Thorez respecto a las directivas procedentes de Moscú, cuesta trabajo creer que desoyera la opinión del representante de la IC si otra instancia ”más elevada” no apoyó, o sugirió, su iniciativa(87). En todo caso el requerimiento a los radicales se ajustaba como anillo al dedo a la tarea que en ese momento debía resolver la diplomacia soviética. Los círculos reaccionarios franceses que se inclinaban a un compromiso con Alemania trataban, en efecto, de torpedear el proyecto de pacto francosoviético, y aprovecharon el asesinato de Barthou (9 de octubre) para intensificar sus maniobras. El concurso de los radicales era fundamental para llevar a término el proyecto.

El 2 de mayo de 1935, se firma en París el pacto franco-soviético, y en los días siguientes se celebran en Moscú las conversaciones Laval-Stalin. El comunicado final de la entrevista contiene la siguiente frase: "Stalin comprende y aprueba plenamente la política de defensa nacional practicada por Francia para mantener su fuerza armada al nivel de su seguridad". Hasta ese momento el Partido Comunista francés había observado una actitud irreductible contra toda "política de defensa nacional", cualesquiera que fuesen los partidos burgueses en el poder. Sus diputados votaban sistemáticamente contra los créditos militares. Mes y medio antes de la firma del pacto, Thorez había declarado en el parlamento: "Nosotros no permitiremos que se arrastre a la clase obrera a una guerra llamada de defensa de la democracia contra el fascismo"(88). Según varios historiadores, Laval creyó matar dos pájaros de un tiro: además del pacto poner a los comunistas en un brete y obstaculizar la aproximación entre ellos y los radicales. Pero la respuesta fue fulminante. Los muros de Francia se llenaron de pasquines comunistas: "*Staline a raison*". Y *L'Humanité* se aplicó a explicar que hay defensa nacional y defensa nacional, ejército y ejército, guerra llamada de defensa de la democracia y guerra de defensa de la democracia. Desde el momento – venía a decir, en resumen, el partido – que entraba en juego la defensa de la Unión Soviética todo cambiaba. Cosa indiscutible. Lo problemático para un partido revolucionario comenzaba a la hora de pasar de esa constatación general a la definición de una política que permitiera unir los dos cabos de la madeja: contribución a la defensa de la URSS y lucha contra una burguesía que en virtud del pacto pasaba a ser pieza importante del dispositivo de defensa de la URSS.

Que Stalin tenía razón en concluir un pacto de ayuda mutua con la Francia de la democracia burguesa frente a la amenaza de la Alemania fascista, podía ofrecer pocas dudas a un revolucionario. Que tenía razón en "aprobar plenamente" la política de defensa nacional que concretamente se venía realizando en París, era ya muy discutible, incluso no viendo la cosa más que desde el punto de vista de la eficacia militar del pacto. Y mucho más discutible si se consideraba desde el ángulo de la lucha antifascista y revolucionaria en Francia. Aparte de suministrar una magnífica coartada a los partidos burgueses para justificar su política de defensa nacional, las palabras de Stalin constituían una invitación transparente a los comunistas franceses para no limitar la "amplitud" del frente popular a los radicales. En último extremo, si los intereses de la defensa de la URSS lo exigían, ¿no había que llegar a la "unión sagrada"? El 15 de mayo, a los tres días de hacerse pública la declaración de Stalin, Thorez suministra al partido la justificación "teórica": si una guerra contra la Unión Soviética – dice "no es llevada a cabo por el conjunto de los Estados imperialistas, si algunos de ellos, en virtud de los intereses contradictorios que les oponen a los otros, actúan de concierto con el país del socialismo, su acción sirve *objetivamente* la causa de la paz, se *confunde* con la causa del poder de los trabajadores, sirve *objetivamente* la causa del proletariado, que no se separa de la salvaguardia del país donde los trabajadores han conquistado su patria"(89). Por tanto, si la burguesía imperialista francesa concierta su acción con la Unión Soviética contra Alemania esa acción se confunde con la causa del proletariado francés. Poco después Thorez lanzaría la fórmula de "frente francés", pero de momento hay que asegurar el concurso de los radicales. El secretario del Partido Comunista francés no vacila en ofrecer el apoyo del Partido Comunista a un gobierno radical que haga la política del Partido Radical. El 31 de mayo, en efecto, Thorez declara en la Cámara de diputados:

"Nosotros comunistas, renovando la tradición jacobina, estaríamos dispuestos a aportar nuestro apoyo, *Monsieur le président Herriot*, si usted o cualquiera otro jefe de su partido, quiere asumir la dirección de un gobierno radical – puesto que el grupo radical es el más importante de los grupos de izquierda de esta Cámara –, de un gobierno radical que aplicase realmente la política del Partido Radical".

Y Thorez lanza ya la idea de que el "frente" conviene ampliarlo hacia la derecha:

"Incluso es posible que al Partido Radical se sumen otros' republicanos, más o menos moderados, pero que posean, simplemente, bastante clarividencia, bastante buen sentido, como para comprender que los fascistas hacen correr un peligro al país y a la paz"(90).

Pero *Monsieur le président* no entiende una palabra de este increíble trastrueque del tablero político: "Yo no soy de derecha – exclama – pero ya estoy harto de ver a mi partido a remolque de los

extremistas. El Partido Radical no es, en modo alguno, una formación revolucionaria”(91). Daladier y los jóvenes turcos radicales comprenden perfectamente que no se trata de poner al Partido Radical a remolque de los extremistas, sino los extremistas a remolque del Partido Radical; no se trata de que el Partido Radical pierda su gloriosa sustancia histórica, convirtiéndose en una formación revolucionaria, sino de que el Partido Comunista pierda la suya, dejando de ser un partido revolucionario. Desde el momento que los comunistas aceptan la política del Partido Radical, incluida la defensa nacional, ¿por qué dejarlos fuera de *un nuevo cartel des gauches*, bautizado Frente Popular? Cuando el 25 de julio se abre en Moscú el VII Congreso de la Komintern, el ”frente popular” versión francesa navega viento en popa. Aún no ha tomado – ni tomará – ninguna de las nuevas Bastillas, pero ya tiene su 14 de julio. Thorez, Blum, Daladier, y los diez mil representantes de las organizaciones frentepopulistas, llegados de toda Francia, que se aprietan ese día el Stadium Buffalo, prestan juramento solemne de ”permanecer unidos para desarmar y disolver las ligas facciosas, para defender y desarrollar las libertades democráticas y para asegurar la paz humana”. La Francia inmortal preside la nueva jornada histórica: Juana de Arco y el 89, la Marsellesa y la Internacional(92). Al cabo de poco tiempo apenas quedará otra cosa que las vacaciones pagadas.

VII Congreso de la Internacional Comunista

La, política de frente único obrero – renacimiento, en las condiciones de la lucha contra el fascismo, de la seguida por la Komintern en el periodo 1921-1923 –, y la política de ”frente popular”, sin antecedentes en la historia de la IC (Dimítrov quiso encontrárselos en las resoluciones tácticas del IV Congreso, pero allí no se preveía en modo alguno la colaboración con partidos burgueses), no arrancan, por consiguiente, de, una profundización analítica y crítica de los problemas de la lucha de clases en el capitalismo a la luz de la experiencia del movimiento revolucionario en el periodo precedente. Su punto de partida es la respuesta pragmática a exigencias perentorias de la política exterior soviética, una vez que el gobierno de Berlín, desoyendo las advertencias de Stalin, da pasos que implican, evidentemente, la preparación de una guerra contra la Unión Soviética. (Si Hitler se mantiene fiel a la línea de Rapallo, y de momento orienta exclusivamente su revanchismo hacia Occidente, ¿hubiera requerido *Pravda* a los comunistas franceses para que se entendieran con Blum? Basta con formularse esta hipótesis – nada arbitraria, puesto que responde a una de las opciones posibles del imperialismo alemán, aquella por la que finalmente se decidió en 1939 – para comprender hasta qué punto el factor ”política exterior soviética” fue determinante en el viraje táctico de la IC.) Pero esta vez las necesidades urgentes de la defensa de la URSS se conjugan con la necesidad no menos urgente de unidad obrera y unidad antifascista que se deja sentir en los países europeos. (A diferencia de lo ocurrido en los diez años anteriores, cuando la orientación de la política exterior soviética, centrada en la explotación del nacionalismo alemán contra las potencias imperialistas de Versalles, influye no poco, según vimos, en la sectarización de la política de la IC.) ”Conjugación” no quiere decir, sin embargo, coincidencia perfecta. La burguesía de los Estados capitalistas ”democráticos” incluyendo sus fracciones más radicales, y el ala derecha de la dirección socialdemócrata, podían coincidir con el gobierno soviético en medidas preventivas contra el peligro alemán; podían, incluso, apoyar una versión del ”frente popular” que contribuyera a unificar la nación frente a ese peligro, bajo la hegemonía de la burguesía y la bandera del patriotismo tradicional, es decir, un ”frente popular” que desempeñara en las nuevas condiciones un papel análogo al de la socialdemocracia en la primera guerra mundial. Pero es obvio que no podían apoyar una política de unidad obrera y de frente popular de contenido revolucionario. Toda política que tendiera a desembocar en una solución revolucionaria de los problemas nacionales e internacionales, no podía por menos de entrar en conflicto con las citadas fuerzas sociales y políticas, alimentando involuntariamente en ellas la inclinación al compromiso con el enemigo exterior. Lo que entraba en contradicción con los esfuerzos de la política soviética dirigidos a constituir una alianza URSS-Estados capitalistas ”democráticos” frente a la Alemania hitleriana. El desarrollo de la situación europea entre 1934 y 1938 pone de manifiesto que en el movimiento de esa contradicción existían fundamentalmente tres posibilidades, que fueron asumidas, más o menos conscientemente, por las diversas tendencias participantes en la dirección del frente único obrero y del

frente popular. O bien desembocaba en un cambio radical, revolucionario, y entonces la defensa de la URSS podía articularse sobre nuevas bases (alianza Estado soviético-nuevos Estados revolucionarios, sin que ello excluyese ‘otro tipo de alianzas con Estados capitalistas rivales o víctimas -de Alemania, donde el movimiento obrero no representaba aún peligro real para la burguesía); o bien la unidad obrera y el frente popular se integraban en la unión nacional bajo la hegemonía de la burguesía, y entonces la defensa de la URSS se construía esencialmente sobre la base de la alianza con el Estado capitalista dado; o bien el movimiento obrero y antifascista llegaba lo suficientemente lejos como para atemorizar a todas las fracciones burguesas e inclinarlas al compromiso con Alemania, dejando aislada a la URSS, e insuficientemente lejos como para imponer la primera alternativa.

Como era lógico, los grupos políticos burgueses y la derecha socialista participantes en el frente popular actuaron conscientemente por la segunda alternativa. En las tesis políticas del VII Congreso de la IC se encuentran prefiguradas – nunca explícitamente formuladas – la primera y la segunda alternativas. La práctica política de la IC inspirada en esas tesis contradictorias contribuirá en gran medida a que finalmente prevalezca la tercera. A la altura de Munich, la unidad obrera y el frente popular se habían hundido sin llegar a desplegar su potencial revolucionario inicial, y la URSS se encontró aislada. Afortunadamente, las contradicciones interimperialistas eran suficientemente fuertes como para que – una vez liquidado el peligro revolucionario inmediato en los dos campos en que se había dividido el imperialismo – dichas contradicciones predominaran sobre el interés común de clase, el cual podía haber llevado de Munich a la intervención conjunta antisoviética de los Estados capitalistas, fascistas y ”democráticos”.

En los estudios sobre el VII Congreso de la IC se considera, por regla general, que el objeto fundamental de sus trabajos fue la elaboración de la táctica para la mucha antifascista y anti-capitalista. Es cierto que este tema ocupó la atención mayor del congreso, y a él fue dedicado el informe más importante, presentado por Dimítrov. Pero para captar el significado profundo de la línea adoptada y entender la manera como fue aplicada hay que partir de lo que el propio congreso define como la ”*consigna central* de los partidos comunistas”: ”La lucha por la paz y en defensa de la URSS”. Esto quería decir que toda la actividad de los partidos comunistas, su política, sus tareas, debían ser consideradas y resueltas en función de ese objetivo supremo. La raíz última de las contradicciones que se revelan en las tesis tácticas del congreso y en su aplicación ulterior se localiza, precisamente, en ese enfoque global. El cual se concreta en la siguiente directiva del congreso: los partidos comunistas deben crear ”el más amplio frente posible de *todos* los que están *interesados* en la conservación de la paz”, y su ”tarea táctica *más importante* es concentrar en cada momento las fuerzas [de ese frente] contra los principales provocadores de la guerra [en el presente momento – se especifica – contra la Alemania fascista, así como contra Polonia y el Japón ligados con ella]”. ¿Cuáles son todas esas fuerzas, interesadas en la paz, que los partidos comunistas deben agrupar en un frente común? Desde luego las masas populares, pero también todo grupo de las clases dominantes *interesado* por la paz, incluidos los Estados, pequeños o grandes, que tienen análogo *interés* en el *momento dado*. En la resolución aprobada por el congreso se especifica que ”las relaciones recíprocas entre la Unión Soviética y los Estados capitalistas *han entrado en una nueva fase*”. ”La política de paz de la URSS, no sólo desbarató los planes de los imperialistas, encaminados al aislamiento de la Unión Soviética, sino que ha creado las bases para su colaboración, en la causa de la conservación de la paz, con los pequeños Estados para los cuales la guerra, al amenazar su independencia, representa un peligro especial, *así como también con aquellos Estados que en el momento dado, están interesados en la conservación de la paz*”(93). Dimítrov precisa cuáles son estos últimos Estados tan sibilinaamente aludidos en la resolución: se trata de ”ciertos grandes Estados capitalistas, que temiendo las pérdidas que pueden sufrir a consecuencia de una nueva división del mundo están interesados, en la *presente etapa*, en evitar la guerra”. En una palabra, son las grandes potencias coloniales europeas más los Estados Unidos, que temen perder su monopolio de la explotación mundial en una guerra con Alemania y el Japón(94). Y Dimítrov dice a renglón seguido: ”De ahí la posibilidad de un vastísimo frente único de la clase obrera, de todos

los trabajadores y de pueblos enteros contra la amenaza de guerra imperialista”. Aquí el ambiguo concepto “pueblos enteros” alcanza su máxima ambigüedad: quiere decir también, indudablemente, “naciones enteras”, “Estados enteros”... El “frente mundial” a crear – como Dimítrov lo denomina en otros momentos – es, en el fondo, la gran coalición antihitleriana que sólo nacerá después de consumarse la agresión nazi contra la Unión Soviética.

Togliatti, a cuyo cargo corre en el congreso el informe sobre estos problemas de la paz y la guerra, plantea que el aprovechamiento, en interés de la paz, de las contradicciones entre los Estados imperialistas no compete sólo a la Unión Soviética:

”En la medida en que puedan ejercer una acción positiva en relación con los problemas de política exterior, [los partidos comunistas] deben esforzarse en intervenir activamente para favorecer todos los procesos que retarden el estallido de la guerra y oponerse a todo lo que constituya una amenaza inmediata para la paz”(95).

La cuestión, a la hora del VII Congreso, no era nada académica, sino muy concreta y candente. Se planteaba prácticamente a los dos principales partidos comunistas europeos – el francés y el checoslovaco –, los únicos que después del hundimiento del partido alemán contaban en Europa como partidos de masas, como factor político de peso en los respectivos países. (En el momento del VII Congreso el partido español aún no había iniciado su “despegue” y estaba bajo los efectos de la derrota de octubre.) Francia y Checoslovaquia eran, al mismo tiempo, los dos únicos países con los que la Unión Soviética tenía, desde hacía dos meses, pactos de ayuda mutua. Personificaban los dos tipos de Estados *interesados* en la paz aludidos en la resolución del congreso, más arriba citada: el “gran Estado” que temía perder su posición mundial, y el “pequeño Estado” que corría el peligro de perder su misma independencia nacional. ¿Qué debían hacer los partidos comunistas respectivos, y en general la IC, para “favorecer” este paso fundamental de la política soviética? Era la primera vez que semejante problema se planteaba ante la Komintern.

Togliatti reconoce en su informe que la cuestión suscita inquietud entre los comunistas:

”Algunos camaradas han podido pensar que la conclusión del pacto equivale a perder de vista la perspectiva de la revolución en Europa, [...] han comparado la conclusión de los pactos de asistencia mutua a una retirada forzada bajo los golpes del enemigo”.

Togliatti afirma que lejos de ser una “retirada”, es un “avance”

”¿Puede concebirse mayor éxito que el que un gran país capitalista se vea constreñido a firmar un acuerdo de asistencia recíproca con la Unión Soviética, un acuerdo cuyo contenido es la defensa contra el agresor, la defensa de la paz y de la frontera de la dictadura del proletariado?”

Y a los que se inquietan de que los partidos comunistas puedan “perder de vista la perspectiva de la revolución en Europa”, les responde que “caen en un burdo error”, puesto que

”el nuevo acto con el cual la Unión Soviética confirma su política de paz no puede más que aumentar el prestigio del Estado proletario y por consiguiente el prestigio del socialismo y de la revolución proletaria entre los trabajadores de todos los países, en todo el mundo”.

En cuanto a los criterios que deben guiar a los partidos comunistas para determinar su política respecto al problema planteado, Togliatti comienza por enunciar un axioma, que estaba implícito en el programa de la Komintern aprobado por el VI Congreso – donde, como vimos en el capítulo 2, se formula el “principio” de la hegemonía de la Unión Soviética dentro del movimiento revolucionario mundial – pero ahora queda precisado con nitidez incomparable:

”Para nosotros está absolutamente *fuera de discusión* que existe una *identidad de objetivos* entre la política de paz de la Unión Soviética y la política de la clase obrera y de los partidos comunistas en los países capitalistas. Esta identidad de objetivos no puede ser motivo de dudas en nuestras filas. Nosotros no defendemos a la Unión Soviética sólo en general, defendemos en concreto *toda su política y cada uno de sus actos.*”

Lo que no significa – aclara a continuación Togliatti – que la “táctica” de los partidos comunistas que no están en el poder y la del partido soviético tengan que “coincidir en todos los actos, en todos

los momentos y en todas las cuestiones”. Y agrega: ”Pueden citarse numerosos ejemplos de esta no coincidencia entre las posiciones del partido del proletariado en los diversos países a propósito de un problema concreto.” *Pero los ejemplos que cita Togliatti son todos anteriores a la aparición del Estado soviético y de la IC. No puede mencionar un solo caso en que algún partido comunista haya adoptado posiciones tácticas diferentes de la táctica del partido soviético.* En toda la literatura de la Komintern no se encuentra, probablemente, una confirmación implícita más aparente de la subordinación absoluta de la política de las secciones nacionales de ‘la IC a la política del Estado soviético.’(96)

Una vez formulados los criterios de ”principio”, Togliatti los aplica a los casos francés y checoslovaco. Los partidos respectivos deben proceder ”teniendo en cuenta las circunstancias concretas”. Deben ”defender el pacto con todas sus fuerzas por ser un instrumento de la lucha por la paz y de la defensa de la Unión Soviética. Votar por él en el parlamento y denunciar toda tentativa de hacer una política diversa o contrastante con las obligaciones que derivan del pacto”. Y al mismo tiempo deben decir a la burguesía que ”no tienen ninguna garantía” de que el ejército no vaya a ser utilizado contra la clase obrera, de que no sigan siendo los pobres, en lugar de los ricos, los que financien ese ejército, de que llegado el momento el pacto sea aplicado, etc., y por esa razón mientras tales ”garantías” no existan, no pueden votar los presupuestos militares ni renunciar a la lucha contra el gobierno existente. Y Togliatti concluye diciendo que ”los que no comprendan la profunda coherencia interna” de las tesis que ha expuesto ”no comprenden nada de la dialéctica real de los acontecimientos ni de la dialéctica revolucionaria, aunque pretendan ser hombres inteligentes y lógicos, como por ejemplo pretende serlo León Blum”(97).

Bien pronto la ”dialéctica” de los acontecimientos franceses, españoles, checoslovacos y otros, iba a poner a ruda prueba la ”profunda coherencia interna” de la nueva táctica de la IC, pero los delegados al VII Congreso no tuvieron nada que objetar al admirable virtuosismo con que Togliatti había resuelto el problema de la articulación entre un posible desarrollo revolucionario en algunos países europeos y la política de alianza de la Unión Soviética con el Estado burgués de dichos países. En el momento del VII Congreso ese ”posible” estaba localizado en España y Francia, y en este segundo caso el problema de la ”articulación” se presentaba, por tanto, de manera concreta. Si la situación francesa llegaba a la crisis revolucionaria, ¿debía proponerse el partido comunista profundizar la crisis y orientarse a darle una salida revolucionaria proletaria, aún a riesgo de que esa situación pusiera en peligro la alianza franco-soviética? El planteamiento de esta eventualidad ante el VII Congreso, no era menos legítimo, dada la evolución de la situación francesa desde 1934, que el de la eventualidad planteada por los delegados holandeses: en caso de agresión alemana, la guerra por parte de Holanda ¿no tendría un carácter de defensa nacional, pese a que Holanda es una potencia imperialista colonial?; y en tal caso, ¿no debemos apoyar esa guerra? Togliatti responde, y el congreso aprueba, afirmativamente, haciendo la aclaración de rigor; sin ”renunciar” a la lucha de clases, a la lucha por la liberación de las colonias, etc. Y subraya que esta respuesta es válida para Bélgica y otros casos análogos. La rotundidad de la respuesta va de par con la perfecta concordancia existente, en el momento del VII Congreso, entre la perspectiva de la defensa nacional belga y holandesa con el sistema de alianzas contra la eventual agresión alemana que en ese momento está construyendo el gobierno soviético(98). Si la eventualidad á francesa” no se plantea concretamente en el congreso, si es hábilmente soslayada por Togliatti, ¿no se debe, precisamente, a que no existe esa concordancia?; ¿a que, por el contrario, plantea el problema de la discordancia? De todas maneras el congreso da una respuesta indirecta a esta cuestión, desde el momento que todos los informes, todas las intervenciones, todas las tesis, están dominadas por la idea de que el objetivo supremo es asegurar la defensa de la URSS:

”La defensa de la URSS; la ayuda a prestarla para contribuir a su victoria sobre todos sus enemigos – dice la resolución del congreso – deben dictar sus actos a cada organización revolucionaria del proletariado, a cada verdadero revolucionario, a cada socialista, a cada obrero consciente, a cada campesino trabajador, a cada intelectual y demócrata honesto.”

Uno de los dirigentes soviéticos de la IC, Knorin, da a entender con suficiente claridad que, desde el punto de vista de las perspectivas revolucionarias, lo esencial no es la lucha revolucionaria en los países capitalistas sino asegurar el desarrollo de la URSS. Esto es lo que en definitiva inclinará la balanza del lado de la revolución socialista. Los comunistas – dice Knorin en su intervención ante el congreso – son “el partido de la paz, que quiere barrer con todas sus fuerzas el camino a la guerra para convencer a los pueblos, mediante la *emulación pacífica y el trabajo pacífico*, de la necesidad de la revolución socialista”. De ahí – añade – que los comunistas estén por la paz, porque la paz asegura los éxitos ulteriores de la URSS, el crecimiento de su poder económico y político. Por ello, si la paz es conservada, la relación mundial de fuerzas en la lucha de clases se modificará cada día a favor del proletariado y en desventaja del capitalismo”(99).

El VII Congreso de la IC, como ya hemos señalado en el capítulo 2, no aborda explícitamente – a diferencia de los anteriores congresos de la IC – el problema de la revolución mundial, de sus perspectivas, en tanto que tema específico. “Nosotros – dice Dimítrov – hemos eliminado deliberadamente de los informes y resoluciones del congreso las *frases sonoras* sobre las perspectivas revolucionarias.”(100) Después de lo expuesto más arriba no necesitamos argumentar largamente que, a nuestro juicio, esa “eliminación” se explica por razones de más peso que el loable deseo de rehuir el verbalismo revolucionario (cosa que, por lo demás, hacía buena falta). En los años del V o del VI Congreso, cuando existía una coincidencia objetiva de intereses, a nivel de las relaciones internacionales, entre la Alemania vencida y la república soviética cercada, frente a los “grandes Estados capitalistas” dueños del planeta; cuando en opinión de Moscú, Inglaterra, Francia y los Estados Unidos eran los exponentes máximos del antisovietismo mundial (y con ellos, la socialdemocracia y los partidos demoburgueses, o demopacifistas, como decía Stalin), la Komintern podía formular *explícitamente* una u otra estrategia de la revolución mundial – justa o errónea, ese es otro problema –, sin riesgo de entrar en conflicto con la “política de paz” de la URSS. Pero en la coyuntura del VII Congreso, ¿cómo conciliar cualquier estrategia *explícita* de la revolución mundial con la necesidad en que se encontraba la URSS de anudar alianzas con las potencias imperialistas coloniales y con los Estados Unidos? Esto explica que a los siete años de no haberse reunido en congreso – contra todos los preceptos estatutarios –, cuando el sistema mundial del imperialismo acaba de atravesar la mayor crisis económica de su historia, y la cuestión de una segunda guerra mundial está al orden del día, el VII Congreso de la IC no proceda a un análisis teórico de los problemas del imperialismo, del capitalismo, de la revolución socialista en Occidente y de las revoluciones antimperialistas en los países coloniales y dependientes; explica que en las ciento treinta páginas que ocupa el informe de Dimítrov en la edición que venimos utilizando, no haya más que dos dedicadas a hablar de la lucha antimperialista en las colonias.” Podría decirse que el VII Congreso de la IC fue el más “europeocentrista” de los siete que jalonan su historia, si no fuera porque detrás del temario formalmente europeo, detrás de la prestigiosa figura de Dimítrov y de los otros jefes comunistas occidentales que ocuparon el proscenio, se desarrolló, en realidad, el congreso más “ruso-centrista” de todos los celebrados por la Komintern.

Sería erróneo y simplista, sin embargo, llegar a la conclusión de que la IC y Stalin habían renunciado a toda concepción *global* de la revolución mundial. En realidad el VII Congreso conserva implícitamente la del VI Congreso, adaptándola “tácticamente” a la situación creada por la aparición de las dos graves amenazas en las fronteras soviéticas – la Alemania hitleriana y el Japón militarista –, que al mismo tiempo representaban una grave amenaza no sólo para el movimiento obrero europeo y la revolución china, sino para la democracia burguesa y la independencia de una serie de países europeos, lo mismo que para la independencia de China. Y por otra parte la entrada en escena de las aspiraciones imperialistas alemanas y japonesas amenazaba asimismo los intereses de las grandes potencias imperialistas vencedoras en la primera guerra mundial. Si tenemos en cuenta que el ingrediente principal introducido por el VI Congreso en la concepción de la revolución mundial residía en la tesis de que la URSS era “el motor internacional de la revolución proletaria”, “la base del movimiento universal de las clases oprimidas, el hogar de la revolución internacional, el factor más grande de la historia del mundo”, “el factor esencial de la liberación

internacional del proletariado”, etc. (véase el capítulo 2), queda claro que en la nueva situación mundial la estrategia de la IC tenía que consistir en articular todos los intereses, factores, contradicciones, que se cruzaban en el camino del expansionismo alemán y japonés, en torno a la ”consigna central” de ”lucha por la paz y defensa de la URSS” (dos maneras de decir la misma cosa).

Pero este dispositivo estratégico se entroncaba con la visión general del estado del capitalismo que la IC, con la intervención muy directa de Stalin, había comenzado a acuñar en el periodo del VI Congreso, y a la que la crisis económica mundial parecía dar una confirmación deslumbrante. Según esa visión el capitalismo había entrado – esta vez de verdad – en la fase última de su ya larga ”agonía”. El auge del fascismo es interpretado por la IC bajo ese prisma. Una de las ideas-piloto del VII Congreso (tomada de Stalin, que la formula en el informe antes citado de enero de 1934) consiste en que la espectacular progresión del fascismo demuestra la impotencia de la burguesía ”para ejercer el poder por los viejos métodos del parlamentarismo y de la democracia burguesa”(101) pero no sólo en Italia o Alemania, sino a escala mundial. Foster, delegado del Partido Comunista de los Estados Unidos, y miembro del Ejecutivo de la IC, plantea en el VII Congreso que la política de Roosevelt contenía elementos de fascismo. Otros delegados dicen que ”abre la vía al fascismo”. Y Dimítrov alerta sobre el peligro de ‘fascismo en los Estados Unidos a causa de que ”el programa de saneamiento del capitalismo se ha hundido”(102). Si así veía el estado del capitalismo americano, no es necesario decir cuál era la visión que tenía el congreso del capitalismo europeo. La lógica de esta concepción llevaba a considerar el fascismo como la forma politicosocial final del capitalismo imperialista, más allá de la cual éste no podía subsistir. Y en efecto, es la idea que expone Dimítrov en su informe, comenzando por argumentar que la propia dialéctica del desarrollo del fascismo crea las condiciones y las fuerzas encargadas de su destrucción. Resumimos su razonamiento: el fascismo, que se propone superar las contradicciones en el campo de la burguesía las agrava, exacerba la guerra económica entre los Estados capitalistas, provoca el odio y la indignación de las masas, contribuyendo al despertar de su espíritu revolucionario, quebranta las ilusiones en la democracia burguesa, da un impulso decisivo al frente único proletario, porque los obreros socialdemócratas ven que el fascismo es el resultado de la política de colaboración de clases con la burguesía, etc.; por otra parte, la iniciativa de los comunistas por el frente único, y la abnegación de los comunistas en la lucha contra el fascismo, ”han elevado a un grado sin precedentes la autoridad de la Internacional Comunista”, sobre la que recae la misión histórica de dirigir la revolución a su victoria final.

”Así – dice Dimítrov – el fascismo, que se ha encargado de enterrar al marxismo, al movimiento revolucionario de la clase obrera, lleva él mismo, como consecuencia de la dialéctica de la vida y de la lucha de clases, al desarrollo ulterior de las fuerzas que deben cavar su tumba, la tumba del capitalismo.”(103)

Si Marx había previsto que la dialéctica del movimiento del capital cavaba su propio tumba, Dimítrov precisa que la fase final de esa ya prolongada operación comienza una vez que el capital ha revestido su última forma posible: el fascismo.

De ese esquema se deduce que barrer el camino al fascismo allí donde aún no ha llegado al poder, y destruirlo como Estado allí donde ya lo ha tomado, equivale a dar el paso decisivo hacia el triunfo de la revolución mundial. Toda la táctica de frente único obrero, de frente popular, de frente mundial por la paz (y en defensa de la URSS), está inspirada en esa perspectiva. Dimítrov termina su informe diciendo:

”Nosotros queremos todo esto porque solamente así la clase obrera, a la cabeza de todos los trabajadores, agrupada en un ejército revolucionario fuerte de millones de hombres, guiado por la Internacional Comunista, y conducido por ese grande y sabio timonel que es nuestro jefe, Stalin, podrá cumplir con seguridad su misión histórica: barrer de la faz de la tierra al fascismo y con él al capitalismo.”(104)

El viraje táctico de la IC no modifica en un ápice el postulado según el cual la revolución no puede triunfar más que bajo la dirección de la IC y de sus secciones nacionales. El frente único obrero tiene como finalidad esencial agrupar a la clase obrera de cada país bajo la dirección del partido

comunista correspondiente. Los acuerdos con los partidos socialistas son posibles durante una fase transitoria, que puede incluir la formación de gobiernos de frente único antifascista, pero cuando las condiciones hayan madurado para la lucha directa por la dictadura del proletariado (cuya forma no puede ser otra que la soviética; es otro de los postulados vigentes a la altura del VII Congreso) la dirección no puede ejercerla más que el partido comunista. Y ni que decir tiene, una vez tomado el poder. Es cierto que en el congreso se plantea la cuestión de llegar a un partido revolucionario único, mediante la unificación del partido comunista con el partido socialista. Pero las condiciones que se ponen para ello equivalen a la conservación íntegra del tipo de partido estaliniano, con sus dogmas teóricos, sus esquemas tácticos, su centralismo burocrático, el reconocimiento de la hegemonía soviética, etc. Como decía un humorista español de aquellos años, no era unificar sino *ursificar*.

La finalidad principal que la IC persigue con el frente popular es agrupar en torno al frente único obrero a las capas medias de la ciudad y del campo, es decir, agruparlas también – sólo que de manera más indirecta – bajo la dirección del partido comunista. El objetivo inmediato es batir el fascismo, y en el curso de esta lucha – piensa la IC – se crearán las condiciones para que esas capas apoyen al proletariado cuando llegué la hora de pasar a la revolución socialista. Análogamente a como la constitución del frente único obrero implicaba la necesidad de llegar a acuerdos con los partidos socialistas durante la fase antifascista de la lucha, la tarea de agrupar a las masas medias en torno a la clase obrera exigía – según las tesis del congreso – que el partido comunista llegara a acuerdos con los partidos políticos, u otras organizaciones, representativas de dichas capas sociales.

En cuanto a las plataformas políticas que debían servir de base al frente único obrero y al frente popular, la idea directriz de la IC es que debían alinearse sobre el nivel de conciencia de la gran mayoría, no inscribir objetivos radicales que "asustasen" a los sectores poco politizados. Puesto que el frente único obrero y el frente popular no constituían dos movimientos separados, sino que el primero era el núcleo más firme, más avanzado, del segundo, y la finalidad esencial del segundo era atraer las capas medias hacia el proletariado, la plataforma del frente único obrero debía cuidar de no ir "demasiado lejos" en relación con el estado de espíritu de las capas medias. En definitiva, el enfoque global adoptado por el VII Congreso, inducido por la preocupación de atraer a las capas medias – el papel fundamental que éstas habían desempeñado en la victoria del fascismo alemán, como antes en la del italiano, explica suficientemente esa preocupación – tendía a alinear todo el movimiento sobre las capas medias. Por lo general, las plataformas comprendían tres capítulos: reivindicaciones de tipo económico-social, perfectamente compatibles, en principio, con la esencia de los partidos y sindicatos reformistas; reivindicaciones políticas que no iban más allá de la defensa o restauración de las libertades e instituciones democrático-burguesas, y de la represión de las actividades y organizaciones fascistas; y el capítulo de "lucha por la paz". Siguiendo las orientaciones de la IC, los partidos comunistas se opusieron sistemáticamente a que en las plataformas del frente único obrero o del frente popular figuraran objetivos de tipo socialista, o considerados como tales. El partido francés, por ejemplo, se opuso a las "reformas de estructura" (serie de nacionalizaciones) propuestas por el Partido Socialista. Las razones que dio para oponerse fueron de dos tipos. Unas, de "izquierda": "Nosotros, comunistas, – dice Thorez – estamos por la socialización [La SFIO proponía concretamente la *socialización* de los bancos y de las grandes industrias. FC.], estamos por la expropiación pura y simple de los expropiadores capitalistas, pero consideramos que para socializar hay que llenar una condición, una pequeñísima condición: poseer el poder, tomar el poder. Pero para tomar el poder no hay hasta ahora más que un método que haya hecho sus pruebas, el método de los bolcheviques, la insurrección victoriosa del proletariado, el ejercicio de la dictadura del proletariado y el poder de los soviets." (Thorez podía haber respondido: magnífico, puesto que vosotros, que hasta ahora os habéis atenido a una línea reformista, estáis por la socialización de los bancos y de la gran industria, quiere decirse que podemos unir a la clase obrera para luchar por esos objetivos; pero para ello hay que proponerse tomar el poder; en Rusia, país atrasado, etc., se llegó a eso de determinada manera, se ha instaurado un tipo de poder ejercido por un partido único, siguiendo una vía determinada; como Francia es un país totalmente distinto,

industrial, con otras tradiciones y otras formas de movimiento obrero, puede haber otro camino que debemos buscar juntos, puede ser necesario otro tipo de partido revolucionario, etc. Pero entonces, claro está, no hubiera sido Thorez, secretario general de la Sección Francesa de la IC, el que hablaba, sino un revolucionario marxista al estilo del que era Lenin cuando buscaba el camino original de la revolución rusa.) La otra razón era simple: "El partido radical se oponía"(105). Lo que en boca de Thorez quería decir: la "socialización" asusta a las capas medias.

¿Cómo concebía la IC, a partir de ese esquema táctico, llevar el movimiento al nivel de conciencia, de disposición revolucionaria, necesario para poder plantearse concretamente la cuestión de la revolución socialista? En función de la siguiente idea básica: el capitalismo no estaba ya en condiciones de "encajar", de "integrar", un movimiento reivindicativo de carácter masivo como el que se trataba de poner en marcha. Aunque las reivindicaciones económicas de obreros, campesinos, funcionarios, etc., fuesen "mínimas", el capitalismo, incapaz ya de desarrollar las fuerzas productivas (¿no se había "hundido" el plan de "saneamiento" del capitalismo más potente, del capitalismo americano?) no podía "absorberlas", se vería abocado a un callejón sin salida, las masas lanzadas al movimiento se radicalizarían, y acabarían por darse cuenta, como decía Dimítrov, "que la salvación no vendrá más que del poder soviético y sólo de él". A la misma situación límite debería llevar la defensa de las libertades e instituciones democrático-burguesas. Dado que el capitalismo era ya impotente para mantener su dominación bajo estas formas políticas, el impedir que fueran destruidas por el fascismo, el defender su conservación, tenía que llevar también a las clases dominantes a otro callejón sin salida. La democracia burguesa pasaba a ser un mecanismo que se volvía contra la burguesía.

Quedaba el problema de la paz y la guerra. Aquí residía, a juicio de la IC, el peligro principal de que esa dinámica fuera detenida, al menos durante toda una etapa histórica; de que el fascismo, mediante una dictadura terrorista a escala mundial lograra prolongar la existencia del capitalismo pese a su irremediable impotencia para desarrollar nuevas fuerzas productivas. Tal cosa podía ocurrir si los Estados capitalistas conseguían unirse para destruir con la fuerza militar el "motor internacional de la revolución proletaria". Pero también aquí se imponía la dialéctica de esta fase agónica del capitalismo. El fascismo hacía de aprendiz de brujo exacerbando al extremo las contradicciones interimperialistas, poniendo sobre el tapete la cuestión de un nuevo reparto del mundo. Para defender sus sacrosantos beneficios coloniales las grandes potencias vencedoras en la primera guerra mundial se veían diabólicamente impulsadas a aliarse con el Estado soviético amenazado por el mismo enemigo que ellas, bien para mantener el *statu quo* (lo de que estas potencias estaban interesadas en la paz, como decían las resoluciones de la IC, era un eufemismo que sólo engañaba a los pueblos y a los mismos comunistas), bien para batirse a su lado.

En una palabra, la IC consideraba que la irresistible dialéctica de la historia, una vez que había llevado al capitalismo al borde de la tumba, operaba de tal manera que obligaría a los socialistas a marchar juntos con los comunistas, coadyuvando a la creación de las condiciones que harían posible la instauración del poder soviético, en el cual dichos socialistas serían eliminados de la escena política; que obligaría a los partidos de las capas medias a recorrer el mismo itinerario y desempeñar análogo papel de "cornudo y apaleado"; que forzaría a los grandes Estados capitalistas ahitos a cooperar con la Unión Soviética para aplastar a los nuevos rapaces, y con ellos al fascismo, la única forma bajo la cual podía sobrevivir el capitalismo, lo que quería decir que dichos Estados aceleraban el curso de la revolución mundial.

Concebida bajo esta óptica, el papel esencial de la táctica de la IC elaborada en el VII Congreso consistía, ante todo, en "echarle una mano" a esa irresistible dinámica de la historia. En primer lugar facilitando que las grandes masas populares, cuya conciencia no había madurado aún para comprender que la única salvación estaba en el poder soviético, marcharan tras la vanguardia, aunque no supieran muy bien a dónde iban. Facilitando, en segundo lugar, que los grupos sociales, partidos políticos y entidades estatales, que a la postre debían desaparecer de la escena, fueran hacia ese destino ofreciendo un mínimo de resistencia. Puesto que se había entrado en la fase dentro de la cual la misma caducidad extrema de las estructuras económicas y políticas capitalistas conducía

vertiginosamente a toda la sociedad hacia el *¡hic Rhodus, hic salta!*, lo principal era que nadie se asustase del prodigioso salto, en cuyo secreto sólo estaba el partido mundial de la revolución. Los obreros más avanzados debían cuidar de no plantear objetivos que asustasen a los más atrasados; la clase obrera en su conjunto debía cuidar de no proclamar metas – sobre todo la revolución proletaria – que asustasen a las capas medias urbanas y a los pequeños, o ”medios”, campesinos propietarios; y todos juntos – obreros, funcionarios, técnicos, intelectuales, campesinos, etc. – debían cuidar de no asustar a las burguesías susceptibles de aliarse con la Unión Soviética para batir al revanchismo alemán y al expansionismo japonés. Puesto que esta última consideración concernía al ”eslabón principal” de la estrategia kominterniana, debía primar – y en efecto primó – sobre todas las demás precauciones tácticas.

Todo el complejo táctico que acabamos de exponer está concebido – lo mismo a nivel del supuesto proceso objetivo en que se fundamenta, que al de la acción consciente del partido – como una táctica defensiva-ofensiva. *Defensiva*, en cuanto que la dinámica objetiva del proceso crea sus propias defensas frente a la progresión de la amenaza fascista, y que la acción del partido para unificar las diversas fuerzas sociales amenazadas opera sobre la base del mínimo común denominador. *Ofensiva*, en cuanto que esa dinámica objetiva-subjetiva conduce a exacerbar las contradicciones, polarizar las fuerzas sociales y políticas, y a medida que se configura esta nueva situación, que la correlación de fuerzas es favorable, el partido debe proponer metas y formas de lucha más radicales. En el VII Congreso el acento está puesto, incuestionablemente, sobre el aspecto defensivo, de acuerdo con la situación dominante en Europa en ese momento. Pero en el informe de Dimítrov, como en otras intervenciones, se alude a la perspectiva de la fase ofensiva.

”Nosotros, dice Dimítrov, queremos la unidad de acción de la clase obrera para que el proletariado se fortalezca en su lucha contra la burguesía, para que defendiendo hoy sus intereses inmediatos contra el capital agresivo, contra el fascismo, esté en condiciones mañana de realizar las premisas de su emancipación definitiva”. ”Debemos preparar incansablemente a la clase obrera a cambiar rápidamente de formas y de métodos de lucha cuando la situación cambie. A medida que el movimiento se desarrolle y que la unidad de la clase obrera se refuerze, debemos ir más lejos, preparar el paso de la defensiva a la ofensiva contra el capital, orientándonos hacia la organización de la huelga política de masas.”(106)

El paso a ”la ofensiva contra el capital” se presentaría como posibilidad real en España y Francia pocos meses después del VII Congreso.

”Hay que saber terminar una huelga” (el 36 francés)

Las causas del auge del movimiento obrero y antifascista francés entre 1934 y 1936 han sido estudiadas en numerosos trabajos políticos e históricos(107). Podrían resumirse muy esquemáticamente en la combinación de tres factores esenciales. En primer lugar, los efectos de la crisis económica, que llega a Francia con cierto retraso, cuando ya se ha iniciado la recuperación en los Estados Unidos y en otros países. Este retraso permite que el descontento social provocado por la crisis coincida – y se combine – con el segundo factor: la reacción antifascista que provoca en el movimiento obrero y en otros sectores sociales la subida de Hitler al poder. La lucha social se entrelaza en Francia con la lucha política contra las fuerzas reaccionarias (las famosas ligas”, en particular) que encarnan el ”peligro fascista”. En tercer lugar, el viraje táctico de la IC permite a la voluntad unitaria de los núcleos más conscientes del movimiento obrero – la experiencia alemana ha puesto de relieve las consecuencias trágicas de la escisión – encontrar un cauce para concretarse y organizarse. El pacto comunista-socialista, y la unidad sindical que le sigue, estimulan la confianza de los trabajadores en sus propias fuerzas, y eleva el papel de la clase obrera en el proceso político del país. Los partidos obreros se convierten en polo de atracción de un sector considerable de las capas medias urbanas, duramente afectadas por la crisis. El descontento llega al colmo con los decretos deflacionistas de Laval. Según expresión de Thorez, ”los 800 000 funcionarios – ese armazón del Estado, del que hablaba Marx en su *18 Brumario* – se sublevan; la pequeña burguesía pierde confianza en la dirección de los partidos de la gran burguesía”. El descontento cunde también entre los campesinos(108)

Frente a esta marea popular que avanza, las fuerzas fascizantes se organizan e intensifican su acción. Como dice uno de los principales historiadores de este periodo, "poco a poco se operaba una doble polarización: a derecha, en torno a los *Croix de Feu*; a izquierda, en torno a lo que después de octubre de 1934 los comunistas llamaron Frente Popular [...] A través de todo el país se va estableciendo una atmósfera de guerra civil larvada [...]"(109). A mediados de 1935, en su intervención ante el VII Congreso, Thorez habla de la perspectiva de una "crisis revolucionaria": "La fuerza del movimiento de masas – dice – puede imponer la necesidad de un gobierno del Frente Popular, que nuestro partido apoyaría y en el que eventualmente podría participar; la batalla antifascista se haría entonces más ruda, porque el asalto reaccionario y fascista sería inmediato y brutal. Pero el Frente Popular y el Partido Comunista habrían ocupado nuevas posiciones, que nosotros utilizaríamos para preparar la instauración del poder de los soviets, de la dictadura del proletariado."(110) Por lo pronto, el Partido Comunista francés no pone menos celo que la SFIO y los radicales en que la "batalla antifascista" se dirima "cívicamente". En diciembre de 1935 Thorez, Blum e Ybarnegaray (portavoz, este último, de los *Croix de Feu*) se comprometen en el parlamento a disolver las organizaciones paramilitares respectivas"(111). Que decidan las urnas. Y el 3 de mayo de 1936 las urnas dan la victoria al Frente Popular.

Pero la expresión "victoria del Frente Popular" no traduce el sentido real del acontecimiento. El "partido burgués" del "frente" sufre un fracaso rotundo (pierde 43 diputados, pasando de 159 a 116); parte considerable de sus electores votan por comunistas y socialistas y otros emigran a la derecha burguesa. La victoria es de los dos partidos obreros, y aunque los socialistas obtienen la representación parlamentaria más numerosa de la Cámara (pasan de 97 diputados a 146, sobrepasando por primera vez en la historia del parlamento francés al grupo radical), los grandes vencedores son los comunistas (72 diputados en lugar de 10). Es significativo, asimismo, que el grupo socialista de derecha desgajado de la SFIO pierda casi la mitad de su representación (pasa de 45 diputados a 26). Lo que confirma la polarización política del país y la radicalización, no sólo de la clase obrera sino de importantes núcleos de las capas medias.

Si desde el punto de vista de las perspectivas revolucionarias la polarización política que revelan las elecciones es alentadora, bajo el prisma del pacto franco-soviético el fenómeno puede parecer inquietante. ¿Qué va a ser de la potencia militar francesa si el país se desliza hacia la guerra civil? El corresponsal de *Le Temps* en Moscú informa que: "Los medios dirigentes no manifiestan ningún entusiasmo especial [...] Se deplora el fracaso relativo de los radicales." Resignándose ante la "voluntad popular", Litvínov le dice al corresponsal de *Le Petit Parisien*: "Lo esencial es que Francia no deje que se debilite su potencia militar. Deseamos que ningún disturbio interior favorezca los designios del Reich."(112) Si el voto que formula el comisario del pueblo para los Asuntos Exteriores es significativo, el momento en que lo expresa (primera quincena de junio) no lo es menos. El proletariado francés se ha instalado en el "disturbio" desde finales de mayo, sin esperar a que se forme el gobierno Blum. La huelga, acompañada de la ocupación de las fábricas, se ha extendido como mancha de aceite. En toda la historia de las luchas obreras francesas no se había conocido un movimiento huelguístico de semejante envergadura. Y las características que toma, emplazadas sobre el fondo político que han revelado las elecciones, justifica que algunos de los contemporáneos recordasen el famoso diálogo: "*Mais c'est une révolte? – Non, Sire, c'est une révolution*". El movimiento, en efecto, tiene desde el primer momento el sello que marca el comienzo de toda auténtica revolución: la iniciativa espontánea de las grandes masas, el cambio cualitativo de su estado de ánimo, la coincidencia única de millones en la misma voluntad de poner fin a un estado de cosas, el desbordamiento de los cauces habituales... Casi todos los que han estudiado el acontecimiento, o lo vivieron, coinciden en el diagnóstico. Desde el primer momento, dice Jacques Fauvet, la acción "toma un doble aspecto revolucionario, atentatorio a la autoridad y a la propiedad". Se ponen en movimiento, escribe Annie Kriegel, "las grandes multitudes, *les masses sauvages*, los reservistas de los tiempos de revolución". Y Jouhaux, que emplea a fondo todo el prestigio de su largo patriarcado en el movimiento sindical para apagar el incendio, explica en aquellos mismos días: "El movimiento ha sido desencadenado sin que se sepa exactamente cómo ni

cuándo. Hemos asistido a una explosión del descontento de las masas populares, que burladas, comprimidas, durante años y años, habían refrenado su descontento, y que en la atmósfera libre creada con la afirmación popular del 3 de mayo encontraban la posibilidad de manifestarlo.”(113) En efecto, la huelga masiva, y menos aún la ocupación masiva de las fábricas, no las ha decretado nadie y han sorprendido a todos: direcciones sindicales y políticas, gobierno y patronal, derecha e izquierda. La clase obrera ha aprovechado la victoria electoral del Frente Popular comprendiendo perfectamente que es ante todo su obra, la expresión de su nueva fuerza; pero al mismo tiempo demuestra hacerse pocas ilusiones sobre el cumplimiento de las promesas electorales. Lo que hace ”explosión” no es sólo el descontento económico, sino la desconfianza acumulada durante años y años, a través de elecciones y elecciones, en las soluciones parlamentarias. Reviven, como dice justamente el historiador G. Lefranc, algunas de las ideas-fuerza del sindicalismo revolucionario francés: la desconfianza hacia el Estado y los partidos políticos, y la confianza en la eficacia de la acción directa de las masas proletarias(114). Los trabajadores no se hacen ilusiones sobre la cohesión ni la decisión reformadora de la coalición electoral y parlamentaria que ellos mismos han izado al poder. Se dan cuenta dónde está la base de su fuerza y ocupan las fábricas.

El desconcierto es general. Blum, ya instalado en la jefatura del gobierno socialista-radical, apoyado por el Partido Comunista, reconoce ante los representantes patronales que lo más grave de la situación es la imposibilidad en que se encuentra el gobierno de saber de dónde viene y a dónde va el movimiento obrero. Los dirigentes de la CGT no están menos inquietos. Perciben que la masa obrera escapa parcialmente a su control y tiende a ir más lejos de lo que ellos juzgan razonable. Se esfuerzan en que el movimiento no gane a los servicios públicos. Todo su afán es llegar lo antes posible a un acuerdo negociado(115). La dirección del Partido Comunista adopta la misma posición. ”Nosotros, dice Ducloux, obedecemos a una doble preocupación: en primer lugar, evitar todo desorden; en segundo lugar, lograr que se entablen negociaciones lo antes posible para un arreglo rápido del conflicto.” Pero los primeros acuerdos CGT, organización patronal, gobierno Blum no logran poner fin al movimiento, pese a que *L’Humanité* titula a toda página: ”*C’est la Victoire!*”(116) El 11 de junio hay dos millones de huelguistas. En la metalurgia, sector piloto del gran movimiento, los delegados de setecientas fábricas lanzan el 10 de junio un ultimátum: si la patronal no cede a sus reclamaciones exigirán la nacionalización de las empresas, cuyo funcionamiento será asegurado por el personal técnico y obrero. El 11 de junio corre el rumor de que los *métallos* se preparan a salir de las fábricas y en columnas convergentes van a marchar sobre el centro de París. Ese mismo día Thorez reúne a los comunistas de la región parisina y les conmina a usar de toda su influencia para poner fin a la huelga: ”Si es importante conducir bien un movimiento reivindicativo – les dice – hay que saber también terminarlo. Ahora no es cuestión de tomar el poder. Todo el mundo sabe que nuestro objetivo sigue siendo invariablemente la instauración de la República francesa de los consejos de obreros, campesinos y soldados. Pero no es para esta noche, ni tampoco para mañana por la mañana.” Marceau-Pivert, líder de la tendencia revolucionaria dentro de la SFIO, acababa de escribir en *Le Populaire*: ”Ahora todo es posible para los audaces.” Pero el lema de los nuevos jacobinos no era la audacia sino la prudencia. En su discurso a los comunistas parisinos, Thorez responde a Marceau-Pivert: ”No, todo no es posible ahora.” Y llama a los militantes comunistas a ”reaccionar contra las tendencias gauchistes en el movimiento”. Al día siguiente la asamblea de metalúrgicos, entre los cuales es grande la influencia del Partido Comunista, acepta firmar una convención con los patronos y reanudar el trabajo. El partido pone en circulación el siguiente lema: ”El Frente Popular no es la Revolución”(117). Y en efecto, era otra cosa: en la Francia de junio de 1936 era el freno de la revolución, después de haber contribuido a abrir sus esclusas.

Para lograr que las aguas volvieran a su cauce era necesario, ante todo, infundir confianza a las masas en la política que se disponía a hacer el Frente Popular y sus hombres. Los trabajadores sabían bien a qué atenerse en cuanto a los radicales, y la sola presencia de éstos en la nueva coalición era motivo agudo de desconfianza. El programa de Blum, como ha recordado recientemente el que fue su director de gabinete, consistía en ”inyectar en la sociedad de

democracia capitalista, que era la francesa, el máximo de reformas”(118) Gran parte de los obreros intuía más o menos claramente que el ”máximo” quedaría reducido a un ”mínimo”, y por eso, aunque votaron a Blum, puesto que había que votar y batir a la reacción, al mismo tiempo lo ”desvotaron”: se pusieron en huelga y ocuparon las fábricas sin pedirle autorización. Quedaba el Partido Comunista. Pese a la desconfianza global del proletariado hacia la nueva combinación electoral y parlamentaria, una fracción importante del mismo, que buscaba en aquella coyuntura la salida revolucionaria, confiaba en el Partido Comunista, el único de los existentes que hasta entonces no se había comprometido en las combinaciones parlamentarias, que durante quince años había acusado incansablemente a los reformistas de desaprovechar o traicionar las oportunidades revolucionarias, que aparecía como el representante titulado en Francia de la única revolución proletaria triunfante hasta la fecha. Por eso una nueva generación de revolucionarios acudió en aquellos años a inscribirse en sus filas, la influencia de sus cuadros sindicales creció rápidamente en el seno de la CGT reunificada, y un sector considerable de la clase obrera votó por los comunistas(119). Al mismo tiempo que reverdecía en cierto grado – como antes hemos señalado – el viejo fondo sindicalista revolucionario, y que dentro del socialismo reformista aparecía una corriente revolucionaria relativamente importante, el hecho mayor era que por primera vez el partido ”marxista-leninista” se convertía en el partido hegemónico del proletariado francés. De él dependía el curso que tomara la crisis. Podía, como lo hizo, poner en la balanza todo el peso de su aureola revolucionaria a fin de canalizar el movimiento espontáneo de las masas hacia la salida gubernamental y reformista; o podía orientarse a desarrollar la potencialidad revolucionaria que el movimiento contenía. La segunda alternativa no implicaba forzosamente proponerse la toma *inmediata* del poder. Plantear la cuestión como si así fuera, según hace Thorez el 11 de junio, era una argucia para eludir el verdadero problema. Este consistía en que había dos maneras de entender la táctica de Frente Popular. Una, la que se sintetizaba en el ya citado pasaje del informe de Dimítrov ante el VII Congreso: ”A medida que el movimiento se desarrolle y que la unidad de la clase obrera se refuerce, debemos ir más lejos, preparar el paso de la defensiva a la ofensiva contra el capital, orientándonos a la organización de la huelga política de masas.” Lo que en las condiciones concretas creadas en junio de 1936 en Francia quería decir orientarse a elevar el nivel político y organizacional del movimiento de masas, articular las reivindicaciones económicas y sindicales formuladas por éstas con otros objetivos económicos y políticos más radicales, transformar la ocupación pasiva de las fábricas en ocupación ”activa”, aprovechar las posibilidades que ofrecía esta ocupación para crear formas de organización de las masas – comités, consejos obreros –, que combinadas con las formas sindicales y políticas tradicionales de la clase obrera francesa constituyeran el embrión de un nuevo poder(120). Sólo en la medida en que un tal proceso político se pusiera en marcha podía esclarecerse el problema de si la crisis de la sociedad francesa permitía llegar a la salida revolucionaria socialista, o si se detenía en reformas más o menos radicales dentro de los marcos del capitalismo. La otra manera de ”entender” la táctica del Frente Popular consistía en subordinar el movimiento de masas a los límites admisibles en cada momento para el ala burguesa o reformista del ”frente”. Como también vimos, esta orientación ”coexistía” con la primera en las tesis del VII Congreso, y en realidad era la predominante. Thorez la lleva a un extremo caricatural cuando pretende demostrar que no existen condiciones para impulsar el movimiento de mayo-junio de 1936 hacia metas más radicales: ”No tenemos todavía detrás de nosotros, con nosotros, decidida como nosotros hasta el fin, a toda la población campesina” [...] ”Arriesgamos incluso en ciertos casos alienamos algunas simpatías de las capas de la pequeña burguesía y de los campesinos.”(121) Huelga decir que si Lenin hubiera esperado a que *toda* la población campesina de Rusia estuviese tan *decidida* como los bolcheviques a la revolución *socialista*; si llega a esperar a que la perspectiva, abiertamente preconizada, de insurrección proletaria, no alienara a los bolcheviques *algunas* simpatías de la pequeña burguesía y de los campesinos, no habría habido revolución de Octubre. Los bolcheviques fueron apoyados por una fracción de la población campesina, la cual no luchaba conscientemente por la revolución *socialista*, sino por la paz y la tierra. Y como es bien sabido, las ”capas medias” pusieron en minoría a los bolcheviques dentro de la Asamblea Constituyente. En la Francia de 1936 no se

trataba de que el importante sector descontento y radicalizado de las "capas medias" urbanas y rurales (en su discurso del 11 de junio Thorez no niega la existencia de ese importante sector radicalizado) estuviera dispuesto a ir con los obreros hacia una abstracta revolución socialista, y menos aún a trasplantar el sistema soviético de partido único a Francia. Pero podía ir unido a los obreros por una serie de medidas radicales, económicas y políticas, que el mojigato programa del Frente Popular no contenía. (La actitud de un partido revolucionario hacia este programa no podía ser la misma antes y después de la "explosión social" de mayo-junio(122).) A condición, bien entendido, de que el proletariado no se detuviera a medio camino. Como ha demostrado la experiencia de todas las revoluciones proletarias, las masas de la pequeña burguesía urbana y rural, vacilantes por naturaleza, no pueden ser "más papistas que el papa", no pueden decidirse a marchar por el camino revolucionario más que si ven que el proletariado avanza decididamente por él, demostrando su fuerza y su resolución.

La extrema fragilidad de la argumentación de Thorez se explica porque la razón esencial de la orientación que toma el partido no es expuesta y analizada con franqueza. Se hacía referencia a ella como a esas enfermedades secretas, de las que sólo se habla por alusiones. "La situación presente, debida al egoísmo y a la obstinación patronal – escribe Vaillant-Couturier en *L'Humanité* del 6 de junio – no podría prolongarse sin peligro para la seguridad del pueblo de Francia." Y en los mismos días Marcel Gitton, que entonces era uno de los máximos dirigentes del partido, declara: "Nosotros estimamos imposible una política que, frente a la amenaza hitleriana, amenazaría poner en riesgo la seguridad de Francia."(123) "Lo esencial es que Francia no deje que se debilite su potencia militar, deseamos que ningún disturbio interior favorezca los designios del Reich", había dicho Litvínov al periodista francés. El *quid* del problema era éste. Sobre el porcentaje de campesinos o de funcionarios dispuestos a marchar con los obreros en un desarrollo revolucionario del movimiento de mayo-junio podía discutirse al infinito y sólo podía comprobarse en la acción, pero lo que no ofrecía dudas en la Francia de 1936 era que semejante desarrollo significaba una lucha encarnizada, de la que no podía excluirse la violencia armada y, posiblemente, la guerra civil. ¿Qué iba a ser, en esa perspectiva, de la "potencia militar" de Francia y del pacto francosoviético? Evidentemente había una respuesta revolucionaria a esa interrogante. La Francia proletaria sería un aliado militar de la Rusia soviética, más seguro y más fuerte que la Francia burguesa. Pero, ¿y si el movimiento revolucionario era derrotado? Nadie podía garantizar lo contrario. Los jacobinos del 89 primero asaltan la Bastilla y luego hacen Valmy. Los del 36 primero piensan Sedán, y deciden: "hay que saber terminar una huelga".

El fondo de la posición del Partido Comunista francés queda perfectamente claro cuando poco después de la "explosión social" francesa se produce la "explosión española". La historia de la *Guerra y Revolución en España*, escrita por una comisión oficial del Partido Comunista de España, presidida por Dolores Ibárruri, cita – tomándolo del libro de Colette Audry sobre Blum – el pasaje de una carta del jefe socialista francés a sus amigos norteamericanos (fecha el 9 de julio de 1942), en el que Blum explica que la ayuda a la república española hubiera agravado la situación interior francesa, y agrega: "En cuanto la situación hubiese tomado un cariz peligrosamente tenso hubiésemos tenido en Francia lo equivalente al golpe de fuerza de Franco. Antes de una guerra extranjera, Francia hubiese tenido una guerra civil, y con pocas probabilidades de éxito para la República." A renglón seguido de reproducir este texto de Blum, la comisión del Partido Comunista español escribe: "Colette Audry, a pesar de que su libro es una apología de Blum, reconoce que éste falsea la realidad, ya que los generales franceses solamente pudieron establecer un régimen reaccionario en Francia, presidido por Petain, después de la invasión de las divisiones blindadas alemanas, después de la entrada de los hitlerianos en París [...] *En las condiciones de 1936, un golpe fascista en Francia estaba condenado al fracaso.* Sin embargo, esta explicación de Blum, que hace dimanar la política de "no intervención" de su temor de una agudización de la lucha social y política en Francia, nos acerca, en cierto modo, a la realidad." A continuación el libro del Partido Comunista español reproduce textualmente el siguiente comentario de Colette Audry: "El jefe socialista del gobierno de Frente Popular francés tenía en sus manos el destino de dos proletariados

y le bastaba dejar ejecutar las cláusulas de un tratado de comercio burgués, firmado por sus predecesores, y aprovechar una frontera común, para *salvar a uno y reforzar al otro*. Semejante suerte no se encuentra dos veces en una vida.” El subrayado es de la comisión del Partido Comunista español, que escribe a renglón seguido: ”Aquí se toca el fondo de la cuestión. Lo que Blum quiso evitar, lo que temía, era que se fortaleciese el movimiento revolucionario del proletariado, y que triunfara plenamente el Frente Popular, no sólo en España, sino también en Francia.”(124)

Constatar, una vez más, el papel eminente de Blum en la traición a la república española, no sobra. Mostrar que la razón principal de su política no era el peligro de guerra, aducido en sus declaraciones públicas de 1936 y 1937, es importante. Coincidir con Colette Audry en la apreciación de que en 1936 un golpe fascista en Francia estaba condenado al fracaso, significa – por parte de la dirección del Partido Comunista de España – emitir un juicio de excepcional importancia, porque equivale a reconocer que en Francia existían condiciones muy favorables para que la ”agudización de la lucha social y política”, la impulsión del ”movimiento revolucionario del proletariado”, tuvieran un desenlace victorioso. Pero la historia que escribe la comisión del Partido Comunista de España es incompleta. Blum no era el único que temía la ”agudización de la lucha social y política en Francia”, la guerra civil. No era el único, tampoco, que invocaba el espectro de Hitler para predicar la paz social en Francia. Si Blum confiesa sus temores en un documento privado de 1942, Maurice Thorez los expresa públicamente desde el 25 de julio de 1936: ”Hay que representarse lo que sería de nuestro país, declara ese día, si las bandas fascistas al servicio del capital lograran provocar, entre nosotros también, el desorden y la guerra civil, sobre todo en un momento en que, a las razones interiores que reclaman calma y tranquilidad [sic] se añaden imperiosas necesidades de orden exterior. Cada cual comprende que una Francia debilitada por la guerra civil sería bien pronto la presa de Hitler [...]”(125) En estas líneas sin desperdicio está contenida la motivación profunda de la política de la dirección comunista francesa frente a la situación prerevolucionaria creada en Francia en mayo-junio, y frente a la respuesta revolucionaria que los trabajadores españoles dan al golpe militar de julio. Política que no es decidida, naturalmente, por los solos dirigentes comunistas franceses: es la política de la IC, la política de Stalin.

El Partido Comunista francés organizará importantes campañas, mítines, manifestaciones y colectas ”en ayuda de España”, denunciará mil veces la política de ”no intervención”, sus diputados pronunciarán discursos y presentaran mociones en el parlamento, y los dirigentes encontrarán acentos patéticos como los de este discurso de Thorez:

”Ah! je ne peux plus songer á l’Espagne, aux combats héroïques et de plus en plus inégaux qui s’y livrent, quant aux moyens matériels dont disposent les républicains espagnols, sans que le rouge de la honte ne me monte au front! Angoisse et honte de prolétaire fidèle à l’internationalisme ouvrier! Angoisse et honte d’un républicain fidèle aux traditions du peuple de France! Angoisse et honte d’un Français qui a le souci de l’avenir de son pays menacé de l’intérieur et de l’extérieur par la vague sanglante du fascisme.”(125).

El Partido Comunista francés ayudará al envío clandestino de armas a los republicanos españoles y, sobre todo, miles de comunistas franceses combatirán valerosamente en las filas de las Brigadas Internacionales. En una palabra, el Partido \ Comunista francés hará todo por ayudar al combate del proletariado español, menos aquello que podía inclinar decisivamente la balanza a favor de la revolución española: *una política revolucionaria en Francia*. No podemos seguir aquí los meandros de la ”otra” política, de la que tras una apariencia de oposición fue cómplice, en la práctica, de la ”no intervención” de Blum: de la política que en lugar de impulsar la lucha revolucionaria en Francia se orientó hacia la ”unión sagrada” bajo la etiqueta de ”frente de los franceses”, hasta el punto de que en enero de 1938 la dirección del Partido Comunista francés acepta la propuesta de Blum de entrar en un gobierno que incluya a Paul Reynaud(127). Limitémonos a señalar que el paso decisivo hacia esa política está en la posición adoptada por la dirección del Partido Comunista francés ante la explosión proletaria de mayo-junio de 1936. Esta posición no sólo contiene ya todas

las motivaciones que determinarán el curso ulterior de la política del Partido Comunista francés, sino que contribuirá a desencadenar un proceso políticosocial en el que irán reduciéndose cada vez más las posibilidades objetivas, existentes en 1936, de dar una salida democrática y proletaria a la situación francesa. Una vez apaciguada la "explosión social", los capitalistas se aplicaron a recuperar con una mano lo que habían tenido que entregar con otra. El alza de los precios siguió al aumento de los salarios. La devaluación vergonzante del franco realizada por el gobierno Blum (que había jurado no devaluar) contribuyó a descargar sobre los trabajadores y las capas medias el peso de la crisis económica. Una fracción creciente del proletariado fue cayendo de nuevo, en el escepticismo y la pasividad. La pequeña burguesía y los campesinos se orientaron de nuevo hacia los partidos burgueses. Y a finales de 1938 el Partido Comunista se encontraba otra vez totalmente aislado. Su política cada vez más "amplia" daba resultados cada vez más "estrechos". Acabó produciendo los efectos contrarios a los perseguidos por sus más altos mentores. En lugar de fortalecer en Francia las bases de la alianza francosoviética contra el peligro hitleriano desembocó en... Munich.

El 8 de septiembre de 1936, Thorez escribe en *L'Humanité*:

"En otras horas, sin dejarse influir por la demagogia de algunos, el Partido Comunista tuvo el valor de proclamar: *hay que saber terminar una huelga* [...] hoy decimos resueltamente: *¡hay que poner fin al bloqueo!*"

Pero el bloqueo de la república española no podía ser roto, ni Munich evitado, ni la catástrofe nacional de 1940 impedida, más que por la acción revolucionaria del proletariado francés, y el impulso que podía haber llevado a esa acción fue yugulado el día en que el jefe del Partido Comunista decretó que había que terminar no "una huelga" sino el movimiento más potente de la clase obrera francesa desde la Comuna.

La revolución inoportuna (España 1936-1939)

El comienzo de la revolución española – la única revolución que tuvo lugar en Europa durante la existencia de la IC, aparte la efímera república soviética húngara de 1919 – cogió desprevenidos a los dirigentes del "partido mundial". En febrero, de 1930, Manuïlskí, informando ante el Ejecutivo de la Komintern, se explaya sobre "las vastas perspectivas que se abren de transformación del actual auge revolucionario de los países capitalistas avanzados y de las colonias en situación revolucionaria". "Auge revolucionario" en los "países capitalistas avanzados" no existía en ese momento más que en la imaginación del representante de Stalin en la Internacional Comunista (IC), pero poco antes de la reunión del Ejecutivo había caído la dictadura de Primo de Rivera, y algunos de los presentes en la reunión se interrogaron sobre la significación del acontecimiento. Manuïlski replicó: "No es en España donde se decidirá la suerte de la revolución proletaria mundial [...] una huelga parcial puede tener mayor importancia para la clase obrera internacional que ese género de "revolución" a la española, efectuada sin que el partido comunista y el proletariado ejerzan su misión dirigente."(128). Pero la revolución "a la española" se empecinó en seguir adelante, pese a no estar en las previsiones de Manuïlski ya la casi inexistencia del partido ungido por la historia con la "misión dirigente". La sección española de la IC, en efecto, apenas contaba con 800 miembros cuando cae la monarquía, en abril de 1931.

Más grave que su exigüidad numérica era su reducidísima influencia en el proletariado, y su extrema debilidad teórica(129). Rasgo, este último, común a todo el movimiento obrero español. Ni socialistas ni anarcosindicalistas las dos grandes tendencias en que se divide el proletariado peninsular desde el siglo XIX – tenían ideas claras sobre la naturaleza del proceso revolucionario que se inicia en 1930-1931.

Los primeros consideran que se trata de una revolución puramente burguesa y se atienen a su "programa mínimo"; la dirección de la república deben asumirla los partidos republicanos burgueses. Lo más que puede hacer el Partido Socialista es cooperar lealmente con ellos para

realizar un programa de reformas que interesen también a la clase obrera española. Se dispone, en una palabra, a seguir las huellas de la socialdemocracia europea.

Los anarcosindicalistas parten del mismo supuesto – la revolución es puramente burguesa – pero la conclusión operativa es radicalmente opuesta: ninguna colaboración con la república del 14 de abril. Hay que ir a la revolución social para instaurar el "comunismo libertario".

Los comunistas, faltos en los primeros meses de directivas claras del centro de Moscú, improvisan guiándose por la línea general, ultraizquierdista, que sigue la IC en ese periodo. Su posición puede resumirse en las siguientes consignas: "¡Abajo la república burguesa de los capitalistas, los generales y el clero! ¡Por la república de los soviets de obreros, soldados y campesinos!". Muy española, casi anarcosindicalista, la primera. Completamente exótica y fuera de lugar, la segunda(130).

En verdad, nadie sabía lo que iba a ser aquello, ni en Moscú ni en Madrid. A poco de ser proclamada, la "república del clero" parecía un crematorio de iglesias, y los generales comenzaban a conspirar contra la "república de los generales". En un esfuerzo de clarificación, la nueva Constitución proclama que se trata de una "república de trabajadores de toda clase". Pero los trabajadores de "primera clase" se apresuran a enviar sus capitales al extranjero, mientras que los de tercera declaran huelgas y ocupan fincas de terratenientes, con el notorio propósito de reducirla a república de una sola clase. La Constitución define a España como un "Estado integral", pero admite las "autonomías", y las nacionalidades periféricas, que soportan desde el siglo XVI el centralismo castellano, tienden a que el "Estado integral" se desintegre en tres o cuatro. Azaña anuncia la sorprendente nueva de que España "ha dejado de ser católica", y las Cortes – que hacen a Azaña jefe del gobierno – eligen presidente de la república al muy católico Alcalá Zamora. Araquistain afirma con aplomo que "ningún pueblo es racialmente [sic] tan socialista como España", y Unamuno sale por los fueros del "individualismo" español. Así, apenas venida al mundo, la república española ofrece mil perfiles, pero Ortega y Gasset dice muy sesudamente: "Es preciso rectificar el perfil de la república". Todas las señoras leídas admiran la profundidad del filósofo, y mientras tanto la guardia civil comienza a "rectificar" ametrallando a los campesinos. En una palabra, la revolución "a la española" se presenta bastante embrollada, pero la IC la clasifica rápidamente en el tipo de revoluciones "democrático-burguesas" que encajan en la teoría elaborada por Lenin para... la Rusia de comienzos de siglo.

Según esa teoría – o más exactamente, según la dogmatización de esa teoría por la IC – a la revolución española tenía que aplicársele una estrategia en dos etapas, cuyo esquema conviene recordar. En la primera etapa habrían de resolverse las cuestiones dejadas "pendientes" por la inacabada revolución burguesa pero, como la burguesía ya no era revolucionaria, el proletariado debía asumir el papel, rector en la operación de liquidar las "supervivencias feudales" (latifundismo, dominio de la iglesia, castas militares, aristocracia, opresión de las nacionalidades, tc.). Sólo cuando hubieran sido resueltos estos problemas, el proletariado podía pasar al ataque contra la propiedad privada capitalista de los medios de producción, es decir, pasar de la "etapa democrático-burguesa" a la etapa "socialista", instaurando la dictadura del proletariado. Hasta mediados de 1934, esta estrategia fue aplicada por la IC en España en la forma táctica rabiosamente sectaria que correspondía al periodo del "socialfascismo". En las elecciones legislativas de noviembre de 1933, por ejemplo, la plataforma del Partido Comunista español [PCE] llamaba a luchar por "la España de los soviets", y declaraba que "los partidos de la democracia burguesa, junto con los socialistas [...] han sido y son el centro organizador de toda la contrarrevolución". "Por consiguiente – dice el documento – para vencer al fascismo es preciso luchar implacablemente contra la sedicente democracia burguesa que lo fomenta y estimula".(131).

Afortunadamente, el viraje de la Komintern en el verano de 1934 permite al PCE iniciar una política más acorde con las realidades españolas. Ingresó en las Alianzas Obreras y anuda relaciones con el Partido Socialista. Su participación destacada en la insurrección asturiana de octubre de 1934 eleva su prestigio revolucionario. En abril de 1935, siguiendo el ejemplo francés, el PCE postula la

creación de un Bloque Popular Antifascista. La idea cuaja, pese a la resistencia de la izquierda del Partido Socialista acaudillada por Largo Caballero y del anarcosindicalismo, porque después de la insurrección asturiana la represión se abatía sobre el proletariado, y las fuerzas reaccionarias preparaban la instauración de una dictadura, cuyas víctimas no iban a ser sólo las organizaciones obreras sino los partidos republicanos de "izquierdas". La unidad antifascista era oportuna a fin de oponer un frente defensivo eficaz a esa amenaza y crear condiciones más favorables para la contraofensiva popular. Es poco probable, sin embargo, que hubiera cristalizado de no presentarse la coyuntura electoral de febrero de 1936.

La posibilidad de obtener en caso de ganar las elecciones el bloque obrero-republicano, la amnistía de los presos políticos y la anulación de otras medidas represivas, fue lo que decidió a los caballeristas e hizo posible la participación del Partido Socialista Obrero Español [PSOE] y la Unión General de Trabajadores [UGT] en el Frente Popular. Y fue lo que decidió a una gran parte de la masa anarcosindicalista a votar por las candidaturas frentepopulistas(132).

Muy otra era la dimensión que la IC atribuía a la política de Frente Popular. "El frente popular antifascista – diría más tarde Togliatti – es la forma original del desarrollo de la revolución española en su etapa actual", es decir, en su "etapa" democrático-burguesa(133). La concepción básica del carácter y el itinerario de la revolución española, a la que más arriba nos hemos referido, seguía en pie, pero la "forma original" que ahora tomaba incidía sobre ella en un sentido que podría definirse como "moderador" o "suavizador", si los acontecimientos no hubieran puesto de relieve que era, ante todo, un sentido ilusorio. Tendía, en primer lugar, a revalorizar el papel que las fuerzas sociales y políticas pequeño burguesas, e incluso ciertos núcleos de la burguesía (particularmente en las nacionalidades periféricas), podían desempeñar en la inevitable etapa democrático-burguesa de la revolución. Una primera expresión concreta de ese giro moderador fue el programa, electoral del Frente Popular (convertido en programa del gobierno después de la victoria), el cual no iba más allá de lo que habían sido los programas tradicionales del republicanismo pequeño burgués. No contenía soluciones efectivas para ninguno de los problemas básicos de la "etapa" aludida. La cuestión de la tierra, e! problema de los problemas, quedaba de nuevo en barbecho. El PCE se comprometió a respetar escrupulosamente el compromiso contraído, lo que implicaba subdividir en dos la tan traída y manoseada "etapa": la primera, limitada al cumplimiento del programa indicado, en la que el partido apoyaría el gobierno (formado exclusivamente por los partidos republicanos pequeño burgueses y burgueses) encargado de aplicar dicho programa; la segunda, en la que el partido seguiría adelante con todas las fuerzas dispuestas a llevar hasta el fin» la revolución democrática burguesa. Sólo después de ese "fin" le llegaría su hora a la revolución proletaria.(134)

En contraste con el simplismo de la "acción directa" anarcosindicalista y con la vaguedad de la táctica caballerista, el plan táctico-estratégico confeccionado por los "hispanólogos" de la IC parecía un modelo de método: neta distinción de las etapas y fases; concentración de las fuerzas en cada una de ellas contra el enemigo principal; catalogación correspondiente de los objetivos en un orden de radicalismo creciente, etc. El PCE cuidaba de insistir en que no renunciaba, a ninguno de sus objetivos revolucionarios, y al final del trayecto se situaba siempre la dictadura del proletariado, que por supuesto no podía ser otro que el soviético.

Prima facie el plan parecía impecable. En realidad tenía un inconveniente de cierta importancia: iba a contrapelo de la dinámica profunda de la revolución española. Esta, en efecto, había recorrido un largo camino desde 1930-1931. Se había producido una polarización extrema de las fuerzas sociales y políticas. Los núcleos principales de la burguesía, incluyendo la mayor parte de la burguesía media y capas importantes de la pequeña burguesía urbana y rural – fundamentalmente aquellas que explotaban mano de obra asalariada – formaban bloque, de hecho, con la aristocracia terrateniente, las castas militares y eclesiásticas, los grupos fascistas. Bloque heterogéneo, sin duda, no sólo por su composición social sino por sus tendencias políticas, pero con un denominador común: el miedo a la revolución en marcha. Unido por la idea de que frente al avance de la revolución el único modo de salvar la propiedad, el orden, la familia, la religión, la patria, demás "valores eternos", era la vuelta a un poder fuerte, dictatorial. Y el instinto de clase, cuando no la percepción ría de la

situación objetiva: no engañaba a esos grupos sociales, porque en realidad el proletariado había pasado masivamente a posiciones revolucionarias extremas.

Decepcionado hasta el tuétano de la república: parlamentaria instaurada el 14 de abril y de sus políticos liberales, ya no confiaba más que en sus propias fuerzas, en sus organizaciones clasistas; ya poco creía en programas "mínimos", en las medias tintas. Puede decirse, sin exagerar, que su "programa mínimo" era la revolución social. Con toda la confusión ideológica, política y táctica que se quiera, pero con una idea fija muy clara: expropiar cuanto antes a los capitalistas y terratenientes, no sólo a los grandes sino a los medianos, e incluso a los "pequeños". (No hay que olvidar que dadas las estructuras económicas de aquella España gran parte del proletariado industrial y agrícola era explotado por patronos pequeños y medios.) Tal era el estado de espíritu, a la altura de 1936, no sólo de las masas anarcosindicalistas sino de las socialistas y ugetistas que aclamaban a Largo Caballero como el "Lenin español". Estimuladas por el ambiente revolucionario que impregnaba al país y atraídas por la resolución de que daba muestras el proletariado, otras capas sociales adoptaban también posiciones radicales: la gran masa de campesinos pobres, semibraceros, y parte de los pequeños campesinos que explotaban su mísero pedazo de tierra sin mano de obra asalariada; fracciones importantes de empleados, funcionarios, profesionales, etc, es decir, de las capas pequeño burguesas no explotadoras, así como un núcleo apreciable de la juventud universitaria y de la intelectualidad. También en estas capas había cundido la decepción respecto a los políticos republicanos liberales.

Si la socorrida imagen del volcán para caracterizar situaciones sociopolíticas suele aplicarse muy a menudo con excesivo subjetivismo, en la España de febrero de 1936 poseía una objetividad rigurosa. Apenas conocida la victoria electoral del Frente popular el volcán comienza a entrar en erupción. Y enseguida se pone de manifiesto la inconsistencia de la primera "subetapa" prevista en el plan táctico-estratégico de la IC, aplicado por el PCE. Los partidos republicanos pequeño burgueses y burgueses que forman el gobierno dan pruebas inmediatas de que son los de siempre. Su política se asemeja como un huevo a otro huevo a la del periodo 1931-1933, que había provocado la decepción del pueblo y abierto camino a la contraofensiva reaccionaria. Las que han cambiado son las masas, que como dice el historiador soviético Maidanik,

"confiadas ahora sólo en su fuerza se hicieron dueñas de la calle, y sin esperar las decisiones del gobierno comenzaron desde abajo, con métodos revolucionarios, a realizar el programa del Frente Popular [...] Liberaron a los presos políticos, obligaron a los patronos a readmitir los obreros despedidos por motivos políticos e iniciaron, en marzo de aquel año, la ocupación de tierras. A mediados del mismo mes comenzaron las huelgas suscitadas por la necesidad, el hambre, el paro y las provocaciones fascistas. El movimiento huelguístico creció de mes en mes. Se paralizaban fábricas y talleres, andamios y minas; se cerraban comercios. En junio-julio se registró un promedio de diez a veinte huelgas diarias. Hubo días con 400 000 a 450 000 huelguistas. Y el 95 % de las huelgas que tuvieron lugar entre febrero y julio de 1936 fueron ganadas por los obreros. Grandes manifestaciones obreras desfilaban por las calles exigiendo pan, trabajo, tierra, aplastamiento del fascismo y victoria total de la revolución. Se crearon las primeras empresas colectivas. Los mítines congregaban decenas de miles de personas y los obreros aplaudían con entusiasmo a los oradores que anunciaban la hora no lejana del hundimiento del capitalismo y llamaban a hacer como en Rusia. De las huelgas se pasaba a la ocupación de las empresas cerradas por los propietarios. La ocupación de las calles, de las empresas y de las tierras, la incesante acción huelguista, impulsaban al proletariado urbano y agrícola hacia las formas más elevadas de la lucha política."

Descripción elocuente y verídica que confirman todos los historiadores de este periodo. Pero, ¿que tiene que ver esa explosión revolucionaria con la "realización del programa del Frente Popular", que no incluía ni la ocupación de las tierras, ni la ocupación de las fábricas, ni la liquidación del capitalismo, sino que al contrario, trataba de preservar la propiedad privada a todos los niveles? Maidanik se ve obligado, sin duda, a conciliar el curso real de los acontecimientos con la "demostración" de que la política de la IC era justa.(135)

Entre febrero y julio existe en España, de hecho, un triple poder. El legal, cuyo poder efectivo es mínimo. El de los trabajadores, sus partidos y sindicatos, que se manifiesta a la luz del día en la

forma descrita. Y el de la contrarrevolución, que aunque se exterioriza en los discursos agresivos que sus representantes parlamentarios, en el sabotaje económico, y en las acciones de los grupos de choque fascistas, actúa sobre todo en el secreto de los cuartos de banderas, preparando minuciosamente el golpe militar. Secreto de Polichinela, porque la conspiración de los generales era del dominio público, denunciada en el parlamento, agitada en los mítines. Cualquiera que estudie estos meses cruciales de la España de 1936 no puede por menos de preguntarse: ¿Por qué los partidos y organizaciones obreras no actuaron de manera concertada y decidida para aplastar en el huevo. El levantamiento militar e impulsar resueltamente el proceso revolucionario?. La respuesta que el proletariado dio a la sublevación, derrotándola en la mayor parte del país, pese a que los facciosos tenían de su parte la sorpresa y la iniciativa, demostró hasta qué punto la correlación de fuerzas era favorable al pueblo. ¿Por qué no se adelantaron los partidos y sindicatos obreros? Una rápida ojeada a las posiciones políticas fundamentales de éstos permite, si no un esclarecimiento total del problema, por lo menos discernir las razones esenciales.

En el periodo que estamos considerando los reformistas eran netamente minoritarios en el Partido Socialista y en la UGT, aunque conservaran la dirección del partido gracias al hábil manejo del aparato. Bajo la jefatura de Indalecio Prieto, propugnaban la participación en el gobierno para colaborar con los partidos republicanos en la reedición de la política de los años 1931-1933: lucha en dos frentes, contra la reacción y contra la revolución. Pero la oposición decidida de la mayoría de las organizaciones locales del partido les impedía poner en práctica esa participación.(136)

La gran masa de trabajadores afiliados a la UGT, así como la mayoría de los militantes socialistas, se agrupaban en la izquierda, dirigida por Largo Caballero. Las caballeristas formaban, de hecho, un partido independiente, y propugnaban como objetivo inmediato la revolución socialista, criticando la idea de una etapa intermedia, democrático-burguesa antifascista, defendida por el Partido Comunista. Hay que ir – decían –, a la instauración directa de la dictadura del proletariado. No definían con precisión la estructura de tal "dictadura", pero sí que su dirección debía ser asumida por el Partido Socialista, en tanto que principal partido político de la clase obrera española.

Sin embargo, postulaban al mismo tiempo la unificación con los comunistas en un solo partido marxista. Proponían también la unificación de las dos grandes centrales sindicales, UGT y CNT [Confederación Nacional del Trabajo]. El caballerismo expresaba la radicalización revolucionaria de la gran masa del proletariado industrial y agrícola agrupado bajo las viejas banderas del socialismo español; su voluntad decidida de acabar de una vez con el régimen de los capitalistas y terratenientes. La debilidad principal del caballerismo es que carecía de una táctica eficaz de lucha por el poder. Esperaba que el desgaste y el fracaso del gobierno republicano haría caer el Estado en sus manos como fruta madura y subestimando la amenaza del otro poder que fraguaba el asalto contrarrevolucionario(137).

La otra gran corriente tradicional del movimiento obrero español, organizada en los sindicatos de la CNT, se encontraba en la misma disposición revolucionaria extrema. Pero sus fundamentos ideológicos hacían muy difícil que pudiera concertarse con los partidos marxistas, e incluso con los sindicatos de orientación marxista agrupados en la UGT. Las continuas represiones de que había sido objeto el anarcosindicalismo por los gobiernos republicanos con participación socialista, habían exacerbado su desconfianza no sólo hacia los partidos políticos en general, sino hacia los partidos obreros en particular. La idea de un Estado de dictadura del proletariado inspiraba a los anarcosindicalistas casi la misma repulsa que el Estado burgués. Y en relación con este último hacían poca diferencia entre que tuviera la forma democrática parlamentaria o fascista.

Lo que les llevaba, por razones diferentes a las de los caballeristas, a subestimar la amenaza fascista. La evolución sufrida por el Estado soviético, la suerte que, bajo él había corrido el anarquismo, así como la reducción de los sindicatos soviéticos a simple apéndice burocrático del Estado, contribuyeron no poco a endurecer las concepciones apolíticas y antiestatales de la masa anarcosindicalista española, y en particular de sus cuadros dirigentes. No obstante, la experiencia de los fracasos sufridos en sus anteriores intentonas revolucionarias, y la comprobación de que la UGT

pasaba del reformismo a la revolución, determinaron un cambio importante en la CNT: su congreso de mayo de 1936 propuso a la UGT concluir un "pacto revolucionario"; a fin de "destruir completamente el régimen político y social que regula la vida del país", dejando la cuestión de cómo organizar el nuevo régimen social" a "la libre elección de los trabajadores reunidos libremente". Sin embargo, el congreso elaboró un programa detalladísimo sobre la estructura y el funcionamiento de la sociedad "comunista libertaria" que debía salir de la revolución. Y la CNT seguía oponiéndose a toda alianza con los partidos políticos obreros(138).

En el marco del plan táctico-estratégico más arriba expuesto, el PCE propugnaba la unidad sindical UGT-CNT, era sobre supuestos radicalmente divergentes de los de la CNT. En primer lugar, no se trataba de ir a la revolución proletaria sino de defender y consolidar el régimen republicano parlamentario, de "presionar" al gobierno republicano para que aplicara el programa del Frente Popular. En segundo lugar, la dirección de la acción unida proletaria tenía que estar en manos de los partidos obreros y no de los sindicatos. El partido ponía especial empeño en desarrollar la unidad de acción, ya establecida, con el Partido Socialista, y al mismo tiempo preconizaba la unificación de ambos partidos en un solo partido marxista-leninista. Sus planteamientos unitarios a todos los niveles y en todas las esferas, era el lado fuerte de la política del PCE, porque respondían, evidentemente, a exigencias imperiosas de la situación objetiva, en particular a la amenaza de golpe contrarrevolucionario, cuya gravedad el partido percibía con más sensibilidad y claridad que ninguna otra formación política o sindical. Pero al mismo tiempo el contenido de esos planteamientos unitarios chocaba con aspectos especiales de esa misma situación objetiva. El dilema real que ésta implicaba no era el de instauración de una dictadura contrarrevolucionaria o consolidación de la república parlamentaria democrático-burguesa, sino dictadura contrarrevolucionaria o revolución proletaria, aunque sólo fuera por la simple razón de que la única fuerza capaz de impedir la dictadura contrarrevolucionaria no tenía la más mínima intención de sostener después la república parlamentaria democrático-burguesa. (Esta era la diferencia radical con la situación alemana prefascista, en la que la mayoría del proletariado estaba ideológica y estructuralmente integrado en la democracia burguesa.) Al plantear la urgencia de la acción - "unitaria sobre la base de la primera alternativa, el PCE encontraba la plena comprensión del ala minoritaria reformista del Partido Socialista, la reticencia, cuando no la impugnación abierta, de los caballeristas, y desde luego la "hostilidad de los anarcosindicalistas".

Caballeristas y anarcosindicalistas incurrieron en grave error, al no apreciar la magnitud de la amenaza fascista, al no tomar la iniciativa – por encima de todas las divergencias doctrinales y tácticas – para una acción resuelta y concertada contra ella. Pero la sustancia de su error no consistía en que subestimaran la gravedad de esa amenaza para la república parlamentaria burguesa sino en que no comprendían su gravedad para la revolución proletaria. Al no plantear *en primer plano* este aspecto de la cuestión, el PCE no ayudaba, ciertamente, a que caballeristas y anarcosindicalistas comprendieran su error. Al contrario, contribuía involuntariamente a que persistieran en él. Hasta tal punto el problema de aplastar en el huevo la conspiración militar estaba fundido en esos meses con la revolución proletaria, que el único medio real de lograr lo primero hubiera sido desalojar del poder al gobierno republicano pequeño burgués – gracias a cuya pasividad, cuando no cobertura, podía tejerse la trama de la sedición – e instaurar un poder que permitiera a las fuerzas obreras revolucionarias coger el toro por los cuernos.

Entre febrero y julio, a la revolución española se le fue creando, cada día de manera más acuciante, una situación análoga a la de la revolución rusa en vísperas de las jornadas de octubre el proletariado revolucionario tomaba la iniciativa, el que se enfrentaba a la contrarrevolución. Casares Quiroga era un Kerenski perfecto. Pero en España no había ningún Lenin. Abundaban, en cambio, los instructores de la IC. Auténticos revolucionarios y organizadores como José Díaz y Pedro Checa, tribunos populares de la talla de Dolores Ibárruri, carecían de la base teórica necesaria para enfrentarse con los esquemas frentepopulistas de la IC, importados a España con el marchamo francés. (A los comunistas españoles nos sucedió lo mismo que a los liberales peninsulares del XIX: carecíamos de ideas propias, elaboradas sobre la base del análisis de la sociedad española. En

lugar de apropiarnos el marxismo a partir de la singularidad de la revolución española, pretendimos apropiarnos la revolución española a partir del marxismo singular que había servido para la revolución rusa. En 1936 acogimos el Frente Popular, versión Thorez o Togliatti, como "forma original" de la revolución española, entretanto le llegara la hora de revestir la "forma soviética".

Durante la existencia de la IC, ningún otro partido comunista tuvo una oportunidad tan favorable de llegar a la unificación con el ala izquierda de la socialdemocracia en un solo partido marxista, como el partido español. La posibilidad de lograrlo existió desde finales de 1934. La izquierda socialista pasó decididamente a posiciones marxistas revolucionarias y era partidaria de la unificación. Naturalmente, en estas posiciones había mucho de discutible y problemático, y no a todos los dirigentes del ala izquierda les movían intenciones puras. En algunos de ellos, sin duda en el mismo Largo Caballero, los cálculos partidistas, la pretensión a la hegemonía, eran evidentes.

Pero la manera como la IC enfocaba este problema no estaba exenta de los mismos vicios. Resultaba bastante paradójico que siendo lo que era el papel del partido comunista en la dictadura del proletariado soviética, uno de los reproches principales que el PCE hacía al caballerismo era su pretensión a ser la fuerza dirigente de la dictadura del proletariado en España. Pero el obstáculo insuperable venía de la creencia en que estaba la IC de poseer la verdad absoluta del marxismo, de que la revolución proletaria no podía ser dirigida más que por la IC, de que el modelo soviético era obligado, en sus líneas esenciales, para todos los países, de que el partido "marxista-leninista" tenía que estructurarse y funcionar según el tipo de partido creado por la IC, de que la teoría de la revolución española elaborada por la IC era la única justa, de que la política de Frente Popular era tan adecuada a España como a Italia o Francia, de que un partido "marxista-leninista" tenía que considerar al trotskismo como la más nefanda de las herejías, y poner fuera de toda crítica al tipo de socialismo que se construía en la Unión Soviética, etc. Aunque los dirigentes de la izquierda socialista hubieran sido angelitos de la revolución es evidente que no podían ir a la unificación sobre esas bases, y desde luego no manifestaban ninguna predisposición angelical.

La creación de un gran partido revolucionario del proletariado español era extraordinariamente posible entre 1934 y 1936, pero sobre la base de un marxismo abierto, problemático. La IC, naturalmente, no podía abordar así la cuestión sin dejar de ser la IC. Es una de sus mayores responsabilidades históricas, porque la creación a tiempo de un tal partido hubiera aumentado considerablemente las probabilidades de victoria de la revolución española, y por tanto de modificar el curso de los acontecimientos europeos.(139)

Las jornadas de julio pusieron plenamente de manifiesto hasta qué punto la revolución proletaria había "madurado" en España, hasta qué punto la correlación de fuerzas le era favorable. Aunque el golpe contrarrevolucionario tuvo a su favor la elección del momento, la ventaja de obedecer a un plan y estar dirigido por un Estado Mayor central, de contar con las principales fuerzas armadas del Estado, fue derrotado en la mayor parte del país – en las regiones económicas, y demográficamente decisivas – por el contraataque decidido de las fuerzas proletarias, pese a actuar en orden disperso, sin plan y sin dirección coordinadora a escala nacional, y ni siquiera local en la mayor parte de los casos. Las organizaciones obreras desempeñaron, sin duda, un papel fundamental, pero el impulso espontáneo, surgido de las profundidades de las masas proletarias de la ciudad y del campo, no fue menos decisivo.

El Estado republicano se derrumbó como castillo de naipes y el comportamiento pasivo, vacilante, cuando no francamente capitulador, de las autoridades legales y de la mayor parte de los dirigentes de los partidos republicanos pequeño burgueses, contribuyó no poco a los escasos éxitos de las fuerzas contrarrevolucionarias. Al cabo de los primeros días de combate la revolución no había vencido: definitivamente, pero la correlación de fuerzas en el conjunto del país le era francamente favorable. Si la guerra civil, que se iniciaba había de dirimirse por los antagonistas españoles exclusivamente, la salida ofrecía pocas dudas. Pero como no podía por menos de suceder la lucha armada entre revolución y contrarrevolución en España se transformó automáticamente en problema internacional.(140)

Hasta ese momento la contradicción entre la idea que la IC tenía del carácter de la revolución española y el contenido real de ésta, no estaba determinada directamente por las exigencias de la política exterior soviética. Existía, sin duda, una incidencia indirecta, en la medida que la línea general adoptada por el VII Congreso de la IC, y en particular la versión francesa de la política de frente popular, estaban fuertemente condicionadas, como vimos, por la estrategia europea de los dirigentes soviéticos. Pero España como tal no había entrado aún en el campo visual de Stalin. El problema se le planteó de golpe y en términos nada fáciles. La URSS no podía eludir su deber de solidaridad activa con el pueblo español en armas, so pena de desacreditarse ante el proletariado mundial. Este deber coincidía, por un lado, con la orientación antihitleriana de la política exterior soviética en ese periodo. Pero por otro lado entraba en conflicto con las modalidades, digamos tácticas, de dicha orientación.

A este nivel, el objetivo número uno de la política soviética era consolidar la alianza militar con Francia y llegar a un entendimiento con Inglaterra. Pero ni la Francia burguesa de Blum, ni la Inglaterra conservadora de Chamberlain, podían admitir la victoria de la revolución proletaria en España. Contribuir a su victoria significaba, para el gobierno soviético, ir a la ruptura con ambas potencias. La única posibilidad aparente de conciliar la "ayuda a España" con los citados objetivos de la política exterior soviética era que el proletariado hispano no fuera más allá de lo que, en último extremo, podía ser admisible para la burguesía franco-inglesa. Y lo más que ésta podía aceptar es que en España existiese una república parlamentaria, democrática, antifascista, frentepopulista incluso, todo a la izquierda que se quiera, pero... ¡burguesa!, ¡sobre todo burguesa!.

Ni siquiera era seguro – nada había menos seguro – que semejante solución satisficiera a los conservadores ingleses, pero en todo caso era la única vía que aparecía ante Stalin para intentar conciliar, bien que mal, las exigencias contradictorias con que el destino abrumaba, una vez más, a su doble personalidad histórica de "jefe probado y reconocido, grande y sabio, de la Internacional Comunista", como lo calificó Dimitrov en el VII Congreso, y de jefe no menos grande y sabio del Estado soviético.(141)

Lo malo era que el proletariado español había dejado ya muy atrás ese límite razonable. En las semanas que siguen al 19 de julio, el régimen capitalista deja prácticamente de existir en la zona republicana; los medios de producción y el poder político pasan, de hecho, a manos de las organizaciones obreras. Todos los historiadores de la guerra civil española coinciden en este punto, menos aquellos cuyo propósito no es servir la verdad histórica sino justificar la política de Stalin y de la IC. Estos últimos "historiadores" siguen afirmando que el contenido de la revolución española no rebasó en ningún momento la "etapa democrático-burguesa", porque reconocer lo contrario equivale a reconocer que la política estaliniana en España consistió en hacer recular la revolución.

El historiador soviético antes citado fue objeto de severas críticas porque se aventuró a contradecir las tesis oficiales en esta y otras cuestiones delicadas: "Según nuestro punto de vista" – escribe en su libro *El proletariado español en la guerra nacional revolucionaria* –

"los acontecimientos del 19 de julio fueron el comienzo de una etapa cualitativamente nueva de la revolución española. La acción de las masas proletarias y su disposición subjetiva confirman esa conclusión. En julio-agosto de 1936 fueron resueltos, de hecho, los problemas básicos de la revolución, los problemas del poder y la propiedad de los instrumentos y medios de producción. El poder local pasó, prácticamente, a manos del proletariado armado. A sus manos pasaron también, y en menor grado a las del campesinado, todos los instrumentos y medios de producción pertenecientes a capitalistas y terratenientes. Gran parte de la burguesía y de su aparato estatal fueron liquidados en el territorio conservado por la república. Todo esto no encaja en los marcos de una revolución democrático-burguesa."(142).

Efectivamente, no "encajaba" pero había que hacerlo "encajar" para que la ayuda de la RSS a la república española pudiera "encajar" a su vez con la política exterior soviética. Y el sólido equipo de la IC instalado en España para supervisar la acción del PCE, junto con el no menos sólido equipo de consejos militares y políticos soviéticos, se aplicaron con todo celo a realizar esa dificultosa operación. Extraordinariamente dificultosa, porque se trataba, nada menos, que de hacer refluir la

revolución proletaria al recinto democrático-burgués del que no "debía" haber salido. Y esto era bastante más complicado que el "saber terminar una huelga" de Thorez. Había que comenzar por negar la realidad antiburguesa de la revolución, para que la acción dirigida a restaurar lo burgués como realidad pudiera aparecer como otra cosa de lo que en realidad era la IC, partido mundial de la revolución socialista no podía permitirse preconizar la rectificación del perfil socialista de la revolución española con la misma desenvoltura con que el filósofo había preconizado la rectificación del perfil plebeyo de la república azañista.

Había que guardar las formas, y para ello era necesario comenzar por proclamar urbi et orbi que la revolución española era "en esencia un movimiento popular, democrático, antifascista, nacional, cuyo objetivo principal era la defensa de la república, de la libertad, de la soberanía, frente a la rebelión fascista y la ingerencia brutal de las fuerzas armadas de Hitler y Mussolini"(143). Todo lo que desbordaba esa "esencia" eran "excesos" del caballerismo, del anarcosindicalismo, y de las masas insuficientemente instruidas en el marxismo-leninismo(144). El salvamento de la "esencia" iba acompañado de la reafirmación de los principios y los símbolos. La Constitución del 31, depositaria de los principios, seguía en vigor. El parlamento – la mitad de cuyos diputados se habían unido al movimiento faccioso, y la mitad de la otra mitad (los diputados republicanos) era difícil saber a quién representaban en la zona revolucionaria – conservaba sus funciones. Azaña, presidente de la república, permanecía en su puesto.

El Estado republicano seguía siendo el poder legal, aunque los poderes reales estuvieran en otras manos. Jurídicamente, la propiedad capitalista de los medios de producción no era abolida, aunque prácticamente hubiera sido destruida. "No creáis nunca exageradamente en la tontería de vuestros adversarios", aconsejaba Talleyrand, y los políticos de la burguesía europea no eran tontos, evidentemente. La fachada legal de la república española no les engañaba. Exigían la restauración efectiva del sistema burgués. Pero la fachada era útil a Stalin ya la IC en varios aspectos. En primer lugar, les permitía presentar la "ayuda a España" como ayuda al régimen legal republicano definido por la Constitución del 31. En segundo lugar, contribuía a justificar la ficción teórica del carácter "democrático-burgués" de la revolución española. Y en tercer lugar proporcionaba una estructura ideológica-políticajurídica que podía servir para acoger, y para promover, la transformación metódica de esa ficción de la realidad.

Naturalmente, esta última operación, la operación esencial, no podía llevarse a cabo más que con el apoyo y la colaboración de las propias fuerzas revolucionarias españolas, lo cual era sumamente problemático. Pero Stalin y la IC disponían de una arma decisiva, o más exactamente disponían de *las armas*.

Independientemente, en efecto, de que en la revolución se afirmase el contenido proletario que ya tenía, o que retrocediera al contenido democrático-burgués tal como lo entendía la IC, o que volviera al contenido liberal-burgués con el que soñaban los Azaña y los Prieto, una cosa era evidente: sin derrotar a las fuerzas militares de los generales sublevados y de sus aliados italo-germanos todos los "contenidos" posibles estaban condenados a esfumarse en breve plazo, y para vencer en el terreno militar la revolución necesitaba urgentemente armas y técnicos en su manejo. Enseguida estuvo claro que no podían venir más que de la URSS. – y también estuvo claro que de la URSS no vendrían si los dirigentes españoles no se ajustaban a la política que los dirigentes soviéticos consideraban necesaria para poder armonizar la ayuda a la república española con la estrategia general estaliniana. En los primeros meses de la guerra civil todos los dirigentes españoles, desde Azaña a Nin, comprendieron este imperativo y trataron de adaptarse a él, pero no todos de la misma manera.(145).

Para el PCE no se planteaba problema alguno, naturalmente, puesto que política de la Unión Soviética, política de la IC y su propia política formaban un todo indivisible. Se trataba de aplicar la línea general del VII Congreso de la IC. Para vencer al fascismo – enemigo principal – lo esencial era asegurar la más amplia unidad de acción de todos sus adversarios. Entre la política internacional de la Unión Soviética – alianza con los Estados burgueses amenazados por la Alemania hitleriana –,

y la política nacional de los partidos comunistas – alianza con las fracciones liberales de la burguesía –, no había contradicción. Una vez derrotado el fascismo el camino quedaría abierto para avanzar hacia la revolución socialista. En el caso de España con más seguridad que en ningún otro, puesto que el proletariado ocupaba sin duda posiciones hegemónicas dentro de la alianza. Una vez ganada la guerra se podría pasar a la etapa siguiente, hasta llegar a la dictadura del proletariado. Pero para ganar la guerra lo decisivo era conservar la alianza antifascista, tanto a escala nacional como internacional. Lo que exigía no proponerse de momento objetivos socialistas en España, corregir los "excesos" de la revolución, e incluso acentuar las concesiones a los republicanos burgueses y socialistas reformistas para ver si de esa manera Blum se resolvía para ayudar a la república española. El esquema era a primera vista muy coherente, pero a condición de que todos los implicados se dispusieran a representar fielmente el papel que se les asignaba. Lo que estaba muy lejos de ocurrir.

Los liberales tipo Azaña y los socialistas reformistas tipo Prieto eran los mejor dispuestos, puesto que por lo pronto esa línea de desarrollo respondía a sus preocupaciones esenciales: restaurar el Estado republicano, liquidar los "extremismos", aproximarse a las democracias occidentales. No es casual que en el mes y medio del gobierno Giral (20 de julio-4 de septiembre), formado exclusivamente por los partidos republicanos burgueses, "en los medios gubernamentales ganaba influencia la política unitaria y constructiva del Partido Comunista, que supeditaba todo a las necesidades de la guerra", ni que Azaña dijera a unos periodistas extranjeros: "Si desean valorar acertadamente la situación y conocer a hombres que saben lo que quieren, lean ustedes *Mundo Obrero*."(146) Pero Azaña también sabía muy bien lo que quería, y desde luego no era ganar la guerra en condiciones tales que el Partido Comunista obtuviera la hegemonía y quedara despejado el camino hacia la dictadura del proletariado. Como demuestran con absoluta claridad sus *Memorias*, su objetivo era la restauración de la república del 14 de abril, y su táctica servirse en una primera fase del Partido Comunista como dique frente al caballerismo y el anarcosindicalismo, para luego, en una segunda fase, reducir a la impotencia al Partido Comunista (aprovechando que la primera fase le habría enfrentado con los núcleos mayoritarios del proletariado revolucionario). La línea de Prieto, y la del mismo Negrín, fue análoga, y en las mismas *Memorias* de Azaña se revela la estrecha colaboración de la "troika": Azaña-Prieto-Negrín en la segunda etapa de la guerra, la que se abre con la liquidación del gobierno Largo Caballero en mayo de 1937.(147)

Los caballeristas se adaptaron también a la estrategia de Stalin, sin renunciar a sus propias concepciones y objetivos, cuya debilidad principal era la que ya señalamos anteriormente: imprecisión, vaguedad, carencia, en definitiva, de una política coherente. Reflejando la voluntad de las masas proletarias, se proponían preservar el contenido socialista de la revolución, pero no contaban ni con un programa que diese forma concreta a ese contenido, ni con una táctica para luchar eficazmente por él en la complejísima situación de la guerra civil. Pretendían asumir el papel rector dentro del bloque político obrero-republicano, y en la práctica iban a remolque del Partido Comunista en unas cuestiones, o del anarcosindicalismo, en otras. Pero precisamente esas características hacían del caballerismo la formación ideal para ocupar el proscenio en el drama que se iniciaba.

Su reputación revolucionaria, y en particular el mito Caballero ("Lenin español"), junto con la imprecisión de sus postulados, permitían al caballerismo representar a la revolución en su expresión más general: no la revolución *bolchevique*; ni la revolución *libertaria*, sino la Revolución del proletariado, con mayúsculas y sin adjetivos. Su carácter, en gran medida sindical, facilitaba el entendimiento; con la CNT, y por otro lado, el que no poseyera una política coherente, ni una organización bien estructurada, era una ventaja para los que tenían la una y la otra. Para el proletariado, Largo Caballero al frente del gobierno era la garantía de la revolución. Para Azaña y Prieto, como para Stalin y sus representantes en España, la jefatura gubernamental de Caballero podía ser la garantía de que la revolución colaborara en su propia rectificación, en la restauración del Estado republicano democrático-burgués. Para los anarcosindicalistas era una posibilidad de preservar los enclaves de "comunismo libertario" creados en las zonas donde ellos tenían

preponderancia. Para el mismo Caballero y los "caballeristas", la alianza con los republicanos burgueses era una especie de astucia de guerra para adaptarse a las condiciones internacionales en que se desarrollaba la revolución española y al mismo tiempo preservar su pureza proletaria.(148)

La adaptación de la CNT y del POUM a los condicionantes internacionales, y en particular al condicionante soviético, estaba lastrada de reservas análogas a las de los caballeristas, pero más radicales por concretarse en posiciones políticas mejor definidas y mucho más difíciles de conciliar con la restauración del Estado republicano que las de los caballeristas. La "revolución libertaria" que los anarcosindicalistas habían llevado a vías de hecho en Cataluña y Aragón, y trataban de extender a otras regiones de la zona republicana no sólo era absolutamente incompatible con la restauración del Estado republicano democrático-burgués; lo era también con las exigencias más elementales – militares y económicas – de la guerra.(149) Para el POUM estaba claro el carácter socialista de la revolución española y propugnaba la instauración de un poder proletario. Pero sus fuerzas eran muy limitadas. Confinado prácticamente a Cataluña, allí tropezaba con la influencia aplastante del anarcosindicalismo en los principales núcleos proletarios. Y al mismo tiempo le acosaba la hostilidad implacable del Partido Comunista. Los primeros tiempos de la guerra civil española coinciden con la exterminación física de las oposiciones en la URSS, y el POUM pasó a ser considerado por Stalin y la IC, lo mismo que el trotskismo, como una "agencia fascista" a la que había que exterminar.(150)

Toda la evolución de la situación interna de la "zona republicana" en el curso de la guerra civil está condicionada por estos datos iniciales, por las contradicciones y conflictos que de ellos derivan. Y se desarrolla en dos fases bien diferenciadas: la que va hasta la caída de Largo Caballero en mayo de 1937, y la que sigue hasta la derrota, la "fase Negrín". En la primera, el frente de republicanos azañistas, nacionalistas reformistas y comunistas, logra retrotraer la revolución, en lo esencial, al cauce democrático-burgués y restaurar sobre esa base el Estado republicano, con el ejército regular popular como principal instrumento. En la segunda, el frente de republicanos azañistas y socialistas reformistas se aplica a reducir metódicamente las posiciones comunistas en el aparato del Estado, sobre todo en el ejército, fuerzas de orden público y servicios especiales, así como en la esfera económica; a recortar aún más en el plano político general el contenido avanzado de la república y... a preparar la capitulación final. La línea de la IC en la revolución española acabó por volverse contra el objetivo supremo en cuyo nombre fue impuesta: ganar la guerra. Y sin embargo es la que hizo posible la prolongada y tenaz.

Ese efecto positivo proviene, ante todo, de que la IC y el PCE comprendieron desde el primer momento el carácter decisivo del problema militar. Con la ayuda de los técnicos soviéticos y de cuadros comunistas de otras latitudes, el PCE concentró todas sus energías en la resolución de ese problema. Sus estructuras, su funcionamiento, la formación de sus cuadros, le hacían especialmente apto para esa tarea. El Partido Comunista, reconoce Pierre Broué, "se mostró como una notable fuerza de organización, un instrumento terriblemente eficaz" (151) Los rasgos semimilitares del modelo bolchevique con arreglo al cual se había moldeado, le permitieron al PCE convertirse rápidamente en el *partido militar* de la república, en el núcleo organizador del ejército que hacía falta crear rápidamente, sin el cual todo estaba condenado a perecer: ensayos libertarios, Estado republicano, partidos y sindicatos. El más rudimentario sentido común hacía que las masas, independientemente de sus preferencias políticas y sindicales, comprendieran que sin ejército, sin mando único, sin disciplina, sin economía de guerra, sin unidad "férrea" – como decía el PC – en el frente y en la retaguardia, sin subordinar cualquier otra consideración a la urgente necesidad de derrotar a las tropas enemigas que avanzaban, no había salvación.

Si los efectivos del Partido Comunista y de su gran auxiliar las Juventudes Socialistas Unificadas [JSU], crecen muy rápidamente en los primeros meses de la guerra, lo mismo que su influencia y autoridad políticas, no se debe a que el proletariado considerara al PCE "más revolucionario" que a los caballeristas o anarcosindicalistas, sino más clarividente y capaz para afrontar el problema crucial de la situación. El prestigio que adquiere la URSS por su ayuda a la república influye no poco, indudablemente, en el auge del PCE, pero el factor principal es el que acabamos de indicar.

Es sintomático que los efectivos y la influencia del partido aumentan relativamente poco en los sindicatos de la UGT, sin hablar ya de los de la CNT, es decir, en el seno de la clase obrera organizada.

A las filas del PCE acuden numerosos elementos pequeño burgueses, atraídos por el renombre que adquiere el partido de defensor del orden, de la legalidad y de la pequeña propiedad. Y al PCE afluye, sobre todo – o se pone bajo su dirección a través de la JSU–, un gran contingente de la juventud no formada aún en los sindicatos y organizaciones obreras tradicionales, atraída por las virtudes militares del partido, y por una ideología simplificada, en la que revolución se identifica con antifascismo entreverado de patriotismo.(152)

El PCE dio, por consiguiente, una contribución primordial a la organización del ejército republicano, la IC creó las Brigadas Internacionales y la Unión Soviética fue la principal abastecedora en armas de la República, amén de ayudarla con valiosos especialistas militares. Si la guerra fuera sólo una empresa técnico-militar sería difícil encontrar tacha en la aportación del trinomio PCE-IC-URSS a la lucha del pueblo español contra el fascismo (si prescindimos, por el momento, de la cuestión relativa al volumen de los armamentos proporcionados por el gobierno soviético a la República). Pero como es bien sabido desde Clausewitz, la guerra es un verdadero instrumento político, una prosecución de las relaciones políticas, una realización de éstas por otros medios” (153) Y muy especialmente, podría agregarse, una guerra civil. La tesis del PCE: ”si no se gana la guerra, no hay revolución posible”, era la evidencia misma; pero la otra que iba siempre asociada: ”ganando la guerra hemos ganado la revolución”, era la ambigüedad misma.(154) Porque, como ya vimos anteriormente, cada una de las organizaciones políticas y sindicales del campo republicano tenía su propia concepción de la ”revolución”, y pugnaba por hacerla prevalecer, *continuando* su política anterior, desde el primer día de la guerra civil.

La ”guerra” no era un aspecto autónomo de la lucha global, que permitiera poner entre paréntesis las tres principales ”variantes” de revolución que se enfrentaban: la proletaria, la democrática-burguesa, y la liberal burguesa. El combate en los frentes, los instrumentos directamente militares, estaban en conexión estrecha con uno u otro tipo de organización social y política. Y según qué tipo de régimen político social prevaleciese durante la guerra civil, todo el porvenir de la República quedaría fuertemente condicionado. La fuerza militar puesta en pie por el PCE, la IC y la ayuda soviética estaba al servicio de dos objetivos políticos esenciales: resistir militarmente a los facciosos y asegurar que prevaleciese el tipo ”democrático burgués” de república, aceptable para los republicanos burgueses y supuestamente aceptable también para las ”democracias occidentales”. Pero al ser instrumento de este segundo objetivo, la fuerza militar PCE-IC-URSS entraba en conflicto con la realidad revolucionaria creada, y con la mayoría del proletariado que consideraba esa realidad como su máxima conquista. Semejante conflicto no podía por menos que quebrantar, en definitiva, la potencia militar de la república. Entre los dos objetivos políticos a cuyo servicio estaba el esfuerzo militar del PCE, la IC y la ayuda soviética, no existía complementariedad sino contradicción. El segundo socavaba los efectos positivos de primero. Los acontecimientos se encargaron de demostrarlo muy rápidamente.

En los primeros meses de 1937, los caballeristas, anarcosindicalistas y poumistas llegaron al convencimiento de que su adaptación a la línea impuesta por Moscú, sin tener efecto positivo alguno sobre la actitud de las ”democracias occidentales”, se traducían, en cambio, en un retroceso continuo del ”contenido proletario” inicial de la revolución y en el fortalecimiento del PCE, de los socialistas reformistas y de los republicanos burgueses dentro de las estructuras políticas y militares. Les inquietaba, sobre todo, la posición hegemónica que el PCE adquiría en el ejército. Y el terror desencadenado por Stalin contra las oposiciones dentro de la URSS vino a sumarse a las motivaciones propiamente españolas para llevar esa inquietud al colmo.

El terror estalinista aparecía ante caballeristas, anarcosindicalistas y poumistas, como la prefiguración de es que les esperaba en caso de un final victorioso de la guerra civil con hegemonía comunista. Y la posición que inmediatamente había adoptado el PCE y no era como para

tranquilizarles. En perfecta sincronización con los "procesos de Moscú" reclamaba, en efecto, el exterminio del POUM, y acusaba de enemigos de la Unión Soviética, de cómplices del fascismo, a los caballeristas y anarquistas que denunciaban los crímenes de Stalin(155). Imbuidos de una fe ciega en los dirigentes soviéticos, los comunistas españoles no podían dudar de que en Moscú se estaba exterminando a "enemigos del pueblo", a "espías fascistas", y cuando en España se estaba librando una lucha a muerte contra el fascismo, cuando la Unión Soviética era la única potencia que ayudaba a la república española, sólo otros "enemigos del pueblo", otros "agentes encubiertos" del fascismo – se decían los comunistas españoles – podían salir en defensa de los que Stalin suprimía.

La introducción de este virus de desconfianza, cuando no de odio, llevó al paroxismo las divergencias políticas y doctrinales entre las organizaciones y grupos que representaban al proletariado revolucionario. Mientras tanto, los republicanos burgueses y los reformistas del PSOE observaban una sabia discreción ante el drama que se desarrollaba en Moscú. El foso que se abría entre el PCE y las otras fracciones del proletariado revolucionario hacía de Azaña y Prieto los árbitros de la situación.

La "crisis de mayo" (1937) fue el resultado de ese proceso global, Se eliminó del gobierno al caballerismo y al anarcosindicalismo, y el poder quedó en manos de socialistas reformistas, republicanos burgueses y PCE(156). Inmediatamente se llevó a cabo la represión policíaca contra el POUM, seguida de la ofensiva política contra Largo Caballero y sus partidarios. Mientras el PCE los denunciaba como cómplices del POUM, el grupo de Prieto maniobraban para desalojar a los caballeristas de sus posiciones en el PSOE y en la UGT. Paralelamente, en la CNT fortalecían sus posiciones los elementos más moderados y reformistas(157).

Se daba así un paso decisivo en la difícil tarea encomendada por Stalin a la IC: reintegrar la revolución española al recinto "democrático burgués" del que no "debía" haber salido. Pero el principal beneficiario de la operación no fue su principal ejecutor, el PCE; lo fue el bloque de republicanos burgueses y socialistas reformistas, que ocuparon los puestos clave del gobierno: además de la jefatura, el ejército, la política exterior y la economía. Ciertamente el PCE controlaba a una parte esencial del ejército, pero teniendo en cuenta que el principio supremo de su política – de la política de Stalin – era conservar la alianza con el bloque burgués reformista de la república, al PCE le estaba absolutamente vedado utilizar esa fuerza militar contra sus sagrados aliados. Y Prieto, al frente del Ministerio de Defensa, pudo emprender metódicamente la tarea de ir reduciendo el peso específico de los comunistas en los cuadros de mando de las fuerzas armadas y del Comisariado. Al mismo tiempo la política general del gobierno evolucionaba rápidamente hacia la derecha en el plano interior y se orientaba a una salida negociada de la guerra. Lo que se abría paso, en definitiva, era la política de Azaña (véase la nota 147). Y es que las grandes revoluciones sociales, como era la española, o avanzan decididamente hasta sus últimas consecuencias, o retroceden no menos decididamente y desembocan en la contrarrevolución.

Mucho antes de que las tropas fascistas irrumpieran en Barcelona y Madrid, la contrarrevolución se instalaba silenciosamente en la zona republicana. A medida que la guerra civil se prolongaba, con su cortejo de privaciones y sacrificios, a medida que la correlación de fuerzas militares se modificaba a favor del enemigo (el cual recibía de Alemania e Italia una asistencia mucho mayor que la proporcionada por la URSS a la república), el desánimo y el derrotismo se propagaba entre las capas pequeño burguesas de la ciudad y del campo, contagiando también de grupos del proletariado. La política capituladora de Azaña y Prieto adquiría una base social cada vez más amplia, mientras que la resistencia a ultranza preconizada por los comunistas encontraba un escepticismo creciente. El PCE se esforzaba desesperadamente por atajar esa degradación de la situación, pero ni la propaganda, ni las medidas destinadas a reforzar el ejército o a intensificar la producción de armas, podían compensar el vacío dejado por la pérdida de lo que había sido el resorte decisivo de la combatividad popular en los primeros meses: el entusiasmo revolucionario.

La masa más radical del proletariado se sentía relegada y burlada, y en el seno mismo del Partido Comunista, tras un optimismo de fachada, nacía la duda y la vacilación. Aparecieron críticas contra

la política de alianza con los dirigentes republicanos burgueses y los reformistas del PSOE, y se expresó la idea de que la única salida a la, situación creada era que el partido tomara plenamente en sus manos la dirección de la guerra(158). Estas tendencias iban asociadas a la convicción, que ganaba a muchos comunistas, de que las esperanzas puestas en una ayuda de las "democracias occidentales" se habían revelado totalmente ilusorias. ¿Por qué tener miramientos con los que en España personificaban políticamente a esa "burguesía democrática" anglofrancesa, y a esa "socialdemocracia" que traicionaban al pueblo español? ¿Por qué sacrificar a la alianza con los que se orientaban a la capitulación las posibilidades que pudiesen quedar de una política de guerra revolucionaria, susceptible de reanimar las energías combativas del proletariado, de imponer una disciplina férrea, y de aprovechar al máximo los recursos existentes?

Tales ideas llegaron a reflejarse, incluso, en uno de los órganos centrales del PCE, *Mundo Obrero*, que por publicarse en Madrid no se encontraba bajo el control inmediato de la dirección del partido (cuya sede estaba en Barcelona y tenía como órgano oficial de expresión *Frente Rojo*). En el número del 23 de marzo de 1938 la redacción de *Mundo Obrero* plantea:

"No se puede, como hace un periódico, decir que la única solución de nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista, porque Francia so quiere así [...] El pueblo español vencerá con la oposición del capitalismo".

La dirección del PCE reacciona inmediatamente. En una carta firmada por José Díaz y publicada en *Frente Rojo* del 30 de marzo, se amonesta con severidad a la redacción de *Mundo Obrero*:

"La afirmación de que 'la única solución para nuestra guerra es que España no sea fascista ni comunista' – dice la carta –, es plenamente correcta y corresponde exactamente a la posición de nuestro partido".

En cuanto a la tesis de que "el pueblo español vencerá con la oposición del capitalismo", "tampoco corresponde", escribe José Díaz, "ni a la situación ni a la política de nuestro partido y de la Internacional Comunista". "En mi informe al Pleno de noviembre [1937] de nuestro Comité Central" – sigue diciendo el secretario general del PCE – afirmábamos:

"Hay un terreno sobre cual todos los Estados democráticos pueden unirse y actuar juntos. Es el terreno de la defensa de su propia existencia contra el agresor de todos: el fascismo; es el terreno de la defensa contra la guerra que nos amenaza a todos.[...] Cuando hablábamos aquí de 'todos los Estados democráticos' no pensábamos solamente en la Unión Soviética, donde existe una democracia socialista, sino que pensábamos también en Francia, Inglaterra, Checoslovaquia, en los Estados Unidos, etc., que son países democráticos, pero capitalistas. Nosotros queremos que estos Estados nos ayuden; pensamos que defienden su propio interés al ayudarnos; nos esforzamos en hacérselo comprender y solicitamos su ayuda. La posición que adoptáis en vuestro artículo es muy diferente y no es justa [...] nos llevaría inevitablemente, una vez más, a restringir el frente de nuestra lucha, en el momento en que es preciso ampliarlo."(159)

Por consiguiente, el 30 de marzo de 1938, cuando ya era archievidente (en realidad lo era desde que Blum, a los pocos días de estallar la guerra civil española, supeditó su actitud a la del gobierno conservador inglés) que el capitalismo "democrático" no movería un dedo en ayuda de la república española, por mucho que ésta "ampliara" su significación política, la IC (bajo la firma de José Díaz) seguía meciéndose en la dulce ilusión – y fomentándola en los combatientes españoles – de que Francia, Inglaterra, los Estados Unidos, ayudarían al pueblo de España. Sigue fomentando estas ilusiones (y basando en ellas toda la política de su sección española), pese a que, como reconocen los historiadores soviéticos, "desde finales de 1937 era cada vez más notoria la confabulación [contra la república española] de los Estados fascistas con los Estados Unidos, Inglaterra y Francia"(160). Y en efecto, quince días después de la reprimenda a *Mundo Obrero*, Inglaterra llega a un acuerdo con Mussolini sobre la retirada de los "voluntarios" italianos una vez lograda la victoria de Franco; a mediados de junio el gobierno francés cierra la frontera pirenaica; y septiembre trae Munich.

Mientras tanto, la "ampliación" preconizada por la "carta" se traduce en la renuncia formal (que en la práctica era el reconocimiento de la situación ya existente) al contenido revolucionario que

inicialmente había tenido la lucha. Como muy exactamente dice G. Jackson, con los "13 puntos" de Negrín, patrocinados por el PCE, se presentaba a la opinión mundial la imagen de un régimen cuyos propósitos y métodos eran similares a los de las democracias occidentales; era un esfuerzo supremo para convencer a los gobiernos de Occidente de su propio interés en la supervivencia de la República(161).

Pero los "gobiernos de Occidente", a diferencia de IC, enfocaban el problema con criterio clasista, y el representante más solvente del capitalismo español no era el gobierno de Negrín sino el gobierno de Franco. El capitalismo "democrático" no se conformaba con menos que el aplastamiento total del proletariado español, es cual exigía el aplastamiento de una república que durante casi una década había demostrado suficientemente su imposibilidad histórica como "república democrático-burguesa". Los "gobiernos occidentales" podían, en todo caso, ser sensibles a la quimérica imagen de la realidad republicana española que el PCE y Negrín se esforzaban en presentar, pero eran orgánicamente incompatibles con la realidad que se ocultaba tras esa imagen: la realidad de un proletariado revolucionario, presto a levantar cabeza a la primera oportunidad. El drama se aproximaba a su desenlace sobre la base de los términos mismos en que las clases y la lucha de clases (y no el dogma teórico de la IC sobre la inevitabilidad de una etapa "democrático burguesa") lo habían planteado en la España concreta de 1936: *fascismo o comunismo*. (Entendiendo por "comunismo" lo que todo el mundo entendía por aquel entonces refiriéndose a España: la revolución proletaria peculiar, de rasgos originales e intransferibles, española en una palabra, que se había propagado como huracán por el territorio peninsular en la segunda mitad de 1936.)

Las concesiones ideológicas y políticas que en los últimos meses de la guerra hacen el PCE y Negrín para "facilitar" la "unión nacional" de los "españoles patriotas" de ambos bandos, la reducción a 3 de los "13 puntos" de Negrín, sólo servía para convencer a los más optimistas de que la república estaba al borde del desastre. El "partido de la capitulación" engrosó hasta ser el más influyente de la zona republicana. De ahí el hundimiento catastrófico de Cataluña, y el éxito del complot de Casado que lleva al derrumbamiento final. A última hora, el PCE intentó reaccionar, dando de lado todo miramiento con los aliados burgueses y reformistas, toda preocupación respecto al capitalismo "democrático". Pero era tarde(162). Todos los sacrificios y heroísmos de tres años se hundían junto con una política que desde el primer día de la, guerra civil había vuelto la espalda a imperativos esenciales de la realidad revolucionaria española para ajustarse a los imperativos de la estrategia internacional de Stalin.

La sujeción del PCE a esa estrategia fue, en efecto, un grave obstáculo para el pleno despliegue de las reservas combativas y de las iniciativas creadoras, de las fuerzas capaces de hacer milagros, que toda gran revolución social lleva en su seno. *Dentro de los límites* que le impuso esa sujeción (el partido dio ejemplo, como ya hemos dicho, en la organización del ejército, en alentar el espíritu de combate, en exaltar los aspectos antifascistas, nacional liberadores, de la lucha, etc. Cosa que era absolutamente necesaria y vital. Pero el *pleno* despliegue de las potencialidades más arriba indicadas exigía, ante todo y sobre todo, que el proletariado – la fuerza revolucionaria decisiva – no dudase en ningún momento de que la lucha a muerte entablada era la lucha que le liberaba de la esclavitud capitalista. No como promesa para una etapa ulterior sino como afirmación y desarrollo del contenido socialista que la revolución en acto había tenido desde las jornadas de julio; como traducción de ese contenido en una nueva legalidad y nuevas instituciones, como instauración, ante todo, del *poder proletario*. Todos los otros contenidos de la guerra revolucionaria eran importantes y ninguno debía ser subestimado, pero a condición de ser subordinados a ese contenido socialista. Sobre esta base era necesario, y podía ser comprendido por el proletariado, el respeto de la pequeña propiedad que no explotase trabajo ajeno, la alianza con las capas pequeño burguesas no explotadoras, la colaboración con grupos políticos no proletarios que en función de los otros aspectos de la guerra (antifascista, nacional, etc.) estuviesen dispuestos a participar en la lucha. Sobre esa base, el aspecto de defensa de la independencia nacional que la intervención italogermana confería a la guerra civil podía significar para el proletariado algo más que el patriotismo tradicional: la defensa de su propia liberación.

Reconocer la prioridad absoluta de la esencia proletaria y socialista de la revolución, reafirmarla en todos los planos, y partir de ella para la solución de todos los problemas que planteaba la guerra, era un imperativo tanto más insoslayable – conviene insistir en ello – cuanto que esa esencia *había sido inscrita ya en la realidad* por las mismas masas, y todo retroceso no podía por menos de provocar su desconfianza, quebrantar su moral y, en definitiva, llevarlas a la conclusión de que para restaurar la república azañista no vale la pena consentir tan inmensos sacrificios. El espíritu que hizo posible la defensa de Madrid fue el espíritu de la revolución proletaria, y si existía una posibilidad de victoria no podía esta más que en su preservación y propagación. Para lo cual hacía falta la creación de un poder proletario revolucionario, que no dejara lugar a dudas sobre los objetivos de la lucha y abordara con firmeza y flexible la resolución de las tareas que la guerra ponía en primer plano: organización del ejército y de la producción de armamento, abastecimiento, etc.

Y algo que el gobierno restaurador del Estado republicano demoburgués, dominado cada vez más por los Azaña, Prieto y compañía, preocupado de acercarse lo más posible a las "democracias occidentales", no se propuso, ni podía proponerse: la organización en gran escala de la guerrilla revolucionaria en la zona ocupada por los militares sublevados. Las características políticas que iba adoptando esa restauración se traducían en una concepción "convencional" de la forma de hacer la guerra. Pero si la organización de un ejército regular, la guerra de frentes y de movimiento a base de grandes unidades, eran obligadas en las condiciones concretas de la guerra civil española, la lucha de guerrillas era no menos necesaria y posible. Sólo que requería otro tipo de poder. Hay que subrayar esta carencia de la república porque tuvo una influencia considerable en el resultado final de la lucha. La acción guerrillera en gran escala – para la que existían condiciones muy favorables en toda una serie de zonas del país – no sólo hubiera reforzado considerablemente la potencia militar de la República y las probabilidades de victoria, sino que incluso en la eventualidad de una derrota a nivel de la "guerra convencional", habría sentado las bases para proseguir la lucha armada durante largo tiempo y enlazarla durante la guerra mundial con la resistencia antihitleriana(163).

La incompreensión del problema del Estado por los anarcosindicalistas, la inconsistencia táctica y organizacional del caballerismo constituían, sin duda, un gran obstáculo para la organización del tipo de poder revolucionario que las condiciones de guerra civil exigían de manera inexorable. Pero si el Partido Comunista, que comprendía mejor los imperativos de esas condiciones, hubiese abordado la crítica del anarcosindicalismo y del caballerismo colocándose en las posiciones de la revolución proletaria, en función de las necesidades de la guerra *revolucionaria*, y no en nombre de la democracia pequeño burguesa, habría encontrado un eco profundo en las masas anarcosindicalistas y caballeristas, y en muchos de sus mejores cuadros. Durruti no era, ni mucho menos, una excepción. Porque la guerra y la revolución enseñaban con enorme rapidez. Y en realidad, importantes sectores del anarcosindicalismo y del caballerismo comprendieron muy pronto que hacía falta poder estatal, ejército, disciplina, etc. Y lo hubieran comprendido aún más rápida y profundamente si el PCE no hubiese planteado esas tareas en oposición al contenido socialista de la revolución. En los primeros meses de la guerra existían grandes posibilidades para la unificación de comunistas, caballeristas, pumistas y anarcosindicalistas tipo Durruti, en un gran partido revolucionario, o al menos para su colaboración estrecha en la construcción de un Estado proletario. Pero el aprovechamiento de esas posibilidades dependía, ante todo, de que el PCE se situaba sin reservas en el terreno de la revolución y abandonas; todo esquema dogmático. Semejante partido y Estado tenían que ser plenamente independientes de la IC y del Estado soviético. Sólo así podían ser aceptables para las otras fracciones revolucionarias del proletariado español.

Sobra decir que nada de esto era posible siendo lo que eran la IC y la política estaliniana. Aun situándonos en la hipótesis, puramente especulativa a la altura de 1936, de que el PCE hubiese tomado el camino que acabamos de indicar, la situación internacional de la hipotética república socialista habría sido probablemente desesperada, a consecuencia de la oposición de la IC y de Stalin. Ciertamente podía jugar cartas que le estaban vedadas a la república frentepopulista, enfeudada a la política de Stalin y prisionera de su propia esencia pequeño burguesa: podía, con el

ejemplo y su llamamiento directo, fomentar la lucha revolucionaria de proletariado francés. (En la segunda mitad de 1936 el espíritu del mayo-junio francés aún estaba vivo.)

Análoga carta tenía ante Stalin. Negar ayuda al proletariado español, con el inmenso eco de simpatía que su lucha encontraba incluso en el movimiento obrero socialdemócrata, equivalía a asestar un terrible golpe al prestigio de la URSS entre los trabajadores de todos los países. Y aunque la estrategia internacional estaliniana se basaba fundamentalmente en la utilización de las contradicciones interimperialistas – y no en el desarrollo del movimiento revolucionario mundial – no podía prescindir del apoyo del movimiento obrero. Lo necesitaba, incluso, desde el punto de vista de la utilización de dichas contradicciones (para asegurar, por ejemplo, la alianza con Francia y llegar a un entendimiento con Inglaterra, necesitaba la "presión" de las clases obreras respectivas sobre sus burguesías). Una república española socialista del tipo supuesto – es decir, independiente de la IC y de Stalin –, y sólo así era concebible, poseía el arma que más temía Stalin: el arma de la crítica abierta, la posibilidad de denunciar claramente ante el proletariado mundial la conducta del gobierno de Moscú en caso de que éste negase la ayuda a la revolución española. No es absurdo suponer que puesto ante ese riesgo "Moscú se hubiese visto obligado a proporcionar armas, y tal vez a un precio más moderado", como decía Trotsky(164).

Pero visto el problema a la luz de los acontecimientos posteriores, y en particular del pacto germano soviético o de la condena y abandono de la revolución yugoslava en 1948, tampoco es absurdo suponer que Stalin hubiese reaccionado denunciando la alianza de nuestros hipotéticos comunistas españoles heterodoxos, su alianza con anarcosindicalistas, caballeristas y poumistas, como una siniestra confabulación – montada por la Gestapo bajo la dirección de Trotski – contra la URSS y las democracias occidentales, a fin de impedir que una y otras pudiesen acudir en ayuda de la república española legal, constitucional, parlamentaria, etc.

No prolongaremos esta especulación ucrónica, cuya única finalidad es poner de relieve facetas esenciales de lo que incluso algunos historiadores soviéticos califican ya de "traición de Stalin a la república española(165). Coincidiendo con otros de Occidente, esos historiadores aluden, más particularmente, a la insuficiencia de la ayuda militar que Stalin, dio a la república. Nuestra ucronía trata de poner de manifiesto las posibilidades que esa "traición" frustró, al impedir la creación de un poder revolucionario en la zona, republicana que habría acrecentado considerablemente la capacidad de combate del pueblo español. La política de Stalin, aplicada por la IC y el PCE, dio la hegemonía en la república a las fuerzas burguesas y reformistas que se orientaban al compromiso con el enemigo. Con la de que ni siquiera respetó el orden legal y la soberanía en los que debía fundarse la respetabilidad del Estado republicano ante las "democracias occidentales". Los servicios secretos estalinianos actuaron, en efecto, dentro de la república como si fuese la República de Mongolia Exterior.

El caso más escandaloso, pero no el único, fue el asesinato de Nin después de haber fracasado el intento de utilizar al líder del POUM para montar una edición española de los "procesos de Moscú". Como dice el historiador G. Jackson: "El caso Nin fue un terrible golpe moral al prestigio del gobierno Negrín. Dos meses después de haber ocupado el cargo, con enérgicas promesas de restablecer la justicia y la seguridad personal, el jefe del gobierno se vio obligado a tolerar el ultraje comunista o a batirse en retirada, con el riesgo de ser destruido como lo fue Largo Caballero"(166).

Juicio exacto, con la salvedad de que no era un "ultraje comunista", sino un ultraje al comunismo, más aún que al prestigio de Negrín. Pero el aspecto de la "traición" de Stalin que destacan los historiadores indicados, no es menos cierto: el yugulamiento de la revolución, la dependencia a que se vio constreñida la república, no fueron compensadas por una ayuda siquiera equivalente a la recibida por los generales franquistas de Alemania e Italia, pese a que el armamento soviético fue pagado por anticipado con el oro del *Banco de España*, como es bien sabido. La cuestión de la "insuficiencia" no podrá aclararse definitivamente hasta que se abran los correspondientes archivos soviéticos. Sólo entonces podrá delimitarse lo que esa insuficiencia debe a las dificultades técnicas

con que tropezaba la ayuda (a consecuencia de la distancia, del bloqueo, etc.) y el grado en que fue una insuficiencia "planificada", obedeciendo las consideraciones de política exterior.

Lo que parece indudable es la existencia de este último aspecto. Stalin, en efecto, *no podía* – a menos de modificar radicalmente su estrategia internacional – ayudar a la república española. más allá de lo que era compatible con su política de alianzas con las "democracias occidentales", y éstas no admitían, en modo alguno, que dicha ayuda llegara al punto de dar una ventaja militar decisiva a la república. Azaña y el embajador de la república en Moscú (Marcelino Pascua, miembro del Partido Socialista) lo comprendieron perfectamente. En el carnet de notas del primero figura la siguiente conversación con Pascua el 13 de agosto de 1937: "A mí me parece – dice Azaña –, en contra de lo que por ahí se cree, que la cooperación rusa tiene un límite, que no es el posible bloqueo, sino la amistad oficial inglesa. Opino que la URSS no hará nada en favor nuestro que pueda embarullar gravemente sus relaciones con Inglaterra, ni comprometer su posición en la política de amistades occidentales." "Eso no ofrece duda ninguna – responde Pascua. Para la URSS el asunto de España es *baza menor*."(167) Stalin ayudó a la república española para que pudiera prolongar su resistencia y llegar a una solución de compromiso, aceptable para las "democracias occidentales" en el marco de un sistema de alianzas antihitlerianas; no para que pudiera vencer.

Esta conclusión que imponen los hechos y el análisis de la política exterior estaliniana, parecía entonces a los comunistas, ya muchos antifascistas españoles no comunistas, la calumnia más monstruosa de todos los tiempos. Pero los acontecimientos posteriores han demostrado con suficiente evidencia que Stalin no vacilaba en sacrificar a la razón de Estado, no ya la posibilidad sino la realidad de una revolución victoriosa, 'aunque tuviera lugar cerca de las fronteras soviéticas y no existiesen dificultades "técnicas" para proporcionarle la ayuda necesaria contra la intervención imperialista. El caso de la Resistencia griega al generalizar la segunda guerra mundial es suficientemente demostrativo(168).

La experiencia colonial

Movimiento de liberación nacional y política de la IC

En la sombría primavera de 1939, una vez que Franco hubo entrado en Madrid y Hitler en Praga, la única sección de importancia que le queda en pie a la IC en Europa es el partido francés. Fuera de él, sólo conservan la legalidad los pequeños partidos de Escandinavia, Inglaterra, Bélgica, Holanda y Suiza, cuya gravitación política en los respectivos países es mínima. Todas las demás secciones europeas han sido sucesivamente recluidas en la clandestinidad después de sufrir duras derrotas. A los pocos meses el Partido Comunista francés correrá la misma suerte. Y comenzará la guerra mundial.

El capitalismo pudo precipitar al mundo en la segunda gran matanza del siglo porque, en los veinte años transcurridos desde la primera, la mayoría del proletariado de los países "avanzados" siguió volviendo la espalda a la misión revolucionaria que según el marxismo debía asumir. Lo cual significaba que la Komintern había fracasado en el objetivo número uno que se propuso al nacer: arrancar a la clase obrera del reformismo, organizarla sindical y políticamente sobre bases revolucionarias. La IC no logró dar un solo paso importante en esa dirección en los Estados Unidos, que era ya la principal metrópoli del capitalismo, ni en Inglaterra (segunda en importancia, pese a su estancamiento, dado su imperio colonial). En ambos casos, debe reconocerse, la tarea no era nada fácil, teniendo en cuenta el estado político e ideológico en que se encontraba el proletariado anglosajón cuando la IC entra en escena. Pero la Internacional fracasa también en Alemania, donde las condiciones objetivas iniciales eran muy favorables, y donde un resultado positivo hubiera podido modificar radicalmente el curso de los acontecimientos a escala mundial. Francia es el único país capitalista de primera magnitud en el que la IC, a los diez y siete años de constituirse, logra posiciones hegemónicas en la clase obrera, pero vistas las cosas retrospectivamente cabe preguntarse si el auge del comunismo francés en la segunda mitad de los años treinta fue una victoria del marxismo revolucionario o el primer paso hacia una involución socialdemócrata del

movimiento comunista en el área del capitalismo desarrollado. En todo caso, una conclusión se impone con evidencia indiscutible. La Komintern no logró resolver, ni de lejos, la principal tarea que se había asignado: convertirse en el partido dirigente del proletariado occidental. En este hecho capital está la clave del fracaso histórico de la IC. Y por eso hemos concentrado el análisis crítico de su actividad en aquellos casos donde se dieron las condiciones más favorables para la resolución de dicha tarea. Pero es necesario referirse – aunque sea de la manera extremadamente sumaria que nos impone el espacio reservado a esta primera parte de nuestro estudio – a los resultados obtenidos por la Komintern en relación con otro de los objetivos fundamentales que se propuso en su fundación: dirigir la lucha de los pueblos coloniales y dependientes contra el imperialismo. El balance en este frente tampoco es muy halagüeño.

En vísperas de la segunda guerra mundial los efectivos de la IC en las colonias y países dependientes eran sumamente reducidos, con excepción de China, donde, como veremos más adelante, la fuerza que adquiere el partido comunista, a partir de los últimos años de la década del treinta, no se debe precisamente a la política de la Komintern. En la totalidad de los restantes países asiáticos había en 1939 alrededor de 22 000 comunistas. En África, 5 000 (cuya mayor parte, probablemente, eran franceses de Argelia y Marruecos, y obreros blancos de la Unión Sudafricana). Y en toda América latina 90 000(169). (Un porcentaje considerable de estos últimos fueron reclutados en el periodo que sigue al VII Congreso de la IC, cuando los partidos comunistas latinoamericanos – siguiendo las directivas de la IC – aplican una política oportunista de contemporización con el imperialismo yanqui.) La exigüidad numérica refleja fielmente, en la mayoría de los casos, el reducidísimo papel político que los partidos comunistas de las colonias y países dependientes desempeñan en el movimiento de liberación nacional. Este cobró un notable impulso entre las dos guerras mundiales, pero fue dirigido – con la excepción, ya señalada, de China, a partir de la invasión japonesa de 1937 – por los nacionalistas burgueses, cuando no feudales. (Los conceptos de "burgués" y "feudal" son utilizados aquí convencionalmente; en realidad recubren categorías sociopolíticas no asimilables plenamente a las correspondientes europeas.)

La primera gran dificultad con que tropieza la IC para abordar la problemática de la lucha revolucionaria en las colonias y países dependientes consistía en que hasta entonces la teoría marxista apenas se había ocupado del tema. La herencia dejada por Marx y Engels en este terreno era muy escasa, sobre todo en lo que se refiere a los aspectos estratégicos y tácticos. Ciertamente que la idea de la conexión entre las revoluciones en los países atrasados, explotados por el capitalismo europeo, y la revolución socialista, había sido esbozada por Marx desde 1853. La "inmensa revolución" de los Taiping, escribe en ese año, puede contribuir a provocar la revolución en Europa "más que cualquier otra causa política"(170). Sus juicios y análisis acerca del papel del "factor nacional" y del "factor campesino" en las revoluciones europeas contenían sugerencias aprovechables para el estudio de los problemas que habría de plantear el movimiento de emancipación colonial en el siglo XX. Las indagaciones de Marx sobre el "modo de producción asiático" podían haber sido de gran utilidad a la IC para adentrarse en el conocimiento de las sociedades que el movimiento revolucionario antimperialista pretendía emancipar y transformar. Pero los principales textos marxianos sobre esa cuestión permanecieron inéditos hasta 1939. Y aquellos que se conocían fueron considerados por Plejánov y otros teóricos marxistas como hipótesis que el propio Marx había abandonado. Después de la derrota del Partido Comunista chino en 1927, se entabló en la Unión Soviética una discusión sobre este tema y el concepto de "modo de producción asiático" fue condenado(171). En una palabra, la aportación de Marx y Engels a la problemática de la revolución en el mundo precapitalista colonizado por Europa era muy escuálida e indirecta, cosa natural teniendo en cuenta que la cuestión apenas había sido planteada por la práctica en vida de los fundadores del marxismo. Pero la lógica interna de la teoría marxiana de la revolución socialista mundial portaba en sí dos ideas de esencia europeocentrista, que habrían de tener enorme gravitación en la IC. La primera, de carácter principalmente estratégico: la liberación del mundo explotado por el capitalismo habría de ser el *resultado* de la revolución socialista en

Occidente. La segunda, de carácter cultural, en el sentido más amplio de este concepto: la transformación socialista del mundo significaba su *europización*.

Lenin parte de esta herencia teórica. Como vimos en el segundo capítulo, durante los años que siguen a la revolución rusa de 1905 toma conciencia aguda de la nueva fuerza revolucionaria que despuntaba por Oriente. Frente a la posición colonialista de la derecha de la II Internacional, y en contraste con el anticolonialismo verbal e inoperante del centro "ortodoxo", Lenin plantea con vigor que el proletariado revolucionario de Occidente debe hacer suya la causa de los pueblos oprimidos, apoyarla decididamente, y considerarla parte muy importante de la revolución socialista mundial, factor que contribuye a socavar decisivamente las bases del imperialismo. Pero antes de la revolución de Octubre, Lenin no aborda más que muy de pasada los problemas de la revolución en Oriente(172). El I Congreso de la IC apenas les presta atención y expresa muy claramente las ideas europeocentristas ancladas en los marxistas occidentales.

"La liberación de las colonias – dice, en efecto, el manifiesto del congreso – no es concebible más que si se realiza al mismo tiempo que la liberación de la clase obrera de las metrópolis. Los obreros y los campesinos, no sólo de Annam, de Argelia, o de Bengala, sino también de Persia y de Armenia, no podrán gozar de una existencia independiente más que el día en que los obreros de Inglaterra y de Francia, después de haber derrocado a Lloyd George y Clemenceau, tomen en sus manos el poder gubernamental"(173).

Pero entre el I y el II Congreso tienen lugar tres hechos que presionan para que el "problema nacional y colonial" pase a ocupar una plaza relevante en las discusiones de la IC. En primer lugar, la perspectiva de la revolución proletaria en Occidente se aleja (aunque coincidiendo con el II Congreso hubiera una fugaz reanimación de la esperanza, frustrada con la detención del ejército rojo ante Varsovia); en segundo lugar, el movimiento de emancipación nacional antimperialista adquiere – contrastando con el reflujo de la revolución en Occidente – un notable impulso; en tercer lugar, el problema nacional y colonial se plantea de forma aguda dentro mismo de la revolución soviética. Por otra parte, a este II Congreso asisten por primera vez delegados representando a las organizaciones comunistas que comienzan a crearse en las colonias y semicolonias. En virtud de estas circunstancias tiene lugar la primera gran discusión dentro de la IC sobre los problemas estratégicos y tácticos del movimiento revolucionario en los países atrasados oprimidos por el capitalismo europeo. La discusión gira fundamentalmente en torno a dos puntos: a) la valoración de este movimiento como parte de la revolución mundial socialista; b) la política a seguir por la IC en ese frente (política en el sentido amplio: cuestiones estratégicas, tácticas, organizacionales, etc.). La discusión de esta problemática siguió poco después en el Congreso de los pueblos de Oriente, convocado por la IC y celebrado en Bakú, en septiembre de 1920, al que acudieron representaciones de los partidos comunistas de las colonias y semicolonias del capitalismo europeo, así como de las organizaciones comunistas de los pueblos que habían sido oprimidos por el zarismo y liberados por la revolución de Octubre. En el III Congreso de la IC el problema colonial apenas fue tocado, por las razones que más adelante veremos. Volvió a discutirse en el IV y V. En el análisis que sigue trataremos de sintetizar las posiciones adoptadas en estos cinco primeros congresos de la IC (y en el congreso de Bakú) para referirnos después a la principal experiencia colonial de la Komintern: su política en la revolución china. El análisis lo agruparemos en torno a los puntos a) y b) más arriba señalados.

a) *Valoración del movimiento de liberación nacional como parte de la revolución socialista mundial.* La óptica europeo-centrista extrema del I Congreso fue parcialmente rectificada en el II. Ante el reflujo de la revolución en Occidente, Lenin y los demás dirigentes bolcheviques estaban mejor predispuestos a captar toda la significación que para la defensa de la revolución rusa tenía el movimiento liberador antimperialista que se ponía en marcha en los países de Asia. Y los comunistas de los países asiáticos, inflamados de entusiasmo revolucionario, reflejando la intolerable situación en que el colonialismo había sumido a los pueblos que representaban, no podían admitir en modo alguno que su liberación hubiera de aguardar a que los obreros de Londres y París tomaran el poder. Más aún: algunos de esos comunistas asiáticos expresan abiertamente su

escasa confianza en la perspectiva de la revolución proletaria en Occidente. El más calificado teóricamente de todos ellos, M.N. Roy, comunista indio, defiende un punto de vista asiocentrista, anticipación del maoísmo.

”El camarada Roy – dicen las actas de la comisión del congreso sobre la cuestión nacional y colonial – defiende la idea según la cual el destino del movimiento revolucionario en Europa depende enteramente del curso de la revolución en Oriente. Sin el triunfo de la revolución en los países orientales, puede estimarse que el movimiento comunista en Occidente no cuenta para nada” [...] ”En consecuencia, es indispensable transferir nuestras energías al desarrollo y el levantamiento del movimiento revolucionario en Oriente, y adoptar como tesis fundamental que el destino del comunismo mundial depende de la victoria del comunismo en Oriente.”

Roy fundamenta este punto de vista en el supuesto de que el capitalismo europeo está en condiciones, valiéndose de los recursos que extrae de las colonias, de llevar todo lo lejos que le sea políticamente necesario las concesiones económicas al proletariado occidental. ”La clase obrera europea – dice en las tesis que propone al congreso – no logrará derribar el orden capitalista hasta que esa fuente [de beneficios] no sea definitivamente cegada.” Lenin refuta las concepciones de Roy:

”El camarada Roy va demasiado lejos al sostener que el destino de Occidente depende exclusivamente del grado de desarrollo y de las fuerzas del movimiento revolucionario en los países orientales. Aunque en la India hay 5 millones de proletarios y 37 millones de campesinos sin tierra, los comunistas indios no han logrado todavía crear un partido comunista en su país, y este sólo hecho basta para demostrar que los puntos de vista del camarada Roy están desprovistos de fundamento en gran medida.”

Sin embargo, Lenin y el II Congreso – pese a la resistencia de algunos representantes de los partidos occidentales, como el italiano Serrati – rectifican sustancialmente el enfoque del I Congreso. Se aprueba una nueva formulación de la tesis antes citada de Roy que dice así: ”El superbeneficio obtenido por la explotación de las colonias es el sostén principal del capitalismo contemporáneo, y mientras éste no haya sido privado de esa fuente de super-beneficios a la clase obrera europea no le será fácil derrocar el orden capitalista.”(174)

Sin abandonar, en modo alguno, la concepción marxista tradicional, según la cual el proletariado del capitalismo desarrollado y su revolución socialista son la clave, la base socioeconómica y política, los agentes decisivos de la revolución mundial, el II Congreso de la Komintern asigna a la lucha emancipadora de los pueblos coloniales un papel de primer orden en el proceso revolucionario mundial, y no supedita ya la posibilidad del triunfo de la revolución colonial en tal o cual país, a la victoria del proletariado en la metrópoli. En los años siguientes este nuevo enfoque irá afirmándose, y ya vimos que en uno de sus últimos trabajos Lenin expresa la idea de que la suerte de la revolución mundial está asegurada, en última instancia, porque los pueblos de China, la India, y otros países oprimidos, junto con los pueblos soviéticos, constituyen la gran mayoría de la humanidad.

Sin embargo, esa valoración más alta del lugar que ocupaba la revolución colonial en el proceso de la revolución mundial socialista, no se traducirá en un esfuerzo sostenido de la IC, ni a nivel de la elaboración teórica y política, ni en el plano de la acción práctica. La óptica europeocentrista seguirá dominando en la dirección de la Komintern y en los partidos comunistas de las metrópolis europeas, tomando a veces una coloración colonialista. En el III Congreso, Roy hace la siguiente intervención:

”Se me han concedido cinco minutos para mi informe [sobre la India. FC.] y como este tema no puede ser agotado ni en una hora quiero aprovechar los cinco minutos para una protesta enérgica. La manera como la cuestión del Oriente ha sido tratada en este congreso es puramente oportunista, y conviene más bien a un congreso de la II Internacional. No es posible llegar a conclusiones concretas a partir de algunas frases que las delegaciones orientales han sido autorizadas a pronunciar.”(175)

En el IV Congreso, Safarov, colaborador de Lenin en los problemas del Oriente plantea: ”Pese a las decisiones del II Congreso de la IC, los partidos comunistas de los países imperialistas han hecho

extraordinariamente poco para abordar las cuestiones nacionales y coloniales [...] Más aún, bajo la bandera del comunismo se esconden ideas chovinistas extrañas y hostiles al internacionalismo proletario.”(176) En el V Congreso, Katayama, representante del Partido Comunista del Japón, ”lamenta que Zinoviev haya hablado tan poco del Oriente; el informe y las tesis de Varga no tienen en cuenta más que a Europa y América”. (Zinoviev, presidente entonces de la IC, había hecho el informe central del congreso, y E. Varga el informe sobre la situación económica mundial.) El delegado del Partido Comunista de Indonesia se queja del Partido Comunista holandés y expresa la esperanza de que ”el Comité Ejecutivo de la IC preste más atención a las colonias”. El de México dice: ”La importancia de América latina para los Estados Unidos es inmensa, pero no es reconocida ni por Zinoviev, ni por los comunistas de los Estados Unidos.” La crítica más severa es formulada por Nguyen Aiquoc (Ho Chi-min), que acusa a los partidos comunistas europeos de menospreciar la significación de las colonias para la revolución mundial: ”Discutiendo de la posibilidad y los medios de realizar la revolución, preparando vuestro plan de guerra, vosotros, camaradas ingleses y franceses, y vosotros también, camaradas de otros países, habéis perdido completamente de vista este importante punto estratégico. He ahí por qué grito con todas mis fuerzas: ¡cuidado!”(177)

Pero la traducción en los hechos de la alta valoración que el II Congreso de la IC había hecho del movimiento de liberación nacional, no tropezaba sólo con la óptica europeo-centrista de los dirigentes comunistas occidentales. Desde el primer momento estuvo condicionada por consideraciones de política exterior soviética, en mayor grado aún, si cabe, que la acción de la IC en el escenario europeo. El III Congreso constituye una ilustración elocuente. El debate sobre el problema colonial fue prácticamente anulado, como se ve a través del pasaje de la intervención de Roy, más arriba reproducido. El informe central de Zinoviev no dedica más que algunas frases generales a las cuestiones del Oriente y se concentra en los problemas europeos. Sin embargo existían razones de peso para continuar y profundizar la discusión iniciada un año antes. En la revolución turca se habían producido acontecimientos significativos. También en la revolución persa. Sun Yat-sen había logrado establecer su base en Cantón y entrado en relaciones con el gobierno soviético. En la India, la lucha contra la dominación inglesa tomaba en 1921 proporciones amenazadoras. Como describe un historiador soviético: ”Una ola de mítines, manifestaciones y huelgas masivas estremeció al país entero. Los indios abandonaban el trabajo en las instituciones gubernamentales, boicoteaban los tribunales y los centros de enseñanza, quemaban las mercancías inglesas. En la acción participaban millones de trabajadores y en numerosos lugares la administración colonial quedaba prácticamente paralizada.”(178) (Este es el ”tema” que, como decía Roy, no podía agotarse en una hora, y para el cual el III Congreso de la IC le concedió cinco minutos.) Es decir, entre el II y el III Congreso se había acumulado una rica experiencia de lucha antimperialista y se planteaban nuevos problemas que requerían el examen de la IC. Particularmente significativa era la experiencia turca. En 1920 Mustafá Kemal se había dirigido a Lenin solicitando la ayuda militar y diplomática del Estado soviético, obteniendo inmediatamente una respuesta positiva. En marzo de 1921 se concluyó un pacto de amistad y ayuda. Pese a las enormes dificultades económicas y militares que entonces atravesaba la revolución soviética, Moscú hizo donativo a Kemal de 10 millones de rublos oro, y le envió cantidades importantes de armamento. Esta ayuda contribuyó eficazmente a que los turcos pudieran sostener con éxito la guerra contra la intervención armada de la Entente (llevada a cabo sirviéndose del ejército griego). Todo lo cual era lógico desde el ángulo de la lucha antimperialista, pero la cuestión se complicaba extraordinariamente a consecuencia de la política interior de los kemalistas. Al mismo tiempo, en efecto, que solicitaban la ayuda soviética los nacionalistas turcos desencadenaban una represión implacable contra el partido comunista – formado en 1920 – y contra el movimiento campesino que luchaba por la reforma agraria. Mes y medio antes de que se firmara en Moscú la alianza turco-soviética, los kemalistas detienen a los militantes comunistas más destacados (cuarenta y dos, en total). Quince de ellos (entre los que figuraba el jefe del partido, Mustafá Subji, intelectual destacado, introductor del marxismo en Turquía) son inmediatamente asesinados, estrangulados, y sus cadáveres arrojados al mar. Los restantes sometidos a juicio por ”alta traición”. ¿Debía el gobierno soviético ayudar a un movimiento nacionalista burgués que por un lado se enfrentaba con

las potencias imperialistas y por otro asesinaba a los comunistas y reprimía el movimiento campesino? ¿Cuál debía ser la política de la Internacional Comunista en esa situación? La revolución turca planteaba desde el primer momento, y en los términos más tajantes y brutales, uno de los problemas cruciales de la lucha de liberación nacional: la definición y articulación de la política del Estado soviético y de la política de la Internacional – la de los comunistas en los países coloniales – respecto a los movimientos nacionalistas burgueses. El III Congreso de la IC era la gran oportunidad para abordar a fondo esta compleja cuestión, máxime cuando el desarrollo de los acontecimientos en Persia, la India, China, Indonesia, etc., podía crear en cualquier momento situaciones análogas. Ciertamente que el II Congreso había examinado ya algunos aspectos del problema (a ello nos referiremos más adelante), pero en términos muy generales, sin disponer aún de una experiencia tan aleccionadora como la turca. ¿Por qué no prosiguió la discusión el III Congreso? ¿Por qué concentró toda su atención en el reflujó de la revolución europea y pasó por alto el auge del movimiento antimperialista en Asia? Es posible explicárselo – y aparentemente así lo interpretaron los delegados de los países asiáticos – como efecto de la persistencia del enfoque eurocentrista, pese a las discusiones del II Congreso. Pero aunque este elemento interviniese, hay dos hechos que permiten suponer la intervención del factor "política exterior soviética".

El primero, que el pacto con los kemalistas fue concluido *después* de la matanza de comunistas turcos. Lo que subraya hasta qué punto los dirigentes soviéticos estaban interesados en una alianza que podía preservar sus fronteras meridionales, el petróleo del Cáucaso y la navegación en el Mar Negro. Someter el problema a la discusión del III Congreso de la IC era correr el riesgo de una ruptura con Kemal. Dato significativo: el congreso adopta una resolución especial de protesta por la represión que sufren los comunistas alemanes a consecuencia de "la acción de marzo", pero guarda silencio sobre el asesinato de los comunistas turcos.

El segundo hecho es aún más revelador. Por los mismos días que firma el pacto con Kemal, el gobierno soviético había concluido un tratado comercial con Inglaterra, por el que los dos Estados se comprometían a refrenar toda propaganda mutuamente hostil, y en particular la Rusia soviética declaraba que se abstendría de toda propaganda que pudiera incitar a los pueblos de Asia a una acción contraria a los intereses británicos(179). Si tres meses después el III Congreso de la IC, cuyos debates transcurrían bajo la dirección de Lenin, se dedicaba a examinar seriamente cómo impulsar la lucha contra el imperialismo británico, Londres podía considerar el acto como una ruptura del compromiso contraído. Para la burguesía inglesa, como para los comunistas del mundo entero, Lenin no era sólo el jefe oficial del Estado soviético sino el jefe real de la Internacional Comunista. Y no hay que olvidar que 1921 fue el año crítico de la revolución rusa, cuando se inicia la NEP y se ponen no pocas esperanzas en las inversiones de capital extranjero. ¿Podían los dirigentes soviéticos poner en peligro el primer paso importante que daban hacia un *modus vivendi* con el capitalismo occidental? En diciembre de 1922, cuando se reúne el IV Congreso, las citadas esperanzas se habían disipado en gran parte. La conferencia de Génova no había dado los resultados previstos, y en cambio existía ya el acuerdo de Rapallo. La Unión Soviética podía considerar con más tranquilidad el "frente occidental". Y por otra parte Inglaterra no renunciaba a su antisovietismo proverbial, habiéndose opuesto a la participación de la URSS en la conferencia de Lausanne que iba a tratar el problema turco. No existían, por tanto, las mismas razones diplomáticas que año y medio antes para que la IC no abordara el problema colonial. Y, en efecto, volvió a ser examinado con cierta amplitud en el IV Congreso. Pero el problema turco siguió tratándose de manera que no se provocaran dificultades con Kemal.

Si ya en tiempos de Lenin las consideraciones de política exterior soviética condicionaron en el grado que acabamos de ver la acción de la IC en el mundo colonial, no es necesario decir que la gravitación de ese factor fue en aumento durante el periodo estaliniano. Pero de ello nos ocuparemos más adelante. Antes es necesario referirse al efecto que desde el primer momento tuvo otro factor: la política de los dirigentes soviéticos en relación con el problema nacional y colonial heredado del zarismo.

La posición de principio de Lenin en este problema es bien conocida y fue vigorosamente reafirmada en la etapa de febrero a octubre, así como inmediatamente después de la toma del poder: el derecho de las nacionalidades no rusas y de las colonias zaristas a decidir libremente de su existencia nacional, a "autodeterminarse", incluido el derecho a separarse de la Rusia soviética, es uno de los puntos capitales del programa bolchevique(180). Y este punto le conquistará al partido valiosos apoyos entre los pueblos oprimidos por el zarismo, defraudados por el centralismo y el colonialismo de los Kerenski y compañía; facilitará no poco la toma del poder por los bolcheviques. Pero muy pronto comenzará a volverse contra ellos. En una serie de nacionalidades, en efecto, el "derecho de autodeterminación" se convierte en la bandera de grupos políticos de la burguesía liberal, de mencheviques y socialrevolucionarios, de nacionalistas musulmanes reaccionarios, que lo explotan para ganarse el apoyo de las masas frente al poder central ruso, encarnado ahora por los bolcheviques. La contrarrevolución blanca, la intervención de las potencias imperialistas, tratarán también, en el curso de la guerra civil, de explotar el "derecho de autodeterminación". El problema lo deciden las armas. Cuando se resuelve en sentido soviético-bolchevique es, o bien porque el ejército rojo tiene el apoyo de la mayoría obrera-campesina – como sucede en los territorios de población mayoritaria rusa, y probablemente en Ucrania, Bielorrusia y algunas otras regiones, donde las organizaciones bolcheviques autóctonas son fuertes –, o bien porque el ejército rojo instaura el poder soviético-bolchevique, aunque éste no cuente con el apoyo de la mayoría de la población, como fue el caso en Georgia y otras regiones. Esta práctica, que comenzaba a distanciarse cada vez más de las posiciones programáticas iniciales, llevó a algunos de los principales dirigentes bolcheviques – Stalin, Bujarin y otros – a preconizar que el partido eliminara de su programa el reconocimiento del derecho de autodeterminación nacional, y lo sustituyera por el "derecho a la autodeterminación de las masas trabajadoras". Lenin se opone categóricamente. La "autodeterminación" de los trabajadores de la nación oprimida, dice, no puede resultar más que de su diferenciación de la burguesía nacional y de la lucha contra ésta. Si el proletariado de la nación que ha sido opresora – el proletariado ruso en este caso – no reconoce plenamente el "derecho de autodeterminación" de la nación oprimida, obstaculiza, en lugar de facilitarla, dicha diferenciación. Pone el ejemplo de Finlandia: el gobierno soviético procedió justamente reconociendo su derecho de autodeterminación, pese a que fue ejercido para separarse de la Rusia soviética, porque "la burguesía finlandesa engañaba al pueblo, engañaba a las masas trabajadoras, diciendo que los "moscovitas", los chovinistas, los rusos, querían ahogar a los finlandeses". Y de la misma manera, dice Lenin, habrá que proceder en lo sucesivo. Admite la posibilidad de que Ucrania y otras nacionalidades no rusas puedan constituirse en Estados plenamente independientes. Esta discusión tiene lugar en el VIII Congreso del partido, en marzo de 1919(181). El "derecho de autodeterminación" de las naciones seguirá inscrito en el programa del partido, pero su aplicación a la "finlandesa" será la última. En 1921, Georgia es ocupada por el ejército rojo, pese a existir allí un gobierno menchevique elegido por sufragio universal, y de que Moscú ha firmado con él un tratado reconociendo su independencia y comprometiéndose a no ingerirse en sus asuntos internos. Pero está por medio el petróleo del Cáucaso, se trata de una zona que es vital, tanto en el sentido económico como militar, para el Estado soviético (véase nota 42 del capítulo 4). Al mismo tiempo, en las repúblicas y regiones musulmanas, a las que se ha concedido cierta autonomía dentro de la república federativa rusa, el "derecho de autodeterminación" no corre mucha mejor suerte. Desde 1920 Stalin, en su función de comisario del pueblo para las nacionalidades, desencadena una represión sistemática, no sólo contra el nacionalismo musulmán reaccionario, sino contra los comunistas autóctonos que ven degradarse día por día la adhesión de las masas al poder soviético, y tratan de afianzar éste sobre bases nacionales. En el verano de 1922, Stalin toma la iniciativa de pasar rápidamente a la constitución de la "Unión de repúblicas socialistas soviéticas", lo que significaba, en la práctica, liquidar lo poco de independencia y autonomía efectivas que conservaban las nacionalidades no rusas. El derecho a la autodeterminación, incluida la separación, seguía figurando en los principios de la Unión, pero el mecanismo estatal que se ponía en pie anulaba toda posibilidad efectiva de ejercer ese derecho.

¿Cómo compaginar la insistencia de Lenin en mantener su tradicional posición de principio en la cuestión nacional, con una práctica que la desmentía sistemáticamente? A nuestro parecer, de los escritos, intervenciones orales y disposiciones de Lenin en ese periodo se deduce que para él dicha práctica fue impuesta por exigencias ineluctables de la guerra revolucionaria contra los blancos y sus auxiliares extranjeros, pero en modo alguno debía ser institucionalizada y teorizada, hasta convertirla en orientación básica del partido. En la segunda mitad de 1922 – imposibilitado ya por la enfermedad de intervenir directamente en los asuntos del Estado –, las informaciones que recibe de la periferia y el proyecto de creación de la Unión agravan sus temores de que el chovinismo "gran ruso" llegue a impregnar las estructuras y métodos del Estado y del partido. El mismo día (30 de diciembre de 1922) que al congreso de los soviets aprueba el proyecto de Stalin, Lenin escribe una "nota" destinada a la dirección del partido, que comienza con esta significativa autocrítica: "Me parece que he incurrido en grave culpa ante los obreros de Rusia por no haber intervenido con la suficiente energía y dureza en el decantado problema de la autonomización, que oficialmente se denomina, creo, problema de la unión de las repúblicas socialistas soviéticas". Se inclina ante el hecho consumado, pero pone en duda la conveniencia de la nueva estructura estatal, y plantea que posiblemente será necesario revisarla en el próximo congreso de los soviets y "mantener la unión de las repúblicas socialistas soviéticas sólo en los aspectos militar y diplomático, restableciendo en todo lo demás la autonomía completa de los distintos Comisariados del pueblo". La nota es una violenta requisitoria contra el chovinismo ruso, con acusaciones directas a Stalin. "La libertad de separarse de la unión", con la que nosotros nos justificamos – dice Lenin –, es un papel mojado, incapaz de defender a los pueblos alógenos de Rusia de la invasión del "ruso genuino", del gran ruso chovinista." Le inquieta profundamente la repercusión que esta situación puede tener en los pueblos oprimidos por el imperialismo, en la acción de la Internacional Comunista: "El daño que puede sufrir nuestro Estado por la falta de aparatos nacionales unificados con el aparato ruso es incalculablemente, infinitamente menor, que el daño que representa, no sólo para nosotros, sino para toda la Internacional, para los cientos de millones de seres de Asia, que debe avanzar al primer plano de la historia en un futuro próximo, después de nosotros." (Se sobrentiende: el daño que representa la unificación de dichos "aparatos" en condiciones opresivas para las nacionalidades no rusas. FC.) Y Lenin agrega: "Sería un oportunismo imperdonable si en vísperas de esta acción del Oriente, y al principio de su despertar, quebrantásemos nuestro prestigio en él, aunque sólo fuese con la más pequeña aspereza e injusticia con respecto a nuestras propias nacionalidades no rusas [...] con actitudes imperialistas hacia las nacionalidades oprimidas [...]"(182)

En relación con esta preocupación era particularmente grave el problema de los pueblos musulmanes del Asia central, del Cáucaso y de Crimea. Población campesina, en su inmensa mayoría, representaba un porcentaje sustancial de la población incluida en el espacio soviético (casi 25 millones, de un total de 145). Estos pueblos constituían las principales colonias, en sentido estricto, del imperio zarista. Desde la revolución de 1905, se había desarrollado allí un movimiento de liberación nacional ligado al de los pueblos del cercano Oriente colonizado por Inglaterra y Francia. Inmediatamente de tomado el poder, los bolcheviques, en un "mensaje" firmado por Lenin y Stalin, les hicieron saber a los musulmanes del eximperio zarista: "Desde ahora vuestras creencias y vuestras costumbres, vuestras instituciones nacionales y culturales, son proclamadas libres e inviolables. Organizad vuestra vida nacional libremente, sin trabas. Tenéis el derecho."(183) Pero las "trabas" se manifestaron muy pronto. La colonización zarista había tomado en esas regiones – particularmente en el Turkestán (con una población musulmana de 4 millones) – una forma "argelina": implantación de colonos rusos, campesinos y algunos obreros, que adquirieron, como era inevitable, una mentalidad colonialista. Una vez que el poder bolchevique se afirmó en la Rusia central, esta minoría rusa de las regiones musulmanas se hizo inmediatamente "soviética", y en ella se reclutaron también no pocos de los "bolcheviques" que debían asumir las funciones dirigentes en las nuevas instituciones. Los comunistas autóctonos, salidos del ala izquierda del movimiento de liberación nacional desarrollado desde 1905, empezaron a enfrentarse con este nuevo colonialismo. En 1920, Lenin envió allí a uno de sus colaboradores más directos, Safarov, para estudiar el problema sobre el terreno.

”Era inevitable – escribió años más tarde Safarov – que la revolución rusa en el Turkestán fuera colonialista. La clase obrera turkestaná, pequeña numéricamente, sin jefe, ni programa, ni partido, ni tradición revolucionaria, no podía levantarse contra la explotación colonialista. En el colonialismo zarista la pertenencia al proletariado industrial fue un privilegio de los rusos. A causa de esto la dictadura del proletariado tomó aquí un carácter típicamente colonialista.”(184)

Los comunistas autóctonos, fundamentalmente intelectuales, apoyados por los núcleos campesinos más revolucionarios, trataron de encontrar una solución al problema con la constitución de una república soviética, verdaderamente independiente, que agrupara a las poblaciones musulmanas, y en la que la ideología revolucionaria tuviera en cuenta el fondo cultural nacional. Pensaban que era posible apoyarse en el ala antimperialista del movimiento panislámico, y que una república soviética musulmana de esas características podría contribuir poderosamente a estimular y orientar la lucha de emancipación nacional y social entre los 250 millones de musulmanes de Asia y África. Contra esta tendencia se descargó lo que Lenin llama en su nota, más arriba citada, la ”saña” de Stalin contra el ”socialnacionalismo”. Las organizaciones del partido y los soviets de las regiones afectadas fueron drásticamente depurados, los cuadros nacionales sustituidos por ”proletarios” seguros, es decir, principalmente rusos, y la cultura nacional sometida a rigurosa vigilancia(185)

Era inevitable que esta política, como temía Lenin, tuviera consecuencias nefastas para la acción de la IC en los pueblos del Oriente musulmán. Un primer obstáculo importante lo fue ya la condena en bloque del panislamismo contenido en las tesis aprobadas por el II Congreso de la Internacional. Probablemente esta condena no era sólo el efecto del problema interno que el islamismo planteaba al Estado soviético, sino expresión también de la óptica cultural europeocentrista dominante en los marxistas occidentales, incluido Lenin – autor de las tesis –, que les dificultaba comprender y aprovechar las posibilidades revolucionarias insertas en movimientos antimperialistas entroncados con las culturas tradicionales. En el IV Congreso de la IC, Tan Malaka, representante del Partido Comunista de las Indias holandesas (la actual Indonesia), criticó vigorosamente la condena indiferenciada del panislamismo, explicando el significado revolucionario antimperialista de un sector considerable de este movimiento, y cómo la posición adoptada por la Komintern había sido hábilmente utilizada en las Indias holandesas por los nacionalistas burgueses para aislar a los comunistas de las masas campesinas(188). (Este aislamiento no fue la única pero sí una de las causas importantes del aplastamiento del Partido Comunista de Indonesia, por las autoridades holandesas, a finales de 1926.)

No es casual que el fracaso más rotundo de la IC en el ”frente colonial” se produjera entre los pueblos musulmanes del cercano Oriente, más ligados a las minorías musulmanas incluidas dentro del Estado soviético. Los nacionalistas burgueses que encabezaban el movimiento de liberación nacional en Turquía, Persia, Siria, Egipto y otros países de esta zona, podían explotar muy eficazmente la contradicción entre las posiciones programáticas de la Komintern y el hecho de que los musulmanes liberados por la revolución de Octubre del colonialismo zarista no pudiesen crear su Estado nacional. Los comunistas eran presentados por la propaganda nacionalista como agentes de un Estado que oprimía a una parte de la comunidad islámica. Es bien sintomático que hasta después de la segunda guerra mundial, y en bastantes casos hasta nuestros días, los partidos comunistas del cercano Oriente y del norte de África no hayan pasado del estado embrionario.

Resumiendo. Vimos que el II Congreso de la IC dio una alta valoración del papel que el movimiento de liberación colonial estaba llamado a tener en el proceso de la revolución socialista mundial. Este juicio no se modificará formalmente a lo largo de la existencia de la Komintern: figurará siempre, con ligeras variantes, en sus tesis y resoluciones. Luego hemos examinado tres factores que han contribuido desde el primer momento a rebajar esa valoración, a disminuir o deformar su expresión concreta en la actividad teórica y política de la IC: la óptica europeocentrista de los comunistas occidentales (incluidos los rusos); la supeditación de la política del Estado soviético y de la IC en el frente colonial a las exigencias de la política exterior del primero; la reducción a ”papel mojado” del ”derecho a la autodeterminación nacional, incluida la separación”, dentro del Estado soviético.

A medida que se afiance la jefatura estaliniana, el segundo factor será el que tenga un efecto más determinante, pero con ello se amplificará también el efecto de los otros dos. En la época del frente popular el enfoque europeocentrista del problema colonial tendrá su máximo desarrollo en la IC, precisamente porque concordará admirablemente con las exigencias de la política exterior soviética en ese periodo. En cuanto al tercer factor, no se limita a influir como ejemplo negativo, que quebranta la irradiación de la revolución de Octubre, y por tanto de la IC, en los movimientos de emancipación colonial. Stalin y sus colaboradores eran también los jefes efectivos de la Komintern, y la mentalidad "granrusa" con que abordaban el problema de las nacionalidades no rusas de la URSS, y en particular de las más atrasadas, no podía por menos de reflejarse en su manera de abordar la cuestión colonial fuera de las fronteras soviéticas. Esa mentalidad tenía que predisponerles forzosamente a ver en los pueblos coloniales, en sus movimientos de emancipación, y en los débiles núcleos comunistas que forcejeaban por abrirse paso en ellos, sujetos subalternos de la creación histórica.

Por lo demás, la concepción estratégica global, según la cual el papel dirigente de la revolución mundial correspondía al proletariado de Occidente, la hegemonía dentro de ese proletariado al proletariado ruso, y la dirección de éste al partido bolchevique, facilitaba que las astucias de la mentalidad "granrusa" pudieran revestirse de respetables justificaciones doctrinales. En todo caso, cada vez fue más evidente, como iremos comprobando, que en la jerarquía estaliniana de "subordinaciones" el movimiento emancipador de las colonias y semicolonias ocupaba el último escalón.

b) Política de la IC en el frente colonial. El problema más importante que desde el primer momento se plantea a la IC, cuando se apresta a intervenir en la lucha de los pueblos coloniales por su emancipación, es que esa lucha tiene ya una estructura, una orientación, una dirección, en los principales países oprimidos. En todos ellos "los pioneros de los movimientos revolucionarios coloniales – dirán las tesis del IV Congreso de la IC – han sido la burguesía y los intelectuales indígenas". Además, estos intelectuales "asumen al principio un papel director en la acción y la organización sindical embrionaria de la clase obrera", a fin de movilizarla en la lucha contra el imperialismo. La revolución de Octubre, mostrando en la práctica la posibilidad de vencer a las potencias occidentales en un país atrasado, semiasiático, tuvo profundo impacto en todos los movimientos de liberación de los pueblos oprimidos; los mismos nacionalistas burgueses vieron en el nuevo Estado un posible aliado contra el imperialismo. Pero por otra parte, dicen las mismas tesis, "los representantes del nacionalismo burgués explotan la autoridad política y moral de la Rusia de los soviets, y adaptándose al instinto de clase de los obreros recubren sus aspiraciones democrático-burguesas de "socialismo" y "comunismo", a fin de desviar los primeros órganos embrionarios del proletariado de sus deberes clasistas"(187).

Qué posición adoptar en relación con esos movimientos nacionalistas que eran antimperialistas y al mismo tiempo burgueses, que veían en la Rusia soviética un posible aliado, y al mismo tiempo se cubrían con los oropeles de la revolución de Octubre para mejor asentar su influencia burguesa en las masas campesinas y en los medios obreros? Tal era el problema que se presentaba ante el Estado soviético y la IC en el "frente colonial". Y se presentaba a varios niveles: relación de la Rusia soviética, como *Estado*, con dichos movimientos en tanto que representantes de la nación oprimida; relación de la IC, en tanto que representante del proletariado revolucionario *del Occidente capitalista*, con esos mismos movimientos; y relación con ellos de la IC, en tanto que *organización comunista colonial*, antagonista clasista de los movimientos existentes.

En el II Congreso de la IC se aborda esta cuestión táctica – podría decirse estratégica, puesto que se trata de fijar una orientación política de largo alcance – sobre la base de dos proyectos de tesis que reflejan enfoques distintos y conclusiones divergentes. Uno de Lenin y el otro de Roy(188) Lenin enfoca el problema dando prioridad a los dos primeros niveles que acabamos de indicar. Roy lo ve preferentemente desde el tercero. Lenin considera que lo esencial es aprovechar la posibilidad objetiva de que la Rusia soviética agrupe en torno a ella las naciones oprimidas, enfrentadas con el imperialismo en tanto que naciones. Y que la IC, como representante del proletariado

revolucionario occidental, "selle una alianza temporal con la democracia burguesa de los países coloniales y atrasados". Roy plantea que en esos países "existen dos movimientos que cada día se separan más; el primero es el movimiento nacionalista burgués-democrático, con un programa de independencia política bajo un orden burgués; el otro es el de la acción de las masas campesinas y obreras, ignorantes y pobres, por su emancipación de toda especie de explotación. El primero intenta controlar al segundo, y a menudo lo consigue en cierta medida. Pero la Internacional Comunista y los partidos adheridos deben combatir ese control y favorecer el desarrollo de la conciencia de clase independiente en las masas trabajadoras de las colonias". Roy no habla para nada en su proyecto de colaboración con el movimiento nacionalista burgués, y plantea que la tarea "más importante y más necesaria" de la IC es "la formación de partidos comunistas que organicen a los obreros y campesinos para conducirlos a la revolución y a la instauración de repúblicas soviéticas". Roy admite que la revolución en las colonias no podrá ser comunista en sus primeras etapas, y en el curso de éstas deberá realizar "un programa comportando buen número de reformas pequeño burguesas, como el reparto de las tierras, etc." "Pero de ahí no se deduce en absoluto – agrega – que la dirección de la revolución deba ser abandonada a los demócratas burgueses". En las tesis de Lenin está subyacente, aunque no se diga explícitamente, que al menos durante una larga etapa la dirección de la revolución colonial estará localmente en manos de la burguesía nacional, aunque a escala mundial el proletariado de los países capitalistas avanzados y el Estado soviético sean los que lleven la dirección en la lucha antimperialista. En las tesis de Roy se reconoce también este papel dirigente, a escala internacional, del proletariado de Occidente, pero sobre la base de apoyarse directamente en las masas explotadas de las colonias, sin pasar por la mediación del movimiento nacionalista burgués. En las tesis de Lenin se plantea "la necesidad de apoyar *especialmente* el movimiento campesino en los países atrasados contra los terratenientes, contra la gran propiedad territorial, contra toda clase de manifestaciones o resabios del feudalismo, y esforzarse por dar al movimiento campesino el carácter más revolucionario, realizando una alianza estrechísima entre el proletariado comunista de la Europa occidental y el movimiento revolucionario de los campesinos en el Oriente, en los países coloniales y en los países atrasados en general". Pero esto no es obstáculo, desde el punto de vista leniniano, a la alianza con el movimiento nacionalista burgués porque para Lenin los campesinos son el componente esencial de la "democracia burguesa"; de lo que se trata es de imprimir a esta democracia una orientación radical. Toda la concepción estratégica de Lenin se apoya básicamente en dos supuestos. El primero, que la contradicción entre los objetivos fundamentales del movimiento nacional democrático-burgués – independencia nacional y desarrollo económico capitalista propio –, y los intereses del imperialismo, es suficientemente profunda como para que, pese a las vacilaciones de la burguesía nacional, la alianza entre dicho movimiento, por un lado, y la Rusia soviética más el proletariado del capitalismo avanzado, por otro, tenga un fundamento objetivo de relativa solidez. El segundo supuesto consiste en que, dada su extrema debilidad numérica, económica e ideológica, la clase obrera de las colonias no podrá ejercer durante un largo periodo funciones hegemónicas en el movimiento de liberación nacional. A este respecto es bien significativa la siguiente frase de su discurso en el II Congreso de la IC, a propósito del problema colonial:

"Es indudable que todo movimiento nacional sólo puede ser democrático-burgués, pues la masa fundamental de la población en los países atrasados está compuesta de campesinos, que representa las relaciones burguesas-capitalistas. Sería utópico pensar que los partidos proletarios, *si es que en general pueden surgir en estos países atrasados*, puedan aplicar una táctica y una política comunistas sin mantener unas relaciones determinadas con el movimiento campesino y sin apoyarlo prácticamente."

La intención principal de este juicio es fundamentar la necesidad, para los partidos proletarios de las colonias, de "mantener relaciones" y de "apoyar" – Lenin no habla de "dirigir", y no es un *lapsus*, evidentemente – el movimiento campesino portador de las relaciones burguesas-capitalistas, o lo que es lo mismo, de "apoyar" el movimiento nacional democrático-burgués. Pero al mismo tiempo Lenin pone en duda la posibilidad misma de que tales partidos puedan crearse. Y es lógico que así sea dadas las características que un partido debe tener, según la concepción bolchevique, para que pueda ser considerado como "proletario". En el esquema de Roy esta dificultad es eludida. Si por un

lado preconiza como necesario y posible que la vanguardia comunista tome en sus manos la dirección de la revolución colonial desde la primera fase, por otro reconoce en las mismas tesis que el proletariado industrial apenas existe en las colonias, y que la masa de proletarios agrícolas, de obreros de las escasas industrias ligeras o extractivas, etc., se encuentra sumida en la ignorancia a consecuencia de la política colonialista. "El resultado de esta política – dicen las tesis de Roy – es que en aquellos países donde se manifiesta el espíritu revolucionario, éste se expresa en la clase media cultivada." Roy resuelve la dificultad recurriendo a la dirección del proletariado de los países capitalistas avanzados. Con lo que su esquema asiocentrista de la revolución se revela bastante inconsistente: al proletariado de Occidente, al que supone incapaz de hacer la revolución socialista en su casa, en virtud de que la plusvalía extraída de las colonias permite a los capitalistas inculcarle un espíritu conformista, a este proletariado, Roy le asigna la misión de educar, organizar y movilizar para la lucha revolucionaria a las masas explotadas de las colonias. Lenin toma las cosas como se presentan por el momento, y como supuestamente seguirán presentándose – vistas bajo el prisma de la teoría leniniana de la revolución – mientras en las colonias no exista la base social que permita la creación de un partido proletario, tipo bolchevique, suficientemente sólido. El esquema asiocentrista de Roy expresa subjetivamente el potencial revolucionario del Oriente, pero sin mostrar las vías y los instrumentos de su despliegue. Pasada una década del II Congreso de la IC, algunos comunistas chinos comenzarán a descubrirlos, aleccionados por una rica y dura experiencia. Pero es interesante registrar que Lenin, si bien conserva en sus tesis la concepción del "partido proletario" estilo occidental, y por eso ve problemática su creación en las colonias – de donde se desprende la inevitabilidad de que durante una larga etapa el movimiento de liberación esté bajo la égida de la burguesía nacional –, al mismo tiempo comienza a interrogarse sobre la validez de esa concepción en los países coloniales. En unas notas rápidas, escritas durante el II Congreso, que han permanecido inéditas hasta su reciente publicación en la quinta edición rusa de las obras de Lenin, se encuentra la siguiente reflexión: será necesario "*adaptar* el partido comunista [su composición, tareas particulares], al nivel de los países *campesinos* del Oriente colonial"(189). La sugestión no tuvo consecuencias. El Partido Comunista chino sería el primero en hacerle eco, pero sin saberlo.

La discusión en el II Congreso de los proyectos de tesis de Lenin y Roy dio por resultado la enmienda de ambos en un sentido que atenuaba las divergencias. Lenin aceptó que allí donde preconizaba el apoyo al "movimiento democrático-burgués" de las colonias se dijese apoyo al "movimiento nacional-revolucionario". Todo movimiento de liberación colonial, explicaría Lenin al congreso, tiene forzosamente un carácter "democrático-burgués", en virtud de que la mayoría aplastante de la población es campesina, pero puede ser reformista o revolucionario. El sentido de la sustitución efectuada en las tesis – aclara Lenin –, "consiste en que los comunistas debemos apoyar y apoyaremos los movimientos burgueses de liberación en las colonias únicamente cuando estos movimientos sean realmente revolucionarios, cuando sus representantes no nos impidan educar y organizar en el espíritu revolucionario a los campesinos y a las grandes masas de explotados. Si no existen esas condiciones, los comunistas deben luchar en dichos países contra la burguesía reformista [...]"(190). Los años y los acontecimientos se encargarían de revelar lo difícil que era dar con ese mirlo blanco: un movimiento burgués de liberación dispuesto a no impedir que los comunistas educasen y organizarasen revolucionaria-mente a las masas explotadas. Pero por otra parte la experiencia turca demostró bien pronto que los dirigentes soviéticos no hacían de esa condición cuestión de gabinete.

Otra condición que las tesis ponían – no a los movimientos burgueses de liberación, sino a la misma IC y a los partidos comunistas – es que la alianza con los movimientos nacional-revolucionarios se llevara a cabo "sin fusionarse jamás con ellos, conservando siempre el carácter independiente del movimiento proletario, incluso en su forma embrionaria"; se planteaba también que los comunistas "debían combatir enérgicamente las tentativas que hacían los movimientos emancipadores de presentarse con coloración comunista sin ser en realidad ni comunistas ni revolucionarios" (lo que

no compagina muy bien con el calificativo de "nacional-revolucionarios" que, por otro lado, se les da en las tesis).

El II Congreso aprobó una importante proposición teórica, suscitada por Roy, que Lenin hizo suya, presentándola en los siguientes términos: "La Internacional Comunista debe formular y fundamentar teóricamente la tesis de que, con ayuda del proletariado de los países avanzados, los países atrasados pueden pasar al régimen soviético y, a través de determinadas fases de desarrollo, al comunismo, eludiendo la fase capitalista." Marx había ya formulado una hipótesis análoga refiriéndose a Rusia(191). Apoyándose en las primeras experiencias que proporcionaba la soviétización de las regiones más atrasadas del eximperio zarista, Lenin llegaba a la conclusión que sigue: "La idea de la organización soviética es sencilla, y puede aplicarse no sólo a las relaciones proletarias sino también a las relaciones campesinas feudales y semif feudales. Nuestra experiencia a este respecto no es todavía grande, pero los debates en la comisión, en los que han tomado parte varios representantes de las colonias, nos han demostrado de manera totalmente irrefutable que en las tesis de la Internacional Comunista es necesario señalar que los soviets campesinos, los soviets de explotados, son un medio válido, no sólo para los países capitalistas, sino también para los países con relaciones precapitalistas [...]"

Tal es el núcleo esencial de las orientaciones y directivas adoptadas por el II Congreso de la IC en relación con el problema colonial. El IV Congreso – último en el que participa Lenin – vuelve a examinar el problema, y a la luz de la experiencia acumulada en los dos años y medio transcurridos, profundiza en ciertos aspectos básicos de la revolución colonial, particularmente en el aspecto agrario. Esta profundización y el comportamiento práctico de la burguesía nacional en una serie de países asiáticos, su tendencia a la conciliación con el imperialismo, lleva al Congreso a acentuar netamente las posiciones críticas frente al movimiento nacionalista burgués. En la mayoría de los países del Oriente, dicen las tesis aprobadas por el Congreso, "la cuestión agraria presenta una importancia de primer orden en la lucha por la emancipación del despotismo metropolitano [...] Sólo una revolución agraria que tenga por objetivo la expropiación de la gran propiedad feudal, es capaz de poner en pie a las masas campesinas y de adquirir una influencia decisiva en la lucha contra el imperialismo [...] El movimiento revolucionario en los países atrasados del Oriente no puede ser coronado con el éxito más que si se basa en la acción de las multitudes campesinas." Y las tesis señalan un hecho de gran importancia para comprender la actitud de la burguesía nacional: "Los nacionalistas burgueses tienen miedo de las reivindicaciones agrarias y las recortan todo lo que pueden (India, Persia, Egipto, etc.), lo que prueba la estrecha ligazón existente entre la burguesía indígena y la gran propiedad feudal o feudal-burguesa; lo que prueba, también, que política e ideológicamente *los nacionalistas dependen de la propiedad agraria.*" (El "olvido" de esta circunstancia será, como veremos, una de las causas del naufragio de la política de la IC en la revolución china.)

Esa característica interna de la revolución colonial, unida al hecho de que su realización atenta a las bases mismas del imperialismo, que "su victoria *decisiva* es incompatible con la dominación del imperialismo mundial" – como dicen las tesis – lleva al congreso a la siguiente conclusión de gran alcance: "Las tareas objetivas de la revolución colonial rebasan el marco de la democracia burguesa." Lo que fundamenta esta otra conclusión: "Las clases dirigentes de los países coloniales y semicoloniales no tienen ni la capacidad ni la voluntad de dirigir la lucha contra el imperialismo a medida que esta lucha se transforma en un movimiento revolucionario de masas." Partiendo de estas premisas, el IV Congreso plantea con mucho más vigor e insistencia que el II la necesidad de que el "joven proletariado de las colonias" luche por conquistar una posición autónoma dentro del "frente único antimperialista", y se proponga llegar a ser la fuerza hegemónica. (La fórmula "frente único antimperialista" es otra manera de denominar a la alianza con el movimiento nacional-revolucionario, preconizada por el II Congreso, pero como el IV transcurre en los tiempos del "frente único proletario" en Occidente, el vocabulario colonial de la IC no podía por menos de pagar su pequeño tributo europeísta.) La táctica que deben aplicar los partidos comunistas de las colonias y semicoloniales se resume en el siguiente planteamiento de las tesis:

”La negativa de los comunistas de las colonias a participar en la lucha contra la opresión imperialista bajo el pretexto de ‘defensa’ exclusiva de los intereses de clase, refleja un oportunismo de la peor especie, que sólo puede desacreditar la revolución proletaria en Oriente. No menos nociva es la tentativa de ponerse al margen de la lucha por los intereses cotidianos e inmediatos de la clase obrera en nombre de una ‘unificación nacional’ o de una ‘paz social’ con los demócratas burgueses. A los partidos comunistas coloniales y semi-coloniales les incumben dos tareas confundidas en una sola: por un lado, luchan por una solución radical de los problemas de la revolución democrático-burguesa, teniendo por fin la conquista de la independencia política; por otro lado, organizan las masas obreras y campesinas para que puedan luchar por los intereses particulares de su clase, y utilizan a este efecto todas las contradicciones del régimen nacionalista democrático-burgués [...] La clase obrera de las colonias y semicolonias debe saber firmemente que sólo la extensión y la intensificación de la lucha contra el yugo imperialista de las metrópolis pueden darle un papel director en la revolución, y que sólo la organización económica y política, la educación política, de la clase obrera y de los elementos semiproletarios, pueden incrementar la amplitud revolucionaria del combate contra el imperialismo.”

En otro lugar de las tesis se subraya la necesidad de que el proletariado se gane el apoyo de las masas campesinas: sólo así puede convertirse verdaderamente en la vanguardia de la revolución colonial(192)

La inconsistencia principal de las tesis del IV Congreso residía, lo mismo que en las adoptadas por el II, en que ese proletariado, al que se le asignaban tareas tan complejas y titánicas, era, en la sociedad colonial, un grupo sumamente débil, como se reconocía en las propias tesis de Roy. Incluso en los países asiáticos donde se había producido un cierto desarrollo de la industria, como China, la India, las Indias holandesas, el porcentaje de obreros en el conjunto de la población era ínfimo. Era, además, una clase obrera de formación muy reciente, sin tradiciones revolucionarias ni experiencia política, y con un nivel cultural extremadamente bajo. Su gran mayoría era analfabeta. Muy pronto dio muestras de combatividad, pero este rasgo no era suficiente para desempeñar el papel que las resoluciones de la IC le asignaban. Por otra parte no era raro que esta clase obrera, al menos ciertas capas pertenecientes a las empresas más modernas, tuviera una situación material privilegiada en comparación con la gran masa pobre de la población, lo que facilitaba la penetración de corrientes reformistas y gremialistas en las organizaciones sindicales. Si la composición social de los partidos comunistas en las colonias había de ser fundamentalmente proletaria, según el modelo europeo, difícilmente podían estar en condiciones de cumplir la misión de vanguardia teórica y política del movimiento nacional revolucionario. En la práctica los partidos comunistas coloniales que se formaron durante los primeros años de la IC estaban compuestos por estudiantes e intelectuales, junto con algunos pequeños núcleos obreros. Y los cuadros dirigentes eran, salvo raras excepciones, intelectuales. Pero la IC consideraba que este predominio intelectual constituía la debilidad principal de los partidos comunistas coloniales: su preocupación mayor era ”proletarizarlos”. Lo que desde luego no entraba en el campo visual de la IC era que la revolución colonial pudiera ser llevada a término bajo la dirección de un partido esencialmente campesino, en cuanto a la masa de sus militantes, y esencialmente intelectual, por la composición de su plana mayor. Lo único que aparece claro en las sucesivas tesis coloniales de la IC es la falta de claridad acerca de cómo resolver el problema. Por lo general es eludido.

Aparte este problema crucial, las tesis del IV Congreso reflejan un cierto esfuerzo de profundización, que traduce la experiencia y conocimientos acumulados en los dos años y medio transcurridos desde el II Congreso. Pero no escapan a una de las características principales de estas últimas: permanecen en un plano excesivamente abstracto, con fórmulas que recubren realidades muy complejas y diversas. En la intervención de Roy se alude a esta cuestión:

”Hemos pensado que por el simple hecho de que todos [los países del Oriente] eran política, económica y socialmente atrasados, podía metérseles a todos en un mismo saco y tratar el problema como un problema general. Pero era un error. Hoy sabemos que los países orientales no pueden ser considerados – ni política, ni económica, ni socialmente – como un todo homogéneo. Por consiguiente, esta cuestión del Oriente es para la Internacional Comunista – suponiendo que quiera tomarla en serio – de mucha mayor complejidad que la lucha en Occidente.”(193)

Pero en las tesis del IV Congreso sigue dominando la indiferenciación. Pese a existir experiencias inmediatas tan importantes como las revoluciones turca y persa, los movimientos de la India y de Egipto, el congreso no hace un análisis fundamental de ninguna de ellos. Como todos los de la IC tiene puesta su atención principal en el Occidente. Y si aquí el sistema de un partido mundial ultra-centralizado choca con la diversidad nacional, esa contradicción se manifestará de manera aún mucho más aguda en la dirección teórica y práctica de la lucha revolucionaria en las colonias.

El V Congreso, celebrado en el verano de 1924, al poco tiempo de la muerte de Lenin, está aún más centrado en los problemas europeos, lo que provocará las críticas de los delegados de las colonias, como en otros congresos. El informe de Manuilski sobre "la cuestión nacional y colonial" se dedicará fundamentalmente a los casos de opresión nacional creados en Europa como consecuencia de la guerra del catorce, y una buena parte se consagra a exaltar la solución del problema nacional y colonial en la URSS. "Un notable artículo de nuestra Constitución, dice Manuilski, permite a cada nacionalidad adherida a la URSS salirse de ella en no importa qué momento. Este derecho no está limitado por ninguna formalidad; se realiza por un acto unilateral del miembro adherido."(194) A los delegados de los partidos comunistas extranjeros se les oculta cuidadosamente la crítica hecha por Lenin en diciembre de 1922, su inquietud de que ese "notable artículo" no sea más que "papel mojado"; se les oculta que si el derecho a la separación no está limitado, en efecto, por ninguna formalidad, es porque está sujeto a una limitación absoluta, nada formal: la imposibilidad práctica de ejercerlo. En lugar de un análisis sincero de la experiencia soviética en este terreno colonial, que hubiera sido muy instructivo para los comunistas extranjeros, Manuilski se entrega a una apología mistificadora.

La principal innovación que el V Congreso introduce en la orientación adoptada por el IV, es atenuar considerablemente la posición crítica que este último recomendaba a los partidos comunistas coloniales frente a la burguesía nacional. El V Congreso pone el acento en la colaboración con dicha burguesía. Las posiciones de Roy son severamente criticadas. Se entra en el periodo en el que la política exterior soviética tendrá como eje la alianza tácita con Alemania y considerará como enemigo principal al imperialismo anglofrancés. Según Stalin, existe un peligro grave de guerra, dirigido contra la URSS, e Inglaterra maneja los hilos del nuevo complot anti-soviético. Frente a este peligro, Stalin busca aliados en la "retaguardia" misma del enemigo. Al oeste cree encontrarlos en los jefes de las Trade Unions, que frente a la radicalización del movimiento obrero inglés en ese periodo tienen interés en exhibir cordiales relaciones con los jefes sindicales soviéticos; en el este, los únicos aliados de peso posibles – vistas las cosas con el realismo estaliniano – son los movimientos nacionalistas burgueses que están enzarzados en la lucha contra el imperialismo anglofrancés. Si Stalin es escéptico sobre la capacidad revolucionaria de los partidos comunistas occidentales (ya vimos sus opiniones de 1923 sobre el partido alemán), lo es mucho más sobre la de los partidos comunistas coloniales, que efectivamente desempeñan un papel ínfimo en ese momento. A la altura del V Congreso hay en toda Asia (incluyendo Egipto y excluyendo la Mongolia exterior, que de hecho es una "marca" soviética) 9 secciones de la Komintern, en los países que enumeramos a continuación y con el número de militantes que indicamos entre paréntesis: China (800); Java (2 000); Persia (600); Egipto (700); Palestina (100); Turquía (600); Japón y Corea, donde hay pequeños grupos ilegales, y la India, donde el partido aún no está estructurado nacionalmente y sólo existen células dispersadas con muy pocos efectivos.(195)

No es extraño, por consiguiente, que Stalin pusiera todas sus esperanzas en la "burguesía nacional" de las colonias. Particularmente en aquella que a partir de 1923-1924 parecía dispuesta a realizar plenamente su revolución nacional y "democrática-burguesa" en el país asiático de mayor importancia para los intereses estratégicos del Estado soviético; una revolución que se enfrentaba con los dos imperialismos más peligrosos en aquel periodo para la seguridad de la URSS: el inglés, amenazante en Europa y Asia, y el japonés, riesgo permanente para el Extremo Oriente soviético. El señuelo de una China unificada nacionalmente por Sun Yatsen y su partido, el Kuomintang; por Sun Yat-sen que se proclamaba amigo ferviente de la revolución rusa y buscaba la ayuda del Estado

soviético para su empresa liberadora, era suficientemente tentador como para que Stalin supeditara a la alianza con la "burguesía nacional" china, supuestamente representada por Sun Yat-sen, cualquier otra consideración doctrinal o política. Y, desde luego, para que relegara al olvido las tesis del IV Congreso de la IC.

Revolución china

En los primeros meses de 1927 la revolución china entró en una fase crítica. El ejército del Kuomintang, al mando de Chiang Kai-chek, había emprendido en el verano de 1926 la Expedición al norte, teniendo como objetivo la unificación e independencia del país, la extensión a toda China de la República sunyatsenista. (Sun Yat-sen se había consolidado en la zona de Cantón desde 1923-1924, gracias a la ayuda soviética que le permitió crearse una fuerza militar propia(196).) El avance del ejército republicano fue fulgurante, y a fines de 1926 el gobierno del Kuomintang pudo establecerse en Wuhán, sobre el Yangtsé. Su poder se extendía ya a una decena de provincias del sur y el centro de China. En marzo de 1927 son liberados Nankín y Changhai. Pero al compás del avance de los ejércitos republicanos, las masas obreras y campesinas habían ido entrando también en acción. Huelgas e insurrecciones locales no sólo siguen, sino que a veces preceden, facilitándola, a la progresión del brazo armado del Kuomintang, como sucede en Changhai, que cae en manos de las milicias obreras, organizadas por el Partido Comunista y los sindicatos, antes de que entren las tropas de Chiang. Las proporciones y el sesgo que toma este movimiento de masas obreras y campesinas – en una serie de distritos las Ligas campesinas se lanzan a realizar su revolución, la revolución agraria – suscitan la alarma de la burguesía china y de las potencias imperialistas. Estas últimas envían apresuradamente refuerzos militares a sus bases en territorio chino, las famosas Concesiones. Con su ayuda, los banqueros y la burguesía "compradora" de Changhai organizan la contrarrevolución.

Hasta ese momento el Partido Comunista es el aliado del Kuomintang. Y algo más: es parte integrante del Kuomintang. Sus militantes son al mismo tiempo afiliados al partido fundado por Sun Yat-sen. Participan en su dirección, aunque en situación minoritaria. La IC considera que el Kuomintang es la organización política idónea para llevar a buen término la revolución china en su "etapa" democrático-burguesa, y lo define como un "bloque de cuatro clases" (obreros, campesinos, pequeña burguesía, burguesía nacional). En marzo de 1926 el Comité Ejecutivo de la IC había admitido al Kuomintang en las filas de la Internacional como "partido simpatizante", y nombrado a Chiang Kai-chek "miembro de honor" del Presidium del Comité Ejecutivo. Un año después, entre abril y julio de 1927, Chiang Kai-chek y el Kuomintang se vuelven contra el Partido Comunista chino, y tratan de destruirlo sin escatimar medios.

El 12 de abril de 1927 las tropas de Chiang y bandas armadas, organizadas por los burgueses de Changhai, atacan por sorpresa a las organizaciones comunistas y sindicales. En unos cuantos días miles de comunistas y obreros revolucionarios, entre ellos destacados líderes del Partido Comunista chino [PCC] y de los sindicatos, son salvajemente asesinados o encarcelados. La dirección de la Komintern considera que el "golpe de Chiang Kai-chek" expresa el paso a la contrarrevolución de la "burguesía nacional", de la "derecha" del Kuomintang, pero que en el campo de la revolución queda la "izquierda", incluyendo la "pequeña burguesía", en cuyas manos está el gobierno de Wuhán. Según los análisis de la IC esa "izquierda" representa el 90 % del "bloque de cuatro clases", es el verdadero Kuomintang. En un principio la "izquierda" condena, en efecto, el golpe de Estado de Chiang. El Kuomintang se divide política, militar y territorialmente. El gobierno de Wuhán, con las fuerzas militares que le son adictas, controla las provincias situadas más al interior, mientras que Chiang Kai-chek – el cual forma su propio gobierno en Nankín controla las provincias costeras, y extiende a todos sus dominios el terror contra los comunistas y las organizaciones obreras y campesinas. Wuhán se convierte, según la IC, en el "centro de la revolución" y dos comunistas entran a formar parte del gobierno del Kuomintang. Pero la revolución agraria toma proporciones cada día más amenazadoras, pese a los esfuerzos del Partido Comunista por moderarla, en las provincias controladas por Wuhán. El 15 de julio, a los tres meses de la traición

de Chiang, la "izquierda" del Kuomintang toma el mismo rumbo que la "derecha": expulsa a los comunistas del Kuomintang y del ejército, asesina y encarcela a los militantes revolucionarios obreros y campesinos. En los meses siguientes la "derecha" y la "izquierda" llegan a un arreglo, y Chiang Kai-chek queda consagrado jefe supremo del Kuomintang. Una vez que ha sido diezmado y desarticulado, reducido a la clandestinidad, que los sindicatos y ligas campesinas sufren la misma suerte, el Partido Comunista – cumpliendo instrucciones de la IC – intenta salvar la situación organizando una serie de golpes armados desesperados. La célebre insurrección de Cantón, en diciembre de 1927, será uno de ellos. Todos son aplastados, y a comienzos de 1928 la sangrienta derrota del partido es un hecho consumado.

Inmediatamente después del golpe de Chiang se inicia una discusión en los órganos dirigentes de la IC, del partido soviético y del partido chino, discusión que pasa por diversas fases – a medida que los acontecimientos introducen nuevos elementos en el "dossier" – y llega hasta el VI Congreso de la IC (verano de 1928). Las posiciones divergentes que se afrontaron coincidían, sin embargo, en un punto capital, reafirmado posteriormente, tanto en las versiones que el Partido Comunista chino ha dado hasta hoy de su propia historia, como en la historiografía soviética; y en el que coinciden también los historiadores y ensayistas occidentales: la catastrófica derrota sufrida por el Partido Comunista chino en 1927 no fue el resultado ineluctable de una determinada correlación de fuerzas, sino la consecuencia, en primer lugar, de graves errores políticos cometidos por la dirección comunista. Y la evolución posterior de los acontecimientos aportó, en cierto modo, la comprobación práctica de ese juicio. Los núcleos comunistas que lograron escapar a la represión y trasladaron el centro de gravedad de su actividad a las zonas agrarias consiguieron muy pronto organizar bases revolucionarias, con órganos de poder y fuerzas armadas, las cuales fueron ampliándose a ritmo rápido en los años siguientes. Lo que reveló, *a posteriori*, la posibilidad de una táctica distinta de la que había llevado a la derrota. Puso de manifiesto que de haberse previsto la "traición" de la burguesía del Kuomintang – y desde un año atrás se multiplicaban los signos anunciadores –, de no haberse dejado sorprender por el golpe contrarrevolucionario, el Partido Comunista tenía la posibilidad de evitar la derrota, aunque no existían aún las condiciones objetivas para la victoria revolucionaria a escala nacional. Pero la "segunda guerra civil revolucionaria" podría haberse iniciado a partir de posiciones mucho más ventajosas para el movimiento obrero y campesino (197). Los análisis de 1927-1928 no contaban con esa comprobación, pero el examen de las fuerzas en presencia, de su dinámica, permitía concluir, como en efecto se hizo, que la derrota sufrida no era un resultado inevitable de las condiciones objetivas sino de errores políticos. A partir de esta conclusión, el problema era determinar la naturaleza de dichos errores y las responsabilidades consiguientes.

Al cabo de un año de discusiones, informando ante el VI Congreso de la IC, Bujarin resume así el punto de vista de la dirección de la Internacional:

"Podemos ahora aclarar retrospectivamente ciertos problemas fundamentales de la revolución china. Como es sabido, el Partido Comunista chino ha sufrido una grave derrota. Es un hecho indiscutible. Y es legítimo preguntarse si esta derrota no deriva de una táctica errónea adoptada por la IC en la revolución china. ¿No ha sido justo, tal vez, constituir un bloque con la burguesía? ¿Ha sido ése, tal vez, el pecado capital, el error esencial, que determina todos los demás y que progresivamente conduce a la derrota de la revolución china?"

Y Bujarin responde:

"En general, el error no se sitúa en la línea fundamental de la orientación táctica, sino en los actos políticos y en la línea práctica efectivamente adoptados en China. 1° En el periodo del comienzo de la revolución china, en el periodo de colaboración con el Kuomintang, el error consistió en una *falta de independencia* de nuestro partido, en una insuficiente crítica del Kuomintang por nuestro partido; a veces nuestro partido se transformaba en *apéndice del Kuomintang*. 2° El error fue que nuestro partido chino no comprendió el cambio de la situación objetiva, la transición de una etapa a otra. Así, por ejemplo, se podía durante un cierto tiempo marchar de concierto con la burguesía nacional-revolucionaria, pero al llegar una cierta etapa *era necesario prever los cambios* que sobrevendrían próximamente [...] 3° A

consecuencia de este error, nuestro partido ha desempeñado, a veces, el papel de *traba al movimiento de masas, de traba a la revolución agraria y de traba al movimiento obrero*. Fueron errores que tuvieron graves consecuencias, y que han contribuido naturalmente a la derrota del Partido Comunista y del proletariado chinos. Después de una serie de derrotas, el partido corrigió sus errores con bastante energía. Pero esta vez, como suele ocurrir a menudo, ciertos camaradas cayeron en el extremo opuesto: no prepararon la insurrección seriamente, dieron pruebas incuestionables de tendencias putschistas, de aventurerismo de la peor especie.”(198)

Tenemos aquí una excelente exposición condensada de los errores políticos que condujeron a la derrota del Partido Comunista chino en 1927, a condición de introducir dos correcciones fundamentales: a) que esos errores no se localizaban únicamente a nivel de la ”línea práctica” adoptada en China, sino que tenían su raíz en la ”línea fundamental de la orientación táctica” adoptada por la dirección de la IC; y b) que allí donde Bujarin dice ”partido chino” debe decirse ”dirección de la IC”, o ”partido chino cumpliendo instrucciones y orientaciones de Moscú”.

La legitimidad de la segunda corrección deriva casi axiomáticamente del tipo de relaciones existentes entre el Partido Comunista chino y el centro supremo de la IC (como entre éste y cualquiera de sus secciones nacionales), sobre todo en un periodo como el de 1924-1927, cuando los acontecimientos chinos adquieren una relevancia mundial, y el gobierno soviético interviene directamente en ellos. Era forzoso que el Ejecutivo de la IC, bajo la supervisión de Stalin, no sólo fijara la ”línea fundamental de la orientación táctica”, sino que controlara estrechamente su aplicación práctica. Y en efecto, los datos que se conocen – ampliamente divulgados en estos últimos veinte años por la abundante literatura histórica y política dedicada a la revolución china –, permiten suponer que la ”tutela” del partido chino por la IC y el gobierno soviético debió ser en aquel periodo muy semejante a la del Partido Comunista de España durante la guerra civil (199). Al descargar toda la responsabilidad sobre la dirección del PCC, y en particular sobre su secretario general, Chen Du-siu, el Ejecutivo de la IC no hacía más que seguir una norma ya rutinaria. En cuanto a que los errores enumerados por Bujarin no eran sólo de ”aplicación”, y tenían su raíz en la ”línea fundamental de la orientación táctica”, Trotski se encargó de demostrarlo brillantemente en sus trabajos de 1927 y 1928. En relación con ambas cuestiones – la naturaleza de los errores y las responsabilidades – aquí no podemos referirnos más que muy sumariamente a los hechos más relevantes.

La forma y el contenido de la alianza entre el Kuomintang y el Partido Comunista chino no fueron discutidos y establecidos entre ambos partidos, sino que resultaron de negociaciones directas entre representantes de la IC, y especialmente del gobierno soviético, con Sun Yat-sen. El documento que define su orientación fue la declaración Yoffe (embajador soviético)-Sun Yat-sen del 26 de enero de 1923. Allí se afirmaba que ”el sistema comunista, e incluso el de los soviets no pueden ser introducidos en China, donde no existe ninguna condición favorable para su aplicación”. El objetivo común debía ser la ”unificación e independencia nacional de China”. En las negociaciones entre los representantes soviéticos y los de Sun Yat-sen se decidió también la forma que habría de tener la colaboración entre el Kuomintang y el Partido Comunista chino. Sun Yat-sen era hostil a una alianza de partido a partido, y sólo aceptó que los comunistas pudieran afiliarse individualmente al Kuomintang, sometiéndose a su disciplina. El Comité Central del PCC rechazó, en un principio, semejante solución, argumentando que hipotecaría la independencia política del partido y sembraría la confusión en las masas. Pero finalmente acató la decisión de la Komintern. El III Congreso del PCC (junio de 1923) aprobó, no sin fuerte resistencia, la entrada en el Kuomintang. Y siguiendo la orientación de la IC, el manifiesto lanzado por el congreso declaraba que ”el Kuomintang sería la fuerza central de la revolución nacional y asumiría su dirección”(200). No es necesario subrayar hasta qué punto la alianza en tales condiciones contradecía las tesis del II y IV Congresos de la IC. La declaración Yoffe-Sun Yat-sen, no era, naturalmente, la expresión de un punto de vista teórico sobre la inmadurez de la economía china para el ”sistema comunista”, y la precisión de que tampoco se adecuaba a China el ”sistema de los soviets” era bien significativa. ¿No había sostenido Lenin en el II Congreso de la IC, y en otras ocasiones, que el sistema de los soviets resultaba plenamente adecuado a los países agrarios del Oriente? La declaración era un compromiso político,

mediante el cual los dirigentes soviéticos, y por consecuencia la IC y los comunistas chinos, daban garantías a Sun Yat-sen de no intentar imprimir a la "revolución nacional" un contenido social revolucionario. Era, sobre todo, una garantía contra la revolución agraria, cuyo espectro desasosegaba a la burguesía del Kuomintang(201) Por otra parte, el sometimiento de los comunistas chinos a la disciplina del Kuomintang resultó tanto más inconciliable con la independencia política y organizacional del PCC, cuanto que el Kuomintang se transformó desde 1924 – con ayuda de los consejeros soviéticos y de los delegados de la IC – en un partido centralizado, con estructuras semejantes a las del partido bolchevique. En una palabra, la esencia de la "línea fundamental de la orientación táctica" de la IC en la revolución china consistió, desde 1923, en reconocer y apoyar la dirección representada por el movimiento nacionalista-burgués sunyatsenista. En los documentos de la IC y en los textos de Stalin del periodo 1924-1927 pueden aislarse numerosas formulaciones que parecen contradecir – que formalmente contradicen – esa sustancia de la "línea fundamental", pero al contrario de lo que afirmaba Bujarin en el VI Congreso de la IC, la "línea práctica" adoptada en China no estará en contradicción con la "línea fundamental": será la exacta materialización de su esencia.

En un principio la IC, y bajo su dirección el PCC, dan los pasos indicados de manera notoriamente pragmática. Se trata de acondicionar el factor "comunismo chino", del que no se podía prescindir, a la alianza entre el gobierno soviético y el gobierno de Sun Yat-sen, la cual adquiriría un extraordinario valor para el primero desde el momento que ante el segundo se abría una cierta perspectiva realista de convertirse en el gobierno nacional de China. Pero una vez realizado dicho acondicionamiento a nivel político-práctico, era obligado para la IC y para Stalin darle una justificación doctrinal "marxista-leninista". Cosa nada fácil si se partía del supuesto que el Kuomintang era el partido de la burguesía nacional china. Así, en mayo de 1925, Stalin formula la tesis de que en China se ha producido una diferenciación entre el ala conservadora y el ala revolucionaria de dicha burguesía, y en el Kuomintang está la segunda, nutrida fundamentalmente por la "pequeña burguesía revolucionaria". Por lo tanto el Kuomintang podía considerarse como un partido esencialmente "obrero y campesino", en el que se realizaba el "bloque de dos fuerzas: el partido comunista y el partido de la pequeña burguesía revolucionaria". Tal "bloque" es admisible y conveniente, dice Stalin, siempre "que no ate de pies y manos al partido comunista", y no le impida "ejercer la dirección efectiva del movimiento revolucionario". Cuando años después se editaron las obras de Stalin este texto fue corregido, suprimiendo toda referencia al Kuomintang: los acontecimientos habían demostrado super-abundantemente que la "burguesía nacional", incluida su ala más reaccionaria, no sólo era un componente del Kuomintang desde la formación de éste, sino su dirigente efectivo, y que la expresión "atado de pies y manos" cuadraba exactamente con la situación del PCC dentro del Kuomintang(202). La presencia de la "burguesía nacional" era tan evidente que Stalin hubo de rectificar muy pronto (sin reconocer la rectificación, naturalmente) valiéndose de la IC. En la sexta reunión plenaria del Comité Ejecutivo de la IC (marzo de 1926), el Kuomintang fue definido ya como un "bloque revolucionario de los obreros, campesinos, intelectuales, y de la democracia urbana". Y en mayo de 1927, después de la traición de Chiang, Stalin aclara que esa fórmula debe entenderse así: "bloque de los obreros, de la pequeña burguesía (urbana y rural) y de la burguesía nacional". Al mismo tiempo explica que lo que él quería decir en mayo de 1925 no es que el Kuomintang fuese ya un partido obrero y campesino", sino que *debía* llegar a serlo, que *tendía* a serlo(203) Desgraciadamente, los errores oportunistas del PCC impidieron que el Kuomintang real se identificara con el Kuomintang ideal perfilado por Stalin. Pero si el Kuomintang real incluía a la "burguesía nacional", ¿cómo explicarse que la sexta reunión plenaria del Comité Ejecutivo de la IC lo admitiera, según ya dijimos, en calidad de "partido simpatizante" de la Internacional, y nombrara a su nuevo jefe (Sun Yat-sen había muerto un año antes) "miembro de honor" del Presidium? En su aclaración de 1927, Stalin prefiere no referirse a ese "detalle", que nunca más será mencionado en la historiografía soviética.

En los mismos días que Moscú le rinde tales honores, Chiang Kai-chek da su primer golpe anticomunista. En la noche del 20 al 21 de marzo de 1926 arresta a los cuadros comunistas de la

Escuela Militar de Whanpoa, asigna a residencia vigilada a los consejeros soviéticos, encarcela a numerosos comunistas y sindicalistas de Cantón, desarma a los piquetes de la huelga Kwantung-Hongkong y cerca con tropas los locales sindicales. Chiang no se propone aún aplastar a los comunistas porque, la expedición al norte está en ciernes y necesita la ayuda militar soviética; el objetivo que persigue es fortalecer sus posiciones de mando dentro del Kuomintang, debilitando a la "izquierda" pequeño burguesa y "atando de pies y manos" a los comunistas. Y lo logra plenamente. Wang Ching-wei, presidente del gobierno de Cantón, líder de la "izquierda", tiene que exilarse. En la sesión del 15 de mayo el Comité Ejecutivo del Kuomintang adopta, a instigación de Chiang, una serie de medidas anticomunistas: el PCC tiene que comprometerse a acatar estrictamente la ideología sunyatsenista y entregar la lista completa de los comunistas afiliados al Kuomintang; los comunistas no podrán ocupar puestos de dirección en el Kuomintang, y su participación en el aparato de éste y del Estado no podrá sobrepasar el tercio de la plantilla total; se prohíbe a los comunistas agruparse como fracción dentro del Kuomintang; las directivas del PCC y de la IC tienen que ser obligatoriamente sometidas a la aprobación de un comité mixto Kuomintang-PCC(209). La reacción inmediata de Chen Du-siu fue proponer al Ejecutivo de la IC que el PCC saliese del Kuomintang y estableciera la alianza sobre nuevas bases. Esta posición del PCC fue severamente criticada en *Pravda*, y en Cantón el representante del gobierno soviético ante el Kuomintang, Borodin, adoptó – e hizo adoptar a los comunistas chinos – una actitud conciliante con Chiang, que implicaba el acatamiento de las medidas tomadas por el Ejecutivo del Kuomintang. Chen Du-siu tuvo que publicar un artículo en ese espíritu, el cual sería utilizado por la IC, después de la catástrofe de 1927, para acusar a Chen Du-siu de oportunismo. Aun sometiéndose una vez más a la disciplina de la Komintern, la dirección del PCC propuso a Borodin que parte de las armas enviadas por el gobierno soviético, con destino al ejército del Kuomintang, fueran utilizadas para armar fuerzas militares controladas por el partido, a fin de prepararse a la eventualidad de un nuevo golpe de Chiang Kai-chek. La propuesta fue rechazada. Según cuenta Chen Du-siu, el delegado de la IC explicó la táctica que debía aplicarse en los términos textuales siguientes: "En el presente periodo, los comunistas deben hacer el trabajo de *coolies* para el Kuomintang."(205)

Poco después se iniciaba la expedición al norte, en cuyo éxito desempeñaron un importante papel los planes operacionales elaborados por los consejeros militares soviéticos y su intervención directa en el curso de la expedición. Chiang Kai-chek ordena que mientras duren las operaciones militares cese toda actividad del movimiento obrero y campesino en la retaguardia. La posición contrarrevolucionaria del generalísimo, lo mismo que sus aspiraciones dictatoriales, son cada día más patentes. Y cada día es más insostenible la situación de la dirección del PCC, cogida entre la presión del movimiento revolucionario de masas, que crece impetuosamente – en parte de manera espontánea y en parte por la iniciativa de los cuadros comunistas locales – y las obligaciones que le impone la disciplina kuomintaniana. Se acentúan las tendencias a cortar ese nudo gordiano saliendo del Kuomintang y recuperando la plena libertad de acción. Pero Stalin se opone categóricamente cuando el problema se discute en la séptima sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la IC, en noviembre-diciembre de 1926: "Se dice que los comunistas chinos deben salir del Kuomintang. Eso sería erróneo, camaradas. Sería un craso error que los comunistas chinos abandonaran actualmente el Kuomintang. Toda la marcha de la revolución china, su carácter, sus perspectivas, señalan de modo indudable que los comunistas chinos deben permanecer en el Kuomintang e intensificar su trabajo en él."(206) Al mismo tiempo critica a los comunistas chinos porque no impulsan con suficiente decisión la revolución agraria y el movimiento obrero. El Ejecutivo de la IC adopta una resolución que en síntesis exigía del PCC: a) mantenerse a toda costa dentro del Kuomintang; b) impulsar decididamente la revolución agraria. Resolución fácil de escribir en Moscú pero de imposible aplicación en China, aunque sólo fuera por una simple razón: la casi totalidad del cuerpo dirigente del Kuomintang – "derecha" e "izquierda", oficiales del ejército y funcionarios del Estado, aparato del partido – estaba ligado de una u otra manera a la propiedad agraria, y no precisamente a la más modesta(207). En la situación concreta china de 1926-1927 había que dar prioridad a una de las dos exigencias, y sobre el terreno los delegados de la IC y los consejeros soviéticos resolvían el dilema dando prioridad a la conservación de la alianza con la dirección burguesa del Kuomintang.

Siguiendo sus instrucciones, el PCC hacía lo mismo, convirtiéndose – como diría luego Bujarin – en una "traba" para el movimiento campesino que estaba en pleno ascenso.

Después del golpe de Estado de Chiang Kai-chek, la IC acentuará aún más esa "línea práctica". El comunista que regenta el ministerio de agricultura en el gobierno de Wuhán deberá utilizar el cargo para apaciguar el movimiento revolucionario campesino, porque los "excesos" de éste ponen en peligro la unidad con el Kuomintang de "izquierda". El 30 de junio el Comité Central del PCC adopta una resolución que lleva al extremo la política de apaciguamiento. Entre otras cosas del mismo género, la resolución prescribe que "las organizaciones populares, campesinas, obreras u otras, deben someterse a las órdenes y al control de las autoridades del Kuomintang: las reivindicaciones de los movimientos populares, obreros y campesinos, deben conformarse a las resoluciones de los congresos o del Comité Ejecutivo central del Kuomintang, lo mismo que a los decretos del gobierno"(208). El partido mismo contribuye así a paralizar y desmoralizar las fuerzas de que aún dispone. Quince días después el Kuomintang de "izquierda" podrá impunemente seguir el ejemplo de Chiang y desencadenar el terror contra los comunistas en la zona del gobierno de Wuhán.

Los acontecimientos chinos coinciden con la fase culminante del duelo entre Stalin y la oposición trotsquista-zinovietista. Unos días antes de la traición de Chiang Kai-chek la Oposición hace una crítica radical de la política que se está aplicando en China, augurando que llevará a la derrota proletaria. Y en el periodo que sigue al golpe de Chiang, Trotski profundiza esta crítica y pronostica el paso a la contrarrevolución del Kuomintang de "izquierda". La situación de Stalin a nivel del debate teórico-político se hace cada día más difícil: los acontecimientos dan la razón a la Oposición, en el escenario chino, con demasiada evidencia, al mismo tiempo que comienzan a dársela en lo que se refiere a la situación interior de la URSS. Stalin pasa entonces de la discusión a la represión. A los opositores se les impide defender sus opiniones, sobre todo a propósito de la revolución china, en la prensa y en las organizaciones soviéticas. Poco después se les excluye del partido. Y en enero de 1928 se les deporta a Siberia(209).

Pero la traición de Chiang Kai-chek y del Kuomintang (venimos utilizando el concepto de "traición" por comodidad; en realidad, como decía Trotski, "no traicionaron su clase sino nuestras ilusiones") no podía "silenciarse" con métodos tan expeditivos como los empleados para cerrar la boca a la Oposición. Hasta última hora, la prensa y los organismos dirigentes del partido soviético habían estado refiriéndose al Kuomintang como al gran partido de la revolución china, y Chiang Kai-chek había sido ensalzado más que cualquier dirigente del PCC. Lo mismo ocurría en las publicaciones de la IC. Para salir del paso se recurrió a dos procedimientos: la mistificación y la aventura. Se explicó que la línea de Stalin y de la IC fue en todo momento justa, la traición de la "burguesía nacional" había sido prevista, pero desgraciadamente los comunistas chinos se revelaron incapaces de aplicar la línea y de prepararse para hacer frente a la traición. Y en justo castigo la IC destituyó a Chen Du-siu del cargo de secretario general, reemplazándolo por Chui Chiu-bai. En adelante todos los males del PCC desde su fundación hasta 1927 serían explicados con esta clave mágica: *Chen Du-siu*(210)

El otro procedimiento consistió en incitar a la nueva dirección del PCC – psicológicamente predispuesta bajo el doble efecto de la traición de sus aliados y de la crítica de la IC – a emprender inmediatamente la contraofensiva allí donde contaba todavía con fuerzas organizadas. Unos cuantos "golpes revolucionarios" en China, por efímeros que fuesen, podían ser capitalizados propagandísticamente en Moscú y servir de armas "dialécticas" contra la Oposición. Del oportunismo de derecha se pasó así, sin transición, al aventurerismo de "izquierda", lo que costó al partido chino nuevos quebrantos y víctimas. El episodio más trágico fue la insurrección de Cantón, directamente organizada por enviados de la Komintern. Según Trotski, su coincidencia con el XV Congreso del Partido Comunista soviético (diciembre de 1927) no fue casual(211) Una vez que esas intenciones fracasaron, y el PCC quedó plenamente destrozado, la IC destituyó a Chui Chiu-bai, acusándose de "putschismo". A fin de "proletarizar" al partido, se reemplazó a Chui Chiu-bai por un cuadro obrero, Hsiang Chung-fa, que se reveló incapaz de asumir el cargo, y el dirigente efectivo fue otro

intelectual, Li Li-san, que habría de sufrir, como Chen Du-siu y Chui Chiu-bai, las consecuencias de su fidelidad a la política de la IC: en septiembre de 1930 fue destituido, también por "putschista". El nuevo secretario general, Wang Ming, enviado directamente de Moscú para hacerse cargo de la dirección del PCC, duraría hasta enero de 1935. Para esas fechas hacía tres meses que el ejército rojo chino había emprendido la Gran Marcha, y en la pequeña ciudad de Dsunyi, por primera vez sin intervención de Moscú, el núcleo dirigente del PCC eligió un nuevo secretario general.

Con la elección de Mao triunfaba en el PCC una concepción de la revolución china que desde la derrota de 1927 había ido elaborándose paso a paso, en estrecha conexión con la práctica, por el grupo constituido en torno a Mao en la gran base roja de Chiangsi. La línea de la IC durante esos años siguió descansando en los mismos fundamentos teóricos que anteriormente, pero en el plano táctico se caracterizó por el ultraizquierdismo y el aventurerismo propios del "tercer periodo"(212). Las sucesivas direcciones oficiales del PCC trataban de aplicarla fielmente, tropezando casi de continuo con la resistencia, unas veces soterrada y otras abierta, del grupo de Mao. Pero éste disponía, cada vez más, del poder real – autoridad político-moral y fuerzas armadas – en las bases agrarias, y sólo aquí se desarrollaba el partido y el movimiento de masas, mientras que en las ciudades iban reduciéndose a su mínima expresión. En octubre de 1932, la dirección oficial, hasta entonces instalada clandestinamente en Changhai, tuvo que refugiarse en la base de Chiangsi, y al parecer tomó en sus manos el mando de las fuerzas armadas, desplazando a Mao. Este último intento de la IC por restaurar su autoridad y control sobre la sección china estuvo a punto de desembocar en una catástrofe mayor que la de 1927. La dirección oficial, en efecto, impuso una estrategia estática frente a la quinta campaña lanzada por Chiang Kai-chek contra las bases rojas. El ejército rojo chino del Chiangsi se encontró al borde del aniquilamiento, no quedándole otra salida que la gran retirada hacia el noroeste. Ese fracaso militar de la dirección oficial debió facilitar, sin duda, la victoria política de la fracción maoísta(213)

La "coexistencia" durante tan prolongado periodo de la línea de la IC y la línea maoísta no se explica sólo, probablemente, por la "situación de poder" en que cada día más fue encontrándose Mao, al frente del "ejército rojo" y de los "soviets" de Chiangsi. Debió ser facilitada por otra circunstancia: a primera vista las divergencias entre ambas líneas no revestían un carácter teórico ni fundamental. Parecían ser de orden táctico y limitado, derivar de un estado de cosas considerado como transitorio (por ejemplo, de que el movimiento obrero en las ciudades había sido aplastado de momento, obligando al partido a apoyarse principalmente en las bases agrarias, lo que hacía explicable la tendencia de comunistas "poco maduros" a exagerar el papel de los campesinos, etc.). Y, sobre todo, Mao nunca puso en duda explícitamente la concepción teórica de la revolución china vigente en la IC. En la definición del carácter de la revolución china, de sus etapas, etc., estuvo formalmente al lado de la IC y Stalin, contra las posiciones de Trotski.

Esa concepción teórica se reducía, en esencia, a la dogmatización hecha por Stalin de la teoría leniniana (versión 1905) de la revolución democrático-burguesa: es la trasposición de esa receta al escenario chino, como después será llevada al escenario español, injertándole un nuevo elemento que constituiría la particularidad de la revolución democrático-burguesa china respecto a su modelo ruso: el antimperialismo. Esta particularidad servirá a Stalin para justificar la alianza con el Kuomintang (y la forma que esta alianza tuvo) hasta la derrota de 1927. Según Stalin, en efecto, el carácter antimperialista de la revolución china tenía por consecuencia que la burguesía nacional china pudiera asumir, más profundamente y más prolongadamente que la burguesía liberal rusa, un papel progresista, e incluso revolucionario. De ahí la legitimidad del "bloque de cuatro clases". Y que la revolución china quedase dividida en tres etapas (en lugar de dos, como la revolución rusa), con el rasgo común del antimperialismo pero diferenciadas entre sí por el contenido social, el papel de las diferentes clases, etc. En la primera etapa, de carácter democrático-burgués, el proletariado tenía como aliados a los campesinos, la pequeña burguesía urbana y la burguesía nacional. El paso a la contrarrevolución de la burguesía nacional, arrastrando de momento a la pequeña burguesía, ponía fin a esta etapa. En la segunda, iniciada en 1927, el carácter de la revolución seguía siendo

democrático-burgués, pero los aliados del proletariado ya sólo eran el campesinado y, eventualmente, la pequeña burguesía urbana. La victoria de la revolución en esta etapa debía llevara la instauración de una dictadura democrático-revolucionaria de los obreros y campesinos, bajo la hegemonía del proletariado. Una vez que este régimen hubiera cumplido su misión – liquidación de las estructuras feudales, prosecución de la lucha antimperialista, etc. –, podría pasarse a la tercera etapa: la revolución socialista(214).

Trotsky somete esa concepción a una crítica radical. En lo que se refiere a la "primera etapa" la califica de puro menchevismo, y ve en ella la raíz teórica de la política que convirtió al PCC en apéndice de la dirección burguesa del Kuomintang, llevándole a la derrota. En cuanto a la "segunda etapa", Trotsky acusa a Stalin de olvidar la experiencia de 1917 – que demostró la imposibilidad de una "dictadura democrática revolucionaria de los obreros y campesinos" como régimen intermedio entre la dictadura burguesa y la dictadura proletaria – y le acusa de reincidir en su error de abril de 1917 frente a las tesis de Lenin. Para Trotsky la revolución china sólo puede vencer como revolución socialista, bajo la dictadura del proletariado. El hecho de que la revolución china tenga como enemigo principal y directo al imperialismo, de que no pueda triunfar más que derrotando al imperialismo, no lleva consigo – plantea Trotsky – que la burguesía china pueda asumir un papel más revolucionario que la burguesía liberal rusa, sino todo lo contrario. No sólo porque la burguesía nacional china tiene intereses comunes con el imperialismo, al mismo tiempo que es oprimida por él: Trotsky señala este aspecto del problema – hace notar, por ejemplo, que entre la burguesía "compradora" y la burguesía "nacional" no hay un abismo – pero no insiste en él. Su argumento esencial es la debilidad intrínseca de la burguesía china, comparativamente mucho más débil que la rusa en virtud del mayor atraso económico de China, del cordón umbilical que une a la burguesía china con las estructuras agrarias. El contraste entre esta debilidad propia y la enorme fuerza del imperialismo mundial prohíbe a la burguesía china toda acción decidida contra el imperialismo que se apoye en las energías nacionales. "La burguesía china es suficientemente realista – dice Trotsky – y conoce bastante de cerca la catadura del imperialismo mundial como para comprender que una lucha verdaderamente seria contra él exige una presión tan potente de las masas revolucionarias, que ella misma se encontraría en peligro desde el comienzo."(215) La historia le dará la razón a Trotsky en cuanto a que la revolución china no podía vencer más que como revolución socialista, y se la quitará – lo mismo que a Stalin y a la IC – en cuanto a las vías por las que llegaría a la victoria, al papel que las diferentes clases habrían de desempeñar en ella. Para Trotsky el proletariado chino tenía que ser, obligatoriamente, la principal fuerza motriz y el dirigente de la revolución. En contradicción con su propio esquema – puesto que la debilidad orgánica de la burguesía china llevaba aparejada la debilidad orgánica del proletariado – aplica en este aspecto el cliché europeo, lo que le lleva a subestimar el papel de las masas campesinas. Después de la derrota de 1927 escribe: "Sólo cuando se levante una nueva ola ofensiva del movimiento proletario podrá evocarse seriamente la perspectiva de una revolución agraria."(216) En las revoluciones europeas, efectivamente, las "olas ofensivas" proletarias habían precedido, por lo general, a las agrarias. Pero, después de 1927, en la revolución china ocurriría lo contrario; incluso no habría más "olas ofensivas" proletarias(217). Su concepción estratégica de la revolución mundial, más acentuadamente europeísta que la del último Lenin(218), habría de llevar a Trotsky a otra conclusión no confirmada por la historia: la revolución no podía triunfar en Asia sin haber vencido antes en Europa. (Es indudable que la subestimación de la potencialidad revolucionaria del campesinado en las colonias tenía que inducirle también a esa hipótesis.)

Obvio es decir que estas ideas de Trotsky difícilmente podían entusiasmar a Mao. La subestimación del papel revolucionario del movimiento campesino y la subordinación de la revolución asiática a la revolución europea entraban en conflicto radical con sus concepciones. Incluso en la cuestión de la burguesía nacional se encontraba más cerca de Stalin. Trotsky no negaba, ciertamente, la posibilidad y conveniencia de compromisos circunstanciales con la burguesía nacional, pero apreciaba su papel mucho más negativamente que Stalin, según hemos visto. Mao nunca fue un "izquierdista" a este respecto. Diferenciaba cuidadosamente los componentes de la burguesía, no sólo en la "nacional",

sino en la "compradora" e incluso dentro de los terratenientes. Estaba presto a los compromisos y alianzas, siempre que fueran beneficiosos a las fuerzas revolucionarias – y en el periodo de la guerra antijaponesa demostró ser maestro a este respecto –; lo que no aceptaba en modo alguno era la supeditación de las fuerzas revolucionarias a cualquier aliado burgués o pequeño burgués, ni la supeditación de la revolución china a patrones o intereses extranjeros. En sus textos de Chiangsi se advierte ya la clara conciencia que tiene de la originalidad de la revolución china, de su alta misión histórica. Es por ahí por donde entrará en conflicto con la política de Stalin en el periodo de la "gran alianza".

Pese a las divergencias expuestas, Trotski, Stalin y la IC estaliniana tenían de común el enfoque europeísta de la revolución china, reflejando las limitaciones históricas de la teoría marxista de la revolución acuñada en el laboratorio europeo. Para superarlas había que haber nacido en la provincia de Hunán, y aún así el proceso sería laborioso, porque los esquemas marxistas europeos – bien que con notable retraso respecto a las mercancías de la industria occidental – habían conquistado ya un mercado no despreciable entre la *intelligentsia* revolucionaria china.

La famosa *Encuesta* sobre el movimiento campesino en la provincia de Hunán (marzo de 1927) representa, sin duda, la primera "fusión" viva, en profundidad, del marxismo con la compleja realidad social y política de China. Sin fórmulas marxistas estereotipadas, pero con método marxista, allí tenemos el análisis de la anatomía y la dinámica del cuerpo esencial de la sociedad china: su mundo rural. La Encuesta nos lo muestra a todos los niveles: sociológico y económico, político y cultural: nos lo describe sacudido como por un movimiento telúrico, que no deja títere con cabeza, desde la propiedad y el poder, político o económico, hasta las relaciones familiares y las costumbres ancestrales. Es la Revolución China con mayúsculas. La revolución originada en las entrañas más hondas de la sociedad. En contraste con ella la heroica insurrección de la vanguardia obrera de Changhai cobra su modesta dimensión real. Lo de Hunán pone de manifiesto con evidencia irrefutable cual es el protagonista principal, la fuerza decisiva, de la revolución china. Y el marxista Mao, que un año antes ha escrito otro texto de gran interés pero visiblemente ajustado a un a priori ortodoxo ("Sobre las clases de la sociedad china": el "proletariado industrial", dice en él, "se ha convertido en la fuerza dirigente del movimiento revolucionario") se rinde en Hunán a la evidencia. Con prudencia campesina – que seguirá observando ulteriormente en su permanente conflicto con la línea de la IC – Mao no pone en duda explícitamente el papel del proletariado. Se limita a silenciar este punto espinoso y a demostrar con la elocuencia de los hechos que la fuerza decisiva de la revolución china son las masas pobres del campo. Plantea que el partido debe revisar los juicios que hasta entonces había formulado sobre el movimiento campesino, y le emplaza a ponerse decididamente a su cabeza. (Es el momento, recordemos, en que el Kuomintang inicia la represión contra las sublevaciones campesinas, y en que la dirección del PCC, aplicando la línea kominterniana de unidad a toda costa con el Kuomintang, trata de apaciguar la revolución agraria.)

"Dentro de poco – dice Mao – veremos sublevarse en todas las provincias del centro, del norte y del sur de China, centenares de millones de campesinos: se levantarán con ímpetu, invencibles, como el huracán, y no habrá fuerza que pueda contenerlos. Romperán todas las cadenas y aspirarán a su liberación. Cavarán la tumba de todos los imperialistas, militaristas, funcionarios dilapidadores de los fondos del Estado y concusionarios, de los "tuhao" y "lechen". *Pondrán a prueba todos los partidos y grupos revolucionarios, todos los revolucionarios, sea para aceptarlos, sea para rechazarlos. ¿Debemos, nosotros, ponernos a su cabeza y dirigirlos? ¿O debemos ir a la zaga, limitándonos a criticarlos con gestos autoritarios? ¿O bien marchar a su encuentro para combatirlos? Todo chino es libre de escoger una de esas tres vías, pero el curso de los acontecimientos acerca para cada uno la hora de la opción.*"(219)

Mao había hecho su opción, de la que no se apartará nunca en todo el curso ulterior de su acción revolucionaria. La IC continuó, imperturbable, ateniéndose al dogma de la revolución-democrática-burguesa-bajo-la-hegemonía-del-proletariado. En los textos de Mao se rendirá tributo – muy fugazmente, por lo general – a la fórmula ritual, pero todo su contenido, como la acción práctica que reflejan, será fiel al espíritu de la Encuesta de 1927. Puesta ante los hechos – la consolidación y

expansión de las "bases rojas" agrarias, la organización en ellas de un poder de tipo soviético esencialmente campesino, la creación de un "ejército rojo" que se revelaba capaz de rechazar una y otra vez los ataques de las tropas de Chiang Kai-chek, mientras que al mismo tiempo el movimiento obrero en las ciudades no lograba levantar cabeza –, la IC se esforzaba en el plano de la elaboración por encajar esos hechos dentro de su esquema teórico: el poder soviético de las bases rojas era la realización embrionaria de la dictadura democrática revolucionaria de los obreros y campesinos, bajo la dirección de la clase obrera; el ejército rojo, un ejército de obreros y campesinos, bajo la dirección del proletariado, y así sucesivamente, aunque en todas esas entidades, lo mismo que en la organización del partido existente en esas zonas, los obreros no fueran más que componentes aislados en ínfima minoría, y sólo en la medida en que dejaban prácticamente de ser obreros. Pero al mismo tiempo la IC se esforzaba por lograr que esa situación cambiase, que la realidad se adaptase a la representación teórica que de ella daba. Presionaba constantemente a la dirección del PCC para que concentrase su máxima atención y esfuerzo en las ciudades, para que diera preferencia a las formas obreras de lucha: las huelgas, las manifestaciones, etc.(220) Pero lo peor, lo que habría de tener consecuencias más nefastas, incluso poniendo en grave peligro, más de una vez, la existencia misma de las "bases rojas", fue la orientación de la IC a utilizar prematuramente la fuerza armada organizada en esas bases para conquistarlas ciudades. El caso más típico fue el del verano de 1930, cuando el ejército rojo de la base de Chiangsi y de otras bases de la China central fue lanzado a la conquista de las grandes ciudades de la región: Changchá, Wuhán y Nanchang. Esta operación fue decidida por la dirección del PCC, siguiendo instrucciones de la IC, por dos razones.

La primera, que el Comité Ejecutivo de la IC había llegado en su XI Pleno (febrero de 1930) a la conclusión de que "el movimiento obrero mundial había pasado en toda la línea del frente a la ofensiva", y se abrían "vastas perspectivas para la transformación del actual auge revolucionario en situación revolucionaria, tanto en los países capitalistas avanzados como en las colonias". China era especialmente indicada, porque "asistimos al hundimiento de la reacción de Nankín, a una nueva explosión de la guerra intestina de los generales, otros tantos fenómenos que han creado el clima favorable a un nuevo avance de la ola revolucionaria en China"(221). En junio, el Ejecutivo adopta una resolución especial concerniente a China, en la que se afirma: "Los acontecimientos se desarrollan de tal manera que una situación revolucionaria abarcará, *muy próximamente*, si no todo el territorio de China, por lo menos el de una serie de provincias *decisivas*." Y se daba la indicación concreta de concentrar el esfuerzo en el reforzamiento del ejército rojo, a fin de estar en condiciones "de apoderarse de uno o varios centros industriales y administrativos"(222). Sobre la base de esta resolución de la IC, el Comité Central del PCC adopta otra en el mismo mes de junio, en la que se afirmaba: "China es el eslabón más débil del imperialismo mundial, es el volcán en el que la revolución mundial tiene más probabilidades de entrar en erupción. Por consiguiente, gracias a la agravación actual de la crisis revolucionaria mundial, la revolución china puede estallar la primera y desencadenar la revolución mundial."(223) Un mes después el plan concebido por la dirección del PCC – al parecer su cerebro principal fue Li Li-san – era puesto en práctica, pero el volcán no entraba en erupción. La operación se saldó con graves pérdidas, no sólo para el ejército rojo, sino para las débiles organizaciones comunistas y obreras de las ciudades "asaltadas"(224).

La segunda razón era la ya indicada, de carácter permanente en la política china de la IC: proporcionar urgentemente a la revolución una base urbana, obrera, susceptible de materializar y asegurar la dirección del proletariado en el conjunto del movimiento revolucionario. Es necesario instaurar lo antes posible el poder soviético *obrero*, al menos en algunas ciudades, para que el poder soviético campesino tenga la dirección sin la cual la revolución no puede vencer. Como las fuerzas obreras existentes en las ciudades no pueden, de momento, acometer por sí solas la empresa, las fuerzas armadas de las bases campesinas deben ayudarlas. Pero la obnubilación de la IC y la dirección oficial del PCC por la idea de la hegemonía proletaria era tal, que incluso les impide tener una apreciación realista de la situación concreta que en aquel momento preciso atravesaban las organizaciones comunistas y obreras de las ciudades. Y el plan da la prioridad a la lucha proletaria

en ellas. En la resolución del Comité Central del PCC se dice: "La gran lucha del proletariado es la fuerza decisiva en lo que concierne a los éxitos preliminares en una o varias provincias. Sin una ola de huelgas obreras, sin una insurrección armada de las ciudades, no puede haber éxito en una o varias provincias. Es una idea totalmente errónea no prestar una atención particular al trabajo urbano, y contar con el campo para cercar a la ciudad."(225) (La crítica, huelga decirlo, va dirigida contra las concepciones de Mao, que estaba en desacuerdo con el plan de "asalto" inmediato, y preconizaba ya la estrategia que luego habría de teorizar más fundamentalmente: la extensión de la guerra revolucionaria en las regiones agrarias, rehuyendo siempre el combate con fuerzas superiores, y con una perspectiva de larga duración, para ir estrechando poco a poco el cerco de las ciudades.)

De conformidad con la precitada idea de la resolución de junio, el plan operativo elaborado por la dirección del PCC incluía una serie de huelgas y acciones insurreccionales proletarias, no sólo en las ciudades que debían ser conquistadas por el ejército rojo – Wuhán, Nanchang, Changsasino en Changhai, Nankin, Cantón, Tientsin, etc. Este capítulo proletario del plan fracasó totalmente. En Changsa, único centro urbano ocupado por las unidades rojas durante diez días, la mayoría de los obreros observó una actitud reservada y pasiva incluso después de estar la ciudad en manos comunistas. En casi todas las aglomeraciones urbanas el plan de Li Li-san (y de sus altos asesores) tuvo como principal resultado que los reducidos núcleos comunistas y sindicales organizados quedasen al descubierto y fueran duramente castigados. En definitiva, la táctica de la IC durante el periodo que siguió a la derrota de 1927 produjo efectos contrarios a los que buscaba: debilitó aún más, reduciéndola a su mínima expresión, la gravitación política de la clase obrera en el movimiento revolucionario chino(226).

Los acontecimientos de 1927, 1930 y 1934 constituyen los jalones decisivos de la quiebra de la política china de la IC. Los primeros sellan el hundimiento de la política derechista que hizo del PCC un apéndice del Kuomintang. Los segundos significan el fracaso de la línea aventurera y "ultraproletaria" que reemplazó a la anterior, y que era una especie de versión china de la política de "clase contra clase" (en el espíritu del "socialfascismo") aplicada por la Komintern en Europa entre 1928 y 1934. Y los terceros – los graves reveses sufridos por el ejército rojo de Chiangsi frente a la quinta ofensiva de Chiang Kai-chek, como consecuencia de la táctica militar impuesta por la dirección oficial del PCC hacen abortar el intento de poner bajo el control de la Komintern la dirección de la guerra revolucionaria (véase la nota 213). Este último episodio fue determinante para la trayectoria ulterior del PCC porque las dos concepciones que en el periodo precedente habían ido enfrentándose de manera soterrada, indirecta, chocaron ahora abiertamente. La amenaza mortal representada por la quinta ofensiva de Chiang Kai-chek contra la gran base roja de Chiangsi, sometía ambas a una prueba suprema. Y aunque la prueba se plantease ante todo a nivel de la táctica militar, la que cada uno – el grupo maoísta y el grupo kominterniano – preconizaba reflejaba su concepción global de la revolución china. La reunión de Dsunyi consagró la victoria de la concepción maoísta en el PCC. Cuando a finales de 1935, después de un año de vida nómada, la "república soviética china" se establece en Yenan, estará próximo a iniciarse un nuevo capítulo de la revolución china: la guerra antijaponesa. Pero se habrá cerrado definitivamente el capítulo chino de la IC. Según dirá Mao en 1943, con motivo de la disolución de la Komintern: "Después del VII Congreso mundial de 1935, la Internacional Comunista no se ha inmiscuido más en los problemas interiores del Partido Comunista chino. Y sin embargo, el Partido Comunista chino ha hecho muy bien su trabajo a través de toda la guerra nacional antijaponesa de liberación."(227)

La no intervención de la IC en la política del partido chino a partir de 1935, se explica, de todas maneras, por algo más que el proceso descrito y su resultado: la ascensión del grupo Mao a la dirección del PCC. Este último aspecto permite entender la actitud de la nueva dirección china, pero si la IC no 'intentó enfrentarse con ella la razón debe verse, fundamentalmente, en que la política de Mao durante la guerra antijaponesa coincidía, en lo esencial, con la política del Estado soviético en el Extremo Oriente. A primera vista, la política del PCC era la versión china de la táctica frentista europea. En realidad existía una diferencia capital. Mientras en Europa la política de frente popular

subordinaba, de hecho, las fuerzas revolucionarias a la "democracia burguesa", en China la alianza de Mao con Chiang fue llevada a cabo no sólo salvaguardando la independencia de las fuerzas revolucionarias sino acrecentando su potencial político y sus efectivos armados. En contraste con las vacilaciones y flaquezas del Kuomintang en la guerra antijaponesa, frente a su supeditación creciente al imperialismo norteamericano, el Partido Comunista chino se acreditó como el representante más intransigente, radical y eficaz de la independencia nacional, después de que en el periodo precedente se había acreditado como el partido de la revolución agraria. La fusión en su programa y en su actividad práctica de estas dos metas cruciales de la revolución china, proporcionó al PCC la base social y la influencia política que le permitieron afrontar con éxito la batalla cuando ésta volvió a plantearse, en 1946-1949, en términos de guerra civil. Afrontarla con éxito, no sólo frente al Kuomintang y su patrón yanqui, sino frente a las nuevas intromisiones de Stalin.

En el periodo entre el VII Congreso y el pacto germano-soviético la política de la IC en los países coloniales y dependientes se adaptó estrictamente, como su política en Europa y los Estados Unidos, al objetivo central de la política exterior soviética: la constitución de la alianza anti-hitleriana. Y como los Estados solicitados eran precisamente las grandes potencias colonialistas, la adaptación se tradujo en atenuar, cuando no abandonar de hecho, los objetivos antimperialistas. Se renunció, desde luego, a toda vía revolucionaria en la lucha por los mismos. La estrategia antimperialista fue reemplazada en la práctica – aunque las resoluciones del VII Congreso hablaban de "frentes populares antimperialistas" – por la estrategia antifascista. Los partidos comunistas de América latina, por ejemplo, plantearon que el enemigo más peligroso de sus pueblos ya no era el imperialismo yanqui sino el alemán. Y en 1937 Thorez puntualizó que si bien la "reivindicación fundamental" del partido en relación a los pueblos coloniales era el "derecho a la independencia", "el derecho al divorcio no significaba la obligación de divorciar": "Si la cuestión decisiva del momento es la lucha victoriosa contra el fascismo, el interés de los pueblos coloniales está en su unión con el pueblo de Francia, y no en una actitud que podría favorecer las empresas del fascismo y poner, por ejemplo, a Argelia, Túnez y Marruecos, bajo el yugo de Mussolini o de Hitler, o hacer de Indochina una base de operaciones para el Japón militarista."(228) Interrumpida bruscamente durante el bienio del pacto germano-soviético, esa política de la IC en el "frente colonial" llegó a sus extremos más oportunistas durante la segunda fase de la guerra mundial y en el periodo inmediatamente posterior, cuando el IC había dejado de existir. En la segunda parte de este libro tendremos ocasión de examinarla. Aquí nos limitaremos a registrar que dicha política no contribuyó precisamente, como era lógico, a reforzar el papel de la IC y de sus secciones coloniales en el movimiento de liberación nacional antimperialista. Como hemos indicado al iniciar el análisis de este punto, la IC terminaría su existencia sin haber logrado crear bases sólidas e influyentes en la gran mayoría de los países colonizados por el imperialismo. Su base seguiría siendo, como al nacer, esencialmente europea.

Ultimo acto

De todos los "virajes" de la IC – todos influidos más o menos directamente, cuando no dictados, según hemos ido viendo, por exigencias de la política soviética; unos coincidentes y otros contradictorios con las conveniencias de la lucha revolucionaria en el mundo capitalista – ninguno fue tan contrario a los intereses del movimiento obrero, tan perjudicial para la propia Komintern, como el "viraje" provocado por el pacto germanosoviético de agosto de 1939.

Desde 1933 el fascismo, y concretamente el Estado hitleriano, representaban una amenaza mortal para el proletariado y los pueblos de Europa. Ningún marxista lo ponía en duda. La estrategia antifascista de la IC podía ser criticada con fundamento desde la izquierda, no porque designara al fascismo como enemigo número uno, y tratara de concentrar contra él las máximas fuerzas, sino precisamente porque no respondía en los hechos a ese propósito; porque el espíritu oportunista que animaba a sus altos mentores, derivado de su subordinación a las relaciones entre el Kremlin y las cancillerías occidentales, impedía aprovechar el potencial revolucionario que el antifascismo portaba en sí, frenaba su despliegue. Desde el momento que en esa estrategia las fuerzas

revolucionarias quedaban subordinadas a la burguesía "antifascista" en los países capitalistas, y al colonialismo euroamericano en el resto del mundo, no sólo el potencial revolucionario del frente antifascista quedaba irremediabilmente comprometido; se embotaba también su filo específicamente antifascista. La solución no estaba en renunciar al antifascismo y reincidir en la táctica sectaria y ultraizquierdista practicada por la IC hasta 1934; la solución era un antifascismo consecuente, es decir, anticapitalista, radical. Pero una vez que el antifascismo alicorto, tutelado por la razón de Estado, desembocó en Munich, el Estado Mayor del Kremlin no se limitó a salvar la situación pactando con el enemigo número uno, sino que, para dar al innoble pacto mayor consistencia y más largo alcance, impuso a los comunistas arriar la bandera del antifascismo en el momento preciso en que la bestia parda ponía en marcha sus legiones para esclavizar a Europa.

Los dirigentes de la URSS llevaron muy lejos la política que tuvo su expresión en el pacto germanosoviético, adoptando posiciones que, en la práctica, estimulaban las conquistas alemanas en Europa y constituían un factor de desmoralización para los pueblos amenazados u oprimidos por el nazismo. Nos limitaremos aquí a dos botones de muestra, entre los más significativos. Poco después de firmado el pacto, Mólotov, presidente del consejo de comisarios del pueblo, y comisario de Asuntos extranjeros de la URSS, hace un discurso ante el Soviet Supremo, en el que presenta a Alemania como "el Estado que aspira a la cesación rápida de la guerra y a la paz, mientras que Inglaterra y Francia, que ayer todavía se pronunciaban contra la agresión, están ahora por la continuación de la guerra y contra la conclusión de la paz". "Los papeles cambian, como ustedes ven", agrega Mólotov, con un cinismo insuperable, y precisa: "No puede ser cuestión, se comprende, de restablecer la antigua Polonia." La "paz" de que habla Mólotov, "se comprende", significaba el reconocimiento del reparto de Polonia, recién efectuado entre Hitler y Stalin. Pero incluso era falso que semejante "paz" – consagrando no sólo la esclavización de Polonia sino la de Checoslovaquia y Austria, lo mismo que la instauración del fascismo en España – entrara en los planes de la Alemania nazi. Los dirigentes soviéticos sabían mejor que nadie cuales eran los verdaderos planes de Hitler. Atribuyéndole propósitos "pacifistas" engañaban a los pueblos europeos designados como próximas víctimas de la agresión hitleriana y adormecían su vigilancia. "Los papeles cambian", en efecto. Ahora Stalin asume el que hasta la víspera desempeñaban los gobernantes anglofranceses. En el mismo discurso, Mólotov ensalza las nuevas relaciones entre Alemania y la URSS: "Ahí las cosas han evolucionado en el sentido del reforzamiento de las relaciones amistosas, del desarrollo de la colaboración práctica y del apoyo político a Alemania en sus aspiraciones a la paz. Nosotros hemos opinado siempre que una Alemania fuerte es condición necesaria de una sólida paz en Europa."(229) Poco menos de un año después, en agosto de 1940, Mólotov toma de nuevo la palabra ante el Soviet Supremo. Los ejércitos hitlerianos han ocupado Noruega, Dinamarca, Bélgica, Holanda y Francia. A los franceses, Mólotov les recomienda dedicarse a "vendar las heridas de la guerra": "Ahora el pueblo francés tiene ante sí una misión difícil: vendar las heridas de la guerra. Y luego tendrá que consagrarse a las tareas de regeneración, que sin embargo no podrán ser realizadas según los antiguos métodos." Después de pasar revista de los "grandes éxitos" de las armas alemanas, y registrar que de los enemigos de Alemania "no queda más que Inglaterra, decidida a continuar la guerra", Mólotov subraya el papel positivo que el pacto germano-soviético ha desempeñado en las victorias alemanas: "Este acuerdo, que nuestro gobierno cumple estrictamente, eliminó la posibilidad de fricciones en las relaciones soviético-alemanas con ocasión de la aplicación de medidas soviéticas a lo largo de la nuestra frontera occidental, y al mismo tiempo *aseguró a Alemania la certidumbre de la calma en el este de Europa.*" Y en respuesta a "la prensa extranjera, sobre todo la anglófila, que especula frecuentemente con la posibilidad de divergencias entre la Unión Soviética y Alemania, tratando de asustarnos con la perspectiva del reforzamiento de la potencia de Alemania", Mólotov afirma: "En la base de las relaciones amistosas y de buena vecindad que fueron establecidas entre la URSS y Alemania, *no se encuentran consideraciones fortuitas, de coyuntura, sino intereses fundamentales de Estado, tanto de la URSS como de Alemania.*"(230)

No vamos a abordar aquí el problema de si el pacto germanosoviético resultó de una opción deliberada de Stalin, situado ante dos posibilidades: alianza con Alemania o alianza con las "democracias", o si la segunda posibilidad no existía realmente – como sostiene hasta hoy la versión oficial soviética –, problema que sigue siendo objeto de discusión entre historiadores y no podrá ser aclarado plenamente hasta que se abran los archivos soviéticos y los historiadores tenga allí libertad de investigación científica(231) Nos limitaremos a formular un interrogante.

Admitiendo que el objetivo esencial de la diplomacia soviética fuera el impedir que las potencias imperialistas formaran bloque contra la URSS, y que para impedir tal eventualidad al gobierno soviético *no le quedara otra opción* en agosto de 1939 que el pacto con Alemania, ello no justifica, de por sí, la manera como ese pacto fue utilizado y aplicado por Stalin. Si los dirigentes soviéticos no podían, en virtud del pacto, sostener y alentar la lucha de los pueblos europeos contra el ocupante, ¿estaban obligados a engañarles y adormecerles, como hace Mólotov en el primer discurso citado, y a pedirles resignación, como hace en el segundo? ¿Era forzoso que el gobierno soviético alentara al agresor fascista, dándole toda clase de seguridades acerca de la solidez del pacto que garantizaba la "calma en el este"? Pero vistas las cosas desde nuestra perspectiva actual es legítimo interrogarse si tras esas actitudes no había algo más que maniobras tácticas, de por sí ya difícilmente admisibles para un marxista. Es legítimo preguntarse si el pacto germanosoviético no era visto por Stalin como el comienzo de un arreglo de largo alcance con la Alemania hitleriana. Por un lado existen datos concretos que inducen hacia esa hipótesis. El historiador soviético Nekritch ha puesto de manifiesto que en vísperas del ataque alemán contra la URSS el gobierno soviético estaba dispuesto a negociar con Hitler un "nuevo acuerdo más estrecho". Y según el historiador soviético Mélnikov, cuando en la entrevista Hitler-Mólotov (noviembre de 1940) el primero propuso en términos vagos un reparto del mundo, el segundo respondió con propuestas concretas: los Estrechos, Bulgaria, Rumania y Finlandia, deberían quedar en la "esfera de influencia" soviética(232). Si consideramos estos dos indicios a la luz de todo el desarrollo histórico posterior, del efectivo reparto de "esferas de influencia" entre la URSS y los imperialistas americanos a la salida de la segunda guerra mundial, de la continuidad de esa política hasta hoy, ¿por qué no podía ser esa la piedra angular de la política de Stalin con el imperialismo que entonces aparecía como la primera potencia militar mundial? Esta hipótesis, caso de confirmarse, daría la clave de la "sorpresa" de que fue víctima el ejército soviético frente al ataque alemán. Si, en efecto, tal era el plan de Stalin, la idea que él se hacía del curso de la historia, la realidad tenía que conformarse a esa visión, y todas las informaciones de los servicios secretos, y de los futuros aliados, todos los indicios clamorosos de los preparativos alemanes, tenían que ser dados de lado como contradictorios con la infalibilidad estaliniana(233).

Como es sabido, el principal argumento oficial esgrimido hasta hoy para justificar el pacto germanosoviético y la política de 1939-1941, es que la Unión Soviética necesitaba ganar tiempo para prepararse mejor y evitar, por otro lado, encontrarse sola en una guerra con Alemania. Pero en definitiva la Unión Soviética tuvo que hacer frente prácticamente sola, durante casi dos años, al grueso aplastante de las fuerzas alemanes, reforzadas por sus conquistas europeas. A consecuencia de esta situación y de su insuficiente preparación interior, la Unión Soviética estuvo al borde de la derrota, como reconoció el mismo Stalin en 1945. Lo que lleva a otro interrogante: la política que siguió al pacto germanosoviético, si no el pacto mismo, ¿fue la solución óptima para defender la existencia nacional de la URSS?(234)

Si la justificación que se dio *a posteriori* – después del 22 de junio de 1941 – fue la que acabamos de mencionar, la justificación "teórica" del pacto entre 1939 y 1941 consistió en definir el carácter de la guerra como igualmente injusta por ambos bandos, como una guerra exclusivamente imperialista. Pero en 1946 Stalin declaró que "la segunda guerra mundial adquirió desde el *primer momento* el carácter de una guerra antifascista, liberadora, uno de cuyos objetivos era el restablecimiento de las libertades democráticas. La intervención de la Unión Soviética en la guerra contra los Estados del Eje *podía sólo reforzar* – y en realidad reforzó – el carácter antifascista y liberador de la segunda guerra mundial"(235). Después del XX Congreso esta rectificación

estaliniana fue a su vez rectificada en las versiones soviéticas, diciendo que la guerra fue imperialista por ambos lados en el periodo comprendido entre septiembre de 1939 y la derrota francesa de 1940, entendiendo por "ambos lados" las potencias del Eje y los gobiernos de Francia e Inglaterra, pero que desde el primer momento fue una guerra justa – en defensa de la independencia nacional y contra la esclavización fascista – por parte de los pueblos víctimas de la agresión hitleriana y también por parte de los "pequeños Estados" (Polonia, Noruega, Holanda, Bélgica, etc.). Y después de la derrota de Francia la guerra pasó a ser justa incluso desde el punto de vista de Francia e Inglaterra consideradas como Estados. Hasta que se inició la "guerra fría" en 1948, la versión oficial soviética era que Inglaterra, Francia y los Estados Unidos habían perseguido objetivos puramente liberadores, progresistas, entre 1941 (22 de junio) y 1945. A partir de la "guerra fría" se introdujo una nueva rectificación: las potencias mencionadas, pese a ser aliadas de la URSS, no habían cesado en ningún momento de tener objetivos imperialistas, antipopulares, reaccionarios, colonialistas, etc. No vale la pena detenerse a demostrar – resalta con suficiente evidencia – que cada una de esas sucesivas rectificaciones está condicionada por el estado en que se encuentra las relaciones entre Moscú y las capitales occidentales en el momento de hacerse la rectificación de turno. Pero en todas ellas hay una verdad – la verdad que fue ocultada en el bienio septiembre 1939-junio 1941, después de haber sido agitada a todos los vientos en los años 1934-1939: la Alemania hitleriana era el enemigo principal, inmediato, de los pueblos europeos, y la guerra contra ella – en respuesta a su agresión – era indiscutiblemente para estos pueblos una guerra necesaria, justa; una guerra en defensa de la independencia nacional y, como "mínimo", una guerra en defensa de la democracia burguesa contra la tiranía fascista(237). Ahora bien, si la guerra tuvo desde el primer momento ese carácter para los pueblos, ¿cómo justificar el pacto germanosoviético y, sobre todo, la política de los dirigentes soviéticos hasta 1941, orientada a un arreglo de largo alcance con Hitler? ¿Cómo justificar la política de paralizar la lucha antifascista en Europa, denunciada, entre otros, por el historiador soviético Slezkine?

La dirección de la IC reproduce inmediatamente, con automatismo inigualado en los precedentes "virajes", la volte-face del Kremlin. A primera vista, los documentos de la IC del bienio germanosoviético pueden parecer muy ortodoxos, en la línea leninista de aprovechar la guerra para hacer la revolución. Como ya dijimos en el primer capítulo, la IC agita de nuevo el espectro de la revolución mundial, arrinconado en el VII Congreso. "La clase obrera – escribe Dimítrov en octubre de 1939 – debe poner fin a esta guerra a su manera, en su interés y en interés de toda la humanidad, creando con ello las premisas necesarias para la eliminación de las causas esenciales de las guerras imperialistas" (es decir, para la eliminación del capitalismo)(238). Pero no se llama a los pueblos a organizar la guerra nacional-revolucionaria contra la Alemania hitleriana al mismo tiempo que contra los capituladores nacionales. Tal como era enunciada, y teniendo en cuenta la situación concreta, con el proletariado alemán aplastado desde 1933 e influenciado en gran parte por la demagogia nacionalsocialista, esa orientación no podía tener más efecto práctico que contribuir a socavar la débil resistencia de los Estados agredidos por Hitler. En el manifiesto que la IC lanza coincidiendo con esas declaraciones de Dimítrov, el ataque principal está dirigido contra la democracia burguesa y la socialdemocracia. Se condena explícitamente a Blum, pero no se menciona a Hitler. No se ataca directamente a la dictadura nazi, pero se dice que las democracias burguesas "no hacen la guerra por la libertad de los pueblos sino por su esclavización; no para salvar a la democracia del fascismo, sino por el triunfo de la reacción"(239). Los manifiestos de la IC con motivo del primero de mayo de 1940 y de 1941 contienen análoga orientación. En una palabra, el fascismo deja de ser el enemigo principal, y pasan a serlo la democracia burguesa y la socialdemocracia. La ofensiva se concentra contra esta última, como en la época del "socialfascismo". En marzo de 1941, tres meses antes de la invasión de la Unión Soviética, Kopleing, miembro del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC, escribe: "La lucha implacable contra el socialdemocratismo en todas sus formas sigue siendo la tarea *más importante* de todas las fuerzas del proletariado revolucionario."(240)

"Al hacer el balance de esos extraños veintidós meses – dice Deutscher – es imposible olvidar el servicio gratuito que la Komintern prestó a Hitler. Desde el día siguiente de la firma del pacto de agosto de 1939,

la Komintern puso fin a la cruzada antihitleriana que sus heraldos habían propagado cerca de los gobiernos y de los pueblos. Toda la estrategia y toda la táctica del antifascismo, sus argumentos y sus consignas, fueron abandonados de golpe. Los comunistas europeos adoptaron una ambigua actitud de neutralidad. Los dos beligerantes, aseguraban, proseguían objetivos imperialistas y no había opción. Se llamaba a la clase obrera para oponerse a la guerra y para luchar en favor de la paz [...] En ciertos momentos la oposición a la guerra tenía un aspecto proalemán indiscutible, como en octubre de 1939, cuando la Komintern hace coro a los llamamientos de Ribbentrop y de Mólotov por una paz negociada y echa la responsabilidad de la continuación de la guerra sobre Francia e Inglaterra. Los resultados de esta política, particularmente en Francia, fueron puramente derrotistas y en manera alguna revolucionarios. Dio al derrotismo que corroía la cabeza de la sociedad francesa una especie de justificación popular.”(241)

Y la burguesía francesa no desaprovechó la magnífica oportunidad que se le presentaba para poner en la ilegalidad al Partido Comunista, acusándole de la traición nacional que ella misma preparaba.

Este fue un periodo sombrío y trágico para los comunistas europeos. Decenas de miles recibieron la noticia del pacto en las prisiones y campos de concentración de Hitler, Franco, Mussolini y demás dictadores del centro, sur y sudeste de Europa. Pese a su ciega confianza en Stalin y la Internacional, el golpe moral y político fue terriblemente duro. Muchos no lo soportaron. De la noche a la mañana, en la cárcel o en la calle, los comunistas se encontraron aislados de las masas, privados de todo aliado. En los países de dictadura fascista los comunistas eran los representantes del partido cuyo jefe supremo pactaba con Hitler. En los países amenazados por la agresión hitleriana, los comunistas eran los representantes del partido cuyo jefe supremo pactaba con el enemigo nacional, facilitándole objetivamente la agresión. A medida que los países europeos eran ocupados, los comunistas se encontraban – como dice un historiador de las resistencias europeas – en situación ”extremadamente difícil: cuando no eran perseguidos y encarcelados por sus compatriotas, que les acusaban de traición, lo eran por las autoridades alemanas”(242). Pero lo más grave no eran las persecuciones. Lo mortal era que la IC había arriado la bandera del antifascismo en el momento preciso en que más justificada estaba, en el minuto justo en que las legiones hitlerianas se ponían en marcha para esclavizar a Europa. Renunciar a la plataforma antifascista en esa situación no era sólo arruinar el prestigio y la influencia política conquistadas desde 1934, pese a los errores oportunistas cometidos; era suicidarse como fuerza revolucionaria, por muchos manifiestos contra la ”guerra imperialista” que se lanzasen (manifiestos que, por otra parte, no llamaban en realidad a la lucha revolucionaria, sino a imponer una ”paz” que en aquella situación no podía ser más que una ”paz fascista”). Si a Hitler no se le suben los éxitos a la cabeza, si opta por consolidar la conquista de Europa al amparo de la ”calma en el este” que le garantizaba el gobierno soviético, si aprovecha la buena disposición de Stalin para ampliar el reparto de las ”esferas de influencia”, es difícil imaginarse la supervivencia de los partidos comunistas estalinianos. Pero Hitler invadió la Unión Soviética, y la nueva fase de la guerra, que habría de precipitar la bancarrota final de la IC, hizo posible la resurrección espectacular de los partidos comunistas europeos y la consolidación de sus características estalinianas.

A partir del 22 de junio de 1941, adaptándose de nuevo con matemática precisión a las exigencias de la estrategia y la diplomacia soviéticas, la IC hace un giro de 180°. Ahora la distinción entre democracia burguesa y dictadura fascista, ”olvidada” en los dos años precedentes, se convierte en idealización de la primera. Se esfuma la responsabilidad de los Estados capitalistas ”democráticos” en la génesis de la guerra. Los objetivos imperialistas que esos Estados persiguen en su lucha contra el rival alemán o japonés son cuidadosamente silenciados, no sólo en la propaganda pública de la IC y de los partidos comunistas, sino en la orientación interna que reciben sus militantes. Y como vimos en el primer capítulo, la resolución última de la IC, anunciando su disolución, y la declaración de Stalin que la acompaña, fomentan la ilusión de que la sola derrota de las potencias del Eje bastará para construir un mundo de paz, de colaboración fraternal de las naciones asentada en la igualdad de derechos. Se fomenta la ilusión de que tal mundo ideal pueda ser compatible con la subsistencia de las principales fuerzas del imperialismo mundial. Se idealiza a los aliados capitalistas de la URSS. Si se juzga por los documentos de la IC en este último bienio de su

existencia, la lucha de clases, a escala nacional como internacional, ha dejado de ser el factor básico del proceso mundial. El movimiento de liberación nacional antimperialista parece correr la misma suerte. Se anuncia una era de fraternización universal.

En el artículo más arriba citado, Kopleing ejerce su humor a propósito de la II Internacional: "Según se suceden los acontecimientos y se desarrolla la guerra imperialista – escribe en marzo de 1941 – se intensifica la descomposición de la II Internacional. Su Comité Ejecutivo ha dejado de existir sin que nadie lo note. Se ha "extraviado en el camino"." Tres meses después, la política de la Tercera Internacional no se diferenciaba en nada esencial de la política de la Segunda. Y dos años más tarde quien realmente deja de existir es la Tercera Internacional, mientras que la Segunda reanuda su existencia. Cosa perfectamente lógica, puesto que llegados al umbral de la fraternización universal de clases y Estados, a la Internacional reformista aún le quedaba cierta misión que cumplir, pero a la Internacional de Lenin no le restaba, evidentemente, más que autodisolverse.

Dejemos la ironía. Ni Stalin ni los dirigentes de la IC se habían convertido a la doctrina cristiana. Pero los planteamientos explícitos y los silencios premeditados de la resolución de 1943 y de la declaración de Stalin, que hemos analizado en el primer capítulo, no eran una simple astucia de guerra; eran la expresión condensada de toda una orientación que impregnó la práctica de los partidos comunistas, y condicionó en gran medida la correlación de fuerzas políticas creada en Europa occidental al finalizar la segunda guerra mundial, facilitando la conservación del capitalismo en esta parte del viejo continente, como podremos ver en la segunda parte de este estudio.

La derrota del fascismo tenía que ser el objetivo principal, inmediato, de todo revolucionario consciente, en la segunda guerra mundial. La necesidad de una política de amplias alianzas del proletariado con fuerzas burguesas o pequeño burguesas interesadas en el mismo objetivo – pero interesadas de distinta manera que las fuerzas socialistas – nos sigue pareciendo hoy, vista la cuestión con perspectiva histórica, poco discutible. Pero no había una opción única en la concepción y aplicación de esa política, ni a nivel de las relaciones entre las potencias, ni en el plano general de la IC, ni en el marco de la lucha dentro de cada país. La opción de Stalin, continuación lógica de toda su política anterior, fue subordinar el desarrollo de la revolución – que la derrota de las potencias fascistas y la bancarrota de los otros Estados capitalistas de la Europa continental puso objetivamente al orden del día – a la búsqueda de un reparto duradero de las "zonas de influencia", a escala mundial, con el imperialismo americano. El mundo de paz y de colaboración fraternal entre las naciones al que aludían la IC y Stalin en 1943, no era más que la imagen mistificadora del mundo repartido entre las dos superpotencias.

5. Notas finales

Como vimos en el primer capítulo, la IC fue súbitamente liquidada en la primavera de 1943 por orden de Stalin. Ante los comunistas, el motivo verdadero de la medida – facilitar las negociaciones Stalin-Roosevelt-Churchill, encaminadas no sólo a asegurar la derrota de Alemania sino al reparto del mundo entre los "tres grandes" – fue disimulado en la resolución del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC bajo una argumentación especiosa, según la cual la disolución estaba motivada por las más puras intenciones, respondía a los altos intereses del movimiento obrero, se inspiraba en el ejemplo de Marx, etc. Un cuarto de siglo después, el PCUS sigue dando la misma explicación mistificadora. Y otro tanto sucede en la casi totalidad de los partidos comunistas, como ha puesto de manifiesto la celebración del cincuentenario de la creación de la IC y el veinticinco aniversario de su disolución(1). Sin embargo, en el partido italiano – cuyo régimen interno deja cierta latitud al libre examen del presente y del pasado – ha aparecido una nueva versión, expuesta por Giorgio Améndola, la personalidad más destacada del ala derecha, reformista, del partido. Versión trapacera, también, pero en la que ya se admite el papel desempeñado por la política de "gran alianza" de Stalin. "La disolución de la IC – dice Améndola – no habría tenido lugar si Stalin no hubiera considerado ventajoso tal acto para la política soviética. Pero la coincidencia entre los

intereses de la URSS y los generales del movimiento obrero – que había sido la condición misma de la existencia de la IC – se afirmaba ahora en el momento de la disolución: lo que era un ”impedimento” para la acción estatal de la URSS era también un ”impedimento” para el desarrollo de la iniciativa política de cada uno de los partidos comunistas, los cuales tenían absoluta necesidad de autonomía e independencia para cumplir su función nacional.”(2)

Ahora bien, la IC era un ”impedimento” para la acción estatal de la URSS por la razón muy concreta que sabemos: porque los Aliados consideraban la existencia de la IC un ”impedimento” al arreglo general con la URSS. De donde resulta una extraña coincidencia – si nos atenemos al razonamiento de Améndola – entre los intereses de la URSS, los intereses de los partidos comunistas, y los intereses de los Estados imperialistas miembros de la coalición antihitleriana; ya no coinciden sólo en el objetivo de liquidar a la Alemania fascista – coincidencia explicable desde un punto de vista marxista – sino en el objetivo de liquidar a la Internacional Comunista. Cosa también explicable desde el punto de vista marxista, pero a condición de entender por ”intereses de los partidos comunistas” y por ”intereses de la URSS” algo muy distinto de lo que el lector inadvertido entiende habitualmente.

Después de todo nuestro análisis está claro lo que queremos decir en relación con los ”intereses de la URSS”, pero conviene agregar algo en lo que concierne a los ”intereses de los partidos comunistas”. Este intento amendoliano de conciliar la tesis oficial – que la IC fue disuelta atendiendo exclusivamente a los intereses de los partidos comunistas, del movimiento obrero – y la verdad histórica – que fue liquidada para dar satisfacción a Roosevelt y Churchill, a la ”burguesía mundial”, como decía Foster – hace el servicio del oso a la tesis oficial. Contribuye a poner de manifiesto que la disolución de la IC no tuvo como finalidad dejar en independencia a los partidos comunistas para desarrollar una política *revolucionaria*, o más exactamente, para dar a su política antifascista una perspectiva revolucionaria. En este caso los Aliados imperialistas de la URSS – a menos de tomarlos por imbéciles – hubieran puesto el grito en el cielo, y no hubiese habido acuerdo entre los ”tres grandes” sobre el mundo que debía salir de la guerra. Como ya vimos en el primer capítulo, la resolución del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC, decretando la disolución, formulaba al mismo tiempo una línea política obligatoria para todos los partidos comunistas, cuya esencia era la ”unión nacional” con las burguesías antifascistas – y en 1943, cuando se perfilaba claramente la derrota del fascismo, ¿qué burgués no era, o se disponía a ser, antifascista? La ”independencia” otorgada a los partidos para aplicar esa política quedaba sometida al control permanente del órgano que siempre había sido la dirección efectiva de la IC: el Buró Político del partido soviético. Dimítrov, Thorez, Togliatti, Gottwald, etc., siguieron desempeñando el papel que hasta entonces habían desempeñado: ejecutores de las decisiones del centro soviético. Los partidos que se desviaron de la línea dictada por Stalin a través de la resolución de 1943 – línea que siguió vigente hasta 1947 – tuvieron que enfrentarse con la dirección soviética. Stalin no engañó a los aliados imperialistas con la disolución de la IC y la política asociada a este acto: les daba garantías efectivas contra el peligro de que la guerra tuviera una salida revolucionaria, al menos a escala europea. El que Stalin albergara segundas intenciones respecto a los países que habían de quedar incluidos en el glacis – intenciones demasiado transparentes para los Aliados –, no cambia nada al significado de la disolución de la IC. Por eso pudo crearse la extraña coincidencia implícita en la versión amendoliana. Su esencia es la misma que la de la coincidencia entre los intereses de los partidos socialdemócratas y las burguesías respectivas en la primera guerra mundial. Cada socialdemocracia luchaba por su independencia nacional y su democracia burguesa, frente al militarismo alemán o el imperialismo de la Entente. Las necesidades de la guerra antifascista no justificaban que los partidos comunistas incurriesen, treinta años después, en análoga capitulación: la verdadera razón fue la política nacionalista granrusa de la burocracia estaliniana. Pero este tema lo trataremos ampliamente en la segunda parte de nuestro estudio.

La evolución política de Améndola en los últimos años le ha permitido ver justo: la disolución de la IC expresó, efectivamente, la coincidencia entre los ”intereses de los partidos comunistas”, de su ”función nacional”, entendidos a la manera socialdemócrata, y los ”intereses de la URSS”,

entendiendo por tales los de la burocracia estaliniana. Así entendidos, unos y otros, era perfectamente posible y lógico que coincidieron con los de las potencias imperialistas y coloniales, no sólo para derrotar a la Alemania hitleriana sino para liquidar a la Internacional Comunista. Lo que quiere decir que la IC no fue suprimida por lo que *efectivamente representaba* de "impedimento" para la acción revolucionaria de los partidos comunistas, sino por lo que aún *simbolizaba*, pese a su crisis mortal: la revolución proletaria.

En el curso de nuestro análisis hemos dicho que la IC se estrella contra el "hecho nacional", y hemos mostrado una serie de casos en los que, efectivamente, la política y las estructuras de la IC entraban en contradicción radical con las exigencias de la lucha revolucionaria en el marco nacional de tal o cual país. Pero esa experiencia no prueba que los imperativos nacionales sean incompatibles con toda forma de internacionalismo organizado y concretado en el plano político y teórico. No prueba más que el fracaso histórico de la *forma IC*. Y la causa más honda de este fracaso no es el internacionalismo de la IC sino todo el contrario: que apenas nacida empieza a dejar de ser una organización verdaderamente internacionalista para convertirse en el instrumento de un Estado nacional. Otra de las causas fundamentales reside en las estructuras ultracentralistas de la IC. La contradicción entre estas estructuras y las necesidades de la lucha en el plano nacional era el fenómeno más visible, el más susceptible de ser fácilmente comprendido por los comunistas. Y la astucia del Presidium de la IC, cuando tuvo que justificar de alguna manera la liquidación ordenada por Stalin, fue recurrir a ese factor, aislándolo de todas las otras causas de la disolución que debían ser cuidadosamente ocultadas. Pero además, como la cuestión no era sólo liquidar la IC sino renunciar a toda forma de organización internacional, la argumentación del Presidium transforma la diversidad nacional en barrera infranqueable.

Los liquidadores de la IC comienzan por descubrir el mediterráneo: "La profunda diversidad de los caminos históricos del desarrollo de los diferentes países del mundo, el carácter distinto e incluso contradictorio de sus regímenes sociales, la diferencia de nivel y ritmo de su desarrollo social y político, y finalmente, la diversidad del grado de conciencia y organización, impusieron también tareas diferentes a la clase obrera de los distintos países." Esta constatación banal tiene una relevancia incontestable, como ya dijimos, para poner en evidencia la imposibilidad de dirigir la lucha en cada país por un centro internacional todopoderoso, como era el Comité Ejecutivo de la IC. Pero los liquidadores de la IC la utilizan para justificar la renuncia a todo tipo de organización internacional revolucionaria. Se abstienen de decirlo explícitamente, para no entrar en contradicción flagrante con el marxismo. Pero la conclusión está transparentemente inscrita en todo el documento: a) no estableciendo ninguna otra forma de vinculación internacional entre los partidos comunistas, no haciendo la más mínima indicación sobre la coordinación de la acción entre las fuerzas revolucionarias de distintos países; b) dando, en cambio, la directiva inequívoca, de que cada partido debe limitarse a actuar "dentro del marco de su Estado"; c) no haciendo la menor referencia a los deberes internacionalistas de los partidos comunistas: la idea misma del internacionalismo no es aludida, ni siquiera en términos abstractos. Y esto en una situación de internacionalización objetiva de la lucha revolucionaria sin precedentes en la historia.

Si el mediterráneo de la diversidad nacional descubierto por los liquidadores de la IC excluye tan evidentemente la posibilidad de toda organización internacional revolucionaria, ¿cómo explicarse la actuación de Marx, Engels y Lenin, por no citar otros marxistas eminentes, en este terreno? ¿Eran tan ignorantes que desconocían la diversidad de condiciones nacionales y, en consecuencia, la diversidad de tareas nacionales? Después de haber canonizado a los fundadores del marxismo y al jefe de la revolución rusa, los liquidadores de la IC los ponían en ridículo. Pero de alguna manera había que justificar una medida cuyos verdaderos motivos no podían revelarse. Afortunadamente, el grado de beatitud monolítica a que había llegado el movimiento comunista permitía recurrir a cualquier manipulación ideológica con la mayor impunidad. El Presidium de la IC podía "olvidar" tranquilamente que además de las tareas *diferentes* de la clase obrera de cada país existen las tareas *comunes* a la clase obrera de todos los países. Y que las mismas tareas diferentes nacionales – siempre que se trate de tareas revolucionarias – tienen un contenido *internacional*, derivado del

carácter internacional del capitalismo, y del carácter *aún más internacional* – valga la expresión – del socialismo. El marxismo no reconoce el "socialismo nacional". Y considera que el internacionalismo inherente a la lucha revolucionaria del proletariado no puede quedar en profesiones de fe y resoluciones inoperantes. Tiene que traducirse en acción concreta, lo que exige dos cosas: determinadas estructuras organizacionales, y un continuo debate político y teórico entre las fuerzas revolucionarias de todos los países, a través del cual vayan elaborándose los problemas de la lucha, tanto a escala nacional como internacional.

En su *Crítica del programa de Gotha*, Marx reproduce, para criticarlo, el punto 5° del programa del Partido Obrero Alemán, que dice así: "La clase obrera procura su emancipación, en primer término, *dentro del marco del Estado nacional de hoy*, consciente de que el resultado necesario de sus aspiraciones, comunes a los obreros de todos los países civilizados, será la fraternización internacional de los pueblos." (El subrayado es de Marx.) Y a renglón seguido comenta: "Por oposición al *Manifiesto Comunista* y a todo el socialismo anterior, Lasalle concebía el movimiento obrero desde el punto de vista nacional más estrecho. ¡Y, después de la actividad de la Internacional, aún se siguen sus huellas en este camino!

" Naturalmente, la clase obrera, para poder luchar, tiene que organizarse *como clase* en su propio país, ya que ésta es la palestra inmediata de sus luchas. En este sentido, su lucha de clase es nacional, no por su contenido, sino, como dice el *Manifiesto Comunista*, "por su forma". Pero el "marco del Estado nacional de hoy", por ejemplo, del imperio alemán, se halla, a su vez, económicamente, "dentro del marco" del mercado mundial, y políticamente, "dentro del marco" de un sistema de Estados. Cualquiera comerciante sabe que el comercio alemán es, al mismo tiempo, comercio exterior, y el señor Bismarck debe su grandeza precisamente a una política *internacional sui géneris*.

"¿Y a qué reduce su internacionalismo el Partido Obrero Alemán? A la conciencia de que el resultado de sus aspiraciones "será la *fraternización internacional de los pueblos*", una frase tomada de la Liga burguesa por la Paz y la Libertad, que se quiere hacer pasar como equivalente de la fraternidad de las clases obreras, en su lucha común contra las clases dominantes y sus gobiernos [...].

"La profesión de fe internacionalista del programa queda, en realidad, *infinitamente por debajo* de la del partido librecambista. También éste afirma que el resultado de sus aspiraciones será "la fraternización internacional de los pueblos". Pero, además, *hace* algo por internacionalizar el comercio, y no se contenta, ni mucho menos, con la conciencia de que todos los pueblos comercian dentro de su propio país."

A continuación Marx advierte que la acción internacional de la clase obrera puede revestir diversas "formas históricas". Y concluye: "La *Norddeutsche* de Bismarck tenía sobrada razón cuando, para satisfacción de su dueño, proclamó que, en su nuevo programa, el Partido Obrero Alemán renegaba del internacionalismo."(3) (Como se ve, a Marx no le preocupaba gran cosa coincidir con el juicio de un periódico burgués – portavoz, por añadidura, de Bismarck –, ni reconocerlo explícitamente.)

Cuarenta años después, la conducta de la socialdemocracia alemana y de las otras socialdemocracias en la primera guerra mundial demostraba hasta qué punto la crítica de Marx había estado justificada. Para volver al camino del internacionalismo se crea la IC. Pero el nacionalismo tiene la piel dura. Apenas muerto Lenin, Stalin introduce en la plataforma teórica del partido bolchevique la esencia del punto 5° del programa de Gotha: la realización del socialismo dentro del marco del Estado nacional. Pero con mayor rotundidad. Dentro del marco del Estado nacional no sólo pueden crearse ciertas premisas del socialismo, sino edificarse el socialismo integral. (Los resultados de este socialismo integral, declarado existente desde antes de la segunda guerra mundial, sirven, al menos, para comprobar hasta qué punto Marx vio justo: el socialismo no puede asentarse más que en las fuerzas productivas más avanzadas – mundiales, por naturaleza –, en la economía mundial, en la división mundial del trabajo.) En 1926 el Comité Ejecutivo de la IC hace suya la doctrina del socialismo integral en los marcos del Estado nacional. Y el VI Congreso

revisa a la luz de esta doctrina la teoría marxista de la revolución socialista. Conserva, por el momento, la vieja fraseología, pero cambia radicalmente su contenido. (La II Internacional también conservó la fraseología de la revolución socialista mundial hasta 1914.) La cuestión esencial de la revolución socialista, a la que queda supeditada cualquier otra tarea de la lucha revolucionaria, es la construcción integral del socialismo en la URSS. La revolución en los Estados Unidos, o en la Europa occidental, pasan a ser cuestiones de segundo o tercer orden. El frente decisivo de la revolución socialista no pasa por los centros vitales del capitalismo, donde están concentradas las fuerzas productivas más desarrolladas. Como escribe Boris Ponomarev – el gran especialista en asuntos del comunismo internacional, dentro de la dirección del PCUS – en un artículo reciente, dedicado al cincuentenario de la IC: "La construcción del socialismo en la URSS no era sólo asunto del pueblo soviético sino también el frente decisivo de la lucha revolucionaria común de la clase obrera internacional." De donde derivaba, que la IC: "Consideraba la defensa del primer Estado proletario como su *tarea internacional más importante*."(4) Por esta vez, Ponomarev es fiel a la verdad histórica: tales eran, en efecto, formuladas con absoluta precisión, las tesis medulares de la teoría de la revolución, y de la concepción del internacionalismo, adoptadas por la IC bajo la dirección de Stalin. Una Internacional dirigida por Lasalle no hubiera procedido de distinta manera si el "socialismo" llega a triunfar en los marcos del imperio bismarquiano.

Para los comunistas de la época esas fórmulas se convirtieron en el criterio supremo del internacionalismo. En realidad, recubrían su abandono. No porque la defensa de la URSS no fuera un deber internacionalista primordial de la clase obrera de todos los países, sino porque al darle primacía absoluta, el objetivo número uno de la IC dejaba de ser la lucha revolucionaria por el derrocamiento del capitalismo en sus centros vitales. Y pasaba a ser que el capitalismo no atacara a la Unión Soviética. La idea estratégica principal era preservar al Estado soviético de todo ataque exterior durante el "breve periodo" que necesitaba para la construcción integral del socialismo, conseguido lo cual la relación mundial de fuerzas se inclinaría decisivamente a favor del socialismo. A primera vista puede parecer que no existía contradicción entre considerar la defensa de la URSS como la *tarea más importante* de la IC, y la lucha revolucionaria por el derrocamiento del capitalismo en sus centros vitales. Pero la contradicción existía, tanto en el plano teórico como en el práctico. La existencia del sistema capitalista podía conciliarse con la del "socialismo" en un país atrasado, cuya economía no afectaba a las bases fundamentales de la economía mundial, pero no con la revolución proletaria en sus centros vitales. (La idea teórica que Marx y Lenin se hacían del curso práctico de la revolución mundial, en tanto que toma del poder por la clase obrera, se basaba precisamente en dicha inconciliabilidad.) De ahí que una amenaza revolucionaria real en cualquiera de esos centros implicaba, de manera casi inexorable, la intervención global del imperialismo; el riesgo de un conflicto mundial del que la URSS no podía quedar al margen. En la práctica, tal eventualidad se planteó en relación con la situación alemana de 1923, y ya vimos de qué manera ese riesgo determinó la actitud de Stalin. Se esbozó también ante la perspectiva de un desarrollo revolucionario en la Francia de 1936, ligado a la revolución española. Y ya vimos que la política de la IC, dictada por Stalin, se encaminó a cortar en seco toda posibilidad de tal desarrollo.

La contradicción apuntada no se reflejó solamente, a nivel práctico, en la tendencia a refrenar el proceso revolucionario allí donde se presentó, sino en no plantearse de manera fundamental el problema de la revolución en el país que entre las dos guerras se había convertido en la base principal del sistema capitalista. El desplazamiento del centro del imperialismo y del capitalismo a los Estados Unidos fue registrado en las resoluciones kominternianas, pero no tuvo la menor repercusión en la teoría y la política de la IC. El problema de la revolución socialista americana exigía una profundización crítica del marxismo en todos sus campos fundamentales: la economía política, la estrategia y la táctica revolucionarias, la concepción del partido, etc. Pero para plantearse siquiera esta cuestión era necesario comenzar por comprender que el "frente decisivo" de la revolución mundial pasaba por allí. Existieron, desde luego, otras razones, como la dogmatización del leninismo, en muy primer término, pero la revisión de la teoría de la revolución en función de la

doctrina del "socialismo nacional" ruso, tuvo una influencia determinante. (La dogmatización del leninismo, por otra parte, estuvo estrechamente ligada a la imposición de esta doctrina.)

Desde el momento que la "construcción del socialismo en la URSS" y la "defensa de la URSS" pasaron a ser el "frente decisivo" de la revolución mundial, el internacionalismo de la IC comenzó a parecerse, como el internacionalismo del Partido Obrero Alemán, criticado por Marx, al de la Liga por la Paz y la Libertad. En cuanto apareció una coyuntura internacional apropiada, como la creada después de la toma del poder por Hitler, cuando el peligro de agresión contra la URSS se materializó peligrosamente, el fondo real de la revisión teórica realizada a finales de los años veinte apareció con toda claridad. La lucha revolucionaria en los principales países capitalistas – en la medida que dependía de la acción de la IC – quedó enteramente subordinada a la política exterior soviética. El objetivo esencial de la Internacional fue lograr que los gobiernos de los Estados capitalistas "democráticos", "amantes de la paz", se aliaran con el Estado soviético. Y como entre esos Estados figuraban las principales potencias coloniales y el gran amo de la América latina, la política de la IC en las colonias y países dependientes se orientó en el mismo sentido. Durante esta etapa aún quedaban restos de la fraseología de la revolución mundial y del internacionalismo revolucionario, pero cerrado el paréntesis del pacto germanosoviético – con su grotesca resurrección de los viejos esquemas, vacíos ya de toda sustancia –, en las condiciones de la "gran alianza", la fraseología revolucionaria, y la misma IC, se convirtieron en engorroso "impedimento". La IC hizo lo mismo que la II Internacional treinta años atrás, pero con más "radicalidad": la II Internacional se limitó a quedar durmiente, no se autodisolvió formalmente. Lo mismo que el *Norddeutsche* bismarquiano, los portavoces periodísticos de Roosevelt y Churchill proclamaron con satisfacción que los partidos comunistas renegaban del internacionalismo "trotsquista". Inteligentes que eran, sabían que poniéndole este adjetivo tocaban la cuerda sensible del solitario del Kremlin. Desde 1943 el artículo 5º del programa de Gotha se convirtió en el artículo 1º del programa de los partidos comunistas.

El abandono del internacionalismo, iniciado al socaire de la doctrina del "socialismo en un solo país", no significaba privilegiar *la* nación. Significaba privilegiar *una sola* nación: la soviética. O para hablar con más propiedad: la nación rusa. Si el sistema ultracentralista del "partido mundial" era, de por sí, incompatible con las exigencias de la lucha en el marco nacional, la entrada en vigor de la nueva concepción lo hacía doblemente incompatible. Todo el egoísmo nacional granruso destilado por la política estaliniana, pudo – al amparo de la justificación ideológica que le daba la nueva doctrina – impregnar hasta el tuétano al mecanismo de la Komintern. El criterio supremo para juzgar de la política y las acciones de los partidos comunistas, de sus dirigentes y militantes, pasó a ser la "actitud hacia la URSS". La admiración y la adhesión sin límites de los comunistas hacia el "país del socialismo", su disposición a sacrificar la vida por él, llegada la hora, fueron fríamente manipulados al servicio de una política que volvía la espalda al internacionalismo revolucionario y al octubre soviético. (Lo uno implicaba lo otro.) Si la IC hubiera sido realmente la expresión auténtica del proletariado internacional revolucionario, si hubiera estado *en las manos* de este proletariado, tal vez habría podido encontrar la vía de su autorreforma, de la transformación de sus estructuras y métodos en otros que respondieran adecuadamente a la dialéctica de lo nacional-internacional, objetivamente inscrita en la lucha revolucionaria por el socialismo. O se hubiera disuelto, a la luz pública, sobre la base de un examen crítico de su experiencia, para dejar paso a otra forma histórica del internacionalismo. Pero la IC no estaba en manos del proletariado revolucionario, ni del de la Unión Soviética, ni del de los otros países. La IC se estrelló contra el "hecho nacional" no por exceso de internacionalismo sino por defecto. Porque se convirtió en el instrumento sumiso de un Estado nacional que, a su vez, había abandonado el camino del internacionalismo.

Stalin manipuló a la IC para servir los "intereses de la URSS", tal como él los entendía, y al mismo tiempo menospreciaba el papel de la Internacional. En la obra cumbre de Stalin, la famosa *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS*, publicada en 1938, no se hace referencia a la IC más que cinco veces: 1) con motivo de la fundación de la IC; 2) con motivo de una cita de Lenin

referente al discurso de éste en el IV Congreso de la IC; 3) con motivo del refrendo que da el V Congreso de la IC a la condena de la oposición trotsquista; 4) en el juramento de Stalin sobre la tumba de Lenin; 5) con motivo de la condena de la oposición trotsquista-zinovietista por el Comité Ejecutivo de la IC en diciembre de 1926. A partir de 1926 no hay una sola referencia a la IC. Y las cinco mencionadas apenas ocupan, en total, una página, de las 472 que tiene la edición española de 1947 utilizada para nuestro recuento(5). La IC tuvo como misión principal la defensa de la URSS, pero a juzgar por la "Historia" de Stalin su papel en este aspecto fue tan insignificante que no vale la pena mencionarlo. Desciende a reconocer un cierto mérito a la IC únicamente en la lucha contra el trotsquismo.

El papel desempeñado por la IC en la defensa de la URSS no fue tan insignificante como da a entender el manual estaliniano, pero tampoco fue tan relevante como decía la propaganda de la IC, y como sigue presentándose en las versiones apologéticas de su historia. Paradójicamente, la estrategia que definió la defensa de la URSS como el "frente decisivo" de la IC, y supeditó a ese objetivo la lucha revolucionaria en el mundo capitalista, se volvió sistemáticamente contra los intereses de esa defensa. La política china de la IC, basada en la alianza del Estado soviético con la burguesía nacional del Kuomintang, llevó a la derrota de 1927, que debilitó la posición de la URSS frente a la expansión del imperialismo japonés; la política alemana de la IC, dominada por el "espíritu de Rapallo", que hizo de la socialdemocracia el enemigo principal, atendiendo – entre otras motivaciones importantes – a que en la socialdemocracia alemana dominaba el "espíritu de Locarno", llevó a la derrota catastrófica de 1933, que dejó libre el camino al hitlerismo, y creó un peligro mortal para la seguridad soviética; la política de los frentes populares, desembocó en Munich. La verdadera defensa de la URSS pasaba por la impulsión de la lucha revolucionaria en el "frente decisivo" real, que estaba en los centros vitales del capitalismo, y no por su refrenamiento. Pero no estamos ante un error estratégico. La impulsión de la lucha revolucionaria en los centros vitales del capitalismo era la verdadera defensa de la *revolución soviética*, de la URSS revolucionaria, no del tipo de Estado que Stalin encarnaba. La burocracia estaliniana veía, y sigue viendo, la revolución en Europa occidental o en los Estados Unidos como un peligro para su propio poder. Visión realista, porque ese es el género de revolución que más poderosamente puede contribuir al despertar revolucionario del proletariado soviético.

A partir del momento en que Stalin proclama la posibilidad de construir la sociedad socialista integral en los marcos del Estado soviético, aparece también la posibilidad teórica de un compromiso duradero entre la URSS y las principales potencias capitalistas. La industrialización de la URSS – que era el contenido económico efectivo de ese "socialismo integral" – no era objetivamente incompatible con la economía mundial capitalista. El acento de sorpresa e incredulidad con que Lenin y sus camaradas acogen la situación de "coexistencia pacífica", que se crea inmediatamente de ser derrotada la contrarrevolución interior y la moderada intervención de la Entente, con que acogen la pronta disposición de las potencias capitalistas a comerciar con la Unión Soviética, tiene su explicación lógica: tal situación no había sido prevista teóricamente. Más aún: iba en contra de todas las previsiones teóricas. Una vez tomado el poder, los bolcheviques enfocaron la situación internacional de la revolución rusa a la luz del esquema teórico marxista de la revolución mundial, común en este aspecto a Marx y Lenin. Según este esquema, dada la articulación de la economía mundial, dado el sistema de relaciones interestatales existentes, en caso de victoria de la revolución proletaria (de toma del poder por la clase obrera) en alguno de los principales países capitalistas, los otros no podían conciliarse con la ruptura del sistema en uno de sus centros vitales: inevitablemente se entablaría una lucha a muerte. Y esa previsión tenía, sin duda, sólidos fundamentos. Basta con imaginarse el caso de que la revolución proletaria hubiese vencido en Alemania. ¿Se hubieran limitado Francia, Inglaterra y los Estados Unidos a una intervención análoga, por sus proporciones, a la efectuada contra la joven república soviética? Pero la Rusia zarista, como es bien sabido, no desempeñaba en el mecanismo de la economía mundial un papel comparable, ni de lejos, al de los principales países capitalistas. El mecanismo podía seguir

funcionando perfectamente sin esa "pieza". Si además se presentaba la posibilidad de comerciar con el inédito trust estatal que entraba en escena, miel sobre hojuelas.

La incompatibilidad era, ante todo, de carácter político. Lo que las potencias capitalistas no podían admitir era que la Rusia soviética fuese una fuerza fomentadora de la revolución socialista mundial. Y la incredulidad de Lenin y sus camaradas respecto a la posibilidad de una coexistencia duradera con el mundo capitalista, no derivaba sólo de las razones que acabamos de exponer; se basaba, también, en que para ellos la Rusia soviética era, ante todo, una fuerza impulsora de la revolución a escala mundial. Una fuerza al servicio de la Internacional Comunista, subordinada a los intereses y necesidades de la lucha revolucionaria mundial. En los primeros años, el ejército rojo juraba fidelidad a la Internacional Comunista. Prácticamente – como vimos en los capítulos anteriores –, la IC quedó subordinada, desde el primer día, a la dirección rusa, y pese a todo el internacionalismo insobornable de Lenin, Trotski y demás dirigentes bolcheviques, surgió un cierto divorcio entre la teoría y el comportamiento real. La doctrina del "socialismo en un solo país" sirvió de justificación ideológica a ese comportamiento y lo llevó hasta sus últimas consecuencias. Dio un fundamento "teórico" a la subordinación incondicional de la IC a los "intereses de la URSS". Y no sólo a la subordinación incondicional, sino a la posibilidad de prescindir de la IC y de cualquier otra forma organizada del internacionalismo revolucionario. Desde el momento, en efecto, que el socialismo podía edificarse integralmente en la URSS, aunque la revolución no triunfara en los centros neurálgicos del capitalismo, los "intereses de la URSS" no exigían obligatoriamente la existencia de la IC o de otro tipo de Internacional. Incluso desde el punto de vista del peligro de una intervención militar llegaría el momento – como argumentaba Trotski – en que la potencia militar de ese "socialismo integral" lo preservaría definitivamente de tal peligro.

La burguesía internacional comprendió perfectamente los horizontes que le abría la concepción estaliniana, a condición, claro está, de que no fuese un ardid revolucionario, de que la URSS se concentrara, de verdad, en la construcción de su socialismo, y abandonara la teoría y la práctica de la revolución mundial. Para los gobiernos capitalistas la piedra de toque de esa sinceridad era la actitud de la dirección soviética hacia la IC. Mientras ésta tuviera su centro en Moscú, y fuese dirigida por los mismos hombres que estaban al frente del Estado soviético, ¿podía tomarse como oro de ley la doctrina estaliniana? El lenguaje de la burguesía mundial lo tradujo perfectamente Bujarin, a fines de 1927, poniéndolo en boca de Chamberlain: "No tenemos ningún inconveniente en comerciar con ustedes, pero tengan la amabilidad de acabar con la IC." En 1943 la URSS estaba demostrando ser una gran potencia militar y económica, una potencia mundial, en suma, y el trato tenía que ser más equitativo. El lenguaje de la burguesía mundial tomó en consideración el cambio. Su propuesta fue: "Acaben de una vez con la IC y arreglemos el mundo conciliando nuestros intereses."

El abandono progresivo del internacionalismo y la asfixia de la función nacional-internacional revolucionaria de los partidos comunistas, en aras del "socialismo nacional" ruso, se realiza bajo Stalin a través del complejo y contradictorio proceso que hemos intentado poner de manifiesto en los precedentes capítulos, pero fueron facilitados, y en cierto modo preparados, por dos factores. En primer lugar, por la subordinación de hecho en que la IC se encontró respecto a la revolución rusa desde el primer día. Subordinación a todos los niveles: teórico, político y organizacional, o si se quiere, técnico. En segundo lugar, por la concepción que Lenin tenía, y que se impuso, de lo que debía ser la nueva Internacional, sus estructuras y métodos. Inspirada en las más puras intenciones internacionalistas y revolucionarias, esa concepción llevaba en sí las tendencias que Rosa Luxemburgo vio perfilarse, desde 1904, en el tipo de partido preconizado por Lenin: tendencias al autoritarismo, a la dictadura del jefe, a la uniformización burocrática, al imperio del dogma: en suma, al monolitismo. Entrelazado este segundo factor con el primero, bastaba que la dirección rusa de la IC tomara la orientación que tomó para que esas tendencias pudieran desarrollarse plenamente; para que la IC se transformara en el instrumento idóneo de la mistificación ideológica que requería la política estaliniana: encubrir el nacionalismo ruso bajo el internacionalismo proletario; el abandono de la causa revolucionaria bajo el verbalismo revolucionario, o bajo el lema

de la defensa de la URSS; la liquidación de toda democracia interna bajo el dogma del centralismo-democrático; la fosilización del marxismo bajo la divisa de la fidelidad a Lenin y Marx.

Compartiendo las posiciones de principio de Marx en materia de internacionalismo, Lenin difiere radicalmente de aquél en la concepción de lo que debe ser la Internacional.

En su polémica con los bakuninistas, Marx se pronuncia tajantemente contra todo tipo de organización jerarquizada, sometida a un régimen interno autoritario y dictatorial, a una doctrina oficial y ortodoxa. Plantea que "estando las fracciones de la clase obrera en los diferentes países colocadas en diversidad de condiciones de desarrollo es natural que sus opiniones teóricas, reflejo del movimiento real, sean también divergentes". Ve la Internacional como una organización en la que las ideas deben circular libremente, a través de un debate público y sin cortapisas. Cada sección de la Internacional debe formular con toda libertad su programa teórico, y solamente sobre la base del contraste y la discusión de estas diversas plataformas teóricas puede irse estableciendo un programa teórico común, que se modifique en consonancia con el movimiento real. Marx, en resumen, concibe una forma organizada de internacionalismo, que sin pretender dirigir directamente la lucha revolucionaria en cada país puede contribuir a orientarla, proyectando sobre ella la experiencia de las diversas fracciones del proletariado internacional, elaborada a través de un debate permanente y absolutamente libre. Una organización que pueda también, cada vez que las circunstancias lo exijan, contribuir a la coordinación de la lucha revolucionaria a escala supranacional.

Ya hemos examinado en otros capítulos cual es la concepción de Lenin. Está determinada fundamentalmente por el tipo de partido que él ha creado, cuya eficacia se ha revelado en el escenario de la revolución rusa, y por su esquema teórico del momento en que se encuentra la revolución mundial, del curso inmediato que ha de tener. El momento, considera Lenin, es de maduración óptima de la revolución mundial y su curso ha de ser una especie de reproducción, a escala internacional, del curso seguido por la revolución rusa. Constitución de soviets, insurrecciones armadas, guerra revolucionaria de los países donde la clase obrera tome el poder contra los Estados en los que subsista el poder del capital. Y hay que reconocer que si la revolución proletaria triunfa en Alemania el curso de la historia en los años que siguieron al diez y siete podría haberse asemejado en cierta medida a ese modelo. La IC fue concebida, aún más si cabe que el partido bolchevique, como una organización semimilitar, llamada a dirigir la guerra revolucionaria internacional.

Pero el movimiento real no respondió a esa previsión teórica. Desde ese momento se planteaba objetivamente ante las fuerzas marxistas revolucionarias, como condición *sine qua non* de todo avance ulterior, el examen crítico en profundidad de las razones por las cuales el esquema teórico leniniano había sido desmentido por la marcha real de los acontecimientos. Se hacía necesario revisar el análisis del imperialismo y del capitalismo, de las raíces del reformismo en el proletariado, de la estrategia y la táctica, de la concepción del partido en el marco nacional, y de la Internacional. Pero la frustración de la revolución en el país del capitalismo avanzado fue considerada como un descalabro pasajero, y la victoria de la revolución en el país atrasado, semicapitalista-semifeudal como la prueba inapelable de que la teoría marxista de la revolución había llegado, en su versión leniniana, a la cumbre de la perfección científica. Entre los muy pocos teóricos marxistas occidentales que se situaron en el campo de la revolución, sólo Rosa Luxemburgo, y alguno que otro más, pusieron en duda esa "prueba". "El peligro comienza – escribió proféticamente Rosa Luxemburgo – en el punto en que, haciendo de necesidad virtud, [los bolcheviques] cristalizan en teoría acabada la táctica a la que se han visto obligados por condiciones fatales, y quieren recomendar su imitación al proletariado internacional como modelo de táctica socialista."(6) (En el lenguaje marxista de la época el concepto de "táctica" englobaba también lo que luego se entendería por "estrategia" y, en general, todos los problemas de la acción política, incluyendo asimismo, en este texto de la revolucionaria alemana, la política del partido en el poder.)

La verdad de la revolución rusa se convirtió en verdad de la revolución en todas las latitudes, sin más que algunos ajustes tácticos (en el sentido estrecho del concepto) según las "condiciones nacionales". Poseída de esta verdad universal, la IC se enfrentó con "intransigencia bolchevique" a todas las otras tendencias y fracciones del movimiento obrero. No sólo les cerró sus puertas: hizo imposible la colaboración y discusión con ellas. Al mismo tiempo que se desvanecía el espejismo de la guerra civil internacional, y se iniciaba la coexistencia pacífica entre la revolución rusa y el mundo capitalista, se instalaba un clima de guerra civil en el seno del movimiento obrero. En lugar de contribuir a un intercambio fecundo entre la experiencia y el pensamiento revolucionarios rusos, por un lado, y las grandes corrientes del movimiento obrero occidental, por otro, la IC se convirtió en barrera. El corte fue particularmente nefasto a nivel teórico. La investigación en profundidad del capitalismo, de sus nuevos fenómenos, queda en manos de los teóricos socialdemócratas, o de los economistas, sociólogos e historiadores "burgueses". Para los dirigentes de la IC el capitalismo no es problema, más que en el plano de la coyuntura. Sus leyes, sus estructuras, su dinámica, han sido suficientemente esclarecidas por la "ciencia proletaria" – la "ciencia verdadera", como decía Bujarin –; se da por demostrado que el capitalismo es incapaz de contener cualquier nuevo desarrollo importante de las fuerzas productivas. (Tal es el punto de partida de todas las elaboraciones estratégicas y tácticas de la IC.)

Los partidos comunistas no se forman a partir de la originalidad del movimiento obrero y revolucionario de cada país, sobre la base de una reelaboración teórica y política autónoma, a la luz de las experiencias de la revolución rusa y de la frustración de la revolución en Occidente; no se forman en el curso de un proceso ideológico y político análogo por su esencia al del partido bolchevique. Son el producto de la transplatación del modelo bolchevique a medios sociales y políticos totalmente diferentes al ruso. Representan un corte con las tradiciones y experiencias revolucionarias de cada país, mientras que el partido bolchevique representaba una asimilación fecunda de las tradiciones revolucionarias rusas. Su teoría y su práctica no responden ni a las condiciones nacionales ni a las condiciones internacionales. De ahí la debilidad que manifiestan desde el primer momento, su impotencia para cumplir la gran tarea que se proponen: ganar a la mayoría del proletariado para la lucha revolucionaria. Si logran, pese a todo, mantenerse, y en algunos casos – muy pocos – englobar efectivos relativamente importantes, es porque representan una voluntad revolucionaria que atrae a núcleos radicalizados del proletariado; porque capitalizan el prestigio de la revolución de Octubre, y porque cuentan con el respaldo financiero del Estado soviético.

La implantación del modelo bolchevique de partido no se opera sin encontrar resistencia en el seno mismo de los núcleos revolucionarios que al integrarse en la IC han aceptado en principio ese modelo. En casi todas las secciones nacionales de la Internacional se manifiestan desde el primer momento corrientes que pugnan por lograr cierta autonomía – lo mismo en el plano de la teoría que de la acción política y el funcionamiento interno – frente al centro de Moscú. Todavía en vida de Lenin, esta lucha interna da lugar a las primeras crisis y desgarraduras. El caso de Paul Lévi y de su fracción espartaquista ofrece un ejemplo típico. A partir de 1923, esas corrientes encuentran su aliado natural en la oposición a Stalin dentro del partido bolchevique, que levanta bandera contra el burocratismo, exige el respeto de las "normas leninistas" dentro del partido, libertad de discusión, etc. De ahí que después de la muerte de Lenin, la lucha de Stalin y sus asociados contra el trotskismo, en el partido soviético y en la IC, se desarrolle íntimamente ligada a la llamada "bolchevización" de los partidos comunistas, cuyo contenido esencial es el aplastamiento de las tendencias autonomistas en las secciones nacionales de la Internacional. Son dos aspectos de un mismo proceso: la transformación del partido bolchevique y de la IC en instrumentos incondicionales, burocráticos, del colosal Leviatán "socialista" que se levanta sobre las ruinas de la democracia proletaria nacida el año diez y siete.

La IC se había creado en 1919 cerrando el acceso a su seno a todas las fracciones y corrientes del movimiento obrero que no aceptaban el dogma del leninismo avant la lettre. Diez años después, había excluido de su seno a la casi totalidad de los núcleos dirigentes iniciales de los partidos

comunistas. Los nuevos responsables se caracterizaban por su sumisión a los dogmas estalinianos, presentados como la última palabra del leninismo, análogamente a como antes se había proclamado que el leninismo era la última palabra del marxismo. En cuanto a la masa de militantes, de casi 900 000 miembros con que contaba en 1921, le quedaban en 1929 alrededor de 400 000. Pero lo peor no era el descenso cuantitativo sino cualitativo: la pérdida de ascendencia sobre las masas, la disminución de capacidad para influir en el proceso político, la atrofia teórica. Tal fue el resultado de la "bolchevización". De ahí la impotencia de la IC para aprovechar la situación creada por la crisis económica mundial e impedir el auge del fascismo.

Con el viraje táctico de 1934-1935, determinado por el cambio de rumbo de la política exterior soviética y las exigencias imperiosas de la lucha antifascista, se inicia un aparente renacimiento de la IC. En realidad, como dijimos, era su canto de cisne. Para resucitar después de la destrucción de su principal base en el mundo capitalista, el partido alemán, hubiese sido necesaria una revisión implacable de sus fundamentos teóricos y políticos, de sus estructuras y métodos. La IC era congenitalmente incapaz de tal revisión por las razones expuestas.

Las condiciones objetivas creadas en una serie de países eran, sin embargo, sumamente favorables. Bajo los efectos de la gran crisis económica, las masas se radicalizaron. El contraste entre los primeros éxitos de la industrialización soviética y la crisis de la economía capitalista, renovaba el prestigio de la revolución de Octubre. La amenaza fascista y el peligro de guerra estimulaba también la activización política de las masas trabajadoras, así como de núcleos intelectuales y de otros grupos sociales.

La táctica de frente popular permitió capitalizar, en parte, esas condiciones favorables, e hizo que algunos partidos comunistas se convirtiesen, por primera vez en su historia, en factores políticos importantes de la vida nacional. Pero la política frentepopulista no significaba que los partidos comunistas pusieran rumbo a transformarse en partidos enraizados en las realidades nacionales *sobre bases revolucionarias marxistas, y por tanto internacionalistas*; en partidos capaces de elaboración teórica marxista y de acción política *revolucionaria* autónomas. La liquidación del sectarismo y del revolucionarismo verbal, el establecimiento de lazos más amplios con las masas, eran pasos necesarios, pero no suficientes, para ponerse en la vía de semejante transformación. Esos pasos no determinaban el significado del camino emprendido, sino al revés. Y el camino que comenzaban a recorrer los partidos comunistas, sin tener conciencia de ello, creyendo descubrir una vía original hacia la revolución, era aquel mismo del que con gran estrépito se habían apartado quince años atrás: el muy trillado camino del reformismo. (No puede descartarse que en las alturas de la IC, y, desde luego, en la camarilla de Stalin, hubiera gentes plenamente conscientes del rumbo que se tomaba – aunque hasta hoy no existen, a nuestro conocimiento, pruebas documentales; pero el conjunto de los comunistas – y a nuestro parecer, hombres como Dimítrov, Togliatti, Thorez, etc., sin hablar ya de los "revolucionarios prácticos", del tipo de José Díaz – creían sinceramente en el carácter revolucionario de la nueva línea. Todo el proceso de "monolitización" ideológica que hemos descrito, de formación de los comunistas en el espíritu de la sumisión incondicional a las directivas de Moscú, de aceptación de los dogmas estalinianos, etc., no excluía – sino todo lo contrario – el revolucionarismo *subjetivo* de los militantes de la Internacional Comunista. Sólo así puede explicarse racionalmente su historia.)

El nuevo reformismo que entraba en escena se diferenciaba del tradicional en aspectos significativos. En primer lugar, no era secretado únicamente por la situación objetiva del proletariado en el proceso de la producción capitalista, aunque este factor intervenía indudablemente – e iría interviniendo cada vez más. Era producto también – y en aquella fase de arranque, era producto, *sobre todo* – de la subordinación de la IC a la política exterior soviética, de la misión fundamental que, dentro de esa subordinación, tenía asignada la IC: la defensa de la URSS. Las exigencias de esta defensa en aquel periodo (tal como las veía la dirección estaliniana, se entiende), se conjugaban con las necesidades de la lucha contra el fascismo, pero a condición de que esta lucha no fuera vista como un peligro interior por los gobiernos capitalistas aliados de la URSS contra la Alemania hitleriana, o susceptibles de serlo. En una palabra, a condición de que la

lucha contra el fascismo se situara en el plano de la colaboración de clases. No sólo con la burguesía antifascista, partidaria del sistema democrático-parlamentario, sino también con la burguesía simplemente rival de la Alemania hitleriana, en razón de sus intereses coloniales, de la lucha por los mercados, etc. Esto explica que no sólo Trotski y su grupo, sino la izquierda de la socialdemocracia, que no estaba subordinada a la política exterior soviética, apareciera a la izquierda de los partidos comunistas en la concepción de la lucha antifascista, como sucedió concretamente en España y Francia. El nuevo reformismo coincidía más fácilmente con el centro o la derecha socialdemócratas, y con la burguesía liberal, que con las masas y los líderes radicalizados de la socialdemocracia, o del anarcosindicalismo.

En segundo lugar, el nuevo reformismo estaba condicionado por la tesis teórica, adoptada por la IC desde su fundación y no modificada, de que el capitalismo estaba "en las últimas". Hasta la victoria del fascismo en Alemania esa tesis significaba, ante todo, que el capitalismo había agotado sus posibilidades históricas en cuanto a sistema económico-social capaz de desarrollar las fuerzas productivas. A partir del auge fascista, la tesis se "enriqueció" con el postulado de que el capitalismo era incompatible ya con las estructuras políticas democrático-burguesas. De esos dos postulados se deducía que la lucha de las masas por sus reivindicaciones económicas cotidianas, unida a la lucha en defensa de la democracia burguesa, amenazada por el fascismo, conducirían inevitablemente a la crisis final del sistema. El viejo reformismo tipo bernsteiniano partía de que la lucha obrera por las reivindicaciones económicas y políticas parciales, la defensa de la democracia burguesa y su utilización, llevarían a una transformación gradual del capitalismo en socialismo; el nuevo reformismo partía de que ese tipo de acción llevaría el capitalismo al atolladero final. Esta teoría servía, objetivamente, de magnífica coartada a la conciencia revolucionaria de los comunistas. Justificaba plenamente su moderación táctica, frente a los "izquierdistas" de todo pelaje que se empeñaban en poner sobre el tapete la cuestión del socialismo, que preconizaban nacionalizaciones prematuras y otras consignas susceptibles de asustar a las capas medias, los campesinos y los trabajadores atrasados. Lo eficaz era una plataforma táctica ajustada al mínimo común denominador de todos los grupos sociales predispuestos a marchar contra el fascismo. La salida revolucionaria vendría por la dialéctica misma del proceso. La concepción teórica del nuevo reformismo, como se ve, podía ajustarse perfectamente a las exigencias de la nueva política exterior soviética... Siempre que no apareciera, en la práctica, una situación revolucionaria, como sucedió en España, o prerrevolucionaria, como en el 36 francés. Entonces había que esforzarse por que la prevista dialéctica del proceso reulara hacia atrás. Lo que siempre podía justificarse, en último extremo, por la "relación de fuerzas". ¿Cómo podía un comunista poner en duda que la "relación de fuerzas" era desfavorable si así lo afirmaba el máximo depositario de la ciencia marxista, el órgano dirigente de la IC, asesorado, bien entendido, por el nuevo Lenin? (Pocos conceptos se prestan más a la manipulación especulativa, en el campo de la acción política, que éste de la "relación de fuerzas". Si en octubre de 1917 llega a predominar en la dirección del partido bolchevique la opinión de Kámenev y Zinoviev – cosa que pudo ocurrir – y se renuncia a la insurrección, lo que hubiera significado la consolidación de la revolución burguesa y la probable transformación de Rusia en una gran potencia capitalista industrial, ¿quién habría podido demostrar después que la "relación de fuerzas" era favorable en octubre de 1917 para la toma del poder por los bolcheviques?)

En tercer lugar, el nuevo reformismo se diferenciaba del anterior en cuanto al modelo de la sociedad socialista a crear. El modelo soviético quedaba plenamente en vigor, intocable. Lo que quería decir que todos los aliados imaginables del partido comunista, todos los que le ayudasen a llevar el capitalismo hasta el atolladero final, mediante la lucha común por reivindicaciones "elementales" como el aumento de los salarios y las libertades democráticas, cavaban su propia tumba en tanto que partidos, grupos o corrientes políticas distintas del partido comunista. Si por un lado se hacía todo lo posible por no asustarlos, por otro se les prometía el mismo destino que en Rusia habían tenido los mencheviques, socialrevolucionarios, liberales, trotskistas, anarquistas, poetas puros, pintores abstractos, historiadores "objetivos", etc. Y los procesos de Moscú, coincidiendo con la

flexible y moderada política del frente popular, no eran como para tranquilizar a los nuevos "compañeros de viaje".

Sin embargo, la alarma y desconfianza que esos hechos provocaban eran contrarrestados en medida considerable por la gigantesca campaña propagandística orquestada desde Moscú, que ponía en circulación la buena nueva de la coronación de la edificación socialista en la URSS. En noviembre de 1936, en efecto, el VII Congreso de los Soviets aprueba una nueva Constitución – la Constitución estaliniana, como se la llamará – que ofrece una imagen idílica de la sociedad soviética, modelo sin precedentes de democracia, libertad, humanismo, etc. Dicho con palabras de Stalin la nueva Constitución "consagra el hecho, de alcance histórico universal, de que la URSS ha entrado en una nueva etapa de desarrollo, en la etapa del coronamiento de la edificación de la sociedad socialista y de transición gradual hacia la sociedad comunista"⁷. En el momento en que un terror masivo se abate sobre la sociedad soviética, Stalin la presenta al mundo como el reino de la libertad: allí existe "la libertad de palabra, de prensa, de reunión [...]; la inviolabilidad personal, la inviolabilidad del domicilio y del secreto de la correspondencia", la "democratización completa del sistema electoral", basado en el sufragio universal. Y todas estas libertades son verdaderas, auténticas, no están falseadas, como en la podrida democracia burguesa, por la explotación del hombre por el hombre; tienen como sólido fundamento "la propiedad socialista sobre los medios de producción". Entre este espejo de la perfecta democracia proletaria y la liquidación física de las personalidades más representativas de la vieja guardia revolucionaria no existía contradicción alguna, y sólo los antisoviéticos empedernidos podían verla. Se trataba de gentes que habían degenerado moral y políticamente, mientras que el pueblo en masa, bajo la sabia dirección de Stalin, avanzaba, triunfalmente hacia el comunismo. Eran – según las científicas caracterizaciones estalinianas – "monstruos", "lacayos de los fascistas", "agentes de los servicios de espionaje de la burguesía extranjera", despreciables "enemigos del pueblo", en una palabra. La historia "demuestra" que todas las grandes revoluciones tuvieron sus traidores, sus renegados, trasmutados desde ese momento en "insignificantes mosquitos contrarrevolucionarios" frente a la grandeza de la revolución, en marcha⁸. ¿Qué de extraño había en que la gran revolución soviética, la más grande de todas las revoluciones habidas y por haber, contara con una nutrida colección de "insignificantes mosquitos contrarrevolucionarios"? De los millones de "mosquitos contrarrevolucionarios", aún más insignificantes, que eran enviados a los campos de exterminio o exterminados sin necesidad de campos, no valía la pena, verdaderamente, ni hablar. Y, sobre todo, no se podía hablar, porque en este aspecto era difícil encontrar precedentes históricos "demostrativos". Comparativamente al terror estaliniano, el de la gran revolución francesa resultaba una bagatela. Y además de esta falta de precedentes históricos, el exterminio de millones de mosquitos insignificantísimos era mucho más difícil de compaginar con la luminosa Constitución estaliniana, modelo de libertad y humanismo.; En consecuencia, esta faceta de la victoriosa edificación del socialismo fue guardada en secreto bajo siete candados, el más sólido de los cuales, dentro de la URSS, era el terror mismo, y el que le seguía en eficacia, la incomunicación total del mundo soviético con el exterior y viceversa. (La organización de las "delegaciones" obreras o intelectuales a la URSS formaba parte del mecanismo de esta incomunicación: era su hoja de parra.)

Pese a todas las precauciones el secreto fue roto al exterior de las fronteras soviéticas, pero los comunistas y amplios sectores del movimiento obrero no podían – en el sentido más literal del término – creer a los denunciadores. La misma dimensión monstruosa del hecho lo hacía inverosímil para cualquier obrero que tuviese un mínimo de confianza en el Partido Comunista soviético y en sus dirigentes. Sólo calumniadores profesionales, agentes de la burguesía y del fascismo, podían atribuirles tales crímenes y semejante duplicidad. Y los comunistas no tenían un mínimo de confianza, sino fe ilimitada, religiosa, en los dirigentes soviéticos. Tal era la esencia de la formación "marxista" que habían recibido en las filas de la IC. Unos, los restos de las primeras generaciones de militantes comunistas, eran el producto de la "bolchevización": su universo mental, sus hábitos, sus esquemas ideológicos, les permitían encontrar justificaciones a todo lo que procedía de Moscú, y argumentos para "esclarecerlo" a los neófitos de la nueva iglesia. Estos últimos

constituían en la segunda mitad de los años treinta el grueso de los efectivos de la IC en los países capitalistas. Formaban la generación del antifascismo y de los planes quinquenales. Habían llegado a la lucha revolucionaria bajo el signo del odio al fascismo y del entusiasmo sin límites por el mundo inédito que emergía sobre las ruinas de la vieja Rusia, ese mundo que la revista URSS en construcción presentaba como el paraíso terrenal. Entre las principales características de esos nuevos comunistas – aparte su combatividad antifascista – figuraban la carencia absoluta de espíritu crítico hacia todo lo que llevase la marca soviética, y el "practicismo", como se decía en la jerga del partido. En la escasa medida que les preocupaba la teoría, puesto que todos los problemas importantes venían resueltos de "arriba", su principal alimento teórico eran las obras de Stalin. De esta generación saldrá el plantel de cuadros medios y algunos de los principales dirigentes de los partidos comunistas en la etapa siguiente: la etapa de la Resistencia, la Liberación, los gobiernos de "unión nacional", la guerra fría, la nueva fase del terror estaliniano... Es un dato a retener porque facilita la comprensión del comportamiento de los partidos comunistas después de la disolución de la IC.

En su inmensa mayoría, los comunistas del mundo capitalista estaban, pues, adecuadamente moldeados para creer a pies juntillas, tanto la versión idílica de la sociedad soviética, expresaba en la nueva Constitución, como la versión oficial de los procesos de Moscú. Y a su vez estas versiones contribuyeron no poco a completar su educación "marxista". ¿Y los comunistas no soviéticos, pertenecientes a la dirección y el aparato de la Internacional, que residían durante aquellos años en Moscú? ¿Conocían las interioridades del mecanismo del terror estaliniano y sus verdaderas dimensiones? Problema importante pero imposible de esclarecer mientras no se abran ciertos archivos, que según toda probabilidad no se abrirán hasta que llegue el segundo Octubre soviético. Puede suponerse, casi con seguridad de acertar, que algunos de los principales dirigentes de la IC conocían, al menos, casos concretos, aspectos parciales, aunque sólo sea porque no pocos de los comunistas residentes en la URSS, como miembros del aparato de la IC o como exilados políticos, fueron también víctimas de la represión estaliniana. Pero en cada caso concreto los responsables del partido soviético garantizaban la existencia de pruebas irrecusables de la traición. Ponerlas en duda era dudar del sistema y de sus dirigentes. Desde el momento en que se daban por buenos los procesos de Moscú, en que se aceptaban sus conclusiones – que los trotskistas y bujarinistas constituían una banda de espías fascistas – era difícil recusar que tal comunista italiano, polaco, húngaro, yugoslavo o español, acusado con las correspondientes pruebas – proporcionadas por los infalibles servicios de seguridad soviéticos, guardianes insobornables de la Revolución – no podía ser un espía más. Hay que tener en cuenta, por otra parte, que los dirigentes comunistas extranjeros residentes en la URSS, vivían en un mundo artificial, cuidadosamente aislados del mundo soviético real y, sobre todo, del mundo del terror. Sus anteojeras estalinianas hacían el resto. En la medida que conocían tal o cual aspecto de la represión la justificaban ante su conciencia moral y política como una medida de salud revolucionaria. Estamos refiriéndonos a revolucionarios auténticos como Dimítrov, por poner el ejemplo más típico. No a los cínicos y arrivistas.

El convencimiento de que la construcción del socialismo en la URSS entraba en su fase final y se iniciaba la transición al comunismo, proporcionaba al nuevo reformismo la justificación teórica y política definitiva. A fin de preservar tal victoria, toda concesión a las burguesías occidentales, que facilitase su alianza con el Estado soviético contra el peligro hitleriano, parecía admisible. Y todo revés de la lucha revolucionaria en el mundo capitalista quedaba compensado. El porvenir de la revolución mundial estaba garantizado.

Desde el momento que la Unión Soviética, del Báltico al océano Pacífico, iniciaba la transición al comunismo, y que por otra parte el mundo capitalista se debatía en su crisis final, incapaz ya de desarrollar las fuerzas productivas ni de conservar estructuras políticas basadas en un cierto asentimiento de las masas, la perspectiva era clara. Al término de estos dos procesos inversos se perfilaba, ineluctablemente, la victoria mundial del socialismo.

En cuarto lugar, el nuevo reformismo se diferenciaba del viejo por el tipo de partido que lo sustentaba. Mientras dentro de la socialdemocracia cabía la existencia de un ala izquierda, que en

situaciones de crisis podía tener una actuación revolucionaria, las características monolíticas del partido comunista hacían mucho más difícil tal posibilidad. Una vez embarcado el partido en una dirección, el "viraje" sólo podía venir de arriba. En las versiones oficiales de la historia de la IC se presenta la etapa de los frentes populares como aquella en la que la vida interna de los partidos comunistas se democratiza. En realidad, es la etapa en que se llega a la perfección monolítica en el plano ideológico. Y éste es determinante. Una vez lograda la monolitización ideológica el mecanismo del centralismo "democrático" funciona a las mil maravillas, asegurando la aplicación práctica de la política decidida en las alturas. Cuando el VII Congreso de la IC estimó que los partidos comunistas habían alcanzado un grado suficiente de madurez, y podía concedérseles mayor autonomía en el marco nacional, tal estimación significaba que la compenetración ideológica de los núcleos dirigentes de los partidos comunistas con la alta dirección estaliniana podía considerarse garantizada. El aparato de la IC dejaba de ser absolutamente necesario. El nuevo curso neorreformista, y su sincronización con la política exterior soviética podía asegurarse mediante la ligazón directa, no oficial, entre las direcciones de los diversos partidos y la del partido soviético. Procedimiento mucho más adecuado para preservar el aspecto nacional de la nueva política. Y esa fue la solución que se puso en práctica con la disolución de la IC.

El monolitismo ideológico estaliniano al que habían llegado los partidos comunistas no podía suprimir, sin embargo, las contradicciones inscritas en el movimiento real y su reflejo en el seno de los partidos. La "vía nacional" que emprendían contribuiría objetivamente a acentuar esas contradicciones, sobre todo en lo que se refiere a las relaciones entre el "partido guía" y los "guiados". Y algunos de los jefes comunistas nacionales se convirtieron en representantes de su "socialismo nacional" frente a los intereses del "socialismo nacional" privilegiado hasta entonces por la historia.

Estos herejes en grados diversos salieron principalmente de los viejos cuadros de la IC, que habían conocido la etapa de las luchas fraccionales y vivido de cerca los métodos estalinianos. Habían sabido adaptarse, ahogar sus reacciones íntimas, asimilar los dogmas y los métodos; pero la procesión iba por dentro.

El nuevo reformismo no desplegó todo su contenido hasta que llegó la etapa de la "gran alianza". Cuando estudiemos esta etapa podremos llevar más lejos el análisis que hemos iniciado en el subcapítulo destinado a la experiencia frentista, y en estas últimas notas.

Los partidos comunistas dejaron de ser secciones de la IC, y adquirieron el título de partidos nacionales independientes, heredando los factores principales que habían provocado la crisis crónica de su *mater magistra*:

- La subordinación al Estado soviético, transformado en Estado conservador y burocrático, antítesis de la dictadura del proletariado concebida por Marx; al Estado que había dejado de encarnar el internacionalismo de Octubre para convertirse en el instrumento del nacionalismo granruso.
- El abandono del marxismo vivo, de su método crítico, reemplazados por los dogmas estalinianos; la adopción de un practicismo pragmático, disimulado bajo fórmulas pseudo-marxistas.
- La concepción monolítica del partido, que excluye la lucha de ideas en su seno, instaura la jerarquización autoritaria y el centralismo burocrático, fomenta el culto del jefe, lleva, en suma, a la clericalización del partido.

A favor de la victoria de la coalición antihitleriana, del papel desempeñado en la Resistencia – para la que el carácter semimilitar de la organización comunista era especialmente adecuado –, de la política antifascista (en la mayor parte de los casos bajo su variante neorreformista, y en algunas excepciones con una orientación revolucionaria), del prestigio que sobre ellos proyectaban las victorias militares soviéticas, y al amparo de los ejércitos soviéticos en los países liberados por éstos, los partidos comunistas se desarrollaron considerablemente en el periodo que siguió a la

disolución de la IC. Pero los factores de crisis heredados de la etapa anterior trabajaban subterráneamente y no tardaron en dejarse sentir.

Notas

Primera parte

Capítulo 1

1. Véase nota 12, resolución del Comité Ejecutivo de la IC, punto 7.

2. Según los estatutos de la IC aprobados en el VI Congreso (1928). En *Thèses et résolutions du VI Congrès de l'I.C.*, Feltrinelli reprint, 1967, p. 101, 103. En lo sucesivo citaremos: *VI Congreso*.

3. Incluido en la introducción a los estatutos de la IC aprobados en el II Congreso. En *Manifestes, thèses et résolutions des quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale Communiste, 1919-1923. Textes complets*, Feltrinelli reprint, 1967, p. 37. En lo sucesivo citaremos: *Congresos I-IV*.

La fórmula que hemos transcrito no es textualmente la de Marx, sino la condensación que se hace en la introducción citada, después de haber citado integralmente la redacción de Marx. Esta dice: "La emancipación no es un problema local o nacional, sino un problema social, que abarca a todos los países en los que existe el régimen social moderno, y cuya solución depende de la colaboración teórica y práctica de los países más avanzados."

Los estatutos de la I Internacional, redactados por Marx, se encuentran en *Los congresos obreros internacionales en el siglo XIX*, por Amaro del Rosal, Grijalbo, México, 1958.

4. "Tomando en consideración la situación en Europa estimo que es deseable, sin duda, dejar en un segundo plano, provisionalmente, la organización formal de la Internacional [...] Los acontecimientos, el desarrollo y la agravación ineluctable de la situación se encargarán por sí mismos de que la Internacional *resucite en forma mejorada*." Carta de Marx a Sorge, del 27 de septiembre de 1874, en *Obras de Marx y Engels*, 2a edición rusa, t. 33, p. 508. (Los subrayados son nuestros.)

En la resolución de disolución de la IC (véase nota 12 del presente capítulo, punto 6) se establece un paralelismo con la disolución de la I Internacional, pasando por alto este punto esencial. En general, la versión que se da en ese documento de las causas que determinaron la disolución de la I Internacional no tiene más que una lejana relación con la verdad histórica.

5. De la carta de invitación del Partido Comunista ruso (firmada por Lenin y Trotski) a otros partidos y grupos revolucionarios de Europa, para asistir al I Congreso de la IC. En *Congresos I-IV*, p. 4.

6. *VI Congreso*, p. 46. "La coordinación del trabajo y de las acciones revolucionarias, y su buena dirección, imponen al proletariado internacional una disciplina internacional de clase, de la que la disciplina internacional más rigurosa en las filas de los partidos comunistas es la condición esencial. Esta disciplina internacional debe traducirse por la subordinación de los intereses parciales y locales del movimiento a sus intereses generales y permanentes, y por la estricta aplicación de todas las decisiones de los órganos dirigentes de la IC por todos los comunistas." (*Ibid.*, p. 99.)

7. La utilización de términos militares era un rasgo típico del lenguaje de la IC, trasplantado, como veremos más adelante, del partido bolchevique. El término Komintern, con que suele designarse a la IC, proviene de la abreviatura de Internacional Comunista en ruso.

8. En las tesis aprobadas por el VI Congreso sobre la lucha contra la guerra imperialista y las tareas de los comunistas. Tesis 75 y 76. *VI Congreso*, p. 157.

9. De la resolución del VII Congreso de la IC. "Sobre las tareas de la IC en relación con la preparación de una nueva guerra mundial por los imperialistas." *VII vsemirni kongress*

Kommunistisches Internatsionala [VII Congreso mundial de la Internacional Comunista], Partisdat, 1935, p. 498.

10. En las tesis contra la guerra imperialista y las tareas de los comunistas aprobadas en el VI Congreso (y ratificadas en el VII), se distinguen "tres géneros de guerras": "1. Guerras entre Estados imperialistas; 2. Guerras de contrarrevolución imperialista, dirigidas contra Estados proletarios, contra países en los que se edifique el socialismo; 3. Guerras nacionales revolucionarias, principalmente en las colonias, contra el imperialismo, respondiendo a la opresión y a los ataques de las potencias." Partiendo de esta clasificación, las tesis definían detalladamente la táctica y medios de lucha de los comunistas en cada caso. (*VI Congreso*, p. 105-157; la cita anterior figura en la p. 113.) ¿Cómo clasificar la segunda guerra mundial en la que se entremezclan guerras de los "tres géneros"?

11. Véase Deutscher: *Stalin*, Gallimard, 10a edición, p. 383 (en realidad, Deutscher no trata el problema, se limita a aludirlo de paso). Pierre Broué, en *Le parti bolchévique* (Editions de Minuit, 1963, p. 433-439), refleja el juicio trotsquista sobre la disolución, pero sin examinar tampoco el acontecimiento en sí. La versión comunista oficial puede verse en los siguientes trabajos: artículo de B.N. Ponomarev (actual responsable en el CC del PCUS, con Suslov, de las cuestiones del movimiento comunista) en la *Gran Enciclopedia Soviética*, t. 22, p. 258-267. (Existe una versión francesa en Editions sociales, 1955, París, con el título *Les trois Internationales*.); William Foster: *History of the three internationals*, New York, 1955, cap. 49; Togliatti: "Alcuni problemi della storia dell'Internazionale Comunista", *Rinascita*, n. 7-8, 1959; G. Amendola: "Veinticinque anni dopo lo scioglimento dell'Internazionale Comunista", *Critica marxista*, n. 4-5, 1968. En todos estos trabajos no se hace más que repetir, a veces textualmente, la argumentación de la resolución del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC del 15 de mayo de 1943, cuyo texto damos íntegro en la nota 12.

12. *Texto de la resolución del Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, del 15 de mayo de 1943*³:

1. El papel histórico de la Internacional Comunista, fundada en 1919, a consecuencia del fracaso político de la aplastante mayoría de los viejos partidos obreros de la preguerra, ha consistido en defender la doctrina del marxismo contra su vulneración y falsificación por los elementos oportunistas del movimiento obrero; en haber contribuido a agrupar en una serie de países la vanguardia de los obreros avanzados en auténticos partidos; en ayudar a éstos a movilizar a las masas de trabajadores para defender sus intereses económicos y políticos, para luchar contra el fascismo y contra la guerra que éste preparaba, así como para apoyar a la Unión Soviética, baluarte fundamental contra el fascismo.

2. La Internacional Comunista desenmascaró oportunadamente el verdadero significado del "Pacto Anti-Komintern", como instrumento de preparación de la guerra por los hitlerianos. Desenmascaró infatigablemente, mucho antes de la guerra, la infame labor de zapa de los hitlerianos en los Estados extranjeros, labor enmascarada bajo su campaña sobre una supuesta ingerencia internacional comunista en los asuntos internos de esos Estados.

3. Pero ya mucho antes de la guerra era cada vez más patente que a medida que se complicaba la situación de cada país, tanto interior como internacionalmente, la solución de los problemas del movimiento obrero de cada país por cualquier centro internacional encontraría dificultades insuperables. La profunda diversidad de los caminos históricos del desarrollo de los diferentes países del mundo, el carácter distinto e incluso contradictorio de sus regímenes sociales, la diferencia de nivel y ritmo de su desarrollo social y político y, finalmente, la diversidad del grado de conciencia y de organización de los obreros, impusieron también tareas diferentes a la clase obrera de los distintos países.

³ La numeración de los párrafos ha sido introducida por nosotros para facilitar las referencias. FC.

Toda la marcha de los acontecimientos durante el último cuarto de siglo, así como la experiencia acumulada por la Internacional Comunista, demostraron de manera convincente que la forma de organización para agrupar a los obreros elegida por el primer congreso de la IC era una forma que correspondía a las necesidades del periodo inicial del renacimiento del movimiento obrero, la cual iba caducando a medida que se desarrollaba este movimiento y la complejidad de sus tareas en los diferentes países, llegando incluso a ser un obstáculo para el fortalecimiento ulterior de los partidos obreros nacionales.

4. La guerra mundial desencadenada por los hitlerianos, profundizó aún más las diferencias en la situación de los distintos países, trazó una profunda línea divisoria entre los países portadores de la tiranía hitleriana y los pueblos amantes de la libertad, agrupados en la poderosa coalición antihitleriana. Mientras en los países del bloque hitleriano la tarea fundamental de los obreros, trabajadores y de todas las personas honradas consiste en contribuir por todos los medios a la derrota de este bloque, socavando desde dentro la máquina de guerra hitleriana, coadyuvando al derrocamiento de los gobiernos culpables de la guerra, en los países de la coalición antihitleriana el deber sagrado de amplias masas populares y, ante todo, el deber de los obreros de vanguardia, consiste en apoyar por todos los medios los esfuerzos militares de los gobiernos de estos países para el más rápido aniquilamiento del bloque hitleriano y para garantizar la amistad recíproca de las naciones sobre la base de la igualdad de derechos.

Tampoco debe perderse de vista que los diferentes países que componen la coalición antihitleriana tienen también sus tareas específicas. Así, por ejemplo, en los países ocupados por los hitlerianos, que perdieron su independencia estatal, la tarea fundamental de los obreros avanzados consiste en desarrollar la lucha armada, para que se transforme en guerra nacional de liberación contra la Alemania hitleriana. Al mismo tiempo, la guerra liberadora de los pueblos amantes de la libertad contra la tiranía hitleriana, al poner en movimiento las más amplias masas populares que se unen sin distinción de partidos y creencias religiosas en las filas de la poderosa coalición antihitleriana, ha puesto de manifiesto con la mayor evidencia que el auge general nacional y la movilización de las masas para acelerar la victoria sobre el enemigo, pueden ser realizados de manera mejor y más fecunda por la vanguardia del movimiento obrero de cada país dentro de los marcos de su Estado.

5. El VII Congreso de la IC, celebrado en 1935, teniendo en cuenta los cambios producidos, tanto en la situación internacional, como en el movimiento obrero, cambios que requerían una gran movilidad y autonomía de sus secciones para resolver las tareas planteadas ante ellas, subrayó ya la necesidad de que el Comité Ejecutivo de la IC, al solucionar todos los problemas del movimiento obrero, "se basase en las condiciones y particularidades concretas de cada país, evitando como regla general inmiscuirse directamente en los asuntos orgánicos internos de los partidos comunistas". Estas mismas consideraciones fueron las que movieron a la IC a aprobar, una vez conocida, la resolución adoptada por el Partido Comunista de los Estados Unidos de América en noviembre de 1940 sobre su salida de las filas de la Internacional Comunista.

6. Los comunistas, guiados por la doctrina de los fundadores del marxismo-leninismo, nunca fueron partidarios de conservar formas caducas de organización, siempre supeditaron las formas de organización del movimiento obrero y los métodos de trabajo de esta organización, a los intereses políticos vitales del movimiento obrero en su conjunto, a las peculiaridades de la situación histórica concreta y a las tareas que se deducen directamente de esta situación. Los comunistas recuerdan el ejemplo del gran Marx, que aglutinó a los obreros de vanguardia en la Asociación Internacional de Trabajadores, y luego, cuando la Primera Internacional había cumplido su misión histórica, sentando los cimientos para el desarrollo de los partidos obreros en los países de Europa y América, una vez que hubo madurado la necesidad de crear partidos obreros nacionales de masas, procedió a la disolución de la Primera Internacional, puesto que esta forma de organización no correspondía ya a aquella necesidad.

7. Partiendo de las consideraciones ya citadas, y teniendo en cuenta el crecimiento y la madurez política de los partidos comunistas y de sus cuadros dirigentes en los diversos países, y

considerando, además, que durante la guerra actual, una serie de secciones plantearon la cuestión de disolver la Internacional Comunista como centro dirigente del movimiento obrero internacional, el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, imposibilitado, a consecuencia de la guerra mundial, de convocar un congreso de la Internacional Comunista, se permite someter a la aprobación de las secciones de la Internacional Comunista la proposición siguiente: Disolver la Internacional Comunista como centro dirigente del movimiento obrero internacional, liberar a las secciones de la Internacional Comunista de las obligaciones derivadas de los estatutos y resoluciones de los congresos de la Internacional Comunista.

El Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista exhorta a todos los partidos comunistas a concentrar sus fuerzas para apoyar por todos los medios y participar activamente en la guerra liberadora de pueblos y Estados de la coalición antihitleriana, a fin de acelerar la derrota del enemigo mortal de los trabajadores, el fascismo alemán y sus aliados y vasallos.

Los miembros del Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista: Dimítrov, Ercoli, Florin, Gottwald, Kolarov, Koplening, Kusinen, Manuilski, Marty, Pieck, Zdanov, Thorez. 15 de mayo de 1943.

Texto del comunicado del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC del 9 de junio de 1943:

En su última sesión del 8 de junio, el Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista analizó las decisiones recibidas de sus secciones, respecto a la resolución del 15 de mayo de 1943, sobre la disolución de la Internacional Comunista, y ha constatado:

1. Que la proposición de disolver la Internacional Comunista ha sido aprobada por los partidos comunistas de Alemania, Argentina, Australia, Austria, Bélgica, Bulgaria y Canadá, Partido Socialista Unificado de Cataluña, Partido Comunista de Colombia, Unión Revolucionaria Comunista de Cuba, partidos comunistas de Checoslovaquia, Chile, España, Finlandia, Francia, Gran Bretaña, Hungría, Irlanda, Italia, México, Costa Rica, Partido Obrero de Polonia, partidos comunistas de Rumania, Siria, Suecia, Suiza, Unión Sudafricana, Partido Comunista bolchevique de la URSS y por la Internacional Juvenil Comunista (adherida a la IC con derechos de sección).
2. Que de ninguna de las secciones de la Internacional Comunista se ha recibido objeción alguna contra la proposición Presidium del Comité Ejecutivo.

Considerando todo esto, el Presidium del Comité Ejecutivo, de la Internacional Comunista resuelve Primero. Declarar que la proposición de disolver la Internacional Comunista ha sido unánimemente aprobada por las secciones de la IC que han tenido la posibilidad de comunicar sus decisiones (entre las cuales se encuentran todas las secciones más importantes).

Segundo. Considerar que a partir del 10 de junio de 1943 quedan disueltos el Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, el Presidium y el Secretariado del Comité Ejecutivo, y la Comisión Internacional de Control.

Tercero. Encargar a una Comisión compuesta por Dimítrov (presidente), Ercoli, Manuilski y Pieck que lleve a la práctica la liquidación de los asuntos pendientes, de los organismos, de los servicios y de los bienes de la Internacional Comunista.

Por encargo del Presidium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista: G. Dimítrov.

9 de junio de 1943.

Texto de la respuesta de Stalin, al corresponsal de la agencia Reuter en Moscú, con fecha 28 de mayo de 1943:

Pregunta: Los comentarios británicos sobre la decisión de liquidar el Komintern han sido muy favorables. ¿Cuál es el punto de vista soviético sobre esta materia y su alcance para las futuras relaciones internacionales?

Respuesta: La disolución de la Internacional Comunista es acertada y oportuna porque facilita la organización del asalto común de todos los pueblos amantes de la libertad contra el enemigo común: el hitlerismo.

La disolución de la Internacional Comunista es acertada porque:

- a) Evidencia la mentira de los hitlerianos, que afirman que "Moscú trata de inmiscuirse en la vida de otras naciones para bolchevizarlas". Ahora se ha puesto fin a esta calumnia.
- b) Ello evidencia la calumnia de los adversarios del comunismo dentro del movimiento obrero, que afirman que los partidos comunistas en los diversos países actúan no en interés de sus pueblos, sino bajo órdenes exteriores. A esta calumnia también ha sido puesto fin.
- c) Facilita la actividad de los patriotas en los países amantes de la libertad para unir las fuerzas progresivas de sus países respectivos sin distinción de partidos ni credos religiosos, en un campo único de liberación nacional para desarrollar la lucha contra el fascismo.
- d) Facilita la actividad de los patriotas de todos los países para unir a todos los pueblos amantes de la libertad en un sólo campo internacional de lucha contra la amenaza de dominación del mundo por el hitlerismo, desbrozando así el camino hacia la futura organización de la colaboración fraternal de las naciones, basada en su igualdad.

Yo creo que todas estas circunstancias, consideradas en su conjunto, darán como resultado el fortalecimiento ulterior del Frente Unico de los Aliados y demás Naciones Unidas, en su victoria sobre la tiranía hitleriana.

Me parece que la disolución de la IC es perfectamente oportuna porque, precisamente ahora, cuando la fiera fascista tensa las últimas energías, es necesario organizar el asalto común de los países amantes de la libertad para acabar con ella y liberar a los pueblos de la opresión fascista. J. Stalin. 28 de mayo de 1943.

13. Ensayo citado en la nota 11, *Rinascita*, n. 7-9, p. 480. (El subrayado es nuestro. FC.) Más recientemente, el historiador comunista italiano Alberto Carraciolo ha insistido sobre el "hecho deplorable" que es "la falta absoluta hasta hoy de fuentes rusas para este género de investigaciones". *Gramsci y el marxismo*, Proteo, Buenos Aires, 1965. p. 120.

14. En 1967 la editorial Feltrinelli de Milán ha emprendido la réedición de los principales documentos públicos de la IC. Pero la documentación más completa está concentrada en el Instituto d marxismo-leninismo de Moscú y en otras instituciones soviéticas dependientes del Comité Central del PCUS. Después de 1935, no han vuelto a reeditarse en la URSS los textos completos de las tesis, resoluciones y actas de los seis primeros congresos de la IC, ni los documentos del periodo del pacto germano-soviético. Los únicos autorizados a circular en su versión integral son los del VII Congreso.

En lo que concierne a las interioridades de la IC los únicos testimonios disponibles provienen de los sucesivos "herejes". Tienen particular interés, aparte de los trabajos de Trotski y otros opositoristas rusos, el libro del comunista alemán Arthur Rosenberg: *Histoire du bolchévisme*, publicado a fines de 1932 en Alemania, y reeditado en 1967 por Grasset, París; *L'ceil de Moscou à Paris*, de Jules Humbert Droz, antiguo secretario de la IC, Julliard, París, 1964; *Tito parle...*, de Vladimir Dedijer, Gallimard, París, 1953; Los archivos de Tasca, representante del Partido Comunista italiano en la IC, que ha comenzado a publicar Feltrinelli.

15. Ponomarev: *Art. cit.*, de la *Gran Enciclopedia Soviética*.

16. Tomamos la cita de la versión rusa de la obra: *Istoria trioj Internatsionalov*, Moscú, 1959, p. 470. (El subrayado es nuestro. FC.) Foster no figura entre los firmantes de la resolución de 1943 porque en 1940 el Partido Comunista de los Estados Unidos decidió salir de la IC.

17. Deutscher: *Stalin*, p. 383.

18. Incluso la dirección del Partido Comunista yugoslavo, cuya política revolucionaria en la guerra de liberación había tropezado ya con las primeras recomendaciones de "moderación" procedentes de Moscú, expresó su acuerdo incondicional con la declaración de Stalin. Véase *Tito parle...*, p. 206-207.
19. En el capítulo 1 de la segunda parte examinamos en detalle la política estaliniana de reparto de las "esferas de influencia".
20. Yugoslavia es la excepción de la regla. El Partido Comunista yugoslavo no respetó el porcentaje 60/40 convenido entre Mólotov y Eden (véase segunda parte, capítulo 1, nota 143) y llevó a término la revolución ya en 1945.
21. Artículo 1º de los estatutos de la IC aprobados en el II Congreso. En *Congresos I-IV*, p. 37-38.
22. Togliatti: *Op. cit.*, *Rinascita*, n. 7-8, 1959, p. 480.
23. Véase el capítulo 3 de la primera parte de esta obra.
24. Véase nota 12 del presente capítulo, resolución, punto 1. Esta caracterización ha sido invariablemente repetida, de manera textual o con glosas que no modifican su esencia, en todos los documentos o historias oficiales del movimiento comunista. No debe considerarse, por ello, como una "improvisación" de tiempos de guerra.
25. Hacemos abstracción, naturalmente, del contenido de esa "defensa" del marxismo, que bajo Stalin va convirtiéndose en la operación de enfrentar una variedad de "vulneración y falsificación" a otras variedades del mismo delito. Pero en este aspecto no hay "ocultamiento" por parte de los dirigentes de la IC. Como todos los comunistas de la época, estaban formados en esa variedad de "marxismo", tomándolo por oro de ley. En cambio, el hecho de que la mayoría de la clase obrera seguía bajo el imperio del reformismo era un dato empírico evidente. Aquí había flagrante ocultamiento en la resolución del Presidium, lo mismo que en los otros aspectos mencionados a continuación.

Capítulo 2

1. Stalin deformó las posiciones de Marx y Engels a este respecto, atribuyéndoles la tesis de que la revolución socialista (en el sentido de toma del poder por la clase obrera) triunfaría simultáneamente en todos los países capitalistas desarrollados. A partir de ahí establecía la originalidad radical de Lenin, el cual sostenía la imposibilidad de esa simultaneidad, y la probabilidad, en cambio, de que la revolución venciera primero en un país. Posteriormente, una serie de "marxólogos" y "leninólogos" han compartido esta opinión. Entre los segundos, el caso más típico es el de Alfred G. Meyer, en su *Lenin y el leninismo*. Actualmente, los teóricos soviéticos se aplican a desmontar la falsa versión de Stalin sobre las concepciones de Marx y Engels, y tratan de demostrar que lo innovado por Lenin no contradice su fidelidad esencial a la teoría marxiana de la revolución. (La obra más reciente que trata ese problema es la del filósofo Y. A. Krasin: *Lenin, revoliutsia, sovriemennost* [Lenin, revolución, mundo actual], Moscú, 1967, p. 20-21.) Pero al mismo tiempo mantienen que Lenin postuló la posibilidad del triunfo del socialismo (en el sentido de su edificación integral) en países aislados, lo cual si está en oposición total con Marx, con lo que su posición polémica frente a Meyer y otros es insostenible. La verdad histórica – como veremos más adelante – es que Lenin habló de la posibilidad de la victoria del socialismo en un solo país únicamente en el sentido de toma del poder por la clase obrera, y no de construcción completa del socialismo; consideraba esa primera victoria como la apertura de la marcha de la revolución mundial, conducente a corto plazo a la toma del poder por la clase obrera en los países capitalistas desarrollados.
2. Marx: *Los futuros resultados de la dominación británica en la India*, 2ª edición rusa de las Obras de Marx y Engels, t. 9, p. 230.

3. Esta tesis se sostiene en el Programa del PCUS aprobado en el XXII Congreso. Stalin la enunció por primera vez en diciembre de 1946.
4. Véase "Niekatorie aspekti leninskoi teorii revoliutsii" [Algunos aspectos de la teoría de la revolución], por N.G. Levintov, publicado en *Voprosi filosofi*, n. 4, 1966. A nuestro conocimiento es el único trabajo existente en la literatura marxista donde se estudia especialmente la elaboración y aplicación de estas dos nociones por Lenin. Por revolución social en el sentido estricto (correspondiente a lo que Marx engloba en el concepto de "revolución política") Lenin entiende el periodo en que la forma esencial del movimiento social es la lucha directamente revolucionaria de las masas populares. Por revolución social en el sentido amplio, el proceso de resolución de todas las tareas históricas fundamentales de la revolución. (Refiriéndose, por ejemplo, a la revolución francesa como revolución social en sentido amplio, Lenin considera que abarca de 1789 a 1871, insertándose en ese largo periodo las revoluciones en sentido estricto de 1789, 1830, 1848, 1871.) Las formulaciones habituales de "revolución social" y "revolución política" inducen a una diferenciación no dialéctica entre lo "social" y lo "político". Por eso preferimos utilizar las formulaciones introducidas por Lenin.
5. Trotski señala una sola excepción entre los marxistas de finales del siglo XIX. La del socialista alemán Georg Vollmar, que en 1878 sostuvo la posibilidad de un "Estado socialista aislado" – pensando en Alemania – invocando precisamente la "ley del desarrollo desigual", cuya invención Stalin atribuyó a Lenin. (Trotski: *La révolution trahie*, París, IV Internacional, p. 246247.)
6. "Rusia, cuya situación he estudiado en primeras fuentes rusas [...] se encuentra desde hace tiempo al borde de una revolución, para la que han madurado todos los elementos [...] La revolución comenzará esta vez en el este, que fue hasta ahora la ciudadela intacta y el ejército de reserva de la contrarrevolución." Carta de Marx a Sorge del 27 de septiembre de 1877. *Obras de Marx y Engels*, t. 34, p. 229-230.
7. Kautski: *Los eslavos y la revolución*, 1902. Citado por Lenin en *La enfermedad infantil del "izquierdismo" en el comunismo*, Obras escogidas en tres tomos, edición española, 1966, t. III, p. 359. En 1848, Bakunin había profetizado el día en que "del océano de sangre y fuego surgirá en Moscú, alta en el cielo la estrella de la revolución, para convertirse en guía de la humanidad". Benoit Hepner: *Bakounine et le panslavisme révolutionnaire*, París, Marcel Riviere, 1950, p. 270.
8. Lenin: *La dictadura democrática revolucionaria del proletariado y el campesinado*, 1905. En la 4a edición rusa de las Obras de Lenin, t. 8, p. 274. En lo sucesivo citaremos por esta edición, sin mencionar más que el tomo y la página.
9. Lenin: *Etapas, direcciones y perspectivas de la revolución*, t. 10, p. 73-74. La idea de que la revolución rusa y la revolución proletaria en Occidente se "completasen", de manera que la primera sirviera de prólogo a la segunda y ésta, a su vez, permitiera a la revolución rusa transformarse en socialista, la formula ya Engels en su prólogo de 1882 a la edición rusa del Manifiesto Comunista. (Véase *Obras escogidas de Marx y Engels*, Op. cit., t. 1, p. 14-15.) Lenin toma de Engels la expresión de que los obreros europeos, al realizar su revolución socialista, mostrarán a los proletarios rusos "cómo se hace". (Engels: Prólogo al ensayo "Sobre la cuestión social en Rusia". *Obras de Marx y Engels*, 2a edición rusa, t. 22, p. 446.) En 1918, polemizando directamente con los "comunistas de izquierda" (e indirectamente con Lenin), Stalin expresaría ya la idea que tomaría cuerpo, e influiría toda su estrategia, ulteriormente: "No podéis excluir entre las posibilidades, que sea Rusia precisamente el país que asfalte el camino del socialismo [...] Deberíamos rechazar la idea anacrónica de que sólo Europa puede mostrarnos el camino." (Deutscher: *Stalin*, p. 493-494.)
10. Lenin: *Paul Singer*, 1911, t. 17, p. 70.
11. Lenin: *La reunión del Buró socialista internacional*, 1908, t. 15, p. 215.
12. Lenin: *Los éxitos de los obreros norteamericanos*, 1912, t. 18, p. 307.
13. Lenin: *El despertar de Asia*, 1913, t. 19, p. 65-66.

14. Lenin: *La democracia y el populismo en China*, 1912, t. 18, p. 144-145.
15. Marx y Engels no se plantearon el problema del papel que la revolución rusa podía desempeñar en los pueblos sometidos al yugo colonial.
16. Lenin: *Las tareas del proletariado en nuestra revolución*, Obras escogidas, t. III, p. 58.
17. Lenin: *Las lecciones de la crisis*, t. 24, p. 185.
18. *Les bolchéviques et la révolution d'octobre (procès-verbaux du Comité Central du parti bolchévique, août 1917-février 1918)*, Maspero, París, 1964, p. 138.
19. Lenin: *El imperialismo, fase superior del capitalismo*, O. Esc., ed. cit., t. I, p. 723, 832.
20. Véase Y. A. Krasin: *Op. cit.*, p. 57. Según Krasin, Lenin define el imperialismo como "capitalismo de transición o agonizante", mientras que la frase textual de Lenin es que al imperialismo hay que "calificarlo de capitalismo de transición o, más propiamente, de capitalismo agonizante" (el subrayado es nuestro. FC). Es decir, Lenin se corrige y precisa. A nuestro parecer la razón de esa corrección es que el término de "transición" no define más que uno de los aspectos que Lenin revela en su análisis: la socialización muy elevada de la producción que caracteriza a la fase monopolista, la cual prepara óptimamente las condiciones materiales del socialismo. Con el término "agonizante" Lenin indica, a nuestro juicio, que esa socialización avanzada, más toda otra serie de factores políticos, económicos y sociales, ha conducido a la agravación *extrema* de las contradicciones del imperialismo (no olvidar que Lenin realiza su estudio en plena guerra mundial) y a la *inminencia* de la revolución socialista a escala internacional, cuestión que formula con toda claridad en todos sus escritos de ese periodo.
21. El escritor comunista italiano Vittorio Strada, en su ensayo: "Brest-Litovsk: el debate sobre la guerra, la paz y la revolución" (*Crítica marxista*, n. 4, julio-agosto, 1963) incurre, a nuestro juicio, en el error de considerar que la posición de Lenin en el debate con los "comunistas de izquierda" estaba fundamentada en la hipótesis de que la revolución rusa pudiera mantenerse aunque no triunfara la revolución europea. Pero en su informe ante el VII Congreso del partido, después de firmar la paz de Brest, Lenin declara sin ambigüedad ninguna: "Sin revolución alemana estamos perdidos [...] es una verdad absoluta" (t. 27, p. 76). Sus divergencias con Trotski, por un lado, y los "comunistas de izquierda" (Bujarin, etc.) por otro, son de orden puramente táctico. Lenin no se basa para nada en la posibilidad de mantener la revolución socialista aislada en Rusia. Toda su argumentación reposa en la imposibilidad de llevar a cabo en ese momento la guerra revolucionaria, dado el estado de descomposición del ejército. Se trata, únicamente, de lograr un respiro en espera de la revolución alemana. Strada se apoya en el historiador inglés Carr, el cual da por buena la versión de Stalin acerca de que Lenin sentó desde 1915 la posibilidad de la victoria del socialismo en un solo país (en el sentido de edificación completa del mismo).
22. Lenin: *Carta a Sverdlov*, del 1 de octubre de 1918, t. 35, p. 301-302. Todos los artículos e intervenciones de Lenin en estos meses de fin de 1918, y a lo largo de 1919, están impregnados de la seguridad total en que la revolución internacional se ha puesto irresistiblemente en marcha.
23. Lenin: *La revolución proletaria y el renegado Kautski*, t. 28, p. 93. (No se trata del conocido ensayo de Lenin, sino de un breve artículo que lleva el mismo título y recoge la esencia del ensayo.)
24. *Obras de Marx y Engels*, ed. cit., t. 27, p. 177. Puede hablarse de "blanquismo" de Lenin en lo que se refiere a su concepción organizacional del partido revolucionario, y sólo en cierto grado. En Lenin el núcleo ultracentralizado y ultradisciplinado, estrictamente conspirativo, de revolucionarios profesionales, está orgánicamente ligado a un cuerpo más amplio de revolucionarios "no profesionales", y a organizaciones de masas de diverso tipo. Pero en lo que se refiere a la *función* del partido, Lenin no es "blanquista". El partido no "sustituye" a la revolución: organiza y dirige la revolución en acto, en marcha. Ahora bien, cuando la realidad muestra que la revolución "no está ahí" – como sucedió evidentemente con la "revolución mundial" en 1919-1920 – la acción del partido basada en el supuesto de que "sí está ahí" resulta *objetivamente* "blanquista". Como es bien

sabido desde Hegel, una cosa es lo que los hombres creen que hacen, y otra lo que hacen en realidad. Incluso si se trata de marxistas de la talla de Lenin.

25. Togliatti considera que tiene una "importancia excepcional" subrayar que la necesidad de crear la III Internacional fue proclamada por Lenin antes de la victoria de la revolución rusa, porque ello da "un golpe a los perversos para los cuales la Internacional Comunista no fue jamás más que un instrumento del Estado de los soviets" (ensayo citado, *Rinascita*, n.º 7-8, 1959, p. 469-470). Efectivamente, Lenin planteó esa necesidad a poco de iniciarse la primera guerra mundial. Y la idea de convertir a la IC en un instrumento del Estado soviético es totalmente extraña a Lenin, antes y después de Octubre. Pero esto no está en contradicción con que después de Lenin la IC se transformara en instrumento del Estado soviético, y con que las premisas para esa transformación se crearan ya en vida de Lenin, problema que abordaremos más adelante.

La iniciativa de Lenin encontró la oposición de la mayoría del pequeño grupo de internacionalistas que participaron en las conferencias de Zimmerwald (septiembre de 1915) y Kienthal (abril de 1916), e incluso tropezó con la oposición de una parte de los bolcheviques que mantuvo su discrepancia después de la revolución de febrero. La victoria de Octubre, dando a Lenin un prestigio mundial, permitió que la idea hiciera progresos en los núcleos revolucionarios de diversos países. Pero hasta que comenzó la revolución alemana no entró, realmente, en vías de realización práctica. Sobre las objeciones de los espartaquistas, véase el capítulo 3 de la primera parte de este libro.

26. Lenin: *Discurso de clausura*, t. 28, p. 453; *Acerca de la fundación de la Internacional Comunista*, t. 28, p. 461. En otro discurso pronunciado a fines de este mes de marzo de 1919, Lenin declara: "La unión de los comunistas crece en todo el mundo. Pasará poco tiempo más y veremos la victoria del comunismo en todo el mundo, veremos la fundación de la República Federativa Mundial de los Soviets" (t. 19. p. 217).

27. Refiriéndose a las circunstancias en que se reunió el II Congreso, Trotski escribía en 1921: "El ejército rojo marchaba, como es sabido, sobre Varsovia y podía esperarse que dada la situación revolucionaria en Alemania, en Italia y otros países, el éxito militar que, bien entendido, no podía tener una gran significación por sí mismo, sería, en la lucha de las fuerzas europeas, la fuerza complementaria que desencadenase la avalancha revolucionaria, llegada entonces a un punto muerto. Esto no se produjo. Tuvimos que batirnos en retirada." Citado por Arthur Rosenberg en *Histoire du bolchévisme*, p. 228.

Pero en el momento del II Congreso era todavía la hora de optimismo. "La hora decisiva se aproxima – se declaraba en una de sus resoluciones. Muy pronto la clase obrera tendrá que librar un combate encarnizado, con las armas en la mano, en todos los países en que hay un movimiento obrero consciente." (*Congresos I-IV*, p. 49.)

28. En los estudios relativos a ese periodo, de autores pertenecientes a los partidos comunistas, se pasa como sobre ascuas, cuando no se silencian por completo, los juicios y análisis de Lenin sobre la marcha concreta de la revolución mundial que no han sido confirmados por la historia. Togliatti no escapa a este enfoque en su ensayo de 1959. Citando, por ejemplo, la advertencia de Lenin, en el II Congreso, de que "no hay situación sin salida para la burguesía", silencia que los planteamientos de Lenin en 1917-1920 contribuyeron no poco a crear esa idea en los recién formados partidos comunistas. Según Togliatti, Lenin no expresó la idea de que "la guerra sería seguida de un arreglo de cuentas entre gobernantes y gobernados" (*Rinascita*, n.º 7-8, 1959, p. 470). ¿Cómo entender, entonces, las declaraciones que hemos citado y otras muchas análogas? Los autores soviéticos baten todos los *records* a este respecto. En el libro de Krasin, hemos citado anteriormente, grueso de 560 páginas y consagrado a la teoría de la revolución de Lenin, el lector buscará inútilmente la más mínima nota crítica. Todo lo que dijo o escribió Lenin fue perfecto, coherente, comprobado por la práctica. Es superfluo decir que este tratamiento apologético de la obra de Lenin no añade nada a sus méritos históricos y obstaculiza la asimilación marxista de sus enseñanzas. La elaboración de

una teoría de la revolución socialista que dé respuesta a los problemas del mundo actual tiene que pasar necesariamente por la crítica de Lenin, como por la crítica de Marx.

29. En su informe al V Congreso de la IC, Zinoviev lo reconocería *a posteriori*: "En 1921-1922, comenzamos a comprender, primero, que no teníamos la mayoría en la clase obrera, segundo, que la socialdemocracia era todavía fuerte [...]" Ve *Congrès de l'Internationale Communiste*, Feltrinelli reprint, 1967, p. 36.

30. Este presupuesto tiene su antecedente en el optimismo de Lenin, ya antes de la guerra, sobre la predisposición revolucionaria del proletariado de los países capitalistas desarrollados, como vimos en páginas anteriores. Durante la guerra considera que "en todos los países del mundo las organizaciones socialistas y obreras se han dividido en dos grandes campos. Una minoría, a saber, los jefes, los funcionarios y los burócratas, han traicionado al socialismo y se han pasado al lado de los gobiernos. La otra parte, a la cual pertenecen las masas obreras conscientes, continúa agrupando sus fuerzas y luchando contra la guerra, por la revolución proletaria" (t. 22, p. 122). No es necesario decir cómo aumenta la confianza de Lenin en el proletariado de Occidente al iniciarse la revolución alemana, y poco después la húngara. El 22 de octubre de 1918 afirma: "El bolchevismo se ha convertido en teoría y táctica mundiales del proletariado internacional" (t. 28, p. 96). En marzo de 1919: "Las masas obreras volvieron la espalda a estos traidores al socialismo [los jefes reformistas]" (t. 29, p. 217). En julio de 1920: "Ha pasado poco más de un año desde que se celebró el I Congreso de la Internacional Comunista y ya aparecemos como vencedores de la II Internacional" (t. 31, p. 208). (Los subrayados son nuestros. FC.)

31. Lenin: *Informe sobre las tesis acerca de la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*, en el I Congreso de la IC, t. 28, p. 447-448.

32. Lenin: *Carta a los obreros de Europa y América*, t. 28, p. 4.13.

33. Lenin: *Reunión del activo del partido de Moscú*, en noviembre de 1918, t. 28, p. 195.

34. Marx y Engels incurrieron en análogo error de apreciación respecto al capitalismo del siglo XIX. La idea de que ha llegado a una situación límite está ya en el Manifiesto comunista. Vuelve a aparecer después en numerosas ocasiones. Por ejemplo, en una carta a Engels, con fecha 8 de octubre de 1858, Marx -después de referirse a la expansión mundial del capitalismo en ese periodo (colonización de California y Australia, apertura del Japón y de China al mercado mundial) – concluye: "La sociedad burguesa ha visto, por segunda vez, su siglo xvi. Pero todos esperamos que este nuevo siglo xvi tocará al entierro de esta sociedad, de la misma manera que el otro anunció su nacimiento [...] Sobre el continente la revolución es inminente y tomará inmediatamente un carácter socialista." (Marx y Engels: *Textes sur le colonialisme*, Edición de Moscú, p. 343.)

35. Hélène Carrère d'Encausse et Stuart Schram: *Le marxisme et l'Asie: 1853-1964*, Armand Colin, París, 1965, p. 36.

36. En el análisis leniniano del imperialismo, el rigor científico resulta excesivamente afectado por la preocupación política de la lucha contra el reformismo, y posiblemente también por la manera como los teóricos "ortodoxos" de la II Internacional llevaron la lucha contra Bernstein. Este montó su revisión de Marx sobre la base de atribuirle una "teoría del derrumbe" del capitalismo a consecuencia de sus contradicciones puramente económicas. En la respuesta a Bernstein, algunos marxistas incurrieron en el error de dar como efectivamente existente en Marx dicha "teoría del derrumbe", lo que facilitó la pro secución de la ofensiva revisionista en el plano de la teoría económica, cuya expresión más importante, seguramente, es la crítica efectuada por Tugan-Baranowski. Tratando de rebatir a éste y de defender la ortodoxia marxista, Kautski adopta una posición defensiva con su teoría de la "depresión crónica" como perspectiva inevitable del desarrollo capitalista. Por su parte, Rosa Luxemburgo, en su investigación sobre "la acumulación del capital", llega, de hecho, a una nueva "teoría del derrumbe". El capitalismo, supuestamente, no puede realizar la reproducción ampliada sobre su propia base, sino únicamente integrando nuevas estructuras precapitalistas. El agotamiento de esa posibilidad le llevaría a una situación sin salida.

Después de la guerra, Hilferding atribuyó a Lenin sustentar, a su vez, la teoría del derrumbe *económico*, cosa que no existe en los planteamientos teóricos de Lenin. Para éste, ninguna crisis económica, ninguna contradicción a nivel de las estructuras económicas, es capaz por sí sola de determinar el derrumbe del capitalismo. Se requiere la intervención revolucionaria del proletariado. El error de Lenin, tanto en el plano teórico general (análisis de las estructuras y la dinámica del imperialismo), como en el de la apreciación de la coyuntura europea y mundial de 1914-1920, se sitúa, a nuestro parecer, a dos niveles: a) si bien no comparte la teoría del "derrumbe económico", subestima los factores contrarrestantes de los elementos de crisis; b) sobrestima la disposición revolucionaria de un proletariado formado en décadas de expansión "pacífica" del capitalismo y florecimiento, sobre esta base, de la ideología reformista. Llevado por una santa indignación contra la evolución reformista de un Kautski y de un Hilferding, Lenin no tuvo suficientemente en cuenta los elementos racionales de la teoría del "ultraimperialismo" del 1 primero y, sobre todo, del "capitalismo organizado" del segundo.

37. Citado por Branko Lazitch en *Lénine et la IIIe Internationale*, La Baconnière, 1951, p. 176.

38. *Congresos I-IV*, p. 94-95.

39. *Ibid.*, p. 94. (El subrayado es nuestro. FC.)

40. *Ibid.*, p. 91. (El subrayado es nuestro. FC.)

41. *Ibid.*, p. 86.

42. *Ibid.*, p. 89.

43. Lenin: *Más vale poco y bueno*, en *Obras escogidas*, ed. cit., t. III, p. 811-813. (El subrayado es nuestro. FC.)

44. Alfred G. Meyer: *Lénine et le léninisme*, Payot, París, 1966; véase cap. XII: "La dialectique du retard".

45. Lenin, t. 33, p. 180.

46. Lenin: *Cinco años de la revolución rusa y las perspectivas de la revolución mundial* (Informe ante el IV Congreso de la IC), *Obras escogidas*, t. III, p. 750-751.

47. *Ibid.*, p. 751.

48. *Ibid.*, p. 742-743. Es significativo del estado de espíritu de Lenin en el último periodo de su vida que este informe, sobre el tema "cinco años de revolución rusa y las perspectivas de la revolución mundial", no diga prácticamente nada sobre dichas "perspectivas". Todo el acento se pone en la necesidad de estudiar y reestudiar los problemas de la revolución. Por otra parte, después del II Congreso de la IC Lenin no pierde ocasión de criticar el verbalismo revolucionario. En el III Congreso de la IC -escribe en febrero de 1922- "yo me he mantenido a la extrema derecha. Estoy convencido de que era la única posición justa, porque un grupo numeroso (e influyente) de delegados, teniendo a su cabeza numerosos camaradas alemanes, húngaros e italianos, adoptaba una posición inmoderadamente "de izquierda", y este izquierdismo cometía un error; muy a menudo, en lugar de tomar en cuenta sanamente una situación no muy favorable para la acción revolucionaria inmediata y directa, esos camaradas agitaban frenéticamente las banderitas rojas" (t. 33, p. 181-182).

49. *Congresos I-IV*, p. 166.

50. Stalin: *Obras*, edición española, 1954, t. 8, p. 65-66.

51. Stalin: *Ibid.*, t. 6, p. 390.

52. Stalin: *Ibid.*, t. 6, p. 416.

53. Se trata de unas líneas del artículo de Lenin *Sobre la cooperación*, escrito a comienzos de 1923, en el que después de enumerar que los medios de producción están en manos del Estado, el Estado

en manos del proletariado, y el proletariado aliado a millones de campesinos, dice que con esto se tiene "todo lo imprescindible y lo suficiente para edificar la sociedad socialista completa" (Stalin, t. 8, p. 74-75). Del contexto del artículo de Lenin se desprende que por "sociedad socialista completa" se entiende aquí la inclusión de los campesinos, a través de la cooperación, en la órbita de las relaciones colectivas de producción. Evidentemente, esta frase aislada de Lenin puede dar pie a la interpretación de Stalin... si se prescinde de todo el marxismo, de *El Capital*, y de lo que Lenin había escrito un año antes: "Nosotros siempre hemos profesado y repetido esta verdad *elemental* del marxismo, que la victoria del socialismo necesita los esfuerzos conjugados de los obreros de *varios* países *avanzados*" (t. 33, p. 180). ¿Había olvidado Lenin en un año esa "verdad elemental"?

En su sugestiva *Historia del bolchevismo*, Arthur Rosenberg estima que en las tesis de Lenin sobre la incorporación de los campesinos al socialismo a través de las cooperativas de producción hay una vuelta a las concepciones populistas (véase p. 249, 250-253, 280). No vamos a desarrollar aquí las serias objeciones que pueden hacerse a esa opinión. Limitémonos a señalar que para Lenin el proletariado es la fuerza social hegemónica, mientras que para los populistas lo era el campesinado. El socialismo agrario de los populistas parte de la existencia todavía, en gran escala, de la antigua comunidad agraria rusa, mientras que cuando Lenin se plantea el problema de las vías para reestructurar el campo sobre bases socialistas, la comunidad agraria ha desaparecido: primero, en el curso del desarrollo capitalista hasta 1917, y lo que quedaba, a consecuencia del reparto de la tierra en usufructo individual después de Octubre. Con esto no queremos negar que puedan encontrarse ciertas filiaciones ideológicas entre el populismo y el bolchevismo, no sólo en el problema agrario.

54. Stalin: *Obras*, t. 8, p. 67.

55. Trotski: *La révolution permanente*, Gallimard, París, 1953, p. 16-17.

56. VI Congreso, p. 65. Por "victoria del socialismo" se entiende aquí la construcción plena del socialismo en el marco nacional. Como dice Trotski en su crítica del proyecto de Programa aprobado por el VI Congreso: "Si esas palabras "victoria del socialismo" no designaran más que la dictadura del proletariado, sería un lugar común indiscutible, que debería ser formulado mejor, para evitar una doble interpretación en el programa. Pero no es ése el pensamiento de los autores del proyecto. Por "victoria del socialismo" no entienden simplemente la conquista del poder y la nacionalización de los medios de producción, sino la construcción de la sociedad socialista en un solo país. En su pensamiento, [el socialismo] no es una economía socialista mundial que repose sobre la división internacional del trabajo, sino una federación de comunas socialistas, cada una con su existencia propia, en el espíritu del bienaventurado anarquismo; la sola diferencia es que los límites de la comuna son ampliados a los del Estado nacional." (*L'Internationale Communiste après Lénine*, PUF, 1969, t. I, p. 146-147. El problema del socialismo en un solo país es ampliamente tratado en este libro de Trotski, en los capítulos V-X del primer tomo, y en el ensayo especial sobre este tema, incluido en el tomo II.)

Año y medio antes del VI Congreso, el Comité Ejecutivo de la IC' había ya adoptado plenamente la posición de Stalin. En la resolución adoptada por el VII Pleno ampliado del Comité Ejecutivo, celebrado en noviembre-diciembre de 1926, puede leerse: "El partido comunista (bolchevique) de la URSS tiene perfectamente razón en practicar una política de edificación del socialismo, con la plena certidumbre de que la Unión de Repúblicas socialistas soviéticas posee en el interior del país *todo lo necesario y suficiente* para construir una sociedad socialista integral." (*L'Internacional Comunista (recopilación de documentos)* [en ruso], Moscú, p. 680.)

57. *Ibid.*, p. 64-65, 60.

58. *Ibid.*, p. 85-86, 62.

59. *Ibid.*, p. 99.

60. Trotski: *La révolution permanente*, p. 40, 43.

61. *Ibid.*, p. 232-233.

62. Gramsci: *Œuvres choisies*, Librairie Rousseau, Ginebra, 1959, p. 290.
63. *L'agonie du capitalisme et les taches de la IV^e Internationale (Programme de transition)*, Société Internationale d'Éditions, 1968, París, p. 5-8. (Los subrayados son nuestros. FC.)
64. Trotski incurre en lo que Lenin llamaba "el principal error de los revolucionarios": "mirar hacia atrás, hacia las revoluciones anteriores" (t. 24, p. 115).
65. Trotski: *La révolution trahie*, IV^e Internationale, París, p. 192.
66. *Ibid.*, p. 189.
67. *Ibid.*, p. 189-190. "Aún suponiendo que los "pedazos de papel" guarden su vigencia en la primera fase de las operaciones militares, no es posible dudar que la agrupación de las fuerzas en la fase decisiva será determinada por factores de mucho mayor poder que los compromisos solemnes de los diplomáticos" (p. 190).
68. "La situación cambiaría de arriba a abajo si los gobiernos burgueses obtuvieran garantías materiales de que el gobierno de Moscú se coloca a su lado, no solamente en la guerra sino también en la lucha de clases. Aprovechando las dificultades de la URSS, cogida entre dos fuegos, los "amigos" capitalistas de la "paz" tomarán, la cosa va de sí, todas las medidas para quebrantar el monopolio del comercio exterior y las leyes soviéticas que rigen la propiedad [...] Si hay que contar con que la lucha mundial no tendrá más desenlace que la guerra [es decir, sin revolución en Occidente. FC] los aliados tendrán grandes probabilidades de alcanzar su objetivo." (*Ibid.*, p. 190.)
69. *Ibid.*, p. 190.
70. Para Bujarin, la construcción del socialismo en un solo país – o más exactamente en Rusia – es posible a condición de supeditarla al lento ritmo del campesino: "Tenemos los bancos y el control del crédito. Sirviéndonos de las cooperativas conseguiremos en *algunos decenios* transformar la ideología de los campesinos. Pero hay que abordarlo con precaución y mucha paciencia." (Bujarin: *Sobre la teoría de la "revolución permanente"*. Incluido en la recopilación preparada por Giuliano Procacci, edición francesa de Maspero: *Staline contre Trotsky*, 1965, p. 112.) Es la construcción del socialismo "a paso de tortuga", según la propia imagen de Bujarin. A partir de su teorización de esta vía rusa, Bujarin – como indica Procacci – deduce que el curso de la revolución mundial deberá supeditarse también, en última instancia, a las exigencias que impone el hecho de que la inmensa mayoría de la población del globo es campesina. El problema colonial – dice Bujarin – es en definitiva un problema campesino. A escala mundial, como a escala rusa, el proletariado no tiene otra opción: "tiene que construir el socialismo sirviéndose del campesinado. Sólo con esta condición conservará el poder. Negarlo, es ignorar las relaciones económicas mundiales y las leyes que las rigen" (*Ibid.*, p. 100). Pero esta problemática – de enorme interés – que esboza Bujarin, se sitúa en la hipótesis de que el proletariado de las metrópolis capitalistas haya tomado el poder. Bujarin, como Stalin, soslaya el problema de "las relaciones mundiales y las leyes que las rigen" mientras el área industrial del globo sigue en manos del capitalismo.
71. Lucio Magri: "Valeur et limite des expériences frontistes", *Les Temps Modernes*, enero de 1966, p. 1216. Coincidiendo con Magri en que "el socialismo en un solo país" reflejaba objetivamente la autonomía relativa recíproca entre revolución rusa y revolución mundial, no podemos seguirle cuando dice que "fundaba objetiva y subjetivamente una nueva estrategia" [basada en esa autonomía]. A nuestro juicio, Stalin funda una estrategia que niega radicalmente esta autonomía.
72. Entre esos pocos destaca, sin duda, el historiador comunista alemán Arthur Rosenberg, cuya *Historia del bolchevismo*, como muy bien dice Georges Haupt en el sugestivo prefacio que ha escrito para la reciente edición francesa, constituye "una meditación profunda y crítica, cuya lucidez, amplitud y alcance permiten situarla entre los textos importantes de reflexión política, indispensables a la inteligencia del pasado e incluso del presente del comunismo". En el curso de la presente investigación sobre la IC hemos podido comprobar más de una vez el valor "estimulante"

de esta obra de Rosenberg, aún discrepando del enfoque general ultraizquierdista que la inspira y de muchas de sus conclusiones concretas.

73. Rosenberg, que proporciona no pocos datos y argumentos demostrativos de esta utilización de la IC en función de la política exterior soviética, considera, sin embargo, que la IC es más bien un estorbo para la URSS, tanto en el terreno diplomático como en el camino de "ganar la amistad de los obreros del mundo entero". ("La diplomacia rusa trabajaría mucho mejor y con más éxito si no estuviera comprometida por la existencia de la III Internacional"; "El acceso de la Rusia soviética a la mayoría de la clase obrera europea y americana está cerrado y no abierto por la actividad de la Internacional Comunista" (p. 255).) Y Rosenberg se pregunta por qué "el gobierno soviético no se ha desprendido hace tiempo de la III Internacional". En su opinión la IC sigue interesando al gobierno soviético a fin de mantener vivo "el mito socialista-proletario, sin el cual el bolchevismo no puede vivir en Rusia, y cuya importancia para la política interior rusa se ha acrecentado aún después de 1928. Si es cierto que el proletariado sigue ejerciendo la dictadura en Rusia, ello debe ser reconocido por la clase obrera internacional, o al menos por el elemento revolucionario de la misma. Si todas las organizaciones obreras del extranjero asegurasen que la Rusia soviética es un Estado burgués, el gobierno soviético no sería tal vez destruido, pero sus relaciones con la clase obrera rusa se harían mucho más difíciles" (p. 256). Como se ve, este argumento está en contradicción con el de que a Rusia le estorbaba la IC para "ganar la amistad de los obreros del mundo entero". Pero independientemente de esta contradicción en el razonamiento de Rosenberg, el problema es mucho más complejo de cómo él lo plantea. En primer lugar, la existencia de la IC es una realidad que no depende *sólo* de los dirigentes soviéticos, pese a la participación decisiva que éstos han tenido en su creación y después en su dirección. Responde a una necesidad objetiva creada por la degeneración reformista de la socialdemocracia, aunque no diera satisfacción a esa necesidad de la manera más adecuada. El que la revolución mundial tomara un curso distinto del que inspiró la creación de la IC, no liquidaba la necesidad de una organización revolucionaria internacional (problema que sigue actualmente planteado). Es decir, Stalin y los demás dirigentes soviéticos tenían que contar con la IC como con una realidad objetiva, que podía ser manejada, subordinada, vaciada en su finalidad primitiva, pero no suprimida radicalmente (su disolución, en 1943, no es, en definitiva, como veremos más de cerca aún, que una de las modalidades de la adaptación de esa realidad a los intereses del Estado soviético). En las diversas formas que va tomando esa adaptación entran *también*, sin duda, las consideraciones de orden interior de la sociedad soviética. Pero ello no excluye las otras, las de orden internacional. (Por lo demás, ambos aspectos están estrechamente ligados.) Es cierto (y ésta es, en el fondo, la razón que lleva a Rosenberg a considerar que el Estado soviético no está interesado en la IC por razones de política exterior), que la IC, siendo un instrumento susceptible de ser manejado según las conveniencias de la política exterior soviética (como arma de "presión" sobre la burguesía – según expresión de Trotsky también, agregaremos nosotros, como instrumento auténticamente revolucionario si ello no contradice los intereses soviéticos) representa *al mismo tiempo* un estorbo para las relaciones entre la URSS y los Estados capitalistas. Pero la importancia de este aspecto varía según las circunstancias, lo mismo que la de los otros aspectos señalados. En definitiva la ecuación Estado (partido) soviético <-> IC debe ser analizada en función de numerosas variables. En los pasajes que siguen examinamos, precisamente, la variable "estorbo".

74. Bujarin: *La situation internationale et les tâches de l'I.C. (Rapport au XV^e Congrès du P.C. de l'URSS)*, Bureau d'éditions, París, 1928, p. 43.

75. Hasta 1926, el presidente había sido Zinoviev. Después Bujarin, el cual es eliminado de la dirección de la IC al poco tiempo del VI Congreso. Los principales informes en los congresos anteriores al VII habían sido hechos siempre por soviéticos.

76. Dimítrov: *Informe al VII Congreso de la IC*. En *Œuvres choisies*, Editions sociales, París, 1952, . 164.

77. R. Luxemburgo: *La révolution russe*, Maspero, París, 1964, p. 69-70. En el contexto, "condiciones difíciles" y "condiciones fatales" significan las condiciones generales de Rusia - atraso, predominio campesino, etc.- y las circunstancias derivadas de la intervención armada imperialista, del fracaso de la revolución en Occidente, etc. El concepto de "táctica" es utilizado en su sentido más amplio, envolviendo las cuestiones estratégicas de la revolución. El peligro de aislar la experiencia bolchevique de su medio político-social lo vio Rosa Luxemburgo desde 1904, en relación con la concepción del partido defendida por Lenin. Refiriéndose a la conexión que establecía Lenin entre oportunismo y tendencias descentralizadoras, decía en su ensayo *Centralismo y democracia*: "Nada es más contrario al espíritu del marxismo, a su método de pensamiento histórico-dialéctico, que separar los fenómenos del *suelo histórico* en que surgieron y de hacer de ellos esquemas abstractos de un alcance absoluto y general." (*Marxisme contre dictature*, Spartakus, París, 1946, p. 27.)

78. Podrían añadirse otras consideraciones. La enorme repercusión internacional de la revolución de Octubre contribuye a velar su carácter esencialmente ruso en cuanto al tipo de contradicciones objetivas, a las características de los agentes sociales, a sus vías estratégicas y procedimientos tácticos, etc.

Desde el punto de vista de las fuerzas teóricas iniciales de la IC hay que tener en cuenta no sólo que casi todos los cuadros teóricos de la II Internacional quedan en las filas reformistas, sino que en el periodo precedente se ha producido un divorcio entre la teoría de la revolución propiamente dicha - que queda congelada en el estado muy incipiente en que la dejaron Marx y Engels - y el desarrollo de la ciencia social (economía, socio- logía, historia, filosofía) que aunque muy influida por el marxismo toma una dirección esencialmente positivista.

79. Lenin: *Obras escogidas* en español, p. 357, 417.

80. Edición francesa de 1964, Editions de Minuit, París. En 1923 aparece también *Historia y conciencia de clase* de Lukacs, que aun siendo una defensa de la ortodoxia bolchevique en las cuestiones del partido y del Estado, representa a nivel filosófico, como el de Korsch, un replanteamiento de los problemas de la dialéctica marxista, volviendo a la investigación de los orígenes, de la relación Marx-Hegel. Por eso fue condenado por Zinoviev en el V Congreso de la IC, junto con el libro de Korsch.

81. *Bolchevik*, Moscú, 5 de septiembre de 1924. Esta revista comenzó a publicarse después de la muerte de Lenin, en el contexto de la lucha contra la oposición trotsquista.

82. La asimilación que hace Zinoviev entre la relación Marx-marxistas, y la relación Darwin-darwinistas, no tiene en cuenta una diferencia sustancial, señalada por el filósofo marxista español Manuel Sacristán: "Por regla general un clásico -dice en su prólogo a la edición, por Grijalbo, del Anti-Düring, 1964- no es para los hombres que cultivan su misma ciencia más que una fuente de inspiración que define, con mayor o menor claridad, las motivaciones básicas de su pensamiento. Pero los clásicos del movimiento obrero han definido, además de unas motivaciones intelectuales básicas, los fundamentos de la práctica de aquel movimiento, sus objetivos generales. Los clásicos del marxismo son clásicos de una concepción del mundo, no de una teoría científico-positiva especial. Esto tiene como consecuencia una relación de adhesión militante entre el movimiento obrero y sus clásicos. Dada esta relación necesaria, es bastante natural que la perezosa tendencia a no ser crítico, a no preocuparse más que de la propia seguridad moral, práctica, se imponga frecuentemente en la lectura de estos clásicos, *consagrando injustamente cualquier estado histórico de su teoría* con la misma intangibilidad que tienen para un movimiento político-social los objetivos programáticos que lo definen" (p. XXIII-XXIV). (El subrayado es nuestro. FC.) Después de la muerte de Lenin, la IC no sólo no combatió la "perezosa tendencia" sino que la estimuló, justificándola con todo tipo de razones prácticas y políticas, cuando no "teóricas".

83. El texto de Zinoviev del que están sacadas las citas precedentes, pertenece a su obra *El leninismo*. Se encuentra en la selección de textos preparada por Giuliano Procacci bajo el título

Staline contre Trotsky, Maspero, París, 1965. Los pasajes citados figuran en las p. 113-114. (Los subrayados son nuestros. FC.)

84. Informe citado (véase nota 74), p. 86.

85. *Ibid.*, p. 12, 13, 15, 16, 28. (Los subrayados son nuestros. FC.)

86. *Ibid.*, p. 73-75.

87. En marzo de 1926 aparece el estudio de Mao sobre las clases en la sociedad china, y en marzo de 1927 su informe sobre la encuesta llevada a cabo (por el mismo Mao) en la provincia de Hunan a propósito del movimiento campesino. Investigaciones político-sociológicas de este tipo – comparables a las de Lenin sobre la sociedad rusa a fines del XIX y comienzos del XX – no existen en los partidos comunistas occidentales durante el periodo de la IC, salvo error por nuestra parte.

Capítulo 3

1. Citado por Branko Lazitch: *Op. cit.*, p. 108.

2. *Congresos I-IV*, p. 40.

3. El título oficial del documento es "Condiciones de admisión de los partidos en la Internacional Comunista". Texto íntegro en *Congresos I-IV*, p. 39-41. Puede verse también en *Los congresos obreros internacionales del siglo XX*, de Amaro del Rosal.

4. Lenin: *Discurso sobre la cuestión italiana* (III Congreso de la IC), t. 32, p. 441.

5. Inmediatamente después de la primera guerra mundial la organización sindical de la clase obrera dio un verdadero salto cuantitativo: de 1913 a 1919, el número de obreros organizados pasó en Alemania de cuatro millones a once millones; en Inglaterra de cuatro millones a ocho millones; en Francia de un millón a dos millones y medio; en Italia de casi un millón a casi dos; en Austria, de unos doscientos cincuenta mil a ochocientos mil. (Se trata de cifras redondas.) Los dirigentes reformistas o sindicalistas apolíticos conservaron la dirección y la influencia decisiva en la aplastante mayoría de esa masa organizada sindicalmente.

Entre 1918 y 1924 hubo elecciones en todos los países citados, que probablemente fueron las realizadas en condiciones de más amplia libertad burguesa entre las dos guerras. Los resultados dan una cierta idea de la correlación de influencias en la clase obrera entre los partidos socialistas tradicionales y los nuevos partidos:

| País | Fecha | Partido | Votos |
|------------|-------|------------------------------------|------------|
| Inglaterra | 1918 | Laborista | 2 200 000 |
| | 1922 | Laborista | 4 300 000 |
| Alemania | 1919 | Socialista mayoritarios | 11 500 000 |
| | | Socialista independientes (centro) | 2 300 000 |
| | 1920 | Socialista mayoritarios | 6 100 000 |
| | | Socialista independientes (centro) | 5 900 000 |
| Francia | 1919 | Socialista | 1 700 000 |
| | | Socialista | 1 700 000 |
| | 1919 | Comunista | 900 000 |
| Italia | 1919 | Socialista | 2 000 000 |
| | 1921 | Socialista | 1 500 000 |
| | | Comunista | 300 000 |
| Austria | 1919 | Socialista | 1 200 000 |
| | | Socialista | 1 000 000 |
| | 1920 | Comunista | 22 000 |

(Datos tomados de Branko Lazitch: *Op. cit.*, p. 249-250.)

Según Arthur Rosenberg (*Op. cit.*, p. 239-240), "en 1919 y 1920 la mayoría de los obreros europeos era favorable a la III Internacional". Esta apreciación se compagina mal con los datos anteriores y con los resultados de las luchas revolucionarias, pero en ella hay una parte de verdad. Importantes sectores obreros simpatizaban con la nueva Internacional, en la que veían la representante de la revolución rusa, pero no aceptaron ni su apreciación de la situación, ni sus métodos. En particular las "21 condiciones". A esto alude sin duda Rosenberg, cuando dice: "Las escisiones y la exclusiva pronunciada contra importantes fracciones de la clase obrera pusieron de nuevo a los comunistas en minoría. En Alemania, el partido socialista, reforzado por los elementos del partido socialista independiente que no habían adherido a la III Internacional, era superior en número, con mucho, a los comunistas. Análogamente, en 1921 los socialdemócratas habían reconquistado de nuevo una mayoría aplastante en Italia, Suecia, Dinamarca, Holanda, Bélgica, Austria y Suiza. Los comunistas no conservaban la mayoría más que en Francia, Checoslovaquia y Noruega. En los Balcanes, en Polonia y en Hungría el movimiento comunista había sido aplastado por la fuerza. Los sindicalistas, que tenían tras ellos la mayoría de los obreros en España, rompieron también sus relaciones con la III Internacional [...] Fuera de Europa, la influencia comunista era en todas partes muy débil."

En su ensayo sobre la IC, ya citado, Togliatti dice: "Resultó que era más fácil romper con los jefes socialdemócratas que liberarse del socialdemocratismo." Pero no saca ninguna conclusión crítica acerca de los métodos utilizados para la "ruptura".

6. El "viraje" se inició en el III Congreso de la IC (junio-julio de 1921), pero las primeras tesis sobre el "frente único obrero" fueron elaboradas al final de este año por el Comité Ejecutivo de la IC y aprobadas en su pleno de diciembre.

7. Annie Kriegel: *Les Internationales ouvrières*, p. 112-113. El periodo siguiente – después de la subida de Hitler al poder, periodo del Frente Popular – registra un cierto crecimiento en los partidos legales (sobre todo en Francia y España). Pero la cifra oficial que se dio en el VII Congreso (785 000) resultaba sorprendente, dado que entre tanto se había producido el hundimiento del Partido Comunista alemán, y el Partido Comunista de China había sufrido grandes pérdidas en la lucha armada de 1934 y primera mitad de 1935, a consecuencia de las cuales sus efectivos pasaron de 300 000 (en octubre de 1933) a 30 000 en la primera mitad de 1935. Los historiadores soviéticos B.M. Leibson y K.K. Shirinia, han puesto en duda, por primera vez, la cifra oficial de 1935, en su libro *Povorot v politieke Komintern [Viraje en la política de la Komintern]*, 1965. Consideran que hay que descontar las pérdidas sufridas por el partido chino. Resultaría, por tanto, que los efectivos de la IC (excluido el partido soviético), serían en el periodo del VII Congreso de unos 500 000 miembros.

8. Lenin, t. 11, p. 375.

9. *Boletín para el extranjero del Partido Comunista italiano*, junio-julio de 1964, n.º 4, p. 129.

10. Rosa Luxemburgo inicia la crítica de la teoría de Lenin sobre el partido, en cuanto ésta toma forma sistemática en *Un paso adelante, dos pasos atrás*. Su ensayo "Algunas cuestiones de organización de la socialdemocracia rusa", publicado en *Neue Zeit* en 1904, es una crítica directa, a nivel teórico, del libro de Lenin. Aquí hace una observación muy aguda: "Es ignorar la naturaleza íntima del oportunismo, el atribuirle, como hace Lenin, la preferencia invariable por una forma determinada de organización, concretamente por la *descentralización*" (*Marxisme contre dictature, Spartacus*, París, 1946, p. 29). En el mismo ensayo muestra el efecto perjudicial de la ultracentralización sobre la acción política del partido: "Concediendo al órgano director del partido poderes tan absolutos de un carácter negativo, como quiere Lenin, no se hace más que reforzar hasta un grado muy peligroso el conservadurismo inherente a este órgano. Si la táctica del partido debe ser el hecho no sólo del Comité Central sino del conjunto del partido o, aún mejor, del conjunto del movimiento obrero, es evidente que las secciones y federaciones necesitan esa libertad de acción que es el único medio de poder utilizar todos los recursos de una situación y desarrollar su iniciativa revolucionaria. El ultracentralismo defendido por Lenin nos aparece como impregnado, no de un espíritu positivo y creador, sino del espíritu estéril del vigilante nocturno. Toda su preocupación

tiende a controlar la actividad del partido y no a fecundarla; a estrechar el movimiento más bien que a desarrollarlo; a yugularlo y no a unificarlo” (*Ibid.*, p. 25).

11. Riazanov proponía que en la resolución ”sobre la unidad” se estableciera taxativamente que no podría haber nunca más elecciones de delegados a un congreso del partido sobre la base de plataformas políticas presentadas por diversos grupos o miembros del partido (como se había hecho para el X Congreso). Lenin se opone a la enmienda con la siguiente argumentación: ”Pienso que el deseo del camarada Riazanov desgraciadamente no es realizable. Privar al partido y a los miembros del Comité Central del derecho de dirigirse al partido si una cuestión importante suscita divergencias, no podemos hacerlo [...] Es posible que entonces tengamos que elegir por plataformas [...] Si nuestra resolución sobre la unidad y, naturalmente, el desarrollo de la revolución nos une, las elecciones por plataformas no se repetirán. La lección que hemos recibido en este congreso no se olvidará. Pero si las circunstancias provocan divergencias esenciales, ¿se puede prohibir que se sometan al juicio de todo el partido? ¡No, no se puede! Esa es una pretensión excesiva que es irrealizable y que propongo rechazar” (t. 32, p. 237). Lenin veía la cuestión de manera dialéctica: la aparición o no de grupos con plataformas distintas – es decir, fracciones – no se resuelve con decretos. Depende del desarrollo del movimiento real, de que aparezcan o no divergencias importantes. Si surgen, el único camino para resolverse es la discusión abierta en el partido.

Sobre cómo debe desarrollarse la discusión en caso de divergencias importantes también es muy instructiva la opinión de Lenin. ”Es necesario – dice – que todos los miembros del partido se pongan a *estudiar*: 1) La esencia de las divergencias; 2) el desarrollo de la lucha en el partido. Es necesario lo uno y lo otro porque la esencia de las divergencias se desenvuelve, se esclarece y se concretiza (y hasta cambia por completo de aspecto) en el *curso de la lucha*, la cual, pasando por diferentes etapas, nos muestra en cada una de ellas diferente composición y número de contendientes, diferentes posiciones en la lucha, etc. Es necesario *estudiar* lo uno y lo otro, exigiendo obligatoriamente documentos precisos, impresos, susceptibles de comprobación por todos. Quien crea en las palabras es un idiota incorregible, al que hay que dejar por imposible.” (t. 32, 22-23). No hay duda: habla un gran experto en la lucha fraccional. Pero después de Lenin se puso cada vez más empeño en convertir a los comunistas en ”idiotas incorregibles”.

12. Trotski: *La révolution permanente*, p. 176-177.

13. Carta de Engels a Kautski del 23-II-1891, incluida en *Crítica del programa de Gotha*, Progreso, Moscú, edición española.

14. El primer pasaje pertenece a la Comunicación del Consejo General de la AIT, aprobado en su sesión del 9 de marzo de 1868; el segundo, a la exposición de Marx ante el Consejo General, del 5 de marzo de 1872. Ambos textos están incluidos en el folleto *Marx y Engels sobre el anarquismo*, Ediciones en lenguas extranjeras, Moscú, 1941.

15. Trotski: *Ecrits*, III, Quatrième Internationale, París, 1959, p. 80.

16. Dimítrov: *Op. cit.*, p. 165. (El subrayado es nuestro. FC.)

17. *Ibid.*, p. 199. En la segunda mitad de los años treinta, cuando Stalin desencadenó el terror contra la vieja guardia bolchevique y millones de ciudadanos soviéticos, vivían en la URSS como exilados, cumpliendo funciones de sus partidos o de la Komintern, numerosos dirigentes y cuadros de partidos comunistas europeos que se encontraban en la clandestinidad, bajo los regímenes fascistas o reaccionarios (de Alemania, Italia, Polonia, Hungría, Yugoslavia, Bulgaria, etc.). La represión de Stalin se abatió también sobre ellos con el pretexto de afinidades o complicidades con el trotsquismo, bujarinismo, etc. Las víctimas eran invariablemente acusadas de estar al servicio de la policía de los respectivos países y de los servicios de espionaje capitalistas. En el XVIII Congreso del Partido Comunista soviético, Manuilski llegó a decir en su informe que los partidos comunistas de Polonia, Yugoslavia y Hungría estaban ”invadidos por policías” (véase *Les partis communistes d'Europe*, de Branko Lazitch, p. 87). Entre los comunistas yugoslavos asesinados por la policía secreta de Stalin figuraban los dos primeros secretarios del partido, Filip Filipovitch

(Boskovitch) y Sima Markovitch, así como Yosip Tchizinski (Gorkitch), que ocupaba ese puesto en 1937. Toda la dirección del PCY fue barrida ese año, a excepción de Yosip Broz-Tito, a quien la Komintern encomendó formar una nueva dirección (*Ibid.*, p. 145). El más afectado fue el Partido Comunista de Polonia. K.S. Karol, en su libro *Visa pour la Pologne* (Gallimard, París, 1958), hace el siguiente relato: "Sin ningún proceso ni explicación, los dirigentes comunistas polacos que se encontraban en la URSS fueron detenidos y fusilados [en enero de 1938]. La primera víctima fue Adolf Warski, veterano del movimiento obrero, amigo de Lenin y de Rosa Luxemburgo, retirado de la vida política desde hacía varios años [tenía 71]. Lenski, considerado, sin embargo, como el más fiel estaliniano polaco, Wera Kostrzewa – que había sido, en Siberia, camarada de deportación de Stalin –, Henrik Walecki, y todos los demás, compartieron la misma suerte. Y como la lista no estaba completa, fueron llamados los que combatían en España en la primera Brigada Internacional – que llevaba el nombre del héroe polaco de la Comuna de París, Jaroslaw Dombrowski –: Prochniak, antiguo miembro del Comité Ejecutivo de la IC, Brand, Bronkowski, Bronski, y muchos otros, que acudieron a esta cita de la muerte. Centenares de dirigentes menos importantes fueron deportados a los campos de concentración de la región polar [...] En abril de 1938, la Komintern decretó oficialmente la disolución del Partido Comunista polaco, "penetrado por agentes provocadores, trotsquistas y otros enemigos de la clase obrera". Los militantes recibieron orden de dispersarse, advirtiéndoles solemnemente que toda tentativa de reconstituir su partido sería considerada como una provocación. Lo que el régimen pilsudskista no había logrado en el curso de largos años de lucha sin cuartel, la Komintern lo realizó en unas horas: la extrema izquierda dejó de existir en Polonia en tanto que fuerza organizada." (p. 59-60.) Cayeron también comunistas alemanes, italianos y de otras nacionalidades. (En relación con los alemanes véase nota 67 del capítulo 4 de esta primera parte.)

18. W. Foster: *Op. cit.*, p. 470-471.

19. La IV Internacional es creada en 1938.

Capítulo 4

1. Piatnitski, jefe de la sección de cuadros de la IC. Citado por Branko Lazitch, en *Les partis communistes d'Europe*, Les Iles d'Or, París, 1956, p. 162.

2. En las elecciones de noviembre de 1932, el partido nazi pierde dos millones de votos. Casi todos los historiadores coinciden en que se iniciaba el reflujó de la marea hitleriana, y en que la operación política mediante la cual el poder pasó a manos de Hitler no estuvo, ni mucho menos, dictada fatalmente por la correlación de fuerzas. Algunos investigadores han hablado de "suicidio de la república de Weimar". Lo más exacto, tal vez, sería hablar de suicidio del movimiento obrero alemán.

3. Trotski: *Ecrits*, III, París, 1959, p. 378.

4. Dimítrov: *Op. cit.*, p. 47-52.

5. *Ibid.*, p. 138.

6. La propuesta invariable era desencadenar la huelga general, a sabiendas que los jefes reformistas iban a responder con la negativa. Trotski llamaba a este método "ultimatismo". El partido presentaba una y otra vez su "ultimátum" no sólo a los jefes sino a las masas, exigiéndoles ponerse bajo su dirección, reconocer la supuesta misión histórica del partido comunista. (Véase *Ecrits*, III, p. 130-138.)

7. Gilbert Badia: *La fin de la République Allemande (1929-1933)*, Editions sociales, París, 1958, p. 88. G.B. constata que "même lorsque le péril fasciste se fit plus pressant, il n'y eut pas de tentative poussée d'unité au sommet" (p. 63).

8. W. Ulbricht: *Op. cit.*, Berlín, t. 1, p. 455.

9. Lenin, t. 33, p. 294-298.

10. El 16 de diciembre de 1926, Scheidemann, líder del Partido Socialdemócrata, excanciller, hizo una intervención en el Reichstag que produjo sensación en todo el mundo. La socialdemocracia se encontraba en ese momento en la oposición, y el líder socialista denuncia en su discurso que la Reichswehr se está rearmando secretamente y convirtiéndose en un Estado dentro del Estado. Después de dar una serie de datos a este respecto revela, con pruebas documentales, que el Estado Mayor de la Reichswehr utiliza, entre otros, los servicios de una compañía industrial, la GEFU, para establecer una industria de armamentos en Rusia que trabaje para el ejército alemán. Citamos a continuación dos fragmentos del discurso: "La tarea de la GEFU consiste en establecer una industria de armamentos en el extranjero, especialmente en Rusia. La firma de los acuerdos ha sido hecha bajo nombres falsos. El intermediario para los acuerdos concluidos por la casa Junkers, el 14 de marzo de 1922, ha sido el general Hasse. (Tumulto en la derecha, gritos diversos: ¡traidor! ¡canalla! ¡sacadle!)

"Nosotros sabemos de fuente absolutamente segura, prosigue Scheidemann en medio de un escándalo general, que los transportes de municiones rusas se han hecho sobre varios barcos llegados a Leningrado a fines de septiembre y en octubre de 1926. Estos barcos pertenecen a la Compañía de Navegación de Stettin: se llaman *Gothenburg*, *Rastenburg* y *Colberg*. La célula comunista del puerto está perfectamente al corriente de estas cosas. (Risas embarazadas a izquierda.) No es limpio ni honesto ver a la Rusia soviética predicar la revolución mundial, al mismo tiempo que arma a la Reichswehr. (Interrupciones a izquierda, gritos diversos.)

"Nosotros no podemos tolerar más tiempo un estado de cosas contrario a la creación de un ejército verdaderamente republicano y democrático. La Reichswehr tiene necesidad de ser enteramente transformada. (Aplausos en el centro y en la izquierda. Tumulto a la derecha.)" (Citado por Benoist-Méchin en su *Histoire de l'Armée Allemande*, Albin Michel, París, 1938, t. II, p. 370-371.)

G. Badia, en su *Histoire de l'Allemagne Contemporaine*, confirma plenamente la colaboración entre la Reichswehr y el gobierno soviético, y da una serie de datos concretos. (Véase p. 234-235 y notas correspondientes, del t. I.) Véase también en la *Histoire de la guerre froide*, de A. Fontaine, t. I, p. 71-72. Según Deutscher (*Stalin*, p. 321), la cooperación de Moscú con la Reichswehr duró hasta 1935.

El historiador soviético Nekritch, en su libro *22 de junio de 1941*, publicado en francés bajo el título *L'Armée rouge assassinée* (Grasset, 1968), se refiere a uno de los aspectos de esa colaboración. Una serie de jefes militares del ejército rojo siguieron cursos en la Academia militar alemana. Las relaciones establecidas en este periodo entre mandos militares soviéticos y alemanes, incluían las de tipo epistolar, lo que permitió a los servicios secretos alemanes, a final de los años treinta, fabricar documentos falsos que comprometían a los jefes militares soviéticos. Se trataba de hacer creer a Stalin en la existencia de un complot de generales, dirigido por Tujatchevski. El plan alemán, aprobado personalmente por Hitler y elaborado en sus detalles por la Gestapo, tuvo pleno éxito. Sobre la base de esas "pruebas", en abril-mayo de 1937 fueron detenidos diversos generales del ejército rojo, entre ellos Tujatchevski y Yakir. Se inició la purga que habría de aniquilar a gran parte de los cuadros de mando de las fuerzas armadas soviéticas. (Véase el libro de Nekritch, p. 116-120).

11. G. Badia: *Histoire de l'Allemagne Contemporaine*, p. 132.

12. El Partido Socialdemócrata independiente nace de la escisión que se produce en el Partido Socialdemócrata alemán en 1917. En el "independiente" quedan agrupados desde Kautski y Bernstein hasta los espartaquistas (éstos rompen en noviembre de 1918 para formar el Partido Comunista). El común denominador de la heterogénea composición política del nuevo partido fue la oposición a la política de guerra de la dirección del Partido Socialdemócrata. Clara Zetkin rompe con los "independientes" antes de que la mayoría de éstos pase en bloque al Partido Comunista, lo cual tiene lugar a finales de 1920.

13. G. Badia: *Histoire de l'Allemagne Contemporaine*, p. 176-177. Cita las Memorias de Svering, donde éste explica que el gobierno provocó deliberadamente la insurrección prematura de los comunistas.

14. *Congresos I-IV*, p. 124.

15. Algunos ejemplos. En la conferencia del Partido Socialdemócrata ruso (reunificado temporalmente después de la escisión de 1905), 8 de los 9 delegados de la fracción bolchevique propugnaban el boicot de la II Duma. Lenin se une a los mencheviques, a los socialdemócratas polacos y los del Bund, para lograr que se rechaze la propuesta de boicot. En vísperas de la insurrección de octubre, ante la resistencia que encuentran en el comité central del partido bolchevique sus propuestas, envía una carta amenazando con dimitir y "reservándose el derecho de propagar sus opiniones en el partido". Zinoviev y Kamenev, como es bien conocido, exponen públicamente, en una revista que no es del partido, sus discrepancias con Lenin acerca del proyecto de insurrección. En 1918, el Buró regional de Moscú, dirigido por Bujarin, publica un documento oponiéndose a la paz de Brest-Litovsk y declarando que considera inevitable la escisión del partido. Y podrían citarse otros muchos ejemplos del mismo tipo.

16. Lenin, t. 33, p. 252, 271.

17. En los primeros días de 1923 un dólar vale 18 000 marcos; en agosto, 4 600 000; en noviembre, 8 millones de marcos. Es decir, el marco pierde todo valor. Esta depreciación inmensa de la moneda se traduce en un alza continua de los precios. Las protestas y huelgas se multiplican en todo el país. Al mismo tiempo se ponen en movimiento las fuerzas fascistas y militaristas. En Baviera, donde el partido de Hitler tiene ya relativa fuerza, se proyecta una "marcha sobre Berlín". El partido comunista crea organizaciones de autodefensa proletaria, las "centurias revolucionarias". El 1 de mayo desfilan en Berlín 25 000 miembros de estas centurias. El 29 de junio tiene lugar una jornada antifascista, organizada por el partido. El 11 de agosto, los obreros de Berlín desencadenan una huelga general de tres días. El gobierno Cuno dimite y se forma el gobierno Stressemann, con participación del Partido Socialdemócrata (que hasta entonces estaba en la oposición, lo que había favorecido la participación de los obreros socialdemócratas en la ola de protestas). El nuevo gobierno decide el cese de la "resistencia pasiva" a la ocupación del Ruhr, toma una serie de medidas económicas – con ayuda del capitalismo angloamericano – para estabilizar la moneda, y proclama el estado de sitio, es decir, entrega, de hecho, el poder a la Reichswehr. En octubre se forman en Sajonia y Turingia gobiernos de coalición comunista-socialistas de izquierda. Pero en el conjunto del país ha comenzado el reflujó del movimiento. Los obreros socialistas de Sajonia y Turingia rechazan la propuesta comunista de organizar la resistencia armada a las fuerzas despachadas por la Reichswehr para poner orden en estas dos provincias. Efectivamente, el orden es restablecido y los ministros comunistas expulsados de los respectivos gobiernos.

18. Citado por H. Brahm, en el último capítulo de su libro *Trotzkij's Kampf um die Nachfolge Lenins*, Verlag Wissenschaft und Politik, publicado en francés en Cahiers du Monde Russe et Soviétique, París, enero-febrero de 1965, p. 88.

19. Citado por Trotski en *Ecrits*, III, p. 145.

20. Lenin, t. 33, p. 121-122. Lenin precisa a continuación que no se trata de hacer concesiones y sacrificios, sean los que sean. El sentido general de sus planteamientos es ir todo lo lejos que sea necesario en las concesiones que, permitiendo conservar la paz, sean compatibles con la subsistencia de las conquistas esenciales de la revolución rusa.

21. En este periodo Radek era el especialista de las cuestiones alemanas en la Komintern. En el V Congreso de la IC, en el que la "cuestión alemana" constituyó el tema central (hasta el punto de que llegado un momento Pepper, representante del Partido Comunista de los Estados Unidos, intervino para declarar: "Temo que nuestro congreso no sea demasiado alemán, demasiado Europa central, y en todo caso demasiado poco mundial."),

Radek refutó las afirmaciones ligeras de Zinoviev y otros dirigentes de la IC sobre la situación existente en Alemania y en otros países europeos: "Zinoviev ha dicho que en Alemania y en Francia hemos llegado a la conquista de la mayoría del proletariado. Zinoviev se equivoca. Y este error está ligado a la afirmación de los camaradas de izquierda que dicen estar prestos todos los días a entablar el combate por el poder total... (voces en la sala: ¡estamos prestos!)... ¡preostos! No se está presto a hacer una cosa cuando no se puede hacer... (exclamaciones)." (*V Congreso*, p. 77.)

22. En el V Congreso de la IC Brandler declaró: "La entrada en el gobierno sajón se ha hecho pese a mi consejo y pese a la resistencia de los camaradas sajones." (*V Congreso*, p. 85.)

23. H. Brahm: *Op. cit.*, p. 90.

24. El mismo G. Badia, pese a plegarse a la tesis oficial de la dirección zinovietista de la IC condenando la política de Brandler, llega a la conclusión de que no existían, ni mucho menos, las condiciones para proponerse la toma del poder. En una extensa nota a pie de página de su *Histoire de l'Allemagne Contemporaine* (p. 201), refuta las afirmaciones de Thaelmann y Stalin. (Stalin, que había coincidido con Brandler, pasa algún tiempo después a sostener lo contrario: el secreto de su volte-face está en que el grupo Brandler-Thalheimer apoyaba la oposición dentro del partido ruso. Stalin argumenta entonces que si bien en agosto no se podía plantear la toma del poder, dos meses después sí se podía, porque "la ola revolucionaria se había inflado y había hecho estallar la socialdemocracia, porque los obreros comenzaban a pasar en masa al partido comunista".) Los datos concretos de la situación demuestran lo contrario. Los consejos obreros de Sajonia apoyan la posición de los socialdemócratas de izquierda, contraria a la huelga general. La insurrección en Hamburgo, como demuestra la propia descripción de Thaelmann, no logra arrastrar ni siquiera a la masa del partido comunista. Por otra parte, dice G. Badia: "Ni Thaelmann, ni Stalin, que formulan sus juicios mucho tiempo después de los acontecimientos, no tienen suficientemente en cuenta el estado de las fuerzas de la burguesía. Pese al conflicto Berlín-Munich, la burguesía alemana es más fuerte en 1923 que en 1918. Los partidos de derecha tienen más influencia. Y, sobre todo, existe ese instrumento de represión bien organizado que es la Reichswehr, el cual no existía en diciembre de 1918." Cita la opinión de W. Ulbricht, expresada en el IX Congreso del PCA (Francfort, abril de 1924): "Los combates de octubre [se refiere a la insurrección de Hamburgo] prueban al partido lo que sucede cuando un pequeño número de comunistas valerosos se hace diezmar, mientras que las grandes masas – incluso grandes masas de obreros en huelga – asisten pasivamente a la lucha."

25. Las tesis "sobre la unidad del frente proletario" del IV Congreso de la IC aprueban expresamente la táctica del partido alemán (*Congresos I-IV*, p. 161-162). En la sesión plenaria del Comité Ejecutivo de la IC celebrada el 12 de junio de 1923, Zinoviev pone como ejemplo a la dirección del partido alemán, en lo que se refiere a tener en cuenta los consejos del Comité Ejecutivo. (Edición rusa del informe de Zinoviev en esta reunión, Moscú, 1923, p. 30.)

26. *V Congreso*, p. 102.

27. En la resolución del V Congreso sobre "la cuestión rusa", se dice: "El Congreso constata que la oposición rusa ha sido sostenida por los grupos de los otros partidos (polaco, alemán, francés, etc.) que expresan la desviación de derecha (oportunistas) en esos partidos [...]" (*V Congreso*, p. 451-452.)

28. La declaración, que lleva fecha 25 de marzo de 1925, está incluida en el *Compte rendu de l'Exécutif élargi de l'IC*, Librairie de l'Humanité, 1925, p. 209-210.

29. *Ibid.*, p. 102-103.

30. Véase las notas de G. Haupt, p. 268 y 292 en la *Histoire du bolchévisme*, de A. Rosenberg.

31. J. Humbert Droz, que en ese momento era uno de los secretarios de la IC, ha revelado los detalles de este asunto en "L'oeil de Moscou" à Paris, Collection Archives, Julliard, 1964, p. 256259: Poco después del VI Congreso de la IC, en el Partido Comunista alemán había estallado una crisis. El secretario del partido en Hamburgo, Wittorf, había robado 2 000 marcos de la caja del

partido, y Thaelmann había impedido que el asunto fuera conocido por los militantes, prohibiendo hablar de ello, so pena de exclusión del partido, a los que intervinieron en la verificación del hecho. El Comité Central del partido destituyó a Thaelmann por un voto unánime. El que había descubierto el escándalo fue Eberlein, representante de los espartaquistas en el congreso fundacional de la IC, el cual era en 1928 responsable de las finanzas de la IC. Stalin, temiendo que la dirección del partido alemán pasara a los partidarios de Bujarin, convocó una reunión del Presidium del Comité Ejecutivo de la IC, con la sola presencia de los pocos miembros que en ese momento se encontraban en Moscú, e impuso que el Presidium anulara la decisión del Comité Central del PCA, rehabilitara a Thaelmann, y desaprobara públicamente al Comité Central alemán. Varios miembros del Presidium, entre ellos Manuilski, Bela Kun y el mismo Droz, que en esos días descansaba en el Cáucaso, se enteraron de la decisión por la *Pravda*.

32. A finales de 1919 y en 1920 funcionaba en Berlín un secretariado de la Komintern para Europa occidental, que trabajaba en estrecha ligazón con la dirección del PCA. Sus posiciones se diferenciaban de las del centro de Moscú, reflejándose en ellas la orientación del grupo dirigente alemán (en la cual se manifestaba la influencia luxemburguesa). En enero de 1920 este secretariado publica en su órgano un proyecto de tesis sobre la táctica de la IC en la lucha por la dictadura del proletariado, en el que se manifiesta un esfuerzo de elaboración autónoma respecto de los bolcheviques. Aparecen ideas que habían sido expresadas en el congreso constituyente del PCA. Se subraya, en particular, que la revolución socialista es un proceso histórico complejo, diferenciado según las circunstancias y los países. La revolución alemana y la europea, se dice, plantean problemas y asumen ritmos diferentes de la soviética. (Véase el ensayo de Giorgio Caforno, en *Critica marxista*, julio-agosto de 1965, p. 122-123.)

33. Engels: *Prefacio a la guerra campesina en, Alemania, Obras escogidas* (en español), Progreso, Moscú, 1966, t. I, p. 640.

34. Stalin, t. 8, p. 117-118.

35. Esta corriente se constituye de los partidos y grupos de la socialdemocracia que habiendo roto con la II Internacional estaban en desacuerdo con la III, sobre todo en cuestiones de organización y de táctica. Las "21 condiciones" facilitaron en gran medida el desarrollo de esta tendencia, empujando a ella importantes grupos de izquierda de la socialdemocracia. En febrero de 1921 se reunieron en Viena los representantes de dichos partidos y grupos – como partido, el más importante era el austriaco, pero tenían gran peso en el seno de los partidos respectivos algunos de los grupos participantes. A la reunión asistieron 80 delegados representando a 13 países. Decidieron no constituir una nueva Internacional, sino una "Unión de los partidos socialistas para la acción internacional", con la principal misión de "trabajar por la creación de una Internacional que comprenda el conjunto del proletariado revolucionario del mundo". (Véase *Los congresos obreros internacionales del siglo XX*, de Amaro del Rosal, p. 149-152.)

36. *Congresos I-IV*, p. 163.

37. En la Conferencia de Berlín la II Internacional estuvo representada por Vandervelde, Mac Donald, Wels, Huysmans, entre otras figuras de primera fila. La Internacional II y , por Adler, O. Bauer, Crispin, Paul Faure, Longuet, etc. La III Internacional, por Radek, Bujarin, Clara Zetkin, Frossard, Bordiga, Katayama, Rosmer, Smeral, Warski, Stoinovitch. Serrati asiste como observador en nombre del Partido Socialista italiano, no perteneciente a ninguna de las tres Internacionales. En las delegaciones de la II y de la II y I participan líderes de los mencheviques y socialrevolucionarios rusos, como el socialrevolucionario georgiano Tseretelli, y el menchevique de izquierda Martov. La reunión fue pública, con asistencia de periodistas, tanto de diarios obreros como de los principales órganos de la prensa internacional. El acta taquigráfica fue publicada poco después. (Nuestras referencias están tomadas de la edición hecha por la Librairie du Peuple, Bruselas, 1922.) Los militantes obreros de todas las tendencias tuvieron, por tanto, la posibilidad de conocer integralmente la discusión.

38. *Congresos I-IV*, p. 159.

39. *Ibid.*, p. 99-100. (El subrayado es nuestro.)

40. *Ibid.*, p. 160.

41. Paul Faure, que interviene en nombre de la Internacional II y 2, plantea que "la constitución de un verdadero frente único proletario" no puede lograrse más que "si los conflictos entre los partidos proletarios son dirigidos exclusivamente con armas intelectuales y no envenenados por procedimientos de lucha terrorista, aplicados por un partido proletario contra los otros". "El Ejecutivo de la Unión de partidos socialistas constata que en la Rusia soviética, bajo la dictadura del partido comunista, las masas del pueblo trabajador están despojadas de todos los derechos políticos y de toda libertad sindical, los partidos socialistas perseguidos por medio del terror y privados de toda posibilidad de acción, y que la Georgia socialista se ha visto despojada, por una ocupación militar, de su derecho a disponer de sí misma." Consideramos como una necesidad "exigida por una verdadera unidad de acción del conjunto del proletariado, que les sean devueltos a los partidos socialistas de Rusia la igualdad de derechos políticos, a los obreros y campesinos de Rusia su libertad de acción política y económica, y al pueblo trabajador de Georgia, su derecho de libre disposición de sí mismo". Advierte que la ejecución de los socialrevolucionarios condenados a muerte en Moscú haría imposible la conferencia. Otto Bauer, también en nombre de la Internacional II y 2, plantea: "Consideramos como incompatible con la idea del frente único proletario que la plenitud de los derechos cívicos no sea reconocida a todos los partidos proletarios y socialistas en Rusia." "Es una de las manifestaciones más incomprensibles de la política del gobierno de los soviets que en el momento mismo en que su partido ha lanzado la consigna de unidad proletaria, organice grandes procesos criminales por hechos que han pasado hace cuatro años, que han sucedido en circunstancias muy diferentes, que han ocurrido en una época de guerra civil abierta; que los organice ahora, sabiendo, como tiene que saber bien, las dificultades que ello crea forzosamente a la idea de la unidad del frente proletario."

Bauer está de acuerdo con las "condiciones morales" que ponen los representantes de la II Internacional, pero no en el camino que escogen: formularlas, y esperar que la III acepte. ¡Que las masas se unan, fraternicen en la misma acción! (los representantes comunistas aplauden). "No especuléis – les dice a los delegados de la II – con lo que los comunistas se proponen. Eso puede cambiar rápidamente. Vemos aparecer en Moscú todos los días un nuevo y último curso. No se trata de lo que esos camaradas quieran hacer, sino de lo que están forzados a hacer."

Dirigiéndose a los comunistas, les dice: "Yo no soy un niño para ignorar que viniendo de mí un llamamiento no puede encontrar eco en vosotros." "Yo soy, en efecto, lo que he leído de nuevo justamente hoy, un traidor enviado aquí para representar los intereses de la burguesía. ¿Qué queréis? Es vuestra terminología..." Pero "vosotros sabéis muy bien que cuando os hago este llamamiento para que restablezcáis las condiciones necesarias del frente único, yo no hago más que expresar lo que desean y quieren hoy millones de trabajadores de todos los países".

42. El gobierno soviético había reconocido formalmente la independencia de la república georgiana, mediante el tratado de paz del 7 de febrero de 1920. Tres meses más tarde se había firmado un pacto de no ingerencia recíproca. Era un caso muy parecido al de Finlandia. Pero el Cáucaso era el petróleo. A fines de 1920 los bolcheviques se orientan a resolver el problema con el procedimiento expeditivo de la intervención armada. Esta se inicia el 11 de febrero de 1921, combinada con la intervención armada de la Turquía kemalista por el sudoeste (el ataque turco comienza el 15 de febrero). Para la invasión de Georgia el gobierno bolchevique se justifica con una petición de ayuda de los bolcheviques georgianos (como se ve, la "petición de ayuda" que ha servido para justificar la invasión de Checoslovaquia en 1968 tiene su lejano precedente histórico). Pero en el informe que el dirigente principal de los bolcheviques georgianos, Majaradze, envía a Moscú, se reconoce sin lugar a dudas que la intervención no contaba con el apoyo de los trabajadores de Georgia: "La llegada del ejército rojo y el establecimiento del poder soviético, se dice en ese informe, tienen exteriormente la apariencia de una ocupación extranjera, porque en el país mismo no había nadie que estuviera

dispuesto a tomar parte en una rebelión o en una revolución. Y en el momento de la proclamación del régimen soviético, no había en toda Georgia, un solo miembro del partido capaz de montar un golpe o de tomar su dirección, y la tarea fue asumida por elementos dudosos, e incluso criminales.” (Citado por David Marshall Lang en *A Modern History*, Londres, 1962, p. 240.) Majaradze y otros dirigentes bolcheviques georgianos serían tratados de nacionalistas por Stalin, y más adelante liquidados.

43. Radek devuelve la pelota ”georgiana”, sacando a relucir los casos de Irlanda, la India, etc. Y argumenta con la necesidad de petróleo que tiene la república soviética. Otto Bauer está de acuerdo con Radek en la responsabilidad de los partidos de la II Internacional en una serie de violaciones de los derechos de los pueblos desde 1918, pero, dice: ”En el caso de Georgia son, de ambos lados, partidos proletarios y socialistas los que tienen la responsabilidad; es un ejército a cuya cabeza flota la bandera roja, el que esta vez representa la ocupación militar; y en todas partes donde el proletariado protesta ahora contra los actos de violencia del imperialismo, se le responde indicándole irónicamente Georgia.” Es posible que esta especulación de los líderes de la socialdemocracia, incluso de los que se situaban más favorablemente respecto a la revolución rusa, tuviera su influencia en la revisión que Lenin inicia poco después de la política bolchevique en Georgia, enfrentándose violentamente con Stalin.

44 El artículo sobre la Conferencia de las Tres Internacionales, se encuentra en el t. 33, p. 294 y s. La nota sobre las ”actitudes imperialistas” en el t. 36, p. 559.

45. Lenin, t. 33, p. 295.

46 *Congresos I-IV*, p. 157.

47. *V Congreso*, p. 425 (el subrayado es nuestro. FC).

48. *Ibid.*, p. 30, 80.

49. *Ibid.*, p. 425.

50. *Ibid.*, p. 378-379.

51. En enero de 1924 se había formado el gobierno Mac Donald, el primer gobierno laborista de la historia de Inglaterra. No cumple las promesas electorales de tipo social (nacionalizaciones, etc.). En el seno de las *tradeunions* se desarrolla un ala izquierda, expresión de la radicalización de las masas obreras. Bajo la presión de las masas y de la parte de la burguesía interesada en la exportación hacia la URSS, el gobierno Mac Donald cumple parcialmente su promesa electoral de normalizar las relaciones con la república soviética: la reconoce *de jure*, sin intercambiar embajadores. A finales de año, los laboristas, y sobre todo los liberales, son derrotados en las elecciones. Sube al poder un gobierno conservador que practica una política claramente antiobrero. La radicalización de las masas se acentúa. Es en estas condiciones – con el fin de aparecer como ”izquierdistas” ante las masas y, al mismo tiempo, como un aspecto de la oposición a los conservadores – cuando los máximos líderes de las *tradeunions* deciden entablar negociaciones con los dirigentes sindicales soviéticos. El comité sindical anglosoviético se crea a comienzos de 1925.

Detrás de esta maniobra oportunista del Comité Ejecutivo de la IC estaba la política exterior soviética, uno de cuyos objetivos fundamental en ese periodo era contrarrestar la política antisoviética del gobierno inglés. En su intervención en el Pleno del Comité Central del Partido Comunista ruso, de julio de 1926, Stalin define así la significación del Comité sindical angloruso: Su tarea consiste ”en organizar un amplio movimiento de la clase obrera contra nuevas guerras imperialistas, contra la intervención en nuestro país del más poderoso de los Estados imperialistas europeos: Inglaterra”. (Stalin: *Obras*, edición rusa, t. 8, p. 184.)

En mayo de 1926 se inicia la lucha obrera más importante de toda la historia de Inglaterra. Bajo la presión de las masas, y a fin de impedir que desborde hacia objetivos políticos radicales, los líderes de las *tradeunions* declaran la huelga general que dura del 8 al 12 de mayo. Por todo el país surgen espontáneamente comités de huelga, consejos de acción y otros órganos similares que en muchos

casos se convierten en embriones de poder. Mientras tanto los líderes sindicales se dedican a negociar con el gobierno conservador a fin de romper la huelga. La situación es cada vez más difícil. El gobierno prepara el ejército, aparecen tanques en las calles de Londres. El 11 de mayo, el Tribunal Supremo declara ilegal la huelga. El 12 de mayo el Consejo General de las *tradeunions* ordena la vuelta al trabajo. La ley ante todo. Los mineros prolongan la huelga hasta diciembre de 1926, teniendo finalmente que aceptar una reducción del salario.

La gran huelga de los obreros ingleses suscita una amplia solidaridad internacional, y los sindicatos soviéticos envían cantidades importantes de dinero a través del comité sindical anglosoviético. Pero los líderes sindicales ingleses se niegan a entregarlo a los huelguistas. Sin embargo, los dirigentes soviéticos mantienen el comité, que en estas condiciones, evidentemente, no sirve más que para cubrir la política capituladora de los líderes de las *tradeunions*. El comité desaparecerá, finalmente, en 1927, por iniciativa de los ingleses, a raíz de la ruptura de las relaciones diplomáticas anglosoviéticas (mayo de 1927). En el XV Congreso del Partido Comunista ruso (finales de 1927), Kámenev y otros líderes de la oposición criticarán esa política, planteando que la ruptura hubiera debido producirse con motivo de la traición de los jefes de las *tradeunions* a la huelga. Bujarin responde que la ruptura ha tenido lugar "sobre la cuestión más grave del movimiento internacional, sobre la cuestión de la guerra [es decir, de la amenaza de intervención contra la URSS, pues de eso se trataba. FC], y todo lo odioso de la ruptura ha recaído sobre los ingleses" (Informe de Bujarin al XV Congreso del PC (b), *ed. cit.*, p. 51).

52. Stalin, t. 6, p. 296-297, 299. (Los subrayados son nuestros. FC.)

53. Stalin, t. 6, p. 403-406. Sobre la posición real de Lenin, véase t. 11, p. 90 de la 5a edición rusa.

54. Véase nota de G. Haupt, p. 292 de la *Histoire du bolchévisme* de Rosenberg.

55. Stalin, t. 7, p. 100.

56. Stalin, t. 10, p. 302, 301; t. 12, p. 22.

57. Trotski comenta que el viraje implicado en la idea del "tercer periodo" estaba en razón inversa del viraje real del desarrollo histórico: "La línea directa y brusca hacia un auge revolucionario [estaba en contradicción] con la situación objetiva después de las grandes derrotas en Inglaterra y China, el debilitamiento de los partidos comunistas, el auge en la industria y el comercio en una serie de países capitalistas importantes", y da lugar a tendencias aventureras, a un corte aún mayor de los partidos comunistas con las masas, etc. (*Ecrits*, III, p. 25-26.)

58. Stalin, t. 12, p. 17.

59. En *Critica marxista*, julio-agosto de 1965, se han publicado extensos fragmentos de las intervenciones de Manuiski-Kusinen, Thaelmann, etc., en el X Pleno del Comité Ejecutivo de la IC. Los párrafos citados se encuentran en la página 145 de la revista.

60. *Ibid.*, p. 172.

61. *Ibid.*, p. 169. Togliatti pudo escapar a la suerte que corrieron otros "conciliadores" gracias a una hábil retirada "táctica" en la que tuvo que hacer concesiones importantes. Por ejemplo, aceptar la tesis del "socialfascismo" y depurar el partido italiano de "derechistas". Tasca fue la principal víctima, pero la cosa no dejó de tener sus repercusiones en la situación del mismo Gramsci, problema aún no esclarecido totalmente.

62. Branko Lazitch: *Les Partis Communistes d'Europe*, p. 163164.

63. Los datos sobre los comités de fábrica son dados por Trotski en *Ecrits*, III, p. 204. Los relativos al tanto por ciento de comunistas afiliados a los sindicatos, por Dimítrov, en su informe ante el VII Congreso de la IC (*Op. cit.*, p. 88). La posición de Stalin en diciembre de 1928 se encuentra en el t. II, p. 321. G. Badia, en *La fin de la République Allemande*, cita el gráfico publicado por M. Crouzet en su *Histoire de la Civilisation Contemporaine*. Tres curvas muestran el paralelismo extraordinario entre los progresos del nacionalsocialismo (adherentes y electores) y el número de parados. De

acuerdo con la "lógica" del mecanismo capitalista, el aumento del paro iba acompañado paradójicamente del aumento de la jornada de trabajo, lo que acentuaba la situación "privilegiada" de la masa obrera incluida en la producción – base fundamental de la socialdemocracia – respecto a la masa en paro forzado.

64. Citado por Gilbert Badie en la *Histoire de l'Allemagne Contemporaine*, t. I, p. 277.

65. Trotski: *Ecrits*, III, p. 41-42, 249, 140. Para el PCA, Noske, ejecutor de la represión contra los espartaquistas en 1919, y Zorgiebel, prefecto socialdemócrata de policía en Berlín, que dirigió la sangrienta represión de la manifestación del primero de mayo organizada por los comunistas en 1929, eran los máximos representantes del "socialfascismo".

66. Trotski: *Ecrits*, III, p. 283, 345, 29.

67. La frase entrecomillada es del dirigente comunista francés G. Cogniot, en su artículo "Social-démocratism et léninisme, les deux lignes du mouvement ouvrier au xxe siècle", *Cahiers du Communisme*, n. 10, 1968, p. 59. Fiel a la leyenda fabricada por la historiografía estaliniana, Cogniot explica el error del PCA por la "influencia de ciertos dirigentes, como Heinz Neumann, opuestos a la política de frente único obrero que defendía Thaelmann". Agrega – ¡ estamos en 1968! – "una mala inspiración del Comité Ejecutivo de la IC". Lo que era el fruto de toda una política llevada durante años se convierte en una "mala inspiración". Neumann, Remmele y otros de los "ciertos dirigentes" a que alude G. Cogniot no tuvieron ni más ni menos responsabilidad que Thaelmann. Pero, después de la catástrofe de 1933, sirvieron de chivos expiatorios (como podría haberle ocurrido a Thaelmann, de no haber caído en manos de los nazis) a la política de Stalin. Junto con otros dirigentes comunistas alemanes refugiados en la URSS – como Eberlein, uno de los fundadores del partido, Kiepenberger, responsable del aparato de información militar del partido, etc. – fueron asesinados durante la gran purga estaliniana de la segunda mitad de los años treinta.

68. Trotski: *Ecrits*, III, p. 64.

69. *Ibid.*, p. 243-244.

70. Véase B.M. Leibson y K.K. Shirinia: *Povorot v politike Komintern [Viraje en la política de la Komintern]*, Misl, Moscú, 1965. En las páginas 42-43 se dice: "Durante largo tiempo, como después señaló Dimítrov, los comunistas persistieron en el error de considerar la crisis económica mundial, iniciada en 1929, la crisis final [del capitalismo], de la que la burguesía no podía salir y cuyo desenlace obligatorio sería la victoria de la revolución proletaria. Esta tesis reemplazaba frecuentemente al análisis riguroso del grado de maduración de la revolución a partir del desarrollo de las contradicciones de clase en cada país." Pero los autores – cuyo libro es, probablemente, el más importante de los producidos hasta hoy por la historiografía soviética sobre este periodo de la IC – se detienen en la constatación del hecho: no ven (o probablemente "no pueden ver") el nexo orgánico entre ese error y toda la concepción del estado del capitalismo vigente en la IC desde su fundación.

71. "La Internacional Obrera Socialista, dice el llamamiento, ha reconocido siempre que la lucha fratricida del proletariado es la principal razón de su debilitamiento, y, por tanto, el mejor aliado del fascismo. La Internacional Obrera Socialista ha tenido siempre el convencimiento de que el fin de la escisión y la unidad del proletariado son las condiciones previas del desarrollo completo de la fuerza proletaria.

"La Internacional Obrera Socialista se propone la organización de la acción común sobre la base de un entendimiento sincero y honesto. Frente a los peligros trágicos que les amenazan, nosotros exhortamos a los proletarios alemanes, a los proletarios de todos los países, a poner fin a los ataques recíprocos y a luchar conjuntamente contra el fascismo. La Internacional Obrera Socialista ha estado siempre dispuesta a negociar, sobre la base de una tal comunidad de lucha, con la Internacional Comunista, en cuanto ésta se declare dispuesta a hacerlo [...]" (Reproducido en *Histoire du Parti Communiste français*, de Jacques Fauvet, t. I, p. 119-120.

72. Véase Annie Kriegel: *Les Internationales Ouvrières*, p. 104.

73. La Alianza Obrera se constituyó inicialmente en Cataluña a finales de 1933. El manifiesto que lo anunciaba estaba firmado por el Partido Socialista y otros grupos socialistas catalanes, más los sindicatos dirigidos por ellos, por una fracción del anarcosindicalismo, por el Bloque Obrero y Campesino (organización marxista resultante de la separación del Partido Comunista de la mayoría de su organización catalana) y por la Izquierda Comunista (trotsquista). En febrero de 1934, el Partido Socialista español tomó la decisión de crear las Alianzas Obreras en toda España, invitando a todas las organizaciones obreras a ingresar en ellas.

74. Véase *Histoire du Parti Communiste français*, de Jacques Fauvet, t. I, p. 121, 134.

75. *Arbeiterzeitung*, Viena, 28-4-1927.

76. Citado por Paul Sweezy, en *Teoría del desarrollo capitalista*, México, 1945, p. 278.

77. La referencia al grupo de "socialistas revolucionarios" alemanes está tomada del libro de Leibson y Shirinia, antes citado (véase nota 70), p. 195. Aquí se registra también el paso de Otto Bauer en ese periodo a posiciones revolucionarias. Se dan otros ejemplos: en Polonia, los socialistas de izquierda propusieron un programa de lucha por el poder. En el congreso del Bund polaco (marzo de 1935), la tercera parte de los delegados votó por la salida de la II Internacional.

78. Véase Leibson y Shirinia: *Op. cit.*, p. 55. Posteriormente, en la dirección de la IC se reconoció que había sido un error no aceptar la propuesta de conversaciones hecha por la IOS en febrero de 1933 (*Ibid.*, p. 50).

79. *Histoire du Parti Communiste français*, de Jacques Fauvet, t. I, p. 135.

80. *Ibid.*, p. 137. Unos días después de la conjunción de las manifestaciones tuvieron lugar los funerales de los comunistas muertos en los choques con la policía durante las manifestaciones del 9 y 12 de febrero. Los socialistas asisten oficialmente a la ceremonia. El redactor jefe de *L'Humanité* escribe el día siguiente que no hay que ver este gesto como "una realización de frente único", y advierte: "Nosotros no olvidamos que nuestros camaradas han sido muertos por balas pagadas con créditos votados por los diputados socialistas" (*Ibid.*, p. 138). La misma pluma escribe en *L'Humanité* del 19 de febrero de 1934: "¿Defender la República, como dice Blum? ¿Como si el fascismo no fuera también la República, como si la República no fuera ya el fascismo!"

Otro botón de muestra, entre mil, de lo poco que la experiencia alemana había enseñado hasta ese momento a la IC y a sus secciones nacionales, es el siguiente comentario de *La Correspondencia Internacional* del 23 de marzo de 1934 (la Correspondencia era órgano oficioso de la IC) sobre la huelga de los obreros de "artes gráficas" de Madrid, que paralizó durante varios días toda la prensa de la capital. La huelga había sido organizada y dirigida por los socialistas, y el sindicato había respondido con acciones combativas a las provocaciones de la patronal, dominada por elementos reaccionarios. *La Correspondencia Internacional* comenta: "Los jefes socialfascistas no podían aparecer completamente indiferentes ante una provocación fascista. Tienen que intentar mantener entre las masas la ilusión de que ellos son "enemigos" del fascismo, de que entre "el socialismo y el fascismo existe una pugna positiva", como algunos contrarrevolucionarios pequeño burgueses pretenden hacer creer [...]"

81. Jacques Fauvet: *Histoire du Parti Communiste français*, t. I, p. 143. Unas semanas antes Thorez había sido convocado a Moscú por el Comité Ejecutivo de la IC para resolver sobre el caso de Doriot. Este venía defendiendo desde hacía meses la necesidad de llegar a acuerdos con la dirección del partido socialista, y comenzó a ponerlo en práctica en su bastión de Saint-Denis, desafiando las directivas en contra de la dirección del Partido Comunista francés (de la que era uno de los miembros más importantes) y de la IC. En Moscú, el Ejecutivo de la IC condena la política de Doriot y autoriza a la dirección del Partido Comunista a expulsarlo si no se somete. Pocos días después la IC y el partido comienzan a poner en práctica la política que preconizaba Doriot. El "episodio Doriot" nos interesa aquí, únicamente, como una prueba documental más de que hasta

bien avanzado el mes de mayo la dirección de la IC mantenía firmemente su concepción sectaria del frente único.

82. B.M. Leibson y K.K. Shirinia: *Op. cit.* (véase nota 70), p. 307309. El espíritu que anima o los autores de esta investigación puede considerarse como "antiestaliniano" dentro de lo que esto es posible en publicaciones legales soviéticas.

83. André Fontaine: *Histoire de la guerre froide*, ed. cit., t. I, p. 92.

84. Stalin: t. 13, p. 305, 310-311, 316-317, 319.

85. *Vsiemirnaia istoria [Historia universal]*, Akademia nauk URSS, Moscú, 1962, t. IX, p. 301-302. La declaración de Barthou en la Cámara de diputados está mencionada en la *Histoire du Parti Communiste francais*, de Jacques Fauvet, t. I, p. 144.

86. Trotski: "Oú va la France?", artículo recogido en la recopilación de textos de Trotski sobre Francia, preparada y presentada por Pierre Broué: Léon Trotsky. *Le mouvement communiste en France* (1919-1939), París, 1967. El párrafo citado se encuentra en la p. 453.

Hasta fines de mayo de ese año el Partido Comunista francés había rechazado toda idea de entendimiento con el Partido Radical o grupos políticos análogos. Los *Cahiers du bolchevisme* del 15 de mayo atacaban violentamente a Marceau Pivert, líder de la Gauche Socialiste, acusándole de querer llevar la lucha antifascista hacia un bloque con la burguesía de "izquierda" (citado por Daniel Guerin, en *Front populaire, révolution manquée*, Julliard, París, 1963, p. 75).

87. En *Fils du peuple*, Editions sociales, 1960, p. 102, Thorez dice: "La mañana misma del mitin de Nantes, recibí, transmitido por el dirigente de un partido hermano, el consejo de renunciar a la fórmula y a la idea del Frente Popular. Respondí que tomaba unos minutos después el tren para Nantes y que pronunciaría el discurso llamando a los radicales a la organización del Frente Popular, como el Buró Político me había mandado. (Jacques Ducloux precisa en sus *Memorias*, Fayard, París, 1968, que el "dirigente de un partido hermano" era Togliatti.) "Algún tiempo después – sigue Thorez – vi a Stalin. Felicité a nuestro partido por su audaz política unitaria, conforme, subrayó, al espíritu del leninismo. Me dijo: 'Habéis encontrado una nueva llave para abrir las puertas del porvenir.' " Si el autor pensaba en las "puertas" de la revolución socialista francesa, la "llave no ha dado gran resultado hasta ahora, treinta y tantos años después de su hallazgo. Pero en cambio ayudó no poco a abrir las "puertas" del pacto de ayuda mutua franco-soviético firmado meses después. Tal vez era esto lo que socarronamente quería decir Stalin.

88. *Débats parlementaires*, 1935, París, p. 1038.

89. Thorez: *Œuvres*, t. IX, p. 17. El subrayado de "objetivamente" es de Thorez, el de "confunde" es nuestro.

90. *Ibid.*, p. 26.

91. *L'Œuvre*, 2-7-1935.

92. Véase J. Fauvet: *Histoire du Parti Communiste francais*, t. I, p. 165-166.

93. Resolución del VII Congreso de la Komintern, "Sobre las tareas de la IC en relación con la preparación por los imperialistas de una nueva guerra mundial". Tomada de la recopilación rusa: *Borba sa mir: materiali triej Internatsionalov [Lucha por la paz: documentos de las tres internacionales]*, Vishaia Shkola, Moscú, 1967, p. 494-495. (Subrayado nuestro.)

94. Dimítrov: *Œuvres choisies*, p. 161. Togliatti, que hace en el congreso el informe sobre los problemas de la paz y la guerra, precisa concretamente que Francia y los Estados Unidos se encuentran en ese caso. Inglaterra, pese a su imperio colonial, no hace de momento una "política de paz", porque trata de empujar al imperialismo alemán contra la URSS, pero teniendo en cuenta que la rivalidad angloalemana estuvo en la base de la guerra de 1914-1918, "el mismo problema se

pondrá de nuevo sobre el tapete y de modo bastante más agudo”. (Togliatti: *Sul movimento operaio internazionale*, Editori Reuniti, Roma, 1964, p. 110-111.)

95. Togliatti: *Sul movimento operaio internazionale*, p. 114-115.

96. *Ibid.* Los párrafos citados figuran en las p. 136-137. Sobre los ”ejemplos”, véase p. 137-140. Los subrayados son nuestros.

97. *Ibid.*, p. 141.

98. *Ibid.*, p. 171-173.

99. Leibson y Shirinia: *Op. cit.*, p. 144. El pasaje intermedio, que resume lo que dice Knorin, es traducción de la versión que dan Leibson y Shirinia. El subrayado es nuestro.

100. Dimítrov: *Œuvres choisies*, p. 167.

101. *Ibid.*, p. 38.

102. Véase Leibson y Shirinia: *Op. cit.*, p. 119, y Dimítrov: *Op. cit.*, p. 68.

103. Véase Dimítrov: *Œuvres choisies*, p. 54-58. Subyacente a ese esquema hay una concepción del fascismo, que se resume en la fórmula bien conocida del informe de Dimítrov, tomada de Stalin: ”El fascismo en el poder es la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas, más imperialistas, del capital financiero.” (*Ibid.*, p. 39.) Dimítrov señala que existen diversos tipos de fascismo, dentro de esa caracterización básica, siendo el alemán ”la variedad más reaccionaria” (p. 39). El análisis que se hace del fascismo en el congreso no descansa en una investigación sólida de su proceso histórico, de sus fundamentos sociales, económicos e ideológicos, lo que facilita la trasposición abusiva del caso alemán e italiano al conjunto del capitalismo mundial. La definición precitada contribuye, además, a oscurecer las contradicciones internas del fascismo, porque no menciona siquiera el papel específico de la pequeña burguesía urbana y rural, que no se reduce al de ser instrumento del capital financiero sino que pugna por adquirir un poder propio a diversos niveles del Estado fascista. En relación con el caso italiano son excelentes los libros de Robert Paris: *Histoire du fascisme en Italie*, Maspero, París, 1962, y de Angelo Tasca: *Naissance du fascisme*, Gallimard, 1967. Sobre el fascismo alemán, la *Histoire de l'Allemagne contemporaine*, de G. Badia, ya citada, contiene una bibliografía abundante.

104. Dimítrov: *Œuvres choisies*, p. 120.

105. Thorez, t. IX, p. 133, 143.

106. Dimítrov: *Œuvres choisies*, p. 60, 63-64. Dimítrov sitúa dentro de la fase ofensiva la posibilidad de gobiernos de frente único proletario, en los que el partido comunista participe con otros partidos y organizaciones obreras y campesinas. Pero advierte que no deben ser considerados, en modo alguno, como formas de la dictadura del proletariado. Esta no puede existir más que bajo el sistema de partido único, según el modelo soviético. Los gobiernos de frente único proletario deben servir para crear las condiciones que permitan pasar a la dictadura del proletariado, lo que implicaba, por tanto, que los otros partidos y grupos obreros colaborasen en la preparación de su propia eliminación. Este es, en toda su crudeza, uno de los dogmas táctico-estratégicos de la IC que más obstaculizó la unidad de las diversas tendencias revolucionarias del movimiento obrero en la época del frente popular. Su influencia fue particularmente nefasta en España y Francia.

La distinción que se hace en el VII Congreso entre gobiernos de frente único proletario y gobiernos de frente popular, es bastante incierta. En general, los segundos son considerados como de composición más amplia, con participación destacada de las fuerzas políticas pequeño burguesas, y susceptibles de aparecer incluso en la fase defensiva de la lucha antifascista. Es importante subrayar que el congreso no examinó la eventualidad de gobiernos de frente popular en los que participasen partidos o grupos de la burguesía. Sin embargo, puso como ejemplo de política de frente popular la del partido comunista francés, el cual ya había ofrecido su apoyo a un gobierno del partido radical.

107. Entre las obras globales sobre este periodo nos parecen particularmente útiles las de Georges Lafranc: *Histoire du Front Populaire*, Payot, París, 1965; *Le Front Populaire, 1934-1938*, PUF, París, 1965, y sobre todo *Juin 36*, Julliard, París, 1966, que reúne una excelente documentación. El punto de vista de la corriente de izquierda dentro del socialismo francés, puede verse en el libro de Daniel Guerin: *Front Populaire, révolution manquée*. El del Partido Comunista francés en el número de Cahiers de l'Institut Maurice Thorez, n.º 3-4, consagrado a "Le Front Populaire et l'action de Maurice Thorez", y en *Le Front Populaire* de Jacques Chambaz, Editions sociales, París.

108. Thorez: *Œuvres*, t. IX, p. 151.

Sobre el descontento y la agitación en el campo francés, véase G. Lafranc: *Juin 36*, p. 37-41.

A los factores indicados conviene añadir el reflejo de defensa nacional contra la reaparición del peligro alemán, que opera en esta fase a favor del antifascismo.

109. G. Lafranc: *Juin 36*, p. 22.

110. Thorez: *Œuvres*, t. IX, p. 136.

111. G. Lafranc: *Juin 36*, p. 25.

112. Citados respectivamente por D. Guerin, en la obra mencionada, p. 104, y por G. Lafranc, en *Le Front Populaire*, PUF, 1965. p. 59

113. J. Fauvet: *Histoire du Parti Communiste Français*, p. 197; A. Kriegel: *Le socialisme français et le pouvoir*, EDI, París, 1966, p. 117; G. Lafranc: *Juin 36*, p. 130.

Trotsky escribe el 9 de junio un artículo con el título: "La revolución francesa ha comenzado" (incluido en la recopilación de trabajos de Trotsky sobre el movimiento comunista francés, selección y presentación de Pierre Broué: *Léon Trotsky. Le mouvement communiste en France (1919-1939)*, Editions de Minuit, París, 1967). En este y otros artículos de estos meses Trotsky aprecia de manera exagerada, a nuestro juicio, el carácter revolucionario de la situación creada. Cae en el extremo opuesto que el PCF. Por ejemplo, en "La revolución francesa ha comenzado" dice: "León Jouhaux, a continuación de León Blum, asegura a la burguesía francesa que se trata de un movimiento puramente económico, en los cuadros estrictos de la ley. Sin duda, los obreros son los dueños de las fábricas durante la huelga y establecen su control sobre la propiedad y su administración. Pero pueden cerrarse los ojos sobre este pequeño detalle" (*Ibid.*, p. 578). Que la ocupación de las fábricas desbordaba "los cuadros estrictos de la ley" era indiscutible; que significase el control de los obreros sobre la propiedad y la administración, era muy discutible. Precisamente la debilidad del movimiento, desde el punto de vista de la actitud de las masas, es que la ocupación de las fábricas tuvo un carácter pasivo, no se transformó en un control sobre la producción y la administración, es decir, en la organización de las bases de un nuevo poder.

Para el estudio documental del desarrollo concreto del movimiento, de las reivindicaciones obreras, de las posiciones de los sindicatos, partidos, patronal y gobierno, etc., recomendamos especialmente el ya citado libro de G. Lafranc: *Juin 36*.

114. *Juin 36*, p. 228.

115. *Ibid.*, p. 125, 128.

116. J. Fauvet: *Histoire du Parti Communiste Français*, t. I, p. 198.

117. El discurso de Thorez se publica en *L'Humanité* del 13 de junio de 1936. La referencia al lema "El Frente Popular no es la revolución", se encuentra en la *Histoire du Parti Communiste Français* en tres tomos, elaborada por un grupo de destacados miembros del partido, unos excluidos en los años cincuenta por su actitud antiestaliniana y otros que lograron permanecer en el partido desarrollando una actividad de oposición. El grupo publicaba un boletín: *Unir* (actualmente *Unir-Débat Communiste*). En adelante designaremos esta obra así: *Histoire du PCF (Unir)*. La cita que

hacemos ahora está en el t. I, p. 191. Otro "slogan" era el siguiente: "Nosotros no queremos tocar a la propiedad privada" (*Ibid.*).

118. Véase *Démocratie Nouvelle*, n.º 5, 1966, debate sobre el Frente Popular. La frase que citamos es de André Blumel, y se encuentra en la p. 42 de la revista.

119. Algunos datos indicativos:

Votos obtenidos por el partido en las elecciones de 1932: 794 883. Votos obtenidos por el partido en las elecciones de 1936: 1 487 336.

| | Efectivos | | Efectivos |
|------|-----------|------|-----------|
| 1933 | 28 000 | 1937 | 328 647 |
| 1934 | 40 000 | 1938 | 320 000 |
| 1935 | 86 000 | 1939 | 300 000 |
| 1936 | 280 000 | | |

Datos tomados de Annie Kriegel: *Les communistes français*, Seuil, 1968. Este libro es una aportación considerable al estudio del Partido Comunista francés.

120. Trotski incurre en el error, ya tópico, de interpretar y prever el desarrollo de la situación francesa según el esquema del 17 ruso. Tras la primera ola del movimiento revolucionario habrá una detención del mismo y un contragolpe reaccionario (como el "julio-agosto" ruso de 1917), al que seguirá la ofensiva decisiva de las fuerzas revolucionarias. En cuanto a la nueva organización de las masas que debe crearse dice lo siguiente: "La organización de combate no coincidirá con el partido, incluso aunque existiera en Francia un partido revolucionario de masas, porque el movimiento es incomparablemente más amplio que un partido. La organización de combate tampoco puede coincidir con los sindicatos, que no abarcan más que a una parte insignificante de la clase y están sometidos a una burocracia archirreaccionaria. La nueva organización debe responder a la naturaleza del movimiento mismo, reflejar la masa en lucha, expresar su voluntad más determinada. Se trata de un gobierno directo de la clase revolucionaria. No hay necesidad de inventar formas nuevas: hay precedentes históricos. Los talleres y las fábricas eligen sus diputados, que se reúnen para elaborar, en común los planes de la lucha y para dirigirla. Incluso no hay necesidad de inventar un nombre para tal organización: son los soviets de diputados obreros." Y Trotski es optimista, piensa que este curso de las cosas tendrá lugar, porque en la primera ola han "aparecido ya los nuevos jefes obreros en los talleres y en las fábricas", porque "en la atmósfera de la revolución la reeducación de las masas, la selección y el temple de los cuadros se efectuarán rápidamente". (León Trotski: *Le mouvement communiste en France*, p. 582-583.) Trotski atribuye a la situación francesa la misma profundidad revolucionaria que tenía la rusa de 1917, lo cual estaba muy lejos de ser cierto. En segundo lugar, subestima no menos gravemente el grado de estructuración sindical y político de la clase obrera francesa, incomparablemente mayor que el de la rusa. Subestima que aunque la política del PCF y de los sindicatos no fuera revolucionaria, el núcleo esencial de obreros revolucionarios se encontraba en ellos, y confiaba en sus dirigentes. Y, por último, contrariamente a lo que Trotski pensaba, había mucho que *inventar* desde el punto de vista de la táctica y de las formas de la lucha revolucionaria en la Francia de 1936.

121. *L'Humanité*, 13 de junio de 1936.

122. Ya nos hemos referido anteriormente (cita de la intervención de Thorez en el VII Congreso, nota 105) a la oposición del PCF a que se incluyeran en el programa del Frente Popular "reformas de estructura". Sin embargo, como una concesión a la posición de los socialistas, en el preámbulo del programa se incluyó un pasaje donde en términos vagos se decía que las reivindicaciones incluidas en el programa se completarían con medidas más profundas para arrancar definitivamente el Estado a las "feudalidades industriales y financieras". El potente movimiento obrero de mayo-junio daba una oportunidad única al partido para introducir un contenido concreto y revolucionario en esas fórmulas abstractas. Pero la dirección del PCF estaba firmemente decidida a no dar un paso

que pudiera crearle dificultades con los radicales y, por tanto, poner en peligro el pacto franco-soviético.

123. Véase: *Juin 36*, p. 140, y J. Fauvet: *Op. cit.*, p. 198.

124. *Guerra y revolución en España*, Progreso, Moscú, 1966, t. I, p. 241.

125. Citado por J. Fauvet: *Op. cit.*, t. I, p. 203.

126. Del discurso en el Parc des Princes, el 4 de octubre de 1936. T. XII de las obras de Thorez, p. 223.

127. Véase J. Fauvet: *Op. cit.*, t. I, p. 221. La *Enciclopedia Soviética* da, entre otras del mismo género, las siguientes características de Paul Reynaud: político burgués, ministro de finanzas, y después de colonias y justicia en los gabinetes de Tardieu y Laval (1930-1932), adversario del Frente Popular, ministro de justicia de abril a noviembre de 1938, y de noviembre de 1938 a marzo de 1940 ministro de finanzas en los gobiernos de Daladier. Apoyó el pacto de Munich y fue uno de los autores de los decretos especiales dirigidos contra las conquistas sociales de los trabajadores, y preparatorios de la prohibición del partido comunista en septiembre de 1939, ligado a los círculos financieros norteamericanos, etc. (*Enciclopedia Soviética*, t. 36, p. 302).

128. D. Manuilski: *La crise économique et l'essor révolutionnaire. Rapport et discours de clôture de Manuilski au Présidium élargi du Comité Exécutif de l'IC* (18-28 de febrero de 1930). Bureau d'éditions, París, 1930, p. 23, 35. El desarrollo de los acontecimientos en el transcurso de 1930, y sobre todo la caída de la monarquía en abril de 1931 hizo cambiar rápidamente de opinión a la dirección de la IC.

129. La historia del PCE ofrece uno de los ejemplos más significativos del daño que ocasionaron los métodos seguidos para construir fuera de Rusia el partido revolucionario de "tipo bolchevique, (véase capítulo 3 del presente libro).

Al fundarse la IC, la clase obrera española estaba organizada en dos grandes sectores ideológicos: socialista-marxista y anarcosindicalista. Tanto en el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y en los sindicatos dirigidos por él, agrupados en la Unión General de Trabajadores (UGT), como en los sindicatos de orientación anarcosindicalista agrupados en la Confederación Nacional del Trabajo (CNT), existía una ala revolucionaria mayoritaria. La revolución de octubre tuvo profundo impacto en ambos sectores. La mayoría de la CNT y la mayoría del PSOE-UGT se pronunciaron por el ingreso en la nueva Internacional. Evidentemente, el ingreso de la CNT en la IC (que llegó a efectuarse pero fue anulado al poco tiempo) no tenía justificación, dadas las grandes divergencias de principio entre marxismo y anarcosindicalismo, pero ponía de relieve la posibilidad de colaboración y discusión. En lo que se refiere al PSOE, su ingreso por mayoría en la IC se hubiera realizado de no mediar el obstáculo de las "21 condiciones". Y en todo caso existían condiciones muy favorables para la constitución en su seno de una fuerte tendencia marxista revolucionaria.

En lugar de orientarse a promover un proceso de ese género (análogo al que hizo posible la creación del partido bolchevique), se fue a la constitución inmediata del Partido Comunista español (PCE), sobre la base de la escisión en el PSOE y en la CNT. La gran mayoría de las masas revolucionarias siguió a sus organizaciones tradicionales, y el nuevo partido apareció desde el primer momento como responsable de una nueva división del ya tan dividido movimiento obrero español. División que no era resultado orgánico del movimiento mismo, de una elaboración teórica y de una lucha política 'enraizadas en las condiciones originales del proceso revolucionario español, sino impuesta por la importación de doctrinas y métodos cultivados en otras latitudes. El PCE se quedó aislado, con la de que se consideraba en posesión de todas las claves de la revolución española. No había que buscarlas investigando la realidad nacional; venían dadas por Moscú. Se veía privado del acicate que hubiera sido la lucha ideológica y política dentro del movimiento obrero. Se convirtió en un repetidor de fórmulas hechas.

La fase sectaria de la IC iniciada en 1924 (coincidiendo con el paso del PCE a la ilegalidad, bajo la dictadura de Primo de Rivera) agravó más esos males de su artificial sección española. La lucha interna en el partido soviético tuvo también graves repercusiones en el PCE, algunos de cuyos mejores cuadros apoyaron las posiciones de Trotski.

Hacia 1930 el partido había perdido más de las nueve décimas partes de sus efectivos iniciales (unos 10000 miembros en 1922).

En 1930 se desgaja del PCE una de sus principales organizaciones, la Federación Catalana-Balear, que poco después se fusiona con el Partit Comunista catalá para formar el Bloc Obrer i Camperol. Este se unificaría en 1935 con la Izquierda Comunista (trotskista) dirigida por Andrés Nin, dando nacimiento al Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM). (El detalle del proceso que lleva hasta la creación del POUM, puede verse en el artículo de Pedro Bonet, publicado en *La Batalla*, diciembre de 1965.) Hasta la guerra civil el PCE no logró recuperarse de esta pérdida y crear una organización propia, de importancia, en la principal zona industrial de España.

130. La dirección del PCE había adoptado esta posición de acuerdo con los representantes de la IC (Humbert Droz y Rabaté, según revela el que entonces era secretario general del partido, José Bullejos, en su libro *Europa entre dos guerras*, p. 135), pero el centro de Moscú descargó toda la responsabilidad sobre los dirigentes españoles. Con fecha 21 de mayo de 1931, el Comité Ejecutivo de la IC envió una Carta abierta al Comité Central del PCE señalando los errores del partido. El principal era no haber comprendido el carácter "democrático-burgués" de la revolución, y el "papel dirigente" que el PCE debía desempeñar en dicha revolución. La "carta" daba, entre otras directivas, "la consigna de creación de los soviets de obreros, campesinos y soldados, los soviets serían "la fuerza motriz para conducir la revolución democrática hasta el fin y asegurar su desarrollo en revolución socialista". El PCE, indicaba la "carta", debía utilizar "la furiosa resistencia de los jefes anarcosindicalistas y reformistas a la formación de los soviets para mostrar *el carácter contrarrevolucionario del anarcosindicalismo y del reformismo españoles*". Una de las directivas más tajantes de este documento (el cual fue el documento guía del PCE en 1931-1932) era que: "El partido comunista no debe, *en ninguna circunstancia, hacer pactos o alianzas, ni siquiera momentáneamente, con ninguna otra fuerza política*".

Como se ve, la manera que tenía la IC de corregir el sectarismo del grupo dirigente del PCE era bastante particular. Desde abril de 1931 se inició un conflicto, que fue agravándose en los meses siguientes, entre la dirección del PCE y la IC. La primera, una vez que comprendió lo absurdo de sus posiciones iniciales, tomó una orientación que se aproximaba en ciertos aspectos a los primeros análisis de la revolución española por Trotski, y al mismo tiempo mostraba veleidades de independencia respecto a los representantes de la IC en España (el principal de ellos, Codovilla, actuaba como sí fuera el verdadero secretario general del partido, y en realidad lo era y 10 siguió siendo hasta la guerra civil; entonces entraron en escena funcionarios de más alta categoría). El conflicto hizo crisis a raíz del intento de golpe de Estado del general Sanjurjo (10 de agosto de 1932). La dirección del PCE lanzó la consigna de "defensa de la República", y la dirección de la IC calificó de "oportunista" esa posición. Poco después Bullejos (secretario general), Adame, Vega y Trilla (representante, este último, del PCE ante la IC) fueron expulsados de la dirección y más tarde del partido, acusados de constituir un "grupo sectario-oportunista".

La esencia de la posición de Trotski era que entre la etapa que estaba viviendo la revolución española, bajo la hegemonía de la burguesía y pequeña burguesía, y la etapa proletaria bajo la hegemonía de la clase obrera (dictadura del proletariado), no podía haber una etapa "democrática burguesa" con *hegemonía proletaria*, que se limitase a liquidar las "supervivencias feudales". La historia de la revolución española hasta 1939 le dio la razón. Véase en particular "La révolution espagnole et les taches communistes", y "La révolution espagnole et les dangers qui la menacent", recogidos en *La révolution permanente* (Gallimard, 1963). Estos y otros trabajos de Trotski que se refieren al periodo 1936-1939 están recogidos también en *Ecrits*, III, Quatrieme Internationale, París. Ruedo ibérico prepara una edición más completa de los trabajos – de Trotski sobre España.

En el segundo de los artículos citados, escrito en septiembre de 1932, Trotski dice: "La tarea inmediata de los comunistas españoles no es apoderarse del poder; es conquistar las masas. Esta lucha, en el periodo próximo, va a desarrollarse sobre las bases de la república burguesa y, en gran medida, con consignas democráticas." (*La révolution permanente*, p. 344.)

131. En estas elecciones el PCE obtuvo en toda España 400000 votos, contra 60000 en las elecciones a Cortes constituyentes de julio de 1931. En las elecciones de noviembre de 1933 hubo 8.711.136 votantes. Los socialistas tuvieron 1800 000 votos.

132. Desde octubre de 1934 el gobierno estaba en manos de una coalición formada por los republicanos radicales de Lerroux (partido burgués de derecha) y la CEDA (Confederación Española de Derechas Autónomas, bloque de partidos y grupos de la gran burguesía y de los grandes terratenientes, cuyo jefe era Gil Robles). El movimiento de protesta obrero y republicano contra la represión que este gobierno habían desencadenado después de la insurrección de octubre (30000 presos políticos y varios fusilamientos), y la corrupción del partido lerrouxista, determinaron la crisis de la coalición CEDA-radicales. El presidente de la república, Alcalá Zamora, que acariciaba el plan de formar un gran partido de centro, creyó llegada la ocasión y encargó del nuevo gobierno a un político de su confianza, Portela Valladares, que no podía tener mayoría parlamentaria, lo que justificaba la disolución de las Cortes y la convocatoria de nuevas elecciones. A las derechas de Gil Robles tampoco les desagradaba la justa electoral, porque pensaban ganarla, aunque hubieran preferido ser ellas las organizadoras. La unión de las izquierdas, con el nombre de Frente Popular, derrotó ambos planes y creó una nueva situación.

En la coalición de Frente Popular entraban los partidos republicanos de Azaña y Martínez Barrio, el Partido Socialista, las Juventudes Socialistas y la UGT, el Partido Comunista, el Partido Sindicalista y el POUM. El programa era, en realidad, el programa de los republicanos azañistas. Bajo la presión de los caballeristas, el PSOE había propuesto la nacionalización de la tierra y la Banca, y el control obrero de la industria, pero los republicanos se opusieron. Se negaron, incluso, a que figurara otro punto propuesto por los socialistas: el seguro de paro. Todos los problemas de fondo se eludían, e incluso las tímidas reformas que incluía eran formuladas equívocamente. Como dice el historiador socialista Antonio Ramos-Oliveira, "todo era ambiguo aquí cada partida tenía el aire de un vago efugio" (*Historia de España*, México, t. III, p. 240). El pacto implicaba, además, el compromiso de que gobernarán los partidos republicanos solos. Era todo lo que hacía falta para abrir camino a la guerra civil, que en estado larvado se había instalado ya en el país.

133. Togliatti: "Sulle particolarità della rivoluzione spagnola". Ensayo incluido en la recopilación *Sul movimento operaio internazionale*, Reuniti, Roma, 1964. El pasaje citado se encuentra en la p. 181. Togliatti escribe este ensayo ya entrada la guerra civil, pero la "etapa" a que se refiere incluye el periodo anterior. Togliatti desempeñó un papel primordial en la orientación política e, incluso, en la dirección operativa del PCE durante la guerra civil. Junto con él, el búlgaro Stepanov, el húngaro Geröe, el argentino Codovilla, y los altos consejeros militares y políticos soviéticos.

134. Tanto en su propaganda electoral, como en sus tomas de posición entre febrero y julio, el PCE deslinda claramente las dos "subetapas". En su discurso del 9 de febrero José Díaz declara: "Hay un programa mínimo, que debe realizarse *desde el gobierno, entendido bien*, y cuya realización creará las condiciones para el desarrollo ulterior de la revolución democrática en España." (José Díaz: *Tres años de lucha*, Nuestro Pueblo, Toulouse, 1947, p. 70.) Después del triunfo electoral el partido observa rigurosamente la línea de apoyar al gobierno, respetar el compromiso contraído, y al mismo tiempo presionar a los dirigentes republicanos para que cumplan "rápidamente" el "programa mínimo". Pero esta línea equivalía, en la práctica, a dejar la iniciativa política al gobierno, que podía, como efectivamente hizo, "resistir" a la presión popular. En este aspecto el gobierno azañista dio prueba de gran "firmeza", toda la que le faltó para reprimir la conspiración contrarrevolucionaria. Refiriéndose a esta cuestión crucial, José Díaz dice en su discurso del 1 de junio: "Me interesa subrayar, camaradas, que esto no puede hacerlo el gobierno solo. La lucha de masas es la única garantía eficaz de que se hará implacablemente todo lo que debe hacerse para

barrer a la reacción y el fascismo. Yo espero que si el gobierno ve en nosotros el ánimo resuelto y la voluntad decidida a hacerlo ya exigirlo, meterá mano de una vez a todos estos enemigos de la república y de los trabajadores” (*Ibid.*, p. 161). Lo que era sembrar ilusiones en las masas, porque no existían los más mínimos indicios de que el gobierno pudiera decidirse a” meter mano” a los generales.

La debilidad fundamental de esta política consistía en que no respondía a las exigencias perentorias de la situación. Aun suponiendo que el gobierno cumpliera el ”programa mínimo” ningún problema fundamental era resuelto, y la cuestión decisiva del poder capaz de matar en el huevo el plan contrarrevolucionario quedaba en pie. Sólo un nuevo poder dirigido por la clase obrera revolucionaria podía resolver dicha tarea.

El partido llamaba a las masas a movilizarse, pero al mismo tiempo las frenaba, a fin de hacer compatible la” lucha de masas ” con el apoyo total al gobierno. En este mismo discurso del 1 de junio, por ejemplo, José Díaz dice que es justo que los trabajadores recurran a la huelga para defender sus intereses, pero agrega: ”Sin embargo, no conviene a los intereses del proletariado y de la revolución que se declaren huelgas por cualquier motivo, sin antes meditar bien sobre las posibilidades de resolver los conflictos sin apelar a este procedimiento. ” (*Ibid.*, p. 165.)

135. K.L. Maidanik: *Ispanski proletariat v natsionalne-revoliutsionnoi voini* [El proletariado español en la guerra nacional revolucionaria]. Akademii Nauk, Moscú, 1960, p. 64-65. Refiriéndose a este mismo periodo, el historiador inglés G. Jackson dice: ”La atmósfera de odio de clases era casi palpable”. (*La república española y la guerra civil*, Grijalbo, México, 1967, p. 185.) Es raro el historiador que no coincida en esta apreciación. Probablemente la única excepción es la *Historia del Partido Comunista de España*, redactada por una comisión presidida por Dolores Ibárruri, en la que se dice: ”El principal significado político-histórico del 16 de febrero es que había abierto una posibilidad de desarrollo pacífico, constitucional y parlamentario de la revolución democrática en España.” (Editions sociales, París, 1960, p. 113.) En el libro *Guerra y revolución en España*, elaborado posteriormente por la misma comisión (Progreso, Moscú, 1966), ya no se sostiene esa tesis, pero se dice que la guerra civil pudo ser evitada si se hubiera seguido el camino preconizado por el partido comunista: ”Aplicación efectiva y rápida del programa del Bloque Popular, y adopción de medidas enérgicas para maniatar a la reacción y desmontar el tinglado que ésta ya tenía preparado con vistas a la sublevación militar” (p. 86). Por ”desgracia”, ni los republicanos, ni los socialistas reformistas, ni los socialistas caballeristas, escucharon la voz del partido comunista. Pero, ¿podía esperarse otra cosa de los dos primeros grupos? En cuando a los caballeristas: ¿Por qué el PCE no les propuso una acción independiente? Los autores de *Guerra y revolución en España* eluden el problema de fondo: por sus mismas características, la coalición que triunfó electoralmente no podía resolver la tarea eminentemente revolucionaria de aplastar a la contrarrevolución armada. Para ello hacía falta otro tipo de coalición, otra estrategia. La coalición de las organizaciones revolucionarias del proletariado: Partido Comunista, izquierda socialista, anarcosindicalismo. La estrategia de tomar el poder, *aprovechando precisamente la debilidad del gobierno republicano*. Si el PCE hubiera intentado este camino, y hubiera fallado por oposición de caballeristas y anarcosindicalistas, habría salvado su responsabilidad histórica. Pero tal como fue su política, le corresponde incuestionablemente una parte no pequeña de responsabilidad por el curso que tomaron los acontecimientos.

136. Los reformistas habían logrado apoderarse de la dirección del PSOE a finales de 1935, aprovechando un paso falso de Largo Caballero (dimitió de la presidencia del partido por una cuestión de segundo orden). Pero la influencia de la izquierda siguió aumentando en los meses siguientes. En el verano de 1936 debía haberse celebrado el congreso del PSOE. Las elecciones de delegados en las organizaciones locales daban mayoría a la izquierda. La dirección encabezada por Prieto recurrió a maniobras descaradas para aplazar la convocatoria del congreso.

137. Desde abril de 1936 los caballeristas tenían su propio órgano diario, *Claridad*. En abril la Agrupación socialista madrileña adoptó una resolución que refleja la posición fundamental del ala

izquierda: "El proletariado no debe limitarse a defender a la democracia burguesa, sino que debe asegurar por todos los medios la conquista del poder político, para realizar a partir de él su propia revolución social. En el periodo de transición de la sociedad capitalista a la sociedad socialista, la forma de gobierno, será la dictadura del proletariado." El 1 de mayo de 1936 las juventudes socialistas desfilaron uniformadas con las consignas: "gobierno obrero", "ejército rojo". Los caballeristas tenían sólidamente en sus manos la UGT, que entre febrero y julio de 1936 llegó al millón y medio de afiliados. Dentro de la UGT estaba la poderosa Federación de Trabajadores de la Tierra, que englobaba varios cientos de miles de braceros y semibraceros.

138. Véase *La CNT en la revolución española*, de José Peirats, CNT, Toulouse, 1951, p. 116. Las p. 111-136 están dedicadas al Congreso de Zaragoza (mayo de 1936), con el texto del dictamen sobre "Concepto confederal del Comunismo Libertario" en el que se expone con gran detalle la organización social que debe salir de la "revolución libertaria". Pero no hay ninguna resolución en la que se diga qué debe hacer la clase obrera para salir al paso del inminente y notorio peligro de levantamiento contrarrevolucionario.

139. En su discurso del 11 de abril de 1936, José Díaz dice: "Este partido único debe formarse bajo los puntos que fueron estudiados en el VII Congreso de la IC, y como estos puntos han sido aceptados por los camaradas socialistas de izquierda, podremos llegar en breve plazo a un acuerdo". Pero a continuación agrega que el nuevo partido tiene que pertenecer a la Internacional Comunista, sobre lo cual existen recelos en "algunos camaradas" [socialistas]: "Hay que desterrar los recelos que todavía tengan algunos camaradas sobre ella; pues es evidente que este partido único del proletariado no podrá estar más que en la Tercera Internacional, en la Internacional de Marx, Engels, Lenin y Stalin" (*Tres años de lucha*, p. 143). Lo evidente es que esa condición representaba un obstáculo insuperable para hombres como Largo Caballero y otros-dirigentes de la izquierda socialista. Si se llegó a la unificación de las juventudes comunistas y socialistas es porque la mayoría de los dirigentes de éstas últimas aceptaban tácitamente esa condición. Otro de los principales obstáculos eran las divergencias sobre el carácter de la revolución, lo que hacía que en el problema de la colaboración con los partidos republicanos burgueses el PCE estuviera más cerca del ala reformista del PSOE que del ala izquierda. La actitud del PCE hacia el trotskismo era un entorpecimiento más en la vía hacia la unificación, porque en el problema del carácter de la revolución española los dirigentes caballeristas estaban más cerca de las concepciones de Trotski que de las de la IC. Pero, según el PCE, "para acelerar y facilitar la unidad política de la clase obrera hay que llevar a cabo una lucha tenaz contra la secta degenerada del trotskismo, cuya misión fundamental es desorganizar el movimiento obrero, laborando sistemáticamente por entorpecer y sabotear la unidad de la clase obrera, desarmar al proletariado ante el fascismo y arrastrarlo al campo de la cruzada contra la URSS, contra el socialismo triunfante, contra la fortaleza de la, revolución mundial". (Discurso de José Díaz el 1 de junio de 1936, *Tres años de lucha*, p. 176.) y ¡en ese momento el POUM era el aliado del partido dentro del Frente Popular!

140. El PCE reconoce en la obra ya citada (*Guerra y revolución en España*), que en el momento decisivo el gobierno de los republicanos burgueses no sólo no fue de ninguna utilidad para hacer frente a la sublevación facciosa, sino que allí donde los militares tuvieron éxito se debió en gran medida a las autoridades republicanas: "La clase obrera fue el nervio y el alma de la lucha popular, a la que impregnó de su combatividad y de su firmeza: Sus principales métodos de acción fueron la huelga general; política; el armamento del pueblo mediante un acto de iniciativa revolucionaria, legalizado posteriormente por las autoridades republicanas; el asalto de los cuarteles, y la lucha armada contra la sedición fascista en la calle. Estos métodos de lucha tuvieron una importancia decisiva y gracias a ellos la república pudo hacer frente a la sublevación militar fascista. Donde las masas no pudieron o no supieron sobreponerse revolucionariamente a la pasividad, amparada en pretextos legalistas, de los gobernantes, fueron derrotadas. Donde ese 'legalismo' fue superado a tiempo, donde las masas se adueñaron de las armas por los medios a su alcance y pasaron a la acción ofensiva contra los facciosos, triunfaron sobre éstos" (p. 175-176).

¿Cuál hubiera sido el curso de los acontecimientos si el "legalismo hubiese sido "superado" en los meses precedentes? ¿ Si en lugar de comenzar por asaltar los cuarteles, cuando ya los militares han tomado la iniciativa, la clase obrera hubiera comenzado por "asaltar el poder", que prácticamente estaba a su alcance desde el 16 de febrero, y hubiera utilizado el poder para organizar el asalto de los cuarteles?

141. Dimitrov: *Œuvres choisies*, p. 156. G Jackson, en la obra ya citada (véase nota 135), caracteriza perfectamente el punto de vista soviético, coincidiendo, en lo esencial, con casi todos los historiadores que han tratado esta cuestión: "Si las naciones occidentales, viéndose a su vez amenazadas por la extensión del poder fascista, pudieran ser llevadas a cooperar con los soviéticos en la defensa de un gobierno democrático libremente elegido. tal acción colectiva podría detener la ininterrumpida serie de triunfos fascistas desde la subida al poder de Hitler. Con esta idea en la mente, la literatura del mundo soviético y comunista dio énfasis a la composición enteramente burguesa del gobierno republicano ya la pequeña representación de los comunistas en las Cortes. Asimismo, los soviéticos se refrenaron ostentosamente de enviar armas durante los meses de agosto y septiembre, cuando pareció haber una ligera posibilidad de que el plan de No Intervención contuviera la ayuda de las potencias fascistas a los insurgentes." (p. 219-220).

142. Maidanik: *Op. cit*; p. 103.

143. Este pasaje de *Guerra y revolución en España*, t. I, p. 256, escrito treinta años después, sintetiza fielmente lo que eran los análisis y la propaganda del PCE a partir de julio de 1936. La inspiradora directa de ese enfoque era la IC, que en su afán por presentar la revolución española de manera que pudiera ser "tragada " por las democracias occidentales, llega a la idealización del papel de los grupos políticos burgueses y pequeño burgueses. Togliatti, por ejemplo, cita las siguientes palabras de Azaña: "¿Qué cosa quedaba por hacer desde el momento que una gran parte del ejército rompía el juramento de fidelidad a la república? ¿Debíamos renunciar a la defensa y someternos a la tiranía? No. Debíamos dar al pueblo la posibilidad de defenderse. ". Y sigue Togliatti: "De este modo la pequeña burguesía pasó al empleo de métodos plebeyos en la lucha contra el fascismo, consintió en dar las armas a los obreros y campesinos, sostiene la organización de tribunales revolucionarios que proceden con no menor energía que el Comité de salud pública de los tiempos de Robespierre y de Saint-Just." (*Op. cit*, nota 133, p. 190. El subrayado es nuestro.)

144. "Una de las características del Frente popular español" – escribe Togliatti – "consiste en el hecho que la división del proletariado, el paso relativamente lento de la masa campesina a la lucha armada, la influencia del anarquismo pequeño burgués y de las ilusiones socialdemócratas por superadas del todo aún, que hoy se expresan en la tendencia a saltar la etapa de la revolución democrática burguesa, todo eso, crea a la lucha del pueblo español por la defensa de la república democrática una serie de dificultades suplementarias." (*Op. cit*, nota 133, p. 196. El subrayado es nuestro.)

145. En las primeras semanas de la guerra, los caballeristas y anarcosindicalistas, lo mismo que el POUM, se orientaban a la formación de un gobierno obrero revolucionario. Según Rabassaire (*Espagne, creuset politique*, París, 1938, p. 98) y Clara Campoamor (*La révolution espagnole vue par une républicaine*, París, 1937, p. 143-145), a finales de agosto el proyecto llegó a formalizarse en una reunión conjunta de dirigentes de la UGT y CNT. Se trataba de formar una Junta presidida por Largo Caballero, con representantes de los partidos socialistas y comunistas, de la FAI, así como de la CNT y UGT. Los republicanos quedarían excluidos. Al tomar conocimiento del proyecto, Azaña amenazó con dimitir. Pero el factor decisivo fue la intervención del embajador soviético, Rosenberg, que acababa de llegar a Madrid. Rosenberg planteó las graves consecuencias internacionales que tendría el hecho, privando a los amigos de España del argumento de la "legalidad" del gobierno republicano. Y propuso que en lugar de constituir la Junta obrera, se constituyera un gobierno presidido por Largo Caballero, en el que estuviesen representadas las fuerzas obreras pero también las republicanas burguesas. Esta solución de la crisis haría posible la

ayuda de la URSS. Pierre Broué, en su obra *La revolución y la guerra de España*, ya citada, recoge esta versión (p. 230-231)

En *Guerra y revolución en España* (t. II, p. 45-46), se desmiente que existiera el complot UGT-CNT: "No es seria – dice – la versión dada por algunos historiadores según la cual Largo Caballero organizó un complot de la UGT y la CNT para derribar el gobierno Giral." Pero agrega: "En cambio sí es cierto que Largo Caballero arremetía sus ataques y exacerbaba sus críticas al gobierno Giral, sobre todo a finales de agosto, cuando se agravó la situación militar de la república. Algunos de sus más próximos correligionarios, como Araquistain y Baraibar, agitaban, más o menos públicamente, la idea de que era preciso eliminar a los ministros republicanos y entregar a Caballero la dirección del país para establecer una "dictadura obrera" o un "gobierno sindical", planes en los que existían puntos de coincidencia con los anarquistas y trotskistas. Lo que equivale casi a la confirmación de lo que se acaba de desmentir.

La historia avalada por el PCE guarda silencio sobre la intervención de Rosenberg y su equipo de consejeros. Pero la entrevista entre Largo Caballero y Koltsov, que éste relata en su *Diario de la guerra de España* (Ruedo ibérico, París, p. 56-58) deja pocas dudas sobre la realidad de esa intervención y su sentido. Sería un poco ingenuo suponer que el diplomático soviético no hizo "presión" en el mismo sentido que uno de sus principales colaboradores políticos. Lo inexacto, posiblemente, en la versión de Clara Campoamor, es que el "complot" UGT-CNT llegara al punto de que Azaña amenazase con su dimisión. En las *Memorias de España* no se dice nada al respecto.

146. *Guerra y revolución en España*, t. I, p. 259.

147. El Cuaderno de la Pobleta (1937) y el diario de Pedralbes (1938, 1939), incluidos en las *Memorias* de Azaña, inéditas hasta su publicación en 1968 por las Ediciones Oasis, México, aportan datos sumamente valiosos para la reconstrucción histórica de la guerra civil española. Y ponen de relieve que Azaña desempeñó un papel más importante del que en general le atribuye hasta ahora la historiografía relativa a ese periodo, sobre todo a partir de la constitución del gobierno Negrín. Su orientación fundamental, compartida por Prieto y Negrín, se centraba en dos objetivos estrechamente enlazados: llevar la restauración del Estado republicano burgués todo lo lejos que fuera posible y llegar a un compromiso con los generales sublevados patrocinado por las grandes potencias. El 31 de agosto de 1937 anota la conversación que tiene ese día con Negrín y Giral, a continuación de otra con Prieto, y entre otras cosas escribe: "He recapitulado mis antiguos puntos de vista: Paz-República-Pacto de garantía de que en España no habrá dictadura ni bolchevismo. Conservándose las instituciones republicanas, *en lo esencial*, son posibles *muchas concesiones*. Es preciso asumir en esas conversaciones el papel de *colaboradores* para la paz, tanto en España como en Europa, y deslizar en los oídos del gobierno francés las palabras convenientes, partiendo de la conveniencia general de la pacificación. Creo que hemos quedado de acuerdo." (Manuel Azaña: *Obras completas*, t. IV, p. 761. Los tres primeros subrayados son nuestros. El cuarto está en el texto.) Azaña alude aquí a conversaciones que Negrín va a tener en Ginebra, con los representantes de diversas potencias, en primer lugar franceses e ingleses, aprovechando una reunión de la Sociedad de las Naciones. El 30 de septiembre tiene reunión con el consejo de ministros. Anota: "Les he dicho que vayan a las Cortes sabiendo que este gobierno, por la política que representa, tiene detrás al presidente de la república. El gobierno significa para mí que se ha concluido la anarquía, que a todo el mundo se le hará entrar en razón, primeramente con razones, y si no bastan, con la fuerza de la ley. El único defecto que pongo a la política general del gobierno, es que no va tan aprisa como fuera de desear. He insistido en la necesidad de proseguir sin descanso el rescate de las atribuciones, servicios, etcétera, usurpados al Estado, y he renovado ante el gobierno mi decisión de no poner mi firma en nada que pretenda convalidarlas." (*Ibid.*, p. 808.)

En varios lugares de las *Memorias* anota las reacciones favorables de los comunistas hacia su política. El 31 de mayo, recién liquidado Largo Caballero como jefe de gobierno y constituido el gobierno Negrín, escribe: "Me cuentan que los comunistas están entusiasmados conmigo. Especialmente, Díaz, a pesar de lo que cargué sobre él la tarde de la crisis. Dice que debiera ser yo

quien dirigiese a todos. Hum! i Si dirigiese veinticuatro horas, buena se armaría! De todos modos, sí contra toda apariencia, Díaz; se percató de lo que había en las bambalinas de aquella escena, hay que darle un galón. ” (*Ibid.*, p. 606.) La escena, descrita unas páginas antes por Azaña, es la reunión convocada por éste con los dirigentes de los partidos del Frente Popular, a fin de encontrar una solución a la crisis del gobierno Largo Caballero. Y lo que había entre bambalinas era el propósito de los republicanos y los reformistas del partido socialista de que los comunistas aparecieran como los responsables de la eliminación de Caballero. Este, en efecto, había puesto como condición para asumir la jefatura del nuevo gobierno, detentar al mismo tiempo la cartera de guerra. Los socialistas y republicanos no estaban de acuerdo, pero aceptaron *a condición* de que aceptasen en los comunistas. Azaña resumió: ”Si todos ustedes aceptan que en el nuevo gobierno entren las sindicales, unos porque lo aprueban, otros porque se allanan o se resignan, y siendo Largo Caballero el único presidente que admiten las sindicales, es *preciso dejar en claro* que si tal gobierno no se forma depende de que los comunistas no transigen con Largo en Guerra y de que Largo no quiere tampoco soltar esa cartera. (*Ibid.*, p. 602.) El PCE no ”transigió ” y cargó con la responsabilidad de que se formara un gobierno en el que no estaban representadas la UGT y la CNT. No transigió con Largo Caballero en Guerra, pero aceptó en ese puesto a Prieto, que ya entonces – como demuestran las Memorias de Azaña – estaba de acuerdo con el presidente de la república en busca! la paz ”de compromiso, garantizada por lo que Azaña llamaba el ”pacto de los iguales”. Inglaterra, Francia, URSS, Alemania, Italia), y naturalmente, de un régimen burgués que conservando la forma republicana hiciera ”muchas concesiones” a los sublevados: – Azaña y Prieto sabían que esa línea coincidía con el gobierno soviético y que por eso no se arriesgaban mucho al aceptar formalmente las exigencias de Caballero: los comunistas no iban a transigir.

El ”gobierno de la victoria” – como el PCE llamó al gobierno Negrín – tenía como misión, en realidad, llevar a cabo el plan de Azaña. Para ello era necesario ”resistir”, no ”vencer”. Y el conflicto que más tarde surge entre Azaña y Prieto, por un lado, y Negrín por otro, no afecta al fondo de la orientación, sino a que desde mediados de 1938, y sobre todo después de Munich, Azaña y Prieto dan la guerra por perdida, mientras que Negrín piensa que es posible prolongar la resistencia para enlazar la guerra española con la mundial, que se ve venir.

El 13 de octubre de 1937, una representación de la dirección del PCE, presidida por Dolores Ibárruri, visita a Azaña. Le va a plantear que el partido no está de acuerdo con el traslado del gobierno a Barcelona (en ese momento residía aún en Valencia). Azaña describe así la entrevista:

”La Pasionaria, hablando por todos, argumenta con el efecto desmoralizador que esa medida producirá en la opinión. De paso añade que su partido no está muy conforme con la política del gobierno. Cree advertir en los socialistas una tendencia a la dictadura. En este mismo asunto del traslado, el presidente [Negrín] procede por sí y ante sí, y cuando todo el mundo está enterado de sus propósitos y se han hecho en Barcelona gestiones para obtener locales suficientes, todavía el consejo de ministros no ha tratado de ello. Hace quince días que no se reúne el consejo. Ellos no están conformes con ninguna clase de dictaduras a pesar de que en su programa figura la del proletariado. ” Supongo – le digo riéndome – que eso de la dictadura del proletariado lo habrán aplazado ustedes por una temporada.” – ”Sí, señor presidente, porque tenemos’ sentido común.” (*Ibid.*, p. 819.)

En efecto, la política de la dirección reformista del Partido Socialista, una vez que el caballerismo y el anarcosindicalismo habían sido puestos prácticamente fuera de combate con la ayuda del Partido Comunista, se orientaba a ir recortando las posiciones de éste último en todas las esferas: aparato del Estado, ejército, sindicatos, Si el PCE había aplazado toda idea de ”dictadura del proletariado ” por algo más que una ”temporada”, los reformistas – en estrecha alianza con los republicanos – no habían renunciado a restaurar la ”dictadura de la burguesía. Su perspectiva final era ésta.

148. El fracaso rotundo del caballerismo fue determinado por la ambigüedad de su política, o de su falta de política. En las condiciones de la guerra civil española no cabían posiciones intermedias. O

se hacía la guerra en nombre de la democracia burguesa, sobre la base de reorganizar sólidamente el Estado republicano con ese contenido, y entonces había que enfrentarse resueltamente con las fracciones del proletariado que trataban de afirmar y desarrollar "su revolución", o se iba resueltamente a la instauración de un poder revolucionario capaz de hacer la guerra con sus métodos propios. Los caballeristas trataron de conciliar a todos – para lo que, por otra parte, no se prestaba en absoluto el carácter de su jefe – y acabaron enfrentándose con todos. A medida que avanzaba la restauración del Estado republicano se iban convirtiendo en un obstáculo mayor para llevar esa restauración hasta sus últimas consecuencias. Las presiones sobre Largo Caballero se acentuaron, no sólo por parte del PCE, de los delegados de la IC y de los consejeros soviéticos, sino del mismo Stalin, que no vaciló en intervenir directamente en los problemas de la política interior española. En una carta firmada por Stalin, Molotov y Vorochilov, fechada el 21 de diciembre de 1936, y dirigida a Largo Caballero, se le dan a éste "cuatro consejos amistosos. Entre ellos: "Atraer al lado del gobierno a la burguesía urbana, pequeña y media", "no rechazar a los dirigentes de los partidos republicanos, sino, contrariamente, atraerlos, aproximarlos y asociarlos al esfuerzo común del gobierno "en particular es necesario asegurar el apoyo al gobierno por parte de Azaña y su grupo, haciendo todo lo posible para ayudarlos a cancelar sus vacilaciones. "Esto es también necesario – agrega Stalin – para impedir que los enemigos de España vean en ella una república comunista y prevenir así su intervención declarada, que constituye el peligro más grave para la España republicana. Y, otra "sugerencia": Es muy posible que la vía parlamentaria resulte un procedimiento de desarrollo revolucionario más eficaz en España de lo que fue en Rusia." (En *Guerra y revolución en España*, t. II, p, se incluyen los textos completos de la carta de Stalin y de la respuesta de Caballero.)

Huelga comentar lo que significaban estos "consejos amistosos" viniendo del jefe de Estado que tenía en sus manos el abastecimiento en armas de la república española y sus reservas de oro. Caballero responde, en sustancia, que todo lo que le aconsejan ya se hace, lo que en buen castellano quería decir que los consejos eran innecesarios. Y se permite una objeción: "Contestando a su alusión, conviene señalar que, cualquiera que sea la suerte que lo porvenir reserva a la institución parlamentaria, ésta no goza entre nosotros, ni aun entre los republicanos, de defensores entusiastas". Lo que no era – ni la observación, ni la afirmación; de que todo lo que preconizaba Stalin ya se hacía – como para tranquilizar al destinatario de la respuesta.

Stalin acentúa la presión. A finales de febrero de 1937, envía a Caballero otro "consejo", esta vez apremiante: debe procederse inmediatamente a la unificación de los partidos comunista y socialista. Caballero se niega. (El hecho fue revelado por Araquistain, después de terminada la guerra, y su versión es recogida por Peirats en el libro ya citado – nota 138–, t. II, p. 375-376. Maidanik lo confirma en estos términos: "Caballero rechazó de nuevo la propuesta de unificación inmediata de los dos partidos, que le hicieron el PCE y dirigentes del movimiento obrero internacional." No menciona a Stalin, pero da como fuente de su afirmación... el libro de Peirats, t. II, p. 375-376. Véase Maidanik (*Op. cit*, p. 293.)

En vista de la terca resistencia de Caballero a actuar como un buen secretario de sección nacional de la IC, había que echarlo. No se hacía con los malos secretarios de las secciones nacionales de la IC. La operación se realiza, como hemos visto (nota 147) a finales de mayo de 1937.

149. Independientemente de que las concepciones anarcosindicalistas sobre el sistema social llamado a reemplazar al capitalismo fueran válidas o no, lo evidente era su absoluta incompatibilidad con las exigencias de la guerra. La demostración más inapelable la dio la práctica, y también es significativo que, en el plano del análisis, hasta los autores más simpatizantes con las realizaciones sociales de la CNT durante la guerra civil tienen que reconocer ese fallo fundamental. En la medida en que los anarcosindicalistas intentaron afrontar la guerra con eficacia, tuvieron que abandonar uno tras otro sus postulados esenciales. Y en la medida en que no los abandonaban, el intento de llevarlos a la práctica constituyó un enorme obstáculo para resolver el problema más inmediato y angustioso que tenía planteada la revolución : derrotar a la contrarrevolución personificada en los ejércitos de los generales españoles y de sus aliados extranjeros. Esta tarea

exigía un poder dictatorial, una unidad máxima, el sacrificio temporal de toda aspiración de mejora material, etc. La tarea podía resolverla un poder proletario revolucionario o un poder burgués. Como no podía resolverse en manera alguna era *sin poder*. La tragedia de la revolución española es que no supo darse ni un poder revolucionario a semejanza del bolchevique en la guerra civil rusa, ni un poder jacobino burgués a semejanza del de los revolucionarios franceses de 1793.

150. Sobre el nacimiento del POUM, véase final, de la nota 129. El comienzo de la guerra civil española coincidió con la iniciación de los "procesos de Moscú". Kamenev y Zinoviev fueron condenados a muerte en agosto. El POUM, al denunciar los crímenes de Stalin contra la vieja guardia bolchevique, se convirtió en la bestia negra del dictador y, en consecuencia, de la IC y del PCE. En noviembre impusieron a los otros partidos del Frente Popular que el POUM no estuviera representado en la Junta de Defensa de Madrid. El socialista Albar informó a los dirigentes del POUM que Rosenberg había puesto el veto. (Véase Broué: *Op. cit.*, p. 275.) El 28 del mismo mes el cónsul soviético en Barcelona dio una nota a la prensa calificando a *La Batalla*, órgano del POUM, de "prensa vendida al fascismo internacional". Poco después el POUM era excluido del Consejo de la Generalidad. El 17 de diciembre *Pravda* escribía: "En Cataluña ha comenzado la limpieza de trotskistas y anarquistas y será llevada a cabo con la misma energía que en la URSS" (Hugh Thomas: *La guerra civil española*, Ruedo ibérico, p. 302). Es decir, había que ir a la exterminación física de poumistas y anarquistas. La prensa del PCE desencadena una campaña virulenta con el estribillo de que trotskistas e "incontrolados" (en España no se podía escribir abiertamente "anarquistas", como *Pravda*) son enemigos del pueblo igual que los fascistas. El Pleno del Comité Central del PCE celebrado del 5 al 8 de marzo de 1937, plantea la tarea concreta de acabar con el POUM. En el informe al pleno leído por José Díaz se dice: "¿Quiénes son los enemigos del pueblo? Los enemigos del pueblo son los fascistas, los trotskistas y los "incontrolados". Nuestro enemigo principal es el fascismo. Contra él concentramos todo el fuego y todo el odio del pueblo [...] pero nuestro odio va dirigido también con la misma fuerza concentrada, contra los agentes del fascismo, que como los "poumistas", trotskistas disfrazados, se esconden detrás de consignas pretendidamente revolucionarias, para cumplir mejor su misión de agentes de nuestros enemigos emboscados en nuestra propia retaguardia" Y más adelante se declara: "El fascismo, el trotskismo y los "incontrolados", son, pues, los tres enemigos del pueblo que deben ser eliminados de la vida política, no solamente en España, sino también en todos los países civilizados" (José Díaz: *Tres años de lucha*, p. 322-324.) La campaña se intensifica hasta los acontecimientos de mayo en Barcelona: el choque armado entre las fuerzas del gobierno, representadas principalmente por las fuerzas del PCE, y el POUM más una fracción del anarcosindicalismo. Apoyándose en documentos alemanes, el PCE sostuvo la tesis – no rectificada hasta la fecha – de que los promotores principales de los sucesos fueron los dirigentes del POUM movidos por agentes de Franco. Pero como dice justamente Broué, de los citados documentos no se desprende que dichos agentes actuaran sirviéndose del POUM o sólo a través del POUM. Ningún agente o grupo de agentes provocadores hubiera podido tener éxito si la situación objetiva para el choque no estuviera creada. (Broué: *Op. cit.*, p. 340.) y esa situación había sido creada por la campaña idea. lógica y política dirigida desde Moscú contra el POUM. A nuestro juicio, los planteamientos políticos del POUM en ese periodo hicieron el juego a la provocación que se estaba montando contra él, y de la que era plenamente consciente. El 14 de marzo de 1937, Nin plantea que "aunque menos favorable que durante los primeros meses de la Revolución, la relación de fuerzas es tal que el proletariado puede *actualmente* apoderarse del poder sin recurrir a la insurrección armada (reproducido en *La Batalla*, julio-agosto de 1966). Cosa totalmente falsa. Las fracciones del proletariado que en aquella situación podían hipotéticamente coincidir con las posiciones de Nin – determinada fracción del caballerismo y del anarcosindicalismo, aparte del propio POUM – *no podían intentar apoderarse del poder más que a través de la lucha armada contra las fuerzas del PCE* (y de los republicanos y socialistas que coincidían con sus posiciones políticas), el cual controlaba parte fundamental del ejército. Plantear la cuestión como la planteaba Nin era encaminarse a la guerra civil dentro del campo republicano. Y la guerra civil dentro del campo republicano no podía llevar a la salvación de la revolución proletaria ni del Estado republicano democrático burgués: sólo podía conducir a acelerar la victoria

de la contrarrevolución fascista. Ver la "relación de fuerzas" en el campo de la república sin tomar en consideración el "otro campo" era un error monumental. El 28 de septiembre de ese año Trotski escribía: "El gobierno Negrín-Stalin es un freno casi-democrático sobre la vía del socialismo, pero es también un freno, cierto que no seguro, ni duradero, pero sin embargo un freno, sobre la vía del fascismo. Mañana, pasado mañana, el proletariado español podrá, tal vez, romper ese freno para apoderarse del poder. Pero si ayudase, aunque sólo fuera pasivamente, a romperlo hoy, no serviría más que al fascismo." (*Ecrits*, III, p. 528-529.) Este juicio lúcido – poco después Trotski formulará otros no tan lúcidos, que se contradicen con éste – era perfectamente aplicable a la situación de marzo de 1937. Posiblemente el error de Nin fue determinado, al menos en parte, por la dramática situación de acoso en que se encontraba el POUM. En todo caso sirvió para hacer el juego al criminal de Stalin.

Después de las sangrientas jornadas de mayo vino final de la persecución contra el POUM, cuya crónica reconocida. (Véase, entre los escritos recientes sobre el ponderado artículo de Juan Andrade, en *La Batalla* enero de 1967.) Agregamos, por nuestra parte, que la represión contra el POUM, y en particular el odioso asesinato de Andrés Nin, es la página más negra en la historia del Partido Comunista de España, que se hizo cómplice del crimen cometido por los servicios secretos de Stalin. Los comunistas españoles estábamos, sin duda, alienados – como todos los comunistas del mundo en esa época y durante muchos años después – por las mentiras monstruosas fabricadas en Moscú. Pero eso no salva nuestra responsabilidad histórica. Han pasado catorce años desde el XX Congreso y el PCE no ha hecho aún su autocritica, ni ha prestado su colaboración al esclarecimiento de los hechos. Suponiendo – cosa bastante probable, a nuestro conocimiento – que los actuales dirigentes del PCE no puedan aportar gran cosa a lo que ya es sabido, sí podrían exigir del PCUS que revelara los datos que sólo él posee. El caso de Nin pertenece a la historia de España, no sólo a la de la URSS.

151. Pierre Broué: *Op. cit.*, p. 272

152. En su informe de marzo de 1937, ante el Pleno del Comité Central del PCE, José Díaz da los siguientes datos sobre la composición social de los 249140 miembros que en ese momento cuenta el partido (sin contar los 45000 del PSU de Cataluña):

| | |
|------------------------------------|--------|
| Obreros industriales | 87 000 |
| Obreros agrícolas | 62 000 |
| Campesinos | 76000 |
| Clase media | 15 000 |
| Intelectuales y profesiones afines | 7045 |

(José Díaz: *Tres años de lucha*, p. 326.)

Por "campesinos" debe entenderse aquí propietarios agrícolas pequeños y medios; por "clase media", la pequeña burguesía urbana propietaria de pequeñas industrias y comercios; por "profesiones afines a los "intelectuales", los funcionarios, médicos, abogados, etc.). De estos 250000 miembros, 130000 estaban en el ejército; en la primavera de 1937, alrededor de los dos tercios del ejército se encontraba bajo la influencia del PCE, y no menos de un tercio militaba en las filas del PCE, según datos de Maidanik (*Op. cit.*, p. 278-280). Posiblemente haya cierta exageración en estos últimos porcentajes, pero es indudable que la mayor parte de los 150000 proletarios industriales y agrícolas miembros del partido, por lo general muy jóvenes, estaban en el ejército. El mismo Maidanik dice: "Un comunista búlgaro llegado a España a comienzos de 1937 [se trata probablemente de "Stepanov", delegado de la IC. PCE escribía que "el partido comunista es, en lo esencial, un partido militar" (*Op. cit.*, p. 280), y agrega: "Al mismo tiempo hay que reconocer que la conquista por los comunistas de las masas trabajadoras de la retaguardia, si se excluye Cataluña, fue comparativamente lenta, sobre todo entre el proletariado agrícola. En la retaguardia y en los sindicatos la fuerza de la tradición seguía jugando a favor de socialistas y anarquistas." (p.280-281). La exclusión de Cataluña es muy discutible; en la primavera de 1937 el partido no tenía aquí más

que 45000 miembros, y su crecimiento principal fue entre los trabajadores del comercio, pequeña burguesía, etc.

153. Carl von Clausewitz: *De la guerra*, Editions de Minuit, París, 1965, p. 62.

154. José Díaz; *Tres años de lucha*, p. 350.

155. Véase nota 150. En el mismo informe de José Díaz al que se alude en esa nota (informe leído por José Díaz, pero elaborado fundamentalmente por el equipo de la IC que superdirigía al PCE) se dice:

”He aquí que se descubre una conspiración gestada por los trotskistas en la Unión Soviética y los reos trotskistas traidores a la Patria del Socialismo, convictos y confesos, van a ser juzgados por el Tribunal Proletario. He aquí que la prensa fascista alemana e italiana, llena de injurias al régimen soviético por haber descubierto la trama criminal de sus agentes. Pues los trotskistas españoles, como no podían menos, corren en defensa de sus amigos, empleando, para ello el mismo lenguaje de los fascistas. *La Batalla* del día 24 de enero de 1937, para no citar más que un número, contiene la siguiente afirmación: ”En Moscú se prepara un nuevo crimen. En la Rusia actual ha sido abolida la más elemental idea de democracia obrera, para caer en un régimen burocrático de dictadura personal. Al proletariado internacional no se le puede decir que defienda la causa de Rusia si se le niega el derecho a saber lo que ocurre en Rusia. ¿Para qué citar más? Basta con lo expuesto para poner de relieve la coincidencia entre fascistas y trotskistas. Como se ve, estas gentes no tienen nada que ver con el proletariado, ni con ninguna tendencia que se precie de honrada. Y si nosotros combatimos a los trotskistas es porque son agentes de nuestros enemigos, introducidos en las filas antifascistas. Es un grave error considerar a los trotskistas como una fracción del movimiento obrero. Se trata de un grupo sin principios, de contrarrevolucionarios clasificados como agentes del fascismo internacional. El reciente proceso de Moscú ha demostrado, a la luz del día, que el jefe de la banda, Trotski, es un agente directo de la Gestapo.” (*Tres años de lucha*, p. 323.)

156. Las dos centrales sindicales, UGT y CNT se negaron a participar en el nuevo gobierno. En los meses siguientes la dirección prietista del PSOE, con ayuda del aparato del Estado, logró desalojar de la dirección de la UGT a los caballeristas y decidir la reincorporación de ésta al gobierno. Al cabo de un año los elementos moderados lograron predominar también en la dirección de la CNT, la cual volvió a estar representada en el gobierno (abril de 1938).

157. En el informe al Pleno del Comité Central del PCE, de noviembre de 1937, leído por José Díaz, se dice: ”Después de la caída del gobierno Largo Caballero sé manifestó la tendencia a la formación de un bloque de oposición al gobierno del Frente Popular. El eje de este bloque era el grupo derrotado de Largo Caballero, que ha caído bajo la influencia del trotskismo, y que por un lado se ligaba al trotskismo contrarrevolucionario, mientras por el otro hacía esfuerzos por atraer a la CNT a una política antigubernamental [...] El grupo Largo Caballero lucha también contra el Frente Popular. Es el complemento de su política escisionista y derrotista. No es una casualidad el que este grupo se haya convertido en el protector oficial del general Asensio y de los poumistas. Sus vinculaciones con Asensio y con los espías trotskistas son parte de su misma política.” (*Tres años de lucha*, p. 416-417.)

Entre las dos guerras mundiales, la política española de Stalin, aplicada por la IC y el PCE, fue el caso más relevante de supeditación de una revolución en acto a la razón de Estado de la potencia soviética.

Mientras los máximos representantes de la política derrotista y capituladora, Azaña y Prieto, estaban en la presidencia de la república y al frente del Ministerio de Defensa, el PCE concentraba el fuego contra la tendencia de Largo Caballero, recurriendo al mismo tipo de ”argumentos” que servían para la represión contra el POUM.

Paralelamente, la dirección prietista del PSOE, llevaba a cabo la ofensiva contra los caballeristas en el seno del PSOE y de la UGT. El PCE aplaude. En un artículo publicado el 16 de agosto de

1938 en *Frente Rojo*, se elogia "el acuerdo firme y enérgico del Comité Nacional del Partido Socialista de ordenar "a todos los organismos del partido que tomen las medidas adecuadas para asegurar la compenetración de todos los militantes, sin tolerar la organización y el funcionamiento de tendencias o fracciones" (*Tres años de lucha*, p. 470-471).

Poco después de derribado Largo Caballero del gobierno, el PCE estrecha las relaciones con la dirección reformista del PSOE, llegando a un programa común el 17 de agosto de 1937.

158. Ya en el Pleno del Comité Central del PCE, de noviembre de 1937, se señala como un síntoma grave la "gran debilidad del trabajo del partido en los frentes", pese a que "el sesenta por ciento de nuestros efectivos están en el frente" (*Tres años de lucha*, p. 433).

En el mismo pleno se plantea: "Debemos luchar enormemente contra las vacilaciones [dentro del partido]. Debemos luchar contra los que insinúan algunas veces, con palabras sueltas, su disconformidad con esto o con lo otro, aun después de haberse celebrado plenos y reuniones. Esto obedece a dos causas. Una es la incomprensión todavía de las necesidades de nuestro partido y de nuestra política, porque en nuestro partido hay muchos afiliados nuevos [...] Pero hay otros camaradas, ya viejos en nuestro partido, que vacilan. Se presentan como si no comprendieran bien. Hacen insinuaciones que, naturalmente, en estos momentos, ponen en peligro más que nunca la unidad del partido." (*Ibid.*, p. 439.)

159. *Tres años de lucha*, p. 461-463. Obsérvese en el pasaje citado por José Díaz del informe de noviembre de 1937, al definir el "terreno sobre el cual todos los Estados democráticos pueden unirse, la formulación: es el terreno de la defensa contra la guerra que nos amenaza a todos". Que al año y medio de haber comenzado la guerra en España se hablara en un documento del PCE de la guerra "que nos amenaza", pone bien de relieve la mano no española que había intervenido en su elaboración.

160. *Vsemirnaia Istorija*, t. IX, p. 349-350. {Historia Universal, en diez tomos, elaborada colectivamente por los más destacados historiadores soviéticos. Literatura socioeconómica, Moscú, 1956-1962.)

161. G. Jackson: *Op. cit.*, p. 376.

162. En los primeros días de marzo de 1939 la dirección del Partido Comunista español intentó tomar en sus manos los principales puestos de mando de la zona central (la única que le quedaba a la república después de la pérdida de Cataluña), en la que todavía existían bastantes fuerzas militares y recursos para prolongar la resistencia. Pero la sublevación de Casado en Madrid y la huida de la flota de Cartagena – y, sobre todo, la actitud general de la población – frustraron el plan del PCE.

163. Basta leer los informes y artículos de José Díaz recopilados en *Tres años de lucha*, para comprobar hasta qué punto la cuestión de la lucha guerrillera en la zona ocupada por el enemigo quedó relegada al último lugar. Después de la derrota se reconocía en los medios dirigentes del PCE que ésa había sido una de sus mayores debilidades. Pero no era, evidentemente, una debilidad casual. El partido encontraba en esta cuestión la incomprensión y la resistencia de los dirigentes republicanos burgueses y de socialistas como Prieto. Y se plegaba – en ésta como en otras cuestiones – para conservar la alianza.

164. Trotsky: *Ecrits*, III, p. 545.

165. El 16 de febrero de 1966 tuvo lugar en el Instituto de Marxismo-Leninismo del Comité Central del PCUS, una discusión entre historiadores soviéticos, con participación de historiadores y especialistas militares. *Se trataba de discutir el libro de Alexandre Nekritch: 22 de junio de 1941*, publicado en 1965 en Moscú, por las Ediciones Nauka. (Edición francesa de Grasset, 1968, París, bajo el título: *L'Armée Rouge assassinée*, con una presentación de Georges Haup.) Más adelante tendremos que referirnos a este libro en relación con los problemas de la IC en el periodo del pacto germanosoviético, limitándonos a señalar aquí que Nekritch pone de relieve las responsabilidades

de Stalin en las derrotas sufridas por el ejército rojo en la primera fase de la guerra. El libro, que fue acogido con enorme interés por el lector soviético, fue objeto poco después de una violenta campaña de los estalinistas, que llevó a su prohibición ya tomar represalias contra el autor. Pero en la discusión del 16 de febrero de 1966 fue apoyado por la mayoría de los participantes. Y en el curso de la discusión hubo referencias a otros temas. Uno de los que intervinieron, de nombre Snegov, aludió de paso a que Stalin "había traicionado la república española, Polonia y los comunistas de todos los países". Pero lo más significativo es que Deborin, representante en la discusión del punto de vista oficial, replicó violentamente a Snegov en lo que se refiere a Polonia, pero guardó silencio sobre el caso de la república española. (Véase la edición francesa citada, p. 244.)

167. G. Jackson: *Op. cit.*, p. 338.

168. *Memorias de Azaña*, t. IV, p. 734. No podemos entrar aquí en un análisis de la posición soviética en la política de No Intervención impuesta por Londres. Pero es evidente que la aceptación de esta política por el gobierno soviético, y su observación escrupulosa durante los meses de agosto-septiembre y parte de octubre de 1936 – mientras que era infringida descaradamente por Alemania e Italia – impidió a la república aprovechar la ventaja inicial que tenía sobre los sublevados. Y, en general, entrar en el juego de la No Intervención era ya una manera de situar sobre un terreno desventajoso para la república el problema de la asistencia a la misma.

169. A finales de 1944, la Resistencia griega, dirigida principalmente por los comunistas, era prácticamente dueña del territorio nacional, con un programa claramente revolucionario. La intervención del cuerpo expedicionario inglés restableció el poder de la reacción, sin que Stalin moviera un dedo para impedirlo. En la segunda parte de este libro tendremos ocasión de examinar lo que fue la política de Stalin en este caso y, posteriormente, en relación con la guerra civil griega.

169. B. Ponomarev y otros autores: *El movimiento revolucionario internacional de la clase obrera*. Progreso, Moscú, 1967, traducción española, p. 362.

170. Marx: "La revolución en China y en Europa", *Obras de Marx y Engels*, ed. cit., t. 9, p. 98-99. La reflexión de Marx se funda en el siguiente esquema: el capitalismo es un sistema mundial; la industria inglesa depende en parte importante de los grandes mercados asiáticos; en 1853 la producción industrial inglesa, en pleno auge desde 1850, va hacia una crisis de superproducción: "si uno de los grandes mercados se contrae de golpe la llegada de la crisis se acelerará necesariamente". Es es el efecto – concluye Marx – "que debe tener en Inglaterra, precisamente en este momento, la sublevación china".

En un artículo de 1857 ("Persia y China", t. 12, p. 222-223), Engels caracteriza de "guerra popular" la que se desarrolla en China contra el extranjero, y profetiza "que la hora de la muerte de la vieja China sonará muy pronto"; "antes de que pasen muchos años seremos testigos de la agonía del más antiguo imperio del mundo y de la apertura de una nueva era para toda Asia".

Pero Marx y Engels no abordan como problema específico la revolución en los países coloniales. La idea general que se deduce de sus escritos es que habrán de pasar por el estadio capitalista. Y precisamente porque acelera la ruptura y desagregación de las pequeñas comunidades agrarias que sirven de soporte al "despotismo oriental", Marx ve en la explotación colonial – junto a sus efectos crueles, inhumanos – una faceta positiva, progresista. Las civilizaciones no europeas son juzgadas por los fundadores del marxismo bajo el prisma de la civilización europea. La vía de progreso de los pueblos atrasados es la europeización, no sólo en sentido socioeconómico sino cultural.

171. Véase Maurice Godelier: *La notion de "mode de production asiatique" et les schémas marxistes d'évolution des sociétés*, CERS, p. 5, 24.

172. Véase la referencia que hacemos en el capítulo 2 (La crisis teórica) a cómo articula Lenin la revolución en Oriente dentro de su esquema estratégico de la revolución mundial.

Los principales trabajos de Lenin sobre esta cuestión están recogidos en la recopilación *La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo*, Edición española, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Moscú.

Sobre la discusión del problema colonial en la II Internacional véanse los extractos de los debates habidos en los congresos de Amsterdam (1904) y Stuttgart (1907), recogidos en la recopilación de textos marxistas a propósito de Asia, reunidos y presentados por Héléne Carrère d'Encausse y Stuart Schram: *Le marxisme et l'Asie (1853-1964)*, París, 1965. En lo sucesivo citaremos esta obra por la denominación *Le marxisme et l'Asie*.

173. *Congresos I-IV*, p. 32.

174. *Le marxisme et l'Asie*, p. 199, 212. Las tesis completas aprobadas por el congreso sobre el problema nacional y colonial se encuentran en *Congresos I-IV*, p. 57-61.

175. *Le marxisme et l'Asie*, p. 254.

176. *Ibid.*, p. 263. Safarov alude concretamente a una carta dirigida a la IC por la sección de Sidi-bel-Abbes del Partido Comunista francés. En mayo de 1922 el Comité Ejecutivo de la IC lanzó un llamamiento a propósito del movimiento de liberación nacional en el norte de Africa. Los comunistas de la sección de Sidi-bel-Abbes protestan en su carta contra este llamamiento, expresando un punto de vista abiertamente colonialista. Entre "los pueblos en tutela", dice la carta, "los hay que son capaces de gobernarse solos desde ahora y los que no lo son». "Si el deber comunista dicta dar la libertad a los primeros, dicta aún más imperiosamente no abandonar a los segundos a su miserable suerte, obliga a servirles de preceptores humanos y desinteresados. Si una soberanía egipcia es necesaria, una soberanía de antropófagos no es deseable." La carta considera que la "sublevación de la masa musulmana argelina" (a la que apelaba el llamamiento de la IC) "sería en la hora actual, es decir, antes de toda revolución victoriosa en la metrópoli, una peligrosa locura, de la que las federaciones argelinas del Partido Comunista – que ante todo guardan el sentido marxista de las situaciones – no quieren hacerse cómplices ante la historia del comunismo". (Véanse amplios extractos de la carta en *Le marxisme et l'Asie*, p. 268-270.)

Esta carta fue agitada, no sólo en el IV sino en el V Congreso de la IC como un ejemplo típico del espíritu colonialista en algunos comunistas de Occidente.

177. *V Congreso*, p. 115, 117, 118, 216, 217. El pasaje de la intervención de Ho Chi-min está tomado del texto que reproduce *Le marxisme et l'Asie* (p. 274).

Manuilski, encargado en el V Congreso del informe sobre "la cuestión nacional y colonial", critica también duramente a los comunistas franceses e ingleses. En relación con los primeros, además de insistir sobre el famoso caso de la carta de Sidi-bel-Abbes, cita otro hecho: al publicar el manifiesto de la IC dirigido a los obreros franceses y a los pueblos coloniales, la redacción de *L'Humanité* – dice Manuilski – "ha suprimido intencionalmente las palabras "a los pueblos coloniales". A propósito de los ingleses plantea: "En todos los documentos [del Partido Comunista inglés] que hemos podido examinar no hemos encontrado una sola palabra en la que el partido se pronuncie claramente por la independencia de las colonias." (*V Congreso*, p. 216-217.)

Pero cuando se refiere a la política "nacional" de Stalin entre los pueblos no rusos de la URSS, Manuilski pasa a la apologética y el ditirambo. Sin embargo, como veremos más adelante, también había motivos para la crítica. Las "ideas chovinistas, extrañas y hostiles al internacionalismo proletario", a las que aludía Safarov, tenían dentro de la Internacional representantes mucho más peligrosos que los comunistas de Sidi-bel-Abbes.

178. *Vsemírnaia istoria [Historia universal]*, t. VIII, p. 440.

179. *Le marxisme et l'Asie*, p. 62.

180. En mayo de 1917, los diputados bolcheviques de los soviets defienden la siguiente plataforma, formulada por Lenin: "El pueblo ruso, los obreros y los campesinos, no quieren oprimir ni

oprimirán a ningún pueblo; no quieren retener ni retendrán por la fuerza dentro de las fronteras de Rusia a ningún pueblo no ruso [...] Esto significa que los rusos no retendrán por la fuerza ni a Polonia, ni a Kurlandia, ni a Ucrania, ni a Finlandia, ni a Armenia, a ningún pueblo. Los rusos proponen a todos los pueblos una alianza fraternal y la formación de un Estado común a base de un acuerdo voluntario con cada pueblo en particular, pero en modo alguno por la violencia, directa o indirecta [...] Conceden a esos pueblos y a todos en general, sin exclusión alguna, plena libertad para decidir si desean constituirse en Estado aparte o federarse con otra nación cualquiera.” (Lenin, t. 24, p. 320-322.) En el famoso “informe sobre la paz”, pronunciado ante el Congreso de los Soviets, al día siguiente de la toma del poder, Lenin declara que el gobierno soviético “entiende por anexión o conquista de territorios ajenos toda incorporación a un Estado grande o poderoso de una nación pequeña o débil, sin el deseo ni el consentimiento explícito, clara y libremente expresado por esta última, independientemente de la época en que se haya realizado esa incorporación forzosa, independientemente asimismo del grado de desarrollo o de atraso de la nación anexionada o mantenida por la fuerza en los límites de un Estado, independientemente, en fin, de si dicha nación se encuentra en Europa o en los lejanos países de Ultramar.” Y precisa que el “derecho de decidir la cuestión de las formas de su existencia como Estado”, la nación concernida debe poder ejercerlo “en una votación libre, sin la menor coacción”. (Lenin, t. 26, p. 217-221.)

181. Lenin, t. 29, p. 360-366. Aquí Lenin polemiza concretamente con Bujarin, en relación con el proyecto de nuevo programa del partido, pero Stalin había tomado posición análoga desde enero de 1918. En su informe sobre la “cuestión nacional” ante el III Congreso de los Soviets, después de referirse a que “los círculos burgueses chovinistas de Ucrania han utilizado el principio de autodeterminación para sus fines imperialistas de clase”, plantea: “Todo esto indica la necesidad de interpretar el principio de autodeterminación como derecho a la autodeterminación, no de la burguesía, sino de las masas trabajadoras de la nación dada. El principio de la autodeterminación debe ser un medio de lucha por el socialismo y ha de supeditarse a los principios del socialismo.” (Stalin, t. 4, edición española, p. 33-34.)

182. Este documento de Lenin, conocido bajo el título “Acerca del problema de las nacionalidades o sobre la “autonomización””, fue ocultado durante mucho tiempo por la dirección estaliniana. No se incluyó en la cuarta edición de las obras de Lenin. Se publicó por primera vez en 1956, en *Kommunist*, y figura en la quinta edición de las obras. Tomamos la versión española de la recopilación: Lenin: *Sobre el internacionalismo proletario*, Moscú. Los pasajes citados figuran en las páginas 393, 394, 395, 399, 400. Los subrayados son nuestros.

No se conocen detalles del efecto que esta profética requisitoria de Lenin contra el peligro del chovinismo granruso tuvo en los medios dirigentes del partido. Pero debió ser importante a juzgar por el desarrollo del XII Congreso del partido, celebrado en abril de 1923, sin la participación de Lenin. En su informe “sobre los factores nacionales en la edificación del partido y del Estado”, Stalin procura dar la impresión de que está identificado con Lenin. Se refiere al “chovinismo granruso” en términos que parecen probar esa identificación, pero un análisis detenido de este informe de Stalin permite discernir fácilmente que el ataque principal va dirigido contra el nacionalismo local. Y una parte de los delegados no se llama a engaño. “Remitiéndose a las notas y artículos de Vladimir Ilich” – como dice el mismo Stalin – esos delegados tratan de que la lucha contra el “chovinismo granruso” quede en algo más que palabras. Bujarin llega a proponer que se suprima del proyecto de resolución el punto relativo a la nocividad del chovinismo local, para concentrar el fuego contra el “Goliat”, el “chovinismo granruso”. Pero Stalin tiene ya asegurado el control del aparato del partido, la mayoría de los delegados al congreso le son adictos, y los intentos de traducir en medidas eficaces las advertencias de Lenin no prosperan.

183. “Mensaje del Presidente del Consejo de Comisarios del pueblo, V. Lenin, y del Comisario del pueblo para las Nacionalidades, J. Stalin, a todos los trabajadores musulmanes de Rusia y del Oriente, el 20 de noviembre de 1917.” Incluido en *La politique étrangère soviétique: textes officiels (1917-1967)*, Moscú, 1967, p. 30-32.

184. Safarov: *Revolutsia i kultura*. Taskent, 1934, t. I. p. 10. En el Congreso de Bakú, en presencia de los comunistas extranjeros procedentes de diversos países asiáticos, los delegados de las organizaciones comunistas del Turkestán y de otras nacionalidades musulmanas incluidas en el Estado soviético, hicieron una crítica abierta y enérgica de la situación creada en sus regiones. En la intervención de Narbutabekov, por ejemplo, se dice, entre otras cosas del mismo género: "Pueblos del Oriente, nosotros tenemos fe en nuestros directores espirituales, nuestros camaradas y jefes del proletariado mundial, Lenin, Trotski, Zinoviev, pero debemos decir en este congreso lo que queremos, y la voz de los trabajadores musulmanes y de los pueblos del Oriente debe ser oída. Si es escuchada, las tareas y las realizaciones del poder se verán facilitadas por la afirmación de los grandes principios de la revolución social en Oriente. Nosotros exigimos la aplicación efectiva en la vida, y no sólo en los textos oficiales, de los principios de libertad, igualdad y fraternidad [...] Nadie ignora que el Oriente es muy diferente del Occidente, y que sus intereses son otros; así, la aplicación directa de los principios del comunismo encontrará resistencia. Si queremos, por consiguiente, que los cuatro millones de musulmanes [del Turkestán] se inicien al régimen soviético debe ser por una adaptación [...] Originarios del Turkestán, declaramos no haber visto jamás hasta hoy ni al camarada Zinoviev, ni al camarada Radek, ni a ninguno de los otros jefes de la revolución. Que vengan a darse cuenta de lo que hacen en nuestro país las autoridades locales, cuya política es tal que aliena los espíritus al poder de los soviets. Yo lo afirmo aquí porque tal es mi deber de delegado, precisamente porque me coloco sobre la plataforma del poder de los soviets [...] Vertiendo nuestra sangre sobre los frentes del Turkestán rojo contra los enemigos del poder soviético, hemos unido estrechamente nuestra existencia a la de las masas laboriosas de Rusia; todas las acusaciones de tendencias nacionalistas que se hacen contra nuestros militantes deben ser abandonadas. Nuestras masas laboriosas han probado, vertiendo su sangre, que son afectas a la revolución [...] Camaradas, os diré que las masas trabajadoras del Turkestán van a luchar en dos frentes: contra los mullahs reaccionarios y contra las tendencias nacionalistas estrechas de los europeos. Ni el camarada Zinoviev, ni el camarada Lenin, ni el camarada Trotski conocen la verdadera situación del Turkestán; no saben lo que ha pasado allí durante los tres últimos años. Y sin embargo hay que decirlo sinceramente para trazar un cuadro fiel de la situación a fin de abrir los ojos a nuestros dirigentes [...] Os decimos: ¡desembarazadnos de vuestros elementos extranjeros que siembran la discordia nacional; desembarazadnos de vuestros colonizadores que actúan bajo la máscara del comunismo!" (*Le marxisme et l'Asie*, p. 232-234.)

185. Véase *Le marxisme et l'Asie*, p. 57-58. Uno de los principales dirigentes comunistas de los pueblos musulmanes, eliminado en esta depuración, fue Sultán Galiev, adjunto de Stalin en el Comisario de las Nacionalidades después de Octubre. Sobre las posiciones teóricas y políticas de Sultán Galiev puede verse *Le marxisme et l'Asie*, p. 54-56, 239-242.

186. Citamos a continuación algunos pasajes de la intervención de Tan Malaka en el IV Congreso de la IC:

"En lo que concierne al panislamismo, es una larga historia. Quiero referirme, ante todo, a nuestras experiencias en las Indias holandesas, donde hemos trabajado con musulmanes. En Java tenemos una gran asociación en la que participan muchos campesinos muy pobres, la *Sarekat Islam* (Liga del Islam) que contaba, entre 1912 y 1916, alrededor de un millón de miembros, incluso puede ser que llegara a los tres o cuatro millones. Era una gran organización popular, surgida espontáneamente, y extremadamente revolucionaria. Hasta 1921 hemos trabajado con ella. Nuestro partido, que contaba entonces con 13 000 miembros, iba a esa asociación popular y hacía propaganda. En 1921 conseguimos que la *Sarekat Islam* adoptara nuestro programa. La Liga hacía también propaganda en los pueblos por consignas como "control de la producción", y "todo el poder a los campesinos pobres, todo el poder a los proletarios". Así, la *Sarekat Islam* hacía la misma propaganda que nuestro partido comunista, salvo que a menudo la hacía en otros términos. Pero en 1921 se produjo una escisión a consecuencia de una torpe crítica contra los jefes de la Liga. El gobierno explotó esta escisión por intermedio de sus agentes en la *Sarekat Islam*; explotó también la consigna del II Congreso de la Internacional Comunista sobre la lucha contra el

panislamismo. Les dijo a los campesinos: "Ya veis, los comunistas no sólo quieren escindiros, sino que quieren destruir vuestra religión". Para un simple campesino musulmán era demasiado. El campesino se decía: "Yo he perdido todo en el mundo, ¿debo perder también el cielo? ¡Eso no!" Los agentes del gobierno han explotado muy hábilmente ese estado de espíritu y hemos tenido la escisión. (El presidente Marchlewski: ¡Vuestro tiempo para hacer uso de la palabra se ha agotado!) ¡Yo vengo de las Indias y he viajado durante cuarenta días! (aplausos). Los miembros de la *Sarekat Islam* creen en nuestra propaganda y están con nosotros hasta con el vientre – como dice una expresión popular – pero sus corazones permanecen prendidos de su *Sarekat Islam*, de su cielo. Porque nosotros no podemos darles el cielo. Y ésta es la razón de que hayan boicoteado nuestras reuniones, y nos veamos en la imposibilidad de hacer entre ellos ninguna clase de propaganda." Más adelante Tan Malaka explica que el panislamismo está tomando otra significación de la que históricamente tuvo. "Actualmente – dice – es la lucha de liberación nacional, porque el Islam lo es todo para el musulmán. No es sólo la religión, sino el Estado, la economía, la alimentación, y todo lo demás. Así, el panislamismo es actualmente la fraternidad de todos los pueblos musulmanes, la lucha de liberación, no sólo del pueblo árabe, sino del pueblo indostánico, del javanés, de todos los pueblos musulmanes oprimidos. Esta fraternidad significa actualmente una lucha de liberación, no sólo contra el capitalismo holandés, sino contra el inglés, el francés, contra el capitalismo del mundo entero [...] Debemos apoyar la guerra de liberación de 250 millones de musulmanes, muy activos y muy combativos, contra las potencias imperialistas." (*Bulletin du IVe Congrès de l'Internationale Communiste*, n.º 7, 1922.)

187. *Congresos I-IV*, p. 176.

188. El proyecto de Lenin se encuentra en el tomo 31 de sus obras, p. 122-128. Hay una versión española en la recopilación, ya citada, *La lucha de los pueblos de las colonias y países dependientes contra el imperialismo*, p. 428-436. El proyecto de Roy puede verse en *Le marxisme et l'Asie*, p. 212-215, donde se indican las modificaciones que fueron introducidas en el proyecto a consecuencia de la discusión. En las p. 200-205, se reproducen las tesis de Lenin indicando también las modificaciones sufridas. El texto completo de ambas tesis, tal como fue aprobado por el Congreso, se encuentra en *Congresos I-IV*.

La intervención de Lenin en el II Congreso en relación con la discusión habida en la "comisión para el problema nacional y colonial", se encuentra también en la recopilación más arriba indicada, p. 446-453.

Todas las referencias que hacemos, en lo que sigue de nuestro análisis, a las posiciones de Roy y Lenin, se basan en los textos citados.

189. Lenin: 5ª edición de sus obras en ruso, t. 41, p. 457.

190. La intervención de Lenin en el II Congreso pone claramente de manifiesto que las opiniones de Roy y otros representantes de los pueblos coloniales ejercieron en él no poca influencia, llevándole a modificar sustancialmente algunos de sus puntos de vista primitivos. Dice, por ejemplo: "Entre la burguesía de los países explotadores y la de las colonias se ha producido un cierto acercamiento, de modo que muy a menudo – tal vez en la mayoría de los casos – la burguesía de los países oprimidos, aunque apoye los movimientos nacionales, al mismo tiempo lucha de acuerdo con la burguesía imperialista, es decir, juntamente con ella, contra todas las clases revolucionarias. *En la comisión se ha demostrado esto de modo incontrovertible*, y hemos considerado que lo único acertado es tomar en consideración esta diferencia y sustituir en casi todos los lugares la expresión "democrático-burgués" por la expresión "nacional-revolucionaria"."

En el periodo de Stalin, las tesis de Lenin y Roy, tal como fueron aprobadas por el Congreso, se relegaron al olvido, popularizándose, en cambio, el proyecto de tesis de Lenin, en el que Stalin podía apoyarse más fácilmente para justificar la política seguidista respecto a la "burguesía nacional" aplicada, por ejemplo, en China.

191. En las décadas del setenta y del ochenta, Marx y Engels formulan esta hipótesis refiriéndose a Rusia. (Se encuentra, entre otros textos, en el prólogo a la edición rusa del Manifiesto Comunista.) Aunque se refiriera sólo a Rusia, es evidente la importancia teórica que esa hipótesis adquiriría en los años veinte del presente siglo, cuando la revolución en el continente asiático se puso al orden del día como cuestión práctica. Ahora bien, para que esa vía original, distinta de la europea, pudiera concretarse, era condición inexcusable – a juicio de Marx y Engels – que la revolución socialista venciera previamente en los países capitalistas avanzados del Occidente.

192. "Tesis generales sobre la cuestión del Oriente" aprobadas por el IV Congreso de la IC, incluidas en *Congresos I-IV*, p. 174178.

193. *Le marxisme et l'Asie*, p. 259. En esta intervención de Roy hay un interesante análisis dirigido a establecer una diferenciación, que no se refleja en las tesis aprobadas por el Congreso.

194. *V Congreso*, p. 219.

195. *V Congreso*, p. 322-323.

196. El 7 de abril de 1921, 200 diputados del parlamento elegido en 1913, reunidos en Cantón, decidieron formar un gobierno nacional y republicano frente al gobierno reaccionario de Pekín, que en realidad no era más que uno de los tantos poderes reaccionarios, militaristas, en que se había fraccionado China desde poco después de la revolución de 1911 (los llamados "señores de la guerra"). La asamblea de Cantón llevó a la jefatura del nuevo gobierno, y lo proclamó presidente de la república china, a Sun Yat-sen. Pero en junio de 1922 el gobierno de Sun Yat-sen fue eliminado por uno de los "señores de la guerra" teniendo que emigrar a Changhai. El poder de Sun Yat-sen fue restablecido en 1923, y pudo consolidarse en la zona de Cantón gracias al acuerdo establecido ese mismo año con la Rusia soviética que le proporcionó armamento y especialistas militares para formar un ejército propio. (Véase Jacques Guillermaz: *Histoire du Parti Communiste chinois (1921-1949)*, París, 1968, p. 13-15, 87-88. En lo sucesivo citaremos: J.G.: *H du PCC*.)

197. En la "Decisión sobre ciertas cuestiones de la historia de nuestro Partido", adoptada el 20 de abril de 1945 por la VII Asamblea plenaria ampliada del Comité Central del PCC, elegido por el VI Congreso, después de un prolongado estudio y discusión en los medios dirigentes del partido, se da la siguiente caracterización de las causas de la derrota de 1927: "Se produjo porque la camarilla reaccionaria del Kuomintang, el cual era entonces nuestro aliado, traicionó en 1927 a la revolución; porque las fuerzas unidas de los imperialistas y de la camarilla reaccionaria del Kuomintang eran demasiado poderosas, todavía; y sobre todo porque en el último periodo (que duró aproximadamente seis meses) de esta revolución, las ideas desviacionistas de derecha en el partido, cuyo portavoz era Chen Du-siu, dieron lugar a una línea capituladora." (Mao Tse-tung: *Œuvres choisies*, Editions sociales, París, 1959, p. 205. El subrayado es nuestro.) El detallado estudio documental de Jacques Guillermaz, lleva, de hecho, a la misma conclusión, aunque el autor pone el acento en las condiciones objetivas generales que hacían imposible la victoria del PCC en aquella situación. Lo que parece indudable, pero una cosa era la imposibilidad de vencer y otra las características de la derrota sufrida. Tal es, en lo esencial, la conclusión a la que llega también Lucien Bianco (*Les origines de la révolution chinoise*, París, 1967). Este periodo de la revolución china, y la responsabilidad aplastante de Stalin y la IC en su derrota, tienen su primer estudio global en *The Tragedy of the Chinese Revolution*, de Harold Isaacs, Londres, 1938, traducida recientemente al francés.

198. *La Correspondance Internationale*, n.º 72, 1928. (Los subrayados son nuestros.) Bujarin era el dirigente máximo de la IC – pero ya subordinado a Stalin – en el periodo crítico de la revolución china (1926-1927).

199. En las versiones que hasta ahora han dado de la historia de su partido, los dirigentes maoistas rehuyen el análisis crítico del papel desempeñado por Stalin y la IC, ocultando datos y documentos de los que indudablemente disponen (aunque posiblemente parte de la documentación sólo se encuentre en los archivos soviéticos). Hasta el conflicto chinosoviético no sólo faltaba la crítica,

sino que el papel de Stalin y de la IC se presentaba apologeticamente, exactamente igual que en los demás partidos comunistas. Después de iniciado el conflicto los dirigentes maoistas han considerado "rentable" – a efectos de su lucha contra la dirección soviética – asumir la defensa de Stalin y de la herencia estaliniana sin más que el reconocimiento formal de "ciertos errores" de Stalin, unos en relación con problemas no chinos y otros concernientes concretamente a la revolución china. En el documento publicado por *Renmin Ribao* y *Hongqi* el 13 de septiembre de 1963, con el título "Sobre la cuestión de Stalin", se dice: "Cuando tomamos la defensa de Stalin no son sus errores los que defendemos. Desde hace mucho tiempo, los comunistas chinos han pasado personalmente por la experiencia de ciertos errores de Stalin. En el seno del PCC se cometieron errores de línea, tanto de oportunismo de "izquierda" como de oportunismo de derecha. En lo que respecta a sus causas internacionales, algunos de ellos aparecieron bajo la influencia de ciertos errores de Stalin. Desde final de los años veinte, más adelante durante los años treinta y, finalmente, al comienzo y a mediados de los años cuarenta, los marxistas-leninistas chinos, representados por los camaradas Mao Tse-tung y Liu Chao-chi, se aplicaron a contrarrestar la influencia de ciertos errores de Stalin, y después de haber liquidado progresivamente las líneas erróneas de los oportunistas de "izquierda" y de derecha, terminaron llevando a la victoria a la revolución china. No obstante, al haber sido aceptados y puestos en práctica por camaradas chinos ciertos puntos de vista erróneos preconizados por Stalin, nosotros, los chinos, debemos asumir la responsabilidad." Posición que tiene un lado indudablemente justo. Los comunistas chinos, como los alemanes, franceses, españoles, etc., no deben – e históricamente *no pueden* – eludir su responsabilidad por los errores cometidos por los respectivos partidos, aunque fueran resultado de la aplicación estricta de orientaciones y directivas recibidas de Moscú. Pero esta actitud se revela particularmente nefasta desde el momento que sirve para rehuir el problema fundamental, que no es tanto la responsabilidad personal de Stalin, o de tal o cual dirigente de la IC, sino la "responsabilidad" de un *sistema* ideológico, político y organizacional; de un mecanismo que sometía incondicionalmente las necesidades del movimiento revolucionario en cada país – y a escala internacional – a las conveniencias del Estado soviético, sin que ni siquiera la determinación de esas conveniencias estuviera en manos de los trabajadores soviéticos, sino de una capa burocrática sometida, a su vez, a una dictadura personal. El mérito histórico de los dirigentes maoistas, y en particular de Mao, consiste, en efecto, en haber ido emancipando cada vez más al movimiento revolucionario chino, a partir de la cruel derrota de 1927, del control de Stalin y de la IC estaliniana. Pero este mérito será mayor cuando se decidan a enriquecer la experiencia del movimiento revolucionario internacional con el estudio objetivo y crítico del papel de Stalin y de la IC en la revolución china. Uno de los obstáculos para ello, sin duda, es el actual culto de Mao, porque dicho estudio objetivo y crítico obligaría forzosamente a revisar críticamente toda una serie de juicios de Mao en relación con Stalin y la IC. No parece próximo el momento en que los comunistas chinos estén en condiciones de "demostrar que la desmaoización [de su historia] – como dice K.S. Karol en su libro sobre China – puede ser un enriquecimiento y no un renegamiento de los escritos del que fue, a la vez, el promotor, el teórico y el historiador de la revolución china" (*La Chine de Mao*, París, 1966, p. 158). K.S. Karol presenta en este libro de forma viva, a través de los contactos que tuvo durante su viaje, la historia del PCC, "tal como ellos [los comunistas chinos] la ven hoy". Y la "ven" renunciando a ver aspectos esenciales de la misma.

200. Véase: J.G.: *H du PCC*, p. 79-80, 83-85. El pasaje que citamos del manifiesto del III Congreso del PCC, lo tomamos de la *Historia del pensamiento socialista*, de G.D.H. Cole, edición española, México, t. VI, p. 294. Cole afirma la existencia de una nota manuscrita de Sun Yat-sen, donde éste revela que aceptó la entrada de los comunistas en el Kuomintang a condición de que acataran su disciplina (*Ibid.*, p. 293).

201. En enero de 1922 asistieron representantes del Kuomintang al "Congreso de los Pueblos de Oriente" reunido en Petrogrado, y allí, en polémica con los delegados comunistas, plantearon ya que la reforma agraria no debería llevarse a cabo en China hasta después de su reunificación bajo un gobierno nacional (J.G.: *H du PCC*, p. 79).

202. En *Le marxisme et l'Asie*, p. 315, se reproduce el texto original de Stalin, publicado en *Pravda* del 22 de mayo de 1925. La versión corregida puede verse en el t. 7 de las obras de Stalin, p. 150.

203. Stalin, t. 9, p. 253-254.

204. J.G.: *H du PCC*, p. 104-105.

205. *La question chinoise dans l'Internationale Communiste (1926.1927)*, París, 1965, p. 297-298. (En lo sucesivo citaremos *La question chinoise dans l'IC*.) En esta obra se incluye una serie de textos, seleccionados y presentados por Pierre Broué, relativos a la discusión sobre la revolución china habida en los órganos dirigentes de la IC y del Partido Comunista soviético, en el periodo que precede y sigue inmediatamente a la derrota de 1927. Uno de esos textos es la carta que Chen Du-siu dirige a los militantes del PCC en diciembre de 1929, poco tiempo después de haber sido excluido del partido por insistir en que se discutiera a fondo la experiencia anterior. La carta tiene gran interés, a la vez humano e histórico.

206. Stalin, t. 8, p. 387. En junio de 1926 el Pleno del Comité Central del PCC había decidido pasar de la afiliación a la política de "cártel" en relación con el Kuomintang, y tener una política propia, independiente y clara. La IC consideró errónea esta decisión, y no fue aplicada. (Véase *La question chinoise dans l'IC*, p. 120-121.)

207. Chen Du-siu explica en la carta ya mencionada (véase nota 205), que la IC les daba instrucciones de confiscar las propiedades de los terratenientes y campesinos ricos pero sin tocar a las tierras de los oficiales del ejército del Kuomintang. Ahora bien, en las provincias de Hunan y Hubei – focos principales de la revolución agraria en ese periodo – "no había un sólo propietario, dice Chen Du-siu, que no fuera pariente o amigo de los oficiales; todos los propietarios estaban protegidos directa o indirectamente por los jefes militares". (*La question chinoise dans l'IC*, p. 302.) En la excelente investigación de Lucien Bianco (*Les origines de la révolution chinoise*, citada en la nota 197), este aspecto de la revolución china -la conexión estrecha de la burguesía, de todas sus capas, con las estructuras agrarias- aparece muy claramente.

208. Citado en J.G.: *H du PCC*, p. 139.

209. Un amplio análisis del papel que la cuestión china tuvo en la lucha entre Stalin y la Oposición, puede verse en el segundo tomo del *Trotsky*, de Deutscher. (Traducción española, Era, México, 1968, p. 294-312, 386-387.) Deutscher señala, con objetividad, que la Oposición abordó muy tardíamente el problema. Aunque desde 1924 Trotsky había expresado incidentalmente, en algunas ocasiones, su discrepancia con el sometimiento del partido chino al Kuomintang, no se ocupó a fondo del problema hasta poco antes de la traición de Chiang Kai-chek. Por otra parte, entre Trotsky y el núcleo Zinoviev-Kámenev de la Oposición existían divergencias teóricas sobre la estrategia a seguir en la revolución china. Zinoviev y Kámenev criticaban la supeditación del PCC al Kuomintang, pero coincidían en el fondo con Stalin sobre que la revolución china no podía triunfar más que como revolución democrático-burguesa.

210. Chen Du-siu, principal introductor con Li Ta-chao, del marxismo en China, prestigiosa personalidad de la *intelligentsia*, fundador del Partido Comunista. De gran honradez intelectual, expresó siempre con claridad sus discrepancias con las directivas de la IC, pero acatándolas a continuación. Cuando Stalin y la IC hicieron de él el chivo expiatorio de la derrota sufrida por el partido, no se resignó a este papel, ante todo por honestidad intelectual. Su carta a los militantes del partido (véase nota 205) comienza así: "Desde que contribuí con mis camaradas a fundar el Partido Comunista chino en 1920, he aplicado siempre fielmente la política oportunista de los dirigentes de la Internacional Comunista: Stalin, Zinoviev, Bujarin y otros, que ha conducido la revolución china a un vergonzoso y triste fracaso. Aunque he trabajado sin descanso día y noche, mis deméritos son más grandes que mis méritos. Naturalmente, no quiero imitar la confesión hipócrita de algunos antiguos emperadores chinos: "Yo sólo soy responsable de todos los pecados de los pueblos", echando sobre mis espaldas todos los errores que han causado el fracaso, pero me daría vergüenza adoptar la actitud de camaradas responsables durante ese periodo, que se limitan a criticar los

errores oportunistas pasados excluyéndose ellos mismos.” (*La question chinoise*, p. 293.) Después de su exclusión del partido en 1929, Chen estuvo un breve periodo en las filas de la oposición trotskista, pero observando hacia ésta el mismo espíritu crítico. (“Incluso la bandera de la Oposición – dice en su carta – no posee el encanto del celeste profesor Tchang (jefe de la religión taoísta, que tenía el poder de ahuyentar los demonios)”.) Detenido por la policía del Kuomintang en 1932 y condenado a trece años de trabajos forzados, Chen Du-siu murió en 1942. Jacques Guillermaz hace en su *Historia del PCC* una glosa biográfica de la trayectoria intelectual y política de Chen Du-siu hasta la fundación del partido (p. 55-59).

211. Véase J.G.: *H du PCC*, p. 162. La insurrección de Cantón fue organizada directamente por dos enviados de la IC, el dirigente comunista alemán Heinz Neumann y el antiguo dirigente del Konsomol, Besso Lominadzé, georgiano. Ambos eran entonces hombres de confianza de Stalin, lo que no impidió que fueran ejecutados durante la purga de 1936-1938.

Pocos días después de que el Kuomintang de “izquierda” comenzara su persecución de los comunistas, Stalin publicó un artículo en *Pravda* donde comparaba este episodio al golpe sufrido por los bolcheviques en julio de 1917, y consideraba como “la perspectiva más probable” que “en un futuro próximo – no es obligatorio que sea dentro de dos meses, puede ocurrir dentro de medio año o de un año – el nuevo ascenso de la revolución llegue a ser un hecho”. En ese caso, continúa Stalin, “la formación de los soviets de diputados obreros y campesinos podrá plantearse como consigna del día y como contraposición al gobierno burgués” (Stalin, t. 9, p. 369). Este artículo de Stalin tenía como finalidad minimizar la importancia de la derrota sufrida por el PCC, justificar la política seguida hasta aquel momento respecto al Kuomintang de “izquierda”, asimilar la traición de éste a la de Kerenski y compañía, y presentar el curso que seguía la revolución china como conducente a la victoria, análogamente al de los bolcheviques en 1917. Pero una vez hecha esa predicción, Stalin tenía que “poner toda la carne en el asador” para que se confirmara. En estos planteamientos de Stalin está la clave de la política aventurera seguida en China durante los últimos meses de 1927, que culminará en la insurrección de Cantón.

212. Véase la nota 57 de este capítulo y el pasaje del texto a que se refiere.

213. Los historiadores oficiales del PCC explican así este periodo: “Durante esta campaña [la quinta ofensiva de Chiang Kai-chek contra la base de Chiangsi. FC], el Ejército Rojo no logró romper el cerco enemigo, debido a la táctica militar, completamente errada, de permanecer únicamente a la defensiva, y debido a otros planes erróneos de los organismos dirigentes centrales del partido [...] Durante la Gran Marcha del Ejército Rojo central, los organismos de dirección centrales del partido continuaron cometiendo torpezas en el terreno militar, que en varias ocasiones colocaron al Ejército Rojo en situación peligrosa y causaron pérdidas extremadamente grandes, mientras el enemigo obstaculizaba su avance y lo hostigaba por la retaguardia. A fin de salvar el Ejército Rojo y la causa de la revolución china, ambos en peligro, el camarada Mao Tse-tung y otros camaradas sostuvieron una lucha decidida y lograron la convocatoria de una conferencia ampliada del Buró Político del Comité Central del partido, en enero de 1935, en Dsunyi, provincia de Güichou. Gracias a la conciencia política y al apoyo de la mayoría de los camaradas, la conferencia de Dsunyi separó a los oportunistas “izquierdistas” de la dirección del partido y puso al camarada Mao Tsetung al frente del partido.” (Ju Chiao-mu: *Treinta años del Partido Comunista de China*, Ediciones en Lenguas Extranjeras, Pekín, 1957, p. 52-53.)

214. Resumimos aquí las tesis de Stalin expuestas en una serie de trabajos sobre la revolución china. Véase en particular “Problemas de la revolución china” y “Notas de actualidad, II. Sobre China”, t. 9, p. 227-237 y 341-373, respectivamente.

215. Trotski: *L’Internationale Communiste après Lénine*, París, 1969, t. 2, p. 296-297. Los trabajos esenciales de Trotski sobre la revolución china se encuentran en el segundo tomo de esta obra, y en “La question chinoise dans l’IC”. Conviene precisar que Trotski no excluía en modo alguno la posibilidad y conveniencia en determinadas situaciones de compromisos transitorios con la burguesía nacional.

216. Trotski: *L'Internationale Communiste après Lénine*, t. 2, p. 322-327.

217. Incluso en el periodo de 1924-1927 no puede decirse que el auge del movimiento obrero precediera al auge del movimiento campesino. En la parte oriental de la provincia de Kwangtung, la organización y movilización de las Ligas campesinas toma notable amplitud desde 1922. (Véase J.G.: *H du PCC*, p. 96.)

218. No sólo porque en el último periodo de su vida Lenin entrevió la posibilidad de que la revolución asiática precediera a la europea, abriendo camino a esta última, sino por la mayor comprensión que tenía Lenin del potencial revolucionario existente en las masas campesinas del Oriente.

219. Mao Tse-tung: *Œuvres choisies*, t. I, p. 23-67. Por los nombres de "Tuhao" y "Lechen" se designaba a los grandes propietarios terratenientes y a los campesinos ricos, que ejercían despóticamente una autoridad arbitraria.

220. En la resolución del X Pleno del Comité Ejecutivo de la IC sobre la cuestión china (febrero de 1928) se dice que las acciones campesinas guerrilleras "no pueden transformarse en punto de partida para una sublevación victoriosa de todo el pueblo más que a condición de que sean ligadas a un nuevo auge de la ola revolucionaria en los centros proletarios". En una carta del Comité Central de la IC de octubre de 1930, se llama la atención sobre que el ejército rojo "no está aún suficientemente en las manos del Partido Comunista chino" y que "su composición de clase no es satisfactoria"; hay que transformarlo en "un ejército de obreros y campesinos, con una dirección proletaria". En la resolución adoptada por el Comité Central en junio de ese año se indica que "la tarea de realizar la hegemonía del proletariado supone una lucha del partido para desarrollar más aún el movimiento huelguístico, para organizar y encabezar las luchas económicas del proletariado chino. Combinando la lucha económica y política, el partido debe concentrar todos sus esfuerzos en el desarrollo de las huelgas políticas, orientadas a la preparación de una huelga general política en todos los centros industriales, o en una serie de ellos." En otra resolución del mismo Ejecutivo en agosto de 1931, se insiste: "La hegemonía del proletariado y el desarrollo victorioso de la revolución no pueden ser asegurados más que a condición de que el Partido Comunista chino se convierta en un partido proletario, no sólo por su línea política sino por su composición y por el papel de los obreros en todos los organismos dirigentes." (*Le marxisme et l'Asie*, p. 338, 341-342.)

221. Manuilski: *La crise économique et l'essor révolutionnaire (Rapport au Presidium élargi du Comité Exécutif de l'IC, 18-28 février 1930)*. Bureau d'éditions, París, 1930, p. 23, 27.

222. *Le marxisme et l'Asie*, p. 340-341.

223. J.G.: *H du PCC*, p. 196-197.

224. En Changhai, Wuhán y Tientsin, tres ciudades de varios millones de habitantes, las organizaciones del PCC contaban respectivamente 2 000, 1 000 y 500 miembros, según los datos más optimistas. (Véase J.G.: *H du PCC*, p. 201.)

225. *Ibid.*, p. 197.

226. Esta cuestión merecería un análisis detenido que no podemos hacer aquí. Raro es el estudio sobre la revolución china que no subraya el contraste entre el papel destacado que desempeña el proletariado urbano en la etapa 1924-1927, y su casi eclipse en el periodo ulterior, desde 1927 hasta 1949. A nuestro parecer, Deutscher, Harold Isaacs, y otros autores influidos por el enfoque trotsquista – coincidiendo en esto con el enfoque de la IC tienden a exagerar el papel del proletariado en la primera etapa y a explicar el eclipse en la segunda principalmente por los efectos de la derrota de 1927 y los errores del periodo 1927-1934 (los primeros haciendo responsable a la IC-Stalin, y la IC cargando la responsabilidad sobre el PCC). Establecen una analogía muy discutible con el proceso de la revolución rusa. Deutscher, por ejemplo, dice: "En China el alineamiento de las fuerzas sociales se asemejaba en términos generales al que había existido en Rusia; en el campo ardía la rebelión agraria, pero los obreros urbanos eran la fuerza impulsora de la

revolución.» (*La revolución inconclusa*, México, 1967, p. 95-96.) Lucien Bianco considera que el carácter minoritario de la clase obrera rusa no la impedía *a priori* ser "la fuerza revolucionaria del país"; "tanto más cuanto que se trataba de un proletariado concentrado en un pequeño número de focos industriales, que al mismo tiempo contaban entre los principales centros políticos del país; ¿los obreros de Petrogrado y de Moscú no han desempeñado en 1917 un papel más decisivo que millones de mujiks?" (*Les origines de la révolution chinoise*, p. 143.) A nuestro juicio esas analogías no son fundadas. Changhai no era el centro político y económico de China como lo eran Petrogrado y Moscú. En China no había un núcleo obrero formado en la industria pesada, como los de Petrogrado, el Ural, Ucrania, etc.; era una clase obrera muy reciente, de industria ligera y transportes, fundamentalmente. En China no había prácticamente un Estado estructurado, cuyo derrocamiento en el centro diera a la minoría proletaria un poder como el que en la revolución rusa le dio al partido bolchevique la victoria en Petrogrado. Changhai y las otras ciudades costeras, donde principalmente estaban enclavados los núcleos obreros chinos, eran más las bases políticas y económicas del imperialismo, que los centros neurálgicos de la sociedad china. Esta era una sociedad esencialmente invertebrada, como supo ver muy bien Mao. El proletariado urbano chino era el 0,5 % de ese enorme cuerpo social amorfo. Etcétera, etcétera. Dicho esto, es indudable que la política aventurera en los centros urbanos, aplicada por la dirección del PCC, incitada por la IC, entre 1927 y 1933, tuvo que agravar considerablemente el terrible quebranto sufrido por la clase obrera en 1927. (Según informes de los sindicatos chinos, unos 40 000 militantes sindicales perecieron en aquel año; 25 000 muertos en combate y 13 000 ejecutados. Véase J.G.: *H du PCC*, p. 223.)

227. Stuart Schram: *Mao Tse-toung*, París, p. 375.

228. M. Thorez: *Œuvres*, t. 14, p. 281.

229. Citado, junto con otros pasajes de este informe de Mólotov, en *Histoire du PCF (Unir)*. (Véase nota 117 del capítulo 4 del presente libro.), t. II, p. 16-18.

230. Tomamos la cita del texto íntegro del informe publicado en *Nuestra Bandera*, revista del PCE, n.º 3, 1940. El subrayado es nuestro.

231. André Fontaine sintetiza las diversas opiniones existentes hasta hoy sobre este problema en su *Histoire de la guerre froide*, t. I, p. 111-134. "No se ha terminado de epilogar – dice – sobre las intenciones reales de la URSS en el curso de todo este periodo" (los meses que preceden a la firma del pacto germano-soviético), y considera que "las dos tesis sostenidas desde hace veinte años, de un Stalin que intentó en vano entenderse con los aliados, o que desde hacía tiempo se había comprometido con Hitler, son igualmente tendenciosas" (p. 133-134). Por nuestra parte, mientras el misterio no se aclare documentalmente, nos inclinamos a pensar que la "intención" profunda de Stalin era optar por la solución que le permitiera quedar fuera de la guerra, al menos durante el mayor tiempo posible. De ahí que el desenlace del juego diplomático de 1939 dependiera, en última instancia del camino que tomara Hitler.

232. El libro de A. Nekritch apareció en Moscú, en 1965, con el título *1941: 22 iunia*, en las ediciones Nauka. La editorial Grasset ha publicado la traducción francesa en 1968, bajo el título *L'Armée Rouge assassinée (22 juin 1941)*, con un prefacio de Georges Haup. La investigación de Nekritch se propone encontrar las causas de las terribles derrotas sufridas por el ejército rojo en los primeros meses de la guerra, lo que le lleva a abordar una serie de cuestiones, como el debilitamiento de las fuerzas armadas soviéticas a consecuencia de la gran purga realizada por Stalin a finales de los años treinta, la política con Alemania en el periodo del pacto germanosoviético, etc. Como señala Haup, la investigación se caracteriza por un esfuerzo de objetividad. En Nekritch no hay un *a priori* contra Stalin. Pero no vacila en poner de relieve documentalmente su responsabilidad, al menos en el grado en que la censura se lo permitía a la hora de publicarse el libro. En febrero de 1966 el libro fue sometido a discusión en una reunión de ciento treinta personas – historiadores, cuadros militares y del partido, etc. – organizada por el Instituto de marxismo-leninismo. La mayoría de los participantes apoyó las tesis de Nekritch, contra Deborin y otros

representantes del punto de vista oficial. Una reseña de esta discusión circuló de mano en mano en Moscú y atravesó las fronteras soviéticas. Está incluida en la edición francesa. Poco después de la aparición de la edición rusa, el libro de Nekritch cayó bajo la anatema de los neoestalinistas brejnevianos y se desencadenó una campaña contra Nekritch, que culminó en su expulsión del partido en julio de 1967, no sin que numerosos científicos soviéticos expresaran por escrito su protesta contra este nuevo atentado a la libertad de investigación.

Nekritch destaca, entre otros hechos que ponían de manifiesto la disposición del gobierno soviético a prolongar y estrechar el pacto con Alemania, el comunicado de la agencia Tass del 14 de junio de 1941, el cual da a entender que el gobierno soviético está dispuesto a negociar la conclusión de un "nuevo acuerdo más estrecho", y que si hasta ese momento no ha habido la negociación es porque los dirigentes alemanes no se han prestado a ello. (Véanse las p. 187-189 de la edición francesa.) La revelación del historiador Melnikov, hecha en el curso de la discusión del libro, en encuentra en la página 239. Nekritch no confirma lo que dice Melnikov, pero tampoco lo desmiente. Se limita a decir que en las conversaciones Mólotov-Hitler, el representante soviético rechazó la propuesta de unirse al pacto tripartito [Alemania-Italia-Japón] (p. 131), pero guarda silencio sobre la contra-propuesta de Mólotov. Como dice Melnikov, éste es un tema tabú.

Es significativo que Deborin, representante en la discusión del punto de vista oficial, reconociese que Stalin "puso demasiadas esperanzas en el pacto germanosoviético» (p. 233).

233. Toda la investigación de Nekritch pone de manifiesto que los preparativos alemanes para invadir la Unión Soviética eran conocidos de los dirigentes soviéticos, y concretamente de Stalin, pero eran interpretados bajo una óptica que inducía a descartar su verdadera significación. El consejero de la embajada alemana en Moscú, Hilger, resume así sus impresiones acerca de la actitud de Stalin: "Todo parece probar que él [Stalin] pensaba que Hitler se preparaba a un vasto chantaje, en el cual las reivindicaciones económicas o incluso territoriales debían suceder a los amenazadores movimientos de tropas. Aparentemente, Stalin creía que sería posible entenderse con Hitler cuando éste presentase sus exigencias." Y apoyándose en testimonios de jefes militares soviéticos, Nekritch revela que ese era, efectivamente, la opinión del Alto Mando del Ejército Rojo, cuya opinión, naturalmente, no era más que el eco de la de Stalin. (Véase p. 179.)

234. Ese reconocimiento lo hizo Stalin en su "brindis al pueblo ruso", durante la sesión solemne de celebración de la victoria que tuvo lugar en el Kremlin el 24 de mayo de 1945. "Nuestro gobierno – dijo Stalin – ha cometido algunos errores y estuvimos en una situación *desesperada* durante un periodo, en 1941-1942, cuando nuestro ejército retrocedía sin otra posibilidad. Otro pueblo hubiera dicho a su gobierno: "Tu no has mantenido tus promesas. Vete. Nosotros instalaremos otro gobierno que negocie la paz con los alemanes." Pero el pueblo ruso, sin embargo, no tomó ese camino. ¡Gracias a él por esa confianza!" (Citado por Deutscher en *Stalin*, edición francesa, p. 364.) Stalin podría haber añadido: ahora que tenemos la victoria vamos a examinar los errores. Esto hubiera sido lo marxista... Pero un cuarto de siglo después el examen de esos errores sigue siendo asunto peligroso, como muestra el caso de Nekritch.

La conclusión a la que llega Nekritch es que siendo el pacto necesario, la política de Stalin en el periodo 1939-1941 fue errónea. Otro historiador soviético, Slezkine, expresó en la discusión del libro de Nekritch la siguiente opinión: "El pacto de 1939 tal vez fue necesario, pero fue un crimen fundar esperanzas en ese pacto y, sobre todo, cesar en la lucha contra el fascismo. Pero eso es lo que Stalin ordenó hacer." (p. 241.)

235. Discurso de Stalin en la reunión electoral del distrito "Stalin" de Moscú, el 9 de febrero de 1946. ["Riechi na predvibornij sobraniaj izbirateliei Stalinskovo izbiratelnovo okruga g. Moskva 11 oktiabria 1937 i 9 fevralia 1946", *Gospolitizdat*, 1953, ctr, 12.] (El subrayado es nuestro.)

236. Con las fluctuaciones de los textos soviéticos sobre el carácter de la segunda guerra mundial podría constituirse una curiosa antología. La rectificación de la definición estaliniana de 1946 se inició, naturalmente, después del XX Congreso. En 1957 la revista del partido, *Kommunist*,

organizó una conferencia sobre el tema, de la que puede verse una referencia en *Recherches internationales à la lumière du marxisme*, n.º 9-10 de 1958, p. 9-32. La nueva definición oficial figura en la versión de la historia del PCUS publicada en 1960. (p. 621 de la edición francesa.) A la mistificación oportunista – que imperó en los documentos del movimiento comunista y en los documentos soviéticos del periodo 1941-1947 – de los objetivos de las potencias imperialistas en la segunda guerra mundial, nos referiremos en la segunda parte de este libro.

237. Evidentemente, las fuerzas revolucionarias no podían limitarse a ese "mínimo". Tenían que proponerse aprovechar la segunda gran crisis global del sistema capitalista e imperialista para crear las condiciones políticas y organizacionales de la revolución socialista allí donde fuera posible. El hecho de que la independencia nacional y las libertades democráticas burguesas fueran amenazadas por la agresión fascista ofrecía a las fuerzas revolucionarias una oportunidad histórica excepcional para agrupar y movilizar bajo su dirección amplísimas capas sociales. La política de Stalin y de la IC impidió aprovechar esta oportunidad en el periodo inicial de la guerra, mientras que en su segunda fase trató de limitar al "mínimo" citado los objetivos de las fuerzas revolucionarias.

238. *La Internacional Comunista*, edición rusa, n.º 8-9, 1939. En abril de 1936 Dimítrov había planteado que el proletariado debía, en todo momento, "dirigir y concentrar los golpes sobre la agresión fascista, tomar una actitud distinta respecto al agresor, de una parte, y las víctimas de la agresión, de otra. Denunciar toda tentativa de borrar la diferencia entre los Estados fascistas y los no fascistas". (G. Dimítrov: *Œuvres choisies*, París, 1952, p. 189.) Esta era la posición de la IC hasta el día mismo del pacto germanosoviético. A partir de ese día la IC se puso a "denunciar toda tentativa"... de diferenciar al agresor de la víctima, a los Estados fascistas de los no fascistas.

239. *Ibid.*

240. *Nuestra Bandera*, revista del PCE, n.º 3, marzo de 1941, p. 52. El pasaje que citamos más adelante figura en la p. 48.

241. Isaac Deutscher: *Staline*, París, 1953, p. 358-359. En apoyo de estas aseveraciones de Deutscher puede citarse, entre otros muchos hechos, que el Partido Comunista francés editó y difundió clandestinamente 50 000 ejemplares del discurso de Mólotov en 1939, del que hemos citado algunos pasajes páginas atrás, en el que se apoyan las propuestas de "paz" de Ribbentrop. (*Histoire du PCF [Unir]*, p. 15.) En el coloquio de historiadores comunistas polacos, yugoslavos y checoslovacos, celebrado en Belgrado, en noviembre de 1966, se puso de manifiesto que la política dictada por la Komintern a los partidos comunistas europeos en la fase inicial de la segunda guerra mundial significó, en la práctica, impedir que dichos partidos entablaran la lucha contra la agresión fascista. Véase la reseña del coloquio publicada en *Z Pola Walki*, n.º 2, 1967.

242. Henri Michel: *Les mouvements clandestins en Europe*, París, 1965, p. 20.

Capítulo 5

1. El veinticinco aniversario de la disolución (mayo de 1968) pasó casi totalmente desapercibido, y la celebración del cincuentenario (marzo de 1969) mostró que si en algo están de acuerdo actualmente los partidos comunistas es en relegar al olvido la IC. Unos cuantos artículos banales, y algunos discursos de circunstancias: esa fue toda la celebración. El artículo que marcó la línea ortodoxa en la interpretación de la historia de la IC fue el de Boris Ponomarev, miembro del Secretariado de la dirección del PCUS, encargado en ella, desde hace muchos años, de las cuestiones del movimiento comunista internacional. Con el título "El aniversario de la Internacional Comunista", el artículo fue publicado en el número de febrero de 1969 de la revista del movimiento comunista internacional que se publica en Praga – cuya edición francesa lleva el título *La Nouvelle Revue Internationale* –, número dedicado en parte al cincuentenario.

A juzgar por el artículo de Ponomarev, excepto algunas minucias, como aquello del "socialfascismo" y otros pequeños errores "tácticos", todo fue perfecto en la acción política y en la obra teórica de la IC. Cabía esperar que el actual panorama del "movimiento" indujera a este

eminente especialista en comunismo internacional a moderar un tanto su celo apologético. Todo lo contrario.

El 2 de marzo de 1969, a los cincuenta años justos del día en que quedó fundada la IC, los comunistas chinos y soviéticos se mataban entre sí en el Usuri. Unos meses antes, los tanques soviéticos se lanzaban contra los comunistas checoslovacos. Unos años antes, contra los comunistas húngaros. A los cinco años de la disolución de la IC el movimiento comunista declaraba la guerra a los comunistas yugoslavos. Pero Ponomarev afirma imperturbablemente que la IC creó los fundamentos sólidos y duraderos del internacionalismo, no sólo entre los comunistas sino en el conjunto del movimiento obrero mundial.

La mayoría de la clase obrera de los países capitalistas desarrollados sigue en la vía del reformismo, e incluso los partidos comunistas de dichos países se inclinan cada vez más hacia esa vía. Pero Ponomarev afirma imperturbablemente que la IC asestó un golpe decisivo a la ideología reformista, ganó a las ideas leninistas al conjunto del movimiento obrero mundial.

Si se exceptúan los países del glacis, donde la presencia armada soviética fue el factor decisivo de la toma del poder por los respectivos partidos comunistas, los únicos partidos comunistas que han sido capaces de llevar la revolución a la victoria son aquellos que se desviaron de la política de la IC: el chino, que comenzó a desviarse en los años treinta, el yugoslavo desde 1941, el vietnamita, que siguió el ejemplo del chino desde 1946. Pero Ponomarev afirma imperturbablemente que la IC ha forjado partidos revolucionarios, con pleno dominio de la teoría y la acción, capaces de llevar al proletariado a la victoria.

En la aplastante mayoría de los casos, los movimientos de liberación nacional que han destruido el viejo sistema colonial, han estado bajo la dirección de elementos nacionalistas, revolucionarios o reformistas, pero en todo caso no de comunistas. Ponomarev afirma imperturbablemente que la IC desempeñó un papel fundamental en el movimiento de liberación nacional.

Y con el mismo aplomo dice que la IC impulsó el progreso de la teoría marxista y formó eminentes teóricos. La única precaución que toma es no revelar los nombres.

Al finalizar la lectura de esta versión panglosiana del balance histórico de la IC – en el que no se menciona la derrota del proletariado y del Partido Comunista alemán en 1933, ni el aplastamiento de la revolución española, ni la tragedia del partido chino en 1927, etc. – el lector inadvertido no puede por menos de preguntarse: ¿Y por qué razón un instrumento tan perfecto de la lucha revolucionaria fue súbitamente liquidado en 1943? En este delicado punto Ponomarev observa una discreción extrema. Se limita estrictamente a reproducir la explicación de la resolución de 1943. Ni siquiera menciona la declaración de Stalin del 28 de mayo de 1943, en la que – como vimos en el primer capítulo – se transparenta el verdadero motivo de la disolución.

Otra versión apologética, siguiendo las huellas de Ponomarev, es la que da Georges Cogniot, miembro de la dirección del Partido Comunista francés, en su ensayo *L'Internationale Communiste* (Ed. Sociales, marzo de 1969), escrito también con motivo del cincuentenario. Cogniot – que dice haber consultado el texto de una historia de la IC próxima a publicarse en Moscú – da una precisión sobre el procedimiento por el cual se adoptó la disolución, que confirma plenamente la conclusión a la que llegamos en el primer capítulo: la consulta a los partidos fue una farsa. Cogniot explica, en efecto, que la cuestión se planteó en una reunión del núcleo restringido del Comité Ejecutivo, celebrada el 13 de mayo de 1943, es decir, unos días antes de hacerse pública la resolución, y de la declaración de Stalin dándola por efectuada. Por tanto no hubo tiempo material, como decíamos en el primer capítulo, de consultar a los partidos. Cogniot – que toma el dato, indudablemente, de la mencionada historia soviética – no precisa de dónde partió la iniciativa, lo cual significa, no menos indubitadamente, que partió de Stalin. De haber sido idea de Dimítrov, o cualquier otro dirigente extranjero, no habría razón alguna para silenciarlo.

2. Giorgio Améndola: "Veinticinque anni dopo la scioglimento dell'Internazionale Comunista, *Critica marxista*, n. 4-5. 1968, p. 70-71.

3. Marx: *Crítica del programa de Gotha*, Progreso, Moscú, traducción española, p. 18-19. La "Liga" a que se refiere Marx se denominaba Liga Internacional por la paz y la libertad, fundada en Ginebra en 1867 por demócratas y pacifistas burgueses.

Como ya hemos señalado (nota 5 del capítulo 2 de esta primera parte), Trotski consideraba que entre los marxistas de finales del XIX, el único que sostuvo la posibilidad de un Estado socialista aislado fue Vollmar, en 1878, es decir, tres años después de aparecer el programa de Gotha. Como demuestra la crítica de Marx, la idea estaba ya en este programa. Vollmar le dio forma más precisa, la llevó a sus conclusiones lógicas.

4. Artículo citado en la nota 1 de este capítulo.

5. *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS*, Ediciones en lenguas extranjeras (versión española), Moscú, 1947. Véanse p. 296, 329, 341, 344, 363. Deutscher, en su *Stalin*, cita el testimonio de Lominadzé, uno de los más próximos colaboradores de Stalin en los años veinte, al que Stalin expresó la siguiente opinión: "La Komintern no representa nada. No existe más que gracias a nuestro apoyo." (*Op. cit.*, p. 308.)

6. Rosa Luxemburgo: *La révolution russe*, Maspero, París, 1964, p. 69-70.

7. *Historia del Partido Comunista (bolchevique) de la URSS*, p. 442-443.

8. *Ibid.*, p. 442, 444, 445.